

LA ESTACA

RICHARD LAYMON

Este libro va dedicado a Frank, Kathy y Leah De
Laratta, grandes amigos, compañeros exploradores
y batidores de ciudades fantasmas

Prólogo

Charleston (Illinois)

23 de junio de 1972

Había seguido a la diablesa hasta su cubil. Ahora, esperaba. Aguardaba la llegada del alba, momento en que la presa sería más vulnerable.

La espera constituía la parte más enojosa. Porque no ignoraba lo que iba a suceder. La experiencia le había demostrado que no se puede hacer caso de las leyendas. Las leyendas están equivocadas en muchos aspectos.

Los vampiros duermen en camas, no en ataúdes: una estratagema ingeniosa para equivocar a los ignorantes. Y aunque la luz del día socava sus poderes, no los convierte en criaturas inofensivas. Incluso después de la aurora, podían despertar de su sueño de difuntos. Podían combatirlo, herirlo

Se frotó la mejilla. Le temblaron los dedos al deslizarse por los bordes irregulares de la costra. Tenía uñas afiladas, aquella fiera de Urbana.

Le sacudió un escalofrío al recordarlo.

Tuvo mucha suerte al salir con vida.

Tal vez allí se agotaron sus reservas de buena suerte. Quizás en esta ocasión no le desgarrarían la mejilla unas uñas. Acaso, esta vez, unos colmillos encontrarían su garganta.

Se agachó, hasta que el rostro tropezó con el volante, la mano tanteó por debajo del asiento del conductor y luego ascendió con una botella de whisky de centeno. Quitó el tapón. Tomó un trago. El licor, tibio mientras descendía por la garganta, derramó un calor impregnado de sosiego al llegar al estómago. Quiso echar otro sorbo.

Después, se prometió: ni una gota más hasta haber cumplido la tarea.

“No debes perder la cabeza —pensó—. La semana anterior, el alcohol estuvo a punto de costarte el pellejo”.

Volvió a acariciarse el arañazo de la mejilla.

Pero tomó un nuevo sorbo. Luego se obligó a tapar la botella. La depositó debajo del asiento. En el instante en que se incorporaba, un automóvil dobló la esquina. Llevaba los faros encendidos, pero el cielo de la madrugada esparcía la suficiente claridad como para que pudiera distinguirse el soporte de los indicadores del techo. Un coche patrulla.

Se echó sobre el asiento del conductor.

Tenía la boca seca. Retumbaban los latidos de su corazón. “No es justo —pensó—. No debería vivir como un fugitivo. Soy tan útil a la sociedad como esos policías de ahí”.

Contuvo la respiración mientras el coche patrulla pasaba de largo. Transitó tan cerca que pudo oír el crepitar chirriante de los parásitos y la voz en falsete de la radio. Se arrepintió de haber dejado abiertas las ventanillas. Era posible que les pareciera

sospechoso. Pero, de tener los cristales corridos, la atmósfera del coche habría resultado sofocante.

Volvió a respirar cuando los ruidos se desvanecieron.

Continuó tendido sobre los asientos y contó despacio hasta cien. Luego se sentó y echó un vistazo por la ventanilla de atrás. Las luces piloto posteriores eran simples puntitos rojos.

Abrió la portezuela y se asomó para examinar el cielo. Aún aparecía gris más allá del tejado de la morada de la vampiro. Apoyó un pie en la acera, se apeó y oteó el espacio por encima del techo de su automóvil. Hacia el este, el cielo presentaba un tono azul pálido.

Su larga experiencia le indicó que el sol no tardaría en aparecer por la línea del horizonte.

Habría salido del todo cuando él estuviera en posición. Se metió de nuevo en el vehículo. Tenía sobre el pecho su crucifijo de plata. Pasó los dedos por la cadena y sacó la cruz de debajo de la camisa. A continuación, cogió la cartera de cuero que descansaba en el piso del coche, delante del asiento. De esa cartera de mano sacó un collar de dientes de ajo. Se lo pasó por la cabeza.

Con la cartera en la diestra, se apeó del automóvil.

Una cerca de estacas rodeaba el prado de hierba demasiado crecida. Abrió el portillo y formó con el pie pequeños montículos de césped para mantenerlo abierto. Tendría que pasar por allí cuando volviese cargado con el cuerpo. No deseaba que el portillo retardara la operación.

Los escalones del porche crujieron bajo su peso. Chirrió la antepuerta de tela metálica. En el porche, apoyó contra ella una silla de mimbre para que se mantuviera abierta.

Al probar el picaporte, comprobó que la puerta frontal no estaba cerrada con llave. Eso facilitaba las cosas. No necesitaría la palanqueta. Entró en la casa sin hacer el menor ruido y se abstuvo de cerrar la puerta.

Conocía la situación de la alcoba. Aquella noche, poco después de que entrara la demoníaca criatura, se iluminaron las ventanas de la fachada, a la derecha del porche. La vampiro se había acercado a cada una de ellas, para bajar las persianas.

Reinaba el silencio en toda la casa. La tenue claridad que irrumpía en el salón proyectaba un sudario grisáceo sobre el viejo sofá, la mecedora, las lámparas y el piano. El papel pintado de las paredes aparecía descolorido y salpicado de manchas. Colgado sobre el piano se veía un paisaje pintado al óleo, que representaba un claro de bosque surcado por la pacífica corriente de un arroyo. En aquella lóbrega borrosidad, parecía oscuro y sombrío, como si la aurora aún no hubiese llegado a aquella escena forestal.

En el rincón del fondo de la estancia, un hueco enmarcado en madera daba paso a un corredor.

Llegó a aquel pasillo y continuó hasta la abierta entrada del dormitorio de la vampiro.

Tenía la boca seca y el corazón le palpitaba desalado mientras bajaba la vista hacia la criatura. Yacía en un lecho dispuesto entre las dos ventanas, encogida sobre sí misma, de costado, de cara al lado contrario al que él se encontraba. Los primeros rayos del sol de la

mañana resplandecían contra las persianas e inundaban el cuarto de una dominante ambarina. Se cubría con una sábana. La oscura cabellera se extendía sobre la almohada.

El hombre se agachó y dejó en el suelo la cartera. Levantó la solapa, introdujo la mano y sacó el martillo.

Un pesado mazo de hierro con mango de unos treinta centímetros.

La otra mano extrajo una estaca puntiaguda, de madera de fresno.

Se puso la estaca entre los dientes.

Se enderezó. Al contemplar a la vampiro deseó que se diera un cuarto de vuelta. Boca abajo o boca arriba, no importaba. Podía clavar la estaca con idéntica facilidad tanto por la espalda como por el pecho. Pero ella tenía que estar plana, no de costado.

De cualquier modo, sabía que le iba a resultar difícil matarla.

¿No debería esperar? Tarde o temprano, acabaría volviéndose.

Pero, cuanto más esperase, mayor sería el peligro de que alguien le viera cuando saliese cargado con el cuerpo. Y tenía que hacerlo. Llevarlo lejos, en el maletero del coche, y ocultarlo en un lugar donde nadie lo encontrase jamás.

Constantemente desaparecían personas, y por muchos motivos. Pero que la descubrieran allí, con una estaca en el corazón...

La policía cometería el error de confundir aquel trabajo con la obra de un maniaco homicida. La noticia se difundiría. El pánico se extendería entre la gente. Y, lo peor de todo, una legión de vampiros se pondrían en guardia, advertidos de que un cazador andaba al acecho.

Además, todo el trabajo de aquella madrugada habría sido en vano, porque la policía o el juez de primera instancia arrancarían la estaca del corazón. La vampiro reviviría y, de nuevo, rondaría por la noche.

No. Era fundamental que el monstruo desapareciese.

Una tabla del entarimado crujió cuando se acercaba al borde de la cama. La criatura gimió y se removió bajo la sábana, pero no cambió de postura.

Con la estaca aún entre los dientes, alargó la mano izquierda. Cogió la sábana por la parte del embozo que cubría el hombro de la vampiro. Mientras volvía a dejar la sábana, la libadora de sangre continuaba respirando larga, profunda, acompasadamente. Pero a él sí se le aceleró el ritmo de la respiración.

Al resbalar la sábana, quedó a la vista la desnuda espalda, las suaves curvas de sus nalgas, la tersura de sus piernas.

Era una vampiro, un infame demonio asesino. Pero con un cuerpo de mujer joven y esbelta. Mientras la observaba, el hombre notó que en la entrepierna se le despertaba una ardorosa excitación. Tembló ante aquella mezcla de lujuria y terror: una sensación próxima al éxtasis que siempre le inundaba en tales momentos. Solía avergonzarse de su deseo. Al final, sin embargo, llegó a considerarlo una recompensa a su sacrificio. En cierto modo, era un pago que se le concedía en compensación de los riesgos.

Sin ese premio, habría abandonado mucho tiempo atrás su empeño en continuar aquella cruzada. Estaba completamente seguro de ello. Enfrentarse a vampiros del género masculino no tenía aliciente alguno para él. Sólo le hacía sentir repugnancia. En consecuencia, interrumpió la búsqueda. Consideraba que tal vez fuera un fallo, pero se decía a menudo que también estaba cumpliendo su parte. Era un hombre contra una

multitud. No podía despachar a todos los vampiros. Estaba obligado a ser selectivo. De modo que optó por las mujeres. Por espantosas que fuesen, le excitaban.

El brazo izquierdo de la vampiro descansaba sobre el costado, se doblaba en el codo y el resto se perdía de vista bajo la sábana. El fresco aire de la madrugada ponía minúsculas granulosidades en la piel. El hombre se inclinó hacia adelante para observar, más allá de la parte superior del brazo, la protuberancia del pecho femenino. Lo mismo que el brazo, tenía la carne de gallina. El pezón estaba erecto. Desde el punto donde se encontraba, el hombre no podía ver el otro seno.

Mientras seguía mirando, la saliva empezó a derramarse sobre el labio inferior. Intentó cerrar la boca, pero la estaca se interpuso. Alzó bruscamente la mano izquierda para detener la baba, pero no llegó a tiempo.

Un hilo de saliva destiló hasta el brazo de la vampiro hembra.

Con un murmullo, la durmiente sacó una mano de debajo de la almohada, frotó la humedad, se dio media vuelta para quedar boca arriba y frunció el entrecejo como si estuviera perpleja. A pesar de todo, sus párpados siguieron cerrados. Apartó la mano, que cayó sobre el colchón, junto a la cadera. La restregó contra la sábana y luego la dejó descansando sobre la parte interior del muslo, con la yema del pulgar hundida en la espesura del vello púbico.

Al tiempo que la contemplaba, abrumado por el temor de que pudiera despertarse y, no obstante, tembloroso a causa de la fiebre de su deseo, se quitó la estaca de entre los dientes. Se daba cuenta de que no podía esperar más.

Pero titubeó. Sus ojos recorrieron la dormida figura.

Aunque era posible que contase varios siglos de edad, tenía cuerpo y palmito de muchacha adolescente. No parecía haber cumplido más de diecisiete o dieciocho años. Daba la impresión de ser una joven encantadora, adorable, candorosa.

Si fuera un ser humano, y no una repelente y odiosa criatura de la noche...

Anheló dolorosamente besar aquellos labios que habían succionado tanta sangre inocente. Ansió acariciar aquellos pechos, saborear con la lengua su delicadeza de terciopelo, sentir en la palma de la mano el suave tacto de aquellos pezones. Deseó angustiosamente separar aquellos muslos y sumergirse en la profundidad de su calor.

Si no fuese una vampiro...

Qué vergüenza. Qué derroche.

Se dijo que tenía que acabar cuanto antes.

Se inclinó un poco más, con las rodillas apoyadas en el borde del colchón, y levantó el martillo. La otra mano se retorció y osciló mientras bajaba la aguzada estaca hacia el pecho. La punta se paseó por encima del seno izquierdo, se elevó ligeramente y se deslizó en el aire a poco más de un centímetro por encima de la piel.

Ya.

Un golpe seco y...

Los ojos de la vampiro se abrieron de golpe. Jadeó. Agarró la muñeca del hombre y la retorció con toda la fuerza de sus poderes satánicos. A él se le escapó un grito mientras observaba con horror la estaca que se le escurría de entre sus dedos agarrotados y caía, con la parte roma por delante, sobre el otro pecho.

Le anegó, como un raudal helado, una sensación de intenso desconsuelo.

Sin la estaca...

Cuando la madera rebotó en el pecho y salió despedida, el hombre forcejeó con la mano que le sujetaba la muñeca, en un intento de recuperarla. Pero la presa de la vampiro era demasiado potente. La estaca se desplazó hasta quedar fuera de su vista, más allá de la caja torácica del monstruo.

El hombre comprendió entonces que todo estaba perdido. No obstante, giró el martillo de forma que la cabeza se estrellara contra el rostro de la vampiro. Ella dio un tirón de la muñeca que tenía bien cogida, al tiempo que emitía un gruñido y levantaba el otro brazo para detener el golpe, mientras el hombre se le venía encima.

Cayó cruzado sobre el pecho femenino. Un brazo se cerró con fuerza en torno a la espalda masculina, mientras la vampiro se agitaba debajo de él, revolviéndose y retorciéndose, para sacudirse el cuerpo del hombre. En cuanto el frustrado atacante tocó el colchón, ella se le echó encima y una de sus rodillas golpeó con saña la ingle del cazavampiros.

El hombre se quedó sin resuello. Agónicamente aturdido, vio el astil de madera en la mano del monstruo. Lo contempló mientras lo levantaba para situarlo sobre su rostro. Trató de esquivar el golpe, pero los quebrantados músculos se negaron a obedecer.

Apenas le quedaba aliento suficiente para exhalar un chillido cuando la punta de la estaca le atravesó el ojo.

EXPLORADORES

Capítulo 1

—¿Y si volviéramos a casa dando un pequeño rodeo? —sugirió Pete.

Puso en marcha la furgoneta. Chirriaron los neumáticos sobre la gravilla de la zona de aparcamiento.

Un rodeo. A Larry le parecía bien. Pero no dijo nada. Sabía que la propuesta de Pete iba dirigida a las ocupantes de los asientos de atrás. Si las esposas no daban el sí, asunto concluido.

—Te mueres de ganas de que volvamos a perdemos, ¿verdad? —insinuó Bárbara.

—¿Quién, yo?

—Le encanta lanzarse por carreteras que nadie sabe dónde terminarán.

—Pero siempre llegamos a casa, ¿no?

—A veces.

Pete lanzó una ojeada a Larry. Una comisura de la boca se curvó hacia arriba e hizo que se levantara aquel extremo del bigote.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? Te pregunto.

Antes de que Larry tuviese tiempo de responder, Bárbara se inclinó hacia adelante y un bronceado antebrazo se cerró como un gancho en torno a la garganta de su marido.

—Estar colado por mí, ¿no?

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¡Eh! ¡Eh! Calma. ¿Quieres que me salga de la carretera?

La mujer llevaba una blusa sin mangas. La atezada morenez del hombro aparecía salpicada de pecas. Aunque el acondicionador lanzaba un continuo chorro de aire fresco al interior de la furgoneta, bajo el rizado vello del labio superior relucían las gotitas de humedad. Larry no deseaba que le sorprendiesen en plan de mirón, así que desvió la vista. Delante de ellos, un anciano vestido como los antiguos buscadores de oro conducía un burro por el arcén de la carretera.

Larry se preguntó si aquel individuo sería de verdad. Encrucijada de la Plata, el pueblo del que acababan de salir, estaba lleno de sujetos vestidos con prendas típicas del viejo Oeste. Algunos parecían género auténtico, pero era indudable que la mayor parte de ellos se limitaban simplemente a interpretar su papel en honor de los turistas.

—Bueno, ¿en qué quedamos? —preguntó Pete cuando Bárbara le soltó—. ¿Os place ir a explorar un poco por ahí?

—Creo que sería divertido —opinó Jean—. ¿Tienes prisa por volver a casa, Larry?

—¿Yo? No.

—Le molesta horrores perder un día —explicó la mujer—. Me paso media vida tratando de arrastrarle fuera de casa.

—El día ya está en las últimas —dijo Larry.

—Lo mismo que tú, tío —machacó Bárbara.

—Ufff. No lo decía en el sentido en que te lo tomas. Ha sido magnífico. —Había resultado un estupendo cambio en su acostumbrado plan de siete jornadas laborables a la

semana. Salir con Pete y Bárbara, vagar por aquella vieja población, presenciar el duelo a tiro limpio en la calle Mayor, tomarse una hamburguesa y un par de cervezas en el pintoresco *salón...*, sí, fue formidable—. De todas formas, necesito airearme más a menudo, o acabaré fosilizado.

—Todo lo que hacemos acaba en sus libros —declaró Jean—, pero no puede soportar que le aparten de su procesador de textos.

—Eso es lo que nos permite tener un techo sobre nuestras cabezas.

Pete echó la suya hacia atrás como si creyera que, lanzando la voz contra la parte alta del parabrisas, la carambola haría que Bárbara la oyese mejor.

—Llévale a esa ciudad fantasma.

Una ciudad fantasma.

Larry notó aposentarse en su pecho y en su garganta una cálida y agradable presión.

—¿Crees que puedes dar con ella?

—Eso está hecho. —Miró a Larry, sonriente—. Te robará el corazón. Es el lugar de tus sueños.

—Bastante espectral, desde luego —dijo Bárbara.

—Se sentirá en el paraíso.

—Apuesto a que de ahí sacas un libro —le sugirió Pete—. Puedes titularlo *El espanto de Llano de la Artemisa*. Tal vez ronde por allí algún que otro monstruo, dedicado a hacer picadillo a todo aquel que se presente.

A Larry se le subieron ligeramente los colores, a impulsos del cosquilleo de orgullo que le producía siempre el que alguien aludiera a sus novelas de terror.

—Si lo escribiese —dijo—, tú no lo leerías.

—Yo sí —le aseguró Bárbara.

—Ya lo sé. Eres mi lectora más fiel y entusiasta.

—Yo esperaré a que lo conviertan en película —anunció Pete.

—Tendrás que esperar mucho.

—Y tú tendrás que hacerla —dijo Pete, al tiempo que dirigía a Larry una inclinación de cabeza y entornaba un ojo.

Bárbara le sacudió un suave capón y le alborotó el pelo.

—Ya lo ha hecho, miserable.

—Eh, eh, cuidado con las manos. —Pete se atusó los despeinados cabellos. En la espesa pelambrera negra destacaban unas cuantas hebras grises. El bigote, donde el gris era mucho más abundante, parecía pertenecer a un rostro de más edad.

—Serás un cernícalo marchito y lleno de canas —pronosticó Larry—, antes de que filmen una película basada en cualquiera de mis libros.

—Bah, memeces. Lo conseguirás, fíjate en lo que te digo. —Ladeó la cabeza—. *La bestia de Llano de la Artemisa*. Ya lo estoy viendo. Voy a ser uno de los personajes, ¿verdad?

—Claro. Eres el tipo que conduce.

—En la película, ¿quién me representará? Tiene que ser alguien apropiadamente guapo, gallardo y elegante.

—Peewee Herman —sugirió Bárbara.

—¿Preparada para morir, bomboncito?

—De Niro —dijo Larry—. Sería perfecto.

Pete enarcó una ceja y se acarició el bigote.

—¿Tú crees? Resulta un poco viejo.

—No eres precisamente un pollito —observó Bárbara.

—¡Eh! Treinta y nueve. No se puede decir, creo, que tenga un pie en la tumba.

—Antes de que empieces a perder vista, será mejor que andes con ojo y no te pases el desvío.

—Sé justamente dónde está. No te preocupes. Poseo un instinto especial para estas cosas. Conque De Niro, ¿eh? Sí, me gusta.

—Vale más que reduzcas la velocidad —aconsejó Bárbara.

—No las tienes todas contigo, ¿verdad? Sé con toda exactitud a dónde voy.

La furgoneta dobló una curva de la asfaltada autovía de doble carril y pasó de largo por delante de un desvío situado a la izquierda.

—Era ése, tío listo.

Pete se inclinó hacia la portezuela y, por el espejo retrovisor, vio alejarse el desvío por detrás.

—No.

—Oh, claro que lo era.

—Nunca nos hace caso —dijo Jean.

—Ese desvío no era —murmuró Pete, pero pisó el freno. La furgoneta aminoró la marcha. Pete torció hacia el arcén, detuvo el vehículo, bajó el cristal de la ventanilla y miró hacia atrás—. ¿De veras crees que era ése, ¿dulzura?

—Si no me crees, sigue adelante.

—Mierda.

—Quizá no sea hoy el día previsto para que visitemos una ciudad fantasma —comentó Jean, en tono festivo.

Larry se volvió en el asiento y la miró. La mujer sonrió, al tiempo que elevaba los ojos al techo. Una expresión tan elocuente como las palabras. Quería decir: “¿Dónde nos vamos a meter?”. Lo mismo que Larry, disfrutaba a sus anchas con las discusiones exentas de veneno que se montaban Pete y Bárbara. Pero también habían sido testigos del avinagramiento de las mismas y a veces escucharon, en la casa de al lado, disputas de la pareja realmente enconadas.

—¿Por qué no probamos esa carretera? —sugirió Larry.

—No es ésa.

—Díjolo el príncipe Enrique el Navegante —murmuró Bárbara.

—Tal vez sea cuestión de echarlo a cara o cruz —apuntó Jean.

—¿No tienes un mapa? —fue Larry, a lo práctico.

—Pete no cree en los mapas —le dijo Bárbara en tono plácido. Era asombrosa la forma en que reservaba el sarcasmo en exclusiva para su marido—. Tú decides, Pete. Yo he dado mi opinión. Eres libre de aceptarla o desecharla.

—¡Oh, rayos! —murmuró él.

Inició la maniobra para dar la vuelta y Larry observó que en el rostro de Jean aparecía una expresión de alivio.

—Si ese desvío no es el bueno —Larry se dirigió a Bárbara—, te consideraremos responsable personal del error.

Ella le enseñó los dientes y luego emitió una suave risita.

—Recuérdaselo, colega.

Pete dobló para adentrarse con la furgoneta por la carretera lateral y aceleró. Condujo por el centro, sin hacer caso de la descolorida raya blanca de separación. En la señal que indicaba el límite de velocidad no quedaba suficiente espacio para que se pudieran leer los números. El metal estaba acribillado a balazos. Algunos agujeros parecían recientes, pero el óxido cubría el borde de muchos. Pete indicó con el dedo la señal:

—Hay bastante color local para ti. La vieja Barb lo pasará fatal si no sólo hemos tomado el desvío que no es, sino que, encima, nos llevamos algún balazo en esta liquidación de saldos.

—Bueno, si vemos cazadores de saldos, nos agacharemos —dijo Larry.

—¡Ja! ¡Muy bueno, lo tuyo! Me molesta decírtelo, pero van en el asiento de atrás.

—A esta distancia no se puede fallar el tiro —afirmó Jean. —Somos carne de sacrificio.

—No tienes nada de qué preocuparte, Pete. No eres ningún saldo.

—Ya lo sé. No tengo precio. Y también soy lo bastante inteligente como para saber que ésta no es la carretera que conduce a Llano de la Artemisa. Pero, de todas formas, aquí estamos.

—Fue una buena decisión —le aseguró Larry—. Mi vasta experiencia me demuestra que, en toda circunstancia, lo más sensato es aceptar el consejo femenino.

—Ello se debe a que normalmente es el bueno —dijo Jean.

—Por otra parte —continuó Larry, dirigiéndose otra vez a Pete—, no puedes perder. Primero, las haces felices al seguir al pie de la letra sus palabras. Eso es lo principal. Dejarlas que crean que son ellas las que empuñan las riendas. Las encanta. Luego, si resulta que estaban en lo cierto, no pasa nada. Si se da el caso de que se equivocaron...

—Caso que se da normalmente... —añadió Pete.

—¿Saben estos sujetos lo delgada que es la capa de hielo sobre la que patinan? —preguntó Jean.

—Si se equivocan —continuó Larry—, entonces uno tiene el placer de bañarse a gusto en los luminosos rayos del sentimiento de superioridad.

Pete sonrió e inclinó la cabeza.

—Eh, deberías incluir eso en alguno de tus libros.

—Figuraba en uno de sus libros —dijo Bárbara—. Si no me falla la memoria, uno de esos míseros polizontes blancos del Sur soltaba más o menos esas mismas palabras en *Muerto nocturno*.

—¿Sí?

—¿No me tomas el pelo? —preguntó Larry, admirado de que la mujer recordara una cosa así.

—¿No te acuerdas?

¿Había tomado la cita de uno de sus personajes sin percatarse de ello? Pensó que era extraño. Y un poco inquietante.

—No lo sé —reconoció—. Si tú lo dices, supongo que estará allí.

—La filosofía en funciones laborales —dijo Pete.

—No, quiero decir... Escribe uno tanto... Ese libro se publicó hace una eternidad.

—Juego con ventaja —confesó Bárbara—. Lo leí el mes pasado.

—Vaya, tal vez te estés metamorfoseando en ese fulano. Metiéndote en la piel de tu mísero polizonte blanco del Sur. Ahí tienes una idea para una historia, ¿eh? Un escritor empieza a convertirse en el personaje que ha creado.

—Ofrece posibilidades.

—Estupendo; si la utilizas, recuerda de dónde salió la idea.

—¡Ajá! —exclamó Bárbara—. A la izquierda.

Al mirar hacia el otro lado de la carretera, Larry divisó las ruinas de una vieja estructura. El edificio ya no tenía tejado. La puerta y los cristales de las ventanas, si alguna vez estuvieron allí, habían desaparecido. Al desmoronarse, la parte superior de las paredes maestras que otrora constituyeron el rectángulo básico había quedado reducida a montones de escombros, que ahora yacían junto al resto de los muros: las piedras y cascotes volvían al desierto de donde los tomaron.

—Bueno —se dio Pete por vencido—, sospecho que ésta es la carretera buena.

—Príncipe Enrique.

—Así, a primera vista, no tiene mucho aspecto de ciudad fantasma.

—Es que no es ésa —le respondió Bárbara—. Pero nos detuvimos aquí y echamos un vistazo antes de seguir hasta Llano de la Artemisa.

—No hay gran cosa que ver —dijo Pete—. ¿Queréis echar una mirada rápida?

—Yo preferiría llegar a la atracción estrella.

Pese a los anteriores comentarios de Jean acerca de lo difícil que era arrancar a Larry de casa, en el curso del año anterior habían efectuado varias excursiones para explorar la región. A veces, en compañía de Pete y Bárbara, en otras ocasiones solos o con Lane... cuando podían arrastrar fuera de la casa a su hija de diecisiete años. En aquellas salidas, Larry había visto gran cantidad de ruinas similares a las que estaban dejando a su espalda. Pero ninguna auténtica ciudad “fantasma”.

—¿No os preguntáis siempre quién viviría en lugares como éstos? —inquirió Jean.

—Buscadores de metales preciosos, pensaría uno —repuso Pete.

—“Fulanos muertos” —citó Larry.

—Eso lo dejo para ti. El toque morboso.

—A decir verdad, la expresión fue de Lane. “Fulanos muertos”. ¿Te acuerdas, cariño?

—En aquella oportunidad, volvió al coche y nos esperó allí. No quería tener nada que ver en el asunto.

—Conozco ese sentimiento —dijo Bárbara—. Creo que es una materia interesante; pero habéis de saber que quienquiera que habitase allí llevaría una buena temporada criando malvas.

—Cactus —corrigió Pete.

—Lo que sea. De todas formas, muertos. Lo que hace que resulte algo así como tétrico.

—Tanto mejor para Larry, aquí presente.

—A mí no me molesta —dijo Jean—. Sólo pienso que está muy bien eso de ver los sitios donde solía vivir la gente y, ya sabéis, imaginar cómo debía de ser su vida. Es historia.

—Hablando de historia —terció Larry—, ¿qué sabes de esa ciudad fantasma tuya?

—No gran cosa —declaró Pete.

—Ni siquiera sabe dónde está.

—Seguro que figura en alguna de estas guías —opinó Jean.

—No. Las hemos repasado.

—Supongo que no tiene nada especial —dijo Pete—. Puede que no sea una ciudad fantasma oficial, ni nada que merezca la pena reseñarse... sólo un pueblo junto al camino, un lugar abandonado. —Dirigió una repentina sonrisa a Larry—. ¡Eh! Supongamos que sólo está ahí para nosotros, que no es más que producto de nuestra imaginación.

—Una ciudad fantasma “fantasma”.

—¡Eso es! ¿Qué os parece? Otra idea para ti. Vas a tener que empezar a pagarme honorarios de asesor.

—Te traería más a cuenta escribir tus propias obras.

—¡Eh, quizá deba intentarlo! ¿Cuánto tiempo tardas tú en sacarte del caletre uno de esos rollos?

—Seis meses, tal vez, para escribirlo. Pero necesité unos veinticinco años para aprender a hacerlo.

—Será mejor que continúes reparando televisores —aconsejó Bárbara.

—¿Tomamos el desvío de acceso? —preguntó Pete.

—Ya te lo diré.

—La última vez, no tuvimos ocasión de explorar el pueblo —explicó Pete—. Pasamos demasiado tiempo follando entre esos montones de cascotes de ahí atrás.

—Cuidado, batidor.

—De todas maneras, teníamos que volver en seguida para hacer acto de presencia en una de esas fiestas que organizáis, así que prácticamente nos limitamos a atravesar Llano de la Artemisa.

“Dios —pensó Larry—, eso es lo que hicieron, literalmente”. Si no, Bárbara no habría reaccionado como lo hizo.

Realmente, se habían dedicado a joder sobre aquellos escombros. Entre los muros derruidos. Sin puertas. Sin tejado. En descampado, casi.

Durante un momento, él estuvo allí. Encima de Bárbara.

Que tenía los ojos entrecerrados, separados los labios mientras retorció su cuerpo desnudo bajo el impulso de los achuchones con que él se la tiraba.

Expulsó de la mente aquella imagen, avergonzado de su leve traición y del deseo que la agitó. Se dijo, no obstante, que tampoco perjudicaba a nadie soñando despierto. Le asaltaban a menudo tales fantasías, y no sólo con Bárbara. Pero nunca engañó a Jean. Y pretendía seguir siéndole fiel.

—Estás llegando —anunció Bárbara.

Pete redujo la velocidad y casi había detenido totalmente el vehículo cuando tomó el desvío de la derecha. A juzgar por el aspecto que presentaba aquella carretera, varias generaciones de cuadrillas de reparación de caminos la habían despreciado olímpicamente. De la línea central de separación sólo quedaba el recuerdo de unos pocos trazos, espaciados y débiles. El asfalto, grisáceo y abrasado por el sol, estaba cuarteado, desmenuzado, sembrado de profundos baches.

La furgoneta rebotaba y traqueteaba, entre virajes a un lado y a otro para eludir los hoyos. Larry se encontró aferrado al brazo del asiento.

—¿Te molestaría ir un poco más despacio? —le sugirió Bárbara.

—Queréis llegar allí, ¿no?

—Enteros, si es factible.

Uno de los socavones proyectó el asiento contra la rabadilla de Larry. Le rechinaron los dientes al chocar entre sí.

—¡Maldita sea! —protestó Bárbara.

—¡Está bien, está bien! —se excusó Pete—. Ese no lo vi.

Después de que redujera la velocidad, el viaje continuó siendo duro, pero no punitivo. Larry aflojó la presión de la mano sobre el brazo del asiento. Al mirar por la ventanilla vio la oxidada carrocería de un automóvil volcado. El vehículo tenía el techo aplastado y le faltaban las cuatro ruedas. Se encontraba más allá del talud que bordeaba la carretera, rodeado de los desechos que había acumulado allí el desierto: trozos de roca, cactus y maleza. No pudo imaginar cómo había llegado a aquella posición boca abajo. Pensó en hacer alguna observación alusiva al vehículo accidentado, pero luego decidió guardar silencio. El destrozado automóvil probablemente inspiraría a Pete otra idea novelable.

Desde luego, el modo en que llegó allí tendría una explicación perfectamente terrenal. Tal vez se averió y lo abandonaron en la cuneta. Luego llegarían otras personas, lo empujaron por el talud y el coche dio una vuelta de campana. No tendrían nada mejor que hacer. Si alguien quería aprovechar los neumáticos, volcar el automóvil le parecería seguramente más razonable que recurrir al gato para ir de una a otra rueda.

No sería una sola persona.

Larry experimentó un arrebató de júbilo.

Una banda itinerante de basureros del desierto. Una jauría primitiva de carroñeros sanguinarios.

Quizá no esperaban a que se produjesen los accidentes. Tal vez los provocaban, bloqueaban la carretera o colocaban alguna trampa y, al final, tendían una emboscada a los infelices viajeros. Mataban a los hombres. Luego se llevaban a las mujeres a su guarida —acaso una mina abandonada— y allí se entregaban a juegos y diversiones inconfesables.

No estaba mal. Merecía la pena jugar con esto último, a ver si podía convertirse en algo que funcionase. Necesitaba una nueva idea. Y cuanto antes.

—Justo pasada la curva —indicó Bárbara.

Larry escudriñó el terreno a través del parabrisas, pero las laderas bajas y rocosas que se alzaban por delante le impidieron extender la vista. La carretera trazaba una curva entre las paredes de una quebrada abierta entre dos cerros desolados.

“Es posible que la idea de los chatarreros del desierto dé resultado y encaje de maravilla incorporada a una ciudad fantasma”, pensó Larry mientras entraban en el paso del desfiladero.

—¡Ahí la tenemos! —anunció Pete.

Capítulo 2

—No es precisamente Beverly Hills, ¿eh? —comentó Pete.

—Encantadora —dijo Larry.

—¡Arrea! Nos hemos olvidado los pulverizadores —dijo Jean—. ¿Cómo vamos a dejar la impronta gamberra de nuestro paso por aquí si no contamos con las pistolas de pintura?

—Podríamos soltar unos cuantos balazos.

Pete rebuscó bajo el asiento y sacó la mano, armada con un revólver. Iba enfundado en una pistolera sin cinturón. Larry reconoció el Smith & Wesson 357 que había disparado unas cuantas veces el mes anterior, cuando fueron al polígono de tiro. Una preciosidad.

—Aparta eso —protestó Bárbara—. Por el amor de Dios.

—Sólo era una broma. No te amontones. Tranquila.

Mientras volvía a guardar el arma bajo el asiento, Bárbara comentó:

—¡Los hombres y sus juguetes!

Pete sacó la furgoneta de la carretera y la detuvo junto a un par de surtidores de gasolina. Dio dos bocinazos como si solicitara que le atendiesen.

—¡Santo Dios! —murmuró Bárbara.

—¡Eh! ¿No sería alucinante si, de pronto, apareciese alguien?

La mirada de Larry fue más allá de las bombas de gasolina. Los escalones de la veranda llevaban a una tienda rural cuya puerta de rejilla colgaba de una sola bisagra. Sobre el umbral, un descolorido letrero de madera informaba que aquel establecimiento era de Holman. Una fila de ventanas se abrían de cara a la carretera. No quedaba sano ni un solo cristal. Las ventanas parecían bocas abiertas que presentaban los dientes afilados e irregulares de sus vidrios rotos.

—Lo mismo podemos empezar por ahí —propuso Pete.

—Estupendo —dijo Larry. Supuso que tal vez resultara interesante visitar de arriba abajo algunas de las casas que encontraran en su camino, pero las demás podían esperar a otro día. Lo que más deseaba explorar era la zona del centro urbano.

Paralelos a la carretera que llevaba a Llano de la Artemisa se alineaban los restos de las cabañas que el viento del desierto había desmantelado. Las casas de piedra, adobe y ladrillo resistieron mejor los embates meteorológicos, pero incluso éstas aparecían destartaladas, con las puertas colgando o brillando por su ausencia y destrozados los cristales de las ventanas. Aquí y allá, tablas rotas yacían por el suelo cerca de los umbrales y los huecos de las ventanas. Larry supuso que aquellas maderas se habían utilizado para cegar las entradas a las viviendas.

Las paredes de las viejas casas azotadas por los elementos atmosféricos tenían numerosos agujeros de bala, pintadas y dibujos trazados con pulverizador. Era la aportación de los visitantes de aquella ciudad muerta, que convertían los restos urbanos en campo de juego.

Cercas medio caídas bordeaban muchos de los patios. En la parte delantera de no pocas casas, junto a cactus y matorrales, Larry vio diversos muebles viejos: un sofá, un par de sillones de mimbre, una silla de jardín con su armazón de aluminio doblada y retorcida... Al lado de un edificio había una bañera. Otra casa tenía el lavabo en el suelo, vuelto del revés, y todo indicaba que alguien lo aprovechó para hacer prácticas de tiro. Apoyada en un porche se veía la capota de un automóvil y, a escasa distancia, un par de neumáticos, lo que le hizo recordar a Larry el abandonado coche sin ruedas que había visto pocos minutos antes.

Se apeó de la furgoneta. Recibió un ramalazo de viento y una ráfaga de calor. Jean esbozó una mueca al echar pie a tierra. El aire lanzó hacia atrás su negra melena y le ciñó por delante la blusa y la falda, pegándoselas al esbelto cuerpo como si estuvieran empapadas.

—Será mejor echar la llave —advirtió Pete.

—Por aquí no hay nadie que pueda robarnos —le dijo Bárbara.

—¿No sería mejor para ti que me encargase de tu quitapenas?

—Está bien, está bien, cerraremos las puertas.

Larry cerró su lado. Se reunieron con Pete y Bárbara delante de la furgoneta.

—Me sentiría más tranquilo si nos llevásemos el arma —comentó Pete.

—Bueno, pues yo no.

—Uno nunca sabe lo que puede presentarse en un sitio como éste.

—Si crees que es peligroso, entonces maldito lo que pintamos aquí.

Bárbara agitó la cabeza para apartarse de la cara los mechones de pelo que el aire le ponía ante los ojos. El mismo aire que le abrió el escote de la blusa, desabrochada hasta el último botón, circunstancia que permitió a Larry echar una ojeada a un bronceado triángulo de pecho y vientre.

—Puede que haya serpientes de cascabel —aventuró Pete.

—Es cuestión de mirar dónde ponemos los pies —le dijo Jean.

Igual que Larry, deseaba que cualquier discusión quedase abortada antes de que pudiera degenerar en sañuda pelea.

—Sí —dijo Larry—. Y si nos tropezamos con algunos chicos malos, te enviaremos a ti en busca de la artillería.

—Oh, gracias. Mientras vosotros, los hombres, os escondéis.

—No te importaría que lo hiciéramos, ¿verdad, cielo mío?

Subrayó la respuesta aplicando la mano a los glúteos de Bárbara. Por la forma que tuvo la mujer de dar un respingo y apartarse, el azote de Pete debió de ser bastante fuerte. Bárbara giró en redondo sobre él.

—Ándate con OJO, ¿vale?

—Veamos qué hay en el Holman's —propuso Jean, y apresuró el paso hacia la escalinata de madera.

Larry imitó su ejemplo.

—Cuidado —advirtió. Las tablas, blanquecinas de puro desgaste, estaban combadas y surcadas por numerosas grietas. La del peldaño superior se había partido por la mitad: una parte había desaparecido y la otra colgaba de unos clavos herrumbrosos.

Jean se agarró a la barandilla, saltó por encima de la quebrantada escalinata y cruzó el porche sana y salva. Mientras Jean tiraba de la puerta de rejilla, Larry subió los peldaños. Chirriaron bajo el peso de su cuerpo, pero lo soportaron.

—Vale más que no lo intentes —Pete volvió la cabeza y miró a Bárbara, que ascendía por las baqueteadas y viejas tablas—. Las troncharás como palos de cerilla.

—Dale un respiro a tu ingenio —respondió Bárbara.

Larry admiró el aguante de la muchacha. Le parecía una condenada estupidez el que Pete se guaseara de las proporciones de su esposa. Bárbara era alta, probablemente rebasaría en algo el metro ochenta y dos, y aunque no poseía la esbeltez de palmera de muchas mujeres de estatura aventajada, tampoco le sobraban kilos. Larry la había visto ataviada con toda clase de prendas, incluidos trajes de baño y camisones, y en su opinión, tenía un cuerpo tremendo. Le constaba que Pete se sentía orgulloso del aspecto de su mujer. Pero, a veces, la envidia se retorció en su interior. Pete era fuerte y robusto, pero, aunque levantara todo el peso del mundo, eso no le proporcionaría los quince centímetros de estatura que necesitaba para poder mirar a Bárbara a los ojos sin alzar la cabeza, y en vez de llamarle “retaco” o “chiquilicuatro”, Bárbara simplemente le recomendaba que hiciese una pausa. Admirable.

La muchacha subió los escalones sin romper ninguno.

En el interior, Holman's olía a madera seca y vieja. Larry había esperado que el local resultara sofocante, pero las persianas, los cristales rotos y la brisa mantenían la atmósfera soportable. Una delgada capa de arena cubría el entarimado del piso. Pequeñas ráfagas la habían arrojado también contra la pared, así como sobre la base del mostrador en forma de L y los pies de los taburetes giratorios situados ante la barra.

El comedor ocupaba un tercio de la pieza. Seguramente hubo mesas entre el mostrador y la pared, pero habían desaparecido mucho tiempo atrás.

—Apuesto a que servían aquí succulentas hamburguesas de queso —comentó Jean. La volvían loca las comidas con carácter. Los viejos fogones que muchas personas calificarían despectivamente de “cuchitriles de tenedores, grasientos” constituían para Jean una potencial promesa de delicias gastronómicas inasequibles en los asépticos y modernos establecimientos de las cadenas de comidas rápidas.

—Qué horror —dijo Bárbara—. Un trago me vendría de perlas.

—Yo voto por una cerveza —dijo Pete.

—Creo que vi una taberna calle arriba —le informó Jean. —Pero sólo sirven Ectoplasma Rebajado —repuso Larry.

—Saquemos unas cuantas de la furgoneta, antes de seguir adelante.

—¿Tienes cerveza? —Larry la saboreaba ya.

—¿Bromeas? El desierto es una madre árida. ¿Crees que me atrevería a desafiarle sin llevar en la recámara mi equipo de supervivencia?

—¡Muy bien!

Pete echó a andar hacia la puerta.

—¿No vas a mirar por aquí? —preguntó Bárbara.

—¿Qué hay que ver? —Se apresuró hacia la salida.

—Me parece que tiene razón —opinó Jean, y empezó a recorrer la sala con los ojos.

—El resto del establecimiento debió de ser una tienda de esas en las que se vende de todo —dijo Larry—. Apuesto a que se han llevado hasta los clavos.

No quedaba nada, ni siquiera los estantes. A excepción del mostrador de comidas y de los taburetes, la sala estaba vacía. Al otro lado del mostrador se abría una ventana de servicio.

Un poco más allá, Larry vio una puerta cerrada, que seguramente daría a la cocina. Al final del mostrador había un hueco.

—Probablemente ahí es donde están los lavabos.

—Creo que revisaré el de señoras —dijo Bárbara.

—Que no te pase nada —deseó Jean.

—Echar un vistazo no puede hacer daño.

Se encaminó al hueco, abrió una puerta y giró en redondo, con la mano rápidamente apretada sobre la boca.

—Al parecer —comentó Larry—, sí le hizo daño echar una mirada.

—Estás a punto de vomitar, ¿no? —constató Jean. Bárbara bajó la mano y respiró hondo.

—Creo que encontraré un sitio mejor por ahí detrás.

Salieron del Holman's. Bárbara se fue hasta un extremo del porche, saltó a la calle y desapareció al doblar la esquina del edificio.

Larry y Jean se dirigieron a la furgoneta. Cuando Pete se apeó del vehículo, llevaba cuatro botellas de cerveza apretadas contra el pecho.

—¿Dónde está Barb?

—Se fue detrás del Holman's.

—Ha ido a atender una llamada de la naturaleza.

Pete frunció el entrecejo.

—No debió ir sola.

—Tal vez no quiera espectadores —explicó Jean.

—¡Maldita sea! ¡Barb! —gritó Pete.

No obtuvo respuesta. Repitió la llamada, y Larry captó un asomo de preocupación en sus ojos.

—Es probable que no te oiga —tranquilizó Larry—. El viento y eso.

—Toma estas botellas, ¿quieres? Voy a asegurarme de que no le pasa nada.

Jean y Larry cogieron dos botellas cada uno de los brazos de Pete.

—Sólo hace un par de minutos que se marchó.

—Sí, bueno...

Pete se alejó a paso ligero, hacia el extremo de la fachada del edificio.

—Espero que no le arranque la cabeza —dijo Jean—. Al menos, está preocupado por ella. De cualquier modo, eso ya es algo.

—Te garantizo que me gustaría que dejaran de tirarse los trastos verbales a la cabeza.

—Deben pasárselo en grande.

Jean deambuló hacia la carretera, con Larry a su lado.

Notaban en las manos el frescor húmedo de las botellas de cerveza. Larry tomó un trago de la que llevaba en la diestra.

—Tú también tendrás que ir, como no te andes con ojo.

—No dejes que Pete acuda a rescatarme —dijo Larry, y proyectó su atención sobre la ciudad.

La calzada central tenía amplios arcenes de gravilla en los que aparcar. Las aceras eran de cemento, nada de las tarimas elevadas comunes en los pueblos del viejo Oeste como Encrucijada de la Plata, donde estuvieron por la mañana. Los ciudadanos habían hecho algunas mejoras y modernizaciones antes de abandonar Llano de la Artemisa para que el desierto se apoderase de la ciudad.

—Me pregunto por qué se marcharían de aquí —dijo Larry.

—¿Tú no te irías?

—Yo no viviría en ningún lugar en el que no hubiese cines.

—Bueno, pues no veo ninguno por las cercanías.

Tampoco lo veía Larry. Desde el punto donde estaba, en mitad de la carretera, podía contemplar toda la población. De ningún edificio sobresalía por encima de la acera la típica marquesina propia de las salas cinematográficas. Vio el coloreado cilindro vertical de una peluquería delante de un pequeño establecimiento; en un edificio, a la izquierda, un letrero descolorido proclamaba que aquélla era la Taberna de Sam; en total, habría allí cosa de una docena de negocios comerciales. Supuso que en otro tiempo debieron de ser ferreterías, cafés, una panadería posiblemente, tiendas de ropa, acaso una farmacia y un local de todo a cinco y diez centavos, el consultorio de un médico y dentista (¿y qué me dices de un corredor de fincas iluso?) y, desde luego, un almacén de artículos deportivos. Ni la más ínfima y remota aldea de California carecía de un local en el que adquirir armas y municiones. Hacia el otro extremo de la ciudad, a la izquierda, se alzaba una construcción de adobe, con un par de puertas saledizas y fosos e islotes de servicio en la parte delantera. El Garaje de Babe.

El centro de la urbe parecía constituir la estructura de madera, de tres plantas, del Hotel de Llano de la Artemisa, contiguo a la Taberna de Sam.

—Eso es lo que me gustaría explorar —dijo Larry.

—¿La Taberna de Sam?

—Ésa también. Pero me refería al hotel. Parece que lleva bastante tiempo aquí.

—Entonces valdría más que fuéramos ahora. Ignoramos cuánto tiempo va a durar esta expedición, antes de que esos dos empiecen a pelearse otra vez.

—Tendremos que volver nosotros solos, en alguna otra ocasión, y repasar a fondo este pueblo.

—No sé. —Jean tomó un sorbo de cerveza—. No estoy muy segura de que me apetezca volver aquí sin alguien que nos acompañe.

—¡Eh! ¿Qué soy yo, menudillos de hígado?

—Sabes lo que quiero decir.

Lo sabía. Aunque Jean y él compartían el deseo de aventuras, cierta timidez los coartaba. La presencia de otra pareja eliminaba ese punto débil.

Necesitaban respaldo.

Un apoyo como el de Pete y Bárbara. Pese a sus disputas, cada uno de ellos estaba dotado de buenas dosis de fortaleza y seguridad en sí mismo. Capitaneados por aquella pareja, Larry y Jean se arriesgarían de mil amores por sitios en los que solos jamás entrarían.

Larry pensó que, incluso aunque tuviesen noticia de la existencia de aquel pueblo, no se habrían atrevido a explorarlo por su exclusiva cuenta. Las probabilidades de volver allí eran remotas, al menos en un futuro inmediato.

Jean dio una vuelta y miró hacia la esquina del Holman's.

— ¿Qué los retiene?

— ¿Crees que deberíamos ir a buscados?

— No, no lo creo.

Larry tomó un sorbo de cerveza.

— ¿Por qué no nos quitamos del sol? — sugirió Jean.

Dejaron atrás la furgoneta, subieron la desvencijada escalinata del Holman's y se sentaron a la sombra que ofrecía la baranda. Dejaron en las tablas del suelo, entre ellos, las dos botellas extra. Jean cruzó las piernas. Se frotó los desnudos muslos con la base de su botella. La humedad dejó una línea líquida en la piel. Levantó el botellín hasta su rostro y deslizó el vidrio por las mejillas y la frente.

Larry imaginó a Jean abriéndose el escote de la blusa, deslizando la fresca y rezumante botella sobre la piel de los pechos. Se dijo que no era la clase de mujer capaz de hacer tal cosa. Rayos, ni siquiera saldría de casa sin llevar puesto el sostén.

Sólo como algo perteneciente a la ficción podían aceptarse las cosas demasiado malas de la vida, se dijo, y tomó otro trago de cerveza. En sus libros, una chica se habría pasado esa botella húmeda por los senos en cuestión de segundos. Luego, naturalmente, el mozo que la acompañara habría entrado en acción.

Era una escena que merecía la pena escribir.

A uno no se le presentaría nunca la oportunidad de vivirla, al menos en esta vida, pero...

— Larry, empiezo a estar preocupada.

— No tardarán en volver.

— Algo va mal.

— Quizá Bárbara tiene un problema.

— ¿Diarrea, por ejemplo?

— ¿Quién sabe?

— Si no les hubiera ocurrido algo, a estas alturas ya estarían de vuelta — dijo Jean.

— Tal vez Pete ha tenido suerte.

— No harían una cosa así.

— Es evidente que la hicieron en esas ruinas por las que pasamos antes.

— Parece que sí. Pero iban solos. No creo que lo repitan aquí, mientras nosotros esperamos.

— Si estás tan segura, ¿por qué no volvemos, doblamos la esquina y vamos a buscados?

— Venga, adelante.

Le dirigió una mirada de disgusto.

— Ni hablar.

Larry le puso la mano en la espalda. La blusa estaba empapada. La desabrochó e introdujo la mano bajo la tela. Jean permaneció sentada, erguida, y suspiró mientras él la acariciaba.

Cuando los dedos llegaron a los corchetes del sujetador, Jean dijo:

—No sigas. Pueden aparecer en cualquier momento.

—Por otra parte, quizá no vuelvan a presentarse.

—No bromees con eso, ¿vale?

—No estoy bromeando del todo.

—Puede que estén follando por ahí.

—Dijiste que no lo harían.

—Bueno, no sé, maldita sea.

—Quizá sea mejor que vayamos a ver.

Jean arrugó la nariz.

—Si se encuentran en algún apuro —dijo Larry—, no vamos a mejorar las cosas demorando el asunto. Es posible que necesiten ayuda.

—Sí, de acuerdo.

—Además, se les están calentando las cervezas.

Larry cogió la botella destinada a Pete, se puso en pie y aguardó a Jean. Luego se encaminaron al extremo del porche. Larry asomó la cabeza por la esquina. La zona de delante del edificio estaba desierta, así que dio un brinco y llegó al suelo.

—Jean cubrió con el pulgar la boca del botellín de Bárbara y saltó a su vez.

—No conozco nada de esto —dijo.

—No pueden confiar en que les esperemos eternamente.

Larry encabezó la marcha, con la intención de ir unas cuantas zancadas por delante de Jean, por si acaso surgía realmente algún problema.

En circunstancias como aquélla, preferiría que su imaginación se tomara unas vacaciones. Pero nunca le dejaba en paz. Siempre estaba dándole vueltas a las posibilidades... posibilidades que en la mayoría de los casos eran bastante torvas.

Se imaginaba a Pete y Bárbara muertos, naturalmente. Asesinados sanguinariamente por la misma banda de carroñeros del desierto que aparecieron en su mente al ver el automóvil volcado.

Quizás habían matado a Pete y secuestrado a Bárbara. Tendrían que ir a buscarlos. Regresar primero a la furgoneta y coger el arma de Pete.

Era posible que los hubiese liquidado un homicida que utilizara aquella vieja ciudad como escondrijo.

O algún lunático a la caza de buscadores de concesiones mineras. Tal vez desaparecieron simplemente. Se esfumaron sin dejar rastro. Pete tiene las llaves de la furgoneta. No les quedaría más remedio que irse de aquí a pie. Supuso que la población más cercana era Encrucijada de la Plata. Dios, tardarían horas en llegar allí. Y puede que alguien los persiguiera, con intención de acabar con ellos.

—Será mejor advertirlos de que vamos —dijo Jean.

Larry se detuvo cerca de la esquina del edificio, volvió la vista hacia la muchacha y denegó con la cabeza.

—Si han tropezado con alguien...

—Ni pensarlo, ¿vale?

La expresión del rostro de Jean le indicó que ella había considerado ya tal posibilidad.

—Anda, adelante, llámalos —sugirió Jean—. No necesitamos encontrarnos maldita la cosa.

Larry pensó: “Si Pete se la está tirando, no querrá espectadores. Ni por lo más remoto”. Pero se guardó muy mucho de expresar en voz alta su pensamiento.

Sin mirar al otro lado de la esquina, gritó:

—¡Pete! ¡Bárbara! ¿Estáis bien?

No hubo respuesta.

Unos segundos antes se los había imaginado en plena fiesta copulativa. Ahora los vio tendidos muertos en el suelo, mientras la partida de salvajes asesinos inclinados sobre sus cadáveres volvían la cabeza al oír la voz de Larry.

Indicó con un ademán a Jean que esperase y dejó atrás el extremo del edificio.

Capítulo 3

—¿Dónde están? —susurró Jean, apretada contra el costado de Larry.

Este meneó la cabeza. No podía creer que la pareja se hubiera realmente volatilizado en el aire.

—Seguramente andarán vagando por alguna parte —dijo.

La idea de que pudiera haberlos sorprendido retozando impúdicamente fue sin duda producto de sus propias ilusiones y, por otro lado, sabía que sus temores acerca del asesinato eran tan rebuscados como inverosímiles. Pero subsistía el temor de que hubiesen desaparecido.

—Vale más que los encontremos —manifestó Jean.

—Un plan estupendo.

Pero lo único que vieron fue las paredes traseras de las otras casas y el desierto que se extendía hacia una cadena de montañas que elevaba sus cimas por el sur.

—Puede que hayan tramado alguna jugarreta contra nosotros —insinuó Jean.

—¿Qué quieres que te diga? Pete estaba loco por su cerveza.

—La gente no se filtra así como así por una grieta y desaparece de la faz de la Tierra.

—Sólo llegado el momento.

—No tiene gracia.

A Jean le temblaba la voz.

—Mira, no tardarán en aparecer.

—Quizá sería mejor que fuésemos por la pistola.

—La furgoneta está cerrada con llave. Y no creo que a Pete le diera un alegrón encontrarse al volver con que le hemos roto el cristal de una ventanilla.

—¡PETE! —se puso Jean a chillar de pronto—. ¡BARB!

—¡Yujuuu! —respondió una voz a lo lejos.

Las cejas de Jean se dispararon frente arriba. Ladeó la cabeza y entornó los párpados para otear el desierto.

A unos cincuenta metros de distancia, la cabeza y los hombros de Pete emergieron de la superficie del erial.

—¡Eh, tenéis que ver esto! —gritó, al tiempo que agitaba los brazos para animarlos a que se aproximasen.

Jean miró a Larry, elevó los ojos al cielo y hundió hombros y pecho como si se hubiera quedado sin oxígeno.

Larry sonrió.

—Creo que le mataré con mis propias manos —dijo Jean.

—Iré a buscar el arma.

—Rompe todas las ventanillas, de paso.

La voz de Jean sonaba estremecida.

—Venga, veamos qué han encontrado.

Caminaron por aquel terreno endurecido y achicharrado, avanzando con el máximo cuidado entre las rotas piedras y eludiendo los cactus y las patas de gallo. Cerca del lugar donde Pete esperaba crecía un anacardo. Larry supuso que Bárbara se había alejado del Holman's en busca de algún arbusto o conjunto de rocas adecuados para sus necesidades y que, finalmente, se decidió por el anacardo. El tronco era lo bastante grueso como para permitirle cierta intimidad, y la caída de las ramas procuraba suficiente sombra.

Pete se encontraba a cierta distancia del árbol. A su espalda, el terreno descendía.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Larry—. ¿El Gran Cañón?

—¡Hombre! Me alegro de que hayas traído la cervecita. —Se secó la cara con la parte delantera del faldón de la camisa—. Esto es asqueroso.

Larry le pasó la botella.

La depresión existente detrás de Pete era el lecho seco de un arroyo, que pasaba a unos cinco o seis metros por debajo del nivel de las tierras llanas que lo orillaban. Sentada en una piedra del fondo, Bárbara alzó la cara y agitó el brazo.

—¿Os olvidasteis de nosotros? —preguntó Jean a Pete. El hombre acabó de tomarse un trago de cerveza y luego sacudió la cabeza.

—Ahora mismo iba a buscaros. Se me figuró que queríais ver esto.

Emprendió el descenso del empinado declive y ellos le siguieron.

—Empezábamos a estar un poco preocupados —dijo Larry, sin levantar los ojos de la rocosa bajada, para mirar bien dónde ponía los pies—. Temíamos que hubieseis caído víctimas de alguna banda nómada de merodeadores del desierto.

Bárbara se puso en pie y se sacudió el fondillo de sus blancos pantalones cortos.

—¡Dios! ¡Hace un calor de infierno, aquí abajo! —comentó, mientras se acercaban. Tenía desabrochados los botones de la blusa, atada por delante, dejando el diafragma al aire. El lazo estaba lo bastante suelto como para que quedase un hueco. El sostén era negro. A través del encaje, Larry vio la blanca piel lateral de los senos. Bárbara añadió—: No corre ni tanto así de brisa.

—¿Qué es ese gran descubrimiento? —preguntó Jean, a la vez que le tendía la cerveza.

—No es nada del otro mundo, si vale mi opinión.

Bárbara levantó el botellín. Larry vio desprenderse de la barbilla de la mujer una gota de sudor, que rodó por el esternón y se deslizó pecho abajo hasta llegar al borde del sujetador.

—Por ahí —indicó Pete—. Vamos.

Los guió por un tajo que la erosión había abierto en la pared del talud. Allí, entre las sombras y oculto en parte por la maleza, se veía la estropeada armazón de una gramola.

—Debe de haber salido de ese café —dijo, mientras, con el zapato, aplicaba un flojo puntapié al aparato.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Jean.

—Cualquiera sabe.

—Ese cacharro tampoco vale nada, de todas formas —dijo Bárbara.

—Ha vivido tiempos mejores —confirmando Larry, con un toque de nostalgia al imaginarse aquel fonógrafo nuevo, flamante y reluciente junto al mostrador del Holman's. Supuso que alguien lo había arrastrado hasta allí y utilizado para hacer prácticas de tiro.

Sería un blanco perfecto, todo decorado de plástico y cromo brillante... Si el tirador era tan imbécil como para encontrar placer en la destrucción de algo tan bonito como aquella gramola. Una vez agujereada como un colador la caja del mueble, probablemente despeñaron el aparato cuesta abajo para divertirse viéndolo rodar, chocar contra las peñas y hacerse pedazos.

Larry se puso en cuclillas junto a la cubierta de plástico hecha añicos. Las filas de ranuras donde se albergaban los discos estaban vacías. El brazo de la aguja colgaba de su montura, sujeto sólo por un par de hilos.

—Seguro que valía unos cuantos grandes —evaluó Pete.

—Olvidalo —repuso Bárbara.

—Opino que debemos llevárnoslo con nosotros.

—Es una hermosura —dijo Pete—. Un Wurlitzer.

—¿Crees que se podría arreglar y que volvería a funcionar? —quiso saber Jean.

—Desde luego que sí.

Larry pensó que era probable que se consiguiera. La casa de aquel hombre estaba llena de aparatos resucitados: televisores, equipos estereofónicos, un horno, una tostadora, lámparas, un lavavajillas y una aspiradora, todos ellos desechados por inútiles, pero que Pete recogió, restauró y puso de nuevo en funcionamiento.

—Uno podría conseguir que tocara de nuevo —dijo—, pero está demasiado abollado y escacharrado para recuperar su bonito aspecto. —Sus embellecedores de cromo aparecían mellados y oxidados; un lado de la caja, hundido; la rejilla de los altavoces parecía haber sufrido varias andanadas de escopetas de perdigones y los balazos habían destrozado más de la mitad de los botones del cuadro de selección de canciones. Pete añadió—: Probablemente ni siquiera habrá modo de encontrar piezas de recambio para muchas partes del aparato.

—Aunque seguro que quedará bastante presentable.

—Sí.

Larry ladeó la cabeza y sopló para limpiar de arena la relación de títulos que ofrecía la gramola. Balas y perdigones de escopeta habían destrozado algunas etiquetas. La lluvia y los años de sol habían comido el color de las restantes y apenas podían leerse los nombres de las piezas. Sin embargo, muchos títulos y artistas resultaban descifrables. Jean se puso en cuclillas y miró por encima del hombro de Larry.

—Ahí están Hound Dog —indicó él—, I Fall to Pieces y Stand by Your Man.

—Dios mío, ésa me encantaba —evocó Jean.

—A mí me parece que casi todo esto es más bien pueblerino —dijo Pete.

—Bueno, pues aquí tienes algo de los Beatles, *¡Qué noche la de aquel día!*, The Mamas and the Papas.

—¡Ah, éstos eran buenos! —se animó Bárbara.

—Siempre me pongo melancólica cuando pienso en Mama Cass.

—¡Está bien! —Larry esbozó una mueca—. *The Battle 01 New Orleans*, Johnny Hartan. Hombre, yo debía de estar en el instituto. Me la sabía de memoria.

—Aquí tenemos a Haley Mills —observó Jean, y su aliento agitó el pelo de Larry, por encima de su oreja—. *Let's Get Together*. Y, mira, *Soldier Boy*.

—Y está también *Surfing USA*, de los Beach Boys.

—Ahora nos entendemos —dijo Pete.

—Dennis Wilson, que no podía faltar —añadió Bárbara—. Muchos de ellos ya han muerto. Mama Cass, Elvis, Lennon. Jesús, esto empieza a resultar deprimente.

—Patsy Klein también ha muerto —le recordó Jean.

—Y Johnny Hartan, creo —dijo Larry.

—¿Qué esperabais, muchachos? —dijo Pete—. Este material tiene por lo menos veinte o treinta años.

Bárbara retrocedió unos pasos y dio un traspié al tropezar la zapatilla deportiva con una piedra, pero se las arregló para no perder el equilibrio. Con una sonrisa en el sudoroso rostro, propuso:

—¿Por qué no salimos de este agujero del infierno y vamos a echar una ojeada a la ciudad? A eso hemos venido, ¿no?

—También es verdad.

Jean se apoyó en el hombro del agachado Larry y se impulsó para incorporarse.

—Vamos a ver si podemos levantar este aparato —murmuró Pete.

—¡Ah, no, ni hablar! —saltó Bárbara—. ¡De ninguna manera! No vas a llevar este trasto con nosotros. ¡Ujú!

—Bueno, mierda.

—Si tienes el capricho de una vieja gramola tan escacharrada como ésta, vas y te la compras. Dios mío, seguramente tendrá un nido de escorpiones ahí dentro.

—Me parece que es mejor que te olvides del asunto —aconsejó Larry, al tiempo que se enderezaba—. Ese aparato es irrecuperable de todas, todas.

—Sí, me temo que sí. ¡Mierda! —Dirigió a su esposa una agria mirada—. Un millón de gracias, Bárbara adorada.

La mujer pasó por alto el sarcasmo y empezó a trepar cuesta arriba. Por debajo de la arrugada blusa, la espalda aparecía bronceada y húmeda de sudor. El polvo amarillento de la piedra sobre la que estuvo sentada manchaba el fondillo de sus pantalones. La tela se pegaba a las nalgas y Larry vio la silueta de las bragas: una tira de escasos centímetros de anchura bajo el cinturón de los pantalones, con un diminuto triángulo curvándose por la entrepierna. Jean, que subía detrás de Bárbara, se encorvaba ligeramente. Aún no se había abrochado la blusa. Flotaba hacia atrás y el faldón le cubría el trasero.

Pete también era todo ojos.

—Vaya par de preciosos guayabos —comentó.

—No están mal.

—¿Pero no te ha asaltado nunca la sensación de que gobiernan nuestras jodidas existencias?

—Sólo el noventa por ciento del tiempo.

—Mierda.

—Es por nuestro bien.

Pete ahogó una risita, palmeó el brazo de Larry y tomó un largo trago de cerveza.

—Me parece que vale más que seamos buenos chicos y vayamos con ellas. —Volvió la mirada hacia la gramola. Suspiró. Se encogió de hombros—. Adiós. Se acabó la música para ti, vieja compañera.

—Eso sí que es una provocación —comentó Larry al ver el candado que aseguraba el pestillo de la puerta de doble hoja del Hotel Llano de la Artemisa.

Pete pasó el dedo por el candado.

—No parece que sea muy viejo.

—Tal vez vive alguien ahí —aventuró Bárbara.

—Eh, Sherlock, está cerrado por fuera. ¿Qué te dice ese detalle?

—Me dice que no debemos entrar.

—Sí —confirmó Jean—. Las puertas están cerradas con llave, las ventanas cegadas con tablas. Alguien pretende evitar que la gente se meta en el edificio.

—Pues esto es algo que dispara mi curiosidad. ¿Qué me dices, Larry?

—También despierta la mía. Pero no sé qué decirte en lo que se refiere a entrar por la fuerza.

—¿Quién lo va a saber? —Pete se apartó de la entrada. Bajó de la acera, se agachó y volvió la cabeza, despacio, para mirar a un lado y a otro de la calle, en paródica pantomima de exploración de la única calle de la ciudad—. Yo no veo a nadie. ¿Tú ves a alguien?

—Captamos la idea —le dijo Bárbara.

—Me llegaré a la furgoneta. —Pete echó a andar a través de la calzada, dirigiéndose en diagonal hacia el establecimiento de Holman.

—¿Qué tiene en la cabeza? —preguntó Jean.

—Dios sabe. Quizá proyecta derribar las puertas a fuerza de ariete.

—Eso sería drástico de veras —observó Larry.

—En esta tesitura, es cuestión de orgullo. Un desafío. Pete no sería Pete si permitiese que cosas tan insignificantes como un candado le impidieran seguir adelante.

Jean elevó los ojos al cielo.

—Me da en la nariz que eso significa que vamos a examinar ese hotel tanto si queremos como si no.

—Considéralo una aventura —le sugirió Larry.

—Sí, claro. La cárcel también puede ser una aventura.

Pete subió a la furgoneta por detrás. Se apeó al cabo de unos segundos, cerró la portezuela y agitó una llave inglesa por encima de la cabeza. La herramienta iba rematada por una palanqueta. En la otra mano, Pete empuñaba una linterna.

“Parece realmente dispuesto a forzar la entrada —pensó Larry—. ¡Santo Dios!”

Bárbara esperó a que estuviera cerca.

—Lo hemos pensado mejor, Pete —declaró entonces.

—¡Eh! ¿Qué sería la vida si no nos la complicásemos un poco corriendo algún que otro riesgo de vez en cuando? ¿Vale, Lar?

—Vale —respondió Larry. Trató de parecer animado.

—¡Menuda ayuda tenemos contigo! —murmuró Jean. Pete subió a la acera, sonriente y sin dejar de blandir la barra de hierro.

—Aquí traigo mi llave maestra —anunció—. Encaja en cualquier cerradura.

—¿Alguien quiere esperar en la furgoneta? —preguntó Bárbara.

—¡Aaah, gallina!

—En fin, confieso que me gustaría echar un vistazo —reconoció Larry.

—Buen chico.

Pete entregó la linterna a Larry. Acto seguido, introdujo la punta de la palanca por debajo del pestillo metálico. Tiró con ambas manos, aplicando hacia atrás toda la fuerza que pudo. La madera gimió y se astilló. Con un ruido como el de una pequeña explosión, los tornillos y la falleba abandonaron bruscamente la puerta.

—Vaya, estaba bien agarrado.

Se metió la palanca bajo el cinto, apartó el candado hacia la derecha y abrió la puerta.

—Supongo que siempre podemos decir que nos lo encontramos así —murmuró Bárbara.

—No quisiera tener que decir nada. Media hora, más o menos, será demasiado tiempo.

—Si no nos descerrajan un tiro por el allanamiento de morada.

Pete no hizo caso, se asomó al interior del hotel y gritó:

—¡Yujuuuu! ¿Hay alguien en casa?

Larry puso cara de fastidio.

—¡Ahí vamos, listos o no!

—¡Corta! —susurró Bárbara, y le golpeó en la espalda, a la altura del hombro.

—No hay nadie en casa, salvo nuestros fantasmas —dijo

Larry en voz baja y ronca. Se volvió, sonriente.

—¡Muy bonito!

—Así, ¿quién entra?

—Opino que deberíamos entrar todos o ninguno —dijo Larry, y confió en que Pete no le tomase por un cobardica—. Creo que no debemos separarnos. Ni por un segundo dejaría de preocuparme, mientras estuviésemos explorando ahí dentro, el temor de que pudiera ocurrirles algo a las chicas.

—¡Qué considerado! —dijo Bárbara, y le palmeó la espalda.

—Me parece que tienes razón —admitió Pete—. Si las violaran y asesinaran mientras nosotros examinábamos el interior del hotel, nos sentiríamos como un par de canallas.

—Exacto.

—Muy bonito —silabeó Jean, plagiando no sólo la frase de Bárbara, sino también su tono desdeñoso.

—¿Qué dices? —preguntó Bárbara a Jean.

—Si por culpa nuestra no se meten ahí dentro, nos lo estarán restregando por la cara toda la vida.

—¡Confesad! —dijo Pete—, os morís de ganas de entrar con nosotros.

—Acabemos de una vez —replicó Bárbara.

Larry devolvió a Pete la linterna y le siguió al interior del edificio. A pesar de que las puertas estaban cerradas y las ventanas aseguradas con tablas, la arena había conseguido filtrarse hasta el vestíbulo. Chirriaba bajo las suelas del calzado.

—No deberíamos dejar abierta la puerta —apuntó Jean. Había cierto temblor en su voz apagada—. Por si apareciese alguien.

Sin esperar contestación, cerró la puerta y cortó el paso a la luz del día.

No obstante, se colaba algo de claridad por las rendijas de las hojas de las puertas y los huecos que los nudos de la madera habían dejado en las tablas de las ventanas:

estrechas franjas de luz pálida, cuajada de polvo, que caían oblicuamente sobre el piso. Pete encendió la linterna. Su rayo abrió un túnel luminoso a través de la penumbra. Lo llevó de un lado a otro.

—Chico, hay aquí un montón de cosas dignas de verse —susurró Bárbara—. ¡Qué descubrimiento!

El vestíbulo estaba completamente vacío, con la salvedad del mostrador de recepción. Detrás de dicho mostrador se encontraba el casillero destinado a correspondencia y recados. A la izquierda, una empinada escalera de madera ascendía a las plantas superiores..

—¿No deberíamos inscribirnos antes de echar una ojeada? —preguntó Pete.

—Probablemente no haya habitaciones libres —susurró Larry.

—Un par de auténticos actorazos —murmuró Jean.

Pete encabezó la marcha hacia la recepción, dio un sonoro golpe en la superficie del mostrador y preguntó en voz alta:

—¿Qué hay que hacer aquí para que un cliente consiga que le atiendan?

—Rayos. ¿Quieres bajar el volumen?

—¿Por qué susurra aquí todo el mundo?

Rodeó el mostrador y, una vez al otro lado, se agachó para quedar fuera de la vista. Reapareció, emergiendo poco a poco, con el foco de la linterna iluminándole desde abajo, a la altura del mentón, dibujando sombras sobre su rostro. En los puntos donde el rayo de luz le tocaba, la piel relucía a causa del sudor.

“Jugueteando como un niño”, pensó Larry. Pero él también hacía lo mismo, especialmente en Halloween, la víspera del día de Todos los Santos, más para divertirse él, que para asustar a Jean o a Lane. Ellas se esperaban siempre tales concesiones a la tradición. La vieja rutina del rayo de luz sobre la cara llevaba asustando a Lane desde que tenía dos años.

A Pete le presentaba como algo extraño y amenazador. Larry sabía que, si dejaba que su cerebro se impresionase, iba a acabar experimentando un escalofrío.

—¿Mmmmm, ziiiiii? —preguntó Pete, aplicando a su voz un tono alto y agudo—. ¿Puedo zervilez en algo, zeñorez viaherozzz?

—Sí, puede servimos en algo. Dé un volatín y desaparezca por el hueco de una rosquilla.

—No tenemos rozquiyaz, zeñora.

—¡Dios, qué calor hace aquí! —murmuró Jean.

—Esto es un horno de todos los diablos —confirmó Bárbara.

—¿Hay algo por ahí detrás? —preguntó Larry, y puso buen cuidado en no mirar a su amigo a la cara.

—Zólo un zervidó y el ezipíritu del conzerhe de noshe, que yeva añoz y añoz zuspendido en el aire.

—Si vamos a echar un vistazo —dijo Jean—, ¿por qué no lo hacemos de una vez y salimos en seguida de este lugar?

—Me gustaría mirar ahí arriba —dijo Larry.

—Un momento. Permítame tocar la campana para avizar al capitán.

—¡Oh, que se vaya al diablo! —murmuró Bárbara—. ¡Vamos!

Dio media vuelta y se dirigió a la escalera, seguida por Jean y Larry. En la oscuridad, la parte desnuda de la espalda de Bárbara, así como sus piernas, eran casi invisibles. La blusa y los pantalones blancos, pálidas borrosidades, parecían flotar por su cuenta sobre el suelo. Jean, vestida con prendas más oscuras, era una mancha tenue delante de Larry.

Oyó a Pete golpear el suelo y apretar el paso tras él, con la arena crujiendo bajo sus zapatos. El rayo de luz de la linterna bailoteó en las espaldas de las mujeres, se proyectó luego sobre la escalera y, al deslizarse hacia arriba, lanzó sombras alargadas contra la pared. Un pequeño descansillo interrumpía el tramo de escalones en la mitad de su trayecto. Los restantes peldaños ascendían hasta la estrecha abertura del pasillo del segundo piso.

—No pretenderás ir delante, ¿verdad? —preguntó Pete con su voz normal, cuando Bárbara se aprestaba a subir la escalera.

—Si te espero a ti, nos vamos a pasar aquí todo el día.

La luz se movió hacia abajo, resbaló por el borde de los escalones y en la parte lateral centelleó algo como una aureola dorada. Un súbito hálito de sorpresa brotó de la garganta de Pete. La luz osciló de un lado para otro, arriba y abajo. Al final, su foco se centró sobre un crucifijo.

—¡Cristo! —susurró Pete.

—Exactamente —corroboró Larry.

El crucifijo, inmediatamente debajo del rellano, estaba sujeto al panel de madera que recubría el tabique que cerraba el hueco de debajo de la escalera.

—¿Qué es eso? —preguntó Bárbara, al tiempo que se inclinaba por encima de la barandilla, casi al pie de la escalera.

—Alguien dejó un crucifijo en la pared —le informó Larry.

—¿Nada más que eso? —Se asomó más por encima de la barandilla, luego sacudió la cabeza—: Extraordinario.

Jean dio la vuelta al pie de la escalera, para echar una mirada de cerca.

—¿Alguien quiere un recuerdo? —preguntó Pete.

Dio un par de zancadas en dirección al crucifijo.

—No, no lo hagas —advirtió Larry.

—Bueno, alguien lo dejó olvidado. Las cosas son de quien las encuentra.

—Déjalo ahí —dijo Bárbara desde su altura en los escalones—. Por el amor de Dios, uno no va por ahí robando crucifijos. Es nauseabundo.

—Podemos ponerlo en nuestro dormitorio. Mantendrá a raya a los vampiros.

—Hablo en serio, Pete.

La cruz estaba hecha de madera. La suspendida figura de Jesucristo parecía chapada en oro. Pete alargó la mano.

—Por favor, no lo cojas —rogó Jean.

Él se la quedó mirando.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Ah, claro! —Al parecer, recordó en aquel momento que Jean era católica. Bajó la mano—. Lo siento. Sólo bromeaba un poco.

—La razón se impone —murmuró Bárbara.

Se apartó de la barandilla y reanudó el ascenso de la escalera.

Llegó hasta el rellano.

El entarimado crujió bajo su peso y luego se quebró con un chasquido que estalló con la sonoridad de un disparo de arma de fuego.

Bárbara aspiró una bocanada de aire. Y, mientras se hundía, agitó los brazos como si tratara de aferrarse a cualquier asidero que la oscuridad pudiese proporcionarle.

Capítulo 4

—¡Dios mío! —exclamó Pete.

Jean salió disparada escaleras arriba.

—¡Aguanta un poco!

—¡Me caigo! ¡Daos prisa!

Larry se precipitó hacia el pie de la escalera. No oyó a Pete seguirle.

—¿Dónde estás, hombre?

—¡Sube ahí y aguántala! —refunfuñó Pete.

—¡Oh, mierda! —gruñó Bárbara. Larry rodeó el poste del eje de la escalera. Mientras corría a la zaga de Jean, vislumbró el nebuloso resplandor de la linterna de Pete, a la derecha de los escalones. ¿Es que el fulano no era capaz de moverse? ¿Seguía allí abajo, petrificado delante del crucifijo?

Jean se arrodilló en el borde del rellano.

De espaldas al primer tramo de peldaños, Bárbara parecía alguien a quien las arenas movedizas se están engullendo. Encorvada hacia delante, oprimía el pecho contra las tablas del piso que aún no se habían hundido y trataba de sostenerse apoyada en los codos.

Jean se arrastró lateralmente, para dejar sitio a Larry, y luego pasó un brazo por debajo de la axila izquierda de Bárbara.

—Vale —jadeó—. Ya te tengo. No te vas a ir abajo.

—¿Estás bien? —preguntó Pete.

—¡No, maldita sea!

Larry se dejó caer en el suelo, entre el rellano y la escalera. Miró a través de la grieta de quince centímetros que separaba la blusa blanca de Bárbara y el filo de las tarimas rotas. Negrura.

“Un pozo sin fondo —pensó—. Un abismo”.

Ridículo, se contradijo. Probablemente no habría más de dos metros de caída desde el descansillo hasta el piso del vestíbulo. El cuerpo de Bárbara había cubierto ya la mitad, aproximadamente.

Pero ¿y si debajo de la escalera no había suelo? ¿y si el peso de Bárbara lo hundía y lo atravesaba también? Incluso aunque sólo fuera una caída de metro y cuarto, la mujer quedaría atrapada debajo de la escalera. Y las tablas astilladas le desgarrarían la carne durante la caída.

Avanzó contorsionándose hasta que su rostro tocó el pelo de la parte posterior de la cabeza de Bárbara. La rodeó con los brazos. Éstos apretaron los pechos de la muchacha. Tras murmurar un “Lo siento”, bajó un poco más los brazos y los ciñó alrededor de la caja torácica.

—¡Pete! —chilló entonces.

—¿Ya la tienes?

La voz de Pete aún llegaba de la planta baja.

—Casi. ¡Si fueras tan amable de echamos una mano, maldita sea!

Oyó un chasquido de madera que se quebraba. Temió por unos segundos que cediese un poco más del suelo del rellano. Pero no ocurrió nada.

—¡Yaaa! —chilló Bárbara, a la vez que daba un respingo al sentir el abrazo de Larry—. ¡Algo me ha agarrado!

—He sido yo, encanto.

Una pincelada de luz lamió fugazmente la oscuridad por la parte del hombro derecho de Larry. La luminosidad se había filtrado desde abajo, a través de las tarimas partidas.

Pete está debajo de nosotros, comprendió.

—¿Cómo llegaste ahí? —preguntó Jean. En su voz había asombro. Y alivio.

—Cuestión de varita mágica —repuso Pete—. Está bien. Ya te sostengo, cielo. Ahora, a bajar despacito.

—¡No, no, no, no me soltéis! ¡Me destrozaré al caer!

—Bueno, te sacaremos por arriba.

—Vale, subidme, ¿de acuerdo? —Su voz sonó controlada, aunque la matizaban el dolor y el miedo—. Si tratara de bajar, me haría más daño aún.

—Conforme. Lo intentaremos. ¿Estáis listos ahí arriba? A la de tres.

—¿Tú la empujarás por los pies? —preguntó Jean.

—Ésa es la idea. Uno. Dos...

—Tranquilos —pidió Bárbara, apremiante—, tomáoslo con calma si no queréis que acabe debajo de una montaña de astillas.

—Muy bien. Uno. Dos. Tres.

Bárbara fue elevándose despacio por el boquete, como si subiera en un ascensor. Todavía rodeándola por la zona inferior del pecho, Larry bregó para ponerse de rodillas. La espalda de Bárbara chocó contra él. Larry deslizó una mano por la resbaladiza piel del vientre de la muchacha, que abrió la boca y dio un respingo. La mano de Larry se cerró en torno a la hebilla del cinturón, tiró hacia arriba, la acercó de golpe a él y Bárbara pudo por fin descansar sentada en el borde del agujero.

—Bueno —jadeó—. Me encuentro bien. Dadme un segundo para que recobre el aliento.

Larry y Jean la sujetaron por los brazos.

—¿Todo arreglado por ahí arriba? —quiso saber Pete. El rayo de luz de la linterna se movió de un lado a otro, después de atravesar la brecha por delante de las rodillas de Bárbara.

Bárbara no respondió.

—Está sana y salva —informó Jean.

El rayo de luz se deslizó hacia un lado y por el boquete sólo pudo verse un leve resplandor.

—Quiero irme a casa —murmuró Bárbara.

Larry y Jean la sostuvieron, mientras la mujer se echaba hacia atrás y sus piernas abandonaban la brecha. Plantó los zapatos con fuerza en el borde de la quebrada madera, al otro lado del agujero.

Jesús! susurró, asustado.

Barbara se puso rígida. Pete! que pasa!

— Santo Dios... hombre. Ahora no parecía tan asustado, solo sorprendido. Hey, no van a creer esto. Santa madre de Dios. Larry ven acá abajo.

— ¿Que?

Bárbara se inclinó hacia delante, y miró por entre sus piernas extendidas.

— ¿Que es?

— No querrás saber.

— No es momento para juegos, Peter.

— Tuviste la maldita fortuna de no caer aquí.

Por un momento nadie dijo nada.

Entonces la voz de Peter subió a través de la grieta.

— Habrías tenido compañía.

Escalofríos recorrieron la espalda de Larry.

— Aquí hay un cadáver antiguo.

Está bromeando, pensó Larry, pero su cuerpo sabía que Pete estaba diciendo la verdad. Su escroto se encogió como si alguien lo hubiera estrujado con una mano helada.

— Oh Jesús, — Musitó Bárbara.

Jean y Larry la siguieron, bajando la escalera.

— Sabía que no me gustaba este lugar — susurró Jean.

Bárbara abrió la puerta del hotel. La luz del día se esparció en el recinto.

Se quedó en la entrada, mirando de reojo. A pesar de que Larry estaba a varios metros, pudo ver que temblaba y tiraba nerviosamente de su blusa.

Sus pechos lucían muy blancos, a través de sus ropas.

Larry se sintió como un voyeur barato, aprovechándose de su momento de indefensión, pero a pesar de sentir culpa no pudo dejar de mirarla.

Había un cuerpo muerto bajo las escaleras, pero por alguna razón, la visión de la piel de Bárbara a través de su escote disminuyó su enfermizo pavor.

Pero se forzó a bajar la mirada. La pierna derecha de sus shorts se había subido más alto que la izquierda. Ambas presentaban raspones, sus espinillas sangraban, la derecha más que la izquierda: habían sido arañadas en la caída.

— ¿Dónde están todos? — La voz de Peter sonó apagada.

— Bárbara se golpeó realmente fuerte, — contestó Larry — sal de ahí y vámonos a casa.

— Tenéis que ver esto! Tomará solamente un minuto.

— No quiero verlo. Hombre, tu mujer está lastimada.

— ¿Que es un minuto más o dos? Tenemos un Cadáver aquí. Eres un escritor, por todos los santos. Un escritor de terror. Esto es algo que no te querrás perder, vamos.

— Vé si quieres, le dijo Jean, nosotras salimos para el auto.

Bárbara movió la cabeza, haciendo una mueca. Su cara y pecho lucían brillantes y sudorosos. Una vez más, Larry se sorprendió comiéndole los pechos con los ojos.

— Vete — animó —. Eso le hará feliz.

— ¿Vosotras no queréis verlo, chicas?

— Estás de guasa, ¿no? — repuso Jean.

—Métele un poco de prisa, anda —le pidió Bárbara. Larry se retiró de la puerta. Cruzó despacio el vestíbulo.

Al volver la cabeza, vio que Jean y Bárbara salían a la calle.

Se sintió abandonado.

“No tengo por qué estar aquí —pensó—. Podría estar con ellas ahí fuera”.

Malditas las ganas que tenía de ver un condenado cadáver. Pero sus débiles piernas le apartaron de la luz del sol.

En el panel de madera que constituía el tabique que tapaba el hueco de la escalera se había abierto una brecha, de unos sesenta centímetros. El rayo de luz de la linterna de Pete iluminaba aquel espacio. Larry se puso de costado y se deslizó al interior de aquel pequeño recinto.

—Creí que te habías rajado —dijo Pete.

—¿Cómo iba a perderme una oportunidad de esta clase?

Encontró a Pete de pie encima de un par de tablas caídas del suelo del rellano. Parecía petrificado allí, rígida la espalda, extendido el brazo derecho y empuñada la linterna casi como si fuera una pistola. Apuntaba a un ataúd cuyo extremo superior se apoyaba en la parte de abajo de la escalera.

Cubría el cuerpo.

Un cuerpo que, al menos hasta el cuello, tapaba ya una vieja manta de color pardo. La manta estaba arrugada como si alguien la hubiese echado al desaire encima del féretro, sin preocuparse después de estirla un poco.

El cadáver tenía una larga cabellera rubia. La piel de la cara parecía tersa y curtida. Larry vio unos párpados y unas mejillas hundidos, labios curvados hacia atrás en una mueca extravagante que dejaba al descubierto dientes y encías.

—¿Puedes creerlo? —preguntó Pete. Larry sacudió la cabeza.

—Tal vez no sea real.

—¡Anda ya! Sé distinguir un fiambre.

—Parece casi momificado.

—Sí. Supongo que deberemos examinarlo un poco, ¿no?

Hombro con hombro, se acercaron despacio al ataúd. Pete no apartó del cadáver el foco de la linterna.

“Espantoso”, pensó Larry. Nunca en su vida había visto cosa semejante. Su experiencia respecto a muertos se limitaba a tres funerales con féretro abierto. Aquellos difuntos parecían casi lo bastante saludables como para incorporarse y estrecharle a uno la mano.

El cadáver que tenían delante daba la impresión de que, si pudiera, se incorporaría para tirarle una dentellada a uno.

“No me creo nada de esto”, se dijo Larry.

La parte inferior de la escalera se inclinaba delante de ellos.

Tuvieron que agacharse para llegar al pie del ataúd. Pete se puso en cuclillas y avanzó andando como un pato. Larry, encorvado, se dispuso también a entrar, pero no había dado un paso cuando le detuvo la sensación de sofoco. La escalera parecía presionarle hacia abajo, como si tratara de empujarle, de obligarle a restregar su rostro contra aquel cuerpo sin vida. Se dejó caer de rodillas, con la intención de aferrarse al canto

de la madera del féretro. Una décima de segundo antes de tocarlo, se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Retiró bruscamente las manos y se agarró los muslos.

La manta echada sobre el cadáver no cubría los tobillos ni los pies. Estaban a la vista, tenían tono de madera tintada y los huesos resaltaban en la tensa piel. Las uñas eran tan largas que se curvaban sobre la punta de los dedos de los pies. Larry recordó que, según decían, el pelo y las uñas continuaban creciendo después de la muerte. Pero también había oído decir que eso sólo era un tópico; que daban la impresión de crecer simplemente porque la piel se contraía a su alrededor.

—Apuesto a que lleva aquí una barbaridad de tiempo —murmuró Pete. Pasó la mano por encima del costado de la caja. Limpió con el índice la frente del cadáver.

Larry emitió un gemido.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo puedes tocarlo?

—No es ninguna proeza. Inténtalo tú. Tiene tacto de piel de zapato.

Deslizó el dedo por una ceja rubia.

Larry se imaginó aquel dedo índice pasando por el borde de la cuenca del ojo, tocando el párpado, sobándolo, hundiendo el nudillo.

—Anda, ven y tócalo —le apremió Pete—. ¿Cómo puedes escribir sobre un tema sin haberlo experimentado?

—Agradezco tu interés, de verdad. Pero confío en mi imagi...

—Haremos un intercambio de cerebros.

Dio un respingo ante el sonido de la voz de Bárbara. Lo mismo le pasó a Pete. La cabeza de éste chocó con la cara inferior de la escalera.

—¡Ay! —se quejó. Agachó la cabeza hasta casi rozar la cara del cadáver y luego se llevó las manos a la nuca—. ¡Mierda! ¡Maldita sea, Barb!

—Lo siento.

Larry miró por encima del hombro a las mujeres. Sonrió. Aunque el corazón le palpitaba como el redoble de un tambor, se alegraba de que las muchachas estuviesen allí. Tuvo la sensación de que el mundo real había vuelto.

—Supongo que no estabais bromeando —susurró Bárbara—, ¡Jesús, mira eso!

—¡Ufff! —fue todo lo que articuló Jean.

Bárbara se inclinó por encima del extremo del ataúd. Jean se mantuvo detrás de ella y miró por encima de su cabeza.

—No querías que disfrutásemos nosotros solos de toda la diversión, ¿cierto? —preguntó Larry.

—Eso es —dijo Jean, con voz apagada.

—La curiosidad saca a la superficie lo mejor de nosotras —añadió Bárbara.

Bárbara alargó la mano hacia el ataúd y tocó un pie del cadáver.

“Es exactamente igual que Pete —pensó Larry—. Cualesquiera que sean sus diferencias, no cabe duda de que se complementan, de que son el uno para el otro”.

—Creo que me he hecho sangre —murmuró Pete.

—Ya somos dos —dijo Bárbara, todavía frotando el pie sin vida—. Es como la piel de un salchichón.

—El salchichón es grasiento —precisó Pete—. Eso se parece más al cuero.

—Bueno, ya lo hemos visto —terció Jean—. ¿Todo el mundo listo para la marcha?

—Sí, más o menos. —Pete dejó de acariciarse la cabeza, bajó la mano hacia el torso cubierto y tiró de la manta. Larry dio un salto en retroceso, sobre las rodillas, mientras deseó haber sabido de antemano lo que iba a ocurrir. Ya había visto demasiado.

Ahora, aquel cuerpo sin vida aparecía estirado ante sus ojos.

Estaba desnudo.

Era femenino.

Tenía una estaca clavada en el pecho.

—¡Santo Dios! —susurró Bárbara.

—¡Salgamos de aquí! —jadeó Jean, en tono agudo y chillón. No esperó a que los demás mostraran su acuerdo. Se retiró a la carrera.

Pete arrojó la manta. Fue a caer en un rebuño informe que cubrió la punta roma de la estaca, los aplastados senos del cadáver y los salientes de las costillas. Bárbara se inclinó hacia adelante, cogió un extremo de la manta y tiró de ella para que tapase también la entrepierna.

El rubio vello púbico. Larry gimió.

Luego se desplazó en pos de Bárbara. El fondillo de los pantalones blancos de la mujer seguía con la mancha amarilla que dejó en la tela la peña sobre la que Bárbara se sentó a descansar en el lecho del arroyo seco.

Cosa que parecía haber ocurrido un siglo atrás. “¿Por qué hicimos esto?”

Larry la siguió a través del agujero del revestimiento de madera. Jean aún continuaba en el vestíbulo. Tenía los puños prietos, con los brazos caídos a los costados, y hacía pequeñas cabriolas como si se estuviera orinando.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de una vez! —imploraba. Larry esperó a Pete.

Colocaron en su sitio, entre los dos, el panel de madera. Cerraron la puerta de la tumba.

Pete retrocedió, caminando de espaldas, como si temiese apartar la vista de allí.

Bajo el rayo de luz de la linterna, el crucificado cuerpo de Jesucristo fulguró.

Capítulo 5

Pete pisó a fondo el acelerador al abandonar Llano de la Artemisa, sin que Bárbara pronunciase una sola palabra acerca de la velocidad.

Nadie dijo nada acerca de nada.

Retrepado en el asiento, Larry se sentía aturdido y exhausto. Aunque sus ojos miraban, a través del parabrisas, la carretera y el desierto, iluminados por el brillante sol, la verdad es que seguía viendo el cadáver. Y la estaca hundida en su pecho. Y el crucifijo.

“Ya ha quedado atrás —se confesaba—. Nos alejamos de eso. Estamos bien”.

Tenía el cuerpo pesado. Notaba en el pecho y en la garganta una tensión trémula que parecía una mezcla peculiar de terror —terror declinante— y exaltación jubilosa. Recordaba haber experimentado sensaciones similares unos años atrás. En el curso de un vuelo a Nueva York, el 747 encontró un bache de aire y descendió a plomo durante un par de segundos. Algunos pasajeros chocaron con el techo. Jean, Lane y él llevaban abrochados los cinturones y no sufrieron el menor daño. Pero después sintió lo mismo, más o menos, que sentía ahora.

“Sobresalto, probablemente —pensó—. Sobresalto combinado con una gran sensación de alivio”.

Sentía eso y, si no tuviese el dominio de sí que tenía, lo más probable era que empezase a llorar y a reír tontamente.

De ahí debió de salir la expresión “asustado como un imbécil”.

Tras emitir una carcajada satánica, Pete le dirigió una sonrisa por encima del hombro.

—Mira por dónde conduces —reprochó Bárbara.

—No creo que sea buena idea avisar a los polis —opinó Larry—. Incluso aunque lo hiciéramos de manera anónima, sigue existiendo la posibilidad de que nos complicaran en el asunto.

—No sé cómo —repuso Jean.

—¿Puedes tener la absoluta certeza de que no nos vio nadie? Alguien pudo atravesar el pueblo y localizar la furgoneta mientras nosotros admirábamos la gramola.

—O el vampiro —añadió Pete.

—Y hasta es posible que anotaran el número de la matrícula.

—Ésa sí que es una idea agradable —murmuró Bárbara.

—Uno nunca sabe. Eso es lo que digo.

—Eh, puede que incluso nos estuviera espiando alguien desde una ventana o desde cualquier otro punto de observación.

—Gracias, Pete. Verdaderamente, eso es lo que necesitaba oír.

—Aunque no nos hubiera visto nadie —continuó Larry—, es indudable que dejamos bastantes pruebas físicas de nuestra presencia allí. Huellas digitales, rastro de nuestro calzado, las marcas de los neumáticos sobre el piso de tierra. Lo más seguro es que la policía considere toda la zona escenario del crimen y proceda en consecuencia. No es

preciso decir lo que puede encontrar. Y la siguiente noticia la tendréis cuando llamen a vuestra puerta.

—Nosotros no la matamos.

—¿Tienes coartada —preguntó Pete— para la noche del tres de septiembre de mil novecientos uno?

—Una cortada muy buena. Aún no había nacido. Aún no habían nacido mis padres.

—¿Crees que lleva muerta tanto tiempo? —preguntó Bárbara.

—Te aseguro que a mí me pareció vieja.

—No tengo idea de la fecha en que la mataron —dijo Larry—, pero calculo que no debe de llevar debajo de la escalera más de veinte años o así. Imagino que la colocaron allí después de que cerraran el hotel.

—¿En qué te basas? —preguntó Pete.

—Los huéspedes habrían olido la peste del cadáver.

—¡Puaff! —murmuró Jean.

—Bueno, pues es verdad. Suponiendo que la hubiesen plantado allí inmediatamente después de matarla, la gente habría notado el hedor. Ahora no huele, pero...

—Consigues que se me revuelva el estómago, Larry.

—¿Por qué calculas veinte años? —quiso saber Bárbara.

—La gramola.

—Ajá. Los viejos discos.

—No creo que las canciones que vimos allí se grabasen mucho después de la mitad del decenio de los sesenta. Fue probablemente por entonces cuando la Holman's dejó el negocio. Me figuro que el hotel debió de cerrar sus puertas aproximadamente por las mismas fechas en que lo hizo la Holman's.

—Eso tiene su lógica —comentó Bárbara—. De modo que tú crees que dejaron el cuerpo debajo de la escalera después de, pongamos, el sesenta y cinco.

—No es más que una suposición. Naturalmente, esa chica podía llevar muerta cincuenta años cuando alguien la depositó debajo de la escalera. De ser así, no hay modo de precisar cuánto tiempo llevaba allí.

—Ya —dijo Pete—. Eliminas el factor fetidez mediante el sistema de ubicarla en otro sitio mientras iba madurando; así, se la podría instalar debajo de la escalera y nadie se enteraría.

—No sé qué importancia puede tener eso —manifestó Jean—. La cuestión es que está muerta. ¿A quién le interesa el tiempo que pueda llevar debajo de la escalera?

Pete volvió a alzar la mano.

—A mí me parece que averiguar eso tiene un interés que rebasa la condición de pasajero.

—A la policía le parecerá lo mismo —añadió Larry—. Creo que, según el modo en que enfoquen la cuestión, la diferencia puede ser grande. Si ha muerto hace medio siglo —y los polis disponen de medios para determinar esa cuestión—, la moza es casi un monumento histórico. Si la mataron hace sólo veinte años, puede ser que inicien una activa investigación de homicidio.

—Desde luego —dijo Bárbara—. Quienquiera que le clavó esa estaca puede andar por ahí vivito y coleando.

—Hablando de eso —dijo Pete. Miró a Larry, arqueó una ceja y se acarició la barbilla —. Esperad a oír a este caballero.

—Lo sabemos —dijo Bárbara—. Fuiste tú.

—Eh, hablo en serio.

—Para variar.

—¿No notó nadie nada extraño respecto a las puertas de la fachada del hotel?

—¿Aparte la circunstancia de que las forzamos para entrar? —preguntó Bárbara.

—Muy bien, corazón mío. Ahí está la cosa. Al llegar, nos encontramos ese sitio sellado. Todos los demás edificios del pueblo estaban abiertos y bien abiertos. La gente podía entrar y explorados a gusto. Pero el hotel, no. ¿Qué más?

—¿Se trata del juego de las Veinte Preguntas? ¿Es mayor que una panera?

—Te daré una pista. Brilla, reluce y es nuevo, flamante.

—El candado —dijo Larry—. El cerrojo.

—¡Correcto! Según el aspecto que presentaban, me juego lo que queráis a que hace un mes estaban en el estante de una ferretería, a la espera de comprador.

—¿Y qué? —preguntó Jean.

—¿Quién los colocó en las puertas? Quién quería impedir que entraran curiosos en el hotel?

—Sí, es posible que haya habido alguien deseoso de impedirlo.

—Eso es. Y también es posible que haya habido alguien que escondió una vampira debajo de la escalera. Alguien que aún anda rondando por allí con la sana intención de asegurarse de que nadie descubre su secretito.

—La misma persona que colgó el crucifijo de la pared —adujo Larry.

—Exacto.

—Una especie de guardián, de celador de la vampira.

—Es muy probable —dijo Bárbara— que quienquiera que cerrara las puertas con el candado y el cerrojo ignore lo de la vampira.

—Si lo sabe —repuso Pete—, sería más interesante.

—Para ti, quizás.

—¿Hay alguna posibilidad de que dejéis de hablar de ese asunto? —sugirió Jean—. Desearía no haber puesto el pie en ese maldito hotel.

—Hago más tus palabras —dijo Bárbara—. Esa dichosa vampira tiene la culpa de que, desde hace diez años, cuando me pegué aquel trastazo con la bicicleta, no me haya visto tan hecha polvo. Y, entonces, no me desgarré el estómago como ahora. Voy a estar preciosa en bikini.

—No dirás que no te advertí de lo peligroso que podía resultar subir por la escalera —le recordó Pete.

—Las maderas chirriaban mucho, pero te garantizo que no esperaba que se rompieran.

—Tal vez la vampira deseaba que cayeras por el boquete. Quizá pretendiera que le arrancases la estaca.

—Ya en plan de crear una impresión a lo Bela Lugosi, —añadió—: Con ánimo de chuparte la sangre.

—¡Ah, claro!

—Muy bonito —le dijo Larry—. Deberías ser tú el escritor.

—No es ninguna vampira —insistió Jean.

—¿Sabéis? —Pete pasó por alto su comentario—. Debimos arrancarle la estaca. ¿Entendéis lo que quiero decir? Sólo para ver qué ocurría.

—No hubiera ocurrido nada —dictaminó Jean.

—Quién sabe. —Pete miró de reojo a Larry—. ¡Eh! ¿Qué os parece si doy media vuelta, regresamos allí y lo hacemos?

—¡Ni hablar!

—¿No sentís curiosidad?

—No esa clase de curiosidad.

—Intenta girar el volante de la furgoneta —avisó Bárbara— y te ganarás un buen mordisco en el cuello.

—Dulce gatita.

—No me tientes, tío. Fue una gran idea, por tu parte, meternos en este embrollo.

—Hubieras podido quedarte al margen. Nadie te puso en la cabeza el cañón de una pistola.

—Cierra el pico, ¿vale?

Pete lanzó una ojeada a Larry. La expresión de éste era más bien divertida.

—Sospecho que obrarías santamente callándote, antes de que le dé por enfadarse, ¿eh?

—Lo haría si fuese tú.

—¿Qué ha ocurrido con el derecho a la libertad de expresión?

Aunque habló en tono quedo, con la vista sobre Larry, en realidad la frase iba dirigida a Bárbara.

—Esa libertad acaba donde empiezan mis oídos —replicó la mujer.

Pete sonrió a Larry, pero no añadió nada más. Condujo en silencio.

Larry contempló el desierto. Aún se sentía un poco mareado y nervioso, si bien un poco mejor que antes. Supuso que la conversación había contribuido a ello. Expresarlo en palabras. Compartir las preocupaciones. Sobre todo el tono desenfadado con que Pete convirtió aquella espantosa experiencia en una historia de vampiros. Y la trifulca verbal entre Pete y Bárbara. Su pelotera corriente, simpática y cotidiana. Todo ayudó mucho. Disolvió el horror del encuentro del cadáver. Como la luz del sol diluye una pesadilla.

Pero su inquietud aumentó a medida que se aproximaban al Recodo de la Cabeza de Mula. Ni siquiera las vistas familiares del paseo de la Ribera fueron suficientes para disipar los temores que se crecían en su interior.

Pete avanzó despacio a través del tránsito: unos cuantos automóviles envueltos en la habitual mezcla de vehículos aparcados al borde de la calzada, caravanas, furgonetas, camiones de reparto y motocicletas. Flanqueaban la carretera moteles, estaciones de servicio, bancos, centros comerciales, restaurantes, bares y establecimientos de comidas rápidas. Larry vio el horno donde aquella misma mañana había comprado una docena de rosquillas; el supermercado donde Jean adquirió los comestibles; la tienda de ordenadores donde solía proveerse regularmente de disquetes, papel y cintas de impresora para su procesador de textos; la sala cinematográfica donde todos los miércoles por la tarde iba a ver su programa doble de películas de terror.

De vez en cuando, vislumbraba fugazmente el río Colorado, que discurría al este del distrito comercial. Unas cuantas personas andaban todavía por allí dedicadas a la práctica del esquí acuático. Vio una casa flotante. Un barco de servicio regular transportaba pasajeros hacia los casinos de la orilla del río perteneciente a Nevada.

Todo muy corriente, muy normal. Larry pensó que debía sentir cierto alivio por el hecho de volver al verde césped de su casa y dejar atrás la rareza y la desolación de las carreteras secundarias.

Pero no sentía ese alivio.

Lo comprendió al despedirse de Pete y Bárbara. No deseaba separarse de ellos. Tenía miedo. Como un chiquillo que, después de escuchar relatos de fantasmas, ahora debía volver solo a casa por un camino oscuro.

“Pero no soy ningún niño —se dijo—. No está oscuro. Vivimos en la casa de al lado. Y no vuelvo a casa solo, Jean me acompaña y probablemente Lane ya esté de regreso”.

—¿Por qué no os quedáis con nosotros un rato? —sugirió Bárbara—. Prepararemos unos combinados y nos quitaremos el polvo de la garganta.

—¡Formidable! —aprobo Larry; se preguntó si también a ella le inquietaba la idea de que el grupo se disgregase.

—Podréis probar mis famosas margaritas —dijo Pete.

—Me suena tentador —dijo Jean.

Larry se consideró bendecido.

Pete dejó a su espalda el tráfico del paseo de la Ribera y tomó el serpenteante camino que conducía a la glorieta de la Palma. Cuando desembocó en ella, aparecieron a la vista sus hogares.

Era estupendo llegar a casa. Ya. Ahora tomarían unas copas con Pete y Bárbara.

Lane apareció por la parte lateral del porche. Vestía vaqueros azules y la parte superior de su bikini blanco; llevaba en la mano un cubo de plástico. Al parecer, se disponía a lavar su Mustang.

Pete tocó la bocina cuando se acercaban. Lane se volvió hacia ellos y los saludó agitando el brazo.

—No digáis nada acerca de eso que ya sabéis —pidió Jean.

—Hummm es la palabra —accedió Pete. Entró en el paseo de acceso y frenó. Llamó a Lane mientras se apeaba de la furgoneta—. Se siente uno liberado de hacer esas cosas cuando por fin llega aquí.

—Muy gracioso.

—¿Te has divertido comprando cosas a troche y moche? —preguntó Jean.

—Sí, todo fue de maravilla. —Dirigió una radiante sonrisa a Larry cuando éste se apeó de la furgoneta—. He gastado a manos llenas tu dinero, papá. No vas a tener más remedio que quedarte en casa y escribir como una fiera.

—Un millón de gracias, cariño de mi alma.

—Considérame una fuerza motivadora. En fin, ¿qué tal la excursión?

—Lo pasamos en grande —le aseguró Jean—. Nos quedaremos aquí un ratito.

—Acompáñanos, si quieres —invitó Bárbara, que en aquel momento aparecía por detrás de la furgoneta, con la nevera portátil en la mano.

—¡Jesús! —exclamó Lane—. ¿Qué te ha pasado?

- Tuve un pequeño accidente.
- ¿Estás bien? —preguntó Lane, fruncido el entrecejo.
- Sólo unos cuantos arañazos y contusiones. Sobreviviré.
- Offf.
- Vamos, si te apetece. Tomaremos un trago y un tentempié.
- Gracias. Quiero lavar el coche.
- Bueno, si cambias de idea...
- Faltaría más. Gracias.

Entraron en la casa. Después del corto paseo bajo el calor, el aire acondicionado les resultó agradabilísimamente fresco. Larry ocupó su silla de costumbre a la mesa de la cocina. Jean se sentó frente a él. Pete se acercó al mueble bar y empezó a coger botellas.

Todo era muy familiar, acogedor y reconfortante.

—Voy a asearme un poco —dijo Bárbara—. En cuestión de un minuto me tenéis aquí y entonces os serviré unas golosinas.

Pete tarareó unas estrofas de *Margaritaville* mientras vertía en la batidora tequila y triple seco. La batidora era uno de sus hallazgos. Alguien la dejó para que se la llevaran los empleados del servicio de recogida de basuras, Pete la localizó cuando conducía rumbo al trabajo, la recogió y la restauró para ponerla de nuevo en funcionamiento.

A Larry le recordó la gramola tirada en el lecho seco del arroyo. Se vio a sí mismo agachado junto al aparato y, luego, de rodillas al lado del ataúd, con los ojos clavados en el marchito cadáver de color pardo.

Notó que se contraía interiormente.

Eso es historia, trató de convencerse. Estamos en casa. Todo ha concluido. Ese maldito asunto está a ochenta, a cien kilómetros de distancia.

—No cabe duda de que es estupendo estar aquí —dijo en voz alta.

—Mucho mejor que tener un palo clavado en el ojo. O en el corazón, que para el caso es lo mismo.

Jean hizo una mueca.

Pete partió por la mitad un par de limas y las exprimió en la batidora. Luego echó unos cubitos de hielo. Tomó del aparador unas copas de tallo largo para la margarita. Frotó el borde de las copas con las limas. Luego introdujo esos bordes en un salero de plástico.

—Muy bien, nena, a cumplir con tu obligación.

Puso la tapadera de la batidora y oprimió un botón. Al cabo de unos ruidosos segundos, el aparato se quedó silencioso. Pete llenó las copas con su espumoso brebaje y las llevó a la mesa.

Se sentaba en el momento en que Bárbara regresó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jean.

—Infinitamente mejor.

Su aspecto también había mejorado mucho.

Iba descalza, llevaba unos rojos pantalones cortos de gimnasia y una camiseta gris de manga corta, cortada justo debajo de los pechos. Larry supuso que se había pasado una toalla húmeda por el estómago y por las piernas. La sangre y la suciedad habían desaparecido, aunque la piel aparecía enrojecida alrededor de las erosiones. La madera

rota la había arañado como un felino salvaje y había anchas zonas de piel que parecían haber recibido unas pasadas de papel de lija.

Larry la observó mientras la mujer preparaba una bandeja de queso y galletas saladas.

La espalda parecía encontrarse en perfectas condiciones.

Bronceada, tersa, inmaculada.

Llevó aquel aperitivo a la mesa y se sentó. Adelantó el labio inferior y resopló, enviando el aliento hacia arriba para que agitase el mechón de pelo que tenía sobre la frente.

—Por fin —dijo.

Pete levantó su copa.

—Porque la vampira descanse en paz y no se le ocurra nunca lanzarse en busca de nuestros cuellos.

—Te voy a romper la crisma —prometió Bárbara.

—Cuenta con mi ayuda —se mostró Jean dispuesta a colaborar.

Pete sonrió a Larry.

—Estas chicas no tienen ni pizca de sentido del humor.

Capítulo 6

Larry se despertó estremecido. Estaba destapado, la ropa de la cama se ceñía en torno a Jean, que no paraba de revolverse y gemir. Le agitó suavemente los hombros. La mujer dio un respingo. Jadeó.

—¿Qué... qué pasa?

—Tenías una pesadilla —susurró Larry.

—¿Sí? ¡Ah! Bueno. —Se puso boca arriba. Aún jadeaba, escasa de aire—. ¡Vaya sofoco! —murmuró, luego bregó para librarse de las mantas y las sábanas. Las empujó y las impulsó a patadas hasta los pies de la cama.

—Yo voy a necesitar algo de ropa —dijo Larry, y se sentó en el lecho.

—¿Sí? ¡Oh! Lo siento.

—No hay problema. Arrojaré un poco de luz sobre la cosa —advirtió. Concedió a Jean unos instantes para que se cubriera los ojos, antes de alargar la mano hacia la mesita de noche y encender la lámpara.

—Espera. Yo me encargaré de eso. Te armarías un lío.

—Muy bien —sonrió Larry.

Segundos antes, Jean se encontraba en las garras de una pesadilla terrorífica. Ahora se preocupaba de que él pudiese convertir en un laberinto la sencilla tarea de arreglar las sábanas y las mantas. Se echó hacia atrás, se cogió los brazos por encima de la cabeza y observó a Jean, que saltaba de la cama.

Parecía que acababa de darse una ducha con el camisón puesto. Su ,corta cabellera estaba enmarañada y los húmedos rizos de las puntas le caían sobre las orejas y la nuca. La tela blanca de la camisa de dormir se le pegaba a la espalda y las nalgas.

—Estás empapada —comentó Larry—. Ha debido de ser una pesadilla de mil demonios.

—Seguramente. No me acuerdo de nada.

Jean se agachó por un lado de la cama para tirar del extremo superior de la sábana y desenredada. Oscilaron ligeramente sus pechos bajo el encaje del escotado camisón.

—¿Crees que era algo referente a lo de hoy?

—No me extrañaría.

Tiró de la sábana hacia la cabecera de la cama. Cuando la tela caía, Larry se incorporó y agarró el borde. Estiró la sábana sobre su cuerpo desnudo y se tendió de nuevo en el colchón. Fue suficiente para cortar el paso a la fresca de la suave brisa nocturna. Pero todavía fue mejor cuando Jean añadió la cobertura de la manta ligera. La alisó cuidadosamente en la parte de la cama que le correspondía a ella y después rodeó el lecho para ir al lado de Larry. Se inclinó sobre él mientras estiraba la manta. Larry alargó la mano y le aplicó un cachete en las posaderas. El tacto sedoso del camisón era húmedo. Debajo, la piel estaba tersa y muy cálida. Jean le miró, al tiempo que enarcaba las cejas. La mano de Larry descendió por los muslos y pasó por debajo del dobladillo de la camisa de dormir..

De pie, erguida, Jean apagó la lámpara. El camisón, una pálida mancha borrosa a la tenue claridad de las ventanas, pasó por encima de la cabeza de Jean, abandonó el cuerpo de la mujer y desapareció. Larry tiró hacia atrás la ropa de la cama que con tanto esmero había dispuesto la mujer. Pero Jean no protestó.

Subió a la cama, separó las piernas de Larry y se acomodó encima de él. Mientras se besaban, Larry acarició la espalda y las pequeñas y firmes nalgas. Ella alzó entonces las piernas. Apretó el pene, que aumentaba paulatinamente de tamaño, entre sus muslos y los contorsionó contra él. Los senos de Jean eran lisas y cálidas almohadillas que frotaban su pecho y aunque el contacto de aquel cuerpo que se retorció sobre el suyo despertaba una dolorosa necesidad, tuvo la sensación de que los huesos de la cadera de Jean se le hundían en la carne.

Se dio la vuelta, puso a Jean sobre el colchón y la cubrió con su cuerpo. Se apoyó en los codos y las rodillas, a fin de que su peso no recayera sobre la mujer. Jean se retorció. Mientras Larry la besaba en el cuello y gemía al bajar un poco y aplicar luego los labios a un pezón y después al otro.

Se levantó. Con las rodillas entre las separadas piernas de Jean, murmuró:

—Un segundo.

Los dedos de Jean se deslizaron acariciadoramente a lo largo de la verga de Larry.

—No creo que esta noche lo necesites.

—¿Seguro?

—Sí.

—Fantástico. Odio esas malditas gomas.

—Lo creo —sonrió Jean.

Rutilante blancura de unos dientes en el difuminado contorno del rostro. Puntos de oscuridad donde debían de estar los ojos.

De súbito, Larry se encontró de nuevo debajo de la escalera, arrodillado sobre el cadáver. Notó que se tensaba y que el frío iba a apoderarse de él.

“¡No pienses en eso!”

Comprendió que Jean tenía aproximadamente las mismas medidas, la misma estatura y las mismas proporciones que aquel horrible ser.

“¡Basta!”

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada —respondió Larry.

La sombreada piel de Jean era oscura, pero el suyo no era aquel tono oscuro. Los senos de Jean eran turgencias, no planos. A pesar de la penumbra, podía distinguir los perfiles de las costillas de Jean. Bajo la caja torácica, el cuerpo parecía contraerse. Los huesos de las caderas sobresalían.

—¿Cielo?

La mano de la mujer parecía de cuero alrededor de su pene pequeño y suave.

La mano de “aquello”.

Se imaginó apartándola de un golpe.

Pero sabía que era Jean. Su mujer no se había convertido en un cadáver y él tampoco estaba alucinando. La que en aquel momento compartía su cama no era nadie más que Jean. La imaginación le estaba jugando una mala pasada.

“No voy a permitir que me avasalle”, se prometió.

Se echó hacia atrás en el colchón. La mano de Jean se apartó. Larry besó el vientre femenino. Caliente, suave, escurridizo a causa del sudor. Ni reseco ni correoso.

¡Deja ya de hacer comparaciones!

Pero cuando restregó la cara por los húmedos rizos de Jean, a su mente acudió aquella mata rubia de vello púbico de la vampira. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza.

Jean introdujo los dedos en su cabellera.

Larry descendió un poco más. Jean gimió y se retorció, al tiempo que se oprimía contra él y le agarraba del pelo. De la cabeza de Larry desapareció todo recuerdo, toda idea del cadáver.

Jean no tardó en estar gimoteando.

“Pero no a causa de una pesadilla”, pensó Larry, mientras la mujer le tiraba de la cabellera y él resbalaba hacia arriba. Cerró su boca sobre la boca de Jean. Introdujo toda la longitud y dureza del falo en el calor interno de la mujer y Jean pareció absorberle a fondo, como si anhelara verse llena de él.

—Debería tener... pesadillas más a menudo —le confesó Jean después.

—Pues, sí.

Jadeaba debajo de Larry, al que acariciaba mimosamente la espalda. Luego, apartó la cara, frunció los labios de una forma extraña y se llevó una mano a la boca. Con el índice y el pulgar, cogió algo y lo retiró de allí.

—¿Qué es eso? —Un pelo.

—¿De dónde ha salido?

—De tu boca —dijo Jean, y se estremeció, debajo de Larry, a impulsos de la risa.

Se limpió la mano frotándola en la sábana, pasó los brazos alrededor del cuerpo de Larry y lo apretó con fuerza. Fue como si aplicase todas las fuerzas que le quedaban a aquel abrazo. Al cabo de unos segundos, le soltó y se quedó tendida, inerte. Se pellizcó los labios. Larry los besó. Después se apartó, se deslizó quitándose de encima de ella.

Tiró hacia arriba de la sábana y de la manta, y se adosó rápidamente a Jean. Posó una mano sobre la cálida curva interior del muslo. Las yemas de sus dedos se pringaron en un líquido viscoso.

—¡Ooooooh, qué asco!

Jean emitió una risita.

—No te quejes, tío. Me toca siempre la zona húmeda. —¿Quieres que cambiemos de sitio?

—Mi deber de esposa es dormir en el lado húmedo. Cubrió con su mano la de Larry, la acarició y jugueteó con los dedos.

En el silencio subsiguiente, a Larry empezó a preocuparle la posibilidad de que Jean sacara a relucir el problema. Aunque dudaba de que lo hiciese. En muy raras ocasiones trataban el tema de su vida sexual. Aparte de que él había mejorado más bien espectacularmente.

—Bueno —dijo—, será mejor que me duerma porque, si no, mañana no voy a poder dar golpe.

—Tendrás que escribir como un león para pagar el nuevo vestuario de Lane.

—Compraré la tienda —murmuró Larry.

Se dio media vuelta, se apartó de Jean y se acurrucó en su lado de la cama.

Jean se echó a reír y luego sorprendió a Larry al apretarse Contra él. Lo normal era que durmiesen bastante separados, cada uno en su parte del lecho.

Pero resultaba agradable. El cálido aliento de Jean sobre su nuca. Los pechos de la mujer comprimidos contra su espalda. El regazo femenino pegado a sus nalgas. El suave cosquilleo del vello púbico. El contacto de los tersos muslos en la parte posterior de las piernas. Un brazo sobre el costado mientras la mano descendía y los dedos se curvaban tiernamente alrededor de su pene.

—¿Aún estás cachonda? —preguntó Larry.

Ella le besó en la espalda.

—Chico listo. Sólo quiero estar junto a ti.

—Bueno, supongo que no hay inconveniente.

—Gracias.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé —susurró Jean—. Supongo que sí. ¿Y tú?

—Desearía no haber ido hoy allí.

—A mí me pasa lo mismo. Nunca vi nada tan horrible. —Se apretó contra él con más fuerza—. Por otra parte, siempre andas buscando material.

—Puedo arreglármelas sin esa clase de material.

—La realidad es demasiado para ti, ¿eh? —se pitorreó Jean.

—Sí, maldita sea...

—Tu público se horrorizaría, ¿sabes?, si descubriese lo pudibundo y remilgado que eres en realidad. El espantoso Lawrence Dunbar, maestro del terror sanguinolento, una colegiala.

—Una colegiala, ¿eh? Alternas demasiado con Pete.

Jean se echó a reír de nuevo.

—Anda, duérmete, tipo duro.

¡Manos a la obra!

Capítulo 7

—¡Buen viaje! —deseó su padre, y le dio una azote cariñoso en las posaderas cuando ella salía por la puerta.

Lane le dirigió una sonrisa afectada.

—Saluda a Roy y Dale —añadió el padre.

—Deberías tener un aspecto tan bueno como ellos —dijo Lane, antes de dar media vuelta y echar a correr hacia el automóvil.

El Mustang rojo relucía bajo el sol de la mañana. Rodeó el vehículo para subir por la parte del conductor. Se sentía viva y fresca ataviada con sus prendas nuevas: la camiseta de manga corta jaspeada de rosa y azul; la falda de mahón desteñido, a base de estampado de diseño, con sus adornos de encaje blanco y de ramilletes de flores rosadas en el peto, tirantes y dobladillo; y las botas blancas con flecos.

Su padre siempre le tomaba el pelo a cuenta de su forma de vestir. Supuso que aquel conjunto le daba toda la apariencia de una vaquera.

“Una vaquera exaltada y radical”, se dijo, y sonrió mientras subía al coche.

Al menos no había hecho ningún comentario acerca de la longitud de la falda. Al sentarse, notó la tapicería del asiento bastante arriba por detrás de las piernas. En tanto esperaba a que se calentase el motor, se inclinó por encima del volante y bajó la mirada. La falda era corta, desde luego. Un poquito más y resultaría embarazosa. Tenía la longitud exacta.

Sexy, pero no escandalosa.

Le gustaba sobre todo el encaje que bordeaba el dobladillo de la falda, la manera en que los picos caían contra los muslos como puntas de lanza en forma de volantes.

“Cuando me vea con este modelo, Jim se va a volver tarumba”.

Como si necesitase que le animaran en ese aspecto.

Lane emitió una suave risita, mientras daba marcha atrás para salir a la carretera, y temblaba de placer al disfrutar por anticipado de la sensación que iba a causar en la escuela, en aquel día esplendoroso, vestida con su conjunto tope guay, encendió la radio del coche y sintonizó la “¡Ochenta y seis punto dos matinal, el mejor *country* las veinticuatro horas del día!” Randy Travis estaba en antena. Aumentó el volumen y sacó el codo por la ventanilla para recibir la cálida corriente de aire.

¡Dios, se sentía de miedo!

Era casi un crimen sentirse tan formidablemente. Apoyó el hombro en la portezuela, asomó la cabeza y dejó que el aire le acariciara el rostro y le agitara la cabellera hacia atrás.

Pensar que había armado un jaleo de todos los diablos para no tener que marcharse de Los Ángeles. Debía de estar loca: empeñarse en seguir viviendo en aquel asqueroso apartamento, en una ciudad saturada de aire contaminado y donde una no ganaba para sustos. Pero se había criado, había crecido allí. Estaba acostumbrada. Supo que iba a echar de menos a sus amigos, las playas y Disneylandia. Aunque esto era mucho mejor. Había hecho nuevas amistades, le encantaba el río y los espacios abiertos le proporcionaban una

constante sensación de libertad que lograba que todos los días amaneciesen cuajados de infinitas promesas.

Lo mejor de todo, suponía, era verse al margen del miedo. En Los Ángeles, una tenía que andarse con mucho cuidado. La ciudad era un criadero de violadores y de asesinos. Día tras día los telediarios relataban tantas y tan espantosas historias de terror y brutalidad, que una no se atrevía a salir a la calle. Niños desaparecidos, cuyos cadáveres se encontraban al cabo de varios días, desnudos, mutilados y sometidos a diversos abusos sexuales. Y no sólo niños. Lo mismo les ocurría a los adolescentes, e incluso a los adultos. Si no te secuestraban y torturaban, podían descerrajarte un tiro en un restaurante, en un cine o en unos grandes almacenes. Abundaban los lunáticos que, al volante de un coche, circulaban por la urbe y, cuando les apetecía, disparaban contra las ventanas de las casas y los edificios de apartamentos.

Nadie estaba a salvo.

La alegría de Lane se volatilizó como por ensalmo al recordar repentinamente aquellas demoledoras ráfagas de disparos que llegaron en plena noche. Estaban en su piso de la planta baja, sentados todos juntos en el sofá, entretenidos con la serie televisiva de Dallas. Lane tenía un bote de palomitas de maíz en la falda. Su madre ocupaba un lado del sofá, el padre, el otro. Los tres iban picando del bote y, a veces, sus manos se tropezaban. A la primera descarga, Lane dio un salto tan brusco, que el bote salió despedido y las palomitas de maíz se desparramaron por todas partes. La noche estalló como si, en la calle, alguien hubiese apretado el gatillo de una ametralladora infernal. La madre empezó a chillar. El padre gritó: “¡AL SUELO!”, pero no concedió a Lan ni una décima de segundo para que reaccionara, sino que rápidamente la cogió por el cogote y casi le rompió el cuello al empujarla con violencia hacia adelante. El canto de la mesita de café le despellejó la frente. Ella rompió a llorar, bajo la cabeza, y estuvo temblando todo el tiempo, mientras el fragor de los disparos seguía repercutiendo en sus oídos. Luego, todo lo que pudo oír fue un continuo timbrazo. Las detonaciones se interrumpieron. Papá seguía apretándole la nuca. “¿Jean?”, preguntó con voz extraña y aguda. Mamá no respondió. Papá repitió: “¿Jean!”. Auténtico pánico. Entonces, mamá dijo: “¿Ha terminado?”.

Permanecieron tendidos en el suelo.

Luego llegaron las sirenas y el repetitivo bap, bap, bap de un helicóptero de la policía tableteando por encima de ellos. El centelleo de los focos encendió de rojo y azul las cortinas de la fachada. Papá se arrastró hasta la ventana y miró al exterior. “¡Por Jesucristo! —exclamó—. ¡Ahí fuera debe de haber por lo menos veinte coches de la policía!”

Resultó que los disparos iban dirigidos a una familia negra que vivía en un dúplex de la acera de enfrente. El fuego de una Uzi automática se llevó por delante la vida de los padres y de tres hijos. Sólo una criatura sobrevivió al tiroteo. Nunca conocieron los motivos de la masacre.

Lane no conocía a aquella familia. Ésa era otra de las cosas de Los Ángeles, hasta los vecinos del piso de al lado resultaban unos perfectos desconocidos. Pero el hecho de que los hubiesen eliminado a tiro limpio, justo al otro lado de la calle, era aterrador.

Demasiado cerca de una.

Papá les recordó entonces el caso de otra familia a la que habían ametrallado por error unos años antes. Un asunto de drogas. Los asesinos se equivocaron de casa y descargaron su golpe en la residencia contigua a la de sus pretendidas víctimas.

—Nos vamos de aquí —determinó papá, con la calle aún rebosante de vehículos policíacos.

Quince días después, se encontraban ya camino de Recodo de la Cabeza de Mula.

Conocían la ciudad porque un mes antes del tiroteo estuvieron allí de vacaciones. Pasaron la noche en un motel y luego ocuparon durante una semana una casa flotante del río. A todos les encantó la zona, ante su mente se presentaba como algo nuevo y refrescante y parecía un sitio estupendo como santuario en el que olvidar el enloquecido y superpoblado terreno de caza que constituía Los Ángeles.

A veces, el viento y el calor eran lo bastante intensos como para volver loca a una. Y también había que andarse con cien ojos para evitar los escorpiones, las arañas de la especie viuda negra y las diversas clases de serpientes venenosas. Pero las probabilidades de que un perverso cualquiera le metiese a una un balazo en la cabeza eran prácticamente nulas.

Lane consideraba ahora Los Ángeles como una cárcel de la que su familia y ella habían logrado fugarse. La libertad era la gloria.

Desvió el Mustang por el camino de tierra y gravilla que conducía al domicilio de Betty, frenó y tocó la bocina una vez. Betty vivía en una casa móvil, como la mayor parte de los habitantes de Recodo de la Cabeza de Mula. Se asentaba firmemente sobre unos cimientos. A la caravana le habían añadido un porche y una habitación adicional. Vista desde fuera, tenía todo el aspecto de una casa normal, aunque en el interior reinaban las estrechuras; al menos, a Lane se lo parecía así cada vez que la visitaba.

Betty descendió laboriosamente la escalera del porche, como si le costase Dios y ayuda trasladar el peso de su cuerpo..., que era considerable. Se las arregló para levantar la cabeza y moverla un poco, a guisa de saludo.

Inclinándose sobre el asiento del pasajero, Lane le abrió la portezuela. Betty arrojó la mochila de los libros en el asiento posterior.

La tela de su blusa de color castaño ya tenía una mancha oscura debajo de la axila. El coche se balanceó ligeramente cuando Betty subió a él. Cerró la portezuela con tal violencia, que Lane no pudo evitar una mueca de disgusto.

—¡Vaya! ¡Vas a dar el golpe! —exclamó Betty, con su acostumbrado tono de voz sombrío y lento—. ¿Qué harías tú, si fueses una copia de la inmensa Dolly Parton?

—¿Y a quién copiarías tú, Indiana Jones?

—¡Puafff, puafff! —murmuró Betty.

Lane salió a la carretera.

—¿Recogemos a Henry?

—Sólo si te parece bien.

—Bueno, ¿nos espera?

—Supongo.

—No volveréis a estar de morros, ¿verdad?

—Solo la gresca de siempre a causa de mis preferencias culinarias. Le dije que, como cocinero, no es ninguna joya, que si cree que puede hacerla mejor, por qué no lo intenta de una puñetera vez y que adiós muy buenas.

—Amor verdadero —comentó Lane.

Dobló una curva y aceleró carretera adelante, rumbo a la casa de Henry.

Leía un libro en rústica, sentado en una piedra pintada de blanco, al lado del paseo de acceso, delante de la casa. Al ver acercarse el coche, guardó el libro en su cartera de cuero. Se puso en pie, se pasó la mano por el pelo, cortado a cepillo, estiró el pulgar, cerrado el puño, y agitó la mano como si se tratara de hacer autoestop con unos desconocidos.

—¡Será capullo! —murmuró Betty.

—Vamos, es un chaval majísimo —dijo Lane.

—Un plasta, eso es lo que es.

Eso era cierto, supuso Lane. Con sus zapatos corrientes, sus vaqueros azules, su camisa de cuadros escoceses y sus gafas de sol, casi resultaba un chico pasable. Pero la cartera de mano lo mandaba todo a la porra. Y contribuía también a ello la expresión más bien animada y un tanto ingenua de su semblante delgado. Y si se pasaba de la cabeza al resto del cuerpo, a Lane le parecía una azarosa tortuga.

Era un plomo, de eso no había duda. Pero a Lane le caía bien.

—¡Buenos días, amantes del deporte!

—¡Hola! —correspondió Lane.

Betty se apeó, abatió hacia adelante el respaldo del asiento y se coló a la parte trasera del vehículo. Henry pasó también atrás, alargó la mano por encima del asiento delantero y cerró la portezuela. Después volvió la cabeza hacia Lane.

—Con ese atuendo está usted de lo más *sexy* y atractiva, señora.

—Gracias.

—“Tenía un cuerpo como una carretera de montaña”. —recitó Henry—. “Lleno de curvas y de sitios en los que de mil amores se detendría uno a merendar”.

—¿Mike Hammer? —preguntó Lane.

—Mack Donovan: Marea baja mortal.

Cayó hacia atrás, bien por sí mismo o seguramente por que Betty tiró de él.

—A mí nunca me dices esas cosas —refunfuñó la chica.

Henry susurró algo que Lane no pudo oír, algo acerca de Ronnie Milsap. Lane apagó la radio y oyó una risita de Betty. Tras doblar una curva en forma de U, emprendió el descenso de la colina.

—De modo que tuviste un fin de semana por todo lo alto, ¿eh? —preguntó Henry al cabo de un momento.

—Regularcillo —repuso Lane—. Nada especial. Ayer fui de compras.

—¿No hubo la cita de ensueño con Jim Dandy, rey de los sementales?

—Se marchó con sus padres fuera de la ciudad.

—Mala suerte. Me juego algo a que ni siquiera tuvo la cortesía de dejarte sus bíceps.

—No, no me quedó más remedio que pasarme sin ellos.

—Eso es tener la negra. Debiste haber venido con nosotros al cine para automovilistas. Vimos un par de películas que son pura dinamita: *Trashed [Destruídos]* y *Attack of the S.S. Zombie Queens [El ataque de las reinas zombie de las S.S.]*

—Siento habérmelas perdido.

—Siento haberlas visto —dijo Betty.

—Bueno, tampoco viste gran cosa de ellas, la verdad. Entre tus excursiones al ambigú de los pisolabis y tus visitas al evacuatorio...

—Corta el rollo.

—Creo que devoró un perrito caliente que estaba en mal estado —explicó el chico.

—¡Henry! —gimió Betty.

—Claro que también pudo ser la hamburguesa de queso o el *burrito*, ya sabes, una de esas tortas mexicanas rellenas de carne, queso, frijoles y demás.

—A Lane no le importan esos fastidiosos detalles.

—¿Qué tal le van las cosas a tu padre? —preguntó Henry, echándose hacia adelante y apoyando los brazos en el respaldo del asiento delantero—. ¿Empezaron a rodar ya *La bestia*?

—Aún no. Pero creo que acaban de renovar la opción.

—Terrorífico. Hombre, no veo la hora de que la estrenen y pueda ir a verla. Tengo ese libro cogido ya con gomas para que no se me pierdan las páginas. Lo he leído cinco o seis Veces ya. Es un clásico.

—A mí me gustaría más —dijo Lane— si no lo hubiese escrito mi padre.

—Ah, es un hombre estupendo.

—Y al parecer un poco majara —añadió Lane.

Henry se echó a reír.

Al llegar a la base del monte, Lane desembocó en el paseo de la Ribera. La mayor parte de los establecimientos aún no habían abierto y el tránsito era fluido. La ranchera que rodaba delante de ellos iba llena de niños camino de la escuela primaria, situada al otro lado de la carretera, frente al instituto Buford, en el extremo sur de la ciudad. Unos cuantos chicos, algo mayores, marchaban por la acera, en bicicleta, en la misma dirección.

Todavía apoyado en el respaldo del asiento, Henry alargó la mano hacia la ventanilla del lado de Lane.

—¿Esa no es Jessica?

Lane localizó a la muchacha en la acera, por delante de ellos. Jessica, sí. Incluso vista por la espalda, no cabía la confusión. El pelo hacia arriba, formando puntas, teñido de naranja brillante, bastaba para identificarla.

Llevaba el brazo izquierdo enyesado.

—¿Qué le habrá pasado? —murmuró Lane—. ¿Tenéis inconveniente en que me ofrezca a llevarla?

—Por mí, hazlo —dijo Henry.

—Terrorífico —murmuró Betty.

Lane acercó el automóvil al bordillo, no muy detrás de la contoneante adolescente, y se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Qué me dices de un paseo en coche? —preguntó.

Jessica dio media vuelta.

Lane dio un respingo al verla.

—¡Dios santo! —murmuró Henry.

En términos generales, a Jessica se la consideraba el bomboncete más imponente de la clase preuniversitaria, por no decir de todo el instituto.

“No está tan imponente ahora”, pensó sorprendida Lane. A juzgar por su aspecto, lo mismo podía haber combatido aquel fin de semana diez asaltos con el campeón de los pesados.

Tenía la parte izquierda de la cara hinchada y amoratada.

Los labios, partidos, le abultaban como salchichas. Llevaba una tirita color carne en la barbilla y otra sobre la ceja izquierda. Lane supuso que las gafas de sol con montura rosa ocultaban unos ojos a la funerala. La chica solía llevar pendientes enormes en las horadadas orejas. En aquel momento, ambos lóbulos estaban vendados. La escotada blusa de tirantes anchos dejaba ver las contusiones del pecho. Por los lados de los tirantes se veían también otras magulladuras. Hasta en los muslos se apreciaban cardenales purpúreos bajo los flecos de las perneras cortadas de los vaqueros.

—¿Qué me dices? —insistió Lane.

Jessica se encogió de hombros y Lane oyó que Henry respiraba hondo, probablemente ante la forma en que el gesto de la chica hizo moverse el seno bajo la ceñida tela de la blusa.

Sólo se veía uno. El otro quedaba oculto discretamente bajo el cabestrillo que sostenía el brazo roto. El visible se agitó al ritmo de los andares de Jessica, que se acercó al coche.

“Tal vez le arreó estopa una banda”.

“Estupendo, Lane. Realmente estupendo”.

“Sería culpa suya”.

“Corta ya”.

Se inclinó por encima del asiento contiguo, accionó el cierre y abrió la portezuela.

—Gracias —dijo Jessica.

Henry se retiró del respaldo del asiento delantero —sin duda con la colaboración de Betty— y perdió la ocasión de verla subir. “Mala suerte —pensó Lane—. Al chico le hubiera gustado ver la pierna de Jessica a través de la abertura lateral de los vaqueros cortos. Las contusiones habrían moderado su entusiasmo, pero no mucho”. Cerró la puerta. Lane miró por el retrovisor lateral, aguardó a que pasara un Volkswagen y luego arrancó.

—¿Estás segura de que quieres ir a clase? —preguntó.

—Mierda. ¿Lo estarías tú, si tuvieses este aspecto?

—Me parece que telefonaría diciendo que estaba enferma.

—Sí. Bueno, pues es mejor que tener delante a la fieja todo el santo día dando la fadila. Menudo plomo.

Lane apretó los labios; luego se pasó la lengua por ellos. Escuchar a Jessica era casi como conseguir que le dolieran.

Llegó la voz de Betty desde el asiento trasero.

—Entonces, ¿nos vas a explicar la cosa o tendremos que hacer cábalas?

Fruncido el entrecejo, Jessica los miró por encima del hombro.

—No es asunto nuestro —dijo Lane.

—Sí. Fien, me arrearon una fuená solfa.

—¿Quién? —interrogó Henry.

—¿Quién leches lo safe? Un par de tíos. Auténticos cabronazos. Me sacudieron a modo y me rofaron el bolso.

—¿Dónde fue eso?

—Detrás del Parada Rápida.

—¿Detrás del Parada Rápida? —preguntó Betty—. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Me arrastraron ellos. El sáfado por la noche. Fui a comprar tafaco y me trincaron cuando salí.

—Malas noticias —murmuró Henry.

—Sí, yo diría que sí.

Con una mano, Jessica abrió su macuto de lona y extrajo una cajetilla de Camel. Agitó el paquete, se lo llevó a la boca y cogió un cigarrillo entre los gruesos y lastimados labios. Encendió el pitillo con un Bic, aspiró el humo a fondo y suspiró.

—¿Han cogido a los tipos que lo hicieron? —preguntó Lane.

Jessica negó con la cabeza.

—No creo que gentuza como ésa se deje ver por aquí.

—No, claro.

Lane entró en la zona de aparcamiento destinada a los alumnos, dio con un espacio libre y detuvo el automóvil.

—Gracias por el paseo —dijo Jessica.

—Me alegro de haber podido ayudarte y siento mucho lo que te ha pasado.

—Yo también. Hasta luego.

Tras apearse, Jessica se alejó.

—¿No os morís por saber lo que realmente sucedió? —dijo Betty.

—¿Crees que ha mentido? —preguntó Lane.

—Lo expresaré de este modo: sí.

Henry empujó hacia adelante el respaldo del asiento.

—¿Por qué iba a mentir en una cosa como ésa?

—¿Y por qué no?

Capítulo 8

Cuando Lane se fue al colegio, Larry tomó un café y leyó durante una hora una nueva novela en rústica de Shaun Hutson¹. Luego dejó el libro a un lado y dijo:

—Será mejor que me lance de una vez. Se levantó de la butaca anatómica.

—Que te diviertas —le deseó Jean. Levantó los ojos por encima del periódico cuando Larry pasó por su lado.

El hombre cerró la puerta de su estudio y se sentó delante del procesador de textos.

Ya había decidido no trabajar en *Extraño en la noche*. El libro marchaba viento en popa. Dos semanas más y estaría listo.

Y después, ¿qué?

“Ah —pensó—, ésa es la cuestión”.

Normalmente, cuando se encontraba tan cerca de la conclusión de una novela, ya tenía la siguiente más o menos estructurada en la cabeza. Disponía de páginas llenas de notas en las que se describían en líneas generales la trama argumental y los personajes, e incluso varias de las escenas principales estaban ya pergeñadas.

Pero esta vez no.

“Habrá que empezar a guisar”, se dijo.

Cuando llegase el día de colocar la palabra “Fin” en la última página de *Extraño en la noche*, quería meter un disquete nuevo en el ordenador y empezar con “Capítulo Primero”. De lo que fuera.

“Dentro de quince días”.

“Tiempo de sobra”.

“Tendrá que ocurrírsete algo”.

“Más te vale”.

Le quedaban ochenta, noventa páginas. Luego se encontraría ante un disquete virgen, un vacío, una burlona pantalla en limpio que le llevaría al borde de la desesperación.

Le había ocurrido aquello algunas veces. Temía pasar de nuevo por tan terrible experiencia.

“No me sucederá”, se dijo.

Formateó un disquete y puso en pantalla el directorio: 321536 bytes disponibles.

“Utilizaré hoy un par de miles”, pensó.

Una o dos páginas, eso es todo. Quizá.

Pulsó la tecla de Intro y la pantalla quedó limpia. Unos cuantos segundos después, había eliminado la justificación del margen derecho, que hubiera dejado espacios sobrantes entre las palabras, espacios que le habrían vuelto loco en la copia impresa sobre papel. Pulsó unas cuantas instrucciones más. “Notas novela - Lunes, 3 octubre”, apareció en ambarinas letras luminosas en la esquina superior izquierda de la pantalla.

¹ De este autor, uno de los máximos exponentes de la novela terrorífica, Grijalbo ha publicado su obra *Némesis*.

Luego, tomó asiento.

Se quedó mirando el teclado. Varias teclas estaban bastante mugrientas. Las más sucias eran las que menos se utilizaban: los números, la barra espaciadora, salvo en el punto donde solía apoyarse el pulgar de la mano derecha y algunas de los extremos que, al parecer, se empleaban para ordenar cierta diversidad de funciones misteriosas. Él ignoraba para qué rayos servían la mitad de ellas. A veces, por equivocación, pulsaba alguna. Las consecuencias solían resultar alarmantes.

Dedicó un rato a la limpieza del teclado, rascando con la uña las manchas grises y trazando rayas en la capa de porquería.

“Deja ya de darle largas a la cuestión”, se dijo.

Vació las cenizas que quedaban del sábado en la cazoleta de la pipa, volvió a llenar ésta de tabaco y la encendió. La carterita de cerillas procedía del Sir Francis Drake, en la plaza de la Unión. Habían almorzado allí durante unas vacaciones por la costa californiana, dos veranos atrás. Consideraba aquellas vacaciones una especie de “*gira por los embarcaderos*”.

Apagó la cerilla, dio una chupada a la pipa y contempló la pantalla.

“Notas novela - Lunes, 3 octubre”.

Muy bien.

Los dedos empezaron a teclear.

Hay que salir con algo fuera de serie. Soberbio y original. De quinientas páginas, por lo menos. Y, si es posible, más.

Vale. Ya tenemos una barbaridad.

Tecleó:

¿Qué tal un relato con vampiro? Ja, ja, ja. Olvídalo. Los vampiros han muerto por consunción.

Necesito algo insólito. Una especie de NUEVA amenaza.

“Buena suerte”, pensó.

“¿Y una secuela?”, pensó.

Tal vez una secuela. La bestia II, o algo por el estilo. Merece la pena tenerlo en cuenta, por si no se le ocurre a uno nada mejor.

Vamos, algo nuevo.

O una variación nueva sobre un tema viejo.

Nadie, salvo Brandner, ha hecho nada decente con los hombres lobo. ¿La emprendo con algún truco novedoso aplicado a un hombre lobo? Olvídalo. Esa serie de la tele cubrió el asunto hasta el agotamiento. Claro que un serial televisivo no es un libro.

Larry frunció el entrecejo ante la pantalla.

Olvida los hombres lobo.

¿Qué más queda?

Gorgoteó la pipa. Separó la boquilla de la cazoleta, sopló para que el polvo cayese en la papelera situada junto a la silla, unió de nuevo las dos piezas y volvió a encender la pipa.

Unos minutos después, tenía una lista:

Hombres lobo

Fantasmas (aburrido)

Muertos vivientes

Extraterrestres, alienígenas

Bestias diversas

Posesión diabólica (mierda)

Maníaco homicida (trillado hasta la muerte)

Maldiciones deseos concedidos.(La zarpa del mono)

Maquinaria posesa (reino de King)

Animales locos (véase más arriba, y AVES)

Casas encantadas (posibilidades)

¿Qué tal un libro sobre una casa encantada? escribió.

Siempre había querido preparar uno, y siempre acababa tropezando con el mismo escollo insalvable. Los fantasmas que, en general, no le parecían lo bastante truculentos. En la casa tendría que haber otra cosa. Pero ¿qué?

La pregunta le llevó de nuevo a la lista.

Pasó un buen rato repasándola.

Algo espeluznante dentro de la casa, anotó.

¿Qué te parece un vampiro debajo de la escalera?

Muy bien. Al pensarlo, una oleada de estremecimientos se desencadenó por su interior.

Estaba de nuevo arrodillado junto al ataúd, con la vista fija en el cadáver marchito. Dominado por el temor y el disgusto.

Quería olvidarse de que vio aquello, no pasarse meses y meses dándole vueltas en la cabeza a semejante experiencia.

Lo que no era óbice para que el asunto pudiera convertirse en una buena historia.

El cadáver de una rubia debajo de la escalera de un hotel —escribió—. Con una estaca en el pecho. Lo encuentran unas personas mientras exploran una ciudad fantasma. Se podría referir tal como ocurrió. Juego y diversión.

Arrugó la nariz.

Pero los protagonistas no salen por pies, muertos de miedo, como nosotros. Puede que algunos lo hagan. Pero uno de ellos se siente fascinado. Lo que tiene delante es una vampira, ¿no? Un personaje como Pete, pero un poco más lanzado. Tiene que saber. De modo que arranca la estaca. Y entonces, ante sus ojos, aquel ser vuelve a la vida. Y el espeluznante cadáver de color pardo (aprovechar la frase de Bárbara sobre la semejanza con un salchichón) se transforma en una preciosa joven. Una joven desnuda y espléndida. El personaje Pete se siente cautivado. Y se excita. La desea. Pero la chica tiene otras ideas y le muerde en el cuello.

No salen de allí, no aparecen. Y, transcurrido un espacio de tiempo más que prudencial, los otros empiezan a preocuparse, vuelven al hotel para ver qué retiene al hombre. No hay nadie debajo de la escalera. El ataúd está vacío.

Un pequeño problema, compañero. Los vampiros no se pasean por ahí a la luz del día. Y entonces, ¿cómo te las vas a arreglar para que nuestra feliz pandilla ande explorando una ciudad fantasma una vez caída la noche?

Fácil. Llegan al pueblo fantasma, camino de casa, después de atravesar el desierto, y la furgoneta sufre una avería. Se les pincha un neumático o algo así.

“Ah —pensó—, el viejo recurso del automóvil que se es cacharra justo en el peor sitio posible”.

Pero podría funcionar.

Y contaba con una bonita ventaja adicional: los acontecimientos no se desarrollarían exactamente igual a como se desarrollaron ayer.

Preséntalos de un modo distinto a la verídica realidad —tecleó—, y tal vez puedas manejarlo.

¿Y si dieras un gran paso y cambiaras el ser de debajo de la escalera? En vez de la chica muerta con la estaca en el pecho, otra cosa. Pero... ¿qué? (¿Una cesta con un monstruo dentro? Ya se ha hecho.) Claro que podía ser cualquier cosa.

¿El cuerpo de una criatura del espacio? ¿Un duendecillo? Si cuentas con un resquicio entre los escalones, puedes introducir la mano, agarrarlo por las patas y tirar. Mientras emite sus gluglú. Ji, ji, ji.

Un pollo.

¿Qué tiene de malo la forma en que realmente ocurrió?

Bah. Se supone que el terror ha de ser imaginativo.

Pero aquí hay una historia auténtica. ¿Quién es la muchacha? ¿Quién le clavó la estaca en el pecho? ¿Puso el candado (nuevo, flamante) en las puertas la misma persona que ocultó el cadáver debajo de la escalera? Y lo mejor de todo, ¿qué pasará si se arranca la estaca?

Yace allí. Carne muerta.

Pero, ¿y si la vida afluye a ella? Su piel reseca y apergaminada se torna suave y juvenil. Sus pechos lisos se levantan para convertirse en hermosas turgencias atractivas. El rostro hundido se llena. La joven es de una belleza que rebasa los límites de la fantasía más desbordante. Le deja a uno sin aliento. (Y sin sangre.)

No le muerde a uno en el cuello, después de todo.

Hasta ese punto te agradece el que la hayas liberado. Se considera obligada a hacer algo por uno. Tú eres su amo y señor y hará lo que le ordenes. Efectivamente, tienes por esclava a esa preciosidad.

Posibilidades reales...

Capítulo 9

Lane puso los libros en el estante de la taquilla, cogió la bolsa del almuerzo y cerró la puerta metálica. Estaba dándole un giro a la combinación del cerrojo cuando un brazo se deslizó alrededor de su vientre y unos labios se apretaron sobre su nuca. Se encogió mientras los escalofríos le recorrían la piel.

—Basta —dijo, al tiempo que giraba en redondo.

—No puedo evitarlo —se excusó Jim.

Lane miró por encima del muchacho. El pasillo estaba de bote en bote. Los estudiantes circulaban por allí, charlaban y reían. Los que iban solos, los que carecían de compañeros, daban la impresión de tener mucha prisa. Se oían los portazos de las taquillas que se cerraban. Los profesores permanecían cerca de los umbrales de sus aulas, a la expectativa por si se presentaba algún problema. Nadie parecía prestar atención a Lane y Jim.

—¿Me echaste de menos? —preguntó Jim.

—He sobrevivido.

—Ajá. ¿Estás de uñas?

—No me hace ninguna gracia que me abracen en público. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Huy, huy, huy, qué susceptible. ¿Estamos con la regla?

Lane notó el cálido sonrojo que ascendió a su rostro.

—Muy simpático —murmuró—. ¿Quién se ha muerto para que te coronen a ti rey de los idiotas?

Jim sonrió, aunque en sus ojos no había el menor asomo de humor.

—Sólo estaba de guasa. ¿No puedes aguantar una broma?

—Evidentemente, no.

A Jim, la sonrisa se le cayó de los labios.

—No necesito eso.

—Bueno. Adiós.

Enarcadas las cejas, el muchacho murmuró algo que Lane no pudo entender, dio media vuelta y se alejó para integrarse en la riada de estudiantes que avanzaban hacia el vestíbulo. Anduvo cosa de seis metros y luego miró por encima del hombro, como si esperase que Lane echara a correr tras él.

Los ojos de Lane echaron chispas al mirarle.

Jim esbozó una sonrisa forzada, como si dijese: “Tú te lo pierdes, zorra”, y luego continuó pasillo adelante.

“Desgraciado”, pensó Lane.

Con la regla. ¡Mira que soltarle semejante cerdada!

Apoyó la espalda en el armario y respiró hondo, mientras intentaba tranquilizarse. Se sentía arder de rabia y vergüenza.

El corazón le latía pesadamente. Temblaba.

“De todas formas, ¿quién le necesita?”, se dijo.

He sido bastante dura con él, pensaba cuando echó a andar por el pasillo. Tampoco cometió una terrible barbaridad. Lo cierto es que sólo me besó en la nuca. No es ningún delito grave. Pero no debió hacerlo delante de todo el mundo. Sabe lo que opino respecto a esa clase de cosas.

Claro que, aunque tratara de hacérselo pagar, tampoco eso era razón para que me viniese con una grosería como ésa.

Le había echado de menos. Se pasó todo el fin de semana deseando que llegara el lunes para volver a verle.

Se sintió repentinamente estafada y triste. Su conjunto nuevo empeoraba las cosas. Era como acicalarse para una fiesta y que luego la dejaran a una en casa.

¿Por qué tenía Jim que comportarse así?

A veces actuaba como un perfecto majadero.

Cuando el muchacho no se salía con la suya, Lane veía su lado despreciable. Aunque, después, normalmente se apresuraba a pedir perdón y entonces se mostraba tan zalamero que a ella le resultaba difícil seguir enfadada.

Supuso esperanzada que en esa ocasión ocurriría lo mismo. “Cualquier día —se dijo Lane—, se pasará de la raya y eso será el fin de todo”.

Tal vez eso había ocurrido ahora.

Pero la idea de romper con Jim hizo a Lane sentirse vacía y sola. Era el único novio auténtico que había tenido desde que empezó en el instituto Buford..., en realidad, el único que tuvo nunca. Habían compartido muchas cosas. Podía comportarse a veces como una mala sombra total, pero nadie es perfecto.

“Eres demasiado cobarde para darle puerta”, pensó. En un dos por tres, todo el mundo sabría en el colegio que acababan de partir peras. Cuando eso sucediese, se abriría la veda de Lane. Tendría que convertirse en una ermitaña o arriesgarse a salir con virtuales desconocidos..., y algunos de ellos resultarían canallas irredentos.

Al menos, a Jim sabes que puedes manejarle.

“Amor verdadero —pensó—. Debo de haber perdido la cabeza. Una no puede salir eternamente con un chico sólo porque es un buen tío y una teme que el siguiente sea peor”.

Esta vez, cuando intente hacer las paces, deberás decirle que se vaya a freír espárragos.

¡Con la regla! A, no tengo la regla. B, de todas formas, házselas pasar canutas.

En la cafetería, localizó a Jim en una de las alargadas mesas de almuerzo, rodeado de sus amigos atletas. Betty y Henry estaban en la mesa de un rincón, sentados uno frente a otro, en un extremo, con varias sillas vacías entre ellos y la alborotadora camarilla de chicas que ocupaban la otra punta.

Tras adquirir una Pepsi en la ventanilla de “sólo refrescos”, fue a reunirse con ellos.

—¿Os importa que me siente aquí? —consultó.

—A mí, no —repuso Henry—. Con tal de que no nos avergüences metiéndote una paja por la nariz.

—Al diablo. ¿Cómo iba a beberme el líquido?

—Quítate la carga de encima —dijo Betty.

Cogió una silla metálica plegable y fue a sentarse al lado de Henry.

— ¿Cómo es que no vas a comer con Jim Dandy? —se extrañó el chico—. ¿Tus gustos personales se rebelan por fin ante la perspectiva?

— Algo así. Tuvimos un pequeño problema.

A punto de tirar un mordisco, Betty frunció el entrecejo y dejó el bocadillo.

— ¿Te encuentras bien?

Lane se percató de que, repentinamente, se le había formado un nudo en la garganta. No tuvo suficiente confianza en sí misma como para hablar, de modo que asintió con la cabeza.

— El muy cerdo —silabeó Betty.

— ¿Quieres que le arree un patadón en el culo? —se ofreció Henry.

— Te haría falta el Séptimo de Caballería —le advirtió Betty—. Y me parece que ya tienen un compromiso en Little Big Horn.

— Muy graciosa.

— No sé cómo lo aguantas —dijo Betty. Se le agitaron los carrillos cuando sacudió la cabeza—. Santo Dios, chica, sabes condenadamente bien que podrías disponer de cualquiera de los mozos del colegio. De todos, menos de Henry, naturalmente. Me vería obligada a matarle si empezara a tontear contigo.

— Podéis compartirme, damiselas mías —sugirió Henry.

— Te lo digo de verdad. En serio. Jim siempre te está dando disgustos por una cosa o por otra. ¿Por qué lo soportas?

— No lo sé.

— Porque es una monada de galán —dijo Henry. —Calladito estás más guapo. Éste es un asunto grave. —Tal vez lo envíe a hacer gárgaras —dijo Lane—. Cada vez está peor.

Sonriente, Henry se inclinó lateralmente y pasó un brazo por los hombros de Lane.

— El sábado por la noche. Tú y yo. Juntos interpretaremos una música celestial.

Lane observó que una expresión alarmada aparecía automáticamente en el rostro de Betty. La cual entrecerró los párpados y dijo, ominosa:

— Prepárate para presentarte ante tu creador, Henrietta.

— Lo siento —se dirigió Lane al chico—. Eso me haría responsable de tu defunción. No puedo cargarlo sobre mi conciencia.

— Moriría feliz.

El semblante de Betty se puso rojo. Apretó los labios.

— Ya está bien, Henry —dijo Lane.

El muchacho trató de mantener su tonta sonrisa, pero al final se le borró de los labios. Retiró también el brazo.

— Sólo estaba de guasa —dijo.

Sólo estaba de guasa. Eso mismo había dicho Jim. ¿Qué era? ¿El modelo oficial de excusa para los casos en que un chico se extralimitaba y metía la pata?

Lane abrió su bolsa y sacó el bocadillo. Iba envuelto en papel celofán. Vio el bulto que originaba la ensalada de huevo entre el pan.

— Intentaba darte celos, dulce cariño mío, nada más —dijo Henry a Betty.

— Con Lane tienes el mismo porvenir que un cubito de hielo en una sartén puesta sobre la lumbre.

De súbito, las lágrimas empezaron a quemarle los ojos a Lane. Estrelló el bocadillo contra la mesa.

—¡Lo siento! —estalló—. ¡Maldita sea! ¡No hagáis eso! ¡Sois mis amigos!

Se quedaron mirándola con la boca abierta.

—Lo siento. ¿Vale?

—Bueno —dijo Henry.

Lane meneó la cabeza.

—Sé de algo que puede conseguir que te sientas mejor.

—¿Qué es? —preguntó Lane.

—Dejar que me coma ese bocadillo por ti.

Lane soltó una carcajada.

—Ni por lo más remoto.

—Cógelo, Hen, y te perdono.

Henry alargó la mano. Lane le agarró la muñeca y se la aplastó contra la superficie de la mesa.

—Inténtalo otra vez —amenazó— y tendrás que sonarte la nariz con la zurda.

—Es tan manazas que se sacaría el ojo.

Lane le soltó. Cuando hubo desenvuelto el bocadillo, lo partió en dos y ofreció una de las mitades a Betty. La chica lo miró de soslayo, con ojos golosos, pero denegó con la cabeza.

—Venga —le insistió Lane—. La verdad es que tampoco tengo mucho apetito.

—Si te empeñas... —Betty aceptó.

Comieron sus almuerzos, charlaron y todo pareció volver a la normalidad. Pero Lane sabía que el daño estaba hecho. Evidentemente, Betty se había dado perfecta cuenta de que la broma de Henry escondía un fondo de verdad... comprendió que el muchacho la dejaría en un abrir y cerrar de ojos, caso de creer que tenía una oportunidad con Lane.

Si rompieses con Jim, tarde o temprano Henry te tiraría los tejos en serio. En cuyo caso te habrías quedado sin dos de tus mejores amigos.

El asiento que Jessica tenía asignado en la parte delantera del aula de la sexta clase de inglés del señor Kramer estaba justo a la izquierda de la mesa de Lane. Aquel día, Riley Benson avanzó pavoneándose por el pasillo y se sentó allí. Se arrellanó contra el respaldo, estiró las piernas y cruzó las botas de motorista. Miró a Lane. El rostro del chico, con los ojos hinchados y los párpados entrecerrados, nunca dejaba de recordarle a Lane las fotos que aparecían en los telediarios de los individuos que tiroteaban a la gente por el puro placer de meterles unas balas en el cuerpo.

Lane volvió la cabeza y vio que Jessica ocupaba el acostumbrado sitio de Riley en el rincón del fondo.

—Lo intercambiamos —explicó Riley—. ¿Hay algún problema?

—A mí me tiene sin cuidado.

Se puso de cara al frente. El último timbrazo aún no había sonado, y el señor Kramer nunca entraba en el aula antes de que el timbre se dejara de oír. Lane confió en que se presentara pronto. Riley tenía fama de buscarruidos y Lane estaba bastante segura de que la había elegido a ella como blanco del día.

Un montón de gracias, Jessica.

El cambio de sitios tenía que ser cosa de Jessica. Lane lo comprendía así. Con lo magullada que estaba, la chica probablemente quería pasar todo lo inadvertida que le fuera posible.

A Lane la pasó por la cabeza la sospecha de que Riley muy bien podía ser el tipo que le sacudió a Jessica aquella paliza. No ignoraba que habían salido juntos y estaba segura de que Riley era muy capaz de tales faenas. Tal vez Jessica le hizo un desaire. Podía haberse inventado toda la historia de la agresión.

Lane observó a Riley. Los dedos del chico tamborileaban rítmicamente en el borde del pupitre. Los nudillos estaban sucios, pero no despellejados ni contusionados. Aunque pudo llevar guantes. O causar las magulladuras con un instrumento de alguna clase.

—¿Algún problema? —volvió a preguntarle Riley.

—No. Ujú.

Lane volvió a mirar hacia adelante.

—Zorra.

“Hoy es realmente mi día”.

Clavó la vista en la vacía mesa del señor Kramer. Se percató de la rigidez de su espalda. El corazón había acelerado sus latidos, y notaba que la cara le ardía.

Vamos, profesor. ¿Dónde estás?

—Coñito caliente.

La cabeza de Lane se disparó bruscamente hacia Riley.

—¡Ve a que te la meta un pez, Benson!

En aquel momento repicó el timbre y Lane se echó atrás. Riley curvó los labios hacia arriba.

—Te veré después de clase. Cuenta con ello.

—Oh, qué susto tan espantoso. Mira cómo tiemblo.

—Pues deberías temblar.

La verdad es que temblaba. “Ya está hecho —pensó—. ¿Por qué no mantuve la boca cerrada?”

El que entonces entrara en clase el señor Kramer resultó pobre consuelo.

Si hubiese aparecido un par de minutos antes...

Sosteniendo la lista en la mano, el profesor apoyó el trasero en el borde frontal de su escritorio y su mirada se posó en Riley.

—Creo que se ha equivocado de sitio, señor Benson.

—¿Algún inconveniente en que me siente aquí?

—Lo cierto es que sí, tengo inconveniente.

Lane se dio cuenta de que una sonrisa se le extendía por el rostro.

Duro con él, Kramer.

—Por favor, vuelva al sitio que tiene asignado. Ahora mismo.

Del fondo de la sala llegó la voz de Jessica.

—Le pedí a Riley que cambiara el sitio conmigo —explicó.

—A pesar de... —Durante unos segundos, el profesor mostró su sorpresa. Luego, la preocupación le hizo fruncir el entrecejo—. ¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

—Sufrió un accidente. ¿Fale? ¿Puedo seguir aquí?

— ¿Eso es obra de alguien?

— No, me caí por las escaleras.

Tal vez tenía una historia distinta para cada persona.

— Lo lamento mucho, Jessica. Pero me temo que debo insistir en que cada uno ocupe el asiento que le corresponde.

Riley murmuró algo, recogió sus libros y se dirigió al fondo del aula.

“¡Estupendo!”, pensó Lane.

No era de extrañar que Kramer fuese uno de los profesores más populares del instituto Buford. No sólo era joven, apuesto e inteligente, sino que también tenía agallas para imponer la disciplina. Muchos de los otros preceptores se hubieran arrugado y habrían permitido que Riley se quedase donde estaba.

De súbito, Lane recordó la amenaza de Riley. Volvió a sentirse nerviosa y acalorada.

Jessica se deslizó en su asiento. Muy erguida, de cara a Kramer.

— Un millón de gracias, profesor — murmuró.

— Ahora no está en la calle. Quítese las gafas de sol.

“Eso es pasarse”, pensó Lane.

Jessica depositó las gafas encima del pupitre. Lane sólo podía ver el ojo derecho. La hinchazón casi lo cerraba por completo. El párpado, brillante y amoratado, abultaba como si alguien hubiese introducido debajo media pelota de golf.

Kramer se pellizcó los labios. Sacudió la cabeza.

— Puede volver a ponerse las gafas — permitió.

— Muchísimas gracias.

— Está bien, ya hemos perdido bastante tiempo. Abran sus libros por la página cincuenta y ocho.

Lane consultó el reloj. Era la última clase del día. Faltaban tres cuartos de hora para salir.

No intentará nada, trató de convencerse. No se atrevería. Si consigo llegar al coche, saldré bien librada.

Media hora para salir.

Diez minutos.

Pese al aire acondicionado, Lane estaba bañada en sudor. La camiseta de manga corta se había empapado debajo de las axilas y su contacto era viscoso. Frescas gotas de transpiración resbalaban entre sus pechos. Tenía las bragas pegadas a las nalgas.

Cuando faltaba un minuto para la salida, colocó sus libros encima de la carpeta, lista para dispararse hacia la puerta.

Sonó el timbre.

Oprimió los libros contra el pecho, abandonó el asiento y se puso en pie.

Los ojos de Kramer se clavaron en los suyos.

— Señorita Dunbar, me gustaría hablar con usted.

¡No!

— Sí, señor — dijo Lane.

Se hundió en la silla y dejó los libros sobre el pupitre.

¿Por qué le hacía una cosa así? ¿Le molestaron las evidentes prisas que ella mostró por salir?

“Estoy sentenciada”, pensó.

El señor Kramer rodeó su mesa para situarse al otro lado y fue colocando sus libros dentro de una cartera de mano. Los estudiantes abandonaron rápidamente la clase. El aula tenía una puerta delantera y otra posterior. Riley no salió por la de delante. Probablemente utilizó la otra, pero Lane se había esforzado en no volver la cabeza.

Quizá se olvidó de mí.

Muy difícil.

El señor Kramer rodeó de nuevo la mesa y se apoyó en el borde delantero, frente a la muchacha. Sostenía en la mano unas cuartillas mecanografiadas.

¿Querrá tratar uno de mis temas?

Pero Lane observó en seguida que no era suyo. Parecía papel de borrador.

Hojas de material un tanto pegajoso, en las que la tinta tiene tendencia a correrse en cuanto la tocas, pero que ella había utilizado hasta que su padre le dijo que “tirase aquella basura y empleara papel decente”. Llegó a añadir que sólo los aficionados tonteaban con papel de borrador y que los editores lo odiaban con pasión.

—Eso no es mío —dijo Lane.

El señor Kramer sonrió.

—Lo sé. Lo que tengo en la mano es un informe sobre un libro, que me ha parecido interesante. Lo ha redactado Henry Peidmont. ¿Es amigo suyo?

—Sí.

Lane sabía que Henry tenía también a Kramer en su segunda clase.

—Es un buen estudiante, pero sus gustos literarios resultan peculiares. Parece regodearse en lo macabro.

—Sí, ya lo he notado.

Kramer hojeó las cuartillas.

—Este informe preciso se refiere a una obra titulada *El vigilante de la noche*, de Lawrence Dunbar.

Ladeó la cabeza y sonrió a Lane.

“Así que se trata de eso”, pensó la chica.

No estoy en apuros, después de todo. Sólo en lo que respecta a Riley.

—Es mi padre —reconoció, con una mezcla de orgullo y bochorno.

—Henry lo dice en su informe.

Gracias, Hen.

—En Recodo de la Cabeza de Mula no residen muchos auténticos escritores. A decir verdad, de su padre es del único que tengo noticia. ¿Cree que estaría dispuesto a venir aquí, en algún momento, y pronunciar unas palabras?

—Puede. Está abrumado de trabajo, pero...

—De eso no me cabe la menor duda. No quisiera imponerle nada, pero creo que la clase disfrutaría mucho escuchando lo que nos dijera. Por mi parte, confieso que no he leído ningún libro suyo. El género que cultiva no es precisamente lo que a mí me vuelve loco.

—Infinidad de personas opinan lo mismo —dijo Lane. Claro que he visto sus novelas en los quioscos. Y a cierto número de alumnos con ellas en la mano.

—Necesitan más supervisión paterna.

Kramer emitió una suave risita.

“Puede ser profesor —pensó Lane—, pero no cabe duda de que es un tío legal”

—Tengo entendido que esos libros son bastante nauseabundos.

—Está usted mal informado. Son extraordinariamente nauseabundos. Tengo prohibido terminantemente leer cualquiera de ellos antes de cumplir los treinta y cinco.

—Aunque apuesto algo a que ha desobedecido esa orden, ¿me equivoco?

Lane sonrió.

—Los he leído todos.

—Bajo la ropa de la cama, presumo.

—Alguna vez que otra.

—Bueno, le quedaría muy reconocido si le hablara a su padre de esto. Si consigue encontrar un momento para acercarse aquí y hablar a los chicos, a ellos les vendría muy bien. Puede explicarles cómo se hizo escritor, por qué prefirió especializarse en novelas “extraordinariamente nauseabundas”, en fin, esa clase de cosas.

—Tendré una conversación con él acerca del asunto.

—Magnífico. No la entretengo más. Pero infórmeme, ¿de acuerdo?

—Desde luego.

Lane recogió los libros. Cuando se apartaba del asiento, observó que Kramer se apresuraba a desviar la vista, hasta entonces posada en sus piernas.

“Al menos, alguien aprecia el vestido”, pensó. Mala cosa que tuviera que ser un profesor.

Al encaminarse a la puerta, le asaltó de nuevo la idea de que Riley podía estar esperándola. ¿Y si pido al señor Kramer que me acompañe hasta la zona de aparcamiento?

“Ni hablar —se dijo—. Podría pensar que trataba de seducirlo. So pena de que le contase lo de Riley. Lo que podría poner a Riley en un buen brete. Y entonces sí que ella lo iba a pasar mal”

—Hasta mañana —se despidió, hablando por encima del hombro.

—Feliz tarde, Lane.

Salió al pasillo. Apoyado en las taquillas del otro lado estaba Jim. La saludó levantando la mano.

—No te lo reprocharía si me enviaras a la porra —dijo, al tiempo que se le acercaba—. No sé qué me pasó esta mañana. Lo siento en el alma.

—Debes sentirlo.

—Si te sirve de ayuda, puedes lavarme la boca con jabón.

—No es mala idea. —Lane le retuvo la mano—. Puede que lo haga la próxima vez.

—¿Me perdonas, pues?

—Supongo. Esta vez.

Avanzaron juntos por el pasillo.

“Adiós a eso de despedirle —pensó—. Supongo que, al fin y al cabo, tampoco estaba preparada para ello”.

Aunque se sentía un poco desilusionada consigo misma, no por eso dejaba de experimentar alivio.

—Me temo que esta mañana lo estropeé todo —dijo Jim—. Me he pasado el día pensando en ello y en lo mucho que te echo de menos. Te quiero de veras, Lane. No sé lo que haría si... En fin, las cosas vuelven a ir bien entre nosotros, ¿verdad?

—Sí. Todo vuelve a ser como antes.

Jim le apretó la mano.

En la zona de aparcamiento, Lane localizó a Riley Benson sentado en la capota del Mustang. Aún se hallaban a cierta distancia y Jim no lo había visto.

Pero Riley sí que vio a Jim, así que le faltó tiempo para bajar de la capota y escabullirse con su típico contoneo.

Capítulo 10

Practicaba en el río el esquí acuático nocturno. Hubiera deseado no encontrarse allí. Estaba asustada.

Quería dejarlo, pero no se atrevía. La cosa del agua la alcanzaría antes de que la lancha tuviese tiempo de virar e ir a recogerla.

Ignoraba qué era lo que había en el agua. Pero había algo.

Algo terrible.

La motora navegaba cada vez más deprisa, como si pretendiera ayudarla a escapar.

Ella se deslizaba sobre la lisa superficie negra, agarrada a la barra transversal del cable de arrastre, lloriqueando de terror.

De una manera u otra, estaba segura de que la lancha motora no iba a ser lo bastante rápida. La cosa del agua ganaba terreno.

¡Si estuvieran más cerca de la orilla! Si la embarcación la llevase a las proximidades de un embarcadero, ella podría soltarse del cordón de arrastre y deslizarse y ponerse a salvo merced a la inercia de la velocidad.

Pero no se veía la orilla.

Sólo oscuridad, a un lado y a otro.

“Eso es imposible —pensó—. El río sólo tiene cuatrocientos metros de anchura”.

—¿Dónde estamos?

Enferma de pánico, pensó: “Ya hemos salido de Colorado”.

Aferró la diestra a la madera de la barra transversal y agitó el brazo izquierdo para indicar a la lancha que se dirigiese a la orilla.

Dondequiera que pudiesen estar.

La motora siguió en línea recta.

¡Mírame!, chilló la mente de la joven. Maldita sea, ¡préstame atención!

Comprendió de pronto que no sabía quién pilotaba la lancha motora.

Después comprobó que la embarcación se alejaba de ella. Como si el cable de arrastre fuera de goma y se estirara.

Poco a poco, las luces de situación de la motora fueron perdiéndose en la distancia, hasta desaparecer por completo. Incluso se apagó el sonido de los fueraborda.

Se hizo un silencio que hubiera sido absoluto de no subrayarlo el siseo de los esquís.

El cordón de arrastre la condujo a las tinieblas.

Estaba sola.

Salvo por la cosa de debajo del río.

“¿Oh, Dios, qué vaya...?”

Unas manos gélidas la cogieron por los tobillos y tiraron de ella hacia abajo. Continuaba con los esquís puestos, aún arrastrada por el cable, pero bajo la superficie. El agua la envolvía. Le llenó la boca, sofocó sus gritos mientras el tacto de las manos ascendía a lo largo de sus piernas.

Notó contra su espalda la carne helada de la cosa. Estaba sobre los esquiús, detrás de ella, deslizándose, tratando de rodearla con los brazos, de cogerle las manos, de arrancar de ellas la barra transversal. La muchacha se resistió a soltarla. Con todas sus fuerzas.

“¡Si la dejo, me tendrá en su poder!”

La cosa le golpeó en el brazo izquierdo. Se lo rompió por el codo. La mano de la joven aún retuvo la barra de madera durante un momento, tiraba del antebrazo fracturado. Luego, la corriente los arrastró.

Una mano le cubrió la boca. Le apretó los orificios de la nariz.

La muchacha bregó para conseguir un poco de aire.

Hasta entonces había logrado respirar, pese al agua que inundó su garganta, pero la mano era algo distinto. Era sólida. A la chica le ardían los pulmones.

Agarró la mano, se despertó y la mano seguía allí, cubriéndole los magullados labios, apretándole las ventanillas de la nariz.

—No hagas ningún ruido, Jessica.

La chica asintió, frenética por inhalar un poco de aire. La mano se levantó. Los anhelantes pulmones aspiraron a fondo.

—¿Tenías una pequeña pesadilla?

El hombre estaba en la cama, sentado encima de ella, inclinado hacia adelante mientras la sujetaba por los hombros. La sábana ya no cubría a Jessica. La claridad lunar que entraba por las ventanas le permitió ver que Kramer no llevaba puesta la camisa. A juzgar por el cálido contacto de su piel, en el punto donde se sentaba sobre ella, Jessica comprendió que se había desnudado antes de ponérsele encima. También le había quitado a ella el camisón. El antebrazo de Jessica descansaba sobre su pecho, notó el peso y el frescor de la escayola.

—Hijo de puta.

—Chisst. Si despiertas a tus padres, me veré obligado a matarlos. Lo mismo que a ti. Tendré que mataros a todos. No querrás que suceda eso.

—No —susurró Jessica.

—Ya me imagino que no.

—¿Qué quieres?

La pregunta más estúpida del año. Saltaba a la vista lo que quería. Pero Jessica creyó que aquello se había acabado.

Se lo dijo el sábado por la noche, que todo había acabado, que se buscara otra chica, y le amenazó con conseguir que lo despidieran si no dejaba de molestarla. También aquella había sido la amenaza más estúpida del año. Pero, como remate a la pequeña “lección” que Kramer le impartió, el profesor dijo: “De todas formas, estoy hasta las narices de ti, putón asqueroso”.

—He estado pensando —murmuró Kramer—. Muy preocupado.

—No voy a contarle.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—No me hagas daño. Por favor.

—No he venido aquí para hacerte daño, Jessica. Estoy aquí por una sola razón. Bueno, quizá por dos. —Se echó a reír en tono bajo. Se retorció mientras su mano

resbalaba desde el hombro hasta el seno de Jessica. Lo apretó—. Estoy aquí para darte una lección más. Una lección acerca de la seguridad. Para ti, no hay seguridad. ¿Comprendes?

Jessica asintió.

—Si alguna vez, por casualidad, se te ocurre hablarle a alguien de mí, vendré a tu casa del mismo modo que lo he hecho esta noche. Aunque habrá cierta diferencia. Llevaré en la mano una navaja barbera. Empezaré por degollar a tus padres mientras estén dormidos y luego me encargaré de ti. —La uña de uno de sus dedos trazó un círculo en torno a uno de los pezones—. Te descuartizaré de mala manera. Te iré cortando trozos de todo el cuerpo. Puede que dedique toda la noche a eso. Y cuando esté a punto de amanecer, te cortaré el cuello de oreja a oreja. ¿Has entendido?

—Sí.

—Muy bien. —La mancha borrosa y pálida de su rostro descendió. Kramer besó los lastimados labios de Jessica. Susurró otra vez—: Muy bien.

Capítulo 11

Con excepción de la lucha del lunes por la mañana para esbozar una nueva historia, Larry dedicó toda la semana a *Extraño en la noche*. La novela estaba saliendo de maravilla.

Pero ¿y la siguiente?

No le apetecía rastrillarse el cerebro en busca de una nueva idea. Le resultaba mucho más fácil seguir en el territorio familiar de *Extraño en la noche*. Conocía el destino argumental de esa obra, y disfrutaba conduciendo el desarrollo de la trama hacia ese colofón.

Era viernes.

No podía eludir el problema eternamente.

“Pensar en lo muchísimo mejor que se sentía uno —se dijo—, cuando ha planificado ya la estructura general del siguiente libro”.

Una estructura general que no incluye un fiambre depositado debajo de una escalera, con una estaca clavada en el corazón.

Buscó el disquete del lunes, lo introdujo en el procesador de textos y tecleó las instrucciones correspondientes hasta que en el rincón de la pantalla apareció: “Notas novela - Lunes, 3 octubre”. Mientras limpiaba la pipa y cargaba la cazoleta con una nueva provisión de tabaco echó una ojeada a las líneas color ámbar. Unas tres páginas de material. Y nada.

Un montón de porquería acerca de su vampira.

“Efectivamente —leyó—, tienes por esclava a esa preciosidad”.

“Posibilidades reales.”.

Seguro.

A ver si hoy tengo más suerte.

Larry encendió la pipa. A continuación de “Posibilidades reales.”, tecleó: “Notas - Viernes, 7 octubre”.

¿Y si metemos una tribu de basureros del desierto?, escribió, al recordar la idea con la que había estado jugueteando poco antes de que la furgoneta llegara a Llano de la Artemisa. “reparan “accidentes” en carreteras secundarias y luego caen como aves de presa sobre los desdichados viajeros.

“Se parece demasiado a *Los montes tienen ojos*. Además, ya hice algo sobre eso en *El bosque salvaje*”.

Larry contempló el monitor con el entrecejo fruncido. Se arrepintió de haber recordado *El bosque salvaje*. Aquella maldita novela, la segunda que publicó, estuvo en un tris de arruinarle la carrera. Un lanzamiento a lo grande y todo lo que consiguió fue que los ejemplares se murieran de risa en los estantes de las librerías, todo por culpa de una maldita cubierta abigarrada, verdosa y repugnante como una ventosidad.

No pienses en ello, se aconsejó.

Venga, una idea nueva.

¿Qué tal un tipo que encuentra los restos de una vieja radiogramola? La restaura, la vuelve a poner en funcionamiento y...

¿Y qué?

La gramola no tiene dentro ningún disco. El hombre pone uno suyo. Pero el aparato no funciona con discos nuevos. Sólo parece dispuesto a hacerla con las viejas placas de su época. Poco antes de que lo destrozaran a balazos los...

Eh, tal vez quiere vengarse de los vándalos que lo utilizaron como blanco para sus ejercicios de tiro.

Formidable, una radio gramola hecha un basilisco. ¿Qué hace...? ¿Deambula por ahí y electrocuta a la gente?

Podría ser como una máquina del tiempo. El tipo que la encontró la arregla y el cacharro le envía al pasado. De modo que el hombre se encuentra en la época de Holman's -como consecuencia de alguna clase de salto en el tiempo-, en el decenio de los sesenta.

Tiene posibilidades.

Tal vez la radiogramola lo quiere allí para que se enzarce en un duelo con los fulanos que la acribillaron a balazos. Una banda de gamberros motorizados o bien algo por el estilo. Una pandilla de auténticos indeseables.

El pobre tipo no sabe lo que le espera. Pero está lo que se dice trastornado. Se encuentra en una zona muerta del tiempo. Un momento antes era un hombre con esposa e hijos, tenía una bonita casa y un empleo estupendo. De pronto, zas, se ve en un restaurante barato, en una ciudad moribunda, veinticinco años atrás. Alucinante. Todo lo que quiere es volver a casa.

Hasta que se enamora de una bonita y joven camarera.

En ese punto, empieza a verle alicientes a su situación.

Las cosas se ponen feas cuando una panda de motoristas matones irrumpen devastadoramente en la ciudad.

Supongamos que el verdadero motivo por el que la radiogramola lo envía allí consiste en salvar a la camarera. Sugestivo. A la gramola le gusta la chica. A veces, a solas por la noche, después de cerrar el restaurante, la muchacha ponía sus canciones favoritas y bailaba en la oscuridad.

Tal como se desarrollan los acontecimientos, en la primera época, los motoristas la violaron y asesinaron. La radiogramola lleva a nuestro héroe al restaurante para que cambie el curso de la historia..., a fin de salvar a la chica.

Lo que, naturalmente, hace.

Cumplida la misión, la gramola le permite regresar de nuevo a casa. Pero el sujeto echa de menos a la guapa camarera. (Bueno, bueno, no tenía una mujer maravillosa ni unos hijos estupendos. Estaba divorciado o cosa parecida.) Busca a la moza. La encuentra.

Es su madre. Él es su propio padre. La dejó embarazada durante el breve espacio de tiempo que permanecieron juntos, allá por el sesenta y cinco, y él es la criatura que alumbró la muchacha.

El personaje en cuestión tendría que andarse ahora por los treinta años. Ella podía tener unos veinticinco cuando se conocieron en el restaurante.

Por alguna razón, la joven tuvo que renunciar al niño (nuestro protagonista). Lo adoptaron, pero el chaval mantuvo continuamente vivo el anhelo de conocer la identidad de sus verdaderos padres.

Si la camarera es su madre, entonces podremos concederle el regreso al hogar con su esposa e hijos.

Pero resultará más fascinante si encuentra a la camarera en la época presente y reanudan sus relaciones en plan de enamorados. Claro que, ¿cómo funcionaría ahí la cosa si tropezamos con la diferencia de edad? Pongamos que el hombre tiene ahora treinta años. ¿Cómo se arreglaría el

asunto para que ella tuviese más o menos la edad de él, cuando el hombre la encuentra de nuevo? Si la mujer cuenta ahora treinta años, eso significa que tendría cinco cuando el héroe la salvó de los motoristas.

¿Y si la camarera de la que el hombre se enamoró era la madre de la chica actual? Eso haría que, en el presente, la hija tuviese la edad del hombre y es el vivo retrato de la madre, la muchacha a la que el héroe amó.

No está mal. Puede funcionar.

Se le había apagado la pipa. Por lo poco que le costó aspirar, pudo comprender que en la cazoleta no quedaba más que ceniza. Dejó la pipa en su soporte y volvió a llevar los dedos hacia el teclado.

Nuestro personaje principal logra la resurrección de la gramola. Al principio, el aparato parece malvado, pero no tarda en manifestarse como una fuerza del bien. Y un casamentero. El protagonista humano se enamora de la camarera, que por entonces es un guayabo divino, una monada de criatura. Que no falten los sustos, situaciones violentas, barrabasadas de los gamberros motoristas y enfrentamientos con ellos (son una partida de auténticos monstruos, de degenerados totales). Al plantarles cara (al protagonista no le llega la camisa al cuerpo, pero, al presentarse el instante límite, demuestra que es todo un hombre), acaba por salvar a la chica, que posteriormente se convertirá en su verdadero amor. "¿Por qué no?"

Larry sonrió a la pantalla.

¡Muy bien! Ya lo tengo. Dedicaré los próximos dos días a trabajar en los detalles y...

Los próximos dos días.

Soltó un taco entre dientes.

Tenía comprometido el fin de semana. En cuanto Lane llegase del colegio, se lanzarían a desgastar neumáticos por la carretera de Los Ángeles, para visitar a unos parientes de Jean.

Precisamente lo que suspiraba por hacer.

Sobre todo en aquellos momentos, con la nueva idea chisporroteando en su cerebro.

"Pero no puedo escaparme. No me queda más remedio que poner en conserva la idea hasta el lunes".

Tendría algo en qué pensar mientras estuviese al volante. Podría esbozar algunas de las escenas principales e incluso tal vez surgieran unos cuantos aspectos más o menos fabulosos. Pero sabía muy bien que soñar despierto con aquella historia mientras conducía por la autopista nunca le iba a dar tan buenos resultados como trabajar con el procesador de textos. El hecho de teclear sus ideas a medida que se le ocurrían le proporcionaba un enfoque que no aparecía por ninguna parte cuando dejaba suelta la imaginación. Las ensoñaciones parecían vagar, ir a la deriva. Pero las frases escritas eran sólidas, y una llevaba a otra.

Sin embargo, no este fin de semana. Este fin de semana no habrá frases escritas.

Este fin de semana se lo llevará el agua de la cisterna del retrete.

"Bueno —trató de consolarse—, los familiares de Jean son simpáticos y se trata de su aniversario. Lo más probable es que se lo pase en grande, aunque preferiría..."

Oyó el timbre de la puerta.

Jean iría a abrir.

Se preguntó si debía emprenderla de nuevo con *Extraño en la noche* o pasarse el resto del día echándole carnaza a su historia de la radiogramola. Titúlalo: "*La caja*", pensó de repente y sonrió.

LA CAJA, tecleó. Gran título. Lo envuelve una aureola de misterio. Y CAJA no sólo alude a la caja acústica, la radio gramola que envía al protagonista a través del tiempo, sino que también se refiere a la "caja", o trampa, en la que el personaje se ve cogido. Encajonado por las circunstancias. Sin aparente salida. Y también está el asunto del sexo. Arréglatelas para que uno de los motoristas vea a la heroína como una caja. "Una caja de sexo". Y quizás el héroe pueda ser un púgil (¿mató a un rival en el cuadrilátero y juró no volver a pelear?). No, eso sería pasarse. Y además está bastante trillado. Pero es posible que la "caja" ofrezca otras facetas aprovechables. Hay que seguir explorándola.

Oyó los pasos de Jean, que se aproximaba. A lo mejor se acercaba a mirar por encima del hombro, de modo que Larry pulsó la tecla apropiada para que lo de "Una caja de sexo" ascendiese hasta quedar fuera de la pantalla.

Jean dio unos golpecitos a la puerta del estudio y luego la abrió. La mujer llevaba en la mano una bolsa de Correo Nocturno que parecía lo bastante grande como para contener un manuscrito entero.

—Acaba de llegar esto para ti —dijo—. Es de Chandler House.

El editor de Larry.

Jean se quedó observándole, mientras abría la bolsa. Dentro había un voluminoso original, cuyas hojas sujetaban gruesas bandas de goma elástica. También se incluía una nota de la editora:

Larry:

Te remito el original corregido de *Casa de locos*. Como verás, sólo hemos hecho ligeros cambios, por lo que estoy segura de que vas a sentirte encantado.

Haz tú las modificaciones que consideres oportunas y devuélvenos el original, de ser posible, antes del 13 de octubre.

Te saluda y desea lo mejor,
SUSAN

Larry esbozó una mueca.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jean.

—Es *Casa de locos*. La versión corregida. Esperan tenerla el 13 de octubre. —Echó una mirada al calendario—. ¡Por Jesucristo! Es el viernes próximo.

—No te dan mucho tiempo.

—Desde luego —murmuró—. Lo han tenido allí cosa de año y medio y ahora lo quieren en... seis días.

—Que te diviertas —dijo Jean.

Salió de la estancia y cerró la puerta para impedir que el humo de la pipa contaminase el resto de la casa...

Larry echó la silla hacia atrás, cruzó una pierna, dejó descansar el grueso original sobre el muslo y retiró las gomas elásticas. Lanzó la nota de Susan y la cuartilla del título a la rebosante bandeja del televisor colocada al lado de la silla.

Después emitió un gruñido.

¿Qué entendería Susan por “ligeros” cambios? En la primera página parecía haber una barbaridad de rectificaciones.

Hacia la mitad de la hoja, el párrafo de Larry decía: “La muchacha tiró de la puerta. Cerrada. ¡Dios, no! Giró en redondo y ahogó un gemido. El muerto había bajado ya de la mesa de la autopsia y avanzaba tambaleante hacia ella. Le oscilaba de un lado a otro la cabeza sobre el cuello roto. Su mano empuñaba el escalpelo”.

Larry batalló para descifrar los cambios. Palabras tachadas, frases añadidas. El párrafo era un mapa lleno de rayas y flechas. Por fin, consiguió desentrañarlo:

“Al tirar de la puerta, se encontró con que estaba cerrada con llave. ¡No! Volvió la cabeza con brusco ademán y gimió, desesperada, porque vio que el cadáver se dirigía con paso vacilante hacia ella, con un escalpelo en la mano. La cabeza se balanceaba de un lado a otro encima de su cuello partido”.

—Jesús H. Cristo con muletas —murmuró Larry.

Encontró a Jean en la alcoba matrimonial, dedicada a sacar prendas de un cajón de la cómoda y ponerlas en su maleta. La de Larry también estaba encima de la cama.

Larry se sentó en el borde del colchón.

—Tenemos un problema —anunció.

—¿El original?

—Le he echado una mirada por encima a toda la obra. Me lo han hecho papilla.

—¡Otra vez, no!

—Sí.

Casa de locos era su novela número doce y la tercera que descuartizaba un corrector de estilo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que arreglarlo. No me queda otra alternativa.

—Miró la alfombra con el entrecejo fruncido—. Tal vez podría decirles que quitasen mi nombre y publicaran el libro con el del corrector.

—¿Tan malo está el asunto?

—Peor que malo.

—¿Por qué permiten que pasen esas cosas?

—Dios, no lo sé. Supongo que es como una lotería. Esta vez, el azar quiso que enviaran mi novela a alguna idiota que se cree escritora.

—O a un idiota que se cree escritor —dijo Jean, rompiendo una lanza en pro de su género.

—O a alguna inteligencia artificial de ésas.

—¿Por qué no escribes una carta o algo a Susan y le explicas la situación? Quizá puedan pasar una copia nueva a cualquier otro corrector.

Larry negó con la cabeza.

—No creo que diera saltos de alegría. Sería como llamarles mentecatos por remitir el original a algún carnicero analfabeto. Además, ya habrán pagado el encargo a quien lo cumplió. Y, por otra parte, ya tendrán la obra programada para publicarla en cierta fecha establecida, puesto que, de no ser así, no me pedirían que se la devolviera con tanta prisa.

—Tal vez debieras telefonear a Susan.

—Lo que menos necesito es tener fama de cascarrabias.

—Así que te lo vas a tomar con toda calma y a quedarte tumbado.

—Voy a tomármelo sentado sobre las posaderas, con un bolígrafo rojo en una mano y mi ejemplar de la edición británica en la otra. Si los londinenses no lo corrigieron, es que no necesita arreglo.

Inclinó la cabeza y suspiró.

Jean se colocó frente a él. Le dio masaje en los hombros.

—Lo siento, cielo.

—Albures de la guerra. El caso es que... tendré que echarlo al correo el miércoles para que salga en el reparto del día siguiente. Si tengo que ir a casa de tus parientes, sólo me quedarán tres días para repasar todo ese maldito rollo e intentar... salvarlo.

—Puedes llevarlo contigo.

—No me apañaría con él, de todas formas. Quizá sea mejor que Lane y tú os adelantéis solas. —Mientras pronunciaba las palabras, comprendió que no deseaba quedarse detrás.

Por aquello, no. Pero tampoco podía ir.

—Si dedico todo el fin de semana a revisarlo, tal vez vuelva a sentirme como un ser humano cuando estéis de regreso.

—Supongo que podríamos aplazarlo —propuso Jean, al tiempo que le acariciaba el pelo—. Ir la semana que viene, en vez de ésta.

—No, no estaría bien. Es su aniversario. Además, llevas mucho tiempo ilusionada con esa visita. Tampoco es preciso que nos sacrifiquemos todos por culpa de esta mierda.

—Si tan claro lo ves... —murmuró Jean.

—No se me ocurre otra solución.

Larry volvió a su despacho. Tenía un nudo en la garganta. "Para empezar, no querías ir", se recordó.

Pero eso era antes de enterarse de que tendría que pasarse el tiempo trabajando en *Casa de locos*.

Se quedó mirando la pantalla del ordenador.

Acaso la "caja" tenga algunos otros aspectos. Sigue dándole vueltas al asunto.

Claro. Desde luego. Tal vez la próxima semana.

Se acabó el perfilar los detalles de *La caja*. Nada de avanzar hacia la conclusión de *Extraño en la noche*.

Las jornadas siguientes pertenecían a *Casa de locos*, una novela que había terminado año y medio antes. Un libro que ya se había publicado en Inglaterra..., y casi todas las modificaciones de los ingleses consistieron en cambiar "guardabrisas" por "parabrisas", en poner el inglés "whisky" en lugar del estadounidense-irlandés "whiskey" y cosas así.

—¿Quién fue el que dijo que la vida es justa? —murmuró Larry, y apagó el ordenador.

Capítulo 12

—Tengo que comunicarles una noticia especial —manifestó el señor Kramer, dos minutos antes de que sonara el timbre—. Como ya dije hace un momento, la sección de arte dramático del colegio mayor de la ciudad interpretará *Hamlet* la semana que viene. Tengo la certeza de que será una representación que merece la pena que vean todos y cada uno de ustedes y les recomiendo que asistan a ella, a poco que puedan.

»He conseguido cuatro localidades gratuitas para la función del sábado por la noche. Sólo disfrutarán de ellas cuatro de ustedes, pero a los estudiantes afortunados les proporcionaré entradas y transporte. —Sonrió—. Así no tendrán que dar la tabarra a sus padres para que les dejen el coche. —Varios chicos soltaron la risa—. Si alguno de ustedes desea aprovechar esta oportunidad, permanezcan en su sitio después de que suene el timbre.

Lane se mordisqueó el labio inferior. ¿Debía quedarse?

Era posible que Jim le preguntara si quería salir con él.

“Siempre podemos salir la noche del viernes”, se dijo.

Sería estupendo asistir a la representación de la obra, sobre todo con el señor Kramer. Tampoco le perjudicaría de cara al departamento otorgador de puntos y medallas.

Repicó el timbre. Lane continuó en su asiento.

Cuando Jessica pasó por su lado, lanzó una mirada a Lane y meneó la cabeza.

Probablemente piensa que soy idiota al mostrarme dispuesta a renunciar a una noche de sábado para ver a Shakespeare.

Quizá lo sea. Si luego resulta que Jim tiene trabajo el viernes por la noche, me voy a dar de bofetadas. Estuvo fuera el fin de semana pasado, yo estaré fuera este fin de semana. O sea, que serán tres semanas seguidas, si voy a esa función y él no puede salir el viernes.

Aquel sábado por la noche era cuando Lane deseaba salir con él. Durante toda la semana, Jim se le mostró especialmente simpático y obsequioso. Lane pensó que intentaba compensarla por lo repugnantemente que se portó el lunes por la mañana.

Volvió la cabeza. Otros cinco alumnos se habían quedado en el aula.

En total, somos seis, y Kramer sólo puede aceptar a cuatro.

Si no me elige, el problema quedará resuelto ahora mismo.

—Veo que hay más incondicionales de Shakespeare que entradas disponibles —observó el señor Kramer—. Lo cual es ciertamente gratificante, pero plantea una pequeña dificultad. Tendremos que jugar limpio. —Hundió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pieza de veinticinco centavos—. Lanzaré la moneda. Los dos primeros que pierdan, tendrán que retirarse. ¿Les parece justo a todos?

Nadie puso objeciones.

—Está bien, Lane, usted primero. Elija cuando tire la moneda al aire.

Posó los veinticinco centavos en la uña del pulgar y los arrojó a bastante altura.

—Cara —pidió Lane.

Kramer recogió la moneda en la palma de la mano derecha. La colocó sobre el dorso de la mano izquierda y mantuvo cubierta la moneda, mientras sonreía a Lane.

—¿Quiere cambiar de idea?

—No. Sigo pidiendo cara.

Kramer miró debajo de la palma de la mano.

—Es cara —dijo, alzó la mano derecha y dejó que la moneda se deslizara a la palma de la izquierda.

Lane se dio cuenta de que no había dejado que nadie la viera.

Qué diablos, las localidades eran suyas.

—Vale, George. Le toca a usted.

George ganó y también Aaron y Sandra.

Jerry y Heidi, los perdedores, también se jugaron a cara o cruz quién de los dos sería la primera alternativa, caso de que alguno de los ganadores no pudiera ir por cualquier razón.

Ganó Heidi.

—Muy bien —dijo el señor Kramer—. Ya les informaré de los detalles ulteriores. Entretanto, les deseo un buen fin de semana. No hagan nada que no hiciera yo.

El comentario provocó unas cuantas risitas.

Lane recogió sus libros y se puso en pie.

—Me alegro de que haya sido una de los cuatro afortunados —dijo el profesor—. Tal vez tenga ocasión de conocer a su padre, cuando vaya a recogerla para ir a la representación.

—Estoy segura de que él se alegrará de conocerle.

—Llevaré uno de sus libros y le pediré que me lo dedique.

—Eso le hará feliz.

—Y quizá podamos determinar en firme la fecha de su conferencia aquí.

—Sí. Dijo que cualquier día, después del primero de mes.

—Bueno, tal vez sea posible concretarlo definitivamente.

Lane asintió con la cabeza.

—Feliz fin de semana, señor Kramer.

—Lo mismo le deseo. Procure no meterse en líos. Dedicó un guiño a la chica.

—¿Qué tendría eso de divertido? —se ruborizó Lane.

Mientras el profesor se echaba a reír, Lane se despidió agitando el brazo y abandonó el aula.

El pasillo estaba lleno de ruidosos estudiantes que cerraban las taquillas dando portazos, gritaban y reían. Se apoyó en una pared y esperó a Jim. Se presentó al cabo de unos minutos.

—Tengo que coger una cosa de mi armario —dijo Lane.

Caminaron juntos por el pasillo.

—¿Cuándo sales para Los Ángeles? —preguntó Jim. —En cuanto llegue a casa.

—Vaya coñazo.

—Siempre nos queda el fin de semana que viene. El próximo viernes, de cualquier modo. El sábado por la noche tengo que ir con el señor Kramer a ver una obra de teatro.

—¿Sí? —Jim la miró, alzada una ceja—. ¿No es un poco mayor para ti?

—Pon los pies en el suelo. Se trata de una función escolar.

Se lleva a cuatro alumnos de su clase de sexto.

—¡Magnífico!

—Oh, vamos, no saques la trompeta. No tengo nada para el viernes por la noche.

—Nada, eh. Me gustaría verlo.

—Apuesto a que sí. —Notó una mano que resbalaba por la parte posterior de su falda—. Deja eso.

—Lo siento. Sólo intento refrescarte la memoria. Han pasado dos semanas completas, ¿sabes?, y con ésta serán tres.

—Tampoco a mí me gusta. Pero no puedo hacer nada.

Habían llegado a su taquilla y empezó a darle vueltas al dial de la combinación.

—Podrías fingirte enferma —sugirió Jim—. ¿Por qué no lo haces y consigues que te dejen sola en casa? Podría ir a visitarte mañana por la noche y...

—Sigue soñando, Macduff.

Lane abrió el armario, removió unos libros y cogió los que necesitaba para hacer los deberes. Después cerró la puerta metálica.

—Incluso aunque me quedara en casa, no se me permite recibir chicos cuando mis padres están fuera.

—¿Quién iba a enterarse?

—Yo me enteraría. De todas formas, vale más que lo olvides. Eso no va a ocurrir. —Echaron a andar pasillo adelante. Lane concedió—: Si prometes portarte como es debido, te llevaré a casa en coche.

—¿Qué me dices de esos zampatortas amigos tuyos, la Gorda y el Feo?

Lane le miró, furiosa, fruncido el entrecejo.

—No sé a quién te refieres.

—Lo sabes muy bien. Betty y Henry.

—¿Por qué los llamas así, eh? Son amigos míos.

—Dios sabe por qué.

—¿Andas buscando camorra?

—No, no. Sólo bromeaba. Son personas maravillosas. La sal de la tierra.

—Te convendría probar a ser un poco como Henry.

—Ujú.

Jim decoró su rostro con una sonrisa bobalicona y empezó a bambolear la cabeza.

—Para troncharse de risa —dijo Lane, pero no pudo evitar sonreír—. Basta. No está bien.

—Ujú, está bien.

—De todas maneras, la mamá de Betty venía a recogerlos a la salida del colegio para llevarlos a la clase de violín.

—De modo que iremos tú y yo solitos, ¿eh?

—Si consigues meter ese enorme cabezón en el coche.

—Nada me impide intentarlo.

Al final del pasillo, Jim mantuvo la puerta abierta para que pasara Lane. La muchacha salió del edificio y miró hacia la zona de aparcamiento de los estudiantes. Localizó su Mustang rojo.

Ni rastro de Riley Benson.

Después de lo ocurrido el lunes, tarde tras tarde había temido verlo sentado encima de la capota. Hasta ahora, no había vuelto a intentar nada. Aunque se cruzaron varias veces, Riley se limitó a dirigirles miradas de tipo duro y nada más.

Lane llegó a la conclusión de que debía de haber abandonado sus proyectos de venganza.

Tal vez Jessica se lo quitó de la cabeza.

“Ser amable con la gente compensa —pensó—. Especialmente con las personas que son uña y carne con alguien que quiere utilizarla a una como bayeta con la que fregar el suelo”.

Cuando Lane abrió la portezuela del automóvil, una oleada de aire caliente le dio en el rostro. Bajaron los cristales de todas las ventanillas. Lane cogió una toalla playera y cubrió el asiento con ella, para que la tapicería no le abrasara las piernas.

—¿No tienes otra para mí? —preguntó Jim.

—Tú no llevas falda.

—Tú, seguro que sí —dijo el chico, y se agachó como si pretendiera echar un vistazo a las bragas en el momento en que Lane subía al vehículo. Jim anunció—: De color rosa.

—Te equivocaste.

Lane encendió el motor. Se retorció para mirar por el retrovisor mientras daba marcha atrás y salía de la plaza de estacionamiento. Se dio cuenta de que la tela de la blusa se ceñía sobre sus pechos. Naturalmente, Jim los estaba contemplando.

—Si hacen juego con el sostén, son blancas —dijo.

—¿Piensas alguna vez en otra cosa que no sea el sexo? —sonrió Lane.

—Seguro. Algunas veces, para variar, pienso en el sexo. La muchacha meneó la cabeza, miró hacia adelante y condujo en dirección a la salida de la zona de aparcamiento.

—Debes de pasar mucho calor, con el sostén siempre puesto.

—¿Qué te hace pensar que siempre lo llevo puesto?

—Cada vez que te veo, lo llevas.

—¿Estás seguro?

—¿Te estás quedando conmigo? A un kilómetro de distancia puedo distinguir si una chavala lo lleva o no.

—¡Qué impresionante!

Con la esperanza de cambiar de tema de conversación, Lane preguntó:

—¿Cuánto tiempo va a estar tu coche fuera de la circulación?

—Lo tendré mañana a la puerta del taller. Quería que estuviese arreglado para que pudiéramos salir por la noche.

—Lo siento.

—Quizá llame a Candi.

—Lo sé, sólo era una broma.

Jim no dijo nada. Lane notó en su interior una sensación tensa y enfermiza. Mantuvo la vista fija en la carretera.

—No te importará, ¿verdad?

—Eres muy dueño.

Se daba perfecta cuenta de que Jim la estaba pinchando.

No tenía la menor intención de telefonear a Candi. Había roto con ella para empezar a salir con Lane. La amenaza de volver a salir con Candi no pasaba de ser una forma de castigo.

—Ya sabes lo que dice el refrán sobre lo del pájaro en mano... —dijo Jim.

—Un buen sistema para mancharse la mano.

—Por otra parte, es una chica que se muestra mucho más dispuesta a colaborar que algunas personas que podría citarte.

—Y probablemente tiene las enfermedades adecuadas para demostrarlo.

—Ooooh. Un golpe bajo.

—De todas formas, eres libre de sacarla a pasear. Se trata de tu vida.

Jim alargó la mano y la posó sobre la pierna de Lane.

—Sabes que no haría una cosa así.

—Sólo sé lo que tú me dices.

—Te echo de menos, eso es todo.

—Yo también. Pero no puedo hacer nada en lo que se refiere a este fin de semana.

—Sí, ya lo sé.

Le apretó la rodilla y luego desplazó la mano lentamente hacia el borde de la falda. Le acarició el muslo. Era estupendo.

—Preferiría que no me restregases a Candi por la cara cada vez que te sientes disgustado.

—¿Celosa?

—Supón que yo te amenazara con largarte para salir con Cliff Ryker.

—¿Con ese gilipuetas?

—¿Crees que te gustaría?

—No harías semejante cosa. No creo que te gustara ir en serio con él.

—Es bastante guaperas.

—No tanto como yo. —La mano de Jim se había deslizado ya por debajo de la falda. Lane la apartó—. Y tampoco es ningún caballero.

—¿Tú sí?

—Soy distinto a Cliff. Él no es la clase de tío que acepta un “no”. La primera vez que salieras con él, te metería mano a conciencia, hasta que no pudieras levantar cabeza. Si eso es lo que quieres, estoy dispuesto, de mil amores, a complacer tus deseos.

—Sal con Candi y jamás tendrás ocasión de ello.

—Hummmm. Me gusta eso. ¿Significa que, si no salgo con Candi, podré darme el lote contigo?

—Mientras hay vida, hay esperanza.

Lane detuvo el Mustang junto al bordillo, delante de la casa de Jim. Comprobó por el espejo retrovisor que no había nadie cerca. Se volvió hacia Jim. Le pasó la mano por la nuca.

—No te hagas ilusiones —dijo—. Sólo va a ser un rápido beso de despedida.

—¿Qué te parece si entras a tomar una Pepsi, o algo?

La chica denegó con la cabeza.

—Tengo que ir a casa. Mis padres me están esperando.

—¿Ni diez minutos? Eso no retrasaría gran cosa vuestro viaje. Diles que tuviste que quedarte un momento después de clase.

“Tuve que quedarme un momento después de clase —pensó Lane—. No sería ninguna mentira”.

—¿Está tu madre en casa?

Jim respondió agitando el pulgar por encima del hombro y señalando el Mazda detenido en el camino de acceso.

—Vale —accedió Lane—. Diez minutos, pero no más.

Separó la mano del cogote de Jim y se apeó del coche. Jim fue delante mientras caminaban por las losas que conducían al porche delantero. Abrió la puerta y se apartó para ceder el paso a Lane.

Reinaba el silencio en la casa, con la salvedad del runrún del sistema de aire acondicionado. La atmósfera era fresca.

Jim no voceó saludo alguno para anunciar su llegada.

—¿Seguro que está tu madre en casa? —preguntó preocupada Lane.

—Puede que esté durmiendo. O tomando un baño. ¿Quién sabe?

Entraron en la cocina. Lane se apoyó en el mostrador, mientras Jim sacaba un par de latas del frigorífico. El aire olía a fresco. La muchacha también notó frío en la piel. Un frío que se le acentuaba en la espalda, a causa de la humedad de la blusa.

Jim cogió los vasos, puso dentro unos cubitos de hielo y los llenó de soda.

Con un vaso en cada mano, llegó hasta Lane. La chica tendió la mano para coger el suyo. Pero, en vez de entregárselo, Jim pasó los brazos por un costado de Lane y dejó los vasos encima del mostrador. Rodeó a Lane con los brazos y tiró de ella hasta que sus cuerpos se rozaron.

—¿Y si entrase ahora tu madre? —susurró Lane, con la boca a dos dedos de los labios de Jim.

—No creo que lo haga.

Sacó el vuelo de la blusa de debajo de la cintura de la falda e introdujo las manos por allí.

Lane se dejó apretar contra él. Le besó.

“No debería estar haciendo esto”, se dijo.

Pero, de todas formas, antes había tenido intención de darle un beso de despedida. Y le encantaba el tacto de las manos del chico acariciándole la piel de la espalda. Y la presión del pecho masculino contra sus senos. Percibía el rumor de la respiración de Jim y los latidos de su propio corazón.

Jim empezó a forcejear con los broches del sostén. Lane apartó la boca.

—Oh, no, no lo hagas.

—Si no pasa nada.

—Sí que pasa.

De cualquier modo, Jim le desabrochó el sujetador. Lane notó que el sostén quedaba suelto.

Agarró los brazos de Jim y le obligó a bajados a lo largo de los costados.

—He dicho que no y es que no.

—Venga, ¿qué puede pasar?

—Puede aparecer tu madre, por ejemplo.

—Es posible que esté en el salón de belleza del pueblo —dijo Jim. Sonreía como si esperase que a Lane le hiciera gracia la noticia.

—El coche...

—Normalmente se va con Mary, la vecina de al lado. A las tres de la tarde de los viernes.

—¿Sabías que no estaba en casa?

Sin dejar de sonreír, Jim se encogió de hombros.

—Me mentiste.

—Una mentirijilla de nada.

—Terrorífico —murmuró Lane, y llevó las manos por debajo de la parte posterior de la blusa para abrocharse de nuevo el sostén.

—Venga, no hagas eso.

Jim alzó las manos hasta los pechos de Lane.

—¡Quieto, déjalo!

—Vamos, sé que te gusta.

—Ya te dije... —Consiguió enganchar uno de los corchetes. Jim seguía apretando, frotando, acariciándole las tetas. A ella le gustaba—. ¡Maldita sea, Jim! —Sin preocuparse del otro corchete, puso las manos por delante, empujó a Jim y le separó de sí—. Tengo que irme.

—No, no te vayas. Eh, venga.

—Esto es lo que me pasa por confiar en ti, ¿ves?

—Mira, siento haberte engañado en eso de que mi madre estaba en casa. ¿Vale? —Miró a Lane a los ojos y la retuvo suavemente por los hombros—. Me figuré que no ibas a querer entrar y... llevamos dos semanas sin pasar un rato juntos. Enloquezco de ganas de estar contigo. A veces, no puedo pensar más que en besarte y en lo estupendo que es tenerte abrazada. Sobre todo después de la última vez.

—Fue estupendo —evocó Lane.

Lane tenía la orden expresa de volver a casa a las once, así que se saltaron la segunda película del programa, salieron del cine y aparcaron en el desierto, fuera de la ciudad. Lane rechazó la sugerencia de Jim de pasar al asiento posterior del coche. Se quedaron delante y se retorcieron para, torpe e incómodamente, abrazarse y besarse. Fue maravilloso. A la luz de la luna, Lane se sintió audaz, romántica y sensual. La blusa se desprendió de su cuerpo fácilmente. Aunque se las arregló para que el sostén continuara en su sitio. A pesar de los ruegos e intentos de Jim para quitárselo. Y a pesar de sus propio deseo de desembarazarse de aquel engorro de prenda y sentir el contacto directo del chico sin aquella rígida capa de tela interponiéndose. Por último, ella dijo: “Casi es hora de marchar”. Jim no protestó, simplemente asintió con la cabeza, a la vez que murmuraba: “Supongo”. Lane se llevó las manos a la espalda y soltó el sujetador. Jim se quedó con la boca abierta y permaneció un buen rato mirando los pechos de Lane, antes de decidirse a tocarlos. Cuando por fin lo hizo, las manos le temblaban.

Apaciguada por los recuerdos de aquella noche, Lane se adelantó y pasó los brazos en torno a Jim. Le besó suavemente en la boca.

—Excusa aceptada —susurró—. Pero ahora tengo que irme. De verdad.

Las manos de Jim descendieron a lo largo de la espalda de la muchacha y le acariciaron las nalgas.

—¿Quieres una Pepsi?

—No tengo tiempo. Pero puedes acompañarme hasta el coche.

Jim la apretó contra sí y la besó con apasionada intensidad. Luego se retiró.

—Temo que tendré que esperar hasta el viernes que viene, ¿verdad?

—Llegaré.

—Pero se me va a hacer larguísimo.

—Te echaré de menos.

—Y yo más.

—Ni hablar.

—Sí, yo más.

—¿Quieres que nos peleemos por eso?

—Sí —accedió Jim—, una lucha a brazo partido.

—Vaya, te gustaría, ¿eh?

—Y a ti.

—Puede.

Cogidos de la mano, anduvieron hacia la puerta.

Capítulo 13

De pie en la entrada del camino de accesos, Larry agitó el brazo para despedir a Jean y Lane, mientras el automóvil se alejaba por la carretera. Le resultaba extraño, quedarse.

Sabía que las iba a echar en falta. Diablos, ya las estaba echando en falta.

Por otra parte, más bien le encantaba la perspectiva de pasar el fin de semana por su cuenta, a solas. Podía hacer lo que le viniese en gana, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Libertad.

Se sintió como un crío al que han dejado en casa solo, sin padres ni niñera.

El coche desapareció al doblar la esquina. Larry se dispuso a regresar a la casa y entonces alzó la mano para saludar a Bárbara, que bajaba los peldaños de la escalera de entrada a la vivienda de al lado. La mujer llevaba un bolso junto a la cadera. Larry supuso que iría a cumplir algún recado.

—De modo que se han ido sin ti.

—Pues, sí.

—Jean me contó lo de ese original. —Bárbara se detuvo junto a su automóvil, en el paseo—. A mí me parece una faena horrible.

—Me ha proporcionado una excusa magnífica para quedarme—sonrió Larry.

—Si no te abruma el trabajo, ¿por qué no vienes a cenar? Pondremos unos buenos filetes en la barbacoa.

—Es una señora tentación.

—Bueno. Te dejas caer hacia las cinco, ¿de acuerdo?

—Ahí estaré.

Bárbara subió al vehículo y Larry regresó hacia la casa.

“Las cosas se están animando”, pensó.

En el estudio, echó una mirada al manuscrito víctima de la escabechina y comprendió que en aquel momento no tenía el talante adecuado para emprenderla con él. Ya se las había entendido con más de cien páginas, tachando las equivocadas modificaciones del corrector y sustituyéndolas con notas escritas a mano, acordes con el texto impreso originalmente. Ya era suficiente para una jornada de trabajo.

Se acomodó en la sala de estar, con una cerveza y la novela de Shaun Hutson que había empezado a leer por la mañana. Pero, aunque sus ojos pasaban por las palabras, el cerebro resbalaba sin enterarse de la trama del relato. Trató de imaginar qué dirían los familiares de Jean cuando se enterasen de que él se había quedado en casa; luego se preguntó qué debería ponerse para ir a casa de Pete y Bárbara, y después pensó en qué tal sería pasarse todo el día siguiente trabajándose ideas para *La caja*.

No tardó en sumirse en especulaciones acerca de la radiogramola de la arroyada. Se preguntó cuánto pesaría. ¿Podrían levantarla dos hombres? En su obra, habrían de trasladarla hasta la furgoneta. ¿Sería posible?

¿Podían echar una mano las mujeres? Mi protagonista es soltero. Pero puede acompañarle una novia.

Ocupado aún con sus pensamientos, Larry dejó el libro a un lado. Apuró la cerveza, se encaminó distraídamente al dormitorio y se desvistió.

Una de las chicas se cae mientras arrastran la gramola talud arriba. Bueno. Es un presagio anunciador de que la caja va a ocasionar problemas.

En el cuarto de baño, abrió la ducha y se colocó debajo de la percutiente rociada.

La muchacha resbala por el terraplén, piensa mientras empieza a enjabonarse. Recibe unos cuantos golpes y se queda más o menos como Bárbara en el hotel.

Recordó el aspecto que presentaba Bárbara, de pie en el umbral. Los rasguños de las piernas y del vientre.

La imagen despertó cierto agradable calorcillo en su entrepierna. Que se enfrió automáticamente al verse a sí mismo arrodillado bajo la escalera, con los ojos fijos en el apergaminado cadáver.

¡Dios, deseaba no haber contemplado aquello!

Parecía estar siempre con él. Expectante. Como una especie de espectro al acecho en un armario oscuro de su cabeza y que de vez en cuando abría la puerta para que le echase un vistazo.

Tan espantoso y repulsivo. Pero fascinante, también.

Al tiempo que se secaba el pelo, la mente de Larry dio un repaso a las preguntas de rigor. ¿Quién era la muerta?

¿Quién le hundió la estaca en el pecho? La persona que puso el candado nuevo en la puerta del hotel, ¿conocía la presencia del cadáver allí? Aquella chica, ¿sería realmente una vampira? ¿Que podía suceder si alguien le arrancase la estaca?

No se le ocurrió ninguna respuesta.

Se dijo, como de costumbre, que no deseaba tener respuestas. Sólo quería olvidar el asunto.

“Tal vez deberíamos dar parte”, pensó. Se había opuesto a la idea de informar a las autoridades. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que hubiera sido lo mejor. Un telefonazo a los polizontes les habría librado de toda responsabilidad. Era como pasar el testigo.

Nosotros corrimos nuestro relevo, ahora les toca a ustedes.

Parte del problema, comprendió, consistía en la carga que representaba saber lo que se ocultaba en aquel hotel.

Somos los que estamos enterados de la existencia del cuerpo.

Pero no hemos hecho nada respecto a ello.

Comprobar la frase siguiente

Sí que ese maldito cadáver es algo más que un recuerdo espeluznante, es un asunto inacabado.

Según los psiquiatras, lo que llena tu cabeza de confusión, más que ninguna otra cosa, es la cuestión de que se trata de un asunto inacabado.

“Tal vez lo que necesitamos es solucionarlo —se dijo Larry—. Empezar alguna acción para quitárnoslo de encima”.

—Subamos al coche y vayamos a ver —dijo Pete. Larry tuvo la sensación de haberse quedado sin aliento.

—Bromeas —dijo.

—Se te han aflojado los tornillos —añadió Bárbara.

—Un momento, si Larry va a escribir una novela sobre esa gramola, tiene que ir allí. Es más, yo debo ir. Larry puede observar los progresos que voy haciendo en la reparación del artefacto y ordenar los detalles como mandan los cánones. ¿Sabes? No hay nada como tener una experiencia de primera mano para escribir un libro...

—Verosimilitud —dijo Larry.

—Sí, eso es.

—¿A quién se lo dices?

Larry tomó un sorbo de tónica con vodka y meneó la cabeza. Ojalá no hubiera tenido la malhadada idea de sacar a relucir *La caja*. Normalmente, no trataba con nadie acerca de las obras que estaba escribiendo. Pero Pete y Bárbara eran parte integrante de aquella futura novela. Ellos fueron quienes encontraron la radiogramola. El deseo de Pete de llevarla a casa había sido la verdadera inspiración. La historia había venido rodada a partir de ahí.

Debería haber conservado cerrada la boca.

Lo último que deseaba era volver a Llano de la Artemisa.

Pete se levantó de la silla de jardín y fue a comprobar la barbacoa. Las llamas se habían apagado, pero, desde el punto donde se encontraba, Larry podía asegurar que las briquetas estaban al rojo. Subían vaporosas nubes de aire caliente.

—Faltan diez o quince minutos —declaró Pete. Se volvió hacia Bárbara, enarcada una ceja—. ¿No tienes que ir adentro a hacer algo?

—¿Pretendes desembarazarte de mí?

—Sólo intento ser útil. Vamos a necesitar esos champiñones salteados, es el acompañamiento de los filetes.

—Eso está hecho en cinco minutos —repuso Bárbara—. Los prepararé cuando sirvas la carne.

“Muy bien”, pensó Larry. No estaba deseando precisamente que Bárbara se alejase. No sólo porque era la mejor defensa contra las delirantes prisas que le habían entrado a Pete por ir a recoger la gramola, sino también porque mirar a Bárbara era una delicia.

Estaba sentada en un sofá, frente a él, con las piernas estiradas encima de los cojines. Las piernas, largas y bien torneadas, ofrecían una vista maravillosa, a pesar de las zonas lastimadas. Llevaba unos pantalones cortos de color rojo y una sencilla camiseta de manga corta. Ésta caía blandamente sobre el liso vientre y los pechos. El tejido era lo bastante sutil como para que se apreciara el tono rosado de la piel que cubría, los puntos más oscuros de las contusiones y arañazos de encima del talle y la blancura del sujetador.

Observó el modo en que se movían los músculos cuando Bárbara se erguía en el asiento para tomar un sorbo de su combinado, se echaba de nuevo hacia atrás y dejaba el vaso en el disco húmedo que tenía a su izquierda, inmediatamente debajo de la pernera de sus pantalones cortos.

—No quieres volver allí, ¿verdad? —preguntó a Larry.

—En absoluto.

—No tenía yo esa idea.

—De todas formas, pesa demasiado para que pudiéramos trasladada entre los dos — le dijo a Pete, refiriéndose a la radiogramola.

—Bárbara nos acompañaría y nos echaría una mano. ¿Verdad que sí, cariño?

—Ni lo sueñes.

—Sólo está un poco asustada por la vampira.

—Ya lo sabes. Además, no necesitamos ese armatoste estorbando en el garaje. Ya está bastante lleno y desordenado.

—Sería formidable para el libro de Larry. Podría acercarse a echarle un vistazo cada vez que anduviera escaso de inspiración. —Miró a Larry y añadió—: Y podemos tomar fotografías. ¿Sabes? Una imagen de la radiogramola, tal como está, sería algo tremendo como ilustración para la cubierta.

—Sí, resultaría bastante estupendo —reconoció Larry.

—¡Vaya! Sólo falta que le animes.

Larry sonrió.

—No tengo intención de volver a aquel pueblo.

—También la vampira te ha metido el miedo en el cuerpo, ¿eh? —dijo Pete—. Eh, no te va a pasar nada. Al menos, mientras tenga esa estaca hundida en el corazón.

—No tengo miedo a ninguna “vampira” —le replicó Larry—. No creo que sea una vampira. Pero los fiambres sí que me ponen la carne de gallina.

—Ésa es buena, viniendo de ti.

—A mí me asusta mi propia sombra, hombre. Por eso se me da tan bien escribir los libros referentes a estos temas y te diré otra cosa: Llano de la Artemisa me resulta bastante más aterrador que mi sombra. Comparada con ese pueblo, mi sombra es palidez pura.

Bárbara celebró el retruécano con una risita.

—Incluso aunque no hubiese ningún cadáver debajo de la escalera, seguiría sin tener malditas las ganas de acercarme a esa ciudad. El mero hecho de que esté abandonada basta para que me produzca escalofríos. Hay algo básicamente aterrador en un lugar donde se supone que debe haber gente, pero donde no hay un alma. Una población abandonada, un edificio de oficinas por la noche...

—Eso es realmente cierto, ¿sabes? —intervino Bárbara—. Como un hotel a altas horas de la noche, cuando todo el mundo duerme.

—O un colegio —añadió Larry—. O una iglesia.

—Sí. —Bárbara abrió mucho los ojos—. Las iglesias son sitios verdaderamente tétricos cuando no hay nadie en ellas. Cuando estaba en el instituto, solía ir al coro a ensayar. Nos encontrábamos los miércoles a las ocho de la tarde. —Se inclinó hacia adelante y miró a Larry—. Una noche... Dios santo, se me pone la carne de gallina sólo al pensar en ello. —Cuadró los hombros y se apretó los brazos contra los costados—. Una noche, habían suspendido el ensayo, pero yo lo ignoraba. Me parece que habíamos estado fuera de la ciudad.

»Sea como fuere, la verdad es que el director del coro se puso enfermo y todos lo sabían menos yo. Así que mi padre me dejó en el aparcamiento y siguió su camino.

—¿Tomas nota, Lar? Puede serte útil.

—Hasta ahora parece prometedor.

Se dio cuenta de que experimentaba cierto ligero estremecimiento, como si el miedo de Bárbara fuese contagioso.

—Había luz en el recinto porticado de la entrada. Pero la escalera que conducía al coro estaba a oscuras. De todas formas, subí. Imaginé, simplemente, que había llegado la primera. La galería del coro también estaba a oscuras.

—¿Por qué no encendiste la luz? —preguntó Pete.

—No lo sé. Supongo que porque no me atrevía a andar manipulando los interruptores. Pero también temía que alguien pudiese... Bueno, encender las luces era, ya sabes, como revelar que me encontraba allí. Estiró los labios, dejando al descubierto la dentadura.

—Ésa es la cuestión —dijo Larry—. Cuando un lugar parece estar vacío, uno teme no encontrarse realmente solo.

—Así es. Exacto. Porque una no puede ver qué hay allí. Dios, me dio entonces por pensar que alguien rondaba por aquel sitio, que se me acercaba furtivamente. Hasta llegué a creer que alguien subía a hurtadillas por la escalera.

Bárbara aún tenía el vaso en la mano derecha, sobre el regazo. La otra mano la cruzaba por delante del pecho para frotarse el brazo contrario, como si deseara poner un poco de cálida tranquilidad para eliminar la carne de gallina. Larry observó que también los muslos tenían carne de gallina. Y aunque llevaba sujetador, al parecer la tela del mismo era tenue y estaba tensa. Los pezones formaban pequeños puntos al resaltar en la pechera de la camiseta.

“Tendré que acordarme de eso —pensó Larry—. Cuando una mujer tiene carne de gallina, los pezones se le endurecen”. El miedo los pone erectos.

¿O es que la mujer se excita?.

¿La excita el miedo?

Bárbara seguía con las cejas en arcadas, sin dejar de frotarse el brazo. Parecía perdida en la evocación de aquella noche.

—Bueno, ¿qué ocurrió? —preguntó Pete.

La mujer sacudió la cabeza.

—Nada.

—¡Ah, qué gran historia! —se burló Pete.

—Aguardé allí cosa de quince minutos. Estaba tan asustada que casi no era capaz de moverme. Miré la nave de la iglesia, el púlpito y todo y creí que había alguien abajo, en la oscuridad. Ya sabes, alguien consciente de mi presencia. Alguien que me observaba.

—Que iba a por ti —añadió Pete.

—Exactamente.

—“Vienen a por ti” —dijo Pete, imitando la voz del hermano espasmódico en la escena del cementerio de *La noche de los muertos vivientes*—. “Vienen a por ti”.

—Déjalo, ¿quieres?

—¿No apareció nadie? —inquirió Larry.

Bárbara negó con la cabeza.

—Al final, reaccioné. En la vida me he alegrado tanto de salir de un sitio.

—¿Ni cuando te viste fuera de aquel agujero del rellano del hotel de Llano de la Artemisa? —quiso saber Pete.

—Aquello fue distinto. Era dolor físico. No es lo mismo que tener dentro un susto de muerte.

—De modo que, por último, saliste disparada de la iglesia —articuló Larry.

—Desde luego. Ni siquiera me detuve a coger el teléfono y llamar a casa. Esperé en el aparcamiento hasta que mi padre pasara a recogerme, a la hora de costumbre.

—¿Y ya está? —preguntó Pete.

—¿Te parece poco? Después de eso, me borré del coro. Por nada del mundo estaba dispuesta a entrar de nuevo en la iglesia después de que oscureciese.

—Una actitud muy drástica, teniendo en cuenta que no sucedió nada.

—Eso de que no sucedió nada, tampoco es exacto —señaló Larry.

—Tienes razón. Con todos los años que han pasado, aún siento escalofríos cada vez que recuerdo aquella noche.

—No es gran cosa como historia —dictaminó Pete.

—Como situación, como escena, es más que interesante —repuso Larry.

—¿Crees que puedes aprovecharla? —interrogó Pete.

—Ya entiendo —sonrió Bárbara—. Lo más probable es que la conviertas en el episodio de un maníaco homicida que me perseguirá con saña entre los bancos del templo.

—Algo por el estilo. Tal vez Jesucristo baje de la cruz y acose al individuo a lo largo y ancho de la iglesia.

—¡Oh, por favor!

Pete se echó a reír.

—Eh, le perseguirá con un clavo en cada mano.

—¡Hombres!

—Muy bueno —aprobó Larry—. A la mañana siguiente, se presenta el sacerdote y se encuentra con que quien está en la cruz es ella.

—Dios te castigará por esa irreverencia —avisó Bárbara.

—Es más que probable.

—Será mejor que sirvamos los filetes —dijo Pete—. Hay que darle de comer antes de que caiga un rayo del cielo y lo achicharre vivo.

Después de cenar, Pete salió con su sorpresa: una bolsa de plástico que contenía tres cintas de vídeo.

—Pensé que podíamos disfrutar de una maratón cinematográfica, a menos que tengas prisa por volver a tu casa.

Con tres tónicas con vodka en el estómago, aparte las dos cervezas que consumió durante la cena, Larry sabía que no estaba en condiciones ni de escribir ni de hacer correcciones en el original que le habían enviado. Ni siquiera de enfrascarse en la novela de Hutson.

Tampoco le seducía mucho estar solo en casa.

—No me parece mal —dijo—. Veamos qué tenemos aquí. Examinó las cintas a través de los estuches de plástico transparente: Cameron's Closet [El armario de Cameron], Ellood Frenzy [Arrebato sangriento] y Floater [Flotador].

—Barb me telefoneó a la tienda —explicó Pete—, y las recogí al volver a casa.

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¡Ah!, ésta será estupenda —dijo Larry.

—Seguro que estarás eufórico —dijo Bárbara—, cuando suene la hora de regresar a casita.

—Si te alucinas, puedes pasar aquí la noche.

—Supongo que podré resistirlo.

Empezaron con *Elood Frenzy*. Pete acomodado en un sillón anatómico, junto al sofá. Larry ocupaba uno de los extremos del sofá y Bárbara el otro. Al cabo de un rato, la muchacha puso un cojín encima de la mesita de café y apoyó los pies en él.

Cuando se acabó la película, Pete preparó palomitas de maíz. Bárbara desapareció durante unos minutos. Volvió cubierta por una bata azul que le llegaba a las rodillas. Llenó sendos vasos de Pepsi para el trío. Pete distribuyó las palomitas en tres tazones.

Antes de arrellanarse de nuevo en el sofá, Bárbara apagó todas las luces.

Masticaron palomitas, bebieron el refresco y contemplaron *Cameron 's Closet* en una sala a oscuras, a excepción del resplandor de la pantalla del televisor.

De vez en cuando, Larry dirigía una ojeada a Bárbara. La mujer tenía la espalda hundida en el respaldo del sofá, el tazón de palomitas de maíz en la falda y los pies descansando en el cojín que anteriormente había colocado encima de la mesita de café. Cuando se revolvió hacia un lado para dejar el tazón vacío en la mesita de la lámpara, la falda se deslizó de la pierna izquierda. Bárbara llevaba un diáfano camisón de color rosa. Más corto que la bata. Apenas le cubría la parte superior de las caderas. Dejó escapar un leve gemido de fastidio al tiempo que recogía el trozo de bata caído y volvía a ponerlo en su sitio, sobre el muslo.

“No cabe duda de que esto es infinitamente mejor que estar en casa”, pensó Larry”.

Al cabo de unos minutos, Bárbara quitó el cojín de debajo de sus pies.

Tras apoyarlo en el brazo del sofá, la mujer se dio media vuelta y puso las piernas sobre el asiento del diván. Se tendió de costado, con la cabeza apoyada en el cojín.

—Avísame si te doy alguna patada —dijo.

—Tal vez deba apartarme de tu camino.

—No, no, estás bien ahí.

Pete volvió la cabeza.

—¡Oh, venga! Por el amor de Dios, Barb, siéntate. No aguantarás ni cinco minutos.

—Me mantendré despierta.

—No aguantarás. Te lo advierto, no pienso rebobinar la cinta. Si te duermes, mala suerte para ti.

—No vaya dormirme.

—Célebres últimas palabras —dijo Peter—. Lar, si la pescas con los ojos cerrados, pínchala.

—No te atrevas.

Se introdujo la bata entre las piernas, por la parte posterior, como si pretendiera evitar así que Larry llevase la mano hasta allí para pincharla.

La clase de cosa que Jean podía hacer.

El recato y el aviso desenfadado sugerían una intimidad que era al mismo tiempo reconfortante y excitante.

Pete utilizó el mando a distancia para rebobinar los pocos segundos de película que se había perdido durante su quejosa recriminación a Bárbara.

La muchacha tardó algo más de cinco minutos, pero sin llegar a diez. Larry comprendió que se había dormido cuando, al estirar las piernas, uno de los descalzos pies de Bárbara se le apoyó a él en uno de los muslos. El contacto lanzó una cálida corriente por todo el cuerpo de Larry.

Aguardó un momento, disfrutando de la situación. Pero también se sentía culpable.

—Pete —dijo al final—. Se ha quedado frita.

—¡Barrrrrbara!

La muchacha dio un respingo y levantó la cabeza del cojín.

—¿Qué pasa? Estoy bien.

—Te quedaste dormida.

—No, nada de eso. Estoy bien.

Descansó nuevamente la cabeza en el almohadón. Se le cerraron los párpados.

—Olvidalo —dijo Pete—. Si quiere, puede verla mañana por la mañana.

—Estoy viéndola —murmuró Bárbara.

Larry intentó concentrarse en la película. Pero el pie derecho de la muchacha se lo ponía difícil. Lo mismo que el escote de la bata, que se había abierto y dejaba a la vista, a través del transparente tejido rosado del camisón, una parte generosa del seno derecho. Las imágenes de la pantalla del televisor estaban bien, pero las subrepticias ojeadas eran mucho más seductoras. A veces, el pie se frotaba contra él.

Faltaba poco para que concluyera la película cuando Bárbara estiró la pierna izquierda. El pie pasó por encima del muslo y quedó apoyado en el regazo de Larry. La presión allí le puso violento. Pasó la mano alrededor del tobillo de Bárbara y, con cuidado, trasladó el pie hasta colocarlo junto al otro.

—Uh... —gimió ella—. Lo siento. ¿Te di una patada?

—Todo va bien.

Pete volvió la cabeza, fruncido el entrecejo.

—¡Por Cristo, Bárbara, nos estás jodiendo la película! ¿Por qué no te vas a la cama?

—Sí, tal vez sea lo mejor.

“¡Mierda!”, pensó Larry.

Bárbara se incorporó trabajosamente y, medio tambaleante, se puso en pie.

—Buenas noches, chicos. Perdona si te he dado algún golpe sin querer, Larry.

—No te preocupes. Muchas gracias por la cena y todo lo demás.

—Me alegro de que pudieras venir. Hasta luego.

Rodeó la mesita de café. La vista de Larry pudo atravesar la bata cuando la mujer pasó por delante de él. Los pechos de Bárbara oscilaron levemente cuando se agachó para dar a Pete un beso de buenas noches. Luego, se retiró.

Sin ella, la habitación pareció quedarse vacía.

Durante los momentos finales de *Cameron's Closet*, Larry oyó el ruido del agua de la cisterna del retrete.

Pete sacó la cinta del interior del vídeo. Sonrió por encima del hombro.'

—Al fin libre, al fin libre —dijo—. Gracias a Dios todo poderoso, al fin libre.

—Si quieres irte a la cama...

—¿Estás de coña? —Metió en el vídeo la cinta de *Floater* y apretó el botón para que empezara la película—. En seguida vuelvo.

Salió apresuradamente.

Cuando volvió, todavía estaba en la pantalla la advertencia sobre la prohibición de pasar públicamente el vídeo y todo eso. Llevaba una botella de whiskey irlandés en una mano y dos vasos en la otra.

—La hora de la fiesta —dijo.

—Mañana voy a estar hecho unos zorros.

—Los gatos se han ido. ¡A vivir!

Estuvieron mirando la cinta hasta que se vaciaron los vasos. Pete los llenó otra vez y luego pulsó el botón de Stop en el mando a distancia. En la pantalla del televisor dejaron de aparecer las imágenes de la película de terror, sustituidas por las de un filme en blanco y negro, de John Wayne. Larry lo reconoció al instante: *Arenas sangrientas*.

—¿Por qué tuviste que quitarla? —preguntó. Una sonrisa dilató las comisuras de la boca de Pete.

Capítulo 14

—¿Nos lanzamos a una pequeña excursión?

—¿Qué quieres decir?

—Llano de la Artemisa.

—¿Vas de gracioso?

—¿Quién puede impedirnoslo?

—No quiero ir allí.

Pete dejó caer la mano, en plan de cachete, sobre la rodilla de Larry. Un brillo pícaro fulguraba en sus pupilas, pero no sonreía. Parecía un chiquillo con bigote, algunas canas y grandes planes para correrse una juerga por todo lo alto.

—Cogemos la furgoneta. Nos llegamos allí, cargamos la gramola y volvemos. En total, dos o tres horas. Barb está como un tronco. Ni se enterará.

—Lo sabrá en cuanto vea el armatoste en vuestro garaje.

—Muy bien, entonces lo dejaremos en tu casa. ¿Qué dices, Lar?

—Creo que es un disparate.

—Eh, hombre, una aventura. Será algo fantástico. Puedes utilizarlo en el libro. Ya sabes, cuentas la correría de dos individuos que se deslizan subrepticamente en plena noche para apoderarse de ese cacharro. Puedes relatarlo exactamente tal como se desarrolle, ¿sabes? No tendrás que estrujarte la imaginación para nada.

—Es una locura.

—¿No quieres la caja?

—Hasta ese extremo, no.

—¿Qué me dices de una foto para ilustrar la cubierta del libro?

—Bueno, eso sería formidable, pero...

—Entonces me llevaré la cámara. Quizá no podamos cargar con la gramola, ¿sabes? Tal vez ni siquiera consigamos levantarla del suelo. Pero, al menos, tendremos algunas fotos.

—Eso podríamos hacerlo durante el día.

—Ya sabes el follón que me armaría Bárbara. Me echaría encima una bronca de mil pares de demonios. ¿Qué te parece?

—¿De verdad quieres ir ahora?

El reloj digital del vídeo indicaba las 12:05.

—No hay mejor tiempo que el presente. Una operación nocturna.

La idea aterraba a Larry. Pero también le excitaba. Notó una vibración que parecía zumbar a través de su sistema nervioso.

“La última vez que hiciste algo realmente arriesgado —se preguntó—, ¿cuándo fue?”

Si te acojonas, te arrepentirás. Y Pete te va a considerar un bragazas.

Una aventura auténtica.

—Como Tom y Huck —dijo.

—¿Cómo?

—Tom Sawyer se escapaba por la ventana, entrada la noche, para ir al cementerio con Huck Finn y con el gato encargado de pasar por la tumba de un difunto y llevarse las verrugas de uno. Siempre soñé con hacer algo parecido.

—¿Tienes verrugas, tú?

—Vamos a buscarlas.

Sonriente, Pete volvió a llenar los vasos.

—¡De fábula!

Entrechocaron los vasos a modo de brindis y bebieron.

Pete se llevó el vaso consigo. Encendió la lámpara situada al otro lado del brazo del sofá. Luego sacó la cinta del vídeo, apagó la televisión y salió de la estancia. Larry sorbió su whiskey mientras esperaba. El alcohol puso calor en su cuerpo pero no atenuó el rasgueo de las vibraciones.

A su regreso, Pete llevaba puesto un cinturón canana. Con el 357 en la pistolera adosada a la pierna derecha. Colgada del cuello iba su cámara con el correspondiente flash.

—Eché un vistazo a la alcoba —dijo en voz baja—. Bárbara se ha apagado como una bombilla.

Pete apuró el contenido de su vaso. Puso el tapón en la botella de whiskey y se la tendió a Larry.

—Vale más que guardes tú el agua de fuego.

—No deberíamos llevárnosla.

—Al diablo. ¿Quién lo va a saber?

—Si nos paran...

—No nos pararán. Tranquilo, vivirás más.

Se encaminaron hacia la puerta. Pete apagó la luz. Salieron. De pie, bajo la claridad de la lámpara del porche, Pete cerró con llave la puerta de la calle.

Larry se estremeció y se apretó el pecho con las manos mientras corría hacia la furgoneta, estacionada junto al bordillo. Pensó en pasar por su casa para coger una chaqueta. Pero Pete tampoco iba abrigado. Sólo vestía un polo de punto, de manga corta, y unos vaqueros azules.

“Si él puede ir a cuerpo gentil, yo también”, se dijo Larry. Además, en la furgoneta se encontrarían estupendamente. La temperatura del vehículo era cálida. Debía de estar como un horno antes de que se pusiera el sol y aún conservaba bastante de ese calor. Larry se acomodó en el asiento contiguo al del conductor y dejó escapar un suspiro.

—Pásamela.

Tendió la botella a Pete, que tomó un trago y se la devolvió. Larry también sorbió un poco.

—¿Estás en condiciones de conducir? —preguntó.

—¿Bromeas? Si apenas he probado el matarratas.

“Sí —pensó Larry—. Estoy un poco colocado, desde luego. Pero no es el prive. Se trata de un ataque de anticuada excitación. Tal vez mezclada con algo de miedo”.

Pete puso en marcha la furgoneta. Mantuvo apagados los faros durante un trecho. Los encendió tras doblar la primera esquina. Horadaron la noche.

—Eh, esto es formidable, ¿lo sabías?

—¿Crees que eres capaz de encontrar el pueblo?

—No temas.

—Pero no nos acercaremos al hotel, ¿de acuerdo?

—Si tú lo dices. —Pete condujo en silencio durante varios minutos. Cuando estaban en el paseo de la Ribera, miró a Larry y dijo—: Hay una cosa que no entiendo. ¿Cómo te ha dado por escribir acerca de la radiogramola en vez de centrarte en la vampira?

—Los libros sobre vampiros están a diez centavos la docena.

—Los auténticos, no. No me interpretes mal, tu historia con la gramola como protagonista me parece un hallazgo magnífico. Pero creo que el relato auténtico acerca de cómo encontraste un vampiro femenino en una ciudad fantasma sería... diferente, ¿sabes?

—Diferente, faltaría más.

—¿Te acuerdas de esa película titulada *Terror en Amityville*? Se suponía que era una historia real.

—Se suponía —confirmó Larry—. Pero tengo entendido que todo fue un invento.

—Quizá, sí, quizá, no. La cuestión es que afirmaron que era verídico. Y ahí estuvo el éxito. A no ser por esa garantía, hubiese sido una película más de casa encantada. Se supone que uno había de pensar que aquello sucedió realmente, ¿no?

—Exacto.

—Estaba basado en un libro, ¿verdad?

—Sí. Y el libro se lanzó como género no novelesco.

—¿Y se vendió?

—¿Te burlas? Una tonelada de ejemplares.

—¿Qué te impide, pues, escribir ese asunto de la vampira como literatura no novelesca? Sacar un libro para las listas de los más vendidos y que te compren los derechos para hacer una película. ¡Presto! Ser rico y famoso.

—¡Mierda!

—¿Qué significa eso de mierda? ¿Tienes algo en contra del dinero?

—Las cosas me van bastante bien.

—Seguro que te las bandeas de maravilla. ¿Pero cuántos *best-sellers* has escrito?

—Uno puede ir tirando estupendamente sin necesidad de que sus títulos figuren en las listas de los veinte o los cuarenta principales. Esos autores de las listas están ganando millones.

Pete dejó escapar un silbido.

—¿Tanto?

—Claro. Algunos de esos muchachos cobran de entrada, como adelanto, un par de millones. O más. Y luego tienen los derechos de las ediciones en rústica, de traducción, de la versión cinematográfica, de las videocintas...

—¡Cristo! ¿Y eso no despierta tu interés?

—No he dicho que no me interese. Lo que pasa es que no quiero liarme con ningún vampiro.

—Eh, no nos equivoquemos en eso. Esa criatura no es ninguna vampira. Sólo es una gachí con una estaca clavada en el pecho. Pero no sabemos más. No estamos seguros de nada. Como tampoco lo saben los lectores. Eso es cosa del desarrollo de la trama. Aguarda

al final y entonces le quitas la estaca. Eso puede ser algo así como el meollo del último capítulo, ¿no te parece? Retiras la estaca de su pecho y ves lo que sucede.

—No sé, no sé.

Dejaron atrás las luces de Recodo de la Cabeza de Mula.

Pete abandonó la calle Mayor y se dirigió hacia el oeste, a través del desierto. Se acabaron las farolas. Los rayos luminosos de los faros del vehículo abrieron amplias y brillantes sendas de claridad en la calzada por delante de Pete y Larry. La luna lanzaba un tenue resplandor sobre el yermo paisaje de peñascos, matorrales y cactus, así como sobre las dentadas cumbres de las montañas que se alzaban a lo lejos. Era un panorama de aspecto frío y triste. A Larry le entraron de pronto ganas de volver.

Mal asunto, atravesar aquel erial, en busca de una radiogramola.

Pero tal opinión no la compartía, de ningún modo, Pete.

—En realidad, ¿qué estamos haciendo? —le preguntó Larry.

—Lo que hemos proyectado. Vamos a traerla la gramola. O vamos a hacerle unas fotos, si no tenemos fuerzas para levantarla del suelo.

—¿Y qué pasa con el asunto de la vampira?

—Sólo era un comentario. Eh, ¿a ti no te gusta la idea?, pues, estupendo. No pienso obligarte a hacer algo que vaya en contra de tus principios. Pero, Jesús, ¿por qué dejar pasar la ocasión de ganarse un millón de pavos?

—Esa criatura me asusta.

—Ahí está el quid. —Pete alargó la mano, le cogió a Larry la botella, bebió un trago y se la devolvió—. La cuestión es que te dedicas al negocio de asustar a la gente. ¿No es eso?

—Asustar a la gente con relatos de ficción. No con cosas reales. La gente que quiera terror auténtico, puede ver los espacios informativos de la tele.

—Esto no sería radicalmente distinto de tus novelas. Eh, estamos hablando de vampiros, no de homicidios ni de guerra nuclear. La única diferencia es que se trataría de una historia verídica. Y se amolda perfectamente a tu imagen, ¿sabes? Es la clase de cosa que haría que se les cayera la baba de gusto a los publicitarios. Escucha esto: “Famoso autor de novelas de terror descubre una mujer vampiro durante una excursión de fin de semana”. Es sensacional. Saldrías por la tele. Y, aquí viene lo mejor, podrías llevarla contigo.

—¡Oh, maravilloso!

—No tienes más que dejarles que prueben a pedirte que te encargues de todo el asunto.

—Formidable. Ya me tienes llevando un cadáver de un estudio a otro, por el circuito de programas televisivos de música y entrevistas.

—Estamos hablando de un millón de machacantes, Lar. Estoy seguro de que lo harías.

—Estás invitado a la fiesta.

—No sé escribir. Y tú tienes... —Volvió la cabeza bruscamente—. ¡Ya está! Seré el personaje principal. Y tú puedes ser el cronista que se encargue de contarlos por escrito.

—Tu Watson, tu Boswell.

—Sí, lo que sea. Dios, daría cualquier cosa por tener aquí una grabadora. Deberíamos poner todo esto en una cinta, con vistas al libro.

—Hablas en serio, por lo que veo.

—Completamente en serio. ¿Puedes retener en la memoria todo esto? Rayos, será cuestión de dejar la bebida.

—Exacto. —Larry tomó otro trago.

—Me estoy dando cuenta de que va a ser un libro importante. Y una película importante. Es sensacional.

—Tiene posibilidades —reconoció Larry.

—¿Posibilidades? Será un bombazo.

—Pero necesito un argumento.

—Eh, hombre, estamos viviendo ese argumento ahora mismo. Empiezas con el sábado pasado, cuando encontramos la cosa. Escribe simplemente lo que sucedió, tal como sucedió. Eso merece unos cuantos capítulos. Luego pasas a esta noche. Explicas que partimos en busca de la radiogramola, pero que durante el camino te convencí para que, en vez del aparato, nos llevásemos a la mujer vampiro.

—Eso cubrirá unas cincuenta páginas —calculó Larry—. Y luego, ¿qué?

—Cuentas las cosas del modo en que vayan sucediendo. Describe nuestra entrada en el hotel, las circunstancias en que cogimos el cadáver, lo cargamos en la furgoneta y nos lo llevamos a casa.

—¿A casa de quién?

—¿Dispones de algún escondrijo?

—Ninguno que Jean no sepa encontrar. Aparte de que no es propio de mí tener secretos para ella.

—¿Cómo crees que reaccionaría?

—¿Al enterarse de que guardamos un fiambre en casa?

—Digamos que en el garaje.

—No creo que le encantara la idea.

—Barb largaría sapos y culebras.

—Tanto mejor para el bombazo —dijo Larry.

Pete guardó silencio.

“A Dios gracias —pensó Larry—. Buena cosa es que estemos casados. Eso debe acabar con la idea, matarla en flor”.

Experimentó un enorme alivio. Tomó un trago de whiskey y suspiró.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Pete—. Eso es parte de la historia. Necesitamos poner ahí lo que suceda una vez tengamos a la criatura en nuestro poder, ¿verdad? Podemos poner la bronca que nos armen Jean y Bárbara, al enterarse del asunto.

—Pero tenemos que convencerlas para que nos dejen conservarla.

—Ahí es donde le echas imaginación al relato.

—Se lo explicamos, nada más, ¿entiendes? No se trata de quedarnos para siempre con la vampira. Sólo la tendremos un par de meses, más o menos, el tiempo que nos lleve la preparación del libro. Con el detalle de que al final ganaremos el premio de un succulento bote. Creo que las chicas pueden dejarse convencer.

—¿Dónde está el succulento premio de Bárbara?

—Me voy llevar una buena tajada, ¿no?

—Sí, un buen tajo en el cuello es posible que te lo dé yo mismo. En cuyo caso puede que luego tenga que escribir el libro en la cárcel.

—¿Qué me dices de un veinte por ciento? Al fin y al cabo, la idea es mía. Si no fuese por mí, ni por asomo lo harías.

—Eso es bastante cierto. A pesar de todo, tampoco es que tenga mucha intención de hacerla. Todo esto es un desatino.

—Eso es precisamente lo que lo hace tan fantástico. Es una locura. ¡Es una barbaridad! ¿Crees que Stephen King dejaría pasar una ocasión de este calibre? ¡Rayos!, lo llevaría adelante sólo para divertirse con el asunto.

—¿Por qué no se lo ofreces? Tengo su dirección.

—Porque tú eres mi amigo. No quiero quitártelo de las manos. Es tu gran oportunidad.

—Muchas gracias.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Tiras adelante?

“Si le dices que no —pensó Larry—, no te lo perdonará en la vida. Probablemente ya habrá calculado cuánto representa el veinte por ciento de un millón de dólares. Sería cama robarle. Se acabaron las salidas con él y Bárbara, se acabaron las copas y las cenas con ellos. Adiós a todo eso”.

Recordó lo divertido que había resultado aquello durante el año anterior.

Pensó en Bárbara estirada en el sofá y en el modo en que se introdujo entre las piernas la parte posterior de la bata.

Se dijo que no sería, obligatoriamente, el fin de su amistad. Pero sí pondría una gran tensión en ella.

Ya Pete no le faltaba razón en lo del libro. Podía ser algo grande. Podía ser otro *Terror en Amityville*.

Llevar adelante ese proyecto significaría también pasar mucho más tiempo con Pete. Con Pete y Bárbara.

Asimismo, significaría poner un cadáver en su vida.

Probablemente no sea tan malo, una vez te hayas acostumbrado.

—Creo que vamos a tener verdaderos problemas con nuestras esposas —dijo.

—Nada que no podamos superar. ¿Qué dices, hombre?

—Supongo que podremos alquilar una habitación o algo así para albergarla, en el caso de que nuestras queridas esposas no nos permitan tenerla a mano.

—Claro. Ya idearemos algo. ¿Estás en la jugada?

—Quizás.

—¡Ajá!

—Vamos a tocar de oído, ¿vale? Echaremos un vistazo a la cosa. Pero también quiero incluir la radiogramola en el libro, de modo que nos encargaremos primero del aparato y luego veremos qué pasa.

—Vamos, hombre. Eh, esto es el principio de algo grande.

—Deberíamos ir a que nos examinaran el cerebro.

Capítulo 15

Cuando el rayo de luz de los faros tropezó con el Garaje de Babe, en el extremo oriental de Llano de la Artemisa, Pete apagó aquellos focos de claridad y levantó el pie del acelerador.

Entraron en la ciudad y rodaron despacio.

Larry examinó la calle, iluminada por la luna, que se extendía ante ellos. Se sentía atrapado por aquel absurdo plan, pero aún alimentaba la esperanza de que surgiese algún imponderable que pusiera fin a semejante despropósito. Necesitaban soledad, secreto absoluto. Si hubiese algún automóvil aparcado por allí..., si saliera luz por alguna puerta o ventana...

Pero la calle parecía abandonada. Los edificios estaban a oscuras.

La furgoneta rodó hasta frenar delante del Hotel de Llano de la Artemisa. Pete se inclinó hacia adelante y escudriñó el terreno, más allá de Larry.

Las miradas de ambos se dirigieron hacia la puerta. Pero el propio hotel bloqueaba los rayos de la luna y proyectaba un negro sudario a lo largo de la acera. Las tinieblas parecían algo sólido.

Incapaz de ver las puertas, Larry se las imaginó abiertas de par en par, imaginó que su mirada atravesaba el vestíbulo, Imaginó que veía el cadáver, erguido sobre los apergaminados pies, junto al ataúd, con los ojos clavados en ellos.

Un escalofrío recorrió su piel. Se le encogió el escroto, sobre el que sintió un hormigueo estremecedor, como si sobre él se deslizaran arañas.

—Sigue —murmuró.

—Vale. La caja.

La furgoneta arrancó.

Larry se llevó la mano al pecho y, a través del tejido del polo, se cogió un pezón con las yemas de los dedos. Parecía un guijarro.

“También les ocurre a los hombres de verdad —pensó—. Cuando se te pone carne de gallina, se te endurecen los pezones”.

Recordó el aspecto de Bárbara cuando refería su experiencia en la iglesia oscura. Al proyectar el pensamiento sobre eso se le borró la imagen del cadáver. Pero le produjo cierta sensación de culpabilidad recurrir a Bárbara de aquella manera, así que pensó en Jean. Jean, la noche del domingo, después de su pesadilla. Jean, cuando se quitó el camisón y se le puso encima. Luego, él se arrodilló sobre Jean y el esbelto cuerpo de la mujer le pareció cadavérico entre las sombras y él se vio de repente en el hotel, de rodillas junto al féretro, dedicado a la contemplación del cuerpo sin vida. Un cuerpo de piel parda y reseca, con una mueca fantasmal en el rostro, pechos lisos y vello púbico que brillaba como el oro bajo el rayo de luz de la linterna.

Sacudió la cabeza para expulsar aquellas imágenes y dejó escapar una estremecida bocanada de aire.

—No sé si podré con esta —murmuró.

—No tengas miedo, aquí está Pete.

Pete pasó de largo por delante del Holman's, dio una vuelta en redondo y se detuvo frente a los surtidores de gasolina. Apagó el motor.

Tomaron un trago de whiskey cada uno.

—Llévemonosla —propuso Pete.

—No. Quiero tener las manos libres.

Larry tapó la botella y la dejó en el suelo del vehículo. Se apearon. Doblado sobre sí mismo para resistir mejor el frío viento, Larry anduvo a trancas y barrancas hasta la parte trasera de la furgoneta. Pete se reunió allí con él. Empuñaba la linterna, pero aún apagada. Uno junto a otro, doblaron la esquina del Holman's. Delante de ellos, el desierto presentaba un tono grisáceo, como si su superficie cubierta de matojos, rocas y peñascos estuviese pintada de color crema sucio.

Casi habían llegado a la esquina posterior del Holman's cuando una forma confusa surgió de pronto, lanzada hacia ellos. Larry dio un respingo. Pete jadeó, se encogió y empuñó la pistola. El viento impulsó la mata de artemisa seca, que pasó dando tumbos por su lado.

—¡Mierda! —murmuró Pete, al tiempo que enfundaba el arma.

—Buena marcha, Pete *el Rápido*.

“No soy aquí el único que no las tiene todas consigo”, pensó Larry. Le encantó enterarse de que Pete también estaba con los nervios de punta.

—Quizá deberías encender la linterna —sugirió.

—Nos delataría.

—¿A quién?

—Uno nunca sabe, hombre. Uno nunca sabe.

Dejaron la parte posterior del Holman's y entraron en el desierto, avanzando en diagonal hacia el anacardo que señalaba la orilla del cauce seco del arroyo. Otra mata seca cruzó por delante de ellos, pero Pete la vio venir y no tiró del arma.

Larry examinó el terreno extendido ante ellos. Le hubiera gustado que no hubiese tantos macizos de peñas ni tantos grupos de matorrales. Escondites. Cada vez que se acercaba a uno, el miedo le ponía tenso. Y cada vez que lo dejaba atrás, volvía rápidamente la cabeza, medio esperando ver a alguien agazapado allí, dispuesto a precipitarse sobre él.

Las únicas personas que andamos por aquí somos nosotros dos, se decía una y otra vez. Pero no lograba convencerse.

Por fin llegaron al borde del terraplén. Larry se volvió. Escudriñó la zona que acababan de cruzar.

Pete hizo lo mismo.

Luego miraron hacia adelante. A sus pies, el terreno estaba sumido en sombras. Pete encendió la linterna. Dirigió el rayo de luz hacia la depresión y luego emprendió el descenso. Larry se mantuvo junto a él. De vez en cuando, se detenían y Pete exploraba con el foco de la linterna el fondo de la hondonada, como si quisiera asegurarse de que ninguna sorpresa les aguardaba allí. El lecho de la corriente no le pareció a Larry nada familiar. Tenía la certeza de que no había cambiado desde el domingo, pero que en la

oscuridad parecía diferente. No le era posible determinar con absoluta seguridad cuál era el peñasco en el que Bárbara estuvo sentada.

“Es muy posible que no estuviéramos aquí ahora —pensó—, si Bárbara no se hubiese alejado del Holman's en busca de un sitio donde evacuar. No habríamos tropezado con la gramola. Quizá sí que hubiéramos encontrado el cadáver, pero esta noche no habríamos salido, a no ser por la radiogramola”.

Comprendió que también él tenía que orinar.

Cuando llegaron al fondo del barranco, dijo:

—Espera un momento. Tengo que desbeber.

—Ándate con ojo, no se te eche algo encima —dijo Pete—. ¿Quieres la luz?

—Sí, gracias.

Cogió la linterna. Pete esperó, mientras Larry se alejaba por la izquierda y rodeaba unos bloques de piedra. Se puso la linterna bajo el brazo para tener las manos libres. De espaldas a Pete, se abrió la bragueta. Notó el viento contra su pene. Dirigió el chorro de orines hacia adelante. El viento lo desvió a un lado, pero no lo lanzó hacia atrás, contra él.

Cuando hubo terminado, se subió la cremallera y se dispuso a dar media vuelta. El rayo de luz de la linterna pasó oblicuo a través de un círculo negro rodeado de piedras.

—Eh, Pete. Ven aquí.

—No quiero mojarme los pies.

—Acércate. —Se quitó la linterna de debajo del brazo mientras Pete se llegaba hasta él. Larry indicó el círculo—. Mira eso.

—Una fogata.

—¿Estaba aquí antes?

—No lo sé. Es posible que estuviese, pero yo no la vi. Avanzaron hacia aquel punto. El centro de la apagada lumbre aparecía negro de ceniza y restos de leña carbonizada y huesos. Larry vio media docena de huesos, intactos entre las apagadas cenizas: grises y nudosos en los extremos.

—¡Mierda sagrada! —murmuró Pete.

—¿De conejo, crees?

Pete se puso en cuclillas. Cogió uno de los huesos: tenía casi treinta centímetros de longitud.

—Este émbolo no es de ningún conejo —dijo—. De un coyote, quizá.

—¿Quién diablos iba a comerse un coyote?

—El jodido Loco del Desierto, ¿quién, si no? —Pete volvió a tirar el hueso—. Esto encajará bien en nuestro libro.

—Formidable —murmuró Larry.

Pete puso la mano sobre una de las ennegrecidas piedras.

—Aún está caliente.

—¡No me digas!

—Sí te digo.

Larry se agachó y tocó una de las rocas. Estaba fría.

—Tonto del culo.

Pete se echó a reír.

—Has picado, ¿eh?

—Soplagaitas.

—Apártate. Voy a tomar unas fotos.

Larry retrocedió, pero mantuvo la linterna enfocada sobre el círculo de la fogata. Pete quitó la cubierta del objetivo, encuadró, fijó la distancia y conectó el flash.

—¿Y si el fulano que hizo esto anda todavía por aquí?

—Que no cunda el pánico. Ya ha comido.

—Un tipo que come coyotes no es una persona con la que me gustaría darme de manos a boca.

—Probablemente hace mucho que se largó.

Pete se llevó la cámara al ojo, se inclinó sobre los restos de la hoguera para tomar un primer plano y oprimió el disparador. Se encendió el flash, que cubrió la zona con un relámpago blanco.

Retrocedió. Un paso. Dos. Y entonces otro fulgurante rayo de luz traspasó la oscuridad.

Aquel fugaz parpadeo de blancura permitió a Larry vislumbrar algo situado más allá del círculo de la apagada fogata. Proyectó sobre aquello el foco de la linterna.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró.

Había tres rocas amontonadas. En lo alto descansaba la cabeza de un coyote, con la piel gris salpicada de sangre y un hueso cruzado entre los dientes. Donde debieron estar los ojos sólo quedaban un par de ensangrentados agujeros.

Pete bajó la cámara y se quedó mirando la cabeza de coyote.

—¡Uauuu! —se le escapó.

—Quizá sea aconsejable que nos marchemos de aquí.

Pete agitó la mano y se acercó más a aquello. Levantó la máquina fotográfica. Apretó el disparador. En el breve chasquido luminoso, Larry vio el fondo de las cuencas vacías. Le vino la náusea mientras Pete se colocaba delante de la cabeza de coyote, se agachaba y tomaba otra foto.

Larry se apartó a un lado y devolvió. Al concluir, se retiró del pequeño charco de vómitos, Sacó un pañuelo, se limpió los labios y se sonó la nariz. Parpadeó para expulsar las lágrimas que le llenaban los ojos. Las frotó con el dorso de la mano.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Pete, al tiempo que se le acercaba por detrás.

—¡Cristo! —exclamó Larry en voz baja.

—Yo me siento un poco mareado. Qué escena más desagradable. El tipo que hizo eso debe de ser un maldito lunático. ¿Viste cómo le vació los ojos? Me pregunto si lo hizo antes de comérselo.

Larry meneó la cabeza.

—Vayamos por la gramola y larguémonos de aquí.

—Dame la linterna. Quiero echar una mirada por los alrededores, a ver qué más podemos descubrir.

—¿Te has vuelto loco?

Larry retuvo la linterna y echó a andar por el cauce seco del arroyo en dirección al punto donde encontraron la radiogramola.

—¡Aaah! —dijo Pete—. Qué diablos. No quiero perder mi cena. Al salir, no tendría ni la mitad del buen sabor que tuvo al entrar.

Volvió la cabeza con gesto brusco.

Por la espalda de Larry trepó un escalofrío.

—¿Qué pasa?

—Nada, supongo.

—¿Oíste algo?

—Seguramente no sería más que el viento. A menos que nuestro jodido tragaldabas de coyotes nos esté acechando.

—Deja eso.

—Me gustaría saber si le dirigía la palabra a la cabeza, mientras comía. ¿Sabes? Colocar allí la cabeza es como disponer de un compañero de mesa. Tener alguien con quien charlar. Hablar a la cabeza en tanto se mastica el cuerpo.

Esa imagen, comprendió Larry, fue la que pasó por su propio cerebro mientras vomitaba.

—Quisiera saber si se comió los ojos.

A Larry no se le había ocurrido tal idea.

—Es probable que al tipo no le gustase que le estuviese mirando fijamente.

—Quizá. Me parece que eso no lo sabremos nunca. A menos que se nos presente la oportunidad de preguntárselo —rió Pete.

—Ya está bien de choteo.

Larry dio la vuelta alrededor de una peña. Proyectó sobre ella el foco de la linterna.

—¿Era aquí donde Bárbara estuvo sentada?

—Eso creo.

Barrió el terreno con la luz hasta dar con un denso grupo de matorrales situado a la derecha. A través del follaje captó un rielar de metal cromado y sucio plástico rojo.

—Ahí está.

Recorrieron presurosos el trecho final.

Larry bajó la mirada sobre el aparato, abollado y cosido a balazos, que yacía entre los matorrales. Imaginó la fotografía de aquella radiogramola en la cubierta de su libro. *La caja*, por Lawrence Dunbar.

“Esa es la novela que voy a escribir —se dijo—. Nada de una maldita obra sobre una mujer vampiro”.

—Vamos a ver si podemos levantarla —propuso Pete, y se agachó.

Larry vio mentalmente los esfuerzos de ambos tratando de subir la gramola por el empinado talud. Se vio tropezar, caer, rodar por la pendiente. La radio gramola se vino abajo y cayó encima de él. Pete la levantó. “Será mejor que no intentes moverte, Lar. Iré en busca de ayuda”. Pete le dejó el revólver y se marchó. Larry quedó tendido allí, solo y medio paralizado. No tardó en oír el rumor de alguien que se arrastraba hacia él. Un harapiento ermitaño del que goteaba sangre de coyote, con un cuchillo en la mano. ¿Qué me induce a creer que se trata sólo de uno?, se preguntó.

—¿En qué piensas? —inquirió Pete. —No lo intentemos.

—Sí, puede que tengas razón. Dios sabe lo que habrá debajo de ese trasto. O dentro de él, que para el caso es lo mismo. No me gustaría molestar a ninguna serpiente de cascabel. Ni alterar la paz de un nido de escorpiones o de bichos así.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo Larry—. Aventurero, pero no insensato.

—Mi mamá no criaba retrasados mentales.

Pete se puso en pie, se alejó unos pasos de la gramola y levantó la cámara.

Larry se apartó a un lado. De cara a la línea del barranco, taladró su oscuridad con el rayo de luz de la linterna. La fogata y los espeluznantes restos del coyote estaban más allá del corto alcance del foco. Trasladó la pálida claridad de éste de un lado a otro. Ninguno de los peñascos ni de los matorrales visibles parecía lo bastante grande como para ocultar a una persona.

—Si localizas a Ragu, la Rata del Desierto —dijo Pete—, danos una voz.

—De dar una voz, nada, ¡Aullaré!

Pete se echó a reír.

Larry siguió vigilando, de espaldas a Pete. Por el rabillo del ojo percibió cuatro parpadeos de luz.

—¿Por qué no te pones en la foto? —sugirió Pete—. Sacaremos un par de imágenes de tu persona junto a la famosa radiogramola.

A regañadientes, nada deseoso de abandonar la guardia, Larry retrocedió hasta llegar a la gramola. Su puso en cuclillas junto al aparato. La luz piloto del flash despedía el resplandor de un punto rojo hacia su cara.

—Di “queso”.

—Venga, acaba de una vez.

—Di “queso de cochino”.

—Que te zurzan.

El fulgor blanco le deslumbró. Pete tomó otra foto, se acercó un poco e hizo dos disparos más.

—Creo que ya tenemos bastante.

—Seguro que mi visión nocturna también.

Se puso en pie, cerró los ojos y se los frotó. Chispas y puntitos brillantes bailotearon bajo sus párpados.

—¿Hemos terminado ya aquí? —preguntó Pete.

—Espero que sí.

—¿Quieres que volvamos y cojamos algún recuerdo?

Para llevárnoslo a casa y ponerlo en el congelador.

—Sí. ¿Por qué no lo haces?

—¡Ja! ¿Crees que estoy majara?

—Querías llevarte el cadáver —le recordó Larry, al tiempo que empezaba a subir por el talud—. ¿Dónde está la gran diferencia?

—Bueno, el cadáver no es tan desagradable ni está tan ensangrentado.

—A mí me pareció bastante desagradable.

—Bueno, la cabeza del coyote no vale un millón de pavos. Por un millón de machacantes, la cogería con las manos desnudas y me iría andando hasta casa con ella.

—¿Te la comerías? —preguntó Larry, que empezaba a sentirse casi contento de estar llegando a la parte superior del terraplén.

—¿Quién me daría un millón de pavos por comérmela?

—Es una hipótesis.

—¿Podría guisarla antes?

—No, tendrías que comértela cruda.

—Eres un tipo morbosos, hombre.

—¿Yo?

Llegaron arriba y el viento pareció abalanzarse contra Larry. Tuvo la impresión de que soplabas allí con más fuerza que en el fondo del barranco. Pero se alegraba de encontrarse fuera de la hondonada. Se había sentido como un intruso en la guarida del devorador de coyotes. Ragu, la Rata del Desierto. Apresuró el paso, con unas ganas tremendas de poner la mayor distancia posible entre su persona y los dominios del loco.

Volvía la cabeza de vez en cuando. También lo hacía Pete, aunque no con tanta frecuencia.

Llegaron por fin a la furgoneta. Larry se precipitó a su asiento, cerró de golpe la portezuela y puso el seguro. El calor resultaba maravilloso. Y también era estupendo verse al abrigo del viento. Le hormigueaba todavía la piel del rostro y de los brazos como consecuencia de las ráfagas de aire. Abrió la botella de whiskey y se echó al colete un par de tragos mientras Pete subía al vehículo y se colocaba detrás del volante.

Tendió la botella a Pete.

Éste negó con la cabeza. Accionó un interruptor y la luz inundó el interior de la furgoneta. Tras una mirada a Larry, plena de nerviosismo, se deslizó detrás de los asientos.

Larry le vio avanzar, agachado, hacia la parte trasera del vehículo... Movía la cabeza con rápidos giros a un lado y a otro, sus dedos se curvaban alrededor de la culata del enfundado revólver.

Cristo, temía que alguien hubiera subido a la furgoneta. Pete registró todo el interior y dio media vuelta.

—Frío, frío —dijo, al regresar.

De nuevo en su asiento, apagó las luces interiores. Puso en marcha el motor. Alargó el brazo y Larry le puso la botella en la mano. Después de echar un trago, la devolvió.

—¿Estamos listos ya para la auténtica diversión?

—Creo que ya he tenido bastante diversión para una noche.

—No irás a acongojarte y dejarme solo ahora, ¿verdad?

—Si nos lo llevamos a casa, ¿qué vamos a hacer con el cadáver?

—Tú escribirás un libro sobre él.

—¿Sobre qué? ¿Sobre el tema de tener por invitada en casa a una pseudovampira?

—Precisamente.

—Allí no pintará nada, sólo permanecerá quieta. Es decir, si las mujeres no nos obligan a desembarazarnos de ella.

—Tienes razón. Tendremos que hacer algo con ella. Quizá podamos averiguar quién es.

—¿Cómo?

—Lo primero es lo primero, Lar. Llévemola a casa y después pensaremos cuál será nuestro siguiente paso.

—¿Por qué no nos abstenemos de llevarla a casa hasta que hayamos pensado cuál será ese paso?

—Eh, ya estamos aquí. ¿Cuándo volveremos a tener una oportunidad como ésta? No te me arrugues ahora.

—No me arrugo. Es que no veo qué utilidad puede tener. Nuestro libro ha de ser mucho más que la memez de un par de mentecatos que se llevan a casa un fiambre para alucinar a sus esposas. Hasta una historia real necesita acción, tensión dramática, clímax. Especialmente clímax. No tenemos nada.

—Bueno, llegado el momento, retiraremos la estaca.

—Y la maldita criatura sigue allí inmóvil.

—Tal vez, sí, tal vez, no.

—Ah, vamos. Tú mismo dijiste que no es una vampira.

—No lo sabemos con seguridad. Evidentemente, alguien cree que sí lo es.

—De acuerdo. Vamos a suponer que le quitamos la estaca y resulta que es una mujer vampiro.

—Eso sería algo fuera de serie, ¿eh? Entonces sí que nos encontraríamos con un *best-seller* entre manos.

—En el caso de que no nos echase el diente al cuello.

—Tomaremos las debidas precauciones, cuando llegue el momento. Ya sabes, ingentes cantidades de crucifijos y ristras de ajos al alcance de la mano. Quizá compremos unas esposas para inmovilizarle las muñecas.

—¿Y qué pasa si le arrancamos la estaca y no sucede nada? Lo cual es la mejor manera de que se venga todo abajo. Entonces, ¿qué?

Pete puso en marcha la furgoneta.

—Una impresionante catástrofe, eso es —le dijo Larry.

Pete llevó el vehículo a la carretera. Rodó despacio en dirección al hotel de Llano de la Artemisa.

—Volvamos a casa y olvidémonos de la vampira.

—Dijiste que debíamos tocar de oído, o sea, improvisar.

—Mi oído me dice que lo olvide.

—Tengo una idea mejor. —Pete volvió la cara hacia Larry. A la vaga claridad lunar, sus dientes parecieron rutilantes cuando sonrió—. Has dicho que sufriremos una impresionante catástrofe si le arrancamos la estaca y la vampira sigue inmóvil. Bueno, averigüemos esta noche si es o no una mujer vampiro. —Condujo la furgoneta hacia el otro lado de la calle y frenó delante del hotel—. Entremos ahí y quitémosle la estaca.

Capítulo 16

De pie, delante de la furgoneta, Larry tiritaba mientras dirigía el foco de la linterna hacia la puerta del hotel. Permanecían silenciosos. El candado colgaba del pestillo, pero nadie había reparado los desperfectos que causó Pete. La armella seguía arrancada de la hoja derecha de la puerta.

Pete se colocó junto a Larry. Empuñaba la palanqueta.

—No necesitarás forzarla —susurró Larry.

Pete asintió con la cabeza y se introdujo la barra de hierro bajo el cinturón. Lanzó sendas miradas a un lado y otro de la calle. Después alzó la cámara y tomó una fotografía de la puerta de doble hoja.

Cuando subía a la acera, Larry le agarró por el hombro.

—Aguarda un momento.

—Yo voy a entrar. Si tienes miedo...

—¿Tú no lo tienes?

—Eh, claro que lo tengo. Pero no voy a permitir que eso me detenga. Puedes esperarme aquí fuera, si quieres.

Larry se dio por vencido. Cruzó la acera en pos de Pete. Notó flojos y temblorosos los músculos de las piernas. Le dolía la barriga. El corazón latía con sordo redoble y tuvo que aspirar con fuerza para que el aire llegase a sus tensos pulmones.

“¿Quién escribirá el libro de Pete, si sufro un ataque cardíaco y me voy repentinamente al otro barrio?”

Pete abrió la puerta. Larry proyectó el foco de la linterna sobre el vestíbulo. El rayo de luz vibró sobre los peldaños de la escalera, a la izquierda, fue más allá del pasamanos y barrió el espacio vacío del otro lado.

Entraron. Pete cerró la puerta.

“Estoy dentro —pensó Larry—. ¡Cristo bendito!”

El viento desapareció. Lo oía, pero ya no soplaba contra él.

Dentro del hotel, la temperatura era cálida. Aunque no tan cálida como la de la furgoneta. Larry seguía tiritando, sin poder evitarlo. Tenía la piel tensa. La carne de gallina, de los pies a la cabeza. Y una mano de hielo parecía estrujarle los genitales.

Llevó el foco de la linterna de un lado a otro. Por el entarimado suelo cubierto de arena. A través del mostrador de la recepción. A lo largo de las paredes. Se volvió despacio para iluminar las tablas que cegaban las ventanas frontales y las dos hojas de la puerta cerrada.

El chasquido de la cámara y el parpadeo del flash le hicieron dar un respingo. Zumbó el dispositivo de arrastre automático de la película.

—Quiero hacerme con una panorámica general—susurró Pete.

Tomó varias fotografías más, trazando un círculo completo con el enfoque para captar hasta el último centímetro del interior del vacío vestíbulo.

Mientras ponía un rollo nuevo de película, Larry se sentó en cuclillas para ver si así se le aliviaba un poco el dolor intestinal.

—¿No te encuentras bien? —murmuró Pete.

—No mucho.

—Si te cagas encima, tendrás que volver a casa a pie.

—Ja, ja.

—Voy a subir para tomar un par de fotos del rellano.

Larry se enderezó, pero no fue con él. Dirigió el foco sobre la escalera. Pete subió los peldaños, sostenida la cámara con las dos manos. Se detuvo bruscamente.

—Muy interesante. Ven a echar una mirada.

Larry hizo una mueca y obligó a sus vacilantes piernas a trasladarle hacia la escalera. La ascendió hasta llegar junto a Pete.

Cuatro tablas sucias y estropeadas por las inclemencias del tiempo cruzaban el rellano. Cubrían el boquete que se abrió al ceder el entarimado del piso bajo el peso de Bárbara.

—No tengo que decirte lo que significa esto —manifestó Pete.

—Salgamos de aquí.

—Dios santo, confío en que no se haya llevado a nuestra vampira.

“Dios santo, confío en que sí se la haya llevado”, pensó Larry.

“Confío en que haya desaparecido”.

“¿Y si se trata del individuo que se comió al coyote?”

Larry proyectó la luz escaleras arriba. La claridad llegó hasta el pasillo del otro piso y arrojó un tenue resplandor hasta lo más alto de la pared. Permaneció un momento con la vista fija, medio esperando que un loco furioso anduviera por allí arrastrando los pies.

Pete lleva un arma de fuego, recordó.

“Pero el susto probablemente me mataría”.

Deseó poder apartar los ojos del pasillo de arriba. Pero no se atrevía a hacerlo.

Pete desenfundó el revólver.

—Sostén esto un momento.

Larry se pasó la linterna a la mano izquierda y empuñó el arma con la derecha. Apuntó ambas hacia la parte superior del tramo de escalera.

El contacto sólido y pesado del 357 era reconfortante. Muy reconfortante.

El modo en que calmó sus escalofríos y le tranquilizó fue como ponerse un abrigo. Pero mucho mejor.

No tenía nada de extraño que Pete se hubiera manifestado tan frío durante todo aquel episodio. Llevaba aquella herramienta a la cadera.

Pete tomó una foto del rellano. Luego soltó la cámara, dejando que colgase de la correa, se agachó y arrancó una de las tablas del suelo. La apoyó contra la pared. Repitió la operación y cuando hubo retirado las cuatro tablas, hizo un par de tomas del agujero.

Mucho menos preocupado ya por la posibilidad de que hubiera un intruso, Larry contempló el boquete. Observó los astillados bordes de las maderas que desgarraron y arañaron a Bárbara. Evocó el tacto del cuerpo de la mujer cuando le envolvió con sus brazos. La cálida suavidad de los pechos contra sus antebrazos. El aspecto que ofreció después, erguida bajo el sol, en el umbral de la entrada, con la blusa abierta.

Su cerebro regresó al presente en el instante en que Pete empezaba a colocar de nuevo en su sitio las tablas que había retirado. Se percató de que ya no tiritaba. Se preguntó si fue la pistola o el recuerdo de Bárbara lo que puso fin a los escalofríos. “Probablemente ambas cosas”, pensó.

—Muy bien —dijo Pete, y se puso en pie. Alargó la mano para recuperar el arma.

—Deja que la lleve yo —pidió Larry.

Pete guardó silencio durante unos segundos. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Claro, ¿por qué no?

Dieron media vuelta y se dispusieron a bajar la escalera.

—Vamos a tener un montón de buenas vistas de este lugar. Ese libro de *Amityville*, ¿llevaba fotos?

—No.

—Estupendo. El nuestro va a ser mejor.

Llegaron al pie de la escalera, rodearon el poste de la barandilla y las suelas de los zapatos chirriaron sobre el enarenado piso.

El panel que tapaba el hueco de debajo de la escalera seguía en su sitio, tal como lo dejaron. El cuerpo de Cristo despedía su brillo dorado desde el crucifijo.

Pete retrocedió unos pasos y sacó un fotograma del cerrado recinto.

Se acercó al tabique y deslizó una mano a lo largo de una juntura. Trató de hundir los dedos y, en vista de que le era imposible, sacó la palanqueta. Introdujo el filo en la grieta. Poco a poco, como si temiera hacer ruido, accionó la barra de hierro.

—Ábrete, sésamo —murmuró.

Con un suave gemido de clavos chirriantes, el entrepaño de madera se movió hacia fuera cosa de un centímetro y medio.

Pete introdujo los dedos de la mano izquierda por el resquicio. Volvió a guardar la palanqueta bajo el cinto. Tiró del panel con ambas manos. Los clavos volvieron a rechinar. La grieta se amplió.

Por último, el panel de madera quedó completamente suelto. Tenía cosa de metro veinte. Pete elevó ambas manos y lo cogió por los bordes. Cuando levantó el entrepaño para apartarlo a un lado, pareció una imitación en tamaño natural del cuerpo clavado en la cruz; el crucifijo casi le tocaba la mejilla. Apoyó el panel en la escalera, se limpió las manos frotándolas contra la parte delantera de los pantalones y después retrocedió y tomó una foto de la abertura.

Larry aguardó hasta que Pete estuvo a su lado. Entraron juntos en el hueco de debajo de la escalera.

“Que haya desaparecido”, deseó Larry mentalmente mientras llevaba la linterna hacia la izquierda.

Iluminó el pie del ataúd. Al levantar ligeramente el foco, Larry vio la vieja manta pardusca que cubría el cuerpo. Se alzaba sobre la estaca para formar una diminuta tienda de campaña. Más allá de esa zona de manta se encontraba el oscuro rostro del cadáver.

Pete le dio un codazo.

—¿Qué? —susurró Larry.

—Nadie se ha fugado con ella.

—Mal asunto.

—Le tomaré una foto.

Sobre la manta apareció el tenue reflejo de la luz roja del flash de la cámara. Ascendió, como si flotara, hasta la parte inferior de un escalón, justo sobre la cabeza de la muerta, y luego se centró en la cara sin vida. Por encima del retumbante latir de su corazón, Larry percibió el breve zumbido del autofocus al ajustarse. La luz roja tembló sobre la frente color de bronce, rozó un párpado hundido, vagó por una chupada mejilla y se inmovilizó encima de la hilera superior de dientes.

Larry cerró los ojos a tiempo de perderse el súbito sobresalto brillante del flash. Lo vio a través de los párpados. Luego se produjo otro relámpago.

—Vamos —susurró Pete.

Larry abrió los ojos. Siguió a Pete. Aunque mantuvo el féretro iluminado, evitó mirarlo.

Pete se agachó y agarró el ataúd por el extremo. Dio un tirón. El féretro se movió hacia él, arañando el suelo. Larry se quitó de en medio y Pete arrastró el ataúd por delante de él.

Lo sacó de debajo de la escalera, hasta el vestíbulo.

Larry le siguió.

—¿Qué estás haciendo? —estalló en un susurro discordante.

—No me gustaba que estuviese ahí debajo —respondió Pete.

—¡Cristo!

El propio Larry también se alegraba de haber salido del recinto de debajo de la escalera. Pero aquello era ir demasiado lejos. Demasiado, demasiado, demasiado lejos. A la criatura aquella no le correspondía estar allí fuera. Su sitio era debajo de los escalones, por el amor de Dios, no el vestíbulo.

—Tenemos que volverla a poner ahí detrás.

En vez de contestar, Pete tomó una foto.

El fulgor blanco del flash iluminó el suelo alfombrado de arena, el ataúd, los pies y el rostro del cadáver, la cabellera rubia, la manta...

La manta.

Larry notó una súbita opresión en el pecho.

—Pete.

—Deja de lloriquear, ¿quieres?

—La manta.

—¿Qué le pasa?

—Que no la dejamos como está ahora.

—Eh, tienes razón.

El domingo, Pete había arrojado descuidadamente la manta sobre el cadáver y la tela quedó amontonada encima del pecho y del vientre. Bárbara tiró de una punta para tapar los riñones. Ahora, la manta estaba extendida y lisa, como un sudario que cubría todo el cuerpo, desde los hombros hasta los tobillos.

—Sin duda fue la misma persona que arregló el descansillo —opinó Pete. El tono en que hizo el comentario resultaba bastante tranquilo. Incluso sin el revólver.

—Eso significa que sabe que encontramos el cadáver.

—No sabe que nosotros encontramos el cadáver. Sólo que alguien lo encontró.

—Esto no me gusta.

—No está aquí, ¿verdad?

—Puede que sí.

Larry apuntó el foco de la linterna hacia lo alto de la escalera. No vio a nadie.

—Si se presenta, podemos interrogarle acerca del asunto.

—Claro. Faltaría más. ¿Y si no le complace la idea de que un par de sujetos anden toqueteando su vampira?

—¿Tienes tú idea de lo que un 357 le puede hacer a una persona? Dejarlo tan seco que se creará que acaba de atropellarle un camión Mack. De modo que no aprietes el gatillo a menos que no tengas más remedio.

—¡Santo Dios! —murmuró Larry.

—Cúbreme mientras saco unos cuantos desnudos.

Pete se agachó y retiró la manta de encima del cadáver. Los ojos de Larry y la luz de la linterna se fueron directos a la estaca que sobresalía del centro del pecho.

Pete rodeó el ataúd y tomó media docena de instantáneas.

Luego se puso delante de Larry y bajó la cámara, dejándola apoyada contra el abdomen.

—Vale, compañero. Ha sonado la hora de comprobar si esta chica es real.

El frío serpenteó por la espina dorsal de Larry.

—No lo hagas.

Pete sonrió y levantó levemente las cejas.

—Dijiste que, si era falsa, no la querías.

—Por el amor de Cristo, es de noche.

Pete se le acercó. Se pasó la correa de la máquina fotográfica por encima de la cabeza.

—Tal vez debas registrar esto para la posteridad.

Le colgó la cámara del cuello y el peso de la misma descansó en la nuca de Larry.

Pete fue a situarse en el otro lado del ataúd y se puso de rodillas. Cerró la mano en torno al extremo superior de la estaca.

—No lo hagas. Hablo en serio.

—No seas cobardica, hombre.

Larry le encañonó con el revólver.

A Pete se le borró la sonrisa de los labios.

—¡Jesucristo!

—Quita la mano de ahí.

La mano se retiró de la estaca como si la madera abrasara.

—¡Ya está, ya la he soltado, Jesús!

Larry bajó el arma.

Sacudió la cabeza. No podía creer que hubiese amenazado a su amigo con la pistola. Se sintió enfermo.

—Lo siento. Dios, lo lamento mucho, Pete.

—Jesús, hombre.

—Lo siento. Mira. Nos la llevaremos con nosotros. Nos la llevaremos a casa. Escribiremos el libro. ¿De acuerdo? Y puedes arrancarle la estaca, pero cuando llegue el

momento, no antes. Lo haremos a la luz del día. Primero la esposáremos, o algo así, tal como dijiste. Lo haremos todo a conciencia, para que nadie resulte lastimado. ¿Conforme?

Pete asintió y se puso en pie. Rodeó el féretro.

Larry fue a ponerse a su lado.

—Toma, es mejor que te hagas cargo de este cacharro.

Pete cogió el revólver.

—Debería estampártelo en la cara, para ver si te gusta —dijo—. ¡Maldita sea, hombre! ¿Sabes?

—Adelante. Me lo merezco.

—Nooo. —Pete enfundó el arma. Agarró a Larry por un brazo. Y le miró al fondo de los ojos—. Vamos a ser socios, hombre. Vamos a ser un par de socios ricos.

—No debí haberte encañonado, Pete. No sé lo que... Lo siento. Lo siento de verdad.

—No te preocupes.

Se estrecharon la mano. Larry notó un nudo en la garganta. Se daba cuenta de que estaba a dos dedos de las lágrimas.

—Está bien, compadre —dijo Pete—. Arrastremos esta bicha fuera de aquí y volvamos a casa.

ENCUENTROS

Capítulo 17

—¡No lo hagas! ¡Te lo advierto!

—Aaaah, no seas gallina.

Pete empezó a tirar de la estaca para sacarla del cadáver. La madera se deslizó despacio hacia arriba.

Larry disparó. El proyectil se hundió en la frente de Pete. Una rociada de sangre y masa encefálica salió despedida hacia atrás. Mientras Pete caía de espaldas, Larry vio que aún agarraba la estaca. La sacó del todo.

—¡NO! —aulló Larry.

Arrojó a un lado el revólver y corrió hacia el ataúd, hacia Pete, tendido en el suelo del vestíbulo, hacia el palo puntiagudo que aún empuñaba la mano sin vida.

“¡Hijo de puta! —pensó—. ¿Cómo pudiste hacerme esto, so cabrón?”

¡Coge la estaca! ¡Vuelve a clavarla donde estaba! ¡Rápido! Antes de que sea demasiado tarde.

Pero no corrió lo suficiente. La arena pareció absorber sus pies. Unos segundos antes, sólo era una delgada capa. Ahora se había espesado y formaba dunas como las de una playa. ¿Alguien había abierto la puerta? Volvió la cabeza. La puerta, en efecto, estaba abierta.

Un hombre se encontraba allí, con los pies hundidos en la arena hasta los tobillos. El viento agitaba su ondulante, oscura y encapuchada túnica. Una prenda que parecía el hábito de un monje. La capucha le ocultaba el rostro. En la levantada mano derecha esgrimía un crucifijo.

—Ahora sí que estás jodido —declaró el extraño—. Lo que se dice con la mierda al cuello.

Aterrado, Larry apartó los ojos del desconocido e intentó acelerar el paso sobre la suave y móvil arena.

“No llegaré a tiempo”, pensó.

Aún se encontraba bastante lejos del cadáver. Que parecía un cuerpo momificado. Pero le oía respirar.

Quizás ese tipo recién llegado me ceda el crucifijo.

Miró por encima del hombro. La capucha había desaparecido. El extraño tenía la cabeza de un coyote, ensangrentada y sin ojos, con las cuencas vacías. El crucifijo, introducido ahora en la boca, crujió como si aquel ser lo estuviera masticando.

Cuando volvió la vista hacia adelante, Larry se quedó boquiabierto.

El ataúd estaba vacío.

Y entonces vio a Pete sentado en el suelo. Se sintió repentinamente tan abrumado por el alivio que poco faltó para que estallara en lágrimas. “¡No le he matado, después de todo! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias...!” Se encogió, se arrugó interiormente.

Pete no se había sentado porque estuviese vivo. Mantenía el tronco erguido porque le sostenía la parda bruja situada detrás de él. Las apergaminadas piernas de aquella

escalofriante criatura estaban cruzadas a la espalda de Pete. Los brazos le sujetaban el pecho. La boca chupaba y mordisqueaba el orificio de la herida abierta en la parte posterior de la cabeza.

Larry chilló y se despertó.

Estaba solo en la cama. La habitación se encontraba a oscuras. Se puso de costado y consultó el reloj despertador. Las cinco menos diez. Rezongó al darse cuenta de que era la madrugada del sábado y que hacía menos de una hora que se había acostado.

Se acordó de lo que habían hecho.

Dios, daría algo porque todo aquello hubiera sido una pesadilla. Porque sólo hubiera soñado que estuvieron allí.

Sabía que era esperar demasiado. Era una realidad. Lo llevaron a cabo, desde luego.

“Al menos, no le descerrajé un tiro a Pete —pensó—. Gracias a Dios, eso sólo ocurrió en la pesadilla”.

Bajó de la cama. Desnudo, sudoroso y estremecido, anduvo hasta la ventana. La luna estaba suspendida sobre el tejado del garaje, muy baja.

Se resistió a pensar en lo que estaba dentro del garaje.

“Hemos de acabar con eso —se dijo—. Hemos de devolver el cadáver a su sitio, dejarlo otra vez debajo de aquella escalera”.

Se preguntó si podría hacerlo solo.

No. Solo, no sería capaz de colocarse frente a la cosa, y mucho menos conducir hasta Llano de la Artemisa y meterla de nuevo en el hotel.

Volvió a la cama, se sentó en el borde, se encorvó y se frotó la cara. Se sentía agotado. Necesitaba dormir. Un montón de sueño. Pero sabía la clase de sueño que le aguardaba.

“Nunca debimos hacerlo —pensó—. Jamás debimos haberlo hecho”.

Con paso vacilante, entró en el cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y se metió debajo de la caliente rociada. El choque de la salpicadura del agua contra su aterido cuerpo le resultó maravilloso. Calmó sus estremecimientos, alivió la tensión de sus músculos. Pero no dispersó la niebla de su cabeza. Tenía el cerebro como paralizado.

“Hoy no podré escribir una línea. A menos que duerma un poco”.

¿Le meto mano a la corrección del original?

Ése fue el motivo por el que no me marché con Jean y Lane.

Dios, ahora deseaba haberse ido con ellas. Nada de todo aquello habría sucedido.

Se vio nuevamente en el hotel, apuntando a Pete con el revólver.

Rayos, no hubiera sido capaz de disparar.

Pero el mero "hecho de encañonarle...

Eso fue la parte peor. Incluso peor que tener ahora el maldito cadáver en el garaje.

Tener que convivir con aquello, se dijo. La verdad es que no puedes conjurarlos para que desaparezca.

La cuestión estriba en escribir el libro para Pete. Aunque no resulte el gran éxito que espera, se venderá bastante bien. Dale una parte y se sentirá feliz. Llegará a la conclusión de que mereció la pena que le apuntasen con un arma de fuego. A partir de ahí, es posible que deje de sentirse culpable.

Así que a escribir el libro.

Larry cerró el grifo de la ducha, salió de la bañera y procedió a secarse. Anduvo perezosamente hasta el dormitorio. Sacó un chándal y unos calcetines de la cómoda, los dejó encima de la cama y se puso la sudadera y los pantalones.

“Escribe el libro”, pensó. Pero no hoy. Demasiado exhausto.

Se preparó un pote de café en la cocina. Llevó su taza a la sala de estar, se acomodó en la butaca anatómica y se dispuso a leer. Los ojos recorrieron las líneas del ejemplar en rústica. Pero las palabras parecían inconexas, sin sentido.

“Una hora de sueño —pensó—. ¿A qué esperas?” Cerró el libro. Perdió la mirada en el espacio, mientras tomaba sorbos de café.

No puedes estar sentado aquí como un cadáver viviente. “Trabaja en *Casa de locos* —pensó—. Eso no te va a costar tanto, se trata únicamente de volver a dejarlo como estaba al principio”.

A la fuerza, se levantó de la butaca, cogió la taza vacía y se encaminó a la cocina.

Maldita correctora. De no ser por ella, en aquellos instantes se encontraría en Los Ángeles. No hubiera tenido que ir a la maldita ciudad fantasma. No hubiera sucedido nada de toda aquella mierda.

Llenó la taza de café, se fue al gabinete de trabajo y miró el original. Dejó escapar un suspiro. Parecía labor de titanes.

Tal vez podía preparar primero unas notas para *La caja*.

Algo sobre los tipos que salen para llevarse la gramola a casa, tropiezan con la fogata apagada... el fulano que se comió un coyote... ¿Qué tal si se trata de un individuo relacionado de alguna forma con el pasado? Podría ser un personaje de la época de los sesenta. ¿Uno de los motoristas? Por alguna razón, se quedó rondando por allí y se volvió loco de atar y sobrevivió alimentándose a costa de la tierra.

“Puede que sea una tontería —pensó—. ¿Quién está en condiciones de juzgar? De todas formas, no cuesta nada apuntar la idea. Más adelante decido si la desarrollo o no”.

Se llegó ante el procesador de textos y puso en pantalla las notas del día anterior. Pulsó las teclas precisas para ir al final del documento. “Pero es posible que la “caja” ofrezca otras facetas aprovechables. Hay que seguir explorándola”.

Un ataúd es también una caja. Ahí se te ofrecen nuevas facetas.

Tecleó: Notas - Sábado, 8 octubre.

Espacio en blanco.

Los muchachos van a recoger la radiogramola. En una zanja próxima encuentran una fogata apagada y los téticos restos de un coyote que al parecer se ha comido alguien para cenar. ¿Quién? Un ermitaño que está como una cabra y que fue el cabecilla salvaje de los motoristas allá por la época de los sesenta. Ha estado merodeando por allí durante todos aquellos años.

¿A quién se comió realmente el coyote? se preguntó Larry. ¿Y si se tratara del mismo individuo que arregló el rellano del hotel y estiró la manta sobre el fiambre? ¿Y si estuvo espíándonos? ¿Y si nos ha seguido? Larry pulsó dos veces la barra espaciadora.

Alguien —escribió—, clavó una estaca de madera puntiaguda en el pecho de una mujer, atravesándole el corazón. La puso dentro de un ataúd sin tapa y escondió el cadáver debajo de la escalera de un hotel abandonado, en la ciudad de Llano de la Artemisa.

Nosotros la encontramos allí.

Me llamo Lawrence Dunbar. Soy autor de relatos de terror. Éste no es un libro de imaginación. Pueden juzgar por sí mismos si es o no de terror.

Esto es lo que sucedió:

El domingo, 2 de octubre, salimos de nuestro domicilio en Recodo de la Cabeza de Mula para pasar el día visitando una ciudad del viejo Oeste situada en el desierto. Cuando partimos, la mañana era clara y cálida. Pete conducía la furgoneta. Yo iba a su lado, delante. Nuestras esposas llevaban termos de café, del que nos pasaban vasos de plástico para acompañar las rosquillas del surtido que un servidor había comprado aquella misma mañana.

“No está mal para un chalado”, pensó. Y continuó escribiendo.

La cosa fluía. Acabó el café. Encendió la pipa. Las palabras salían con facilidad. Como si una voz las estuviese pronunciando dentro de su cabeza y él simplemente tuviera que copiarlas al dictado.

Presentó a Jean, Pete y Bárbara. Describió la belleza y desolación del desierto que tuvieron que atravesar camino de Encrucijada de la Plata. Habló de la ciudad del viejo Oeste: las pintorescas tiendas que visitaron, los personajes que pululaban vestidos, disfrazados de vaqueros, el duelo a revólver que representaron en la calle Mayor, los bocadillos y las cervezas que tomaron en el salón. Por último, estuvieron preparados para abandonar la folclórica ciudad. Subieron a la furgoneta. Pete preguntó: “¿Y si volviéramos a casa dando un pequeño rodeo?”.

Larry volvió al principio. Numeró las páginas y entonces meneó la cabeza asombrado. Había escrito quince. No podía creerlo. Consultó el reloj de la pared. Las ocho y media. Llevaba trabajando cerca de tres horas. O sea, que le habían salido cinco páginas por hora. Normalmente, redactaba dos.

“Debería escribir siempre cuando estoy hecho polvo”, pensó.

Seguramente será basura.

Leyó el capítulo. Desde luego, no parecía basura. Lo consideró tan bueno como cualquier otra de las cosas que había escrito. Quizá mejor. Tuvo la impresión de que había transformado la en cierto modo visita mundana a Encrucijada de la plata en un retrato colorista, rico en incidentes y anécdotas, de ritmo trepidante.

Los personajes estaban vivos. Tal vez incluso se excedió un poco, en el caso de Bárbara. La presencia de Bárbara se imponía, dominaba el capítulo.

Como debe ser, se dijo. Bárbara es, sin la menor duda, uno de los personajes principales de esta historia.

Pero le inquietó la posibilidad de que el hecho de que la muchacha le hubiera robado el corazón resultase demasiado evidente. Al fin y al cabo, Jean leería el libro, tarde o temprano. Lo mismo que Bárbara. E incluso Pete, que no leía nunca, seguro que se iba a lanzar a través de las páginas de aquella obra. No puedo dejar que se formen una idea equivocada.

Vale más que te andes con cuidado, se avisó. Vigila bien cuando lo revises. Elimina cuanto resulte sugerente en exceso.

Aunque anhelaba seguir, Larry sentía demasiado calor. Se quitó la sudadera, se estiró y emitió un suspiro de placer cuando se le tensaron los músculos y la templada brisa le acarició la piel. Se levantó, volvió a estirarse y pasó al cuarto de baño. Se aplicó desodorante bajo las axilas. Orinó. Después entró en la alcoba y echó las prendas del

chándal encima de una silla. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta también de manga corta. Aquellas piezas sueltas y ligeras dejaban entrar el aire. Se sintió mucho mejor mientras se encaminaba a la cocina.

Encontró en el frigorífico un huevo pasado por agua. Le quitó la cáscara y empezó a comérselo encima del cubo de la basura. Estaba seco en la boca. No ignoraba que, para que su sabor mejorase, tendría que echarle un poco de sal. Pero no tenía ganas de molestarse. Continuó de pie ante el cubo de los desperdicios hasta que dio cuenta del huevo. Luego se llenó de nuevo la taza de café y regresó al estudio.

El segundo capítulo fluyó con la misma soltura que el primero. Pero se mostró más cauto con él. Censuró su voz mental, negándose a teclear varias descripciones que reflejaban la apariencia física de Bárbara. Cuando llegó a la parte referente a las ruinas de la vieja casa de piedra que dejaron atrás poco antes de llegar a Llano de la Artemisa, Larry hizo un alto. Rellenó la pipa, la encendió y se quedó mirando la pantalla. ¿Debía omitir el diálogo de Pete y Bárbara acerca de los polvos con que se regalaron en aquel lugar?

Se suponía que era una historia real y verídica. Bárbara y Pete dijeron aquellas cosas.

Ya se ha apartado esto un poco de la verdad, comprendió. Ciertamente he alterado ciertos detalles al presentar mi propia versión.

Diablos, la conversación se produjo. Cuéntala tal como se desarrolló. Además, aclarará mucho en lo que concierne a sus relaciones, contribuirá a presentados como personas de carne y hueso, los hará más auténticos.

—Pasamos demasiado tiempo follando entre aquellos montones de cascotes.

—Cuidado, señor.

Por el tono de la voz de Bárbara, comprendí que Pete no había hablado en sentido figurado. Supuse que debió ocurrir tal cual y me imaginé a mí mismo con Jean entre aquellas paredes medio derruidas. Probablemente el duro suelo me destrozaría las rodillas. Pero era excitante. Y me sorprendí deseando que estuviésemos allí, entonces, en aquel momento, en vez de ir en la furgoneta con Pete y Bárbara rumbo a los restos de una ciudad fantasma.

Larry dedicó una mueca a la pantalla. Muy bien hecho.

Continuó escribiendo. Todo salió con fluidez, hasta el instante en que Bárbara se alejó para atender las exigencias de la naturaleza. ¿Debía poner eso también? Si no lo incluía, ¿cómo me las iba a componer para llegar al cauce seco del arroyo que corría por la parte posterior del Holman's?

Decidió explicarlo exactamente como ocurrió.

Así lo hizo: Bárbara se alejó, Pete fue en su busca, la espera, la preocupación, Jean y él yendo finalmente a ver dónde estaban. Los cuatro en la hondonada, dedicados a examinar la radiogramola.

Y entonces sonó el timbre de la puerta.

Larry consultó el reloj. Las once menos diez. Gruñó al tiempo que se levantaba. Recorrió la distancia hasta la puerta sobre unas piernas que parecían demasiado débiles para soportarle.

Parpadeó a fin de quitarse el sudor de los ojos y abrió la puerta de la calle.

Pete, con un polo de punto y pantalones vaqueros, parecía descansadísimo, alerta, frío, jovial y animado.

—¿Haces ejercicio? —preguntó, mientras entraba.

—Estaba escribiendo.

—No sabía que escribir resultase un trabajo tan duro. Debes salir a tomar el aire, hombre, aquí dentro hace más calor que en el infierno.

—Sí —murmuró Larry. Separó de los glúteos el fondillo de los pantalones—. ¿Quieres café o algo?

Pete negó con la cabeza.

—Ya he tomado mi dosis matinal.

—Al verte tan rozagante y pletórico de energía me entran unas ganas locas de vomitar.

Pete se echó a reír.

—Pareces la muerte resucitada. ¿Por qué no te das un repaso de agua y jabón y te vienes con nosotros? Bar y yo pensamos cruzar el río y disfrutar de un poco de acción de casino. Nos encantaría que vinieras con nosotros.

Larry tuvo la impresión de que la cabeza volvía a llenársele de pelusa.

—Te estás quedando conmigo. Lo más probable es que me derrumbase.

Se frotó la cara. Bostezó.

—¿Estuviste levantado anoche hasta muy tarde?

—Ja, ja. Habré dormido cosa de una hora.

—Pues te convendría dormir como yo. Me siento en plena forma, igual que un millón de dólares.

—A propósito... Empecé el libro.

—¿El libro?

—Sí.

—¡Fantástico! Hombre, no pierdes el tiempo.

—Quizá lo que quiero es acabar de una vez.

—¿De verdad lo estás escribiendo ya?

Larry asintió. Le pesaba enormemente la cabeza.

—Ya casi tengo concluido el tercer capítulo. Es..., estoy lanzado. Es realmente impresionante.

—Bueno, Dios, no seré yo quien te interrumpa. Olvida lo que dije sobre los casinos. Le diré a Barb que no pude arrastrarte fuera de casa.

—¿No le has contado nada sobre... la cosa?

Pete le miró como si Larry hubiese perdido el juicio.

—Se va a enterar tarde o temprano.

—Cuanto más tarde, mejor. ¿Cuánto puedes escribir antes de que Jean y Lane estén de vuelta?

—No lo sé.

—Tienes lo que resta del día de hoy y todo mañana. Además, el ataúd está bastante bien escondido. Puede que transcurra una semana antes de que alguien lo descubra. Rayos, para entonces, ¿quién sabe? Es posible que tengas el libro tan adelantado que ya ni siquiera importe.

—No lo sé —repitió Larry.

—¿Cuántas páginas has escrito?

Larry se encogió de hombros.

—Alrededor de treinta, creo.

La cara de Pete se encendió de entusiasmo.

—¡Fabuloso! Treinta. Es increíble. ¿Todo eso lo has hecho esta mañana? Pues no me extraña nada que parezcas una braga.

—Gracias.

—Eh, yo me largo. Vuelve a la tarea y sacúdete unas cuantas páginas más. Es tremebundo. —Salió por la puerta y luego se volvió hacia Larry—. Si te entran ganas de echar un trago y cenar, déjate caer por casa hacia las cinco.

—Vale. Gracias. Aunque, no sé.

Cuando Pete se marchó, Larry anduvo tambaleándose hasta la cama. Se desprendió de las húmedas prendas y se desplomó encima del colchón.

“Descabezaré sólo un sueñecito”, pensó.

Se despertó, jadeante por la falta de aire y empapado de sudor. El reloj de la mesita de noche indicaba que eran las dos y cuarto.

Capítulo 18

De pronto, se dio cuenta de que la habitación estaba completamente a oscuras, salvo por el fulgor ambarino de las palabras que brillaban en la pantalla del ordenador. Oscuridad y frío. Por la abierta ventana entraba un más que fresco aire nocturno. Comprobó que estaba sentado, rígido y tembloroso, que le castañeteaban los dientes a causa del vientecillo que recorría su piel desnuda.

Desorientado, entornó los ojos para consultar la borrosa esfera del reloj. Las siete y diez.

Imposible. ¿Qué había pasado con el tiempo? No ignoraba que se había entusiasmado con el relato, pero le costaba trabajo creer que se hubiera sumergido en él hasta el punto de permitirse el lujo de perder los combinados y la cena.

Ni siquiera se había percatado de que estuvo una hora escribiendo a oscuras, casi desnudo y medio congelado.

Leyó la última frase.

Con una extraña, mezcla de tristeza y esperanzada ilusión, vi doblar la esquina y desaparecer el coche en el que mi esposa y mi hija se alejaban, rumbo a un fin de semana que pasarían sin mí.

—Santo Dios —murmuró.

Fue al principio del capítulo. Su encabezamiento era “Capítulo sexto”. La página no estaba numerada. ¿Cuántas había escrito aquel día? ¿Setenta? ¿Ochenta?

Su producción normal era de siete a diez páginas diarias.

La mayor cantidad que redactó en un día fue treinta. Se trataba de un bodrio romántico que tuvo que escribir años atrás, cuando andaba escaso de fondos y su agente le contrató dos noveluchas rosa a mil pavos por cabeza. Un trato leonino. Acababa de duplicar su plusmarca.

“Y aún no he terminado”, pensó.

¡Cielos!

Cruzó los brazos sobre el pecho, para entrar en calor, y meneó la cabeza.

“Bueno —pensó—, ésta es una historia verídica. Me limito a, más o menos, dar cuenta de lo que sucedió”.

De todas formas, resultaba asombroso.

Larry se secó con una toalla y se embutió en sus pantalones cortos. Aún estaban húmedos, pero su contacto era fresco. Se preparó en la cocina un vaso de té helado. Puso en la bandeja un poco de salchichón, un trozo de queso y unas galletas y lo llevó todo, junto con el té, al cuarto de trabajo.

“Trabajaré un par de horas —pensó—. Luego tomaré una deliciosa ducha fría, me vestiré y me acercaré a casa de Pete y Bárbara”.

Sería maravilloso. Acomodado fuera en su compañía, como ayer, tomaremos unos combinados y...

Leyó las últimas frases de la pantalla y añadió otra más. Después otra. El relato fluía con desenvoltura, las palabras nacían en su cerebro y volaban siempre por delante de los dedos encargados de teclearlas.

Estaba metido en la historia. La vivía.

El té helado y las galletas habían desaparecido. Encendió una pipa. Se tomó otro vaso de té. Cuando lo hubo acabado no fue capaz de arrancarse del relato para ir a prepararse otra infusión. Escribió y escribió. Se secaba el sudor del rostro pasándose el antebrazo. Las gotas de transpiración le resbalaban por el pecho y los costados, cosquilleándole hasta que la cintura de los pantalones las detenía. Más tarde, una leve brisa le refrescó la húmeda piel. También se la enjugó. Tenía la boca reseca. Se dijo que lo dejaría en seguida para ir a casa de Pete y Bárbara a tomar unas copas. Cuando acabara aquella página. O la siguiente.

Si se hubiera acercado a casa de Pete y Bárbara...

Comprendió que debía telefonarles para excusarse. Salió del gabinete de trabajo y cruzó algunas habitaciones, por las que fue encendiendo las luces. En el dormitorio, se quitó los pantalones cortos y se puso el chándal y unos calcetines. Como si le sentase mal desprenderse del frío, la piel le picó y hormigueó. Larry se frotó por encima de la tela, mientras se dirigía a la cocina.

Clavada con una tachuela en el tablón de avisos puesto junto al teléfono estaba la tarjeta en la que Jean tenía anotados los números de urgencia, junto con los de los talleres de reparación y los de algunas amistades. Larry encontró allí el teléfono de Pete y Bárbara.

“¿De veras quería llamarlos?”, se preguntó. Había sido una invitación abierta, no la clase de convite que requiriese unas disculpas formales. No tendría mucha importancia el que se hubiera presentado o no.

Seguro que, si les llamo, me van a decir que vaya ahora mismo. Probablemente, iré. Y entonces se acabó hoy el escribir.

Por el amor de Dios, ya he escrito bastante para un día. Y también para una semana.

Pero, si continúo al pie del cañón, puedo llevar la historia hasta el momento presente. Y ya estará hecho. En cuanto la sitúe en el instante en que escondimos el ataúd en el garaje, no quedará nada que contar. Mañana me las entenderé con las correcciones de *Casa de locos*, el lunes pondré el original en el correo, y durante la semana que viene remataré *Extraño en la noche*. Y luego me meteré en serio con *La caja*.

Sólo si no voy esta noche a casa de Pete y Bárbara.

Se apartó del teléfono y abrió el congelador del frigorífico. Sus ojos revisaron el contenido. Un montón de cosas donde elegir. La lasaña sería fácil de preparar. Cuestión de dejarla unos minutos en el microondas.

Demasiada complicación.

Cerró el congelador y echó un vistazo al resto del frigorífico. Encontró allí un paquete de salchichas. Lo abrió, sacó una húmeda salchicha y se la llevó a la boca. La sostuvo entre los labios como si se tratase de un cigarro puro de color rosa; volvió a guardar el paquete. Sacó un botellín de cerveza Michelob, le quitó la cápsula y regresó al estudio.

Reanudó la escritura. La salchicha y la cerveza le distrajeran durante unos minutos, pero cuando acabó con ellos se sumergió a fondo en la historia. Estaba allí, en el domicilio de Pete y Bárbara, primero en el patio y después dentro de la casa, y lo explicó todo según

sucedió. Casi. Como por acto reflejo, censuró toda mención a la atractiva presencia física de Bárbara Y a sus propias reacciones ante la mujer. Después se encontró en la furgoneta, con Pete. A continuación, en el barranco, detrás del Holman's.

Cuando tecleó: Tengo que ir a hacer aguas, se dio cuenta de que precisamente eso era lo que necesitaba. Pasó al lavabo. Mientras orinaba, pensó en lo que seguía.

El hallazgo de la fogata del sujeto que se comió el coyote.

Un escalofrío serpenteó por su espalda.

Tiró de la cadena, regresó hacia el estudio y se quedó contemplando la silla que estaba esperándole al otro lado del umbral de la puerta.

“Me parece que malditas las ganas que tengo esta noche de escribir sobre eso — pensó—. Ni sobre el devorador de coyotes, ni acerca de lo que ocurrió en el hotel”.

Se alejó del cuarto de trabajo. Se encaminó a la cocina y miró el reloj. Las diez y cuarto.

“Tampoco es tan tarde como para que, si empieza uno a escribir, se le pongan por corbata”, se dijo.

“¡Y estoy muy cerca del final!”, pensó.

Un par de horas más y habrás terminado.

Vale, ve a sentarte allí y dale al teclado.

Con un poco de ayuda.

Puso unos cubitos de hielo en un vaso con vodka y añadió un chorrito de zumo de Lima Rose's. Tomó un sorbo.

Dejó escapar un suspiro de placer. Bebió un poco más. Luego llevó el vaso al estudio, se derrumbó contra el respaldo de la silla y contempló la pantalla.

“En cuanto este mejunje te sacuda el organismo, serás incapaz de escribir”.

Por Satanás, esto no es escribir, esto es teclear.

El efecto de la cerveza apenas hizo que los dedos actuaran sobre las teclas de un modo ligeramente más chapucero. Pero el vodka enredaría las palabras de mala manera.

“¿Qué más da? —se preguntó—. Lo arreglas cuando lo revises. O no lo hagas. Deja que, para variar, la correctora haga algo constructivo. Si tiene que corregir los errores, a lo mejor no mete la cuchara en los textos que están perfectos”.

Tomó unos traguitos más, dejó el vaso y se enfrentó a la fogata apagada, los huesos y la cabeza del coyote a la que habían arrancado los ojos.

Se alegró de tener el vodka en el coleteo. Aunque las palabras seguían saliendo con fluidez, se notaba un tanto desconectado, más espectador que participante. Describió el miedo y la repugnancia del personaje de Larry, pero no acababa de sentirlos.

Luego estuvieron ya fuera de la hondonada. Después, en la furgoneta. Acto seguido, se dispusieron a entrar en el tenebroso vestíbulo del hotel.

Tenía el vaso vacío. Lo llevó a la cocina. Esa vez no se molestó en añadir zumo de lima al vodka. Se sentía maravillosamente cuando regresó al ordenador. Tomó un trago. Llenó una pipa y la encendió. Miró la última frase de la pantalla.

Codo con codo, franqueamos el umbral y entramos en la negra boca del hotel.

Meneó la cabeza, sonriente.

—Me encargaré de eso más adelante —murmuró.

Dio una chupada a la pipa, observó el teclado para asegurarse de que tenía los dedos situados correctamente y prosiguió.

Escribió, sorbió vodka y fumó su pipa.

Sin que supiera cómo, un momento después, la boquilla de la pipa giró entre sus dientes, la cazoleta se puso boca abajo y la sudadera y el regazo se le llenaron de ceniza. Menos mal que no cayeron brasas. Larry sacudió el polvo gris que sembró su ropa, dejó la pipa a un lado y tomó otro traguito.

Cuando miró la pantalla, veía doble.

—¡Oh, estoy listo! —murmuró.

Mediante un pequeño esfuerzo, sin embargo, consiguió que sus ojos leyeran las líneas de letras color ámbar:

—¡Quita la mano de esa estaca!

Pete soltó la estaca automáticamente.

—¡Está fuera! ¡Cristo! No dispares.

—Oh, mierda —murmuró Larry.

Puso los cinco sentidos en la tarea, sabedor de que perdería una buena cantidad de trabajo si no conseguía grabar lo escrito, pulsó las teclas de la función de archivo y después siguió el procedimiento habitual para salir del programa. Extrajo el disquete y apagó el ordenador.

—Será mejor que me meta en el sobre —murmuró.

Larry se despertó, pero no lograba decidirse a abrir los ojos. Tenía la sensación de que le habían partido la cabeza con un hacha. La lengua, seca, estaba pegada al cielo de la boca. Tiritaba de frío y la cama parecía estar hecha de hormigón armado. Alargó una mano, al tiempo que bregaba para despegar la lengua. Cerca de la cintura, sus dedos tropezaron con la manta y la subieron. Eso ayudó un poco, pero no mucho. La verdadera frialdad estaba debajo de su cuerpo.

“¡Estoy tendido encima de cemento!”

Se obligó a abrir los párpados.

Aunque la luz era escasa, comprendió que ya había amanecido y reconoció el sitio donde estaba.

En su garaje.

De pronto, el corazón empezó a enviar, con sus latidos, calientes púas de dolor que se le clavaban en el cuello y en la cabeza.

Se encontraba hecho un ovillo, de lado, lo bastante cerca del ataúd como para tocarlo.

“¡Oh, Jesucristo!”

Volvió la cara, apartándola del féretro, y se incorporó de golpe. El dolor de cabeza le llenó de lágrimas los ojos. Al retroceder con titubeantes movimientos, sus pies descalzos pisaron un charco de vómitos. Se desparramaban por debajo de su cuerpo. Sus nalgas desnudas chapotearon sobre el piso del garaje.

Sentado allí, se cogió la cabeza con ambas manos y parpadeó para aclararse la vista.

Vio que estaba en cueros vivos.

Observó que la manta caída en el suelo, cerca del ataúd, la que había utilizado para taparse él, era la misma manta pardusca que cubría el cadáver.

“¡Estaba sobre mí! ¡Tocándome!”

Larry empezó a emitir un sonido lloriqueante. Aplastó una mano sobre la boca y se contempló. No tenía nada encima de la piel.

“¿Qué esperabas? —pensó—. ¿Piojos?”

—¡Oh, Jesús! —exclamó, y su voz sonó con agudo tono de adolescente femenina.

Separó el pie izquierdo de aquel líquido viscoso y se levantó.

El marchito cadáver continuaba dentro del ataúd, con la estaca aún clavada en el pecho. Gracias a Dios.

Al menos no había arrancado la estaca.

¿Qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo allí?

No lo sabía. Lo que sí sabía era que cuanto antes se marchara, mejor. Tenía que ducharse, y rápido, quitarse de encima aquella horrible sensación cosquilleante que dejó la manta.

El pie izquierdo estaba cubierto por una pasta de vómitos. Como no deseaba extenderlos más, atravesó cojeando el rebosante garaje hasta una puerta lateral. Estaba abierta. La luz del sol hizo que le dolieran los ojos. Entornó los párpados y se sostuvo agarrándose al marco de la puerta. A juzgar por la frescura del aire, supuso que era bastante temprano. Tal vez las siete de la mañana.

¿De qué día? Trató con todas sus fuerzas de concentrarse.

La borrachera la había cogido el sábado por la noche. De modo que debía de ser domingo.

“Desde luego, va de mas que lo sea”, penso.

Jean Y Lane no llegarían hasta la noche.

“¿Y si volvieron antes a casa?” “¿Y Si estamos a lunes?”

“Mierda —pensó—. Ya tienes bastantes problemas sin necesidad de que te inventes más. De estar en casa, me habrían encontrado”.

Desnudo en el garaje con un maldito cadáver.

Eso hubiera sido... No quiero ni pensarlo. No ocurrió.

El patio estaba rodeado por una cerca, así que dispuso de intimidad.

Cruzó el camino cojeando. Cuando llegó al césped, se limpió el pie frotándolo contra la hierba húmeda de rocío. Aún quedó vómito entre los dedos. Se llegó a la manguera del jardín, dio el agua y se lavó bien el pie.

Luego, corrió por el paseo de acceso y entró en la cocina por la puerta corredera de cristal. Reinaba el silencio en la casa, con la excepción del tenue zumbido del frigorífico.

Sus pies mojados dejaron en el suelo pequeñas briznas de hierba al dirigirse al cuarto de baño. Las limpiaría después.

Tendría que limpiar muchas cosas.

Después.

"La manta. La tuve encima".

Pero tenía dos caras, se dijo. El cincuenta por ciento de probabilidades de que la cara que tocó el cadáver fuese la que...

No era el cincuenta por ciento.

Si él quitó la manta de encima del cadáver de la chica...

¿Toqué a la muchacha?

Horrorizado ante aquella idea, contempló sus temblequeantes manos.

¡Oh, Dios! ¡Pude haber hecho cualquier cosa!

Fue dando bandazos hasta el cuarto de baño, cerró la puerta y se llegó tambaleante a la bañera. Se puso de rodillas, alargó la mano y abrió los grifos. Salió el agua por el caño.

Mantuvo las manos debajo del chorro.

Todos los perfumes de Arabia...

—No la toqué —dijo Larry.

Mal asunto si me abrigué con la manta.

Accionó el grifo de la ducha, luego se metió en la bañera y corrió la mampara de cristal. El agua caliente repicó contra su cabeza. Se deslizó por su cuerpo, aliviando el frío y eliminando parte de la tensión de sus músculos. Cuando dejó de temblar, se frotó con una pastilla de jabón. Enjuagó la espuma, se enjabonó de nuevo y se volvió a aclarar antes de aplicarse champú a la cabeza.

Al salir de la bañera se sentía mucho mejor.

¡Si pudiera recordar lo sucedido!

“Quizá sea mejor que no lo recuerdes”, pensó. Después de secarse, tomó Alka—Seltzer. Luego se engulló dos aspirinas, por si acaso.

Salió del cuarto de baño, rebosante de vapor por entonces. En la alcoba, encontró el chándal tirado en el suelo. Su lado de la cama estaba abierto, la almohada hundida, la sábana de abajo arrugada.

De modo que anoche te acostaste, se dijo. Pero luego te volviste a levantar y fuiste al garaje. Sin duda decidí echarle una mirada al cadáver, Dios sabrá por qué.

Debió de haber alguna razón.

Quizás ella deseaba que lo hicieras.

—Aterrador —murmuró Larry.

Se sentó en el borde de la cama y se frotó la cara. “Nunca debí beberme aquel vodka”.

De espaldas al ataúd, Larry limpió los vómitos del suelo del garaje empleando toallas de papel. Las puso en una bolsa de basura de plástico, dejó ésta en el fondo del cubo de desperdicios y la cubrió con los restos de la hierba que había en el depósito de la segadora de césped. Con la certeza de que Jean jamás encontraría aquellas pruebas, regresó al garaje. Llenó un cubo de agua y fregó bien la zona con una esponja previamente humedecida. Después, limpió cuidadosamente el cubo y la esponja.

Todo lo que quedaba entonces era una mancha de humedad en el hormigón. El calor del día no iba a tardar mucho en encargarse de ella.

Abrió la puerta exterior para que entrasen el aire y los rayos solares.

Desde allí fuera, el garaje parecía perfectamente normal. La zona húmeda, la manta y el ataúd quedaban ocultos a la vista, tras los estantes y pilas de cajas.

Meneó la cabeza. Fuera cual fuese su condición física, tuvo suficiente conciencia como para salvar el virtual obstáculo que se le presentara y llegar al rincón donde permanecía escondido el féretro. Y lo hizo a oscuras, al parecer.

¿Qué voy a escribir sobre esto?, se preguntó.

No escribas nada.

He de hacerlo. Es parte de la historia. Y necesitas llenar más páginas, si piensas sacar todo un libro de esta aventura.

“Deja a un lado el asunto de la desnudez —pensó—. Cuenta la cosa tal como ha sucedido, pero conserva la ropa puesta. Si no, la gente va a empezar a pensar que tú...”.

No lo hice, se dijo a sí mismo. De ninguna manera.

“¿Qué estabas haciendo aquí?”

Comprendió de pronto que le era imprescindible echar un vistazo de cerca al cadáver.

Además, tengo que tapanlo otra vez.

Entró en el garaje. El corazón aceleró estruendosamente sus latidos y agitó los restos del dolor de cabeza.

Se abrió paso entre estantes, baúles y cajones, hasta llegar al rincón oscuro donde descansaba el ataúd. La mancha húmeda del cemento casi había desaparecido. Se acercó a la manta y bajó la mirada hacia el interior del féretro.

El cuerpo tenía el aspecto fantasmal de siempre: apergaminado y huesudo, la piel reseca y parda, los pechos aplastados, la boca abierta y los labios retorcidos en una sonrisa espantosa, con todos los dientes a la vista.

No parecía que hubiesen movido el cuerpo. Yacía boca arriba en el fondo del ataúd, con la estaca proyectada hacia arriba, en la misma posición de antes, con una de las enjutas manos en la cadera.

Larry frunció el entrecejo.

El brazo izquierdo, el que estaba al otro lado del cadáver se doblaba por el codo. La mano descansaba, con la palma hacia abajo, encima del hueso de la cadera. Las yemas de los dedos parecían enredarse en los rizos rubios pálido del vello púbico.

Anteriormente (Larry estaba casi seguro), ambas manos se encontraban fuera de la vista, en el resquicio, estrecho y oscuro, que quedaba entre el cuerpo y los lados del féretro.

Estaba seguro de que, si hubiese habido una mano a la vista, se habría dado cuenta.

Sobre todo, teniendo en cuenta que aquella mano lucía un anillo.

Larry se agachó para mirar de cerca.

¿Un anillo escolar? Rodeaba el granate un ribete de plata deslucida que parecía grabada.

—¡Toledo santo! —murmuró.

¡Podía proporcionar una pista para descubrir la identidad del cadáver!

¿Pero cómo se las arregló la mano para encontrar su camino hacia la superficie de la cadera? Evidentemente, el propio cadáver no la había puesto allí.

“Debí hacerla yo, anoche”, pensó.

“¡Toqué esa maldita cosa!”

Larry se oyó gemir.

Con una mezcla de disgusto y excitación, se dirigió con paso rápido a la parte del garaje donde tenía las herramientas. Puede que hubiese tocado el cadáver la noche anterior, pero seguro que no tenía intención de volver a hacerlo. Encontró unos guantes de jardinería, se los puso y regresó apresuradamente junto al ataúd.

Arrodillado, pasó la mano por encima del cuerpo. Levantó con la izquierda la huesuda muñeca. Utilizó el índice y el pulgar de la derecha para sacar el anillo.

Comprendía que, tarde o temprano, Pete iría a visitar el cadáver y, con toda seguridad, observaría la nueva postura de la mano. Era cuestión, pues, de ponerla otra vez donde estuvo antes.

Larry arrugó la nariz mientras apretaba la mano en torno a la muñeca, a la que aplicó un ligero empujón. El brazo resistió. Larry empujó con un poco más de energía, forzando el brazo. Esa vez, la mano del cadáver se movió. Larry se encogió ante los chasquidos que produjo el brazo. Sonaba como hojas secas a las que desmenuzan. Los ojos de Larry dispararon la mirada hacia el rostro de la muerta. Tuvo la impresión de que el cadáver dibujaba una mueca de dolor, enseñando los dientes.

—¡Cristo! —murmuró Larry. Hay que hacerlo, se dijo.

Soltó la muñeca, trasladó el anillo a su mano izquierda y cogió la muñeca con la mano derecha. Empujó con fuerza y llevó el brazo hacia el fondo del ataúd. El hombro se elevó. La cabeza empezó a levantarse. Larry chilló. Se produjeron entonces unos chasquidos cartilagosos, coronados por un taponazo. El brazo quedó inerte en la mano de Larry y el cuerpo cayó para ocupar de nuevo la posición que tenía antes. Larry puso el brazo contra el costado del cadáver y se alejó dando tumbos.

Atravesó el garaje, corriendo en zigzag por el laberinto de aquel desorden, y no frenó su carrera hasta verse a salvo dentro de la casa.

Empujó la puerta corredera. La cerró con llave. Oprimió la cara contra el cristal y se quedó mirando el abierto garaje.

“Me he comportado como un idiota”, pensó.

¡Pero, Dios!

Cuando recobró el aliento, abrió la temblorosa mano. Levantó el anillo y se lo acercó a la cara.

Labradas en el aro de plata que rodeaba el granate aparecían las palabras: “Instituto Buford”, y la fecha: “1968”. Miró hacia el centro del anillo.

En el interior del aro había un nombre.

“Bonnie Saxon”.

Capítulo 19

"Contemplé atónito aquel anillo. El estremecedor cadáver de mi garaje ahora tenía nombre. Bonnie. Un nombre bonito, agradable y más bien alegre.

"Tal vez sea una muchacha vampira. Alguien lo creyó así, la mató clavándole una estaca y empleó un crucifijo para sellar la tumba improvisada. ¿Pero era una vampira llamada Bonnie?

"A mí, ahora me parece menos espeluznante que antes. "La criatura momificada y aterradora del ataúd puede que sea verdaderamente un monstruo demoníaco que se bebería mi sangre si volviera del reino de los muertos, pero en otro tiempo fue una chica. Bonnie, bonita. Una guapa chavala.

"Asistió al mismo instituto al que va mi hija, Lane. Recorrió los mismos pasillos, quizá se sentó en las mismas aulas, puede que incluso tuviera los mismos profesores que Lane. Fue una muchacha que almorzó en la cafetería del instituto, que probablemente lucharía a muerte contra el sueño para mantenerse despierta durante las clases de primera hora de la tarde, que lo pasaría fatal preocupada por los exámenes, los deberes y las espinillas.

"Una adolescente. Que estudiaba. Que veía la televisión. Que escuchaba los últimos éxitos musicales con el aparato a todo volumen. Que iba al cine, a los partidos de rugby escolares, a los guateques y a los bailes. Que tendría novios y pretendientes.

"El ser repugnante de mi garaje fue en otro tiempo una preciosa jovencita llamada Bonnie".

Sonó el timbre de la puerta de la calle. Larry dio un respingo. Apretó una tecla para que las palabras de la pantalla del ordenador quedasen fuera de la vista, luego ocultó el anillo debajo de una carterita de cerillas y los papeles de encima de la mesa en los que tenía sus notas. Se apresuró a través del salón de estar.

Medio esperaba que la persona que estaba ante la puerta fuera Pete.

Acertó.

—¡Eh, compañero! —Tras lanzar una mirada hacia su propia casa, Pete observó a Larry con expresión pícara—. Barb ha ido a comprar provisiones de boca. Se me ocurrió que podía darme un garbeo hasta aquí y comprobar cómo marcha nuestro *best-seller*.

—No demasiado mal.

Pete entró y Larry cerró la puerta.

—Doy por supuesto que te diste ayer una buena paliza —comentó Pete.

—Sí, va saliendo bastante bien. Y lamento no haberos acompañado anoche a cenar. Se me fue el santo al cielo, el tiempo voló y...

—No te preocupes. ¿Cuántas páginas tienes ya?

—No lo sé. Un puñado.

—Tremendo. ¿Me dejas leerlas? —preguntó, al tiempo que se derrumbaba en una silla.

Larry confió en que su alarma no le aflorase al rostro.

—Todavía no están impresas —eludió.

—Bueno, pues imprímelas ahora. Por mí no te prives.

—Llevaría horas —dijo Larry. Se sentó en el sofá, apoyó los codos sobre las rodillas y meneó la cabeza mientras miraba a Pete—. Además, he de hacer un sinfín de correcciones. Tal como está, las faltas te impedirían entenderlo bien.

—¿Cuándo podré leerlo, entonces?

—¿Qué te parece cuando esté acabado del todo? —sugirió Larry, y se esforzó en sonreír.

—¡Eh, venga ya!

—No, de veras. Creo que lo mejor es que no leas nada del libro mientras trabajo en él. Me cohibiría demasiado.

—¡Oh, vaya chorrada!

—Te lo digo en serio.

—¿Y mis aportaciones? Puede que te olvides de algo.

—Cuando lo haya terminado, te pasaré una copia. Si quieres añadir o cambiar algo, no tendré inconveniente en revisar el original. ¿De acuerdo?

—Eso es como verse relegado a plato de segunda —dijo Pete, con cara larga.

—Quieres que escriba la cosa, ¿no?

—Sí, claro. Pero...

—No puedo hacerlo si tengo que pasarte cada capítulo para que lo inspecciones mientras yo tiro adelante. Lo dejaré ahora mismo...

—Jesús, no hace falta que te mosquees. Hazlo a tu modo.

Sólo sentía curiosidad, nada más.

—En fin, está bien —dijo Larry, aliviado al ver que Pete se avenía a darle carta blanca—. No pretendía enfadarme por eso.

—¿Qué es un enfado entre amigos? —dijo Pete, sonriente—. De todas formas, ¿marcha bien?

—Como una seda, creo.

—¿Qué viene ahora?

—Bueno, he de hacer esas revisiones.

—Me parece que tenemos que ponernos a pensar en el modo en que presentaremos la noticia a las mujeres —dijo Pete—. Jean estará aquí esta noche, ¿no?

—Sí. Esta noche.

—¿Vamos a llevarlas a Barb y a ella al garaje y se lo enseñaremos? ¿O las iremos poniendo en antecedentes poco a poco?

—"¿A que no adivináis qué nos trajimos a casa el sábado por la noche...?"

—Algo así.

—Supongamos que lo mantenemos todo en secreto.

—¿Bromeas?

Larry negó con la cabeza, repentinamente.

—No nos dejarán tener el cadáver por aquí. De ninguna manera. Les digamos lo que les digamos, nos obligarán a desembarazarnos de él.

—Lo encontrarán, tarde o temprano.

—Esperemos un poco. Podemos contárselo cuando lo tengamos todo a punto para arrancar la estaca. Para entonces, el libro estará casi terminado.

—Sí. Naturalmente, se pondrán en los cuernos de la luna si les decimos que vamos a arrancar la estaca clavada.

—Diste en el clavo.

—No intentaba hacer ningún juego de palabras —dijo Pete.

Larry permaneció un momento con las cejas enarcadas, pensativo.

—Vale. Primero arrancamos la estaca y después les contamos lo que hicimos. En plan hecho consumado. Entonces, será demasiado tarde para que nos estropeen el asunto.

—¡Hombre, se subirán por las paredes! —sonrió Pete.

—Seguro. Pero el libro encontrará editor en seguida. Éxito de ventas o no, no me cabe la menor duda de que nos producirá un montón de pasta. Lo cual nos sacará de cualquier follón que tengamos con las chicas.

—Quizá ni siquiera tengan que enterarse —dijo Pete hasta que hayas colocado la obra.

—Si actuamos bien. Lo que debemos hacer es ocultar mejor la cosa. En estos momentos, cualquiera que entre en el garaje puede tropezarse con el cadáver.

—Pero es que nosotros utilizamos el nuestro. No podemos...

—Lo sé, lo sé —dijo Larry.

Estaba perfectamente enterado de que Pete y Bárbara guardaban los coches en su garaje, mientras que Jean y él sólo usaban el suyo como almacén.

—Hay un espacio muerto debajo de nuestra casa —informó Pete—. Supongo que podríamos meter el féretro allí. Si nos damos prisa, podemos haber hecho el traslado antes de que Barb vuelva de la tienda. Habrá que pasarlo por encima de la cerca. Si lo llevamos por delante de los edificios, alguien que esté mirando puede vernos.

—No es preciso —dijo Larry—. Conozco el sitio ideal para esconder la cosa.

“Debimos ponerlo allí desde el principio —pensó—. Quizás así no habría acabado pasando la noche con el cadáver”.

—¿Dónde? —se interesó Pete.

—Ven. Nos encargaremos de ello ahora mismo.

Salieron por la puerta de la cocina y avanzaron por el camino de acceso al garaje. Las puertas de éste continuaban abiertas. Cuando entraron en la parte sombreada del garaje, Larry confió en que no hubiera rastro de la mancha del suelo.

“Debe de estar seca ya”, pensó.

Unos metros más allá de la entrada había una plataforma de madera, rectangular, de unos quince centímetros de altura. Larry subió a ella, levantó los brazos y agarró una cuerda que colgaba del techo. Tiró del anudado extremo de la soga. Giró sobre sus goznes un panel de madera contrachapada que había en el techo.

—Estupendo —comentó Pete—. Una trampilla.

En la parte superior tenía sujeta una escala de tres secciones. Larry bajó la escala hasta que las zapatas de los raíles se apoyaron firmemente en la plataforma.

—Nos va a costar un huevo subir el ataúd ahí arriba —comentó Pete.

—Es el escondrijo perfecto —le aseguró Larry—. Ahí nadie lo va a buscar.

Se apartó a un lado. Pete subió por la escala y echó un vistazo al desván.

—Sí —ponderó—. Será estupendo si conseguimos aprovecharlo. —Emprendió el descenso—. ¿Cómo es que no lo utilizáis para guardar cosas?

—Nunca subimos ahí.

—Está bastante bien. Las tablas y todo. Aunque hará un calor de todos los infiernos.

—Sonrió—. Confío en que a nuestra amigable vampira particular no le importe, ¿eh?

—Lo más probable, es que no.

Se bajaron de la plataforma. Larry encabezó la marcha hacia el rincón del fondo del garaje.

—Casi necesitamos un mapa para llegar a esa criatura —dijo Pete.

“Yo llegué a ella a oscuras”.

—Ya casi estamos.

Larry se deslizó por un pasadizo entre cajas apiladas y entró en la reducida zona abierta próxima al rincón.

El cemento se había secado.

La manta yacía amontonada en el suelo, junto al ataúd. Había salido corriendo del garaje, casi tan completamente dominado por el pánico, después de su forcejeo con el brazo, que se olvidó por completo de cubrir el cadáver.

Y ahora era demasiado tarde.

Pete apareció a su lado, se adelantó y recogió la manta. Larry tuvo la sensación de que su piel estaba en llamas.

—Viniste a echar una mirada, ¿eh?

¿Lo niego? ¿Finjo no tener idea acerca de cómo la manta fue a parar al suelo?

Pete no es idiota. Se daría cuenta al instante de que estoy mintiendo.

—Sí —ironizó Larry, simulando una expresión libidinosa—. Tuve que hacerlo. Es una muñequita tan mona, que no pude resistir la tentación.

—No te lo reprocho. ¡Vaya palmito! ¡Menudo cuerpo!

—Una nueva definición de la belleza femenina.

—Una nueva definición de la fealdad —dijo Pete.

—Pero, hablando en serio, ayer tuve que venir a echarle una mirada. En plan investigador. Llegó el momento de describirla en el libro y quise estar seguro de que el retrato era fiel.

—Fiel, claro. —Su tono pareció indicar que Pete daba crédito a la explicación. Sacudió la manta para extenderla y luego la estiró sobre el cadáver y cubrió a Bonnie desde los hombros hasta los tobillos. Después volvió a agacharse y tapó también la cara. Murmuró—: Así está mejor.

A continuación, Pete se acercó al féretro y dijo:

—¿Por qué no me encargo de la parte delantera?

Levantaron el féretro y lo transportaron a través del garaje.

—Iré delante —dijo Pete—. Será mejor, puesto que tú eres más alto. Procura mantener tu extremo lo más arriba que puedas.

Empezó a subir de espaldas por la escala, muy despacio. Cuando la caja se levantó hacia la vertical, Bonnie se deslizó en dirección a Larry, hasta que la madera del fondo del ataúd detuvo los pies del cadáver. La manta cayó del rostro.

Larry levantó su extremo de la caja. Apoyándola en el pecho, se acercó a la escala. La parte delantera del ataúd continuaba subiendo. La manta se escurrió. Pero la estaca la

sostuvo y la manta quedó colgando del palo de madera como una capa dejada en una percha de la pared.

Al llegar al pie de la escala, Larry comprendió que no le iba a ser posible subir con la caja apoyada en el pecho.

—¡Espera! —avisó.

Pete se detuvo.

Larry bajó el extremo del ataúd hasta la cintura.

—Vale.

Pete reanudó el ascenso.

Larry puso el pie en el primer travesaño de la escala. Dentro del ataúd, Bonnie casi alcanzó la perpendicular.

—¡Oh, chico! —murmuró Larry.

—¿Estás bien?

—Por ahora, sí.

—A mí me falta muy poco para llegar.

Con la rodilla, Larry impulsó la caja hacia arriba, plantó la puntera del zapato en el siguiente travesaño e intentó subir. Le resbaló el pie. Pretendió sostenerse en el peldaño de abajo y entonces se le escapó la mano. El borde inferior del ataúd chocó contra la escala.

—¡Mierda! —gritó Pete.

Larry agarró los dos lados de la caja.

Notó que se movía algo por encima de él. Alzó la mirada.

—¡No! —grito.

Bonnie, rígida y de pie, se balanceó hacia adelante y acabó derrumbándose directamente sobre él.

A Larry le pareció que todo se desarrollaba a cámara lenta. La manta se desprendió de la estaca y se deslizó hacia los pies del cadáver. La descolorida cabellera rubia se agitó detrás de la cabeza de Bonnie. El brazo derecho se mantuvo pegado al cuerpo, pero el izquierdo osciló desde el codo como si la mano quisiera agarrar al hombre. Los labios dieron la impresión de curvarse en una sonrisa de placer.

Larry se oyó chillar y oyó también el grito de Pete.

—¡Cuidado!

Larry saltó de la escala, retrocedió dando un traspié y levantó las manos. Cogió a Bonnie por los costados, justo debajo de las axilas, e intentó quitársela de encima. Pero el peso del cadáver le empujó hacia atrás. Perdió pie en el borde de la plataforma.

Creyó que su caída duraba una eternidad. Su espalda se estrelló con gran estrépito contra el piso de hormigón.

Las manos perdieron su presa y el cuerpo sin vida cayó sobre él. La punta roma de la estaca chocó contra su pecho. Desvió la cabeza a un lado. Una seca dentadura le golpeó en la mejilla. La cabellera de Bonnie planeó sobre su rostro y le cosquilleó la piel como una telaraña.

Larry se sacudió el cadáver, rodó sobre sí mismo y se puso en pie. Contempló a Bonnie con fija mirada. Jadeó en busca de aire. Tenía la sensación de que una horda de hormigas le correteaban por la piel. Bajó la vista sobre sí mismo. A excepción de un siete y

de una mancha de polvo en la pechera de su camiseta de manga corta, no observó evidencia alguna del choque.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Pete.

Larry gimió.

—Ahora mismo estoy contigo —dijo Pete, y pasó el vacío ataúd por el hueco de la trampilla. Larry le oyó deslizarse sobre las tablas del desván. Luego, Pete descendió rápidamente por la escala.

—Me temo que debimos atarla al ataúd.

—Sí. —Lo que deseaba Larry era frotarse la acobardada piel, pero no con unas manos que habían tocado el cadáver. Dijo—: Tengo que ducharme.

—No te lo reprocho. Es repulsivo. Pero, antes, pongámosla arriba, ¿eh? —Pete se inclinó sobre la cabeza de Bonnie y le pasó las manos por debajo de los hombros—. Cógela por las piernas, compadre.

Larry sacudió la cabeza negativamente.

—Yo... ejem...

—Vamos, no seas gallina.

Larry se miró las manos.

—No quiero tocar...

—¡Por el amor de Dios, Lar! La tuviste completa encima de ti. Venga, cógela por las piernas. No podemos dejarla aquí.

Pete la levantó. El cuerpo, rígido, no se dobló. Bonnie se inclinó, recta como una tabla, con la cabeza al nivel de la cintura de Pete y los talones contra el piso del garaje.

—Me parece que puedo arrastrarla yo solo —dijo Pete—. Anda, no te manches las manos. Coge la manta, ¿puedes llevar la manta?

—Sí.

Aliviado, Larry se agachó y recogió la manta.

Observó la maniobra de Pete, que tiraba del cadáver, andando de espaldas. Los talones de Bonnie, al arrastrarse por el suelo, sonaban como periódicos que alguien frotase contra el hormigón del piso.

Pete volvió a la plataforma. Cuando subió al primer travesaño de la escala, los pies de Bonnie abandonaron el suelo. El borde de la plataforma le arañó el talón de Aquiles de ambos pies y unas cuantas escamas de piel pardusca quedaron detrás. Larry hizo una mueca.

No quería tocarla. Pero le dolía ver que se la lastimaba. “Pero no está sufriendo ningún daño”, se dijo.

La parte posterior de los pies chocaba sordamente con los peldaños de la escala, a medida que Pete iba subiendo.

Larry se precipitó hacia adelante. Se puso la manta debajo del brazo derecho, cogió los tobillos de Bonnie y los levantó.

Sostuvo ambos pies contra su costado izquierdo y empezó a subir por la escala.

—Buen chico —alabó Pete.

Larry subió con cuidado. Mantuvo los ojos apartados del cadáver. Arriba, el calor era sofocante.

Pusieron el cuerpo de Bonnie dentro del ataúd. Larry lo cubrió con la manta y se apresuró a bajar. Pete le siguió. Plegaron la escala. Un tirón de la cuerda hizo que la trampilla ascendiese sobre sus bisagras de muelles. Se cerró de golpe.

Cuando se dirigían a la casa, Larry se dio cuenta de que se sentía culpable por haber dejado a Bonnie en aquel altillo tan oscuro y caluroso.

“No seas ridículo —pensó—. Está muerta. No siente nada”.

—¿Cuándo crees que debemos arrancarle la estaca? —preguntó Pete, una vez en la sala de estar.

—Supongo que cuanto antes mejor. Aunque quisiera realizar ciertas investigaciones sobre Llano de la Artemisa.

—Bueno, una idea estupenda. Quizá tuvieron problemas de tipo vampírico. Tal vez algún vampiro tuvo la culpa de que abandonaran el lugar.

—Ya veremos. De cualquier forma, necesito llenar unas cuantas páginas más.

—Bueno. Y yo necesito agenciarme una cámara de vídeo antes del gran acontecimiento. Quiero tener filmada toda la escena, ¿sabes? Será algo sensacional, digno de verse.

—Sí.

Larry le abrió la puerta de la calle.

—Te veré luego, compañero. Todo irá bien, ¿eh?

—Bueno, al menos ahora no tenemos que preocuparnos de que las mujeres puedan pescarnos.

Sonriente, Pete le palmeó en un brazo.

—Hasta luego. No te anquiloses.

En cuanto Pete se hubo ido, Larry se encaminó presuroso al cuarto de baño. Echó la ropa en la cesta de la colada y se metió inmediatamente en la bañera.

Mientras recibía el caliente rocío de la ducha se preguntó por qué se habría abstenido de mencionar el anillo. Debió contárselo a Pete, informarle de que el cadáver era el de una muchacha llamada Bonnie Saxon que se había graduado en el instituto de enseñanza media de Buford en 1968.

“¿Cómo es que no le dije nada?”, se preguntó.

Tarde o temprano, Pete se enteraría. Y comprendería que él se lo ocultó premeditadamente.

¿Y qué?

Capítulo 20

—Buenos días, señora.

Lane cerró su taquilla y se dio media vuelta.

—Vaya, hola, forastero.

Las manos de Jim estaban hundidas en los bolsillos frontales de sus vaqueros. Sonrió mientras las sacaba para que Lane las viese y a continuación volvía a hundirlas donde estuvieron.

—Como ves, están quietas.

—Lo cual te conviene. Vas aprendiendo.

—¿Tuviste buen viaje?

—Bastante bueno. Te eché de menos. ¿Qué tal te fue con Candi?

—Ah, se mostró muy agradecida. Le gustaría que te ausentases con más frecuencia.

Lane intentó mantener la sonrisa, pero comprendió que se le borraba de los labios sin que pudiese evitarlo. Apretó los brazos alrededor de la carpeta y los libros escolares que sostenía contra el pecho.

—Era una broma.

—Lo sé.

—Tú la sacaste a relucir.

—Ya lo sé. Tonto, ¿eh?

—No hubiera salido con Candi. Ni con ninguna otra. No, mientras te tenga a ti.

Volvió a florecer la sonrisa de Lane. Levantó una ceja.

—De modo que crees que me tienes, ¿verdad?

—Rayos, sabes lo que quise decir.

—Sí. Concédeme una mano. —Se puso al lado del muchacho, dejó caer uno de los brazos que rodeaban el cargamento de libros y apretó la mano que Jim le ofrecía—. ¿Me acompañas a la biblioteca?

—¿A la biblioteca?

—Tengo que cumplir un encargo.

—Sólo faltan diez minutos para el primer timbrazo.

—Es cuestión de un momento.

Cogidos de la mano, avanzaron por el atestado pasillo.

—¿Sigue en pie lo del viernes por la noche? —preguntó Jim.

—Claro. Así lo espero. Preferiría el sábado, pero...

—Hamlet...

—Lo sé. Qué coñazo.

Fuera, atajaron cruzando el patio. Jim mantuvo abierta la puerta de la biblioteca para que pasara Lane.

—Creo que voy a esfumarme —dijo el chico—. La anciana lady Swanson y yo no estamos precisamente a partir un piñón. ¿Nos vemos durante el almuerzo?

—Estupendo. Hasta entonces.

Lane dio otro apretoncito a la mano y luego entró en la biblioteca. Se fue derecha al mostrador de préstamos. Allí, la señorita Swanson se afanaba anotando los títulos de los libros pedidos por varios estudiantes.

La “anciana lady Swanson” seguramente no tendría más de cuarenta años y era una mujer atractiva, de cabellera pelirroja que llevaba muy corta y rostro sembrado de pecas. Pero Lane sabía lo que quiso decir Jim. Aunque difícilmente podía considerársela anciana, su actitud rígida y sus cejas altas y finas denotaban una severidad que la hacía aparentar más años de los que tenía.

Siempre trataba con amabilidad a Lane, pero parecía disfrutar lo suyo poniendo las cosas difíciles a los alumnos bulliciosos. Los chicos solían llamarla “la bruja”. También se la conocía como “la tortillera” y “la charras”. Henry, el más literario de sus detractores, prefería llamada “la Varicela Escarlata”.

Cuando el último estudiante se marchó, Lane se acercó al mostrador.

—Buenos días, señorita Swanson.

—¡Lane! ¿Qué tal estás?

—Muy bien. He venido por si pudiera usted ayudarme. ¿Tiene por alguna parte anuarios viejos?

—Desde luego. Claro que es posible que falten algunos años. Si una no se mantiene en constante alerta, los libros vuelan que es un primor. Los alumnos son una pandilla de ladrones y hay profesores que aun son tan malos o más, si he de ser sincera. —Levantó una ceja hasta la frente—. ¿Qué año te interesaría?

—Mil novecientos sesenta y ocho.

—Mucho antes de que me encargara del departamento. Por entonces, todo estaba bastante desordenado. Echaré un vistazo, pero no me extrañaría que el anuario del sesenta y ocho figurase entre los que se han perdido.

Lane sonrió cortésmente y dijo:

—Gracias.

La señorita Swanson entró en el despacho situado detrás del mostrador de préstamos y se perdió de vista.

Lane se inclinó hacia adelante. Apoyó los codos en el mostrador y cruzó los pies. Aguardó.

—¿Qué tal nos encontramos esta magnífica mañana?

Antes de que tuviera tiempo de volver la cabeza, el señor Kramer apareció a su lado.

—¡Ah, hola! —saludó Lane, y notó una cálida oleada de rubor.

—¿Descansada y dispuesta a emprenderla con los libros?

—Claro. Me las arreglé para releer *Hamlet* —declaró la muchacha, con la esperanza de que ello le complaciese.

—Maravilloso.

Él también olía de un modo maravilloso. ¿Loción para después del afeitado? Las mejillas estaban tersas. Un tenue tono azulado allí donde crecería la barba, si se la dejase. Lane se preguntó si le resultaría difícil afeitarse el profundo hoyuelo del mentón.

Durante unos segundos sus ojos se encontraron. Los del profesor, ¡eran tan azules! Lane desvió la mirada.

—Es realmente fantástico. Cada vez que leo esa obra le encuentro nuevos atractivos.

—Bueno, el viejo Billy Shakespeare no era ningún despistado.

Lane se echó a reír, luego miró a la señorita Swanson, que regresaba en aquel momento. La bibliotecaria llevaba el amplio y delgado volumen de un anuario. Al ver al señor Kramer, sonrió y se puso colorada. Repentinamente, pareció más suave, más femenina, más joven.

—Buenos días, Shirley.

—¿En qué puedo servirle, señor Kramer?

El profesor meneó la cabeza.

—Sólo entré a saludar a una de mis alumnas estrella, aquí presente.

La señorita Swanson asintió y proyectó su sonrisa sobre Lane.

—Tuviste suerte, damita.

—Estupendo. ¿De qué plazo dispongo para devolverlo?

—Me temo que no podrás llevártelo. Normas de la casa. Puedes leerlo hasta la saciedad, pero sin sacarlo de la biblioteca.

Lane arrugó la nariz.

—¿Ni siquiera puedo llevármelo hasta mañana?

—Me temo que no. —La señorita Swanson miró al señor Kramer como si buscara su aprobación—. Si permitiéramos que los anuarios saliesen de la biblioteca, pronto no nos quedaría ninguno. Compréndelo.

—Sí. —Lane se encogió de hombros—. Bueno...

—No te lo tomes a mal, por favor, son las reglas.

—La culpa es mía —intervino el señor Kramer—. Le pedí a Lane que viniera a buscar el libro por mí.

—¿Ah, sí?

Alargó el brazo y el libro resbaló de las manos de la señorita Swanson. El señor Kramer asintió con la cabeza.

—Sí, éste es. El sesenta y ocho. ¿Hay algún inconveniente en que me lo lleve?

—Pues, no. Claro que no. Rellenaré la tarjeta de préstamos. —Abrió un cajón, sacó una tarjeta en blanco y anotó—: "*Memoria de Buford, 1968*".

—Se lo agradezco en el alma —dijo el señor Kramer, y firmó la tarjeta.

El rubor de la señorita Swanson se acentuó.

—Perfectamente. ¿Podrá usted devolverlo mañana?

El profesor miró a Lane. La muchacha inclinó la cabeza afirmativamente.

—Para entonces, ya habré terminado con él. —Levantó el libro y repitió—: Gracias de nuevo, Shirley. —Se puso el volumen debajo del brazo, indicó a Lane que le siguiera y salió al patio. Al tender el libro a la chica, puso en su semblante una expresión tontamente aterradora—. Aquí lo tiene. Y, por el amor del Cielo, no se le ocurra perderlo.

Lane se echó a reír.

—Tendré cuidado.

Caminaron juntos.

—¿A qué se debe su interés por un anuario tan antiguo? —preguntó el profesor.

—¡Ah!, es para mi padre. Está preparando una novela cuya acción se desarrolla en el sesenta y ocho. Quiere documentarse sobre el estilo de los peinados, la moda de los

vestidos, esa clase de cosas. Un millón de gracias por haber manejado tan bien a la señorita Swanson.

—Para eso están los amigos.

Una agradable sensación incandescente se extendió por el interior de Lane.

—Me gustaría poder hacer algo por usted.

—Bueno, si lo dice en serio, siempre me vendrá bien que me echen una mano a la hora de corregir los ejercicios.

—Fantástico. ¿Cuándo?

—¿Dispone de media hora después de clase? Aún tengo esas pruebas de ortografía del viernes, que están esperando calificación.

—Claro.

Sonó el timbre.

—Yiu, oh. Será mejor que vayamos a la primera clase.

Hasta luego.

Tras asentir con la cabeza, Lane le vio alejarse con paso rápido. Respiró entrecortadamente y luego obligó a sus débiles piernas a trasladar el cuerpo hacia adelante.

Dejó la bolsa del almuerzo y la bebida encima de la mesa junto a Jim, y después miró a través del espacio de la cafetería. Henry y Betty no estaban en su mesa acostumbrada. Alguien debía de habérseles adelantado. Pero localizó a sus amigos al otro lado de la atiborrada estancia.

—Vuelvo dentro de un minuto —dijo a Jim.

—¿Se te olvidó algo?

—Tengo que ver a Henry y a Betty.

Jim elevó los ojos al cielo, sufriente.

Lane le dio una palmada en el hombro y se alejó presurosa.

Los encontró sentados uno frente a otro. Betty abría con los dientes una bolsa de tacos en trozos, mientras Henry sacaba de la cartera de mano una bolsa de papel de color castaño.

—Hola, chicos —dijo Lane.

Henry retorció el cuerpo y le dedicó una sonrisa.

—Saludos, encanto.

—Vete a freír monas —le envió Betty.

—He de quedarme hoy después de la última clase —informó Lane—. Supongo que tendréis que volver a casa por vuestros propios medios.

—No hay problema —dijo Henry.

—¿Arresto? —preguntó Betty.

—¡Ja! ¿Yo? No me quieras tan mal.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Me quedo hasta tarde para ayudar al señor Kramer con las pruebas de grado.

Betty se llevó al pecho una mano gordinflona.

—Tranquilo, corazón. ¿Cómo conseguiste ese enchufe?

—Pura suerte, supongo.

—No es Tom Cruise, ¿sabéis? —señaló Henry.

—Entenderás tú mucho de tíos. No reconocerías a un cachas ni aunque tropezases con él—dijo Betty.

—Ellos tropiezan conmigo cada vez que voy a educación física. Es uno de sus deportes favoritos.

—De todas formas, vale más que vuelva junto a Jim. Sólo quería deciros eso.

Betty lanzó una lasciva mirada de soslayo.

—No te quites los pantalones —aconsejó, al tiempo que se metía en la boca un trozo de taco.

—Degenerada —dijo Lane.

La chica asintió con entusiasmo, sin dejar de masticar. Lane regreso a la mesa de Jim y se sentó a su lado.

—¿Ves? Ya estoy de vuelta.

—¿Ha sido agradable tu charla con Olivo Aceituna y Boba Bobalicona?

—Si te pones en plan borde, me largo.

—Vale, vale. Era una broma, paloma. ¿Qué ocurre?

—¿No eres tú el curioso?

Jim se encogió de hombros, dio media vuelta y le tiró un mordisco a su manzana. Todos los días se almorzaba un par de manzanas y una tableta de chocolate, que regaba con Pepsi. Iba ya por la segunda manzana. De la primera sólo quedaba el corazón. Se estaba oscureciendo ya. Contenta de disfrutar de auténtica comida, Lane desenvolvió su bocadillo de queso y salchichón. Le dio un mordisco y suspiró.

Jim la miró.

—Estás comiendo veneno, ¿sabes? Todo eso son preservativos.

—Cuento con ellos para preservarme.

—Ja, ja.

—Anímate.

—¿Cuál era el gran asunto con Heril y Betty Boop?

—Me quedo después de clase, eso es todo. Tenía que decírselo.

—¿Qué es eso de que te quedas?

—He de ayudar a Kramer con los ejercicios.

Jim arrugó la cara y enseñó los dientes superiores. Estaban calafateados con restos blancos de las manzanas.

—Judas. ¿Ayudando en las calificaciones y eso? ¿No basta con que renuncies a tu noche del sábado en beneficio de ese tipo? ¿Ahora tienes que hacer trabajo de esclava? ¡Mierda! De pronto, vas e ingresas en la división de honor de la liga de pelotilleros cobistas.

—Si no sabes de lo que hablas —manifestó Lane calmamente—, vale más que mantengas el pico cerrado a cal y canto. Además, ya me fastidia eso bastante.

Jim abrió mucho la boca y meneó la cabeza.

—Muy mono. Dios santo, a veces puedes ser de lo más infantil. Y pensar que te he besado...

—Y volverás a hacerlo, no te quepa la menor duda. Jim cerró la boca y empezó a masticar, con una sonrisa de dicha en los labios.

“¿Por qué ni siquiera me enfado con él?”, se preguntó Lane. Dio otro mordisco al bocadillo, miró el reloj de la cafetería y deseó que la sexta clase hubiera llegado y hubiese concluido ya.

En la quinta clase, de fisiología, Lane tuvo que garabatear sus notas a velocidad de vértigo para mantener el ritmo del dictado de la lección. El tiempo pasó volando. El sonido del timbre la pilló por sorpresa.

Salió rápidamente al corredor y se precipitó a los servicios, cuya atmósfera estaba cargada de humo. Allí, se acercó a un espejo y se cercioró de que en su dentadura no había restos visibles del almuerzo. Los dientes parecían estar en buen estado. Se arregló el pelo, soltó la cintura de su falda de mahón para introducir bien la blusa, sujeta y que quedara lisa y tensa, desde los senos hasta el talle. Los tirantes y el encaje de las copas del sujetador se distinguían a través de la tenue tela blanca de la blusa. Se abrochó la falda, se dio una vuelta completa para asegurarse de que todo estaba bien, y luego abandonó los servicios y se encaminó a la clase.

“Has llegado a creerte que vas a salir con él”, pensó, lo que hizo sentirse un poco estúpida. Es un profesor. No le interesan las crías.

¿Y qué? Tener aspecto agradable no hace daño.

Lane entró en el aula por la puerta delantera. El señor Kramer aún no había llegado. La muchacha se sentó en su pupitre de la primera fila, dejó a un lado los libros que no iba a necesitar y espero.

Unos segundos antes de que sonara el timbre, entraron Riley Benson Y Jessica. Esta todavía llevaba el brazo izquierdo enyesado, pero el derecho rodeaba a Benson. Jessica lanzó una rápida mirada a Lane cuando pasó por su lado. Su cara había mejorado: aunque los apositos continuaban en la barbilla y en la ceja izquierda, la hinchazón había bajado mucho; ya no tenía los labios abultados; el tono cárdeno de las contusiones se reducía ya a un malsano amarillo verdoso; y espacios de piel rosa brillante sustituían en la carne a algunas de las costras anteriores.

Pasó al otro lado de su pupitre. Benson la frotó por detrás y luego avanzó por el pasillo.

Jessica se sentó.

—¿Cómo estás? —preguntó Lane a Jessica.

La chica le dedicó una sonrisa sarcástica.

—¿A ti qué te parece?

—Sólo preguntaba. Perdona.

—Métete en tus cosas —dijo Jessica, y se dio media vuelta. “Uau”, pensó Lane. Evidentemente, Benson le había hablado de su intercambio de desprecios. ¿Por qué había esperado Jessica una semana para mostrarse desagradable?

“Bicho —pensó Lane—. Nunca debí molestarme en despilfarrar mi amabilidad con ella”.

—Deja que siga mi camino y mantén tus jodidas napias fuera de mis asuntos —añadió Jessica de pronto— o le diré a Riley que adelante y que te dé un repaso a modo.

—¡Vale, Jesús!

Lane se encogió en la silla y clavó la mirada al frente.

Se imaginó a sí misma diciéndole a Jessica que se fuera al diablo, pero comprendió que era mejor seguir calladita. Pensó que Jessica no tardaría en replicarle con feroz contundencia. Aquella chica, sola, podía dejarla hecha un Cristo. Eso por no mencionar lo que el miserable de su novio era capaz de hacer.

El señor Kramer entró en la clase.

Lane adoptó una postura más correcta. Estiró las piernas y juntó las rodillas. Enderezó la espalda. Entrelazó las manos sobre la superficie del pupitre.

Kramer se quitó la chaqueta deportiva. La colgó del respaldo de la silla, empezó a subirse las mangas de la camisa y fue a ocupar su posición de costumbre delante del escritorio. Bajo el espeso vello, los antebrazos tenían un tono bronceado. Se sentó en el borde de la mesa.

Cuando sus ojos se encontraron, Lane le sonrió.

El profesor actuó como si no lo hubiese visto, tomó la lista y lanzó una rápida ojeada a la clase.

—Parece que el señor Billings se ha concedido otro día de fiesta —dijo, y señaló la ausencia de aquel alumno—. Muy bien. Esta semana toca ortografía. ¿Quién se ofrece voluntario para salir al encerado?

Lane alzó la mano. El señor Kramer eligió a Heidi.

“No pasa nada”, se dijo Lane. Pero no pudo evitar cierto pequeño desánimo. Para empezar, no le había devuelto la sonrisa. Ahora, llamaba a otra persona para que saliese a la pizarra. ¿A qué venía tal desprecio?

“No seas ridícula —pensó—. Ni que fueras la única alumna del aula”.

Pero la clase continuó y Kramer persistió en hacer caso omiso de Lane. Apenas le dirigía una mirada. Pidió a otros estudiantes que leyesen fragmentos del libro de poesía, contestaran preguntas sobre métrica y ritmo, brindaran interpretaciones y opiniones.

El desasosiego de Lane fue en aumento.

“¿Está enfadado conmigo por algo? ¿Qué he podido hacerle? Tal vez cree que me aproveché de él en la biblioteca. Pero, rayos, no le pedí que solicitase el libro por mí. Eso fue idea suya”.

Empezó a preguntarse si de verdad querría el señor Kramer que ella se quedara después de clase.

“Venga, salga de aquí”.

Él no diría eso.

Lane se imaginó a sí misma allí sola, en la clase, humillada.

“—Pero usted me pidió que me quedara a ayudarlo”.

“—No me importa. Déjeme en paz”.

“Tal vez deba levantarme y salir del aula en cuanto suene el timbre —pensó Lane—. Pero él dijo que me quedara. No puedo irme sin más. Pensaría que estoy como una cabra”.

—¿Lane?

Sorprendida, alzó la vista hacia Kramer.

—¿Le importaría recitar la siguiente estrofa?

—Uh... —Notó que se encogía interiormente—. Me temo que he perdido el hilo.

Sonaron unas risitas en el fondo de la clase.

Kramer sacudió levemente la cabeza. Parecía divertido.

—Debería probar a seguir el recitado en el libro.

—Sí, señor.

Los ojos de Lane descendieron hacia la página.

—Aaron, ¿quiere leer usted la estrofa que viene?

Aaron procedió a la lectura. Lane se encorvó sobre su libro, se hizo pantalla con una mano sobre los ojos y examinó la página.

¿Por dónde diablos vamos?

¡Mierda!

No podía localizar la estrofa.

Imbécil, querías que te pidiese algo. Y lo ha hecho. Vaya si lo ha hecho.

¿Por qué no me muero en este preciso instante y se acaba todo de una vez?

Aaron acabó.

Apareció una mano por debajo de la cara de Lane. La mano de Kramer. Le pasó la página, indicó una estrofa situada hacia el centro de la hoja y se retiró.

—Gracias —murmuró Lane.

A todo el mundo, en el aula, aquello le pareció de lo más divertido.

Lane mantuvo la cabeza baja.

—¿Sería usted tan amable de obsequiarnos con la gracia de una declamación? —preguntó Kramer.

Lane asintió, con la mano aún sobre los ojos, y empezó a leer en voz alta.

Iba por la mitad de la estrofa cuando repiqueteó el timbre.

—Vale por hoy —dijo Kramer. Alzó la voz para anunciar—: No olviden los ejercicios de ortografía de mañana. Las frases, escritas con tinta, por favor. Clase concluida.

Lane cerró el libro y se quedó con la vista fija en la tapa.

Los chicos fueron pasando por su lado. Alguien le alborotó el pelo. Levantó la cabeza. Benson le sonreía.

—Tienes que prestar más atención, muñeca.

Lane le obsequió con una mirada despectiva.

El muchacho se alejó con Jessica, sobre cuyas nalgas apoyaba una mano.

El aula no tardó en quedar vacía, con excepción de Lane y Kramer.

La chica se obligó a alzar la cabeza. Kramer estaba detrás de su mesa, afanado en meter libros y carpetas en su cartera.

Parecía ajeno por completo a la presencia de Lane.

“Debí marchar con el resto de la clase —pensó la joven—. Dios, ¿cómo me he metido en esto?”

Papá y su anuario. Un millón de gracias, papá.

Se preguntó si no debería decir algo.

—¿Tiene un bolígrafo rojo? —preguntó Kramer, que por fin, se decidió a mirarla.

La tensión abandonó a Lane.

—Eh... no. Creo que no.

—No importa. Le dejaré uno.—Se llegó al escritorio y abrió el cajón de arriba. Encontró un bolígrafo, cerró el cajón y empezó a buscar en la pila de carpetas de una esquina de la mesa—. Aquí está. Le pasaré la primera clase. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

Kramer se acercó a Lane.

—Si, cuando acabe con éstos, quiere más, me quedan una barbaridad: Aunque no deseo retenerla toda la tarde.

Lane asintió.

“No puedo creerlo —pensó Lane—. Se comporta como sino hubiera ocurrido nada”.

Qué quieres, una conferencia.

Lane dejó limpia la superficie del pupitre. Kramer puso la carpeta y el bolígrafo delante de ella.

—Cinco puntos por palabra —alecciono—. Pero supongo que eso ya lo sabe.

—Sí.

—Si tiene alguna duda, pregunte.

—Muy bien.

El profesor se alejó.

—¿Señor Kramer?

El hombre regresó hacia Lane, con una simpática sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Lamento haberme distraído de ese modo.

—¿Soñando despierta?

—Eso creo.

—Bueno, eso no hace daño. Espero que no se sintiese demasiado violenta.

—Me resultó muy embarazoso.

—Es la mejor alumna de la clase, Lane. No permita que un pequeño lapsus de atención la acompleje. Le pasa a cualquiera.

—Muy bien. Gracias.

—Naturalmente, hoy he tenido que darle un insuficiente.

—¡Oh!

Emitió una suave risita, al tiempo que apretaba el hombro de Lane.

—Se supone que lo digo en broma.

—¡Oh!

La mano seguía allí. Lane tuvo la sensación de que el calor de la misma se extendía por todo su organismo. El profesor le frotó el hombro suavemente y luego se retiró.

—De veras le agradezco el que se haya quedado a ayudarme. Me quita de encima bastante presión.

—Me alegro de poder serle útil.

Lane aún sentía el tacto de la mano en el punto donde estuvo apoyada.

—Enseñar no es todo lo atractivo que tendría que ser. A veces, me siento consumido por el papeleo. Parece que se me va todo el tiempo en calificar ejercicios y preparar lecciones. —Sacudió la cabeza—. Un verdadero latazo.

—Si le parece bien, puedo quedarme a ayudarle más a menudo.

El corazón se le desbocaba. No podía creer que hubiese dicho aquello.

“Pensará que estoy colada por él”.

Kramerladeó ligeramente la cabeza. Apretó los labios y alzó las cejas.

—Bueno, le agradezco mucho la oferta. Pero supongo que tiene mejores cosas a las que dedicar su tiempo.

—No me importaría quedarme. De verdad.

—Es cosa suya. Desde luego, a mí me alegrará mucho contar con su colaboración. — Sin dejar de sonreír, golpeó con los nudillos la carpeta colocada encima del pupitre de Lane—. Ahora, a la tarea. Dejemos de perder el tiempo charlando sin ton ni son.

Lane se echó a reír.

—Es usted un auténtico capataz de esclavos.

—Empiece a corregir esos ejercicios, si no quiere probar el sabor de mi látigo.

—Sí, señor.

Kramer se volvió y anduvo hacia su mesa. Los ojos de Lane se mantuvieron sobre él.

La camisa deportiva ceñía su tronco desde los anchos hombros hasta la delgada cintura. Los faldones, un tanto sueltos, se abombaban encima del cinturón. La cartera hacía resaltar el bolsillo del glúteo izquierdo. En el de la derecha no parecía llevar nada. La parte lateral de los pantalones se ajustaba sobre el muslo y la nalga, y Lane observó la elegancia de los andares del profesor.

Capítulo 21

Jean, que pelaba patatas ante el fregadero, volvió la cabeza al entrar Larry en la cocina.

—Cierras el despacho temprano, ¿no? —comentó.

Larry consultó el reloj. Casi las cuatro. Normalmente, trabajaba hasta las cuatro y media.

—Terminé esas malditas correcciones —dijo. Sacó una cerveza del frigorífico—. Demasiado tarde para meterme con otra cosa. —Quitó la cápsula del botellín—. ¿Dónde está Lane?

—Todavía no ha vuelto a casa.

—Eso ya lo sé. ¿Tenía algún plan para después de salir del instituto?

—No dijo nada. Puede que se haya entretenido en casa de Betty, o algo por el estilo.

—Sí. —Echó parte de la cerveza en una jarra, sorbió la primera capa de espuma blanca y vació el botellín—. ¿Qué vas a hacer con eso que estás pelando?

—Patatas fritas.

—¡Muy bien!

Soltó el botellín encima del cubo de la basura. Aterrizó con un golpe sordo.

Con la jarra de cerveza en la mano, se trasladó a la sala de estar, se acomodó en su sillón anatómico y empezó a hojear el último número de *Mystery Scene*, que había llegado en el Correo del día. Probablemente, Jean ya lo habría repasado.

De haber visto alguna alusión a él, se lo habría dicho. Se fue derecho a la sección “Carta de Hollywood”, de Brian Garfield.

Intentó leerla. Era un día templado. Las ventanas estaban abiertas y el acondicionador de aire descansaba. Cada vez que Larry oía el ruido de un automóvil, sus ojos se dirigían automáticamente a la ventana.

“¿Dónde estará Lane?”

Paciencia, se recomendó. Es posible que ni siquiera tuviesen el anuario del sesenta y ocho.

Han de tenerlo.

Lamentaba que no se le hubiera ocurrido decirle a Lane que le telefonease desde el instituto. De haberlo hecho, no se habría pasado todo el día preocupado. Pero tampoco quiso hacer creer a la chica que el asunto era importante.

—Pide el del sesenta y ocho —le dijo—. Es el año en el que estoy trabajando. Pero, si no lo tienen, el del sesenta y siete o el del sesenta y seis pueden servirme. Incluso el del sesenta y cinco. La verdad es que, si lograra disponer de los de todos esos años...

—Eres un optimista —le respondió Lane—. Tendré una suerte loca si la Swanson me deja uno solo, uno cualquiera de ellos, conque ni sueñes con tener los cuatro.

—El del sesenta y ocho, pues, ¿conforme?

Oyó que se aproximaba otro coche. Conocía el sonido del Mustang —un rugido en tono bajo— y comprendió que no era aquél. De todas formas, miró por la ventana. Pasó una ranchera.

Tomó un sorbo de cerveza, acabó la sección de Garfield y buscó “El rincón del cascarrabias”, de Warren Murphy. Aquel número no parecía llevarlo.

—¡Mierda! —murmuró.

Probablemente, detrás de esa ausencia habrá una historia.

Le preguntaré a Ed la próxima vez que hablemos.

Al menos, no se habían saltado las críticas y reseñas que Lint dedicaba al género de terror. Larry examinó las columnas. La mitad de los títulos eran de autores a los que no podía sufrir. Pero localizó artículos dedicados a los nuevos libros de: Daniel Ransom, Joe Landsdale y Chet Williamson. Ya había leído las tres obras objeto de comentario. Bueno. Así, las críticas no podrían estropearle nada.

Tomó un sorbo de cerveza.

Empezó a leer.

Oyó el Mustang.

¡Ya era hora!

Desembocó en la calle el brillante automóvil rojo, aflojó la marcha, dobló por la avenida de acceso al garaje y desapareció de la vista. El motor se quedó en silencio. Una portezuela se cerró de golpe. Cuando oyó el taconeo de las botas de Lane por el paseo, Larry dejó la revista y se precipitó hacia la puerta.

—¡Hola, hola! —dijo, al abrirla. Lane tenía las llaves en una mano. En la otra mano no llevaba nada—. ¿Qué tal has pasado el día?

—Impresionante.

Debió de serlo. Parecía más alegre que de costumbre.

Larry se apartó de su camino y cerró la puerta. Lane llevaba el macuto de los libros colgado del hombro, por la espalda. Esforzándose en mantener tranquilo el tono de voz,

Larry preguntó:

—¿Tuviste suerte con el anuario?

—La Swanson no quería dejármelo sacar de la biblioteca. Pero la verdad es que tuviste el santo de cara. Casualmente, estaba allí el señor Kramer, y la Swanson dejó que nos lo lleváramos.

—Pero, ¿lo has traído?

—Pues, claro.

Lane dejó el macuto en el sofá, lo abrió y extrajo un volumen delgado y largo.

—Hay que devolverlo mañana por la mañana.

—Eso está hecho.

Larry alargó la mano para coger el libro.

Lane lo retiró, apretándoselo contra el pecho, y sacudió negativamente la cabeza.

—Hay que pagar.

—¿Qué es lo que quieres?

—Bueno, abramos las negociaciones. He tenido que realizar considerables sacrificios por cuenta tuya. En particular, me he comprometido a ayudar al señor Kramer a corregir

los ejercicios de grado, todos los días de esta semana, después de clase, para devolverle el favor.

— ¡Me tomas el pelo!

— ¡Nunca osaría tomarte el pelo!

— No debiste comprometerte así.

— Bien, la verdad es que me ofrecí y él no rechazó la oferta.

— Ah, bueno. Eso es otra cosa.

— Pero la culpa la sigue teniendo esto — insistió Lane, sonriente, y golpeó con los nudillos la parte posterior del anuario.

— Vale, vale. ¿Qué quieres?

Lane elevó los ojos al cielo.

— Deja que piense. Mis servicios no son baratos, ¿comprendes?

— Nunca lo han sido.

— ¡Paaapá!

— ¡Laaane!

— Consigues que me sienta absolutamente mercenaria.

— Pero no lo eres.

— Claro que no. Lo que no es óbice para que haya visto hace poco un par de botas alucinantemente radicales que me robaron el corazón..

— ¿Y no te las compraste?

— No me pareció correcto. Ya había hecho unas cuantas compras aquel día.

— Si estás hablando del día en que tu madre y yo realizamos la última salida con Pete y Bárbara, lo recuerdo pero que muy bien.

— Deseaba esas botas con toda mi alma. Pero me contuve. Por tu bien.

— Me siento conmovido. A tope.

— Entonces, ¿voy a tenerlas?

— Claro, ¿por qué no?

— ¡Oh, papá, eres sensacional!

Le arrojó el libro. Mientras Larry lo atrapaba, Lane se lanzó sobre él y le dio un beso rápido. Luego salió disparada hacia la cocina.

Larry recuperó la cerveza.

Oyó exclamar a Lane:

— ¡Yuppy! ¡Mamá! ¿Qué tenemos aquí para devorar? Estoy muerta de hambre.

En su estudio, Larry cerró la puerta. Dejó la cerveza encima del carrito que tenía junto al procesador de textos. Se arrellanó en la silla y apoyó el borde inferior del libro en el abdomen. La cubierta, azul, tenía grabadas en oro las letras del título: MEMORIA DE BUFORD, 1968.

“Éste es — pensó —. Dios mío, es éste”.

El corazón le latía a toda velocidad. Notó el estómago tenso y estremecido.

Abrió el libro. Un rápido hojear reveló unas páginas de brillante papel satinado, ilustradas con fotografías en blanco y negro. La última página del índice onomástico relacionaba los apellidos que empezaban por S. Deslizó la vista por la columna:

Sakai, Joan Samilson, Pamela Sanders, Timothy Satmary, Maureen Schaefer, Ronald...

Ninguna "Saxon, Bonnie".

"¡Vamos! —pensó Larry—. Tiene que estar ahí".

A la desesperada, pasó páginas en retroceso, hacia el principio del índice. Y localizó un subtítulo: ESTUDIANTES DE PRIMER AÑO.

—Gracias a Dios —murmuró.

En 1968, Bonnie era alumna de último curso, no estudiante de primer año.

Volvió a pasar páginas: las de estudiantes de segundo año, las de alumnos de penúltimo curso. Justo encima del encabezamiento de ALUMNOS DE PENÚLTIMO CURSO figuraba el nombre "Zimmerman, Rhonda". Final de la clase de último Curso. Alzó la mirada hacia la esquina superior izquierda. Un alumno de último año llamado Simpson, Kenneth.

Simpson. ¡Una S!

Larry hundió el labio inferior entre los dientes. Pasó la página y fue recorriendo la lista hacia el fondo:

Simmons, Dan Seigel, Susan Sefridge, John Sclar, Toni Schultz, Fred Schmidt, Dennis Saxon, Bonnie

Solamente era un nombre más en el índice. "Saxon, Bonnie". No figuraba impreso en rojo. Nada de negritas, ni de cursivas. Pero pareció estallar en la página, salir volando y atravesar la cabeza de Larry.

A la derecha se citaban números de páginas. Seis números.

Seis páginas con la fotografía de Bonnie Saxon.

¡Dios todopoderoso!

Larry exploró la columna. Una gran cantidad de nombres no tenían al lado más que un solo número; varios, dos o tres.

Eran escasísimos los que tenían más de tres.

Bonnie tenía seis.

"Debía acumulársele el trabajo —pensó Larry—. Y debía de ser muy popular".

Las chicas populares son casi siempre preciosas.

El número de la primera página adjunta a su nombre era el treinta y cuatro. Larry introdujo una carterita de cerillas entre las páginas donde estaba el índice, para señalar tal posición, volvió al principio del anuario y fue luego a la página treinta y cuatro. Bloques de fotografías individuales tamaño carnet mostraban a los alumnos de la promoción en curso. Chicos con chaqueta deportiva y corbata. Chicas con jersey oscuro, cada una de ellas con su correspondiente collar.

El primer nombre de la esquina superior izquierda era Bonnie Saxon.

Larry gimió.

Era encantadora. Radiante, adorable. Su luminosa cabellera rubia dejaba caer un suave flequillo sobre la frente, mientras la melena descendía hasta los hombros. Los ojos parecían proyectar directamente su mirada hacia algo maravilloso situado al otro lado de la cámara. Parecían anhelantes, joviales, alegres. La nariz era pequeña, monísima. Las mejillas curvaban su esfera por encima de las comisuras de la boca, como si los labios las formaran y las impulsaran.

Así había sido Bonnie. Se parecía un poco a Lane.

No se parecía en nada al cadáver del desván del garaje de Larry, pero el pelo, la dentadura y la forma general de la cara le convencieron de que no existía error posible: el cuerpo era el de Bonnie Saxon. Sin el menor género de dudas.

El espantoso cadáver fue en otro tiempo la joven de la fotografía: hermosa, rebosante de espléndida juventud. Larry contempló el retrato.

Bonnie.

Se sentía muy extraño: emocionado por su descubrimiento, cautivado por la belleza de la muchacha, deprimido. Cuando tomaron aquella foto, la chica debía pensar que le esperaba toda una vida de maravilloso futuro. Pero sólo habían transcurrido unos meses cuando alguien puso fin a esa existencia, hundiendo una estaca en el pecho de la joven.

No era ninguna vampira.

Era una criatura dulce e inocente.

Probablemente, una auténtica rompecorazones. Todos los chicos del instituto debían de soñar con Bonnie Saxon.

¿La mató alguno de ellos? ¿Un pretendiente celoso? ¿La chica le destrozó el corazón y él clavó una estaca a través del de Bonnie? Larry pensó que era posible. Pero la estaca en el pecho y el crucifijo en el panel del hueco de la escalera indicaban que, al parecer, alguien creyó que era una muchacha vampiro.

Larry estuvo mirando la foto unos minutos más y luego consultó el índice y pasó a la página ciento veinticuatro. Allí encontró retratos de grupo: Comisión de Relaciones Públicas, Comité de Programación, Club Artístico. No se molestó en revisar las listas de nombres. Prefirió el encanto de buscar a Bonnie, dar con ella, disfrutar de la sorpresa del reconocimiento.

La foto de la Comisión de Relaciones Públicas estaba sobreexpuesta. La mayoría de los rostros no pasaban de ser borrosidades blancuzcas, con las facciones débiles y nada definidas. Bonnie no parecía encontrarse en ese grupo, pero Larry miró los nombres para asegurarse.

Pasó entonces a la fotografía del Comité de Programación. Medio esperaba encontrarla allí. Aunque no sabía a ciencia cierta qué funciones podía desempeñar, Bonnie parecía ser la clase de chica que cualquiera podía encontrarse al cargo de la decoración del gimnasio destinado a convertirse en sala de baile provisional. Examinó una por una las caras de todas las chicas del retrato. No encontró a Bonnie.

La descubrió en el Club Artístico. En la primera fila, segunda por la izquierda, entre un par de zagalas regordetas y adiposas.

Bonnie tenía un aspecto soberbio. Erguida, con los brazos a lo largo de los costados, alta la cabeza, con una sonrisa lanzada hacia la cámara. No se trataba de un primer plano como la fotografía de alumna de último curso, sino que allí aparecía de cuerpo entero. Vestía blusa blanca de manga corta, falda lisa que le llegaba hasta la parte superior de las rodillas, calcetines blancos y zapatillas también blancas.

Larry levantó el libro y vio crecer a Bonnie, a medida que él se acercaba la página a los ojos. Examinó el rostro. A pesar de la distancia a la que se había tomado la fotografía, la definición era bastante buena. Todos los rasgos del semblante parecían claros. El escote de la blusa estaba abierto. Observó el cuello y pudo distinguir el hoyo de la garganta, las curvas de la clavícula. Un poco más abajo, la prominencia de los pechos era algo más que

una insinuación. La mirada de Larry descendió por los brazos hasta llegar a las manos. Las tenía abiertas, con los dedos ligeramente curvados hacia adentro, sobre la tela de la falda. Los ojos de Larry se demoraron en las estilizadas curvas de las pantorrillas desnudas.

Uno de los calcetines blancos quedaba un poco más abajo que el otro. Si ella lo hubiese sabido, seguramente los habría puesto al mismo nivel. Larry casi pudo verla agacharse para subir el calcetín caído. La imagen le produjo un conato de dolor, como si se hubiera perdido algo importante al no estar allí.

Bajó el libro y leyó una breve descripción de las actividades del Club Artístico. Se enteró de que Bonnie había desempeñado el cargo de secretaria.

Debía de ser hábil. No se nombra secretaria a una persona como no sea inteligente y tenga sentido de la responsabilidad.

“Probablemente una alumna con clara tendencia al sobresaliente directo —pensó—. Unas de esas personas que lo tienen todo: atractivo, personalidad arrolladora, cerebro”.

Consultó de nuevo el índice y averiguó que la siguiente foto estaba en la página ciento veintiséis. Volvió al Club Artístico, pasó a la hoja siguiente y reconoció de inmediato a Bonnie en la foto superior. La joven había formado parte de la Asamblea Legislativa del centro escolar, fuera lo que fuese semejante organismo. Una celérica lectura del texto impreso en cuerpo pequeño le informó de que el grupo se había encargado de “aprobar las normas del reglamento interno del instituto y de ponerlas en práctica”.

Bonnie estaba sentada en un escaño, con los pies descansando en el suelo, las piernas juntas y las manos con las palmas ahuecadas sobre las rodillas. Vestía igual que en la foto del Club Artístico. Pero en esta imagen los calcetines estaban igualados. Larry sonrió. La chica tenía expresión abstraída. El flequillo aparecía un poco rizado y mostraba la V de una ceja descubierta.

Larry se acercó más el libro a los ojos. La joven tenía la cabeza ligeramente ladeada. El pelo le caía por detrás de una oreja de tono pálido. Bonnie parecía estar inclinada hacia adelante. La blusa se le ajustaba al vientre y los pechos trazaban una vaga sombra horizontal a través de la blancura del tejido.

Larry estaba a punto de volver al índice cuando localizó a Bonnie en la página opuesta. Foto superior, fila frontal, tercera por la derecha. Miembro de la Comisión de Actividades Sociales.

—¡Ajá! —murmuró Larry.

Así que, después de todo, también había decorado el gimnasio cuando se organizaban bailes.

—Lo sabía.

En aquella foto, llevaba un jersey de cuello cerrado, con una B enorme en la pechera.

¿Animadora?

“Seguramente —pensó—. Debí suponerlo”.

De cualquier modo, Bonnie parecía algo distinta. Larry contempló la imagen. La instantánea la sorprendió sin sonrisa. El brillo había desaparecido de sus ojos y los labios estaban apretados para formar una suave línea recta.

Era evidente que algo la preocupaba.

Quizá se sentía indispuesta aquel día. Tal vez no le salió bien una prueba. Acaso hubiera reñido con el novio.

Alguna cosa había sucedido. Algo que, al menos provisionalmente, le escamoteó la felicidad.

No parecía justo. La vida de Bonnie debería haber sido perfecta.

¡Le quedaba tan poca!

Larry notó que se le formaba un nudo en la garganta.

Volvió rápidamente al índice, y luego buscó la página ciento treinta y tres.

Bonnie se alineaba con otras seis muchachas. “Coristas”, no animadoras. Todas llevaban jersey de color claro, con una gran B en el pecho, y faldas plisadas de tono oscuro. De pie, agitando el pompón con la mano izquierda, apoyaban la diestra en la cadera y levantaban la pierna derecha a bastante altura.

Bonnie parecía estar disfrutando como nunca. Tenía la cabeza echada hacia atrás. El obturador había captado su risa. Su pierna derecha estaba más alta que la de cualquiera de las otras chicas. No miraba a la cámara, sino ligeramente a un lado. La puntera de su zapatilla de lona daba la impresión de que iba a golpear la axila izquierda. El vuelo de la falda caía sobre la elevada pierna izquierda. No llevaba calcetines. Larry observó el fino tobillo, la curva de la pantorrilla y el arco impecable de la parte inferior del muslo. Vio la media luna de una prenda íntima menos oscura que la falda, redondeada por la forma de la nalga.

Resistió la apremiante tentación de acercarse más el libro a los ojos.

Apartó la vista de la fotografía. Cogió la jarra y tomó un sorbo de cerveza.

Volvió a mirar la imagen.

“No se trata de las bragas —se dijo—. Es parte de la indumentaria”.

Pero, con todo y con eso...

Enfocó su atención sobre la segunda fotografía de la página. Las mismas chicas. El mismo atavío. En aquella imagen, todas estaban saltando, de cara al objetivo, con los pompones elevados con ambas manos por encima de la cabeza y una pierna lanzada hacia atrás. El jersey de Bonnie se había levantado ligeramente. No llegaba hasta la cintura de la falda. Permitía vislumbrar una estrecha franja de piel. Larry echó una mirada al liso vientre, al punto del ombligo.

Meneó la cabeza. Tomó otro sorbo de la jarra, pero le costó trabajo tragar el líquido. Volvió al índice.

Sólo un número de página más a continuación del nombre de Bonnie. Pasó a la ciento cuarenta y siete. Y aspiró una rápida bocanada de aire.

Un primer plano de Bonnie, de diez por quince, cubría más de la mitad de la página.

—¡Jesús! —murmuró.

Echó una mirada al epígrafe. “Bonnie Saxon, Reina del Ánimo, 1968”. En la misma página había otras cuatro fotos más pequeñas, correspondientes a otras tantas muchachas; las princesas. Su corte.

En la página opuesta estaba el retrato de un jugador de fútbol americano, con todo su equipo, aplastado contra el suelo. El pie de la foto decía: “ACONTECIMIENTOS PRINCIPALES DE LA SEMANA DE ÁNIMO DEL CURSO DE OTOÑO”. Larry leyó una relación de los festejos, que al parecer quedaron deslucidísimos por culpa de la derrota que sufrió Buford en el partido decisivo. A continuación, llegó a la parte que esperaba. “En el descanso del encuentro se presentó a las princesas de la Vuelta a Casa: Sherry Cain,

Sandy O'Connor, Julie Clark, Betsy Johnson y Bonnie Saxon. Aquella noche se coronó a Bonnie Saxon reina del baile de la Vuelta a Casa. Pese a la derrota del equipo del instituto, el ánimo y la moral rayaron a gran altura". Nada más acerca de Bonnie.

"Fantástico", pensó Larry.

Reina de la Vuelta a Casa..

—Buen viaje, Bon —murmuró.

Luego volvió a concentrarse en la fotografía.

Y se sobresaltó al llamar alguien a la puerta.

—Hora de comer —avisó Lane.

—Vale. Ya voy.

Larry echó una ojeada a la Reina del Ánimo y después cerró el libro.

Aquella noche estaba tendido en la cama, con la vista fija en el techo. Cuando el ruido de la respiración de Jean le convenció de que estaba dormida, Larry se deslizó fuera del lecho. El aire era fresco. Se estremeció a causa del frío y de la excitación nerviosa. En el ropero, cogió la bata que estaba colgada. Se la puso mientras salía al pasillo. El velludillo tenía un tacto cálido sobre la piel.

En la sala de estar, encontró el macuto de los libros de Lane apoyado contra la pared, junto a la puerta de la calle. Lo abrió, buscó en su interior, encontró el anuario y lo sacó. Se lo llevó al gabinete de trabajo. Cerró la puerta, encendió la luz y se acomodó en su silla.

A pesar de la tibieza de la bata, estaba temblando. Sentía el corazón como un puño que le golpeara dentro del pecho.

"Debo de estar loco —pensó—. "¿Y si Jean se despierta? O Lane. ¿Y si cualquiera de las dos me sorprende aquí con esto."

No se despertarán. Tranquilo.

Con el libro en el regazo, pasó las páginas hasta llegar a la de la Reina del Ánimo. Dios, qué preciosa.

Llevaba una especie de blusa oscura, que dejaba los hombros al descubierto.

Podía mirarla después.

Abrió un cajón de la mesa escritorio y cogió un cortador. Con el libro plano encima de las rodillas, aplicó la afilada hoja del cortador al medianil del anuario y seccionó limpiamente la hoja por el punto donde se unía al canto.

Repitió la operación con todas las páginas en las que había una foto de Bonnie.

Cuando las tuvo todas, las guardó en el archivador, colocándolas dentro de una de las cincuenta y tantas carpetas que contenían copias de los relatos cortos que había escrito a lo largo de los años.

Ahora, sus fotos estarían a salvo de Jean y Lane.

Se sentó de nuevo y hojeó el anuario. Algunas páginas habían quedado sueltas. Aplicó goma a los bordes de las mismas y las insertó y las pegó cuidadosamente.

Cerró el libro y examinó la parte superior del lomo. En el canto, minúsculos resquicios resultaban visibles allí donde se quitaron las hojas. Pero sólo una inspección extremadamente atenta detectaría el daño. Y si alguien llegaba a notarlo, ¿quién iba a determinar cuándo se llevó a cabo la profanación? Tal vez se había producido años atrás.

Larry apagó la luz y salió del estudio. Volvió a dejar el anuario dentro del macuto de libros de Lane, abrochó las correas y regresó a su dormitorio.

Desde el quicio de la puerta percibió la larga y lenta respiración de Jean.

Colgó la bata. Anduvo sigilosamente hasta la cama y se introdujo con cautela entre las sábanas. Suspiró. Pensó en las fotografías.

Ahora ya eran suyas. Suyas para conservarlas.

Evocó el aspecto de Bonnie en cada una de las imágenes.

Pero su mente volvía una y otra vez a las instantáneas del coro.

Luego, la muchacha estaba sola en el campo de fútbol. Lanzaba los pompones al cielo y se revolvía, con la larga melena dorada flotando en el aire, la falda ondulando en torno a su cuerpo, mientras ascendía cada vez más y más.

Capítulo 22

Al despertarse por la mañana, lo primero que recordó Larry fue que había cortado las páginas del libro. De pronto, tuvo la absoluta certeza de que la bibliotecaria se daría cuenta del estrago. Se ensañarían con Lane. Y sería culpa suya.

Comprendió que, últimamente, había hecho una barbaridad de cosas que le dejaron con la carga del sentimiento de culpabilidad: amenazar a Pete con un revólver; llevar a Bonnie a casa y mantener en secreto su presencia; ir al garaje, aparentemente sumido en estupor ebrio, y ni siquiera saber qué hizo allí; y ahora, mutilar un libro de la biblioteca y posiblemente poner a Lane en dificultades.

Antes de encontrar a Bonnie en aquella ciudad fantasma, nunca cometió tantos actos que le hicieran sentirse avergonzado. En el peor de los casos, a lo más que llegaba era a alimentar pensamientos lujuriosos relacionados con otras mujeres. Pero eso parecía bastante inofensivo.

En cambio, todo esto...

¿Qué infiernos me está pasando?

Demasiado calor. Se puso boca arriba y apartó la manta. Jean ya se había levantado. Bueno. En aquel momento, tampoco deseaba compañía. Y menos la de Jean. Podría adivinar que estaba inquieto y empezar a hacer preguntas.

“Ah, todo va bien. Tengo un cadáver escondido en el garaje y ¿sabes lo del libro de la biblioteca? Bueno, cogí esas fotos tremendas de la chavala muerta”.

Tenía que hacerme con esas fotos, se dijo. No me iban a permitir conservar el libro. Las fotocopias no servirían de nada, valen para textos impresos, pero las imágenes fotográficas quedan realmente espantosas.

Me juego algo a que nadie ha abierto ese libro en los últimos veinte años.

Nadie se dará cuenta de que esas páginas han desaparecido.

Confía en ello.

De cualquier modo, si la emprenden con Lane, pagaré el libro y en paz.

Pues sí que serviría eso de mucho. Lane nunca se ha visto en apuros ni ha tenido problemas. Eso la mataría.

Nadie notará nada. Lane devolverá el anuario y asunto concluido.

De todas formas, preocuparse es una tontería. El daño ya está hecho. No puedes volver a colocar las páginas en su sitio, ni aunque quisieras hacerlo.

Ahora son mías.

Cerró los ojos y dejó que su imaginación se recrease en y con las fotografías. Recordarlas le alivió. Se llenó los pulmones de aire suave de la mañana. Se estiró, saboreando la sensación sólida que le producía flexionar los músculos, la morbidez de la sábana sobre la piel, las imágenes de Bonnie.

Permaneció en la cama hasta que oyó el suave gruñido del motor del Mustang.

Dedicó la jornada a *Extraño en la noche*, cuyo final quedó al alcance de la mano. Escribir le costaba un horror. Su mente iba de un lado a otro incesantemente. Se desviaba

de la historia para torturarlo con desdichadas imágenes en las que Lane tenía que plantar cara a una bibliotecaria ofendida. Luego le atormentaba introduciéndole en el cerebro recuerdos de Bonnie.

Con frecuencia, apartaba la vista de la pantalla del ordenador y dirigía la mirada hacia el archivo. El compartimento donde guardó las páginas del anuario estaba al alcance de la mano. Deseó volver a contemplarlas. Pero Jean se encontraba en la casa. ¿Y si irrumpía en el estudio mientras él tuviera las fotos a la vista?

Poco después de las dos, Jean llamó a la puerta y la abrió.

—Tendría que acercarme a Safeway. ¿Quieres que te traiga algo de allí?

—No se me ocurre nada —dijo Larry—. Que te diviertas.

—Hasta luego.

Jean cerró la puerta.

Larry se quedó mirando la pantalla del ordenador. Oyó el ruido sordo que produjo la puerta de la calle al cerrarse. Se secó las manos húmedas en las perneras de los pantalones.

Aguardó un momento, echó hacia atrás la silla, salió del estudio y llegó a la sala de estar a tiempo de ver el automóvil que pasaba por delante de las ventanas.

Se ha ido. ¡Se ha ido!

Consultó su reloj de pulsera. Las dos y cuarto. Concedamos a Jean diez minutos para llegar a la tienda, otros diez que se pasará dentro del establecimiento y diez más para cubrir el camino de regreso.

Disponía de un mínimo de media hora.

Con el estómago convertido en jalea, se apresuró a volver al gabinete de trabajo, cerró la puerta y tiró del compartimento del archivador metálico. Había metido las páginas en la carpeta de un cuento titulado *El secuestro*. Sacó la carpeta, dejó abierto el cajón, separó las hojas de cartulina y Bonnie le sonrió de nuevo.

La foto de la “Reina del Ánimo”.

—¡Dios! —susurró.

Bonnie parecía aún más bonita de lo que la recordaba. Adorable, rozagante, inocente. Nada de extraño tenía que la hubiesen elegido reina.

Contempló la ondeante cabellera rubia. El flequillo caía con suavidad frente abajo, los cabellos eran un poco más largos por el lado derecho, donde rozaban la curva de la ceja. No llegaban a tocar la ceja izquierda. Mechones brillantes le enmarcaban la cara. Le relucían las pupilas. Larry supuso que la chispa de aquel fulgor era el reflejo del destello del flash

Tenía los labios juntos, curvados un punto hacia arriba en las comisuras, con el mero asomo de una sonrisa parecía seria pero complacida y orgullosa.

La mandíbula proyectaba una sombra que descendía oblicuamente por el cuello y se mezclaba con el hoyo que se formaba encima de la clavícula derecha. Los hombros caían delicadamente, desnudos hasta la orilla de la foto. La blusa que llevaba parecía negra. Sólo se veía el borde superior. La inclinación de ambos lados sugería que se encontraban en Un punto del centro. Pero no lo bastante abajo para mostrar una hendidura.

Larry cruzó la zona inferior de la fotografía con la mano abierta.

Con la prenda tapada, Bonnie lo mismo podía haber estado desnuda.

Observó el rostro, la tersa y blanca piel del pecho. Tenues sombras revelaban el hoyo de la garganta, el alabeo de las clavículas.

Si la imagen se prolongara hacia abajo, la mano de Larry estaría descansando sobre los pechos. Imaginó firmes turgencias de piel cálida y aterciopelada, pezones erectos que se oprimían contra la palma de su mano. Bajó el pulgar. Acariciaría entonces el vello áureo que se rizaba entre los muslos.

Repentinamente sobresaltado, Larry levantó la mano de encima de la foto. Cerró la carpeta de golpe.

¡Dios!

“¿Qué me está pasando?”

Con la cara como la grana, se levantó vacilante de la silla.

Volvió a poner la carpeta en el archivador y cerró el compartimento.

Regresó al asiento. Clavó la mirada en la pantalla. Las frases que leía allí le parecieron vacías, carentes de significado. Era inútil tratar de seguir trabajando en aquella novela. Al menos, hoy.

Grabó lo que tenía. Sustituyó el disquete por otro con el título de “Vamp”.

—Vampira —murmuró—. De ninguna manera. Bonnie, puso en pantalla el directorio y de allí pasó al último capítulo escrito el sábado por la noche.

Tenía que meterse a fondo para ponerlo al corriente.

Salió de aquel capítulo.

Contempló la pantalla en blanco.

“Buena suerte —pensó—. ¿Cómo demonios voy a escribir el remate de lo que ocurrió en el garaje entre ella y yo?

Digamos que yo llevaba pijama, para empezar”.

De cualquier modo que lo expreses, va a parecer que perdiste los estribos, ya me entiendes. Como si fueras un obseso, o algo así.

¿Y qué pasa con el anuario? ¿Vas a confesarle al mundo que te cargaste un libro de la biblioteca? Quizá tengas que inventarte alguna clase de mentira. Escribas lo que escribas, Lane conocerá la verdad. Leerá el maldito libro. Las fotos tendrán que figurar en él.

Mierda.

Cruza el puente cuando llegues a él y ten mucho pero que mucho cuidado cuando expliques el modo en que contemplaste las fotografías. Réstale importancia al asunto. Por el amor de Dios, no dejes que parezca que los acontecimientos te han desbordado. La chica está ahora muerta. No lo estaba cuando tomaron las fotos.

Entonces estaba viva. Era una gloria de muchacha y ahora...

Con los ojos de la mente, Larry vio el aspecto que Bonnie tenía ahora. Espantoso. Una momia apergaminada, con una estaca en el corazón.

Eso no se lo hizo un novio celoso. Algún hijo de mala madre creyó que era una mujer vampiro.

La asesinó.

Escondió el cuerpo bajo la escalera del hotel y puso un crucifijo en la pared como medida de precaución.

¿Y cerró con un candado la puerta frontal?

“Era un candado nuevo”, recordó Larry. Además, alguien había tapado con unas tablas el agujero del rellano.

—¿El asesino de Bonnie?

Era indudable que alguien vigilaba el hotel. ¿El hombre que se comió el coyote? ¿Se había pasado más de veinte años merodeando por Llano de la Artemisa... un centinela demente que guardaba la tumba del vampiro al que sacrificó?

Ese individuo todavía sigue allí.

Pero ahora sabe que la vampira ha desaparecido.

La tengo yo, cabrón.

¿Cómo pudiste hacer a Bonnie una cosa así? ¿Cómo pudiste coger a mi Bonnie y atravesarle el corazón con una estaca?

Larry miró la pantalla del monitor.

Suspendió los dedos sobre el teclado.

Empezó a teclear y aparecieron las palabras ambarinas. “ALGUIEN DEBE ARRANCARTE EL CORAZÓN, HIJO DE PUTA”.

En algún punto de la casa resonó el golpe de una puerta que se cerró de pronto. Larry se apresuró a pulsar el retroceso y borró lo escrito.

Larry se las arregló para escribir cuatro páginas a partir del momento en que Jean regresó de la tienda. Describía afanosamente su limpieza del garaje cuando sonó el ruido de unos pasos que se acercaban al estudio. Una breve llamada. La puerta se abrió. Entró Lane.

A Larry se le encogió el estómago, pero sacó ánimos para sonreír.

—Hola —saludó—. Creí que te ibas a quedar hasta muy tarde.

—Sí, también yo. —La muchacha se encogió de hombros—. El señor Kramer tenía que acudir a una reunión de padres, así que me vine a casa.

Llevaba una mano a la espalda.

“Probablemente empuña una pistola”, pensó Larry.

Pero Lane no parecía desasosegada.

—¿Qué llevas ahí detrás?

La chica adelantó la mano. Tenía en ella una galleta de chocolate:

—Recién salida del horno —ofreció—. ¿La quieres?

—Claro.

Larry alargó el brazo. Le temblaba la mano. Lane lo observó.

—¿Te encuentras bien?

—He tenido un día muy duro de trabajo —dijo Larry, y tomó la galleta—. ¿Qué tal te ha ido a ti?

—Muy bien, supongo.

—¿Devolviste el anuario?

Lane frunció el entrecejo.

—Dijiste que habías terminado con él.

—Sí. Terminé con él. Un millón de gracias por tu ayuda. Te lo debo.

—Naturalmente que me lo debes. Un par de botas.

—No tengo que ir a recogerlas por ti, ¿verdad?

—Con que me dejes tu tarjeta de crédito, basta. Me encargaré del trabajo sucio.

Larry emitió una risita en tono bajo.

—Mi cartera está en el dormitorio. Sírvela tu misma. Al retirarse la chica, Larry se comió la galleta. Aún conservaba la delicadeza y el calor del horno. Pero Larry tenía la boca seca, y le costó bastante tragarla.

Capítulo 23

Cuando la biblioteca pública abrió sus puertas a las nueve de la mañana del miércoles, Larry ya estaba esperando.

Al acercarse a la bibliotecaria, el nerviosismo se apoderó de él. Era una mujer joven y atractiva, de sonrisa alegre. Pero Larry medio se esperaba que le respondieran con evasivas, que le diesen un tirón de orejas.

“Esa mujer no es médium —se dijo—. No tiene idea de que mutilé el anuario del instituto de enseñanza media”.

—Estoy llevando a cabo una investigación sobre mil novecientos sesenta y ocho —explicó—. ¿No tendría usted números del *Estandarte de Recodo de la Cabeza de Mula* de esa fecha?

Al cabo de unos minutos, la bibliotecaria le había sacado una caja de microfichas. Le mostró el aparato lector-impresor.

Sí, sabía utilizarlo.

La bibliotecaria le informó de que la tarifa eran diez centavos por página copiada, que debería pagar en el mostrador antes de marcharse. Se llamaba Alice. Andaría por allí y tendría mucho gusto en echarle una mano si necesitaba ayuda.

Larry le dio las gracias. La mujer se retiró.

Larry inició la búsqueda en la edición del 1 de junio de 1968. La graduación en el instituto probablemente habría tenido efecto a mediados del mes. Basándose en el anillo, Larry dio por supuesto que Bonnie se graduó entonces. Pero podía estar equivocado.

El periódico del sábado, 22 de junio, zanjó el asunto. Las ceremonias de graduación se desarrollaron la noche anterior y la lista de los ochenta y nueve alumnos matriculados que obtuvieron el título incluía el nombre de Bonme. En las fotos de los actos aparecían el director del centro pedagógico, el presidente del Consejo de Educación y dos estudiantes que pronunciaron sendas alocuciones. Bonnie, no.

Pero Larry encontró lo que le hacía falta: la prueba de que la muchacha estaba viva el 21 de junio.

Oprimió un botón en la base del aparato. Al cabo de unos segundos salió por la ranura una copia de la página.

Prosiguió.

Continuaba buscando el nombre de Bonnie. Crónicas sobre asesinatos y desapariciones. Pero mantenía la mente abierta, con la esperanza de descubrir cualquier historia que pudiese tener una relación, por remota que fuera, con el destino de Bonnie.

La noticia que encontró en el número del 16 de julio no tenía nada de remota. Los ojos de Larry tropezaron con el titular y se quedó boquiabierto. El corazón le retumbó pesadamente en el pecho mientras devoraba los párrafos del artículo.

DOBLE HOMICIDIO EN LLANO DE LA ARTEMISA

Elizabeth Radley, de treinta y dos años, y su hija Martha, de dieciséis, fueron brutalmente asesinadas anoche en sus habitaciones del

hotel de Llano de la Artemisa. Descubrió sus cadáveres Uriah Radley, esposo y padre, respectivamente, de las víctimas.

Según el portavoz del sheriff del condado, Uriah había ido ayer a Recodo de la Cabeza de Mula para adquirir suministros. Durante el regreso, se le averió la camioneta a unos veinticuatro kilómetros de Llano de la Artemisa. Recorrió ese trayecto a pie, para llegar al hotel aproximadamente a medianoche y encontrar asesinadas a su esposa y a su hija.

Los cuerpos desnudos de las difuntas se hallaban en sus respectivas camas y ambos, al parecer, habían sufrido múltiples heridas de índole mortal. No se ha revelado la clase de arma o armas empleadas. Tampoco se ha informado, todavía, de si las mujeres fueron víctimas de agresiones sexuales.

Las autoridades interrogaron a Uriah Radley, pero no se le mantiene retenido en relación con los asesinatos.

Hasta el momento no se ha arrestado a ningún sospechoso.

Larry releyó el artículo. Increíble. Dos asesinatos en el mismo hotel donde ellos encontraron a Bonnie.

"Tiene que haber alguna conexión", pensó.

Copió la historia.

Al día siguiente, el *Estandarte* continuaba con el caso.

LOS ASESINATOS DEL HOTEL DE LLANO DE LA ARTEMISA

Las autoridades siguen sumidas en el desconcierto en lo que se refiere al doble homicidio perpetrado poco antes de la medianoche del pasado lunes en Llano de la Artemisa. La autopsia de las víctimas, Elizabeth Radley y su hija, Martha, ha revelado que ambas murieron desangradas, como consecuencia de las múltiples heridas que sufrieron.

Por el momento, las autoridades tienen pocas pistas y ningún sospechoso.

El *sheriff* del condado, Herman Black, ha declarado:

"Opinamos que fueron víctimas por azar. Es decir, se encontraban en un sitio impropio en un momento inadecuado. Llano de la Artemisa no es un lugar adecuado para vivir. En diversas ocasiones advertí a los Radley del peligro de permanecer allí, cuando esa ciudad no es más que un pueblo abandonado. En el transcurso de los dos últimos años hemos tenido numerosos problemas con las pandillas de indeseables que destrozaban el lugar y alborotaban con sus peleas".

El *sheriff* señaló que las bandas de motoristas acudían con frecuencia a la población y la utilizaban como centro de sus fiestas salvajes. Durante los últimos doce meses, se denunciaron no menos de tres secuestros y media docena de broncas y reyertas ocurridos en los edificios abandonados de la ciudad, protagonizados por pandillas de motoristas u otro tipo de transeúntes.

"Me inclinaría a suponer —declaró el *sheriff* Black—, que Elizabeth y Martha Radley se vieron sorprendidas por algunos motoristas. Éstos constituyen una partida de individuos realmente borrascosos y pendencieros y, frente a ellos, pocas posibilidades podían tener dos mujeres solas".

Uriah Radley había continuado residiendo, con su esposa e hija, en Llano de la Artemisa, tras el ocaso de la ciudad y el eventual abandono y clausura, en 1961, de la mina de plata Rama Seca. En medio del subsiguiente caos económico, los establecimientos comerciales y demás negocios echaron el cierre y los ciudadanos emigraron a tierras más

productivas. Muchos de ellos se instalaron en Recodo de la Cabeza de Mula.

A principios de 1966, sólo el almacén de Holman y el hotel de Uriah Radley permanecían abiertos. Pero a últimos de aquel año, la suerte de la ciudad quedó sentenciada cuando falleció Jack Holman, al parecer como resultado de un suicidio. Ironías del destino: quien encontró su cadáver, colgado de una soga en el almacén, fue Martha Radley, que a la sazón contaba catorce años, la muchacha que en la noche del lunes pasado murió asesinada junto con su madre.

Aunque el Holman's tuvo que cerrar a raíz de la defunción de su propietario, la familia Radley continuó viviendo en el hotel de Llano de la Artemisa. El establecimiento suspendió sus actividades hoteleras el año pasado, pero los Radley siguieron ocupando el edificio. Uriah venía una vez por semana a nuestra ciudad en busca de provisiones, y se le consideraba persona simpática y buena.

Elizabeth y Martha era miembros activos de nuestra Iglesia Primera Presbiteriana.

Martha asistía al instituto de Enseñanza Media de Buford, donde el pasado mes de junio aprobó su segundo curso. Formaba parte de la banda de música del instituto, así como del Club Artístico.

Las honras fúnebres se celebrarán el próximo domingo en la Primera Presbiteriana.

Larry copió el artículo.

Se sentía como si acabara de descubrir un tesoro. La ciudad tenía una historia siniestra: un suicidio en el almacén de Holman, un par de escalofrantes asesinatos en el hotel, alborotadores "violentos" que utilizaban los edificios abandonados como escenario de sus juegos y diversiones. Un material formidable.

Por encima de todo, Martha había estado en el Club Artístico. Igual que Bonnie. Debieron de conocerse.

Habían formado parte del mismo club. Y Martha había vivido y acabó muriendo en el mismo hotel donde encontraron el cadáver de Bonnie.

Eso significaba que existían dos puntos de contacto.

Larry comprendió que había dado con algo importante. Se dio cuenta súbitamente de que tenía un retrato de la chica. Casi seguro. De no estar ausente el día en que se tomó la foto en el Club Artístico, Martha figuraría en el grupo en que se encontraba Bonnie.

"Una suerte fantástica", pensó.

Diablos, era algo más que suerte. No se debe a ninguna coincidencia. De una forma o de otra, todo esto se relaciona: el hotel, la muerte de Martha, ambas jóvenes en el mismo club, la muerte de Bonnie. Todo encadenado.

Continuó su búsqueda.

Lunes, 22 de julio:

FUNERALES POR LA MADRE E HIJA ASESINADAS

Ayer, domingo, en la Iglesia Primera Presbiteriana se celebraron las honras fúnebres por Elizabeth Radley y su hija Martha, asesinadas durante la noche del pasado lunes, en el hotel de Llano de la Artemisa.

Asistieron a la ceremonia numerosos amigos, así como el esposo y padre de las víctimas, Uriah Radley, que se hizo cargo de las cenizas de su esposa y de su hija, una vez concluido el servicio religioso.

Eso era todo.

Larry hizo una copia.

Se preguntó si Bonnie habría asistido al funeral.

Pensó en las cenizas. Habían incinerado a las dos mujeres.

No era extraño, pero sí interesante. Larry tenía bastantes conocimientos sobre vampiros y vampirismo. Estaba muy extendida la creencia de que las víctimas de un vampiro se convertían a su vez en vampiros. Quemar sus cuerpos impediría a las mujeres regresar. ¿Por qué razón hizo Uriah que incinerasen a su mujer y a su hija? ¿Tenía razones para creer que las había matado un vampiro?

El periódico se mostraba muy ambiguo en cuanto a la naturaleza de las heridas y las armas homicidas. Era más que probable que las autoridades se hubiesen reservado para sí tal información. Era una práctica habitual. Uno no le cuenta todo a la prensa.

Supongamos que las heridas eran mordiscos, y las armas, unos colmillos.

Las mujeres habían muerto como resultado de la pérdida de sangre. Al descubrir los cadáveres, Uriah indudablemente vio las heridas. Y tal vez observó que no había mucha sangre en las camas. Pudo muy bien llegar a la conclusión de que las asesinó un vampiro.

“Correcto”, pensó Larry. Si estaba loco.

Pero ¿y si creyó que fue una vampira quien las mató? ¿Y si algo le indujo a pensar que la vampira era Bonnie? Entonces la persiguió. Y le clavó la estaca en el corazón. Y la escondió debajo de la escalera del hotel. Y él sigue allí, después de todos estos años, viviendo en el hotel y guardando los restos de la vampira que asesinó a sus seres queridos.

“Encaja —pensó Larry—. Cristo de mi vida, todo encaja”. “Lo que no significa que sea verdad”, se dijo.

Los vuelos de la fantasía eran su medio de vida. Toda su carrera se basaba en los ensueños, que luego presentaba con apariencia de realidad. Uno crea cierta situación inverosímil, pone en pie personajes, motivos y enlaces causales. En seguida, la situación adquiere determinada clase de sentido.

Sabía que la vida real no funcionaba como un libro. La gente suele comportarse de modo atípico. Los motivos son a veces oscuros. El azar y la coincidencia pueden hacer añicos una perfecta cadena de causas.

Quizá los motoristas mataron a Elizabeth y Martha, como especuló el *sheriff*. O tal vez fue un asesino contumaz que pasó por allí. O acaso el propio Uriah.

Quienquiera que las hubiese inmolado, los vampiros podían ser lo más distante que Uriah tenía en la cabeza cuando solicitó las cremaciones.

Cabía la posibilidad de que fuese pura coincidencia el que alguien eligiese el hotel de Uriah como escondrijo para el cadáver de Bonnie.

Por otra parte...

Todo encajaría milimétricamente si Uriah hubiese culpado de los homicidios a Bonnie y la hubiera quitado de en medio. Clavando una estaca en el pecho de Bonnie.

El loco hijo de puta.

¿Cómo podía ocurrírsele a alguien que Bonnie fuese una vampira?

A mí se me ocurrió, tuvo la sinceridad de recordarse. Sólo brevemente, quizá al principio.

Pero Larry tenía ahora una opinión mejor. Bonnie fue una muchacha bonita e inocente, asesinada por alguna engañada escoria humana que, evidentemente, daba crédito a las más extravagantes tonterías supersticiosas.

Casi con toda seguridad, Uriah Radley.

Después de comerse una hamburguesa en un bar de la misma calle, un poco más abajo, Larry volvió a la biblioteca.

Saludó a Alice con una sonrisa, tomado la caja de microfichas del mostrador de prestamos y se dirigió nuevamente a la maquina lectora-impresora.

Retomando la investigación en el punto donde la había dejado, el día 24 de julio de 1968.

En el número de 27 de julio encontró:

DESAPARICIÓN DE UNA JOVEN DE LA LOCALIDAD

Se sospecha la existencia de algo turbio en la desaparición de Sandra Dunlap, de dieciocho años de edad, hija de Windy y William Dunlap. A primera hora de esta mañana, los padres verificaron la desaparición de Sandra al no encontrar a la joven en su dormitorio del hogar familiar, en la avenida de Crestuiew.

Según las autoridades, la puerta frontal de la casa mostraba señales de haber sido forzada, y en las sábanas de la cama de la muchacha había indicios de sangre.

Recientemente graduada en el instituto de Enseñanza Media de Buford, a Sandra se la vio por última vez el viernes pasado, cuando fue al cine en compañía de su novio, John Kessler, y dos compañeros del instituto, Biff Tate y Bonnie Saxon. Interrogados hoy mismo por los funcionarios policíacos, los tres jóvenes han declarado que dejaron a Sandra a la puerta de su casa poco antes de medianoche y que la vieron entrar en su domicilio sin sufrir contratiempo alguno.

Windy y William Dunlap manifestaron que estaban dormidos cuando su hija regresó de su salida.

Se cree que la desaparición tuvo efecto entre la medianoche del viernes y el amanecer de hoy.

Se ruega a cualquier persona que hubiera observado cualquier clase de actividad anormal en la zona próxima a la residencia de los Dunlap durante ese periodo de tiempo, o que tenga alguna noticia o algún dato relativo al paradero actual de Sandra Dunlap, proceda a ponerse en contacto inmediatamente con el departamento de Policía Recodo de la Cabeza de Mula.

Ilustraba el reportaje una fotografía de la joven, de tamaño reducido y llena de granos. Mostraba la cara y los hombros de una chica sonriente, morena y guapa. Llevaba jersey oscuro. Larry supuso que sería su "foto de estudiante de último curso", la misma que probablemente figuraría en el anuario del instituto.

Si aún tuviera el anuario...

"Olvidalo —se dijo—. Ya te has ido de rositas con el Corte de las fotos de Bonnie. No tientes a la suerte probando a hacer lo mismo con Sandra. No tientes la suerte de Lane".

Ni hablar.

Fue a la parte de la historia en la que entraba Bonnie. La verdad era que ella y su amiguito fueron las últimas personas que vieron a Sandra.

Increíble.

“Bueno —pensó—, quizá no sea tan "increíble". Se trata de una ciudad pequeña, en la que sólo había ochenta y nueve chicos en el curso de graduación. Bonnie era "Reina del Ánimo", sin duda una de las mozas más populares de su promoción. Sería extraño que no conociese a las demás jóvenes de su edad. Probablemente sería amiga íntima de varias de ellas”.

Pero Sandra debía de ser una de sus mejores amigas. Uno no sale con cualquiera en plan de doble pareja.

¿Y qué hay del tal Bill Tate? Evidentemente, el novio de Bonnie. Un nombre estúpido. Seguramente una estrellita del fútbol o algo por el estilo.

Un maldito atleta. Mentalmente, Larry le oyó fanfarronear en el vestuario: “Claro que le metí mano. La dejé suplicándome que la trajinase más”.

“Vamos —se dijo—. Es una tontería preocuparse del amiguito. Los chicos que conociese Bonnie estaban a prueba. Dos derribos en menos de quince días”.

Había que ser duro con ella.

Sí, y apuesto a que el bueno de Bill estaba más que anhelante de aliviarla en su pena.

—Mierda —murmuró Larry, y acto seguido miró hacia Alice, que estaba al otro lado de la sala. La mujer le daba la espalda, afanada en la colocación de volúmenes en un estante. No reaccionó, lo que hizo suponer a Larry que no le había oído.

Copió la historia referente a Sandra Dunlap y reemprendió el examen de los periódicos.

Un corto de la edición del 31 de julio indicaba que la muchacha permanecía aún entre las personas desaparecidas, que sus padres se temían lo peor y que la policía estaba llamando de nuevo a los testigos con vistas a disponer de más información.

Unos días más tarde, el 10 de agosto de 1968, Linda Latham también se desvaneció.

La fotografía mostraba el rostro de una muchacha de expresión alegre, pecosa, rubia y simpática nariz respingona. No parecía una foto de colegio. Llevaba camiseta de manga corta y una gorra con la visera ladeada. Larry contempló la cara joven e inocente de la chica. Le entristeció, y ahogó la excitación que sentía al descubrir una nueva víctima.

LA CIUDAD, CONSTERNADA POR UN SECUESTRO

Linda Latham, de diecisiete años, hija de Lynn y Ronald Latham, fue supuestamente raptada durante la noche del viernes, cuando volvía a su domicilio, de casa de su amiga Kerry Goodrich.

Aproximadamente a medianoche, los padres de Linda empezaron a preocuparse por la tardanza de la muchacha y telefonearon a la residencia de los Goodrich, quienes les informaron que la joven había salido de allí hacía más de una hora. El recorrido, una distancia de cuatro manzanas, no habría llevado a Linda más de diez minutos.

Alarmados, los padres reconocieron la zona comprendida entre las dos viviendas. Al encontrar el bolso de Linda junto al bordillo de la acera, a cosa de una manzana del hogar de los Goodrich, se apresuraron a avisar a la policía.

Pese a que las autoridades examinaron a fondo el terreno, no se obtuvo rastro alguno acerca del aparente secuestro.

Linda Latham es la segunda adolescente que ha desaparecido en sospechosas circunstancias durante las últimas semanas. El 26 de julio, Sandra Dunlap se esfumó de su casa en la avenida Crestview, y, hasta la fecha, su destino continúa siendo un misterio.

La policía ha señalado que existen pocas similitudes en las circunstancias de ambas desapariciones. "Los *modus operandi* son absolutamente distintos", según el portavoz de la policía, el capitán Al Taylor. "Sería prematuro, en este punto, especular sobre la base de que ambos delitos son obra del mismo autor. A pesar de ello, es preciso reconocer que en un corto espacio de tiempo han secuestrado a dos adolescentes. Desde luego, ello es causa de preocupación. Aconsejaría a los padres que vigilasen de cerca las actividades de sus hijos adolescentes, en particular a las chicas. Los jóvenes, por su parte, deben extremar las precauciones hasta que hayamos detenido al autor o autores de los secuestros".

A continuación, el capitán Taylor sugirió a las muchachas que se abstuvieran de salir solas, que llevasen silbatos por si surgiera alguna emergencia y que informaran de cualquier encuentro de naturaleza sospechosa que tuvieran.

Las autoridades están llevando a cabo una exhaustiva búsqueda de las dos jóvenes desaparecidas. Se ruega a cualquier persona que posea alguna información acerca de dichas desapariciones que se ponga inmediatamente en contacto con la policía.

"Nada respecto a Martha Radley", observó Larry. ¿Acaso las autoridades policíacas no veían ninguna relación? Obviamente, no, puesto que de verla, estarían preocupadas.

Un asesinato, dos desapariciones. Tres casos ya.

Larry sacó la página situada en el fondo del pequeño montón de copias: la lista de los graduados el curso de 1968 en el instituto Buford. Encontró los nombres de "Dunlap, Sandra" y "Latham, Linda". La Radley no estaba allí, naturalmente: sólo tenía dieciséis años.

Pero había pertenecido al Club Artístico, y Sandra y Linda fueron compañeras de clase de Bonnie.

Bonnie conocía a las tres.

Dios, debió sentirse destrozada. Y asustada.

Cuando sucede algo así, uno empieza a preguntarse, nervioso, quién será el siguiente. Quizá le tocará a uno. Copió la historia.

Continuó buscando. Copió tres reportajes complementarios, ninguno de los cuales añadía nuevos datos. Las muchachas seguían sin aparecer. Las autoridades no tenían ningún sospechoso.

Bonnie fue la siguiente.

Encontró la noticia y la foto en la primera página del número del 14 de agosto del *Estandarte de Recodo de la Cabeza de Mula*.

Se quedó mirando la pantalla, con una horrible sensación de quebranto.

"¿Qué esperabas? —se dijo—. Sabías que murió, tienes su cadáver. Esto no debería representar para ti un golpe demoledor".

Pero era como si una parte de su cerebro hubiese alimentado la quimérica esperanza de que, a pesar de todo, la historia de Bonnie hubiese tenido un final feliz. De una forma o de otra. A regañadientes, leyó el reportaje.

DESAPARICIÓN DE BONNIE SAXON

Bonnie Saxon, elegida "Reina del Ánimo" en el instituto Buford, durante los festejos de Vuelta a Casa del curso de otoño de 1968,

desapareció anoche de su domicilio de la avenida Usher, donde vivía con su madre, Christine.

La muchacha, de dieciocho años, fue vista por su madre la noche del viernes, cuando regresó a casa, tras haber salido con su novio, Bill Tate. A la mañana siguiente, Bonnie había desaparecido. El cristal de la ventana de su dormitorio estaba roto y había manchas de sangre en las sábanas de su cama.

Ésta es la tercera desaparición de muchachas adolescentes locales que se produce desde el pasado mes de julio. El día 26 de dicho mes desapareció de su hogar Sandra Dunlap, de dieciocho años. Al igual que Bonnie, parece que a Sandra la secuestraron en su propio dormitorio durante la noche. En ambos casos, existen pruebas de que se forzó la puerta de entrada de la casa y se han encontrado huellas de sangre en las sábanas. La segunda desaparición ocurrió el 10 de agosto, fecha en que Linda Latham, de dieciocho años, fue supuestamente víctima de un rapto cuando volvía a casa, después de visitar a una amiga.

Según el jefe de policía, Jud Ring: "Todo indica ahora que existe una pauta definida, especialmente en los casos Dunlap y Saxon. Resulta razonable la conclusión de que el mismo secuestrador raptó a las tres jóvenes. Nos encontramos ante una situación realmente siniestra. Naturalmente, todavía confiamos en encontrar con vida a las muchachas. Pero ignoramos qué ha sido de ellas. Lo que sí sabemos es que todo nos induce a creer que tales crímenes seguirán produciéndose si no logramos arrestar a la persona responsable de estos atropellos".

"Nuestro departamento -prosiguió-, está llevando a cabo una investigación en gran escala. No se pasa por alto ni se descarta ninguna posibilidad. Tengo una confianza absoluta en que pronto habremos puesto a buen recaudo al autor de estos delitos. Hasta entonces, sin embargo, es imprescindible que todas nuestras ciudadanas extremen al máximo las precauciones en sus actividades y movimientos cotidianos".

Bonnie Saxon se graduó en el Instituto Buford, promoción de 1968. Además de haber sido elegida "Reina del Ánimo", Bonnie figuraba en el cuadro de honor del centro pedagógico y participaba eficientemente en buen número de las actividades del mismo. Tanto ella como su madre son miembros de la Iglesia Primera Presbiteriana, en cuyo coro juvenil canta Bonnie. Esta bonita y dinámica muchacha es una figura familiar para muchos de nuestros conciudadanos y albergamos la esperanza de que su popularidad, el hecho de que la conozca tanta gente, contribuya a localizarla.

Instamos a toda persona que disponga de cualquier dato o información relativa al secuestro o al paradero actual de Bonnie Saxon, Linda Latham o Sandra Dunlap a que se ponga inmediatamente en contacto con las autoridades.

Bonnie había desaparecido.

Estaba muerta.

El redactor de aquel reportaje lo ignoraba, pero alguien había clavado una estaca en el pecho de la joven. La había matado.

Larry comprendió que debía continuar, pero no le quedaban ánimos.

Consultó su reloj de pulsera. Las tres. Era temprano para dejarlo. Si se iba en aquel momento, tendría que volver a la mañana siguiente.

No le importaba.

Imprimió una copia de la historia y desconectó el aparato.

Capítulo 24

Al sonar el timbre, los alumnos empezaron a desfilar hacia el pasillo. Lane empezó a recoger los libros del estante de debajo del asiento, de forma que no resultara demasiado evidente para los demás que iba a permanecer allí un rato más. No era menester que todo el mundo se enterase de que se quedaba para echar una mano al profesor. Algunos compañeros creerían que era pura labor de pelotilleo. No es que a mí me importe lo que crean, se dijo. Sin embargo, siempre era más sensato pasar todo lo inadvertida que se pudiera.

Jessica se detuvo en el umbral y volvió la cabeza para mirarla.

Lane atrajo los libros apilados hacia el pecho, como si se dispusiera a levantarse.

—¿Se va? —preguntó el señor Kramer.

—No, ejem. No, si tiene usted algo para mí.

El profesor asintió, sonriente.

—Tengo una cosa, si no le hace ascos al trabajo manual.

—No, no tengo nada en su contra.

Lane miró hacia la puerta, donde Jessica frunció el entrecejo, dio media vuelta y se alejó.

—Venga aquí —indicó Kramer. Introdujo las manos en la cartera, pero sin apartar los ojos de Lane mientras la muchacha se aproximaba a él.

Confió en que su aspecto fuera bueno. Desde luego, Jim lo había considerado así. Durante el almuerzo, la mano del chico no dejó de pretender introducirse, casi sin tapujos, por debajo del desabrochado botón de la blusa. Hasta que Lane perdió los estribos.

—Si no te gusta —había advertido Jim—, no deberías ponerte esta cosa tan provocativa.

La blusa, de color blanco y tipo nicky, era de manga corta y el dobladillo llegaba justo a la cintura. Sin embargo, ello no significaba que estuviese diseñada para invitar a Jim a explorar las zonas corporales que quedaban fuera de la vista por encima del talle de Lane.

Por la mañana, cuando decidió ponerse aquella blusa y la falda corta de mahón, Lane no pensaba en la reacción de Jim. Tenía la mente puesta en el señor Kramer. Quería estar guapa y atractiva a sus ojos. Y quizás un poco *sexy*.

Si Kramer apreciaba su forma de vestir, no lo dio a entender.

Concentró su atención en la cartera de mano, mientras Lane daba la vuelta por la parte posterior de la mesa. El profesor sacó una carpeta y la abrió, tras volverse hacia Lane. Dentro de la carpeta había unas cuantas fotos de tamaño veinte por veinticinco.

—¿Whitman? —preguntó Lane, con la vista en la primera de las fotografías, que estaba boca abajo.

—Muy bien.

—De niña, jugaba mucho a “Autores”.

—¿Le gustaría clavar éstas ahí arriba? Para proporcionar a los chicos algo que merezca la pena mirar cuando están pensando en las musarañas.

—Estupendo —dijo Lane—. ¿Dónde quiere que las ponga?

El señor Kramer señaló la lámina de corcho que recubría la pared, a bastante altura, entre la pizarra y el techo.

—¿Cree que alcanzará a ponerlas allí? Me temo que tendrá que subirse encima de un taburete.

—No hay problema —dijo Lane.

—Muy bien. Fabuloso. Le pasaría unos ejercicios para corregir, pero todo lo que tengo hoy son ensayos. No me queda más remedio que revisarlos yo mismo.

—Ah, esto vale.

El señor Kramer sacó del cajón del escritorio una cajita de plástico transparente llena de tachuelas y se la entregó a Lane, junto con la carpeta de las fotografías.

—¿Hay que colocarlas por un orden especial?

—Es indiferente.

El profesor trasladó el taburete desde el rincón del aula.

Alto hasta la cintura de Lane, tenía patas metálicas y un disco de madera por asiento. Cada una de las clases parecía contar con un taburete idéntico. Los profesores solían sentarse en ellos, pero el señor Kramer nunca lo utilizaba, prefería acomodarse en la mesa delantera al dirigirse a los alumnos.

Llevó el taburete al otro extremo del encerado.

—Puede que sea mejor que le sostenga algo.

Lane le tendió las chinchetas y las fotografías. El hombre permaneció de pie junto a la chica, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—No se preocupe, caerme no entra en mis planes.

—Estoy seguro de que sabe lo que dijo Burns acerca de los planes y proyectos mejor concebidos.

—¿Me promete que me sujetará si “patinan”?

—Haré lo que pueda.

Lane apoyó el pie en un travesaño, plantó la otra rodilla en el asiento y se agarró al encerado para elevarse hasta colocar los dos pies en la superficie del taburete.

—¿Se encuentra bien ahí arriba?

—Sí, creo que sí.

Bajó la mirada sobre él y se las arregló para sonreír. Se sentía en postura precaria. Contaba con poco espacio para asentar los pies y no podía agarrarse a nada. Pero la lámina de corcho quedaba frente a su rostro, de modo que no tendría que estirarse para llegar a ella.

—Pruebe con ésta, para empezar.

El señor Kramer le pasó la foto de Whitman. Lane la cogió con la mano izquierda. Cruzó la diestra por delante del pecho y el profesor le depositó dos chinchetas en la palma.

Levantó la fotografía y la mantuvo adosada contra el corcho. Mientras la sostenía con una mano, atravesó con una tachuela la parte superior derecha de la misma.

Y también comprendía lo que pasaba con su blusa. Se daba cuenta de que cometió un error al elegirla. Pero era que había creído que se trataba de corregir ejercicios, no de subirse a un taburete e inclinarse hacia adelante, con ambos brazos levantados y el señor Kramer a sus pies.

El dobladillo del nicky le rozaba la piel de la espalda al menos dos centímetros y medio por encima de la cintura de la falda. Lane no veía la parte delantera. Tampoco tenía por qué. Se imaginaba muy bien cómo debía colgar separada del cuerpo. Si se daba el caso de que el señor Kramer mirase en la dirección adecuada, probablemente podría verle el sostén.

Comprender eso produjo a Lane un sofoco hormigueante. Clavó otra chincheta en su sitio, bajó los brazos y miró al profesor.

El señor Kramer asintió.

—Hasta ahora, todo va bien —dijo, con una sonrisa.

Le entregó la foto de Mark Twain.

—Me parece que podré arreglármelas sola —manifestó Lane—, puede usted dedicarse a corregir ejercicios. Déme la caja de chinchetas y deje las fotos en la bandeja de las tizas.

—¿Seguro que no me necesita como observador?

—Creo que sabré bandeármelas.

El hombre entregó las tachuelas a Lane, sacó luego de la carpeta el puñado de fotos y las dejó apoyadas en la bandeja de tizas del encerado. No se retiró.

“Al diablo con eso —pensó Lane—. Tampoco tiene mayor Importancia”.

Levantó el retrato de Mark Twain hasta la tira de corcho.

—Póngalo junto al de Walt, a la derecha. Tal vez sea mejor que superponga un poco los bordes. Así podrá aprovechar la misma chincheta para los dos.

“De todas formas, no me presta la menor atención”, pensó Lane.

¿De veras? No te apuestes nada.

Si es como la mayoría de los tíos, seguramente tendrá los ojos pegados a mi blusa. O se agachará para echarle un vistazo a las bragas.

Sostuvo la caja de chinchetas apretada contra la barbilla para tener libre la mano derecha, y quitó la tachuela clavada en la esquina del retrato de Whitman.

“A estas alturas —pensó—, Jim ya tendría una mano deslizándose por mi pantorrilla”.

Gracias a Dios, el señor Kramer no es Jim.

Además, yo soy una alumna. No se atrevería a tocarme, aunque tuviese unas ganas locas de hacerlo.

Superpuso los bordes de las fotos y clavó la chincheta. Sostuvo en su sitio el retrato de Mark Twain mientras retiraba la caja de debajo de la barbilla, se agachaba y cogía un retrato de Charles Dickens de la bandeja. Al enderezarse, volvió la cabeza hacia el señor Kramer. Éste manifestó su aprobación asintiendo con la cabeza.

—Parece que domina perfectamente la situación.

—Sí.

—Déme un silbido si me necesita —dijo el profesor, y echó a andar rumbo a su escritorio.

Se sentó. Se inclinó sobre un montón de papeles y tomó un bolígrafo rojo.

“A Dios gracias”, pensó Lane.

Lo que no fue óbice para que se sintiera un tanto extraña: no sólo aliviada porque Kramer no estuviese debajo de ella, sino también un poco decepcionada, un poco desdeñada.

“Supongo que no le impresioné lo más mínimo”, se dijo.

Hundió una tachuela en las esquinas de las fotos de Dickens y Mark Twain.

¡No quería que levantase la cabeza para mirar por debajo de mi falda y de mi blusa!

Tal vez ni siquiera aprovechó la oportunidad de hacerlo.

Lane saltó al suelo, corrió un poco el taburete y vio que el señor Kramer alzaba la cabeza para observarla mientras volvía a subirse.

—Con cuidado —aconsejó el profesor.

Lane sonrió, al tiempo que inclinaba levemente la cabeza.

Y entonces le asaltó un pensamiento terrible.

“¿Y si cree que me he vestido así para provocarle?”

El fuego se extendió por la piel de la muchacha.

“Debe de pensar que soy una putilla”.

Mientras fijaba la fotografía de Tennyson, gruesas gotas de sudor descendieron por los costados de Lane.

“Deseaba mostrarme atractiva para él”, se dijo. Pero no tenía idea de que...

Deseó con toda el alma haberse puesto unos vaqueros y una blusa larga. Una blusa cuyos faldones hubiera podido meter bajo la cintura del pantalón.

Es lo que debí ponerme. Y me lo hubiera puesto de saber que...

“No soy ninguna mujerzuela”.

“¿Y si cree que lo he hecho para que me diera nota?”

Había un montón de chicas que coqueteaban con los profesores animadas por la esperanza de subir puntos en las calificaciones. Algunas probablemente llegaban incluso a ofrecer favores sexuales. Aunque Lane no conocía a ninguna que hubiese hecho tal cosa, sospechaba que a veces ocurría.

“A mí ya me ha dado un sobresaliente —se dijo Lane—. No puede creer que me he vestido así para mejorar la nota”.

Es más, ¿por qué iba a suponer que me he puesto estas prendas en su honor? Lo más probable es que crea que lo único que intento es estar guapa para algún novio.

Lane empezó a sentirse mejor a medida que menguaba el deprimente sofoco de la vergüenza.

“Claro —pensó—. No puede pensar que me vestí así para él. No lee el pensamiento de los demás”.

Continuó colocando fotos, haciendo equilibrios sobre el taburete, agachándose para cogerlas, levantando los brazos, clavando las chinchetas en la lámina de corcho y bajándose de vez en cuando para acercar un poco más el taburete a la mesa del señor Kramer.

A menudo, el profesor le echaba un vistazo. Normalmente, estaba abstraído en la lectura de los ensayos. Sin embargo, Lane le sorprendió en varias ocasiones mirándola por encima del hombro. Cuando eso ocurría, el señor Kramer nunca se apresuraba a desviar la

vista y fingir que no la miraba. Nunca se comportaba con aire de culpabilidad. Solía sonreír y, al tiempo que inclinaba la cabeza, comentar algo como: “Buen trabajo”, “Me alegra que sea usted y no yo quien esté encima de ese taburete” o “Si empieza a sentirse cansada, déjelo”.

Al final, Lane empezó a presumir que al profesor le tenía sin cuidado el modo en que ella iba vestida.

“Lo mismo podía llevar un mono”, pensó.

Se preguntó si el señor Kramer sería marica.

“Déjalo en paz —se dijo—. ¿Qué quieres? Es un profesor”.

Saltó al suelo una vez más y corrió el taburete cosa de medio metro, acercándolo al escritorio. El señor Kramer se volvió en su sillón giratorio y examinó la alta hilera de retratos.

—Estupendo —alabó—. Añaden un toque simpático al aula, ¿no le parece?

—Sería más simpático si no estuviesen todos muertos.

—Bueno, por desgracia, la comunidad literaria no cuenta con una nómina muy nutrida de escritores vivos. Uno no alcanza la condición de “autor importante” hasta que ha fallecido.

Lane pensó que el señor Kramer se equivocaba en eso. Aunque se sentía reacia a cuestionar los puntos de vista del profesor, lo cierto es que el señor Kramer parecía disfrutar discutiendo con sus alumnos. Aparte de que, si ella dejaba de hablar, él volvería a enfrascarse en sus ensayos.

—Mi padre dice que eso es un cuento —replicó Lane, y se subió al taburete. Tomó una fotografía de Hemingway y la levantó hasta la franja de corcho—. La mayor parte de estos autores tuvieron un éxito y una celebridad enormes en su propia época. —Hundió una chincheta a través de la cartulina—. Sólo unos pocos no alcanzaron el reconocimiento de su genio hasta después de muertos. Como Poe, por ejemplo.

Al inclinarse para tomar la efigie de Steinbeck, Lane miró por encima del hombro. El señor Kramer asentía con la cabeza, sonriente.

—Y Poe siempre estaba cocido.

El señor Kramer se echó a reír.

—Supongo que debía de estarlo, para escribir lo que escribía.

—Pues, no sé. —Lane se enderezó y puso la foto en su sitio—. Mi padre escribe cosas peores que Poe y parece bastante normal. Conozco cantidad de autores de terror... que se atienen a los convencionalismos y demás. —Apretó una chincheta y se volvió encima del taburete, con cuidado, para mirar al señor Kramer—. Algunos son realmente buenos amigos de mi padre, personas que he tratado durante toda mi vida. Casi ninguno de ellos tiene nada de excéntrico. De hecho, parecen más normales y bien adaptados que la mayoría de la gente que conozco.

—Eso es difícil de creer.

—Ya lo sé. Usted los consideraría lunáticos delirantes, ¿verdad?

—Al menos, un poco raros.

—¿Sabe qué es lo único raro? Que la mayor parte de los que trato poseen un increíble sentido del humor. Siempre están tomándose el pelo.

—Extraño. Tal vez su humor sea un reflejo de su desquiciada forma de ver el mundo.

—Es más que probable. —Lane se bajó de la alta banqueta, trasladó ésta un poco más hacia el señor Kramer y se subió de nuevo. Al incorporarse, cogió un retrato de Faulkner de la bandeja de las tizas. Adosó la foto a la superficie del corcho y la fijó en su sitio con las chinchetas. Percibió un chirrido y volvió la cabeza. El señor Kramer había girado su sillón. Tenía la vista levantada hacia ella.

El hombre no dijo nada.

Lane se agachó para tomar otra fotografía.

—¿Sabe lo que decimos nosotros respecto a los escritores muertos y a la fama? —preguntó, al levantarse.

—El cuento.

—Exacto. Bien, ¿quiere saber algo insólito? Lo contrario es la verdad. Al menos, hoy en día. —Fijó la imagen de Frost al corcho—. Cuando un escritor estira la pata es cuando esta definitivamente escacharrado.

Oyó reír al profesor. Lane volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa.

—Los editores quieren crear un escritor. Una vez está muerto, no desean ni tocarlo.

Más risas.

—Es cierto. A menos que sea un auténtico fenómeno. Como la mayor parte de las personas, una vez muertos los escritores dejan de interesar. Sé de un agente literario al que se le murió uno de sus autores estrella y lo mantuvo en secreto. Era una gran escritora de novelas románticas, ¿sabe? El agente comprendió que iba a perder una fortuna. ¿Qué hizo? Contrató los servicios de un “negro” para que escribiera relatos a imitación de la difunta y los vendió con el nombre de ésta. ¿Puede creerlo?

—Eso da un nuevo significado al término “inmortalidad literaria”.

—Sí, yo diría que sí.

Lane se volvió y cogió de la bandeja el retrato de Sandburg. Al ponerse derecha se percató de que tenía que haber movido el taburete. Frost ya había quedado a cierta distancia a su izquierda. Colocar a Sandburg la obligaba a estirarse demasiado. Pero supuso que podría hacerlo.

Se echó hacia adelante y apoyó el antebrazo derecho en el encerado. Incluyó el cuerpo a la izquierda. Alargó la mano con el retrato de Sandburg, lo pegó a la lámina de corcho... y el taburete se volcó.

—¡Oh, mierda! —se oyó Lane jaderar.

Una parte de su cerebro parecía haberse desconectado, retroceder unos pasos para contemplar aquel suceso ridículo y embarazoso. Se vio a sí misma caer, agitar los brazos en el aire por encima de la cabeza y levantar mucho la pierna derecha como si al caer el taburete la hubiese proyectado a ella hacia el techo. Se le levantaron las faldas por encima de las caderas. La blusa dejó al descubierto la mitad del tronco.

Maravilloso maravilloso.

Oyó un golpe, pero no era ella. Aún no. Quizá la silla de Kramer que chocaba contra la pared.

“¿Viene a rescatarme? —se preguntó—. ¿O sólo trata de quitarse de en medio?”

Que acudía a rescatarla lo comprendió Lane al sentir que una de las manos del hombre se le introducía bajo las axilas y que la otra chocaba con la carne de la levantada

pierna, por la parte interior del muslo. Notó que aquellas manos tiraban hacia arriba. Luego, la muchacha chocó contra el suelo y el impacto le arrancó un gemido.

Las manos se apartaron.

—Dios mío, ¿se encuentra bien?

Entre jadeos y asentimientos de cabeza, Lane rodó sobre sí misma para quedar boca arriba. El señor Kramer se arrodillaba a su lado. El hombre tenía el rostro encarnado, los ojos desorbitados, los labios torcidos para formar una grotesca mueca.

—Me parece que sobreviviré —murmuró Lane. Empezó a incorporarse.

—No. —El profesor la empujó suavemente por los hombros. La chica se relajó—. No intente levantarse. Descanse un momento. —Le dio masaje en el hombro—. Fue una mala caída.

—Gracias por sujetarme.

—Bueno, traté de hacerlo. Fue tan rápido...

—Quitó violencia a la caída.

—No gran cosa.

—Me siento tan torpe...

—Estas cosas suelen pasar. —La otra mano del señor Kramer palmeó el vientre de Lane—. Confío en que se encuentre bien. La verdad es que me ha dado un buen susto.

—La mano seguía plantada allí, grande y cálida, sobre la piel desnuda, ligeramente por encima de la cintura—. ¿Dónde le duele? —preguntó el profesor.

—En el costado, creo.

Se inclinó un poco más por encima de la joven. La mano se deslizó a través del vientre hasta la cadera.

—¿Aquí? —inquirió solícito.

Lane asintió.

—Y las costillas.

—Espero que no haya ninguna rota.

—No creo.

Lane cerró los párpados. Suavemente, el señor Kramer friccionó el hueso de la cadera y la parte lateral de la nalga. La otra mano subió la blusa..

—Bastante colorado —murmuró—. Probablemente le saldrá un cardenal del tamaño de una ballena.

—Moby Lane, la ballena morada —dijo, después suspiró cuando el hombre empezó a darle masaje en la caja torácica.

—¿Duele? —preguntó el señor Kramer.

—Sí. Un poco.

La mano ascendió un poco, los dedos continuaron con su masaje, fueron aliviando el dolor.

—¿Un dolor agudo? —inquirió Kramer.

—No.

La muchacha gimió cuando la muñeca del hombre rozó la parte inferior de uno de los pechos.

—¿Le duele aquí? —Kramer apretó las costillas. La muñeca se desplazó levemente, frotándola.

—Es como una especie de dolorcillo —murmuró Lane.

Le dio masaje en el costado, siempre con la muñeca contra el seno de la muchacha, acariciando a Lane a través del fino tejido del sujetador.

“¿No se da cuenta de donde tiene la muñeca?”, se preguntó la joven. Confiaba en que no. Si se diera cuenta, la apartaría de allí.

La otra mano descendió un poco más. La falda de Lane ya no estaba en su camino. La muchacha sintió que le palmeaba y oprimía la zona lateral de la pierna, bastante arriba.

—¿Mejor?

—Sí.

Kramer continuó frotándola.

“¿No sabe lo que me está haciendo?”, se preguntó Lane. El profesor le dio una suave palmada en la pierna.

—Vale —dijo—. ¿Por qué no probamos a levantarla ya? Lane meditó si sería conveniente decirle que aún no se sentía lo bastante bien. Aunque si continuara con aquel tratamiento pondría en evidencia con demasiada claridad que el contacto de aquellas manos hacía algo más que aliviar sus lesiones.

La cogió con firmeza de un brazo, colocó su otra mano en la base de la nuca de la muchacha y la ayudó a incorporarse hasta quedar sentada en el suelo.

Estirada y caída la blusa hacia la cintura, la falda estaba todo lo levantada que había supuesto. Vislumbró una lustrosa mancha azul entre las piernas y se apresuró a bajar la mano para ocultarla.

“Un poco tarde para el pudor”, se dijo.

El señor Kramer la sostuvo por el brazo hasta que la muchacha se puso en pie.

—Gracias —murmuró Lane.

Cuando el señor Kramer la soltó, la chica bajó la vista y se alisó la falda.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Creo que sí. —Alzó la mirada—. Al menos, llevo ropa interior limpia —añadió, con una sonrisa afectada, incapaz de creer que ella hubiese dicho eso.

—Siempre debe llevarla —manifestó el señor Kramer, que empezó a sonreír de oreja a oreja—. Nunca se sabe cuándo puede surgir un accidente.

—Como dice mi madre...

—Lo dicen todas las madres.

—Mierda —murmuró Lane, y bajó la cabeza.

El hombre apoyó las manos en los hombros de la joven y los frotó.

—Me alegro de que esté bien. Me siento responsable, ¿sabe?

—Soy una manaza.

—Es una damita impresionante. Ni por asomo piense otra cosa.

Lane le miró a los ojos. Eran de un tono azul claro, amables, sabios.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Ahora, vale más que se vaya.

—Pero no he terminado de poner...

—Me encargaré del resto. Si yo fuese usted, tomaría un largo baño caliente. Me remojaría a gusto. Eso acabará con todos los posibles dolores.

—Así lo haré.

Por la noche, Lane esperó hasta que acabaron de cenar y luego se fue al cuarto de baño. Aún llevaba puesta la ropa con que fue al instituto. Se tendió en el suelo. Allí, levantó la falda y la blusa para situarlas como estaban cuando se cayó del taburete. Dispuso las piernas para que coincidiesen con la postura que adoptaron entonces: la izquierda recta y llana sobre la alfombra; la derecha levantada ligeramente, con la rodilla doblada, apuntando hacia afuera. Se incorporó, apoyada en los codos, y bajó la mirada sobre sí.

En esta posición miré al señor Kramer. Vaca sagrada.

Observó entonces que en la pierna derecha había un pequeño moretón purpúreo. ¿La impronta del señor Kramer? Ése debe de ser el punto por donde me agarró para detener mi caída, comprendió Lane. Un poco más abajo de la ingle.

—Hombre... —murmuró.

Le pareció que aún notaba allí la mano, como si el señor Kramer hubiese dejado un fantasma de la misma.

Si Jim me hubiese cogido el muslo por ahí...

“Olvídate de Jim,” se dijo.

Se levantó, fue a colocarse delante del espejo y se levantó otra vez las faldas. Las bragas, tersas, ceñidas y ajustadas, eran de tela azul, casi transparente.

Lane hizo una mueca al reflejo de su propia imagen. Tenía la cara coloradísima.

—Seguro que se dio una buena ración de vistas —murmuró Lane.

Pero en ningún momento se propasó. Se ha comportado como un perfecto caballero. Ésa es la diferencia entre un hombre maduro y sensible como el señor Kramer y un jovenzuelo calentón como Jim.

Lane tapó el desagüe de la bañera y abrió el grifo. Mientras la bañera se llenaba de agua, la muchacha se desnudó. Se puso de nuevo ante el espejo. Había magulladuras encima del saliente del hueso de la cadera izquierda y en la parte inferior de la caja torácica.

Se contempló el seno izquierdo. Se inclinó hacia atrás para examinar la parte inferior del pecho, donde la muñeca del señor Kramer lo frotó a través del sostén. La piel aparecía tersa y blanca.

“¿Qué esperabas?”, se preguntó.

Pero no le parecía bien que allí no se apreciase prueba visible alguna del contacto del profesor.

Lane meneó la cabeza y se volvió hacia la bañera. Se agachó para cerrar el grifo. Luego pasó por encima del borde de la pileta.

Se sumergió en el agua caliente. Se estiró debajo de ella, se retorció entre la caricia líquida y, una y otra vez, dispuso el cuerpo para que adoptase la misma postura que tuvo en el piso del aula. Cerró los ojos.

Evocó el tacto de las manos del señor Kramer. En la imaginación de Lane, el profesor dejó de darle masaje en las costillas. La mano se cerraba suavemente sobre el seno, mientras el hombre se agachaba y cubría con los suyos los labios de la muchacha. Lane pasaba sus brazos alrededor del hombre. Kramer la oprimía poderosamente contra su cuerpo y la sumergía en el calor húmedo de su beso.

Capítulo 25

Jessica se despertó. Mantuvo cerrado un ojo, mientras entreabría el otro para atisbar la lámpara de la mesita de noche. Luego miró el reloj despertador. Casi las tres. ¿De la madrugada?

“¿Qué ocurre? —se preguntó—. ¿Qué hace la lámpara encendida?”

Se dio media vuelta, para colocarse boca arriba y luego sentarse.

Kramer, desnudo, estaba de pie, con la espalda apoyada en la cerrada puerta del dormitorio. La mano izquierda descansaba en la placa del interruptor. La derecha, caída a lo largo del costado, empuñaba una navaja barbera.

A Jessica le dio un vuelco el corazón.

—¿No te alegras de verme? —le preguntó Kramer. Lo dijo en un tono de voz normal, no susurrando. En la quietud de la noche, sonaba muy alto.

Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

—Mis padres pueden oírte —murmuró finalmente.

—¿Tú crees? —Kramer habló todavía más alto.

“Puede que no”, se dijo Jessica. La puerta estaba cerrada.

La habitación de sus padres se encontraba en el otro extremo del pasillo. Además, tenían el sueño muy pesado.

Kramer apartó la mano del interruptor de la luz. Avanzó despacio hacia los pies de la cama.

Jessica contempló la navaja que se balanceaba junto al costado del hombre.

¿Por qué llevaba una navaja aquella noche?

Le había advertido que podía volver con una navaja barbera.

La chica jadeó. Al parecer, no lograba introducir suficiente aire en sus pulmones.

—No dije... —balbuceó—. No he dicho nada... de ti. ¿Qué quieres?

Kramer no contestó. Se curvó hacia arriba una comisura de su boca. Se detuvo al llegar a los pies del lecho. Con los ojos clavados en Jessica, alargó la mano izquierda y tiró hacia sí de la ropa de la cama.

La muchacha no se movió.

La manta y la sábana de arriba se deslizaron a lo largo de su cuerpo, descendieron por las piernas y cayeron al llegar al final del colchón. El corto camisón de Jessica, arrugado y retorcido durante el sueño, la dejaba al aire de cintura para abajo.

—Magnífico —dijo Kramer—. Ahora, échate de espaldas y relájate.

La muchacha sacudió la cabeza. Desplazó el brazo izquierdo y dejó que la escayola descansara encima del muslo mientras bloqueaba con la mano la vista del profesor.

—Ése no es modo de comportarse. Tendrás notas muy bajas en la disciplina de colaboración.

Llevó la navaja a las proximidades del rostro de Jessica y la agitó en gesto de reprimenda.

Jessica apartó el brazo. Estaba tendida en la cama.

El colchón se agitó al subirse Kramer a él. El profesor se arrodilló entre las piernas de Jessica. Levantó el camisón y lo cortó por el centro, dividiéndolo en dos hasta los pechos de la joven. Con la punta de la hoja, apartó los dos trozos de tela.

—No me cortes —susurró la chica—. Por favor.

—No estoy contento de ti, Jessica.

—No he dicho nada a nadie.

—Lo sé.

La muchacha gimió cuando la frialdad del acero serpenteó por su vientre. Al levantar la cabeza, vio que era el canto de la hoja, no el filo.

—Pero puedes hacerlo —dijo Kramer.

—No lo haré. Nunca.

—He visto cómo mirabas esta tarde a Lane. Pensabas en contárselo, ¿verdad?

—No.

—Estabas pensando en avisarla.

—No. ¿Por qué iba a avisarla? ¿Qué me importa a mí lo que hagas con ella? No me cae nada bien esa zorra.

Kramer agitó la hoja y le hizo un corte. Un tajo rápido y ondulado. No le causó mucho dolor, pero Jessica se puso rígida y encogió el vientre. Una S roja apareció por encima del ombligo. Su línea curva se espesó. Brotaron de allí gotas como zarcillos rojos. Se difuminaron mientras las lágrimas llenaban los ojos de Jessica. Los sollozos las hicieron rielar y contonearse.

—¡Por favor! —jadeó.

—No debiste llamar zorra a Lane.

—Lo siento.

Kramer se agachó. Descansando el cuerpo sobre los codos, alto el trasero, lamió la sangre que empezaba a extenderse. Hundió la punta de la lengua en el corte superficial. Jessica se estremeció cuando la lengua levantó los bordes de la herida.

Descargó el brazo enyesado contra la sien del hombre. Soltó un grito cuando un ramalazo de dolor le atravesó el brazo.

El golpe despidió la cabeza de Kramer a un lado.

Jessica se contorsionó y propinó un rodillazo a Kramer en la cadera. El hombre cayó, y el borde de la cama no estaba allí para sostenerlo. Se desplomó, fuera de la vista de Jessica, y chocó contra el suelo.

La chica rodó sobre sí misma, se agarró al borde de la cama y miró hacia abajo. Kramer estaba tendido de espaldas,alzada una rodilla contra la parte lateral del colchón de muelles, estirada la otra pierna, un brazo junto al costado, caído el otro inerte sobre la alfombra, abierta la mano, y la navaja, vuelta, unos centímetros más allá de la punta de los dedos. La boca abierta, inmóvil la mandíbula. Los ojos en blanco, como si las pupilas contemplasen algo situado debajo de los párpados.

“Está inconsciente”, pensó Jessica.

Lo supo nada más verlo así; había ido con Riley a bastantes combates de boxeo.

Mientras se esforzaba en aspirar aire, temblorosa y estremecida por las náuseas, la muchacha bajó las piernas. Descendió de la cama y se acercó a Kramer. Con un pie, le

inmovilizó la muñeca derecha contra la alfombra. Se agachó y recogió la navaja. Una vez la tuvo en la mano, apretó con el talón la muñeca del hombre.

Kramer gruñó.

¡Venga!, el corazón de Jessica era un encadenamiento de sacudidas. El estómago pareció contraérsele y helársele.

Levantó el pie que aplastaba la muñeca, se dio la vuelta y miró a Kramer. Había cerrado los ojos. Enseñaba los dientes.

¡Jessica comprendió que debía hacer algo en seguida!

Respiró hondo y se dispuso a gritar: ¡PAPÁ! Pero se contuvo.

Kramer hablaría. Si continuaba viviendo, lo contaría. Y todo el mundo iba a enterarse de que se acostaba con él. Todo el mundo. Su familia, los alumnos del instituto, Riley.

No podía permitir que lo contase.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jessica. Se le puso carne de gallina.

Nadie me culpará de nada. Es defensa propia. Irrumpió en la casa y me atacó.

Se miró la herida. Aún brotaba la sangre del corte en forma de S. Por debajo de la incisión, brillaba el rojo de la sangre. El vello púbico aparecía enmarañado y por los muslos resbalaban gotas carmesíes.

“Es mi prueba —pensó Jessica—. Me cortó. Vino a violarme y asesinarme. Me tuve que defender”.

Kramer abrió los ojos.

Jessica se precipitó sobre él, levantó un pie y lo dejó caer para hundir violentamente el talón en el estómago de Kramer. El aire salió despedido de los pulmones del hombre. Los ojos amenazaron con salirse de las órbitas. Se medio incorporó. Jessica se le echó encima y las rodillas de la chica se clavaron en el pecho y la barriga de Kramer. Cuando la espalda del profesor chocó contra el suelo, la navaja barbera, en la mano de Jessica, descendió hacia la garganta de Kramer.

El brazo izquierdo de éste se elevó con una rapidez que la muchacha no pudo imaginar. Chocó con el antebrazo de Jessica justo encima de la muñeca. El ramalazo de dolor le llegó a Jessica hasta el hombro. La navaja se le escapó de los temblequeantes dedos.

La otra mano de Kramer se le clavó en la espina dorsal. Un agarrotado respingo sacudió a Jessica. El hombre la agarró del pelo. Dio un tirón, se agitó debajo de las rodillas de la chica y la impulsó hacia atrás. Jessica fue a estrellarse contra el piso. El impacto la dejó estremecida y sin aliento.

Kramer había apresado una de sus rodillas, tiró de Jessica y le levantó la pierna.

La muchacha alzó la mirada y vio que la pantorrilla derecha se había elevado de forma que el talón rozaba el borde superior del lecho. Antes de que pudiera moverse, Kramer le descargó un terrible golpe en la rodilla. Como si la pierna fuese una rama de árbol, oyó el agudo chasquido, vio derrumbarse la pierna bajo el pie de Kramer y sintió un estallido agónico que le tornó su visión primero roja y después negra.

Al despertarse, Jessica se encontró en la cama. Encima de su cuerpo, dentro de ella, Kramer gruñía, afanado en sus impulsos penetrantes. Un fuego interior quemaba la pierna izquierda de la muchacha, como si los huesos estuvieran ardiendo. El dolor era tan

intenso, que el empuje del pene de Kramer parecía algo incidental. Jessica deseó que Kramer terminase de una vez y dejara de rebotarle sobre la pierna.

Cuando trató de mover los estirados brazos, se dio cuenta de que los tenía atados por las muñecas. Seguramente a los postes de la cama.

No tenía ni la menor posibilidad de resistirse. Por fin, Kramer acabó.

Pero Jessica sabía que no iba a darse por satisfecho.

Eso no parecía importar mucho. Se daba cuenta de que debía importarle, de que debía preocuparse. Pero su entendimiento estaba nublado, todo era borroso y, salvo en el dolor, no podía concentrarse en nada.

El dolor no podía agudizarse más. Pero se agudizó.

Fue todavía mucho peor cuando Kramer empezó con la navaja. Fue tan espantoso, que Jessica gritó, al tiempo que se preguntaba por qué no había chillado antes. Su padre la oiría. Su padre acudiría a salvarla.

Kramer le metió un trapo en la boca.

Siguió cortando.

¿Dónde está papá?

Jessica se desmayó.

Cuando recobró el sentido, Kramer estaba agachado sobre ella. Le lamía y chupaba las heridas. Alzó la cara y miró a la joven. Todo el rostro, salvo los ojos, estaba teñido de sangre. Hasta la dentadura aparecía roja.

Quitó el trapo de la boca de Jessica. Lo arrojó a un lado, se tendió en la cama y retorció el cuerpo de la joven. El pene entró de nuevo en Jessica. La lengua de Kramer llenó la boca de la muchacha. La cabalgó con furia, como si pretendiese que el cuerpo de la chica traspasara el colchón.

Posteriormente, Jessica le vio de pie junto a la cama. Iba limpio. Se había vestido. Llevaba debajo del brazo un fajo de periódicos. Se agachó y ella dejó de verle.

Luego oyó el crujido que producen los papeles cuando los arrugan.

Percibió el chasquido de una cerilla.

Kramer volvía a estar erguido cerca de ella.

—Duerme a gusto —recomendó—. No dejes que las chinches te piquen.

Antes de salir de la alcoba, Kramer apagó la luz.

Pero la habitación no estuvo a oscuras mucho tiempo.

Capítulo 26

Bonnie se le acercó. Se encaminó silenciosa hacia su cama. Tenía un aspecto adorable, radiante, con la rubia cabellera ondulando en torno a su preciosa carita. Llevaba la falda azul plisada y el jersey de color áureo que eran parte del atuendo de corista, pero iba descalza.

Se detuvo junto a la cama de Larry y le miró con expresión solemne en las pupilas.

—Te he estado esperando —dijo, en tono tan suave como una caricia—. ¿Por qué no acudiste a mí?

—No..., no sé. Deseaba ir, pero...

—¿No sabes que te quiero?

Las palabras de Bonnie aceleraron los latidos del corazón de Larry.

—¿Que me quieres?

—Claro. ¿Por qué no iba a quererte?

—¿Y por qué ibas a quererme? —preguntó Larry a su vez—. Ni siquiera nos conocemos.

Una sonrisa dulce aleteó en las comisuras de la boca de Bonnie.

—Nos conocemos con el corazón. ¡Te quiero tanto, Larry! Y tú también me quieres, ¿verdad?

—Sí —confesó él, y notó un arrebató de alegría—. Sí, te quiero.

En su mente brotó entonces una idea que le oprimió el corazón.

—Pero estás muerta, Bonnie.

La clara risa de la muchacha fue un suave hálito.

—No seas tonto. ¿Tengo aspecto de muerta?

—Tu aspecto es... ¡tan hermoso!

Bonnie se le acercó más. Se inclinó sobre él hasta que los mechones de su cabellera rozaron las mejillas de Larry. Los labios de Bonnie encontraron los suyos. Eran dulces, cálidos, húmedos. Se entreabrieron y Larry sintió entrar en su boca el aliento de la muchacha.

Sacó los brazos de debajo de la sábana. Colocó ambas manos en los costados de Bonnie, la acarició por encima del jersey, percibió el calor de la carne, la suave curva de las costillas.

Bonnie separó sus labios de los de Larry.

—¿Tengo tacto de muerta?

—Desde luego que no —murmuró él a través del nudo que se le había formado en la garganta—. Tienes un tacto de maravilla.

—Hace mucho que suspiro por ti, Larry.

—Yo también por ti.

Deslizó las manos por debajo del jersey de Bonnie. Un temblor recorrió todo su ser al tocar la aterciopelada piel, por encima de las caderas.

Entonces recordó otra cosa y, de nuevo, su alegría se contrajo hasta convertirse en angustia. Aunque anhelaba dolorosamente a Bonnie, retiró las manos de debajo del jersey y las dejó caer sobre el colchón.

—Estoy casado, Bonnie.

—¿La amas?

Hubiera deseado decir “No”. Pero le resultaba imposible.

—Sí —declaró—. Lo siento. ¡Dios, cómo lo lamento! Quiero a Jean, pero también te quiero a ti.

—No tiene nada de malo —susurró Bonnie, y el calor de su respiración tocó los labios de Larry—. Puedes tenernos a las dos.

—No creo que a Jean le gustara.

—No se enterará. Te lo prometo. Será nuestro secreto.

Larry notó que la ropa de la cama se apartaba de encima de su cuerpo y que el fresco aire de la mañana incidía sobre su piel. Bonnie le besó en el cuello. Le besó en el hombro, en el pecho...

—No —susurró Larry.

—Eso que dices, no lo sientes, cariño.

Los suaves labios se pegaron al pezón de una tetilla. Larry gimió entre la agonía del deseo y la sensación de pérdida.

—No estaría bien —dijo.

—El amor siempre está bien.

—No sé.

—Sí —susurró Bonnie—. Sí, cariño mío.

Gateó y se le puso encima. A horcajadas, erguida sobre las rodillas, de forma que el delgado algodón de la falda cubría a Larry, protegiéndole de la frescura de la mañana. El calor de sus cuerpos pareció mezclarse en el aire, debajo de la prenda. Sea como fuere, Larry sabía que Bonnie no llevaba bragas. Se moría de ganas de que ella bajase el cuerpo, se empalara por sí misma, dejase que él ascendiese hasta lo más alto del calor viscoso y prieto que Bonnie ofrecía dentro de sí.

Pero ella no descendió. Todavía no.

Sonrió a Larry y se quitó el jersey. Él vio como la prenda se deslizaba despacio hacia arriba, desvelando la tersura del vientre, las líneas de las costillas, los pechos... Eran dos prominencias gemelas, de color crema, con pezones rosados y erectos. Se levantaron ligeramente cuando Bonnie pasó el jersey por la cabeza. Mantuvo los brazos en alto y deslizó las mangas por ellos. Después arrojó el jersey al suelo.

Larry alzó las manos hacia los senos. Los acarició levemente. Pensó que jamás había tocado nada tan fino y delicado.

Bonnie le dedicaba una sonrisa mientras conducía una de las manos de Larry por el canalillo entre las dos turgencias. La deslizó arriba y abajo, al tiempo que ella misma se acariciaba con la yema de los dedos.

—Ni una cicatriz —susurró. Larry recordó la estaca.

—¡Ah! —articuló—. Es verdad.

—Nueva, como recién surgida a la vida. Y soy tuya. Tuya para siempre y empezó a descender sobre él.

Larry dejó escapar un gemido.

“Esto está mal —pensó—. No puedo hacerlo. Incluso aunque Jean no llegara a enterarse”.

Pero Bonnie seguía moviéndose despacio, bajaba más y más. Larry oprimió sus pechos. Más bajo. Tuvo la sensación de que su pene se veía atraído, absorbido hacia el centro oscuro y expectante de Bonnie.

Retumbó el timbre del despertador.

Los párpados de Larry se abrieron de golpe.

Bonnie había desaparecido.

Un sueño. No había sido más que un sueño, y el despertador acababa de birlarle el momento cumbre. Le dolía el pecho. Le entraron ganas de echarse a llorar.

Pero también había tenido suerte. Unos cuantos segundos más y habría dejado la cama perdida.

Se encontró tendido boca arriba, cubierto sólo por una sábana. Una sábana que tenía montada una pequeña tienda de campaña sobre la ingle de Larry.

Si Bonnie se le hubiera deslizado encima...

Se dio media vuelta. Jean estaba sobre un codo, de espaldas a él. Pero cuando la alarma del despertador dejó de sonar, la mujer se puso boca arriba y cerró los ojos.

Larry alargó el brazo y posó una mano sobre el vientre de la mujer. La piel tenía un tacto caliente a través de la tela del camisón. Jean volvió la cara hacia Larry. Entreabrió ligeramente los párpados y le sonrió perezosamente.

—Buenos días, compañero —susurró.

—Hummm —dijo él, y su mano serpenteó por encima del camisón hasta el pecho de Jean. No era como el de Bonnie. Ninguna corriente de fuego se desencadenó por su cuerpo cuando lo tocó. Pero el seno de Jean era suave, cálido y familiar, y cuando el pezón se puso rígido al contacto con la palma de la mano de Larry, éste notó que la erección recobraba vida.

Apartó el tirante del hombro de Jean e introdujo la mano por la bolsa que dejaba el tejido. Jean gimió. Se retorció como a impulso de las caricias de él. Luego, se pegó a Larry.

—No cabe duda de que esta mañana estamos animados, eufóricos y rebosantes de energía —murmuró.

—Sí.

Los dedos de la mujer se curvaron alrededor de la verga.

—Será mejor que cierres la puerta. Lane puede levantarse en cualquier momento.

Cuando volvía de cerrar la puerta, vio a Jean echar la ropa de la cama por los pies del mueble y quitarse el camisón por encima de la cabeza. En el momento en que la prenda le cubría la cara, por la mente de Larry pasó en un fogonazo la imagen de Bonnie desprendiéndose del jersey de corista.

Los cuerpos de ambas eran muy parecidos.

No pienses en Bonnie, se recomendó. Eso no fue más que un sueño y es perverso pensar en ella. Es como engañar, como cometer un adulterio.

Pero no podía evitarlo.

No deseaba evitarlo.

Cerró los ojos, hizo el amor con Jean y la mujer que tenía debajo dejó de ser su esposa. Era Bonnie, la Bonnie de las fotos del anuario, la Bonnie de sus sueños: dieciocho años, preciosa, inocente; ávida, jadeante, retorciéndose de lujuria, comprimiéndose contra él para recibir mejor y disfrutar más de los achuchones. Su Bonnie. Su “Reina del Ánimo”.

Larry pareció estallar. La inundó.

Cumplido el acto, Jean mantuvo las piernas en torno al cuerpo de Larry, como si tratara de retenerlo perpetuamente dentro de ella. Le abrazó con fuerza. Larry abrió los ojos. Jean alzó la vista y se le quedó mirando, ojerosa y feliz. Larry la besó en la boca.

Se sentía basura total.

—¿Ocurre algo? —preguntó la mujer.

Larry negó con la cabeza.

—Nada. Es que tengo que volver hoy otra vez a la biblioteca. Me fastidia perder tanto tiempo con esta investigación documental.

—¿Te preparo un desayuno de no te menees antes de que te vayas?

—Formidable.

Mientras se embutía en los vaqueros, Lane olfateó el aroma del tocino frito.

“¿Están desayunando? —se extrañó—. ¿Qué fiesta será hoy?”

Se abstuvo de subir la cremallera a fin de concederse un poco de espacio y respirar y, sentada en el borde de la cama, procedió a ponerse las nuevas botas azules que se había comprado el día anterior, al salir del instituto.

De pie, admiró el magnífico efecto que causaban con los vaqueros blancos.

“Mala suerte no haber podido llevar ayer este conjunto”, pensó. Se ruborizó al recordar la escena: ella encima del taburete, con su minifalda y su blusa suelta, el señor Kramer a sus pies y, luego, el desorden de las prendas cuando se vino abajo. Evocó luego el contacto de las manos del profesor. Aún sentía cierto bochorno, cierta vergüenza que en seguida se transformó en placer.

“De haber sabido que él iba a interpretar el papel de médico —pensó—, me habría caído antes”.

Lane sonrió y meneó la cabeza mientras pasaba por delante del espejo del armario.

Tomó del colgador una blusa de brillantes cuadros azules y amarillos, se puso delante del espejo y empezó a abotonársela.

Se interrumpió.

“¿Y si me quitara el sujetador?”

La idea hizo que se le alborotara el estómago.

“No es tan mala idea —pensó—. Al fin y al cabo, nadie lo notará, salvo Jim, y él estará más que deseoso de echarme la zarpa. El señor Kramer ni siquiera observará la diferencia”.

“El señor Kramer no tiene nada que ver en esto”, se dijo.

Me sentaría bien, eso es todo.

Además, tengo las costillas resentidas.

Una razón bastante buena.

Se quitó la blusa y se contempló en el espejo. Desde luego, la parte lateral del sujetador le oprimía las costillas lastimadas.

Se llevó las manos a la espalda, desabrochó el sostén y se lo quitó. Lo sostuvo cogido entre las rodillas mientras volvía a ponerse la blusa. Se la abotonó, la introdujo dentro de los vaqueros y se los abrochó.

Se regaló una sonrisa.

¿No eres Lane, la atrevida?

El contacto de la tela suave, ajustada sobre los pechos, era estupendo.

“Debería ir siempre así”, pensó.

De ninguna manera. Con la mayoría de sus blusas, sería evidente que no llevaba sostén. Pero ésta tenía colores oscuros y brillantes, además de un bolsillo sobre cada teta. Con la tela doble en esos puntos, era difícil notar cuando los pezones se ponían erectos.

“Nadie notará la diferencia —pensó—. Salvo yo”.

Seguro que está bien.

Se dio una vuelta, para una comprobación final, y guardó de nuevo el sostén en el cajón de la cómoda. Cogió el bolso y emprendió la marcha pasillo adelante.

¿Y si papá y mamá se dan cuenta?

No se darán cuenta de nada. Tranquila.

Se le hizo la boca agua cuando entró en la cocina y el olor a café y a tocino frito se intensificó. Sus padres, todavía en bata, estaban sentados a la mesa, ante platos de huevos y tocino vetado.

—¿A qué viene este desayuno pantagruélico? —preguntó Lane—. Parece que hoy sea domingo.

Ambos le dirigieron una mirada. Ninguno pareció interesarse por su busto.

—Me voy a pasar el día en la biblioteca pública —explicó el padre—. Y tu mamaíta se consideró obligada a atiborrarme de comida.

—Sí, no me perdonaría que perezcase de inanición entre mamotretos.

Lane se puso al lado de su padre y dijo:

—Podrías alimentarte de polillas roedoras de libros.

—Venga, que estoy comiendo.

—¿Te importa? —preguntó Lane, y cogió una tira de tocino del plato de Larry.

Él dirigió los dientes del tenedor hacia la mano de la chica. Detuvo el ademán un centímetro antes de tocarla.

—Me gustaría que dejaseis de jugar con eso —se lamentó Jean—. Se te puede escapar la mano.

—Sí, podría pincharla —concedió Larry.

Lane se llevó el tocino a la boca y le dio un tiento a la mitad de la tira.

—Ahí va mi alimento.

—Eh, soy una chavala en plena edad de desarrollo.

—Si quieres, puedo empezar a prepararte desayunos —se brindó la madre—. No tienes más que decirlo.

—La respuesta es: “¡Y un cuerno!”. ¿Quién puede papear algo a esta hora impía?

—Pues bien que te papeas mi tocino —dijo Larry.

—Me voy. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Larry correspondió con un azote en el trasero. La chica rodeó la mesa prestamente, besó a su madre, cogió del

frigorífico la bolsa del almuerzo y salió corriendo de la cocina—. Hasta luego. Es posible que vuelva tarde.

—Que tengas un buen día, cariño —le deseó la madre.

—Que te diviertas —añadió el padre.

—Voy al colegio, muchachos —repuso la hija desde la sala de estar. Revisó el macuto de los libros, dejó caer el almuerzo en su interior, sacó del bolso las llaves del coche y salió a todo correr por la puerta.

Notó en los hombros la tibieza del sol. Una leve brisa le agitó el cabello. Era un día espléndido.

El frescor del respaldo del asiento atravesó la tela de la blusa y eso le recordó a Lane que le faltaban los tirantes del sujetador. Mientras esperaba a que se calentase el motor, se revolvió contra la tapicería, saboreando su contacto con ella. Formidable.

Bajó el cristal de la ventanilla y rodó despacio hacia la carretera.

Se dirigió a casa de Betty. En la radio, Anne Murray cantaba *Pinzón de las nieves*. Lane le hizo coro. Apoyó el brazo en la ventanilla y notó el toque de la blusa al ajustarse contra el pecho izquierdo, impulsada por el viento.

Dobló una esquina, accionando el volante con una mano. Acabó *Pinzón de las nieves*.

Un campanillazo indicó el principio de un informativo.

—Aquí, Belinda Bernard, con su primera hora estelar de noticias locales.

—Primero de la mañana, Belinda —dijo Lane.

“... muertos en un incendio esta madrugada, en su domicilio de la calle del Cacto”.

Lane lanzó una ojeada a la radio. ¿En la calle del Cacto?

¿Muertos en un incendio?

“Se ha identificado a los cadáveres como Jerry y Roberta Patterson y su hija Jessica, de diecisiete años de edad”.

—¡Dios mío! —murmuró Lane.

“Unos vecinos vieron las llamas por primera vez aproximadamente a las cuatro y media de la madrugada. A su llegada al lugar del siniestro, a los bomberos no les fue posible entrar en la casa para proceder a un posible rescate de víctimas. Debido a la intensidad del fuego, sin embargo, se cree que la familia había muerto asfixiada por inhalación de humo con anterioridad a la llegada de los bomberos. Este detalle se confirmó posteriormente, cuando se encontraron los cadáveres, todavía en la cama, entre los escombros del edificio. Se investiga aún la causa del incendio, pero se cree que empezó en el dormitorio de Jessica, la hija del matrimonio”.

“¿Estaba fumando en la cama?”, se preguntó Lane. “El Consejo de Educación se reunió anoche”. Lane apagó la radio.

Se sintió interiormente helada y entumecida. No lo creía.

Jessica muerta.

La chica había sido una auténtica pejuguera, pero ¡Dios mío! estaba muerta.

¿Cómo pueden suceder cosas así?

Jessica fumaba como una chimenea. Se pasaba la mitad del día en los servicios de chicas, calada tras calada al pitillo. Se debió de quedar dormida con uno encendido.

¿No tenían alarma de humos?

Lane dobló una esquina. Betty la estaba esperando en la calle. Lane frenó el automóvil, se inclinó sobre el asiento contiguo, alargó la mano y abrió la portezuela.

—¿Te has enterado? —le preguntó Betty, al tiempo que tiraba de la portezuela.

—Sí.

—¡Humo santo! —Echó el macuto de los libros en la parte posterior del vehículo y se dejó caer en el asiento. El coche se estremeció.

—Ya sabía yo que ese pimpollo iba a acabar mal. Cerró de golpe.

—Está muerta —murmuró Lane.

—Jesús, bueno, creo que sí.

Lane pisó el acelerador.

—No se merecía una cosa así.

—Si se fuma en la cama, ocurrirá siempre.

—Dios, no puedo creerlo.

—Yo sí. Chica, te garantizo que sí que puedo. Buen viaje a los desechos nocivos. ¿Sabes lo que pasó ayer? Fui a desbeber un poco, a la salida de la tercera clase, y allí estaba la moza, sentadita en el retrete, dale que te pego a la colilla. Voy y le digo: “Eso te va a producir cáncer, ¿sabes?”. Y entonces me miró así. —Betty hizo una demostración expresiva de la tal mirada, arrugando la nariz y curvando hacia arriba los labios—. Y va y me suelta: “Que os fornicquen vivos a ti y al burro que montas, culo gordo”. De modo y manera que no puedo decir que le tuviese cantidad de simpatía, ¿entiendes? Se lo ganó a pulso.

—Y sus padres.

—Sí. Mala suerte que Riley Benson no estuviera también durmiendo por allí. Ese pedazo de mierda con pelo grasiento mejoraría una barbaridad si se administrara una buena dosis de inhalación de humo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Lane asintió. No parecía decente ensañarse con Jessica y Benson. Pero tampoco tenía ganas de defenderlos. Eran unos miserables.

Le gustaría saber si Benson había estado verdaderamente enamorado de Jessica.

Costaba trabajo imaginar que aquel chico se enamorara de alguien. Pero quizá sí.

—Esa nena sí que ha tenido una suerte perra —continuó Betty—. Primero la zurren a base de bien y, luego, la primera noticia que una tiene de ella es que se ha convertido en un asado al humo.

Lane encendió la radio, a todo volumen. Willie Nelson y Ray Charles cantaban Siete ángeles españoles.

—¿Es una indirecta? ¿Una sutil pero efectiva indirecta?

—Simplemente, que me parece que no debemos hablar mal de ella.

Por delante, Henry agitó un brazo desde la peña en que estaba sentado, delante de su casa. Se bajó de un salto y recogió la cartera.

—Mis saludos, juerguistas —dijo cuando el automóvil se detuvo.

Betty se apeó. Echó hacia adelante el respaldo del asiento delantero para que Henry pasara detrás. Al tiempo que le seguía, cerró la portezuela.

Lane les lanzó una mirada por encima del hombro. Las pupilas de Betty brillaban de ansiedad.

—Ya veo que no te has enterado —dijo.

—¿De qué tengo que enterarme? —preguntó Henry. Lane arrancó.

—Jessica se convirtió anoche en una tostada.

—¿Cómo?

—Asada, chamuscada, quemada, frita, incinerada.

—¿Quieres decir que está muerta? —la perplejidad matizaba su tono.

—Muerta muerta muerta. La pringó. Hincó el pico. Muerta.

—Santa mierda —susurró Henry.

—Según parece, la señorita Armonía se quedó dormida mientras fumaba un cigarrillo.

—¿Estamos hablando de Jessica Patterson?

—¿De qué otra persona, mostrenco?

—Santa mierda —repitió Henry. Cerró la mano sobre la esquina del respaldo del asiento de Lane—. ¿Estás jugando conmigo?

—No —dijo Lane—. Es verdad. Jessica y sus padres murieron anoche en un incendio.

—Oh, diablos.

—Buen viaje —dijo Betty.

—Eh, corta el rollo.

—Ah, ¿y cómo es que ahora, de repente, porque se achicharró, resulta que es una santa?

En la radio, la voz de Belinda Bernard manifestó:

“Nos acaba de llegar una noticia de última hora relativa al incendio que se produjo anoche en el domicilio de..”.

—No es eso... —empezó Henry.

—Calla —ordenó Lane—. Noticias.

Guardaron silencio.

“...se nos indica que el examen preliminar de los restos calcinados de los tres miembros de la familia Patterson presentan numerosas heridas, posiblemente de carácter mortal, anteriores al fuego. Los detalles aún están por confirmar, pero al parecer existe la posibilidad de que un intruso irrumpiera en la vivienda, asesinara a las tres personas y después incendiase deliberadamente la casa, al objeto de eliminar las pruebas del crimen. Tenemos noticia, asimismo, de que se ha detenido, para interrogarlo, a un joven al que se vio entrar anoche en la vivienda. No se ha revelado la identidad de este sospechoso menor de edad”.

—Benson —dijo Betty—. Me apuesto algo. “Volvemos ahora a...”.

—Santa mierda —murmuró Henry—. Los asesinaron.

—Me juego algo a que fue Benson. De ese mal bicho podría esperarse cualquier cosa.

—Esto es espantoso —murmuró Lane.

—Habla por ti.

—Tranquilidad —dijo Henry—. No es divertido.

—Tal vez no sea divertido, pero..., en cierto modo, sí que resulta enormemente satisfactorio.

Capítulo 27

A solas en el coche, durante el trayecto a la biblioteca pública, Larry dispuso por fin de tiempo para sí mismo, de tiempo para ponderar lo que había hecho aquella mañana y para mitigar la vergüenza que le abochornaba.

Había traicionado a Jean.

“En realidad, no —se dijo—. Tampoco era tan grave. Tu viste una pequeña fantasía, nada más”.

Lo cierto es que amabas a Bonnie.

Jean no lo sabía. Creyó que fue algo colosal.

La chica está muerta, por el amor de Dios.

Debo de andar tocado del ala, tener sueños como ése.

“Rayos, es perfectamente natural. He estado estudiando a esa pobre chica —mirando fotos tuyas, leyendo cosas que se refieren a ella— ¡Y la tengo en el garaje! ¿Quién no empezaría a soñar con ella? Debo alegrarme de que no fuera una pesadilla. ¿Y si se me hubiera presentado con el aspecto que tiene ahora?”

Quizás habría sido mejor. Puede que el susto me los hubiera puesto por corbata, pero al menos no habría acabado empinándomela y dejándome hecho polvo con esta psicosis de culpabilidad.

“Tómatelo con calma —se dijo—. Fue el subconsciente. Uno no puede controlar el subconsciente”.

Mierda. Fue un sueño destinado a satisfacer un deseo. Yo deseaba que viniese a mi cama. Y no fue el subconsciente lo que me indujo a volcar mi lascivia sobre...

Las noticias de la radio interrumpieron sus meditaciones.

Habían asesinado a una familia, formada por tres personas, en Recodo de la Cabeza de Mula. Prendieron fuego a su casa.

Uno de los miembros de esa familia era una joven de diecisiete años.

Se preguntó si Lane conocería a aquella muchacha. El nombre no le sonaba familiar, pero sin duda cursaría el último año en el instituto Buford. Lane tenía que conocerla, seguro.

Pensó que no debían de ser buenas amigas porque, en tal caso, él habría oído ese nombre antes. Jessica. No. No le sonaba.

Incluso aunque sólo la conociera de pasada, para Lane sería todo un choque. Una chica de su curso asesinada.

¿Es que no hay seguridad en ninguna parte?

Claro que no. ¿Qué eres tú? ¿Un idiota?

Sabes condenadamente bien que Recodo de la Cabeza de Mula no es precisamente un refugio de paz y sosiego. Bonnie, Linda y Sandra constituyen buena prueba de ello. Y no olvides a Martha Radley. Vivía en Llano de la Artemisa, pero eso es la puerta de al lado.

Todo chicas estudiantes de bachillerato.

Jessica también.

Un leve temblor de emoción se agitó en el vientre de Larry al preguntarse si existiría alguna relación entre J Jessica y las anteriores, a pesar del largo tiempo transcurrido.

No parecía probable.

¿Y si hemos desencadenado algo? ¿Y si al llevamos el cadáver de Bonnie...?

Eso es ridículo.

Además, la radio dijo que habían detenido a un joven. Lo más probable es que se trate de una pelea de enamorados. La mayoría de los homicidios tienen su origen ahí, o en una discusión entre amigos o en un robo.

Quizás esa Jessica dio calabazas a un chico y él, loco de rabia, se lo tomó por la tremenda y se cargó también a los padres, por añadidura.

En cierto sentido, supuso, no dejaba de ser una suerte.

Mejor que hubiesen muerto. Menos duro para ellos.

Si alguien le hiciese lo mismo a Lane, preferiría que me liquidaran allí mismo a que...

—No, antes querría matar al hijo de puta. Irle cortando a trocitos. Que lo sintiera. Hacerle...

¡BASTA!

Larry sacudió la cabeza vivamente, tratando de expulsar del cerebro la idea de que alguien pudiera matar a Lane.

¡No ocurriría! ¡Era imposible que ocurriese!

Podía ocurrir.

—¡Cristo! ¿Por qué me hago esto a mí mismo? Es una chica estupenda. Todos somos estupendos. Olvídalo.

Torció para entrar en el aparcamiento de la biblioteca, cortó el encendido del motor y se echó hacia atrás en el asiento. Tenía la sensación de estar ahogándose. Respiró hondo varias veces, en un intento de tranquilizarse. Los sobacos de la camisa estaban empapados. Se secó las sudorosas manos en las perneras de los pantalones.

Suspiró.

—Yo y mi maldita imaginación —murmuró.

“Claro que, de no tenerla —pensó—, no serías un infame autor de relatos de terror de mediano éxito”.

Aunque podría ser más feliz.

Suspiró de nuevo, se apeó del coche y se encaminó a la entrada de la biblioteca.

Desde el otro lado del mostrador de préstamos de libros, Alice le saludó con una sonrisa.

—Buenos días, Alice —dijo Larry—. Aquí estoy de nuevo, dispuesto a echar otra mirada a esos *Estandartes* del sesenta y ocho.

—Ah, creo que eso puede arreglarse.

La mujer se desvaneció dentro de su despacho, para volver al cabo de un momento con la caja de microfichas.

Tras darle las gracias, Larry se acomodó delante de la máquina lectora-impresora. Fue pasando fichas en la caja hasta llegar a la que tenía la etiqueta de *Estandarte de la Cabeza de Mula*, 15 de agosto de 1968, día siguiente al de la noticia de la desaparición de Bonnie. Sacó de su sobre la tarjeta de plástico, la insertó en el visor y puso en pantalla la

primera página del periódico. Fotografías de las tres jóvenes desaparecidas. El titular rezaba:

SE BUSCA A URLAH RADLEY EN RELACIÓN CON LAS TRES ADOLESCENTES DESAPARECIDAS

—Oh, cielos —murmuró Larry. Había esperado que las historias continuasen, pero no aquello.

En el curso de las investigaciones relacionadas con la reciente desaparición de tres adolescentes de Recodo de la Cabeza de Mula, las autoridades han emprendido la búsqueda de Uriah Radley, cuya esposa e hija de dieciséis años fueron misteriosamente asesinadas en el hotel de Llano de la Artemisa, el 15 de julio.

De este sorprendente giro del caso ha informado a primera hora de la mañana el jefe de policía, Jud Ring, quien declaró que un testigo ha identificado al antiguo propietario del hotel como el hombre al que vio a bordo de una camioneta de reparto cerca de la residencia de Bonnie Saxon, poco antes de que la muchacha desapareciera.

Un primer intento de detener a Uriah Radley concluyó en fracaso cuando, esta mañana temprano, una partida de agentes de la policía de Recodo de la Cabeza de Mula, en colaboración con comisarios del *sheriff* del condado, realizaron una incursión en el hotel de Llano de la Artemisa, sin poder localizar al sospechoso.

Se cree que, a estas horas, Uriah Radley habrá huido de la zona. Las autoridades han remitido solicitudes de arresto a través de California, Nevada y Arizona.

Bonnie Saxon, de dieciocho años, antigua "Reina del Ánimo" del instituto Buford, desapareció de su domicilio de la avenida Usher en la noche del viernes. El hecho de que el cristal de la ventana de su cuarto apareciese roto indicaba que hubo allanamiento de morada y, por otra parte, en la cama se encontraron manchas de sangre. Bonnie Saxon es el caso más reciente de las tres jóvenes de la localidad que han desaparecido en misteriosas circunstancias.

El 10 de agosto, se produjo el secuestro de Linda Latham, cuando volvía a su domicilio de casa de una amiga. Con anterioridad, el 26 de julio, Sandra Dunlap desapareció de su hogar en circunstancias casi idénticas a las que concurrieron en la desaparición de la joven Saxon.

La información de que Uriah Radley fue visto cerca de la residencia de Bonnie Saxon el viernes por la noche se considera un dato de gran importancia en el caso de los tres secuestros.

"Tenemos mucho interés en celebrar una charla con el señor Radley", ha comentado el jefe Ring. "Puede o no puede haber cometido los delitos, pero desde luego nos gustaría averiguar qué estaba haciendo a aquella hora delante del domicilio de Bonnie Saxon".

Las autoridades mantienen la creencia de que las tres adolescentes fueron víctimas del mismo criminal. Ahora se cree que el arresto de Uriah Radley puede conducir a determinadas informaciones relativas al destino de las jóvenes y a su actual paradero.

Aunque hasta ahora el sospechoso ha eludido a la ley, la policía y los comisarios están llevando a cabo un registro exhaustivo de Llano de la Artemisa, con la esperanza de localizar a Radley y/o a las adolescentes desaparecidas.

Una noticia complementaria informaba de que Christine Saxon, madre viuda de Bonnie, apareció en una emisora local de televisión para hacer un “emotivo llamamiento”. Entre lágrimas, con “voz sofocada”, suplicó al secuestrador que liberase a su hijita indefensa. Al leerlo, la garganta de Larry se tensó.

“Dios —se dijo—. Pobre mujer”.

El artículo señalaba que el marido de Christine Saxon había muerto en accidente de automóvil. Ahora, perdía a su única hija.

Se preguntó qué habría sido de la mujer. Probablemente andaría ahora por los sesenta y tantos, caso de seguir viva.

¿Consulto la guía telefónica? ¿Y qué voy a decirle? ¿Que he encontrado el cuerpo de su niña?

No puedo hacer eso. Ni hablar.

Comprendía que era muy probable que para la mujer representara un consuelo enterarse, por fin, de lo que le había ocurrido a Bonnie. Proporcionaría a la chica un entierro adecuado.

De cualquier forma, la mujer se enteraría cuando se publicara el libro.

Rayos, también podía haber muerto.

Larry confió en ello, después se sintió culpable por desear semejante cosa, a continuación se dijo que lo mejor sería que estuviese muerta, en paz, exenta de sufrir aquel dolor infinito.

“Pero quizás esté viva aún —pensó—, aferrada a la débil esperanza de poder reunirse con su hija”.

El libro la destrozaría.

Me preocuparé por ello más adelante, se dijo. ¿Quién sabe? Es posible que haya muerto. O tal vez se encuentre en algún lugar remoto, desconectada, y no tenga nunca la menor noticia del libro. A propósito de eso, quizás el libro en cuestión no llegue a publicarse. ¿A qué viene ponerse en ascuas ahora por esa mujer?

Tratando de olvidarse de ella, Larry copió las dos noticias. Guardó la microficha y puso en el aparato la del *Estandarte* del día siguiente.

EXTRAÑOS HALLAZGOS EN EL HOTEL DE LLANO DE LA ARTEMISA

Aunque la búsqueda efectuada ayer en Llano de la Artemisa no culminó con la localización de Uriah Radley ni con el descubrimiento de alguna pista que pudiera conducir al paradero de las tres adolescentes de Recodo de la Cabeza de Mula desaparecidas, las autoridades han revelado el hallazgo de varios insólitos objetos en una habitación del hotel donde, al parecer, residía el sospechoso.

La puerta y las ventanas de la habitación del primer piso estaban decoradas con sartas de dientes de ajo. Además, se informa de que un mínimo de cuatro crucifijos aparecían a la vista, aunque se cree que los Radley profesaban la fe presbiteriana y no la católica romana.

El descubrimiento más sorprendente, sin embargo, fue el de un martillo y media docena de estacas de madera a las que se habían tallado puntas afiladas.

El jefe Ring comentó: “De chico, vi suficientes películas de miedo como para saber ahora que el ocupante de esa habitación parece ser un hombre dedicado a la actividad de matar vampiros. Me hago cargo de que suena a disparate pero, ¿por qué otra razón iba un hombre a rodearse de ajos y crucifijos, por no hablar del surtido de puntiagudas estacas de

madera? Uriah siempre fue un individuo extraño. Podría ser que la pérdida de su esposa y de su hija le desquiciara por completo".

El jefe de policía expuso a continuación la hipótesis de que había la posibilidad de que Uriah Radley hubiera llegado a creer que los vampiros fueron los responsables de la matanza de su familia. "De alguna forma, puede que se le metiera en la cabeza la idea de que Sandra Dunlap, Linda Latham y Bonnie Saxon eran las culpables y de que se trataba de tres vampiras. En la búsqueda de las muchachas, operamos de acuerdo con tales conjeturas".

Interrogado sobre las perspectivas de encontrar con vida a las tres jóvenes, el jefe Ring respondió: "Lo único que puedo decir es que continuaremos buscando y confiando que esto acabe de la mejor manera".

Larry se echó hacia atrás en la silla y contempló fijamente la pantalla.

"Dios mío —pensó Larry—, ¡sin duda yo tenía razón!" Recordó sus especulaciones del día anterior, después de leer que Uriah se encargó de que incineraran a su esposa y a su hija. Se había preguntado entonces si aquel loco hijo de mala madre estaba pensando en vampiros cuando ordenó que quemasen los cadáveres. Y la posibilidad le había parecido remota.

Pero el individuo tenía en su cuarto ajos, crucifijos y estacas aguzadas.

Fue a por las chicas, convencido de que eran las vampiras que asesinaron a su familia.

¡Increíble!

Larry enarcó las cejas, extrañado de no haberse enterado de nada de todo aquello hasta aquel momento. Después de lo que se encontró en la habitación de Uriah, los medios de comunicación tenían que haberse vuelto locos. Cualquiera hubiese dicho que era una noticia de alcance nacional.

Probablemente tuvo bastante resonancia y atención en periodicuchos tales como *The National Inquirer*, que la publicaría junto al habitual conjunto de historias sobre visitas de ovnis, reses destripadas, hombres que dan a luz y esa clase de cosas.

La prensa normal puede que hubiese cubierto el caso en cierta pequeña medida, pero Larry no recordaba haber leído nada acerca de la situación. En el verano de 1968 se produjeron acontecimientos de mayor trascendencia: el asesinato de Robert Kennedy; la captura de James Earl Ray por los disparos que en abril concluyeron con la vida de Martin Luther King; los disturbios callejeros a causa de Vietnam y del asesinato de King. Nada de extraño tenía que se prestara poca o ninguna atención a un pelagatos de un pueblo perdido en el desierto, que perdía el juicio y secuestraba a tres adolescentes a las que creía vampiras. Sobre todo teniendo en cuenta que no se encontraron los cuerpos de las chicas ni se llegó nunca a aprehender a Uriah.

Larry hizo una copia de la noticia y luego prosiguió sus indagaciones.

La edición del *Estandarte* correspondiente a 11 de agosto incluía una nota en la que se indicaba que la exhaustiva búsqueda realizada en Llano de la Artemisa y "sus alrededores" no había dado como fruto el hallazgo de las muchachas desaparecidas. Uriah Radley continuaba en libertad.

Otro corto de la edición del 22 de agosto informaba de que no se había producido ninguna novedad en el caso.

El domingo, 1 de septiembre, se celebró en la Iglesia Primera Presbiteriana un servicio religioso por Sandra Dunlap, Linda Latham y Bonnie Saxon. Asistieron al mismo familiares y amigos de las tres jóvenes desaparecidas. Se recordó a las chicas. Se rezó por su vuelta a casa sanas y salvas y por el consuelo de sus seres queridos durante tan terrible prueba.

Larry observó que al servicio no se lo llamaba “*memorial*”. A las chicas se las “recordó”, no se les “hizo panegírico”. Las oraciones se rezaron por su regreso a casa.

Supuso que todo el mundo sabía que no iban a volver a ver a aquellas pobres chicas, pero se aferraban aún a una ínfima y frágil sombra de esperanza.

Larry imprimió las notas, puso las otras páginas en la pantalla, no encontró nada de interés y pasó a la siguiente microficha de la caja. Fue revisando las fichas una tras otra, pero llegó al final de septiembre sin haber encontrado ninguna alusión más a Uriah o a las adolescentes desaparecidas.

Tampoco vio noticia alguna de más desapariciones. La serie acababa en Bonnie. No era sorprendente. Al fin y al cabo, Uriah había huido de la zona.

Ya se había marchado de Llano de la Artemisa cuando se presentaron allí los agentes. Sin duda sabía que le reconocieron mientras esperaba delante de la casa de Bonnie.

Larry supuso que se la llevó al hotel y escondió su cadáver debajo de la escalera antes de escapar hacia lugares desconocidos. Pero, ¿qué fue de Sandra y Linda? Con ellas no hubiera tenido que correr tanto. Tal vez llevó al desierto sus cuerpos atravesados por la estaca y los enterró en sepulturas anónimas.

Por otra parte, quizá las escondió en la ciudad, lo mismo que hizo con Bonnie. Allí no había más que casas abandonadas. Podía haberlas albergado entre paredes o debajo del suelo.

“Me gustaría saber si podremos encontrarlas, —pensó Larry—. Los policías no tuvieron suerte.

“Diablos —se dijo—, ni siquiera fueron capaces de dar con Bonnie y eso que la tenían delante de sus narices cuando registraron el hotel”

Delante de sus narices.

Bueno, el recinto de debajo de la escalera se encontraba tapiado. Caliente y seco. Al estar momificada, Bonnie no se descompuso mucho: eso era evidente, bastaba echarle una mirada. Así que quizá no hedía demasiado.

Larry recordó el olor de debajo de la escalera. Árido, polvoriento, un poco como el de esos libros viejos cuyas páginas se han vuelto amarillentas.

Los aromas de su sueño volvieron al olfato de Larry. La fragancia íntima y agradable de la lana del jersey. El pelo, revoloteando sobre su rostro, tenía el perfume de la brisa matinal. La piel despedía un tenue olor a canela. La respiración era mentolada, como si Bonnie se acabara de limpiar los dientes.

Larry se echó hacia atrás en la silla. Cerró los ojos. Casi podía oler a Bonnie en aquel momento.

“Tu olfato no percibió absolutamente nada —reflexionó—. Todo fue un invento de tu imaginación”.

Tan real, pensó.

Tan real que el recuerdo bastó para que la anhelase de nuevo.

¿Oía así, se preguntó, cuando estaba viva?

¿Olería así si resucitara y volviera a vivir?

“No es ninguna vampira —se dijo Larry—. Pero supongamos que sí lo es. Supongamos que le arranco la estaca y resulta que es verdaderamente una vampira. ¿Sería igual que la Bonnie que vino a mí esta mañana?”

¿Olería del mismo modo? ¿Tendría idéntico aspecto? ¿Se comportaría tal como lo hizo? ¿Me amaría?

Capítulo 28

Lane entró en el aula un minuto antes de que empezara la sexta clase. La mitad de los asientos estaban desocupados. Incluido el de Benson. Incluido el de Jessica.

Mientras se encaminaba a su pupitre, Lane lanzó un vistazo al vacío sitio de Jessica.

La chica no volvería a sentarse allí jamás.

La idea le pareció tenebrosa y abrumadora. Produjo a Lane una calurosa sensación de vértigo en la boca del estómago. Se sentó, se encorvó hacia adelante y apoyó los codos en la superficie del pupitre y las manos en las mejillas, fija al frente la mirada.

Observó que el señor Kramer había terminado de clavar en el corcho las fotografías de escritores. Ella se cayó del taburete cuando trataba de poner allí la de Sandburg, cuyo rostro tranquilo y solemne, con un mechón de pelo blanco cubriéndole un ojo, se encontraba ahora junto al de Frost.

A continuación de Sandburg, el señor Kramer había colocado a T. S. Elliot, F. Scott Fitzgerald y Thomas Wolfe. “Sólo me faltaban cuatro para acabar”, pensó Lane.

Desplomarse pareció un asunto de gran importancia: su torpeza al permitir que sucediese, la vergüenza que sintió por la forma en que buena parte de su cuerpo quedara a la vista del señor Kramer, el emocionado estremecimiento que experimentó cuando él la tocó. Ahora, nada de eso importaba gran cosa. La muerte de Jessica parecía haber quitado trascendencia a todo lo demás.

Apenas había tratado a aquella muchacha. Ni siquiera le caía simpática.

Pero, desde el mismo instante en que oyó la noticia del asesinato, Lane se había sentido pequeña e insignificante..., como si su propia vida no fuese más que una representación.

Interpretaba su breve y estúpido papel. Y mientras se extendía en la mezquindad de sus problemas, ilusiones, deseos y esperanzas, a salvo en su minúsculo escenario, cosas reales sucedían en un mundo real próximo. En un lugar espantoso, extraño, lleno de oscuridad y de muerte violenta.

No le gustaba en absoluto aquella sensación. Lograba que todo lo que ella hacía pareciese insustancial. Pero incluso era peor el punzante miedo de que de algún modo, en algún momento, se pudiese ver ella arrastrada al interior de ese mundo real, en el que Jessica y tantas otras personas (todas, quizá, tarde o temprano) concluían aplastadas.

Eso la aterraba.

A lo largo de todo el día, cada vez que recordaba a Jessica, Lane rompía a sudar. Camino de la sexta clase, hizo un alto en los servicios y se venteó las axilas. No olían mal, gracias al desodorante, pero la blusa estaba allí húmeda. Ahora, en el aula, la notó empapada. El sudor se le deslizaba por los costados, cosquilleándole ligeramente la piel. Sin sujetador que absorbiese las gotas, éstas descendían libremente hasta que la blusa se encargaba de embeberlas, a la altura del talle.

Deseó, una vez más, haberse puesto el sostén para ir al instituto. No a causa del sudor. A causa de Jessica. Porque dejarlo en casa parecía parte de su pequeño drama, infantil y remilgado a la luz de la horrible intrusión del mundo real.

Por otra parte, le hubiera gustado contar con la seguridad que le confería. Al principio, disfrutó de una sensación de libertad y soltura. Pero en cuanto se enteró de lo de Jessica, dejó automáticamente de sentirse libre. Sólo vulnerable.

Al sonar el timbre, Lane se sobresaltó.

Se puso muy derecha en el asiento mientras el señor Kramer entraba en el aula. El profesor dejó la cartera de mano, sacó un librito de tapas oscuras y anduvo hacia la parte delantera de la mesa. Se sentó en el borde y apoyó el libro en sus rodillas. La clase guardó silencio. El señor Kramer pasó revista a los asistentes. Su rostro, un poco ojeroso, tenía expresión lúgubre.

—Estoy seguro de que, a estas horas, todos conocéis la tragedia que se ha producido la noche pasada. Todo el mundo la ha comentado. Imagino que algunos de vuestros profesores os habrán hablado de la situación.

Apretó los labios y meneó la cabeza. Dirigió una mirada, fruncido el entrecejo, al pupitre vacío.

—Jessica era alumna mía. Y vuestra compañera de clase. Obviamente, su fallecimiento ha sido una conmoción para todos nosotros, y la echaremos de menos.

Apartó la vista del pupitre de Jessica. Sus ojos tropezaron fugazmente con los de Lane, para desviarse en seguida e ir de un rostro a otro.

—No dispongo de palabras mágicas —dijo— que puedan aliviar el dolor que compartimos. Pero soy profesor y de este suceso podemos extraer una lección. La Biblia nos dice que, “en medio de la vida, estamos en la muerte”. Pero también es cierto lo contrario: “En medio de la muerte, estamos en la vida”. Es preciso que lo tengamos presente en el cerebro. La vida es un don precioso. No debemos olvidarlo, ni darlo por sentado inconscientemente. Debemos saborear todos y cada uno de los momentos que se nos conceden.

Lane notó un nudo en la garganta.

—Tenemos el presente, y eso es lo único de lo que todos podemos estar verdaderamente seguros. Muchos de nosotros —y yo soy tan culpable de eso como el que más— dejamos que el presente pase por nuestro lado inadvertido, ignorado, mientras ocupamos nuestras mentes con otros pensamientos. Desde luego, es preciso trabajar y estar preparado para ayudar a las cosas a que se nos muestren propicias en el futuro. Pero es que incluso ese futuro nuestro lo perdemos al preocupamos inútilmente de lo que pueda pasar. Cuando nos llega el futuro, lo hace en momentos únicos, en momentos de presente.

»De modo que, si hemos de aprender algo de lo que les ha sucedido a Jessica y a sus padres, tal enseñanza es: Hay que vivir la vida ahora. Necesitamos tener conciencia de cada segundo, saturamos de sus maravillas, de sus misterios... y de sus alegrías.

Las últimas palabras llevaron lágrimas a los ojos de Lane.

Parpadeó y se las enjugó.

“Tiene tanta razón... —pensó—. Cada momento es precioso”.

Este instante es precioso, aquí sentada, escuchando al señor Kramer. Comprendió que nunca se había sentido tan cerca de él, ni siquiera el día anterior, cuando la tocó.

—Quiero compartir con vosotros un poema. Luego continuaremos con la clase. — Levantó el delgado volumen que tenía sobre las rodillas y lo abrió por una página señalada—. Es de Allan Edward DePrey: “Meditación en la sepultura”.

Bajó los ojos sobre el libro y empezó a recitar, grave y solemne su voz clara:

Si tuviera que dormir, en esta noche sin luna,

Y aunque jamás despertara,

Conservaré eternamente la luminosa ventura

De aquel amor que irradiaban las pupilas de mi dama.

Conservaré el tacto de la hierba cubierta de rocío

Que humedeció mis pies al amanecer,

Y el aroma, ¡ay!, tan dulce, que impregnó el aire frío

Cuando en el campo dejó de llover.

Conservaré los sabores que fueron mi embeleso,

El del pan, el del vino y la carne,

Y los evocaré nostálgico cuando sea puro hueso,

Cautivado por su gusto admirable.

A algunos alumnos se les escapó una risita más o menos disimulada. El señor Kramer levantó la vista de la página.

—Si preferís no escuchar el resto de...

—Siga —le apremió Lane.

—Quizá debería saltarme algunos versos —dijo—. Es bastante largo. —Se tomó unos momentos para repasar el poema, como si tratase de determinar dónde debía reanudar la lectura. Luego continuó:

Conservaré conmigo en la tumba

imágenes, olores y sonidos.

y rezo para que no me abandonen nunca

en mi sueño eterno bajo la tierra hundido...

Si de verdad sobrevive el recuerdo

A la guadaña de la Parca homicida

conservaré conmigo ese dorado premio

de cuanto amé a lo largo de mi vida.

Pero si, privado de cuanto he conocido,

una triste oscuridad me espera,

tampoco maldeciré al cruel Destino

que a estar solo en un pozo me condena.

Porque se me concedieron años y años

para ver, gustar, oler, sentir y amar.

Y, si bien condenado a ser desecho humano,

gocé de días gloriosos antes de mi final.

En la sala, alguien exclamó:

—¡Puaff!

Y unos cuantos chicos se echaron a reír.

—Reconozco que la poesía tiene aspectos tétricos, pero creo que el sentido, el punto de DePrey, está bien captado: “Gocé de días gloriosos antes de mi final”. Tenemos que tener siempre conciencia de esas glorias, de esas delicias. —Cerró el libro y lo dejó a un lado. Añadió, con una inclinación de cabeza—: Muy bien. Saquemos nuestros libros de texto y empecemos donde lo dejamos ayer.

Cuando sonó el timbre, Lane continuó inmóvil en su asiento. Los demás estudiantes fueron saliendo. Lane recordó que, el día anterior, Jessica se detuvo en el umbral y la miró, enarcadas las cejas.

“La chica no debió de disfrutar del tiempo que le quedaba —pensó Lane—. A mí me tenía sin cuidado”.

Diablos, no sabía nada.

Ninguno de nosotros sabe nada. Cualquiera de nosotros puede morir esta noche.

En vez de meterle el miedo en el cuerpo, la idea le recordó de nuevo la recomendación del señor Kramer, que les aconsejaba saborear cada momento.

La muchacha le vio rodear su mesa y proceder a llenar la cartera. Sus ojos se encontraron. El señor Kramer sonrió.

—¿Qué tal se encuentra hoy? —preguntó.

—Mucho mejor, gracias.

—¿Contusiones?

—Sí, unas cuantas.

—Bueno, tendrá que dejar el bikini durante una temporada.

Lane notó que el calor del sonrojo se le extendía por la piel.

—Menos mal que el verano se ha terminado ya —dijo.

—Prometo no pedirle más que se suba a un taburete.

—¿Tiene ejercicios o algo para mí?

—Sí, da la casualidad de que sí. —Se llegó al escritorio y empezó a rebuscar entre los montones de carpetas—. Ah, aquí los tenemos. Oraciones gramaticales. —Se acercó a Lane, con la carpeta y un bolígrafo rojo—. Asegúrese de que lo comprueba y corrige todo: ortografía, puntuación, sintaxis. Cinco puntos de penalización por cada falta.

—Muy bien.

El profesor se detuvo delante de Lane y depositó la carpeta y el bolígrafo encima del pupitre.

—Si tiene alguna duda...

—Debo decir que me gustó mucho lo que dijo usted al principio de la clase —manifestó Lane. Se sintió atrevida y tan avergonzada al mismo tiempo—. Acerca de eso de disfrutar de cada momento. Fue muy... —Se encogió de hombros y notó el suave roce de la tela de la blusa contra los pezones—. No sé. Hizo que me sintiera mucho mejor respecto a las cosas.

El señor Kramer bajó la mirada sobre ella, llenos de tristeza los ojos.

—Me alegro de que le sirviese de ayuda. Ha sido algo terrible. Supongo que todo el mundo se siente conmocionado. Personalmente, lo estoy, aunque a veces Jessica representaba un problema en la clase. ¿Eran amigas?

Se contrajo una de las comisuras de la boca de Lane.

—Más bien no. Pero, a pesar de todo... Cuando sucede algo como esto...

—Lo sé. Nos recuerda que somos mortales. Si eso le puede ocurrir a ella, ¿por qué no a nosotros?

—Sí. Yo sentía... poco. Como si en mi vida todo fuera ínfimo y pueril comparado con las cosas importantes.

—No debería pensar eso. —El señor Kramer alargó la mano y acarició el pelo de Lane—. En absoluto debe sentirse así.

—Supongo que ahora lo sé —dijo la muchacha, y tuvo la ligera sensación de que perdía aliento mientras la mano del profesor descendía hacia el hombro. La mano se desplazó de un lado para otro, deslizando la blusa sobre la piel de Lane—. Cada momento es algo... que hay que atesorar.

—Exactamente.

¿Habrá notado que no hay tirantes en los hombros?

—Nada es pueril—dijo el hombre—. Todo tiene su importancia.

—Sí.

Le frotó un lado del cuello.

—Es una joven muy tensa —observó—. Los músculos del cuello están duros como piedras.

—Sí. No he tenido lo que se dice un día de bandera.

—Aquí, lo mismo.

El masaje de aquella mano envió una riada de calor a través del cuerpo de Lane.

—¿Se siente mejor?

La muchacha asintió. Tenía la cabeza muy cargada.

El señor Kramer se puso a su espalda. Lane oyó el chirrido de un pupitre que el profesor arrastró por el suelo para apartado de su camino. Acto seguido, las manos del hombre estuvieron en los hombros de Lane y empezaron a frotar, a apretar.

—¿Qué tal?

—Maravilloso —murmuró la muchacha.

Los dedos masculinos subían y bajaban. La parte delantera de la blusa de Lane se movía al ritmo de aquellos dedos y le acariciaba los pechos. Lane respiró entrecortadamente. Bajó la cabeza.

El señor Kramer apartó la melena de la joven, llevándola más allá del rostro. Después le frotó el cuello inmediatamente debajo de la oreja. Se sintió soñolienta, tuvo la sensación de que estaban exprimiendo fluido dentro de su cabeza. Cerró los ojos. Suspiró.

—Nada como un pequeño masaje en el cuello para que las cosas se arreglen —dijo el profesor.

Sus manos descendieron un poco más, los dedos actuaron suavemente por debajo del cuello de la blusa. Eran cálidos y su contacto resultaba muy agradable sobre la piel de Lane.

La muchacha se preguntó cómo podía sentirse indolente y excitada, ambas cosas a la vez.

Le dominaba un desfallecimiento absoluto.

La cabeza se bamboleaba al ritmo del masaje.

Se le desabrochó el botón superior de la blusa. Lane sabía dónde estaban las manos del hombre. No lo había desabotonado él. Ocurrió, simplemente, que al moverse la mano por dentro del cuello, forzó el escote de la blusa y el botón abandonó su ojal.

Lane deseaba que el señor Kramer lo hubiera hecho.

Se lo imaginó desabotonándole la blusa, abriéndosela, tomándole los pechos en sus manos grandes y poderosas.

—Será mejor dejarlo ya —dijo el profesor—, antes de que se relaje tanto que luego no esté en condiciones de revisarme los ejercicios.

—¿Por qué no un poco más? —pidió Lane con un murmullo de voz.

Las manos se retiraron de debajo del cuello de la blusa. Empezaron a apretarle los hombros.

—En otro momento. Eh, alguien puede entrar y formarse una idea equivocada.

Lane supuso que eso era cierto. Ella no tenía derecho a esperar que el señor Kramer arriesgase su empleo por aplicarle un inocente masaje.

El profesor le dio una palmada en el hombro, como podía hacerlo el entrenador del equipo.

—Póngase ya a calificar esos ejercicios.

Se apartó de la muchacha y se encaminó rápidamente hacia su escritorio.

—¿Señor Kramer?

El hombre volvió la cabeza y miró a Lane, enarcadas las cejas, ligeramente rojo el semblante.

—Me encuentro muchísimo mejor ya. Gracias.

—Me alegro de haberla ayudado.

Siguió hasta su mesa, se sentó y empezó a hojear los papeles que tenía delante.

Lane procedió también a revisar las oraciones gramaticales. El cuello y los hombros parecían conservar aún el calor del contacto de las manos del señor Kramer. Sentía como si en su interior algo estuviese al rojo vivo.

Se dio cuenta de que aún llevaba desabrochado el primer botón del escote. Encorvada sobre el pupitre, miró hacia allí. Por debajo del punto donde el botón se desabrochó, vislumbró la parte ensombrecida de su seno derecho.

¿La habría visto el señor Kramer?

Lo más probable era que no, decidió. Al fin y al cabo, estaba detrás de ella.

No abrochó el botón ni se arregló la blusa y, mientras corregía los ejercicios, disfrutó del placentero conocimiento de la existencia de aquel pequeño hueco abierto allí.

Esperaba que el señor Kramer también tuviera conciencia de ello.

Cada vez que Lane levantó la cabeza, sin embargo, lo vio enfrascado en sus papeles.

Por fin, el hombre se levantó y fue a llevar una carpeta al extremo de la mesa. La introdujo en la cartera.

—¿Cómo va eso, Lane?

—Me quedan unos pocos.

—Bueno, me temo que es hora de cerrar la tienda. Los acabaré yo esta noche.

—Muy bien.

Lane los colocó ordenada y pulcramente en la carpeta, abandonó el asiento y se acercó a la mesa. Inclinandose a través de la misma, tendió al profesor la carpeta y el bolígrafo.

La muchacha observó que, mientras los tomaba, los ojos del señor Kramer descendieron brevemente. Un vistazo y, en seguida, miraron a Lane a la cara.

—Agradezco infinito su ayuda, Lane.

—Yo, yo me alegro otro tanto de serle de ayuda.

La muchacha se agachó, apoyó las manos encima de la mesa y clavó la mirada en el libro del que el señor Kramer había leído, “Meditación en la sepultura”.

Se daba perfecta cuenta del modo en que colgaba la blusa, cuya parte frontal no le tocaba el pecho, ni muchísimo menos.

“No puedo creer que esté haciendo esto —pensó—. ¿Por qué no la desgarró y me la abro del todo, en vez de andarme con tantas triquiñuelas?”

Tuvo la sensación de que se ruborizaba de los pies a la cabeza. Pero no podía moderarse.

Abrió la tapa del libro y miró la portada.

—Poesías completas de Allan Edward DePrey —leyó el título—. Nunca había oído hablar de él —añadió, sin apartar los ojos del libro.

—Pocas personas le conocen —dijo el señor Kramer—. Es un poeta más bien oscuro del interior del estado de Nueva York. Encontré esta obrita en una librería de segunda mano cuando era adolescente. Durante una temporada, fue mi poeta favorito.

—¿Todas las poesías del libro son tan fúnebres como “Meditación en la sepultura”? —preguntó Lane, a la vez que pasaba al índice. Aunque miró la lista de títulos, ninguno de ellos lo expresaba.

—Ah, ésa es una de las piezas más agradables. Tenía una mentalidad lo que se dice morbosa.

—No sé si mi padre lo conoce. Parece que DePrey puede muy bien estar en su línea.

—Le propongo una cosa. ¿Por qué no se lleva el librito a casa y deja que su padre le eche una ojeada?

—¿Puedo? —preguntó Lane, ansiosa, y, por fin, alzó la vista hacia él.

El señor Kramer sonrió. Unas minúsculas gotitas de sudor le humedecían el bigote, sobre el labio.

—No me lo pierda.

—Ah, claro que no lo perderé. —Lane levantó el libro y se enderezó; la tela de la blusa se ciñó contra los pechos—. Puede que lo lea yo también, puesto que es uno de sus poetas favoritos.

El profesor rió en tono bajo.

—Confío en que le guste. Ahora, vale más que se vaya. Le repito las gracias por sus inapreciables servicios.

—Ha sido un placer —repuso Lane.

Regresó a su pupitre, recogió los libros y la banda de goma con que los sujetaba, y se dirigió a la puerta. Se detuvo, con un pie en el pasillo, y volvió la cabeza. El señor Kramer tenía la mirada fija en ella.

—¡Ah! —dijo Lane—, muchas gracias por el masaje en el cuello.

—Fue un placer —respondió el hombre.

—Adiós.

—Buenas noches, Lane.

Mi noche, pensó la muchacha, será una fiesta después de esto. Pero sólo dijo:

—Gracias.

Y salió definitivamente del aula.

En el pasillo, se abrochó el botón de la blusa.

Capítulo 29

La mañana del viernes, el timbre del despertador sobresaltó a Larry. Mientras Jean interrumpía aquel retintín, Larry se dio media vuelta y apretó el rostro contra el calor de la almohada. Una leve sacudida agitó la cama. Jean se levantaba.

Oyó el tenue rumor de sus pasos sobre la alfombra y luego el chasquido que produjo la puerta al cerrarse.

A solas en el dormitorio, se preguntó si habría soñado con Bonnie. De ser así, no lo recordaba. Se sintió un poco decepcionado. Aunque, ciertamente, lo que más sentía era alivio. Le brotó un nudo en la boca del estómago al acordarse de la decisión que había adoptado la noche anterior.

Pete le había telefoneado después de cenar.

—¡Eh, hombre! —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Me estás dejando fuera del asunto o qué?

—No, ejem. Lo que pasa es que he tenido mucho trabajo, nada más.

—Ya, bueno, pero podías mantenerme informado de cómo van las cosas. ¿Sigues trabajando en nuestro libro?

—Va tirando adelante.

—¿No puedes hablar? ¿Tienes alguien cerca y no quieres que se entere de la conversación?

—No. Aquí todo está bien.

Larry había cogido el supletorio de la alcoba. Sabía que Jean estaba fregando los platos en la cocina. Y que Lane seguía sentada en la sala de estar, entregada a la lectura de un libro de poemas que le había dejado su profesor de inglés.

—Yo por mi parte, ahora dispongo de un rato de intimidad —declaró Pete—. Barb está tomando uno de sus baños maratonianos. Así que me dije que podíamos charlar un poco acerca de la cosa. El fin de semana debe de ser tremendo. ¿Estás muy liado?

—Bastante.

—Bueno, ¿y ahora qué? Me parece que deberíamos levantar el telón y empezar el espectáculo. He ido de compras. Me he comprado una estupenda videocámara. Viene a costarme unos mil trescientos, pero supongo que vale la pena, puesto que así podremos grabar en vídeo el momento histórico en que arranquemos la estaca. Cosa que debemos hacer ya. ¿Qué te parece mañana por la noche?

—¿Mañana por la noche? —Larry no pudo eliminar la alarma que saturó sus palabras.

—¿Por qué no? Hasta ahora, todo ha ido bien, ¿no? ¿Por qué aplazar lo de la estaca?

—Quedan algunos cabos sueltos.

Silencio. Cuando Pete volvió a hablar, el tono apremiante había desaparecido de su voz. Lo reemplazaba cierto nerviosismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de cabos sueltos?

—Sé quién es esa muchacha. Y creo saber quién la mató.

—¡Arrea!

—Es una larga historia. Mira, ¿por qué no nos vemos mañana, a la hora del almuerzo? Le diré a Jean que tengo que ir a la biblioteca. Y te lo cuento todo entonces. ¿Qué te parece en el Buster's?

Quedaron en encontrarse al mediodía siguiente.

Ahora, tendido en la cama, Larry se preguntó si sería conveniente que continuara adelante. Había formulado la sugerencia sobre todo como táctica dilatoria. Al proponer que arrancasen la estaca aquella noche, Pete le había pillado con la guardia baja.

Larry no estaba preparado para ello. Ni siquiera estaba seguro de que en el futuro estuviese alguna vez preparado para ello.

“¿Qué pretendes hacer? —se preguntó—. ¿Consévala guardadita allí eternamente?”

“La estaca representa el misterio —pensó—. Una vez la hallamos arrancado, no será mas que un cadáver.”

No es más que un cadáver.

No. Mientras tenga la estaca clavada en el corazón, es algo más que eso.

¿Qué, una vampira?

Uriah lo creía así.

Larry se daba perfecta cuenta de que estaban aferrándose a la débil esperanza de que pudiera serlo. Era una esperanza ridícula, naturalmente. Pero arrancar la estaca significaba acabar con esa esperanza. Bonnie quedaría tendida allí, un cadáver reseco con un agujero en el pecho, y todo habría terminado. La perdería.

Ni siquiera le iba a ser posible pretender que pudiera volver a la vida, joven, rozagante, hermosa... y suya.

“De modo que estás dándole largas a Pete —pensó—, para conservar tu estúpida ilusión al menos un poco más”.

¿Y qué daño hago con eso?

Larry bajó de la cama. Se acercó a la ventana y echó una mirada al garaje, a través del soleado patio. Se imaginó a Bonnie en la oscuridad del desván, dentro de su ataúd, con el extremo de la estaca sobresaliéndole del pecho. Le pareció oír se voz, tan clara y dulce como llegó hasta él en el sueño del día anterior. “Libérame. Arranca la estaca e iré a ti. Te amo. Larry. Seré tuya para siempre”.

“Claro —pensó él—. No faltaría más”.

Poco antes del mediodía, le dijo a Jean que necesitaba comprobar unos datos en la biblioteca. Al salir de casa, llevaba consigo un sobre bastante grande. Condujo hasta el Buster's, un restaurante abierto en el extremo sur de la ciudad, no muy lejos de la tienda de Pete.

Encontró a éste en un reservado del fondo y se apresuró a sentarse a aquella mesa, frente a él.

—Hacía siglos que no nos veíamos, compadre.

—Sí, y lo siento.

Se acercó una camarera, les preparó la mesa y les preguntó si deseaban consultar la carta.

Pete negó con la cabeza.

—Me conformo con el Buster-Burger Y su acompañamiento, pimientos rojos y té helado.

—Me parece que yo tornaré lo mismo —se sumó Larry.

—Facilitándome las cosas, ¿eh, compañeros? —dijo la mujer, Y se retiró.

—Escuchemos esa historia —pidió Pete.

Larry introdujo una mano en el bolsillo de los pantalones, sacó el anillo de Bonnie y lo puso delante de Pete.

—Es suyo.

—¿Cómo?

Pete cogió el anillo y lo examinó con los ojos entornados.

—Lo encontré en su mano.

Pete le miró, fruncido el entrecejo.

—¡Y no me lo dijiste!

—Te lo digo ahora.

—Bueno, mierda, ¿cuándo lo encontraste?

—El domingo por la mañana. Poco antes de que te presentaras. Sé que debí decírtelo entonces, pero...

—Claro que debiste decírmelo, maldita sea...

—Quería comprobar antes unas cuantas cosas.

—¿Por qué me lo has estado ocultando?

—No lo sé, Pete. Sólo deseaba ver a dónde conducía. Me pareció que sería mejor contártelo una vez tuviese toda la historia.

—Compañero —murmuró Pete. Estudió de nuevo el anillo—. Bonnie Saxon.

Al oír a Pete pronunciar el nombre de la muchacha, Larry sintió el dolor de la pérdida. Ya no era suya en exclusiva.

—¿Crees que es su nombre? —preguntó Pete.

—Sé que es su nombre. Se graduó en el instituto Buford en el sesenta y ocho. Como te he dicho, hice unas cuantas averiguaciones.

Larry, con las manos temblorosas, abrió el sobre.

“No quiero hacer esto”, pensó.

Pero ya se había comprometido. Además, Pete se enteraría, tarde o temprano. Era mejor acabar de una vez.

Sacó la fotografía en la que Bonnie aparecía como “Reina del Ánimo”. Aleteó en sus dedos temblorosos al pasársela a Pete y recuperar el anillo.

Los ojos de Pete se desorbitaron. Se pellizcó los labios.

—¿Es suya esta foto?

—Sí.

—¡Hombre!

—Sí.

—Es un pimpollo impresionante.

—Lo sé.

Sacudió la cabeza.

—Así que ésta es nuestra chavala.

“Nuestra chavala. No debí hacerlo. Debí conservarla para mí solo”.

— ¿De dónde sacaste la foto?

— De un anuario escolar.

— Hombre, has hecho toda una investigación. ¿Qué más averiguaste?

— Devuélvemela —dijo Larry, extendida la mano—. Puede verla alguien. Por aquí podría haber personas que la conocieron.

Pete contempló el retrato durante un momento más y luego se lo devolvió. Larry lo puso de nuevo dentro del sobre. Sacó parcialmente el puñado de fotocopias.

— Aquí hay demasiado texto para que lo leas ahora. Te haré copias, si quieres.

— ¿Qué dice ahí?

Larry los quitó de la vista y puso el sobre encima de la mesa, a su lado.

— Es una larga historia. Me pasé un par de días revisando números atrasados del periódico de la ciudad.

— Vamos, hombre. Suéltalo.

Larry aguardó, mientras la camarera se aproximaba con lo que habían pedido. Depositó en la mesa los platos y las bebidas.

— Que aprovechen, muchachos —dijo. Y se retiró.

— La cosa empezó con dos asesinatos perpetrados en el hotel de Llano de la Artemisa.

Mientras almorzaban, refirió a Pete el abandono de la ciudad por parte de sus habitantes, que se marcharon cuando la mina dejó de producir; todos menos los Radley, que siguieron viviendo en el hotel, después de que el resto de los vecinos se fueran de allí. Habló a Pete del viaje de Uriah a Recodo de la Cabeza de Mula, de la avería que tuvo la camioneta y de los kilómetros que el hombre tuvo que cubrir a pie, sólo para encontrarse con que habían asesinado a su esposa y a su hija en el hotel. Transmitió a Pete la especulación oficial relativa a que los responsables del crimen fueron unos motoristas u otros transeúntes.

— Ahora bien, Uriah pensó que las mataron unas vampiras —concluyó.

— Eso no lo decía ningún periódico... —observó Pete.

— Uriah ordenó que incinerasen a su esposa y a su hija para que no pudiesen resucitar.

— ¿Sospechas tuyas, o qué?

— Déjame seguir.

— Bueno, ¿por qué no te ciñes a los hechos?

— De acuerdo. Hechos. Asesinaron a las Radley el 15 de julio. El 26 de ese mismo mes desapareció del domicilio de sus padres, en Recodo de la Cabeza de Mula, una adolescente llamada Sandra Dunlap. En su cama aparecieron manchas de sangre. El 10 de agosto otra muchacha se desvaneció por completo. Se llamaba Linda Latham. Todo indica que la secuestraron cuando volvía a casa del domicilio de una amiga. Bonnie Saxon...

— Ésa es nuestra moza...

— Exacto. Se la llevaron de casa de su madre la noche del 13 de agosto. Al día siguiente, en su cama había huellas de sangre.

— Lo mismo que en la de la otra, ¿eh? ¿Dunlap?

— Sí, señor. Las tres chicas tenían aproximadamente la misma edad. Desaparecieron en cuestión de un mes, a partir de la fecha de los asesinatos de Llano de la Artemisa. La

policía no contaba con ninguna pista. Hasta la desaparición de Bonnie. Aquella noche, un testigo vio a Uriah Radley apostado por las cercanías del domicilio de la muchacha.

—¿El fulano de Artemisa?

—El mismo. De modo que los policías salieron a buscarlo. Registraron el hotel. No encontraron a las chicas desaparecidas, pero descubrieron algunas cosas interesantes en una de las habitaciones: crucifijos, dientes de ajo, un martillo y cierta cantidad de estacas con la punta afilada.

—¡Vaya! ¿Me estás diciendo, pues, que el tal Uriah es el individuo que se llevó a las adolescentes?

—Así lo parece.

—¿Y también es el que le clavó la estaca a nuestra zagala? —y probablemente también a las otras.

—Hombre, eso es pasarse.

—¿A mí me lo dices?

—¿Encontraron a las otras dos?

—No, que yo sepa. Y, al parecer, tampoco echaron el guante a Uriah.

—¿Qué opinas, entonces? —preguntó Pete—. ¿Crees que ese Uriah se volvió loco de atar y pensó que estaba liquidando a las vampiras que se cargaron a su familia?

—Todo lo indica así.

—¡Jesús, nuestro libro va a ser un bombazo sensacional, no cabe duda! Ahora, si esta noche le arrancamos la estaca y resulta que es una vampira... ¿para qué las prisas?

El corazón de Larry se desbocó.

—Esta noche no.

—¿Por qué diablos no? Hemos de redondear la historia. Lo tenemos todo, menos el final.

—Queda un cabo suelto.

—Vale. Tu famoso “cabo suelto”. ¿De qué se trata?

Larry no lo sabía. Pero era cosa de encontrar una razón para retrasar la extracción de la estaca.

De pronto, vio el cabo suelto. Era tan evidente...

—¿Quién puso el candado nuevo en la puerta del hotel? —preguntó—. ¿Quién cubrió el agujero del rellano de la escalera? Creo que muy bien pudo ser Uriah. Creo que ha vuelto a Llano de la Artemisa.

Pete, que se estaba limpiando los labios con una servilleta, se quedó con la vista clavada en Larry. Bajó la servilleta. Se atusó un lado del bigote. Entornó los párpados.

—¡Dios todopoderoso! —murmuró—. Apuesto a que tienes razón. Quizá sea nuestro amigo, el devorador de coyotes.

—¿Y si conseguimos dar con él?

—¿Y si logramos cazarlo? ¡Un arresto efectuado por un ciudadano! ¡La detención del maldito Judas, menuda publicidad! ¡Lar, eres lo que se dice un genio!

¿Un genio? Se sentía como si acabara de apartarse del borde de un acantilado.

—Iremos allí mañana —determinó Pete—. Diremos a las parientas que vamos a hacer ejercicios de tiro. No quisieron venir la otra vez, se alegrarán de librarse de nosotros. Nos acercaremos a Llano de la Artemisa y cazaremos a nuestro asesino.

Capítulo 30

—He pedido a Henry y a Betty que nos acompañen esta noche —anunció Lane.

Jim, que masticaba el mordisco que acababa de propinarle a la manzana, puso cara de haberle hincado el diente a un gusano.

Su voz sonó ahogada.

—Estás de coña.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó Lane.

—¿Importarme? ¡Mierda! Vas de vacile conmigo, ¿no?

—Creo que será estupendo.

—¿Cómo puedes hacerme esto? Llevamos semanas sin salir los dos solitos, y ahora resulta que tenemos que llevar de carabina a esos dos desperdicios clínicos.

—Son mis mejores amigos, Jim.

—Eso no significa que estés obligada a llevarlos contigo a todas partes. Mierda. Lo van a estropear todo.

—No, no estropearán nada.

—Oh, vale. Claro. Maldición. ¿No puedes decirles que cambiaste de idea?

Lane negó con la cabeza.

—Sabía que ibas a ponerte en los cuernos de la Luna.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Me dio por ahí, un capricho, ¿conforme?

Con cara de pocos amigos, Jim se apartó de Lane y asestó otro mordisco a la manzana. Puso en los dientes toda la rabia que le embargaba.

Lane contempló el resto de su bocadillo de jamón. Pensó que podía atragantarse si intentaba comer un poco más.

Era toda una faena la que le estaba haciendo al chico. Quizá debería decir a Henry y a Betty que había cambiado de opinión.

Maldita sea, pensó. No quería estar a solas con él. Pedir a Henry y a Betty que fueran con ellos era un modo de solucionar la papeleta: o Jim anulaba la salida, o la presencia de los amigos de Lane le mantendría a raya. Al menos mientras estuvieran en el coche. Una vez se hubiesen apeado, el asunto correría de su cuenta.

“Puedo manejarle”, se dijo.

Pero quizá no tenga que hacerlo.

—¿Prefieres dejarlo correr todo? —preguntó.

Jim se dio media vuelta. Ya no tenía el entrecejo fruncido.

En sus ojos había una expresión dolida.

—¿Es eso lo que quieres?

“Le intereso —se recordó Lane—. Es posible, incluso, que esté enamorado de mí”.

Lane sabía que ella no estaba enamorada de él. Quizá le quiso alguna vez. Pero ya no. Había tenido demasiadas muestras de su comportamiento juvenil: su mezquindad, la actitud ruin que adoptaba ante las amistades de ella, su constante obsesión por el sexo,

como si lo único que le interesara fuese el cuerpo de la muchacha, como si todo lo que pretendiera fuese marcarse un tanto con ella. ¿Por qué no podía ser simpático y sensible? Si se hubiera parecido un poco más al señor Kramer, no habría habido ningún problema.

Pero hubo un tiempo en que estuvieron muy unidos. Lane suponía que Jim aún le importaba. Sabía que no deseaba herirle.

Apoyó una mano en el brazo del chico.

—No. Salgamos esta noche. Quiero ir por ahí.

—Supongo que puedo aguantar a esos dos durante unas horas. Si no queda otro remedio.

—¿Quién sabe? Hasta es posible que lo pases bien.

—Seguro —murmuró Jim.

—Una sonrisita...

Jim enseñó los dientes superiores.

—Una sonrisa, no un gruñido. Pareces un podenco viejo con un erizo en el culo.

El comentario no sólo le arrancó una verdadera sonrisa, sino incluso una breve carcajada.

—Eso está mucho mejor —dijo Lane.

Se dio cuenta de que había recuperado el apetito. Le dio un mordisco al bocadillo. Mientras lo masticaba, dijo:

—Aguarda y verás. Lo pasaremos fenómeno.

Jim le deslizó la mano por la zona media de la espalda, oprimiéndole la tela de la blusa contra la piel desnuda.

—Estupendo —articuló en voz baja—. Ningún estorbo. Te la quitarás para mí, ¿verdad? ¿Esta noche? Me mostraré cantidad de simpático con tus amigos.

—Ya veremos —murmuró ella.

—Ah, venga. Has venido al cole sin él, maldita la falta que va a hacerte en el cine.

—En el instituto no te queda más remedio que mantener las manos quietas.

—No es preciso que me esfuerce. Soy demasiado caballero para aprovecharme.

—Claro.

—Además —sonrió Jim—, tampoco soy imbécil. Si me paso de listo, empezarás otra vez a ponerte esa maldita cosa.

—Vale más que lo creas así.

Jim continuó acariciándole la espalda.

—Me encanta —afirmó— saber que no hay nada ahí.

—Tranqui, ¿estamos?

Cuando Lane entró en el aula, a punto ya de que sonara el timbre de la sexta clase, vio a Riley Benson en el asiento de Jessica. El chico estaba derrumbado en la silla, con las piernas estiradas, cruzados los tobillos. No la miró.

¿Por qué se habrá sentado en el pupitre de Jessica?, se preguntó Lane.

No era ninguna sorpresa para ella que Benson estuviera en el instituto. Se enteró a través de un informativo de que las autoridades habían puesto en libertad al “sospechoso” y en el curso del día le vio unas cuantas veces en los pasillos y en la cafetería del centro pedagógico.

Pero sí parecía un poco extraño que se hubiera dejado caer en el sitio de Jessica, en vez de ocupar el suyo.

A Lane sólo se le ocurrió una explicación: echaba de menos a la chica. Sentándose en la silla que Jessica acostumbraba usar, tal vez Benson se sentía más cerca de ella.

Lane le contempló.

Pobre desgraciado, pensó.

Benson volvió la cabeza y la fulminó con los ojos.

—¿Qué miras?

—Lamento mucho lo de Jessica —dijo Lane.

—¿Sí? Bueno, que te den por allí.

—Sólo trataba de ser amable —murmuró la chica.

—¿Sí? ¿Y quién te lo ha pedido?

—No tienes por qué estar siempre en plan de tipo duro —manifestó Lane en voz baja.

—Y tú no tienes por qué venirme con tu pose de jodida niña que no ha roto un plato en su vida.

—¿Te trató bien la policía?

—Vete a la mierda, ¿vale?

—¿Por qué no dejas que nadie sea amable contigo?

—¿Tú quieres ser amable conmigo?

De súbito, Benson encogió las piernas, se inclinó lateralmente hacia el pasillo y agarró a Lane por un brazo. Tiró de ella, arrancándola del asiento. Cuando el trasero de la muchacha golpeó el suelo, Benson la arrastró hacia sí.

—¿Qué haces? —chilló Lane—. ¡Ya está bien!

Oyó que otros alumnos de la clase prorrumpían en gritos de: “¡Déjala en paz!”, “¡Benson, cabrón!” y “¡Que alguien haga algo!”.

Benson soltó el brazo de Lane. La cogió por el pelo y la barbilla, retorciéndole la cabeza para que alzase la cara.

—Quieres ser amable conmigo, ¿eh?

—¡Que alguien le pare los pies! —gritó una chica.

Benson escupió. El salivazo se estrelló contra los apretados labios de Lane. Benson le soltó la barbilla y frotó la saliva con los dedos, extendiéndola por la boca y los carrillos de Lane.

—¿Qué ocurre aquí?

Un grito. La voz del señor Kramer.

Benson despidió a Lane de un empujón. La joven cayó sobre un codo y su rostro se contrajo en una mueca cuando el ramalazo de dolor le ascendió por el brazo. Con el dorso de la otra mano, se secó la cara. La saliva tenía un olor dulzón y asqueroso, como el de un estornudo.

—¡Benson, hijo de perra!

—¡Váyase a tomar por el culo, hombre!

Sentada en el suelo, con el codo agarrado con la otra mano, Lane vio al señor Kramer acercarse a largas zancadas al pupitre que ocupaba Benson.

—¡Eh, hombre, vale más que no me ponga la mano encima!

El profesor se inclinó sobre el pupitre, agarró a Benson por la larga pelambrera que coronaba su cabeza, tiró del chico y lo arrojó contra el pasillo del otro lado. El puño derecho de Kramer se estampó en el rostro de Benson. La cabeza del muchacho salió despedida lateralmente. Lane vio el escupitajo que salió volando de su boca. El señor Kramer soltó el pelo y Benson se derrumbó de rodillas.

—Pide perdón a la señorita Dunbar.

—Come mierda, maricón.

—¡Sacúdale a modo! —exhortó un estudiante desde el fondo del aula.

Benson levantó la vista hacia el señor Kramer. Tal como estaba el rostro del chico, rojo y contorsionado, Lane pensó que Benson iba a romper a llorar. Con voz temblona, el muchacho amenazó:

—Se ha caído con todo el equipo. Me ha pegado, sarasa hijo de puta. Vaya encargarme de que le pongan de patitas en la calle.

El señor Kramer le agarró por la pechera de la camisa y le fulminó con la mirada mientras le zarandeaba.

—Pide disculpas a mi alumna.

—Está bien —dijo Lane, al tiempo que se ponía en pie—. Por favor. ¿No podemos olvidarlo?

—Dile que lo sientes, Benson.

—Vale, vale, lo siento.

—Díselo a ella.

Benson volvió la cara hacia Lane.

—Lo siento —articuló. La expresión del rostro indicaba que su mayor deseo era asesinarla.

—Muy bien —murmuró el señor Kramer—. Ahora sal de aquí y vete al infierno.

Empujó al chico, impulsándole hacia atrás, a la vez que le soltaba. Benson vaciló, dio un traspié con sus propias botas de motorista y fue a quedar tendido en el suelo.

Algunos estudiantes se echaron a reír, pero la mayoría contempló la escena en silencio.

Benson se levantó y corrió hacia la puerta de atrás.

—¡Lo vais a lamentar! —gritó, aguda y temblorosa la voz—. ¡Los dos lo vais a lamentar! ¡Ya lo veréis!

Luego salió disparado al pasillo.

En cuanto desapareció, Heidi se puso a batir palmas. El resto de la clase imitó su ejemplo y en cuestión de segundos una atronadora ovación resonó en el aula.

—¡Basta! —cortó el señor Kramer—. Todo el mundo en su sitio. —Se acercó a Lane. Le preguntó—: ¿Se encuentra bien?

La muchacha asintió.

—Me gustaría lavarme la cara.

—Tal vez deba ver a la enfermera.

—No, me encuentro bien. No estoy herida. De verdad. Sólo quiero lavarme la saliva. Si me diera permiso para ir al servicio...

—La acompañaré yo mismo, y luego me acercaré al despacho del director para decirle unas palabras acerca de nuestro amigo. —Se encaró con la clase y anunció—: Estaré

ausente unos minutos. Cojan sus libros y aprovechen el tiempo. Cuando vuelva, quiero encontrarlos a todos silenciosos y atareados. ¿Entendido?

Siguió a Lane al pasillo. La chica miró en uno y otro sentido. Ni el menor rastro de Benson, ni de nadie.

Uno junto a otro, caminaron hasta los aseos. Lane notaba las piernas débiles y temblequeantes.

—¿Qué es lo que le hizo saltar a Benson? —preguntó el señor Kramer.

—No lo sé. Le dije que lamentaba lo de Jessica, nada más. Intentaba ser amable con él y, de pronto, me agarró del brazo.

—A ciertas personas es mejor dejarlas en paz.

—Supongo que sí. Gracias por acudir a rescatarme.

—Lo que siento es no haber sido más rápido. Parece que nunca consigo llegar del todo a tiempo para ayudarla cuando está en apuros.

“Ah, sí —pensó Lane—. Mi caída”.

—Siento mucho seguir creándole problemas —se excusó.

—Nada de eso. Pero empiezo a preguntarme si no tendrá una tendencia o algo así a los accidentes.

—Nunca la tuve.

—Sólo le ocurre en mi clase, ¿eh? —Sonrió Kramer.

—Así parece.

Se detuvieron ante la doble puerta de los servicios femeninos.

—Aguardaré aquí mientras echa un vistazo ahí dentro.

—¿No pensará que Benson...?

—Nunca está de más tomar precauciones, Lane.

La joven empujó una de las puertas y entró. La atmósfera olía a humo rancio. Aunque el lugar parecía desierto, comprobó todos y cada uno de los departamentos. En la mitad de los inodoros, la última persona que los había utilizado no tiró de la cadena, todos los asientos estaban mojados, lo mismo que las baldosas del suelo, en torno a las tazas de los retretes. Pero Benson no acechaba allí. Un tanto disgustada, Lane volvió a la puerta y la abrió.

—Aquí no hay nadie, señor Kramer.

—Estupendo. Nos veremos luego en clase.

Mientras el hombre se alejaba, Lane dejó que la puerta se cerrase. Se llegó a un lavabo, abrió el grifo del agua caliente y se echó en la palma de la mano un poco de jabón líquido verde amarillento. Aunque tenía la cara seca, aún percibía el olor de la saliva de Benson. Procedió a lavarse.

“Seguro que no es mi día”, pensó.

El muy cerdo. ¿Por qué tenía que hacerle semejante cosa? Debí ser lo bastante sensata como para no dirigirle la palabra. Ahora querrá hacérmelas pasar fatal y lo que es peor, puede que el señor Kramer se vea en dificultades por haberle sentado las costuras.

Lane deseó haberse quedado en casa. De no haber ido al instituto, nada de lo que le pasó con Benson hubiera ocurrido. Incluso habría contado con una buena excusa para romper la cita de aquella noche. Debí quedarse en la cama y fingirse enferma.

Todo saldrá bien, trató de convencerse. Esto no es el fin del mundo y el señor Kramer era formidable.

Se secó con las toallas de papel. Cuando hubo terminado, observó a través del espejo que en torno a la boca, así como en la barbilla, la piel estaba un poco enrojecida. Sus ojos tenían una expresión extraña y aturdida. Sacudió la cabeza como si tratara de despertarse. Luego se metió la blusa por debajo de la cintura y abandonó los servicios.

Al llegar a la puerta del aula, miró adentro. El señor Kramer aún no había vuelto. Oyó sofocados murmullos y algunas risas. Parecía que todo el mundo se portaba con cierto comedimiento... o algo así. Pero Lane no quería entrar hasta que el profesor estuviera en clase. Todos la mirarían, le preguntarían, le brindarían comentarios. De modo que se apartó de la entrada y se recostó en una taquilla.

Por fin, el señor Kramer avanzó por el pasillo. Lane se irguió cuando el profesor se detuvo ante ella.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kramer.

—Sí. ¿Qué tal le fue en el despacho?

—Explicué la situación. Parece que a nuestro amigo Benson lo trasladarán a Pratt.

Pratt era la “escuela alternativa”, diseñada principalmente como una especie de reformatorio para alumnos con problemas de conducta crónicos.

—Dios, tengo la impresión de que todo ha sido culpa mía.

—Benson ya tenía un pie en la puerta de Pratt. Esto no ha hecho más que darle el empujoncito definitivo para que entre. Lo único que lamento es que haya tenido que ser usted una de sus víctimas. Me pone enfermo el que algo como esto le suceda a una criatura tan dulce como usted.

Aquellas palabras derramaron una cálida y agradable sensación por todo el organismo de Lane.

—Vamos —dijo Kramer—. Tengo una clase que dar.

Lane le siguió al interior del aula.

Cuando faltaba un minuto para que sonara el timbre anunciador del final de la clase, el señor Kramer leyó los nombres de los cuatro alumnos elegidos para acompañarle a la representación de Hamlet que iba a interpretarse en el Colegio Mayor de la ciudad.

—¿Están todos dispuestos a ir? —preguntó.

Los cuatro asintieron con la cabeza y murmuraron “Sí” y “Desde luego”.

—Muy bien. Jerry y Heidi —dijo el profesor a los que estaban en reserva—, parece que la suerte no les ha sido propicia. Lo siento. Tal vez haya otra oportunidad avanzado el curso. Quiero que los otros cuatro permanezcan en sus asientos un segundo, después de que suene el timbre, para explicarles el plan.

Concluyó la clase. Todos se marcharon, excepto Lane, George, Aaron y Sandra.

—Bien —dijo el señor Kramer—. El telón se levantará mañana por la noche a las ocho y media. Pasaré a recogerlos en mi coche a cada uno de ustedes, entre las siete y las ocho, de modo que anoten su dirección en un trozo de papel y entréguenmelo antes de salir. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué debemos ponernos? —quiso saber Sandra.

—Creo que chaqueta y corbata será lo apropiado para los chicos. En cuanto a las jovencitas, no se trata de un baile de fin de curso, pero me gustaría que fuesen más bien

elegantes. Al fin y al cabo, vamos a ser los representantes del instituto Buford. ¿Alguna cosa más?

No hubo más consultas.

Lane sacó su carpeta. Apuntó la dirección en una cuartilla y aguardó en su pupitre mientras los otros alumnos entregaban su papel al señor Kramer. Cuando se hubieron ido, Lane se acercó al profesor.

—Gracias —dijo el hombre, al tomar la cuartilla.

—¿Tiene algún trabajo para mí?

El señor Kramer sonrió mientras que negaba con la cabeza.

—Hoy es viernes, Lane. Así que ¿por qué no nos marchamos pronto? Además, con lo que Benson le ha hecho pasar, creo que estará deseando salir de aquí.

—Oh, ayudarle es un placer.

—Siempre nos queda la semana próxima, si tantas ganas tiene.

—¿Seguro que no desea que me quede?

—Seguro. Gracias, de todas formas.

—Bueno, pues permítame devolverle su libro de poesías.

—Lane regresó a su pupitre y se agachó para sacarlo del estante de debajo del asiento —. Mi padre leyó unos cuantos poemas —miró al profesor por encima del hombro—. No conocía a DePrey. Opina que los poemas tienen bastante elegancia e ingenio.

—Me alegra saberlo. Estoy deseando que llegue mañana por la noche para conocer a su padre.

Lane se enderezó, dio media vuelta y tendió el libro al profesor.

—Lo he leído entero.

—Espantoso. Confío en que no haya tenido pesadillas.

Lane sonrió.

—Ninguna, que recuerde.

—¿Por qué no recoge sus cosas? —propuso el señor Kramer—. Iré con usted hasta el aparcamiento. Estoy seguro de que hace un buen rato que se ha marchado Benson, pero...

—Nunca está de más tomar precauciones —le interrumpió Lane, repitiendo lo que el hombre había dicho delante de los aseos.

—Yo mismo no lo hubiera expresado mejor.

—Tengo que hacer un alto en mi taquilla —dijo Lane.

—No hay problema.

El señor Kramer tardó un momento en ponerse a punto de marcha.

—Todo arreglado —dijo finalmente, y salieron del aula. Por el pasillo aún quedaban varios alumnos, unos delante de las taquillas abiertas, otros charlando y riendo con sus amigos, otros camino de la salida. Lane deseó que se hubieran marchado todos, que el instituto estuviese desierto, que sólo quedasen allí el señor Kramer y ella.

Muy bien. ¿Y qué harías entonces, echarte en sus brazos?

Caminaron en silencio. Lane se estrujó el cerebro, buscando algo que decir: algo que obligara al señor Kramer a mirarla como una mujer, no como una alumna.

“Pregúntale sobre su vida amorosa, —pensó—, y pon los ojos en blanco. Cosa segura. Eso sería sutileza. Además, ¿y si es homosexual? Ni hablar. Imposible. El señor Kramer, no”.

Llegó a su taquilla.

—Es sólo un segundo —dijo.

—No hay prisa.

Se pasó los libros al brazo izquierdo y los sostuvo apretándoselos contra el pecho.

—Démelos, se los aguantaré...

—Ah, puedo...

—Aún no ha muerto la caballerosidad —dijo el señor Kramer.

Dejó la cartera en el suelo. Puso la mano izquierda en el fondo el montón de libros. Pasó la mano entre el volumen superior Y el seno de Lane. Al introducirse por allí, la tibieza de la mano atravesó la tela de la blusa. Uno de los nudillos rozó el pezón erecto. Lane experimentó un ramalazo de calor. Luego, la mano ya no estuvo allí.

La muchacha se volvió hacia el armario, inclinó la cabeza y procedió a marcar en el dial los números de la combinación del candado.

“¿Me ha tocado a propósito?”, se preguntó. No. Sólo fue accidental. Pero, desde luego, no había posibilidad alguna de que el señor Kramer ignorase lo que había rozado su mano.

Lane se equivocó con la combinación.

Volvió a equivocarse.

—¿Seguro que es ésta su taquilla?

—Sí. Es que no me concentro en lo que hago.

—Un día duro.

Lane le sonrió.

—Es la historia de mi vida. Cuando no me estoy cayendo de un taburete, me las arreglo para provocar a alguien y que me agrede.

Probó de nuevo con la combinación. Esa vez funcionó. Abrió la taquilla. El señor Kramer no la rozó cuando le devolvió los libros. Lane apartó algunos, retuvo otros y trató de concentrarse para determinar qué textos del armario necesitaría para hacer los deberes. Por último, cogió el macuto de los libros. Cuando lo tuvo lleno, ató la boca y cerró la taquilla. Cogió el macuto por las correas.

—¿Todo listo? —preguntó el señor Kramer, y recogió su cartera.

—Sí. Lamento haberme entretenido tanto.

—Le garantizo que en mi inmediato futuro no existe nada más importante ni placentero que la tarea de acompañar a una preciosa jovencita a su automóvil.

Lane se ruborizó.

—Apuesto a que lo hace con frecuencia —le sonrió Lane. Echó a andar junto a él.

—Si he de ser sincero, no tengo mucha vida social.

—Ah, vamos.

—Es cierto, me temo.

—Bueno... ¿qué hace en su tiempo libre?

—Leo. Voy al cine y al teatro.

—¿No..., no sale con nadie? —Lane hizo una mueca. No podía creer que hubiese formulado aquella pregunta.

—No —replicó él. La miró, y en seguida apartó la vista—. Estuve comprometido para casarme. Se llamaba Lonnie. Se parecía mucho a usted, Lane: encantadora,

inteligente, alegre, siempre dispuesta a ver en seguida el lado divertido de las cosas, a reírse de todo, incluso de sí misma. Pero... —Meneó vivamente la cabeza—. De cualquier modo, supongo que eso todavía sigue vivo.

—Lo siento.

Le hubiera gustado enterarse de lo que había ocurrido con Lonnie, pero no se atrevió a preguntar. Su interrogatorio puede que hubiese abierto ya una herida.

—Bueno —dijo el señor Kramer—. Creo que todos tenemos nuestra cruz que soportar.

Abrió la puerta de la calle, cedió el paso a Lane y luego la siguió.

La muchacha notó sobre el rostro los cálidos rayos del sol. Soplaba un áspero viento otoñal. Le agitó el pelo, hizo ondular la blusa, lanzó la falda contra sus piernas, la acarició. Lane respiró hondo, al tiempo que saboreaba la estupenda sensación de caminar junto al señor Kramer en una tarde así.

“Cree que soy como Lonnie —se dijo—. La mujer a la que amaba”.

—Es el Mustang rojo, ¿verdad? —preguntó el profesor cuando llegaron al aparcamiento.

Se volvió hacia él, sonriente, y el viento lanzó unos mechones de pelo sobre su rostro.

—¿Cómo lo sabe?

—Observo cosas —repuso el hombre.

Por el modo en que lo dijo, Lane se dio cuenta de que el señor Kramer tenía en la cabeza algo más que el automóvil. ¿Quería que ella comprendiese que había notado el contacto de su seno cuando se hizo cargo de los libros? ¿O quizá que estaba enterado de lo que Lane sentía por él? ¿Podía adivinar que se había enamorado de él?

“No estoy enamorada de él —se dijo Lane—. Santo Dios, es un profesor. Probablemente tiene diez años más que yo”.

“Claro que diez años tampoco es tanto —pensó—. Y dejará de ser profesor mío cuando me haya graduado”.

No sueñes, estúpida. No te engañes a ti misma. No le interesas.

Lane se detuvo al llegar a su automóvil. Sacó las llaves.

—Bueno —dijo el señor Kramer—. Me parece que, después de todo, no le hacía falta ningún guardaespaldas.

—A pesar de todo, me alegro de que me acompañase. Gracias. —Lane abrió la portezuela, arrojó el macuto de los libros en el asiento del otro lado y subió al coche. Mientras doblaba la persiana, dijo—: No se verá en dificultades por haber pegado a Benson, ¿verdad?

—Lo dudo. Se lo buscó él.

Lane se retorció y echó la doblada persiana de cartón en el asiento posterior. Luego dedicó una sonrisa al señor Kramer, a través de la abierta portezuela.

—¿Sabe una cosa? Va a ser usted toda una leyenda cuando se corra la voz de que le sacudió el polvo.

—Bien, eso sería una desdicha. Resulta vergonzoso que admiren a alguien porque llevó a cabo un acto violento. Preferiría con mucho que se me conociera como alguien sensible y preocupado por el bien general.

—Ya es ese alguien —dijo Lane—. Al menos, en lo que a mí concierne.

—Gracias, Lane.

Durante un buen rato, estuvo mirando al fondo de los ojos de la muchacha. Luego, cerró la portezuela.

Lane bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Quiere que le deje en alguna parte?

—Mi coche está en el aparcamiento de al lado.

—Puedo llevarle hasta él.

“¡Tonta! ¿No puedes ser un poco más clara?”

—No, gracias. Tómeselo con calma, ahora. La veré mañana por la noche.

—Vale. Adiós, señor Kramer.

Lane le estuvo mirando mientras se alejaba: el viento despeinaba su oscuro cabello y le ceñía la camisa a la espalda. Contempló la anchura de sus hombros, la curva de sus omoplatos, la forma en que la camisa se iba estrechando hasta la cintura. La tela se tensaba sobre su espalda. Al caminar, el bulto de las nalgas formaba relieves flexibles.

“También yo observo cosas”, pensó Lane.

Luego, el señor Kramer se perdió de vista detrás de un automóvil aparcado.

Lane introdujo la llave en la ignición.

Capítulo 31

Lane llamó, abrió la puerta y se asomó al estudio de su padre.

—Jim estará aquí dentro de un momento —anunció—. ¿Quieres salir y acosarle un poco?

—Le daré un toque a ese chico esta noche —dijo Larry, y pulsó una tecla que dejó en blanco la pantalla del monitor, mientras la muchacha entraba en la estancia.

—¿Escribiendo más porquerías de las tuyas?

—Sí.

Lane bajó el dedo hacia la tecla de “Re Pág”, que llevaba al principio de la página anterior.

—¡Ajá!

Larry le apartó el dedo de un manotazo.

—Venga, venga. Ya soy mayorcita.

Larry la miró, sonriente. Pero, en seguida, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Sí, papá.

—Hablo en serio. No estoy muy seguro de que debas salir esta noche, con ese tal Benson suelto por ahí y todo lo demás.

—Esto no es ninguno de tus libros, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Es la vida real, y eso es peor. Mira lo que le pasó a esa chica, a Jessica.

—Benson no lo hizo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Bueno, la policía le dejó en libertad.

—La policía a veces comete errores, cariño. Pero incluso aunque no tenga nada que ver con eso, hoy se mostró violento en clase. Y te amenazó. De modo que no pretendas que todo va bien. Quiero que vayas con mucho cuidado.

—Iré. Y tampoco es como si anduviera sola. Nadie va a atacarme estando con Betty.

Larry se echó a reír.

—¡Infecto!

—Lo he heredado de ti, junto con mis alergias.

Lane oyó el timbre de la puerta.

—Ya está aquí —dijo. Se inclinó sobre su padre y le dio un beso—. Nos veremos luego.

—Que te diviertas. Y haz caso de lo que te he dicho, mantén los ojos abiertos.

—Vale —repuso la chica, mientras se alejaba—. ¡Adiós!

Cerró la puerta y entró corriendo en la sala de estar. Jim hablaba con Jean. Sonrió a Lane. Estaba guapo con su camisa de gamuza color castaño, sus pantalones de pana y sus zapatillas deportivas. La muchacha se alegró de verle, a pesar de sus constantes peloterías.

—¡Hola! —saludó.

—Lane —articuló Jim. Un tono rojizo coloreó su rostro. La chica se preguntó a qué se debería. Jim no era un chico que se ruborizase a menudo—. Estás preciosa.

—Gracias —dijo ella.

Si Jim se sentía decepcionado, no lo daba a entender. Pero Lane sabía que no era posible que estuviese muy satisfecho, dado que ella se había puesto unos vaqueros azules ajustados, en vez de falda, y un jersey con cuello en uve encima de la blusa.

Lane besó a su madre.

—Que lo paséis bien —dijo Jean—. Y no andéis por ahí hasta muy tarde.

—Haremos lo primero y no haremos lo segundo —respondió Lane.

La madre meneó la cabeza y elevó los ojos al cielo.

—Buenas noches, señora Dunbar —deseó Jim.

La mujer le dio las gracias. Cuando cruzaban el patio, Lane oyó el golpe de la puerta frontal al cerrarse. Volvió la cabeza. La luz del porche se había encendido para inundar la entrada de claridad amarilla.

El coche de Jim estaba estacionado junto al bordillo de la acera. Abrió la portezuela para que subiese Lane, después pasó por delante del vehículo y se acomodó tras el volante. Introdujo la llave en la cerradura de ignición, pero no puso el motor en marcha. Se volvió hacia Lane.

—Tienes un aspecto tremendo —dijo.

—Me figuré que haría demasiado fresco para llevar falda.

—Eso está bien. —Jim guardó silencio durante unos segundos. Después preguntó—: ¿Te lo has puesto?

—¿Ponerme qué?

—Ya lo sabes.

Lane sonrió.

—¿No eras tú el lince capaz de distinguir esa clase de cosas a dos kilómetros de distancia?

—Sí. Pero el jersey...

Alargó el brazo. La mano se curvó en torno a la nuca de Lane. La chica se inclinó a través del asiento, se encaró con Jim y le besó. La mano de la nuca ascendió un poco, los dedos se entrelazaron con la cabellera y, obligando a la cabeza a acercarse, Jim oprimió con más fuerza sus labios contra la boca de Lane. La otra mano se cerró sobre el seno derecho.

—Sí —dijo Jim, dentro de la boca de Lane.

—¿Contento?

—Sí.

No tenía nada que ver con el roce suave y accidental de la mano del señor Kramer. Jim se cebó con aquel pecho, por encima del jersey y de la blusa. La lengua exploró la boca de la muchacha. Los dedos apretaron el pezón. El dolor hizo contraerse a Lane. Apartó la mano de Jim y liberó la boca.

—Ya vale —susurró—. Vamos. Tenemos que recoger a los demás.

—Sí, está bien. Mierda.

—Prometiste ser bueno —le recordó.

—Lo sé. Espera y verás. Te quiero mucho, Lane.

—Al menos, a mis tetas, ¿eh?

Vaya ordinariez que se te ha ocurrido soltar, comprendió Lane. Si hay quien se convierte en maníaco sexual, Jim tampoco puede evitar reaccionar como lo hace. Al fin y al cabo, es un adolescente calentón.

—Adoro todo lo tuyo —dijo Jim, sin que su voz denotara que se sentía ofendido por el comentario de Lane—. Y me gustaría besarte en todas tus partes.

—Vamos, hombre. Calma tus ardores, ¿vale?

—Ya está, ya los he calmado —afirmó Jim, y puso el coche en marcha.

Lane se ajustó el cinturón de seguridad. Mientras Jim conducía, le fue indicando el camino al domicilio de Betty.

—Henry también estará allí —añadió Lane.

—No puedo contener la impaciencia.

—Prometiste...

—Soy hombre de palabra —confirmó Jim—. ¿Vamos a sentarnos con ellos en el cine?

—Sí.

—Dios mío, las cosas que hago por ti.

—Merezco la pena, ¿no?

—Sabes que sí.

Jim alargó la mano y oprimió el muslo de la chica. La mano continuó allí, acariciando la pierna a través de la tela de los pantalones. Una sensación agradable. Pero, cuando Jim la subió muslo arriba, Lane la guió de nuevo hacia la rodilla.

—Repórtate —dijo—. Y tuerce a la izquierda.

Jim dobló la esquina para avanzar por la calle de Betty y Lane vio a sus dos amigos de pie, juntos delante de la casa móvil.

—Vamos a por nada —murmuró Jim. Detuvo el coche.

Lane se retorció en el asiento y abrió la portezuela de atrás para la otra pareja.

—Saludos, buena gente —dijo Henry, y subió al vehículo—. James, Lane. Suena a pintoresca vía pública de Londres. James Lane. Callejón de James.

—Hola, muchachos —dijo Betty, colándose con grandes dificultades en el coche.

—Hola —correspondió Jim. Su voz sonó bastante simpática.

—¿Estáis bien? —se interesó Lane, vuelta la cabeza hacia ellos.

—Nos encontramos estupendamente —repuso Betty—. ¿Y tú?

—De miedo.

—¿En serio?

—Sí —insistió Lane.

—¿Por qué no iba a estar bien? —quiso saber Jim, en tono un poco fastidiado, mientras accionaba el volante para girar en redondo.

—Ah, pues, no sé. A menos que tenga eso algo que ver con un tal Riley Benson.

A Lane se le puso la piel como un tomate.

—¿Qué pasa con Benson? —preguntó Jim.

—Oh, nada. Sólo que hoy tiró a Lane de la silla en la clase de inglés y le soltó un escupitajo en la cara.

—¿Qué? —saltó Jim.

—Por Cristo, Betty.

—Eso es lo que me contó Heidi, y ella estaba allí.

—¿De verdad te escupió? —preguntó Henry. Parecía preocupado.

—Sí.

—¿Benson te escupió?

—No tiene importancia —quitó hierro Lane.

Supo desde el principio que, tarde o temprano, todo el mundo iba a enterarse de aquello. Pero hubiera preferido que no fuese tan pronto.

—¡Mataré a ese mamón soplapollos!

—Te echaré una mano —se ofreció Henry.

—El señor Kramer ya le sacudió un buen puñetazo —explicó Lane—. Y lo van a enviar a Pratt.

—¡Yo enviaré a ese hijo puta al infierno!

—Tómatelo con calma, Jim. ¿Vale? Dios mío, acaban de asesinar a su novia. Las está pasando canutas.

—Se las haré pasar mucho más canutas todavía...

—No hay razón para que te pongas en plan de buena samaritana —le dijo Henry a Lane—. Ese chico es basura. Siempre lo ha sido.

—Exacto —corroboró Betty—. Ya era una asquerosa mierda antes de que a Jessica le cancelasen el billete.

—Mirad —dijo Lane—. Soy la parte afectada y me gustaría olvidarlo, ¿conforme? Se ha terminado. Pasó. ¿Por qué no cambiamos de conversación y procuramos divertirnos?

—A ese tío me lo cargo —siguió Jim en sus trece.

—¡Cállate! —ordenó Lane.

Jim se calló.

Hubo un largo silencio.

Por último, Lane manifestó:

—Supongo que tengo mucha suerte al contar con amigos como vosotros. No quiero que nadie trate de arrearle a Benson por culpa mía, pero es muy bonito saber que todos me apreciáis lo suficiente como para escarmentarle.

—Le escarmentaré a modo —dijo Jim.

—¡Eh!

—Está bien, está bien. No le haré nada.

—Además —señaló Henry—, a Benson probablemente le encantaría una trifulca. Estaría en su elemento.

—Hen —dijo Jim—. Empiezas a caerme bien.

—A mí tampoco me caes mal tú.

—El plasta y el pelmazo —dijo Betty—. Vaya par de dos.

—Vosotras también formáis una parejita de alivio —manifestó Henry, y algo debió de hacerle a Betty, cuando ésta soltó un chillido.

Jim volvió la cabeza y sonrió.

—No apartes los ojos de la carretera —avisó Lane.

—¡No te...! —gritó Betty—. ¡Ufff!

—Vamos, yo no te hice daño.

—Yo tampoco.

—Pero esto sí que puede...

—¡Ni se te ocurra! —chilló Betty. Emitió después una risita.

—¿Seguís divirtiándoos?

—¡No! ¡Sí! ¡No, basta ya!

—Espero que no os portéis así en el cine —dijo Lane—. Nos echarían a patadas.

—Oh, seremos un modelo de decoro —le aseguró Henry. Betty dejó escapar un gritito de dolor. A continuación, sonó el chasquido de una bofetada.

—¡Ay! —exclamó Henry—. No tenías por qué arrearme ese guantazo.

—¿Quieres otro, cuatro ojos?

Jim miró a Lane y sacudió la cabeza.

La idea de que se sentaran en la última fila del cine fue de Henry.

—Así —explicó—, uno no tiene que preocuparse de a quién tienes detrás.

—El pelanas este no se sentará en ningún otro sitio —dijo Betty, en tanto seguía a Lane dentro de la fila. Al ocupar el asiento, añadió—: Es un paranoico.

Henry se inclinó por encima de Betty, hacia Lane, y preguntó:

—¿Has leído *Telones*?

—¿El libro de mi padre? Sí.

—¿Recuerdas que había un lunático que se sentaba en el cine y degollaba a las personas que tenía delante? Es algo que a uno le hace pensar, ¿sabes?

—A mí me hace pensar que no deberías leer esa clase de libros —le dijo Lane.

—Vale más tener a tu espalda una pared que un desconocido. Uno nunca sabe. Hasta que es demasiado tarde.

—Olvidame —murmuró Betty.

—Puede que nos olvidemos todos. Pero me tendréis que estar agradecidos cuando nadie os haga un tajo en la yugular.

Se apagaron las luces de la sala y en la pantalla empezaron a desfilar los *trailers* de los próximos filmes.

—¿Quieres? —susurró Betty, al tiempo que acercaba a Lane el bote de palomitas de maíz.

—No, gracias.

Aunque su olor era apetitoso, las palomitas iban a darle sed y no tenía nada a mano que beber. Jim y ella habían decidido esperar el descanso antes de tomar algo.

Jim le pasó un brazo por los hombros. Mientras el muchacho le acariciaba la parte superior del brazo, Lane se arrimó a él. Jim intentó pasarle la mano por debajo del brazo, pero Lane la inmovilizó contra su costado.

—Nada de propasarse —susurró—, o cambiaré la butaca con Betty.

—Cualquier cosa menos eso —repuso Jim. Pasó los labios por la sien de Lane, y luego volvió la cara hacia la pantalla.

Al cabo de diez minutos de proyección de la película base, dejó de acariciar el brazo de Lane. La cinta se titulaba *Persecución en la noche* y el argumento iba de una joven a la que acosaba por el bosque un asesino armado hasta los dientes. A Jim parecía fascinarle. La heroína era una belleza impresionante y corría entre los árboles con la ropa hecha jirones. Lane supuso que eso tenía algo que ver con el modo en que la atención de Jim estaba prendida de la pantalla. Pero la verdad es que la tensión era alucinante. Jim no

tardó en quitar el brazo de encima de los hombros de Lane y permanecer quieto, derecho en la butaca. Al cambiar de postura en el asiento, Lane observó que Betty había dejado de comer palomitas, aunque el recipiente aún estaba medio lleno. La mirada de Lane fue más allá de Betty, hasta Henry. El muchacho tenía la vista atornillada a la pantalla, cuyo resplandor reflejaban los cristales de sus gafas. Betty dejó escapar un jadeo y Lane volvió a poner los ojos en la película.

Pareció acabar en un vuelo. Cuando se encendieron las luces, Jim dirigió a Lane una mirada como si lo hubiesen arrastrado fuera de aquel ámbito.

—Bastante aceptable —dijo Lane su veredicto.

—Hombre...

—¿No fue tope formidable? —comentó Henry.

—Debió de serlo —dijo Lane—. Betty ni siquiera pudo acabarse las palomitas.

—Un pequeño despiste —justificó Betty y, para compensado, se puso un puñado en la boca. Se dirigió a Henry con voz sofocada—: También tengo sitio para un perrito caliente.

Henry y Jim salieron al bar del vestíbulo, en busca de las consumiciones. Volvieron, cargados los brazos, en el momento en que se apagaban las luces. Lane tomó la Pepsi y los trozos de torta mexicana, llamados nachos, que llevaba Jim. El muchacho se sentó junto a ella.

Lane se inclinó hacia Jim para preguntarle en un murmullo:

—¿Qué tal te llevas con Henry?

—Para ser un tarado, no es mal chico.

Lane le propinó un suave codazo en el costado. El envoltorio de una paja pasó volando por delante de la cara de Lane y fue a aterrizar sobre el hombro más alejado de Jim. Lane sonrió a Henry.

—Lo siento —se excusó el chico—. Fallé el blanco.

—Pretendía darme en el ojo —explicó Betty.

Al empezar la película, Lane sostuvo el recipiente de plástico de su refresco entre las rodillas y hundió la paja a través de la X de la tapadera. Tomó un sorbo. Se dispuso a comer los nachos, encorvada hacia adelante y manteniendo el plato de cartón bajo la barbilla, con todo el cuidado del mundo para evitar que alguna gota de queso fundido cayera sobre el jersey blanco.

Desde las primeras escenas, resultó evidente que la otra película, *El baile de los zombies*, era un rollo. Henry empezó a hacer comentarios sobre ella. Una vez Jim dio cuenta de sus nachos, atrajo a Lane hacia sí. La acarició en el brazo y la besó en las mejillas, mientras la chica trataba de acabar los últimos bocados.

—Atiende a la película —susurró.

—Es de vómito —respondió Jim, y la besó en el rabillo del ojo.

Lane le puso en la boca el último trozo de nacho.

—Toma, y no lo vomites.

Mientras Jim lo masticaba, Lane levantó la Pepsi de entre las piernas y se inundó la boca con un buche de soda fresca. No esperaba el asalto de la otra mano de Jim. Hasta entonces esa mano había estado descansando en el brazo de la butaca: Pero, de súbito, se lanzó en picado para presionar la entrepierna de Lane, por encima de los vaqueros. La

chica dio un respingo y casi se ahogó con la Pepsi. El trago que acababa de tomar volvió a subírsele por la garganta, salió en rociada por la boca, ascendió abrasador por los conductos nasales y luego le brotó por la nariz. Lane arrojó el bote al suelo y se cubrió la cara con las manos para cortar aquel desastre.

Jim le dio palmadas en la espalda mientras Lane tosía.

—Jesús, chica— dijo Betty, y se unió al palmeo de Jim.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Henry—. ¿Qué ha pasado?

Por fin, Lane pudo respirar de nuevo. Se secó las lágrimas de los ojos. Se pasó por el rostro una servilleta que le proporcionó Betty. Notaba húmedas las perneras de los pantalones y la parte delantera del jersey.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Henry.

—Bajó por donde no debía —murmuró Lane—. Voy a los servicios.

Sin una sola mirada a Jim, pasó por delante de Betty y Henry, rozándoles las rodillas. Salió al pasillo y luego empujó las puertas batientes que daban al vestíbulo.

En los aseos, usó húmedas toallas de papel para limpiarse el rocío de manchas del jersey.

“Es la segunda vez, hoy —pensó—. Primero, Benson. Ahora, Jim. Me paso la mitad de la vida limpiando lo que me ensucian esos desgraciados”.

¿Por qué tuvo que hacer una cosa así?

Porque yo tenía las manos ocupadas, por eso. Se figuró que podía meterme mano cuando a mí me era imposible impedirselo. Maldito hijo de Satanás.

Entró Betty.

—¿Estás bien?

—No. Y no pienso volver a la sala.

—¿Que ocurre?

—Jim. El muy bastardo.

—¿Que hizo?

—No importa. Voy a llamar a mi padre para que venga a buscarme.

—Bueno, Jim está esperando ahí fuera, junto a la puerta.

—¿Sí?

Lane hizo una bola con las toallas de papel, la arrojó al cubo de los desperdicios y abrió la puerta con el hombro. Por unos centímetros no alcanzó la hoja de madera a Jim. Henry estaba a dos pasos, con la mirada en el suelo, como si le resultase violento participar en todo aquello.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Jim, fruncidas las cejas, preocupado.

—¿A ti qué te parece?

—Lo siento. Jesús, Lane. No pretendía que te atragantases.

—Sí, claro.

—Lo siento.

Lane se alejó de él y anduvo a largas zancadas hacia el par de teléfonos públicos situados junto a la fuente de agua potable. Jim corrió tras ella.

—Eh, ¿qué estás haciendo?

—Llamo a mi casa. Vuelve ahí dentro y disfruta de la película.

—Eh, venga.

—Piérdete.

—No hice nada.

—Muy bien.

Lane buscó en el interior de su bolso monedas para el teléfono.

—No tienes por qué llamar a nadie —dijo Jim—. Te llevaré a casa, si es eso lo que quieres.

—Yo estoy lista —informó Betty.

—Yo también. De todas formas, esa peli apesta —dijo Henry.

—¿Qué opinas? —preguntó Jim a Lane.

—Está bien, murmuró ella pero guarda tus manos de mierda para ti mismo. Jim hizo muecas.

—Que fue lo que le hiciste?, —preguntó Henry.

—Cual es el problema aquí? —dijo el encargado, acercándose

—Apenas nos estamos yendo, —dijo Jim.

Se apresuraron hacia las puertas de salida. Henry a la cabeza, le dirigía a Jim furiosas miradas. Mantuvo abiertas las puertas para el grupo. Afuera, asió a Jim por el brazo.

—¿Que le hiciste a Lane, asqueroso?

—No me toques, cuatroojos.

—Henry! Aléjate de él, —dijo Lane.

—Mejor que hagas lo que dice, antes que te patee el culo.

—¿A sí?, —dijo Betty. Mientras trataba de alejar a Henry, aferró el brazo de Jim. He barrido el piso con tipos mas duros que tú.

Aprovechando, Lane lo golpeó con el pie duramente en el trasero. Gritando, Jim se quedó rígido, liberado su brazo del apretón de Henry. Comenzó a saltar hacia arriba y hacia abajo como si eso ayudara de alguna manera al dolor. Dió vuelta alrededor mientras saltaba. Su cara estaba rojo brillante debajo de las farolas. “Eso dolió!” gritó, con voz aguda y acusadora. “Esa era la idea. Si quieres pegarle a alguien, ¿porqué no intentas conmigo?. ¿Mejor todavía, por qué no haces equipo con Riley Benson? No eres mejor que él. Quizás los dos quisieran intentar conmigo.”

—¿A sí?, bueno que te jodan.

—No en tu vida.

—Si crees que voy a olvidar esto...

—Seguro que no. Hazme un favor y piérdete.

—Si y tú y tus amigos majaderos pueden caminar, a ver si les gusta.

—Estaremos bien, gracias.

—¿Quien te necesita? Eres un dolor en el culo

—Literalmente, —dijo Henry.

Jim desapareció alrededor de la esquina junto a sus amigos, Lane dijo:

—Caminemos hacia Antonio's y consigamos una pizza. Luego telefonaré a papá o a mamá para que nos recojan.

—Espectacular.

Comenzaron a caminar. Lane, caminando entre Henry y Betty, puso sus brazos a través de sus espaldas. “Estuviste grandioso,” dijo a Henry

—El muermo enseñó los dientes —convino Betty.

—Nuestro Henry no es ningún muermo.

Henry sonrió de oreja a oreja.

—Casi lograste que te sobaran el hocico —le dijo Betty.

—Desde luego, fue una patada de campeonato —dijo Henry—. Un poco más fuerte y le pones el culo en la boca. Lane se echó a reír.

—Bueno, lo intenté.

—¿Visteis la cara que puso? —preguntó Betty—. Para mí que ese cabroncete no sabía si cagar o mosquearse.

—Seguro que coge un buen mosqueo cuando intente cagar —subrayó Henry—. Espectacular. ¿Por qué no pruebas a meterte en el equipo de fútbol?

—De cualquier modo —dijo Lane—, se acabó. Hace tiempo que tenía que haber despachado a ese desgraciado.

—No será porque no te lo hayamos dicho montones de veces —le recordó Betty.

—Me cuesta aprender.

—Sea como fuere, tienes suerte de haberte quitado de en medio a esa basura de tío —opinó Henry.

—Sí. —Esperaron a que pasara un automóvil para bajar de la acera y cruzar la calzada—. Aunque tampoco era tan mal chico. A veces, hasta podía comportarse... —se le formó en la garganta un nudo repentino. Y las lágrimas afluyeron a sus ojos—, hasta podía comportarse decentemente —acabó con voz temblorosa.

Betty le frotó la espalda.

—Eh, no se hunde el mundo. Estás mucho mejor sin él.

—Ya lo sé. Ya lo sé.

—Si alguna vez te sientes desesperada —dijo Henry—, siempre me tendrás a mí.

—¿Por qué no te mueres, recorte de maternidad?

—No era más que una sugerencia.

Lane los apretó a ambos contra sus costados.

—Dejadlo ya, antes de que empiece a daros patadas en el culo.

Capítulo 32

—¿Quieres hablar del asunto? —preguntó Larry, cuando dejaron a Henry y a Betty.

Derrumbada en el asiento contiguo, cruzada de brazos, Lane volvió la cabeza para mirar a su padre.

—Le sacudí a Jim una patada en el trasero —dijo—. Así que nos aconsejó que volviéramos a casa andando.

—¿Le diste una patada?

—No creerías lo que me hizo.

—Ah, puede que sí.

—Menudos cerdos son los chicos.

—Gracias.

—Túuuuu, no. Pero hablo en serio. Lo único que quieren es magrear, magrear y magrear. Tienen el cerebro lleno de sexo.

—Y tú, no, ¿eh?

—Yo no voy por ahí agarrando... sus partes íntimas.

—Pues no sabes lo que me alegro.

—Tú no eras así, ¿verdad? De joven.

Larry pensó que menos mal que dentro del coche no había luz suficiente para que Lane viera cómo se le enrojecía el rostro. Estaba en su estudio, con la puerta cerrada, cuando Lane telefoneó desde la *pizzeria*. Contemplando las fotos de Bonnie. Rememorando todos los detalles de su sueño. Suspirando por ella. Una muchacha que tendría aproximadamente la misma edad que Lane. Que incluso se parecía mucho a ella.

—Me temo que todo adolescente tiene el cerebro lleno de sexo —dijo.

—Pero tú no ibas siempre por ahí metiendo mano en las partes de las chicas, ¿verdad?

—¿Cuando tenía tu edad? No. A veces, salía con alguna pero no sentía ningún interés especial por las chicas con las que iba. De modo que tampoco intentaba darme con ellas lo que se llama una fiesta.

—¿No te interesaban las chicas con las que salías?

—Estamos hablando de mi época de instituto, ¿no?

—Sí.

—Bueno, por entonces, no. No gran cosa. Sólo salía fundamentalmente con perros.

—¡Papá! Eso suena mucho más chocante que divertido.

—Es cierto. Y maldita la gracia que me hacían las pulgas, así que...

—De verdad, no está bien que me tomes el pelo.

—Vale, vale. ¿En serio? Yo no era precisamente guapo ni apuesto y tú lo sabes. De modo que nunca intenté ligarme a ninguna de las chavalas que en mi opinión merecían la pena. Me aterraban. Si una chica tenía el palmito y la figura que tienes tú, pongo por caso, me limitaba a admirarla de lejos y quizás a hacerme alguna ilusión que otra. Pero seguro que no le pedía que saliese conmigo.

—Jesús, papá.

—Extraño, ¿verdad? Y ahora tengo en casa una moza tan guapetona como aquéllas. Miró a Lane y sonrió. La chica meneó la cabeza. Después le palmeó en el hombro.

—Yo hubiera salido contigo.

—Lo cual hubiera sido lamentable.

—Ni hablar. Me juego algo a que te habrías portado como un perfecto caballero.

—¡Como un maníaco sexual loco de lujuria!

Larry disparó la mano por debajo del brazo de Lane y pinchó con los dedos el sobaco de la muchacha.

—¡No! —gritó ella.

Al mismo tiempo, soltó una risita, bajó el brazo de golpe retorció el cuerpo y se liberó la mano, la llevó por debajo del codo de Lane y le hizo cosquillas en el costado.

—¡Papá! ¡Basta!

Larry volvió a poner la mano en el volante. Cuando aminoró la marcha y condujo el automóvil hacia el bordillo, delante de la casa, Lane le cogió por el costado y clavó allí los dedos.

—¡No hagas eso! —protestó el hombre, imitándola y echándose a reír—. Por favor. ¡Basta!

Revolviéndose mientras ella le hacía cosquillas, Larry apagó el motor. Luego cogió el antebrazo de Lane y le arremangó el jersey.

—La marca india —anunció.

—¡No! —jadeó Lane, sin aliento, pero riendo—. ¡No se te ocurra! ¡Se lo diré a mamá!

—Chivata.

Le aplicó la marca india. Suavemente. Después la soltó.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer?

—¡Ah, sí! ¿Quieres que te deje bien señalada?

—Creo que pasaré, gracias —dijo la chica. Le palmeó el brazo—. Quizás en otro momento. Quizás...

Súbitamente, agarró con las dos manos el antebrazo de Larry y le retorció la carne.

—¡Aaaaayyyyyy!

—Eso te servirá de escarmiento, tipo duro.

Entre risas, Lane se precipitó a la portezuela y se apeó del vehículo. Corrió hacia la casa. Pero, en vez de utilizar la llave y entrar, aguardó en el porche.

Larry se frotó el brazo mientras se acercaba a la muchacha. Le escocía.

—No te habré hecho daño, ¿verdad? —preguntó Lane.

—Sobreviviré. Con un poco de suerte.

Lane le tendió un brazo.

—¿Quieres pagarme con la misma moneda?

—No.

—Venga. Me sentiré mejor si quedamos en paz.

—Te pondrás a berrear y despertarás a tu madre —dijo Larry.

Abrió la puerta y entraron en la casa sin hacer ruido. Lane miró hacia el sofá.

—¿Dónde está?

—En la cama.

—Ajá. ¡Cielos! Espero no haber interrumpido nada cuando telefoneé.

Tras quejarse de que sufría un terrible dolor de cabeza, Jean se había ido a la cama casi una hora antes de que se produjera la llamada, brindando así a Larry la oportunidad de quedarse a solas con las fotografías de Bonnie.

—Nunca lo sabrás —dijo.

—Jo, jo, jo.

—En fin, es hora de que me vaya a planchar el colchón.

—Y para que yo me deje caer por la ducha —añadió Lane. —¿No te diste un baño antes de cenar?

Se desvaneció la sonrisa de la chica.

—Me siento sucia.

—Ah.

—Sí. Todo eso...

Apretó los labios. Empezó a temblarle la barbilla y las lágrimas brillaron en sus ojos.

Se tensó repentinamente la garganta de Larry.

—Lo siento, cariño.

Lane le rodeó con los brazos y se apretó contra él.

—¿Por qué... tienen que complicarse tanto las cosas?

—No lo sé. Es la vida, supongo.

—La vida es algo perro, y luego te mueres.

—No digas eso, tesoro —susurró Larry—. Todo acabará arreglándose.

—Sí, seguro.

—Jim no es el único chico del mundo. Espera y verás. Un día de éstos, tropezarás con algún tipo que te va a sorber el seso y te colarás por él.

—Un buen sistema para romperte el espinazo —murmuró Lane sobre la parte lateral del cuello de su padre. Aflojó el abrazo y le dio un beso en la mejilla—. De todas formas, gracias.

Se retiró y se secó las lágrimas de los ojos con la manga del jersey.

—Te encontrarás mejor por la mañana —aseguró Larry.

—Por lo menos hasta que me despierte.

Larry se estiró entre las sábanas de su cama. Su contacto era fresco y agradable.

—¿Ha vuelto Lane? —preguntó Jean en tono ronco.

—Sí.

La mujer suspiró y, al parecer, volvió a dormirse. Larry escuchó su respiración lenta y profunda. No tardó en oír el rumor ventoso de la ducha.

Se preguntó si Lane se iría derecha a la cama cuando hubiese terminado.

“No te hace falta mirar otra vez esas fotos —se dijo—. Duérmete y olvídalas”.

¿Y si Lane te sorprende mirándolas? Una muchacha de su edad. Una joven muerta, para más inri. Creerá que no eres mejor que Jim. Peor. Menudos cerdos son los chicos. Incluido papá.

Limítate a explicarle que estás escribiendo un libro acerca de ella. La asesinaron, y mañana...

Mañana.

Larry se había esforzado, desde el almuerzo, en apartar aquello de su mente. Cada vez que pensaba en volver a Llano de la Artemisa, se apoderaba de él una abrumadora sensación de vértigo. Ahora volvía a atacarle. Se quitó de encima la sábana y la manta.

¿Anular la excursión?

¿Y qué le dices a Pete? Lo siento, he cambiado de idea.

Muy bien.

Tenemos que llegar hasta el final.

¿Y si encontramos a Uriah?

No le encontraremos. Hemos estado allí dos veces y no apareció por ninguna parte.

Acaso en tales ocasiones estaba ausente. Pudo haberse ido a dar un paseo por el desierto. A matar coyotes.

O quizás estaba allí, escondido, espiándonos. Espantoso.

“Ahora no lograré conciliar el sueño”, pensó.

Piensa en algo agradable. Piensa en Bonnie.

¡No! Tengo que dejar de pensar en Bonnie. Es una locura.

Es una equivocación.

Se apagó el ruido de la ducha.

Lane había terminado. “Concédele quince minutos —pensó—, para asegurarte de que se ha dormido. Luego podrás sacar las fotografías sin peligro”.

De todas formas, tampoco puedo dormir, así que... No.

Además, ¿qué pasa? Está muerta. No va a volver. Puede que sí. Cuando arranquemos la estaca.

Mierda.

Pero, ¿y si vuelve?

No volverá. Los vampiros no existen.

—Tira de la estaca y averígualo —dijo Bonnie, suave e incitante la voz en el cerebro de Larry.

—Te gustaría eso, ¿verdad? —respondió él.

—Mucho.

—Supongo que puede solucionarse.

Se puso a horcajadas sobre el ataúd y le sonrió.

Era desconcertante. Aún no había arrancado la estaca, pero ella estaba viva ya, desnuda y hermosa. Y le hablaba.

—¿Cómo es que ya estás viva? —preguntó Larry.

Ella le dirigió una sonrisa juguetona.

—Magia de vampira.

—¿De modo que eres una vampira?

—Nunca dije que no lo fuera.

—No sé.

—Me quieres, ¿verdad?

La mano se levantó desde el interior del ataúd y le acarició.

—No es tan sencillo como eso, Bonnie.

—Me deseas, ¿verdad?

—Pero si realmente eres una vampira...

Bonnie alzó las piernas, las separó y enganchó las rodillas a cada uno de los lados del féretro.

—Me deseas —afirmó.

—Lo sé, pero...

—Y yo te quiero. —Bonnie se llevó las manos a los pechos, se los acarició, se los oprimió—. Arranca la estaca y seré tuya.

Larry no quería arrancar la estaca. Anhelaba a Bonnie, pero ella había reconocido tácitamente que era una vampira. Si la liberaba, ¿qué haría?

—No me alimentaré de ti ni de nadie de tu familia—dijo Bonnie, como si leyera en su cerebro.

—¿Como voy a saberlo?

—Confía en mí. Arráncala.

Se alzó entonces la cabeza de Bonnie. Abandonó el fondo del ataúd. Mientras se retorció y se frotaba los senos, el cuello se alargó. Esbelto, blanco, curvado hacia adelante. La cabeza descendió hasta la saliente estaca. Apareció la lengua, larga, rosada, goteante. Se envolvió alrededor de la estaca. Resbaló hasta el punto donde la madera se hundía en el pecho. Con la mejilla apoyada en la tersa piel, encima de los senos, Bonnie alzó la vista para mirar a Larry y sonrió.

—Arráncala —dijo en tono apremiante. Pese a tener la lengua extendida en toda su longitud, se las arregló para hablar.

Sin aliento, con el corazón retumbándole, Larry contemplaba la escena.

La lengua de Bonnie, enrollada en la estaca, fue ascendiendo. Le siguió la cabeza. La lengua se retiró a su lugar dentro de la boca. Entonces, los labios se abrieron al máximo y la boca bajó hasta aplicarse al extremo romo de la estaca. Empezó a absorberla.

“Va a chupar para extraérsela del pecho”, pensó Larry. Si lo hace ella, bien está. Mientras no sea yo...

—¡Apártese! —tronó una voz.

La cabeza de Bonnie se alzó bruscamente, la saliva se escurría por el mentón y los ojos brillaban furiosos. Con su largo cuello, le recordó a Larry una cobra que irguiera su cuerpo al conjuro de la melodía del encantador de serpientes. La mirada de Bonnie giró hacia el lugar de donde procedía la voz.

Larry también dirigió la vista hacia allí.

El desconocido llevaba el hábito oscuro de un monje. La capucha le caía sobre el rostro, ocultándoselo.

—¿Uriah? —preguntó Larry.

—No se deje engañar por la perversa —advirtió el extraño.

—Mátale, Larry —pidió Bonnie, en tono bajo y calmoso, persuasivo—. Es Uriah, desde luego. El que me hizo esto.

—¡Regresa al infierno, demonio!

—Está loco —dijo Bonnie. Su voz sonaba distante. Y distinta. No tenía nada embaucador ni malicioso. Se parecía mucho a la de Lane. Larry notó una enorme opresión en el pecho—. Me asesinó. Y me duele. Me duele mucho.

Larry apartó la mirada del desconocido.

El ataúd estaba ahora vacío.

Durante unos segundos, Larry pensó: “¡Es demasiado tarde! ¡Ha absorbido la estaca y está viva!”.

Después la vio. Se encontraba de pie en el otro extremo del féretro. Relucían las lágrimas en sus ojos. Le temblaba ligeramente la barbilla. En su pecho no había estaca alguna. De una u otra forma, se había puesto el jersey blanco, los vaqueros y las botas de Lane. Pero era Bonnie, hermosa e inocente, y lloraba en silencio.

De pronto, Larry se dio cuenta de que estaba desnudo. Bajó la vista sobre su cuerpo y suspiró aliviado. Ahora llevaba la bata.

—Él me mató —acusó Bonnie, temblorosa la voz.

—¡Vampira! —rugió Uriah—. ¡Horrible mujerzuela!

—¡Cállese! —le ordenó Larry.

—No soy ninguna vampira —lloriqueó Bonnie. Se sorbió la nariz—. Uriah está loco. Nos... nos asesinó a mis amigas y a mí. No habíamos hecho nada.

Larry miró a Uriah con el entrecejo fruncido.

—Miente, estúpido.

—¿Ah, sí? —saltó Larry—. Condenado maníaco... —y se precipitó súbitamente sobre el hombre—. ¡Acabaré contigo, jodido lunático!

Uriah le arrojó la decapitada cabeza de un coyote.

La cabeza, con las cuencas de los ojos vacías, surcó el aire dando vueltas y la sangre goteó en varias direcciones desde la base cercenada del cuello, mientras por las abiertas mandíbulas babeaban los colmillos. Larry alzó los brazos para bloqueada. Los dientes se le clavaron en el antebrazo. Soltó un gáñido, dio un respingo y se despertó.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Se encontraba tendido en la cama, destapado, tiritando, con la piel de gallina y empapado de sudor. Se sentó. La sábana de abajo se despegó de su húmeda espalda. Dirigió la vista más allá de la forma de su dormida esposa y entornó los párpados para consultar el despertador. Casi la una. No podía llevar dormido más de media hora.

Ni siquiera faltaba poco para el amanecer.

Se pasó la mano por la mojada cabellera. Sentía tensos y fríos los músculos de los lados del cuello. Parecían exprimir hilos de dolor que luego se le filtraban en la cabeza.

Saltó de la cama, se acercó a la alacena sin hacer ruido y se puso la bata. Se le pegó a la piel húmeda. Al tiempo que se ataba el cinturón, salió al pasillo.

Camino del cuarto de baño, pasó por delante de la habitación de Lane, que tenía la puerta abierta. La luz estaba apagada, pero Larry se preguntó si Lane estaría despierta. No se entretuvo en comprobado.

“No importa —se dijo—. No voy a mirar las fotografías”.

“¿Qué voy a hacer? —se preguntó”.

Sabía lo que no iba a hacer: volver a la cama. Al menos, por ahora se sentía desvelado por completo. Además, era inútil pretender conciliar el sueño antes de que remitiera aquel dolor de cabeza. Y tampoco deseaba correr el riesgo de sufrir otra pesadilla. Como aquella, no.

Al final del pasillo, entró en el lavabo. Cerró la puerta pero dejó la luz apagada, sabedor de que le haría daño en los ojos. Le bastaba el tenue resplandor de la noche. Cuando se dirigía al botiquín de primeros auxilios aspiró profundamente los aromas que

aún flotaban en el aire, desde que Lane se duchó. Perfumes femeninos, de flores, emanados por el jabón, el champú o los polvos... ¿quién sabe? Pero que llenaban el cuarto de baño evocando la presencia de la muchacha, lo que hizo que Larry se relajase un poco.

Se tomó dos aspirinas, que engulló con agua fría. Regresó hacia la puerta. Cogió el pomo.

Comprendió que no deseaba enfrentarse a la casa oscura y silenciosa que había al otro lado de aquella hoja de madera. No quería permanecer tendido en la cama, a la espera de que llegase el sueño. No quería dormir. No quería sentarse solo en la sala de estar, intentando leer o mirar la televisión. No quería deslizarse furtivamente en su estudio, abrir el archivador y sacar las fotografías de Bonnie.

“Aquí me encuentro estupendamente”, se dijo. Oprimió el botón central del pomo. La puerta quedó cerrada con un sonoro chasquido.

Bajó la tapa del inodoro y se sentó. Inclinado hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas. Contempló la esterilla del baño. Incluso a aquella casi inexistente luz pudo distinguir el punto donde el pie de Lane había aplastado la lanilla.

Respiró por la nariz y saboreó la agradable y familiar mezcla de aromas.

“Aquí no puede alcanzarme Bonnie”, pensó.

Una llamada a la puerta le despertó, sobresaltado. La claridad grisácea de la mañana inundaba el cuarto de baño.

—Papá, me bailan los dientes.

—Un momento. —Larry se levantó del suelo, recogió la toalla de baño con la que se había tapado las piernas, la colgó de su gancho y se arregló la bata. Tiró de la cadena del retrete.

Después levantó la tapa y anduvo hasta la puerta del lavabo. Preguntó:

— ¿Cuál es la contraseña?

— ¡Me voy a mear encima!

— Correcto.

Abrió la puerta.

Lane elevó los ojos al techo.

—Ya era hora. —Cuando Larry se apartaba para dejada pasar, Lane se detuvo, enarcadas las cejas—. ¿Te encuentras bien? Tienes un aspecto de lo más raro.

—He pasado una mala noche.

— ¿Diarrea?

— Sólo jaqueca.

— Bueno. Así no habrás dejado esto apestoso.

— Huele de maravilla aquí dentro.

“Huele como tú”, pensó. Alborotó aún más la despeinada cabellera de Lane. La chica pasó por su lado y cerró la puerta.

En la alcoba, encontró a Jean dormida. Cerró la puerta, colgó la bata y se metió en la cama. Las sábanas de su lado estaban frías. Se dio media vuelta y se acurrucó contra la espalda de Jean. Pasó un brazo por encima del vientre de su mujer.

La piel estaba tersa y cálida. Puso la cara sobre el pelo de Jean. Aquel olor era el mismo que le había envuelto durante la noche.

Lane y ella debían de usar los mismos productos, pensó, al tiempo que se apretaba más contra ella.

—¿Es hora de levantarse? —murmuró Jean.

—Aún no.

—Estupendo. Aguantaré un ratito más.

Capítulo 33

—Procurad no acribillaros el uno al otro —recomendó Bárbara por la abierta ventanilla de la furgoneta. Dio un beso a Pete y luego retrocedió.

En la ventanilla del otro lado, Jean observó a Larry, con el entrecejo fruncido, y preguntó:

—¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Me encuentro bien.

Desde que se levantó, los retortijones y las evacuaciones de vientre no habían cesado. Jean sugirió que telefoneara a Pete y cancelase la salida. Estuvo tentado de hacerlo. Pero sabía que su problema era cuestión de nervios. Si aplazaba la excursión a Llano de la Artemisa, Pete insistiría en que la realizasen al día siguiente. Era mejor acabar cuanto antes.

—¿Cuál es el problema, socio? —inquirió Pete.

—Una pequeña indigestión —aclaró. No quería hablar de sus achaques. Y menos con Bárbara delante—. Estoy estupendamente.

—Magnífico. Nos vamos.

Jean dio un beso a Larry y se apartó.

Pete accionó la llave de ignición. Clic, clic, clie. Volvió a darle media vuelta. Nada.

—¡Mierda!

—Puede que sea la batería —dijo Larry.

Pete probó de nuevo. Y repitió: “¡Mierda!”.

Larry empezó a sentirse a punto de celebrarlo.

—¿Queréis un empujón? —Jean se acercó a la ventanilla.

—No. ¡Maldita sea!

Pete estrelló la palma de la mano contra el volante.

—Calma —le recetó Bárbara—. No se hunde el mundo. ¿Por qué no os damos un empujoncito para que podáis llegar a la estación de servicio, donde os solucionarán el problema?

—Probablemente necesitaremos una batería nueva. —Pete golpeó el volante otra vez—. Nos va a llevar toda la mañana.

—Tampoco es tan grave —insistió Bárbara.

—Quizás estaba escrito que las prácticas de tiro no eran para hoy —dijo Larry.

—Nos llevaremos tu coche —dijo Pete a su esposa.

—¿Ah, sí? Alucinante. ¿Y cómo se supone que voy a ir a comprar comida a la tienda?

—Puedes ir andando, por lo que a mí...

—Ah, claro, faltaría más. ¿Y por qué tú no...?

—Un momento —le interrumpió Jean—. Esperad. ¿Por qué no os lleváis uno de nuestros coches?

“Un montón de gracias”, pensó Larry.

—No sé, no sé —articuló—. No me seduce lo más mínimo exponerme a que el Dodge se recaliente y...

—Llévate el Mustang.

—Tal vez Lane tenga sus planes.

—No te preocupes por eso. Si ella quiere ir a alguna parte, que coja el Dodge.

Larry asintió con la cabeza. ¿Para qué discutir? Después de todo, estamos condenados a ir, pensó.

Bajaron de la furgoneta. Trasladaron al Mustang rojo la cámara de vídeo, las armas de fuego, las provisiones y las cervezas. Larry se puso al volante. Pete se acomodó en el otro asiento.

—Esperemos que éste funcione —dijo Pete.

—Sí.

Estaba completamente seguro de que funcionaría. Nada iba a salvarle de aquella cita con Llano de la Artemisa.

Hizo girar la llave. El motor gruñó y cobró vida.

Las esposas estaban una al lado de la otra. Sonrieron y agitaron la mano mientras Larry conducía el Mustang, en marcha atrás, hacia la calzada de la calle.

—¿Es excitante, o qué? —Sonrió Pete.

—O qué.

—Debe de ser justo al otro lado de la próxima curva —indicó Pete.

Larry alimentó la esperanza de que encontrasen la ciudad ocupada. Era sábado, al fin y al cabo. Tal vez alguien que hubiera salido a dar un paseo en coche habría hecho un alto para explorar la “ciudad fantasma”. Quizás algunos chicos se hubiesen dejado caer por allí para decorar las paredes con pintadas o soltar unos cuantos disparos contra los edificios. Hasta se alegraría de ver una pandilla de motoristas. Le serviría cualquiera. La cuestión estribaba en que la ciudad no estuviese desierta y que ellos tuviesen que renunciar a la búsqueda de Uriah.

Pero doblaron la curva y la amplia calle mayor de Llano de la Artemisa se estiró frente a él, reluciente bajo la claridad del sol, completamente vacía, con la salvedad de una mata seca que rodaba perezosamente por el piso, pasado el bar.

—Para el coche —pidió Pete—. Tomaremos unos metros de cinta. —Se apeó, con la cámara de vídeo. De pie, en mitad de la calzada, fue barriendo la zona despacio, de un lado a otro. Cortó la filmación para acercarse a la ventanilla de Larry—. Te dejaré que entres tú primero. Dirígete allí y aparca delante del hotel.

—Me parece un poco memo.

—Eh. ¿Se quejó Doug MacArthur cuando tuvo que meterse en el agua para desembarcar en Bataan?

—No creo que fuese en Bataan.

—Pues donde fuera. Aquí somos nosotros los que volvemos, SOCIO.

—Muy bien —murmuró Larry.

Condujo el resto del camino solo en el Mustang, salió de la calzada frente al hotel y se apeó. Pete aún se encontraba a unos cincuenta metros; caminaba muy despacio, con el ojo pegado al visor de la cámara.

—¡Abre el maletero! —gritó Pete—. Ponte a la cintura la herramienta escuепlomo.

Larry levantó la tapa del maletero, cogió su Ruger, calibre 22, y se abrochó el cinturón muy caído alrededor de las caderas. Entornó los párpados al mirar a Pete y se echó sobre los ojos el ala del estropeado Stetson.

—¡Impresionante! —comentó Pete—. Ahora, ¡zúrrale la badana!

—Auténtico —dijo Larry.

—Bueno, ¡al menos, cárgalo!

Consideró que no era mala idea. Si acababan tropezándose con Uriah, ni por lo más remoto deseaba estar allí quieto, con un revólver descargado.

Se sentó en el parachoques trasero, se echó en la mano unos cuantos balines del 22 y procedió a insertarlos en el tambor. Para cuando hubo terminado, Pete se encontraba ya a un par de metros.

—Dedícame un gesto sarcástico tipo Clint Eastwood.

—Si Uriah está observándonos, nos tomará por unos payasos.

—Me parece muy bien. Hay que brindarle una falsa sensación de seguridad.

—Falsa, ¿eh? —Dejó caer un puñado de cartuchos en el bolsillo de la camisa y volvió a dejar la caja en el portaequipajes—. ¿Tomamos una cerveza antes de empezar?

—Aún no. Toma esto. No quiero quedarme fuera de la obra.

Pasó la cámara a Larry y le instruyó acerca de su funcionamiento. Larry se separó del automóvil, encuadró a Pete a través del visor y grabó la escena mientras éste se ponía el cinturón con la pistolera.

—Un par de verdaderos hombres, ¿eh? —dijo “hombres” en español.

—Sí —dijo Larry.

Se daba cuenta de que era estupendo ir vestido así: las botas, los vaqueros descoloridos, la vieja camisa de color azul y el sombrero del Oeste. Y era especialmente estupendo notar el peso de la funda del revólver contra la pierna y saber que disponía de un seis tiros de verdad con el cilindro cargado de proyectiles. Era como ir de auténtico vaquero.

Aunque de menor estatura que Larry, Pete parecía el doble de duro. Calzaba unas ajadas y polvorientas botas de campaña. Las vueltas de los pantalones estaban deshilachadas. Llevaba arremangada la camisa de cuadros escoceses, dejando a la vista los gruesos y velludos antebrazos. La misma camisa, demasiado ajustada en el pecho, hacía resaltar el relieve de los músculos. El sucio sombrero de paja, con las alas dobladas hacia arriba por los lados y hacia abajo por delante, le daba todo el aire de un tipo que muy bien podía ser un maltratado y borracho veterano, apostado en una calleja, detrás del *saloon*. Pero lo mejor era el bigote en forma de manillar, negro pero salpicado de pelos grises. El bigote era más que un disfraz. Era real.

Con la espalda apoyada en el coche, Pete puso municiones en su revólver. Aquellas balas parecían tres veces mayores que las de Larry.

—Tengo que agenciarme un cuarenta y cinco o algo así —comentó éste.

—Sí. Procúrate un quitapenas con potencia suficiente para dejar seco a quien se tercie. —Pete enfundó su Magnum. Con los entornados ojos sobre la cámara, se encajó un cigarrillo en una comisura de la boca. Lo encendió con un Bic. Preguntó—: ¿Listo para ir en busca de nuestro hombre?

—¿Qué me dices de una cerveza antes de empezar?

—Me parece que diste en el clavo.

Se inclinaron contra la parte lateral del vehículo mientras bebían. Larry no cesaba de mirar a un lado y a otro de la calle, con la esperanza de que apareciese alguien y echara por tierra su plan.

Pete dio la última chupada al cigarrillo. Tiró al suelo la colilla y la aplastó con la bota.

—Esto va a ser algo de miedo en nuestro libro —afirmó—. Nosotros dos aquí, lanzados en plan de poderosos paladines.

—Sí. Aunque lo más probable es que no le encontremos.

—Vamos, hombre, piensa positivamente.

—Soy positivo.

—Veamos. ¿Tratas de decirme que todo el trayecto hasta aquí te lo has pasado albergando la esperanza de que no encontremos al tipo en cuestión?

—Encontrarle no es exactamente el sueño de mi vida.

—No te me vas a acojonar, ¿verdad?

—He venido hasta aquí, ¿no?

—Ahí está el espíritu.

—Pero lo que ocurre con Uriah...

Se interrumpió, meneó la cabeza y tomó otro sorbo del botellín.

—¿Sí?

—Nada.

—Venga, hombre. Suéltalo.

—Bueno, que es real.

—No fastidies.

—Tú estuviste en Vietnam y todo eso. Para ti es diferente. Lo más cerca que he estado yo de un follón de verdad fue cuando, allá en Los Ángeles, se cargaron a unos vecinos. Todo lo que hice fue tirarme al suelo y rezar para que ninguna bala viniese hacia donde estábamos nosotros. Lo cierto es que nunca jamás he perseguido a nadie.

—Tampoco yo. No serví en infantería, ¿sabes?

—¿Nunca disparaste contra nadie?

—No. Ni tampoco me dispararon a mí. Lo más cerca que yo he estado de que me soltasen un tiro, viejo penco, fue el viernes pasado, cuando tú me encañonaste.

—¡Ah!

—Sí, ¡ah! —Pete se echó a reír—. Ea, ánimo. Demostraste que tenías pelotas. Si fuiste capaz de ponerme aquel cañón delante de las narices, utilizarás la pistola cuando tengas que hacerlo.

—Esperémoslo así —murmuró Larry.

—No te preocupes, lo harás.

Pete se separó del coche, tiró la lata de cerveza al aire, muy alta, e inmediatamente llevó la mano hacia la culata del revólver.

—¡No!

Antes de que pudiera desenfundar, Larry le había cogido la muñeca. La lata tintineó al chocar. Contra el suelo y luego rodó por él.

—Pero, venga, hombre...

—¿Te has vuelto loco? La detonación...

—No hemos entrado en la ciudad a escondidas precisamente, Lar. Si Uriah anda por las proximidades, me parece que sabe que estamos aquí.

—Bueno, diablos.

—Vale, vale. ¿Has terminado ya? Sigamos adelante con el espectáculo.

Mientras Pete iba a recoger su lata de cerveza, Larry apuró la suya y se encaminó al maletero. Tiraron las dos latas en su interior.

—¿Qué hay de la cámara? —preguntó Larry.

—No habrá bastante luz dentro del hotel.

—Entonces será mejor que cojas esto.

Larry rebuscó en un rincón del portaequipajes. Junto al gato, la palanca y las bengalas había una linterna que guardaba allí para casos de emergencia. La sacó y se dispuso a cerrar el portaequipajes.

—Un momento. Puede que eso también nos haga falta.

Pete introdujo la mano. Sacó la palanca.

Larry miró por encima del hombro y observó que el pestillo de las puertas del hotel seguía colgando suelto.

—¿Crees que necesitaremos la barra?

—Vamos a revisar las habitaciones, ¿no?

Larry no había pensado en eso. Comprendió que, verdaderamente, había evitado pensar en lo que iban a hacer una vez estuviesen allí.

—No sé por qué tenemos que forzar las puertas para entrar en las habitaciones.

Pete sacudió la cabeza y rió entre dientes. Con la palanca en la mano, cerró el maletero.

—Lo cierto es que no te gustaría encontrar a ese tipo, ¿verdad?

—Lo que sí es seguro es que no quiero disparar contra él —dijo Larry mientras se acercaban a la puerta frontal del hotel.

—Tampoco yo quiero disparar contra nadie. Pero no deja de resultar agradable saber que uno cuenta con cierta protección.

Palmeó la culata del revólver. Después se introdujo la palanca por debajo de la cintura de los pantalones, abrió la puerta de doble hoja y entró en el hotel.

La claridad irrumpió por el hueco de la entrada y se extendió por el suelo del vestíbulo. Fue desvaneciéndose a medida que avanzaba, para concluir dejando sumidos en la oscuridad los rincones más distantes. Larry apenas pudo distinguir las formas ambiguas del mostrador de recepción y su vista sólo llegaba hasta la mitad del primer tramo de la escalera, que ascendía a su izquierda. Mientras se esforzaba en percibir algo más, la claridad desapareció. La puerta se había cerrado con repentino estrépito.

—Esperemos a que los ojos se acostumbren a la penumbra —susurró Pete.

Larry tenía la impresión de que le habían cubierto la cara con una capucha negra. Pero, al volver la cabeza, vio que por debajo de la puerta de la calle y por las rendijas de las tapiadas ventanas se filtraban tiras de brillante luz diurna.

Pete estaba a su lado, silencioso.

Larry miró de nuevo al frente. No tardó en discernir los tenues contornos de algunas cosas: el alargado mostrador, los cubículos de las casillas que había detrás, la baranda y los peldaños de la escalera. Eran casi invisibles, pero estaban allí. Con los cantos redondeados.

Fluidos. Fundiéndose con la negrura. Vio algunas formas de cuya naturaleza no podía estar seguro. Por encima del alejado mostrador, algo que tal vez fuese una cara. En un punto de la escalera, algo que muy bien podía ser un hombre de pie, inmóvil allí, con la mirada fija en ellos.

Valía más, pensó, no ver absolutamente nada.

—La guarida del loco —susurró Pete.

—Cierra el pico.

—Ése sería un buen título para ti, ¿no?

—Chisst.

—De todo esto vas a sacar cantidad de material estupendo.

Deseó que Pete permaneciese mudo. Quería silencio para poder oír a cualquiera que...

—Adelante, enciende la linterna —dijo Pete.

El pulgar corrió el interruptor. El foco de luz se desplazó escaleras arriba. Larry contuvo la respiración cuando las sombras de la barandilla revolotearon sobre la pared. Pero allí no había nadie. El rayo luminoso ascendió hasta lo más alto de la escalera. Proyectó un tenue resplandor hacia el pasillo del piso superior. Larry lo desvió en seguida para proyectarlo hacia el otro lado del mostrador de recepción. Tampoco allí había nadie. Empezó a respirar más desahogadamente mientras escudriñaba a la claridad de la linterna los ángulos del vestíbulo.

—Pásamela —pidió Pete.

Durante unos segundos, Larry se resistió mentalmente a ceder el control de la luz. Pero comprendió, casi al instante, que ese control debía tenerlo la persona dispuesta a llevar las riendas de la operación. Y él prefería que fuese Pete quien las empuñara. Le entregó la linterna y apoyó la mano en la culata del revólver.

Avanzaron y el piso recubierto de arena produjo chirriantes crujidos bajo sus botas. Larry seguía con la vista la trayectoria del foco de luz de la linterna. Éste se demoró brevemente en el crucifijo. Recorrió los bordes del panel, incrustado en las otras secciones que clausuraban el hueco de debajo de la escalera, se deslizó a lo largo del mostrador e hizo un alto de varios segundos sobre una cerrada puerta que había cerca del extremo más alejado del tabique.

—Vayamos a echar un vistazo —dijo Pete.

Se subieron al mostrador, para dejarse caer en el espacio del otro lado. Pete encabezó la marcha hacia la puerta, la abrió y se asomó al interior. Larry miró por encima de su cabeza. El pálido rayo de luz descubrió una estancia vacía con una ventana tapiada en el fondo.

—El despacho del hotel —musitó Pete—. Subamos al piso de arriba.

Cerró la puerta.

Pasaron de nuevo por encima del mostrador y atravesaron el vestíbulo en dirección a la escalera. Pete proyectó la luz sobre la parte superior como si quisiera cerciorarse de que nadie les esperaba allá arriba. Luego bajó el foco de la linterna hacia los peldaños por los que iban a subir. Empezó el ascenso.

Las tablas sueltas cubrían aún el agujero del rellano.

Al verlas, Larry deseó que Bárbara nunca hubiera caído a través del entarimado.

“¿Cómo puedes desear tal cosa?”

Era la voz de Bonnie, triste y acusadora.

“Creí que me querías”.

—Me parece que voy a echar un vistazo —dijo Pete. Se arrodilló y, con mucho cuidado, levantó dos tablas. Se agachó para introducir la cabeza por el agujero. Le siguió la linterna—. No veo nada —dijo.

—¿Qué esperabas?

—Vete tú a saber...

Se incorporó, volvió a colocar las tablas donde estaban y se puso en pie. Dirigió nuevamente el foco de la linterna hacia lo alto de las escaleras. Luego empezó a subir por aquel tramo.

Larry alargó la zancada para no pisar las tablas. Inmediatamente delante de él, Pete trasladó la linterna a su mano izquierda. Desenfundó el revólver con la derecha.

—Ten cuidado —susurró Larry—. Quiero decir que no dispires contra cualquier cosa que se mueva. Puede que se albergue aquí un vagabundo o alguien parecido.

—No te preocupes, ¿vale?

—Los allanadores de morada somos nosotros, por si se te ha olvidado.

—Sí, sí.

A un escalón del rellano superior, Pete se inclinó hacia adelante y miró a derecha e izquierda. Llegó al pasillo. Larry le siguió. El corredor terminaba justo a la izquierda de la escalera. Por la derecha, se estiraba, largo y oscuro, con puertas a ambos lados.

Se detuvieron delante de la primera puerta. Pete aplicó el oído a la hoja de madera, y el sombrero de caballista se torció. Tras escuchar durante unos segundos, retrocedió.

—¿Quieres gozar de los honores? —murmuró, al tiempo que apuntaba la linterna sobre el picaporte—. Te cubriré. No temas.

Con el corazón latiéndole a cien por hora, Larry cogió el picaporte. Intentó accionarlo, pero no cedía.

—Cerrada —dijo.

Pete golpeó ligeramente con la boca del cañón del revólver el extremo de la palanqueta que llevaba dentro del cinto.

Larry tiró de ella. La agarró con las dos manos e introdujo la punta en la hendidura que quedaba entre la placa del picaporte y el marco de la puerta. Miró a Pete.

—Bueno, adelante.

—No sé...

—Venga, mierda.

—No deberíamos estar aquí.

—A ver si te vas a acongojar ahora.

—Tal vez tendríamos que estar dándole a los ejercicios de tiro, como les dijimos a las chicas.

—El libro, hombre. El libro. Uriah es el eslabón perdido, ¿recuerdas?

“Me asesinó”, la voz de Bonnie otra vez. “No puedes permitir que eso quede impune. Tiene que pagarlo”.

—Está bien —murmuró Larry.

Aplicó toda su fuerza a la barra de hierro. Notó que se movía lateralmente unos milímetros y se hundía en la madera y entonces sonó la bocina de un automóvil. Se quedó petrificado.

—¡Yiuuuu! —exclamó Pete.

Larry retiró la palanca y giró en redondo.

—¡Ése era nuestro coche!

Capítulo 34

Corrieron escaleras abajo, Pete a la cabeza. La madera de los peldaños chirrió clamorosamente bajo el repicar de las pesadas botas. Las tablas sueltas del rellano saltaron y entrechocaron con estrépito. Si la bocina continuaba sonando, Larry no la oía.

Su estómago era una bola de hielo. Le dolía el pecho. Apenas lograba respirar. En la garganta tenía un nudo que era como un grito bloqueado que intentara abrirse paso.

Alguien estaba en la calle. ¿Uriah? ¿Forasteros curiosos? ¿Una pandilla? ¿Agentes de policía?

Pete se detuvo. Larry, a su espalda, le cogió por el hombro.

—Tómalo con calma —bisbiseó Pete, al tiempo que entreabría la puerta unos centímetros. Una cinta de luz diurna se clavó en los ojos de Larry—. No veo a nadie.

—¿Ni un coche ni nada?

—Sólo el tuyo. —La claridad solar aumentó. Pete asomó la cabeza por el un poco más amplio resquicio y miró a un lado y a otro, como un chiquillo que se dispone a cruzar una calle de tránsito rodado denso—. No. Nada.

Enfundó el revólver, abrió la puerta de par en par y salió a la acera.

Larry, que iba pisándole los talones, entornó los párpados para mirar al Mustang rojo brillante. Volvió la vista en ambas direcciones. La calle estaba desierta.

—La bocina no tocó sola —murmuró.

—Dime algo que no sepa ya.

—Esto no me gusta absolutamente nada.

—Únete al grupo.

—¿Crees que está detrás del coche?

—Comprobémoslo. —Sin apartar los ojos del automóvil, Pete se desplazó en diagonal hacia el centro de la calzada. Desde allí vio algo que le hizo fruncir el ceño y menear la cabeza. Se dejó caer de rodillas, puso la linterna en el suelo y miró por debajo del coche. Luego se levantó, anduvo hasta el vehículo por la parte del conductor y miró a través de la ventanilla. Respiró hondo. Volvió la cabeza hacia Larry. Dijo—: Aquí no hay nadie. Pero lo que sí hay es una rueda reventada.

—¡Oh, no, Jesús!

Larry tenía la sensación de que su cabeza estaba entumecida por dentro. Al poner el pie en la calzada, las piernas le vacilaron.

El neumático delantero izquierdo del Mustang se aplastaba contra el asfalto.

En cuclillas, Pete deslizó el dedo por la parte lateral.

—Rajado.

—No quiere que nos vayamos —dijo Larry. Su voz sonó remota.

—O eso, o está cabreado. ¿Llevas rueda de repuesto?

—Sí.

Pete se levantó y se puso de espaldas al coche. Entrecerrados los párpados, examinó las fachadas de los establecimientos de la otra acera.

—Seguramente estará por ahí partiéndose el pecho de risa a costa nuestra.

—Cambiemos la rueda y larguémonos de aquí.

—Ésta es nuestra ocasión de cazarlo.

—Puede que ni siquiera sea Uriah.

—Me juego algo a que sí.

—Bueno, de todas formas, voy a cambiar esa maldita rueda. —Larry hundió la mano en el bolsillo, sacó las llaves del coche y se dirigió al maletero—. Mantén los ojos abiertos, ¿eh?

—Uriah, desde luego —dijo Pete—. Y apuesto a que sabe que somos los fulanos que se llevaron su fiambre. Eso explica por qué ha pinchado el neumático. Quiere inmovilizarnos aquí y liquidarnos.

Larry gimió. Abrió el portaequipajes, se inclinó en su interior y sacó el gato.

—Quizá cree que somos vampiros.

—Jesús, Pete.

—Lo digo en serio. ¿Y si da por supuesto que ya le hemos arrancado la estaca a la moza y que ella nos ha mordido?

—Estamos a plena luz del día, por ejemplo.

—¿Y qué?

Larry levantó en peso la rueda de repuesto, la sacó del maletero y la dejó sobre el asfalto. Mientras la llevaba rodando hacia la parte delantera del coche, explicó:

—Los vampiros no sobreviven a la luz del día.

—Tal vez eso no sea más que trolas de las películas.

—Todos los libros lo dicen.

—¿Crees todo lo que lees?

—Claro que no —dejó caer la rueda y se dirigió con paso presuroso en busca del gato—. No creo en vampiros, por el amor de Dios.

Se imaginó a Bonnie celebrando sus palabras con burlonas carcajadas, sacudiendo la cabeza, ondulante su melena dorada.

—Pero Uriah sí cree en ellos —continuó Larry—. Cree en la protección que le brinda usar crucifijos, ajos y estacas. —Dejó el gato junto al neumático de repuesto y alargó la mano. Pete le tendió la palanca—. De modo que seguramente sabe que los vampiros no pueden exponerse a los rayos de sol, tal como nosotros estamos haciendo.

—A menos que tenga otra información.

Larry arrancó el tapacubos, que tintineó al chocar contra el pavimento. Cubrió una de las tuercas con la llave de pipa. Trató de hacer girar la barra. La herramienta resbaló, se soltó y Larry cayó hacia atrás.

—Será mejor que me encargue yo de eso —dijo Pete—. Tú vigila.

Larry le entregó la palanca, se puso de espaldas al automóvil y estudió los edificios de la acera de enfrente. Unas cuantas puertas estaban de par en par. Algunas ventanas aparecían tapiadas, pero otras no.

—Uno fuera —dijo Pete.

El tapacubos resonó con metálico chasquido al caerle dentro la tuerca.

—Además —prosiguió Larry—, si cree que somos vampiros, tendrá que matarnos con estacas.

—Buena observación. No hay manera, ¿eh? —Cayó otra tuerca en el cuenco del tapacubos—. Aunque sin duda cree que cuenta con la posibilidad de hacerlo, porque, si no, ¿para qué pinchar la rueda? —gruñó Pete. Un segundo después, la tercera tuerca fue a parar al tapacubos—. Tres abajo, ya sólo queda una.

—Quizá no era Uriah. Podía ser cualquiera. Un eremita, o alguien por el estilo. A lo mejor no le gustan los forasteros y quiso darnos una lección.

La última tuerca campanilleó sobre el tapacubos.

—¿Echaste el freno de mano?

—Sí.

Larry se volvió. De rodillas, Pete preparaba el gato. Se agachó para examinar los bajos del coche, después empujó el gato hacia dentro y procedió a darle a la palanca. El Mustang empezó a elevarse.

La flecha no acertó el sombrero de Pete por escasos centímetros, pasó rozando la capota del coche, atravesó la acera y se clavó con sordo golpe en la pared del hotel.

—¿Qué...? —saltó Peter.

Larry giró sobre sus talones, se encogió sobre sí mismo y empuñó el revólver. Nadie. Sólo sombras al otro lado de puertas y ventanas.

—¡Mierda! ¡Eso fue una flecha cabrona!

Pete estuvo al instante a su lado, sobre las rodillas, extendido el brazo, moviendo el revólver en abanico, de lado a lado.

—¿De dónde salió?

—De alguno de esos edificios.

—Se supone que te encargabas de montar la guardia hombre. ¡Ese artilugio pudo dejarme seco!

—¿Que vamos a...?

Larry no vio a nadie. Pero sí vio llegar la siguiente flecha. Salió de las tinieblas de detrás de un ventanal del otro lado de la calle, justo frente a ellos. Era el escaparate de una tienda, parcialmente entre cruzado por tablones batidos por la intemperie y entre los que quedaban algunos huecos.

Larry lanzó un grito de aviso, mientras echaba cuerpo a tierra y oía el silbido de la flecha por encima de su cabeza. Un momento después, percibió el ruido sordo que produjo al clavarse en algo.

Luego le ensordeció el estruendo. Tuvo la sensación de que las palmas de unas manos vigorosas le abofeteaban los oídos, dispuestas a destrozarle los tímpanos.

Impresionantes, horribles explosiones. La Magnum 357 de Pete.

Pete seguía de rodillas, entornados los párpados, rechinantes los dientes, extendido el brazo y aguantando el retroceso del arma, cuando otra detonación hizo vibrar el aire. Larry tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no taparse los oídos. Miraba al frente en el instante en que sonó otro estruendoso disparo y vio que un agujero atravesaba la pared, por debajo del ventanal. Había tres o cuatro orificios más, muy próximos, separados entre sí cosa de treinta centímetros.

Abrió fuego, apuntando a la derecha de los agujeros de Pete y produciendo otros nuevos que apenas podía distinguir. Trazó una línea de puntadas hacia el hueco de la puerta. Su revólver producía unas detonaciones planas que parecían insignificantes en

comparación con las de la fragorosa arma de Pete. Pero sabía que los proyectiles del 22 eran lo bastante potentes como para atravesar la madera. Si las paredes no estaban recubiertas de yeso o de planchas de piedra, las balas de Larry volarían a través de la habitación.

El percutor cayó sobre un cartucho ya disparado.

—¡Vuelve a cargarlo, vuelve a cargarlo! —oyó que voceaba Pete, entre el tintineo que le ensordecía.

Se echó de costado y comenzó a expulsar los casquillos vacíos.

Aún arrodillado, Pete metía nuevos proyectiles en el tambor de su revólver. Acto seguido, se levantó y echó a correr hacia el ventanal.

—¡Espera! —gritó Larry.

Aunque su revólver aún estaba descargado, se incorporó y se precipitó hacia la puerta.

“Sí que voy a servir de mucho”, pensó.

Medio esperaba que Pete se lanzara de cabeza a través del escaparate e irrumpiera allí dentro dándole al gatillo como un vaquero de película. Pero su amigo demostró ser más prudente, encogió el cuerpo para quedar debajo del alféizar y miró cautelosamente por la ventana. Larry adosó el hombro al marco de la puerta. Con la espalda apretada contra la pared, expulsó del cilindro del revólver los dos últimos casquillos.

—No le veo —dijo Pete.

—¿Crees que le hemos alcanzado?

—No lo sé. —Pete se agachó más, dio media vuelta y, en cuclillas, se derrumbó contra la pared y contempló la calle.

Larry sacó cartuchos nuevos del bolsillo de la camisa. Empezó a meterlos en las cámaras. El tambor produjo leves chasquidos a medida que giraba. Una vez concluida la recarga, encajó el cilindro.

Pete le miró.

—¿Listo?

—¿Para qué?

—Vamos a entrar, ¿no?

—¿Ahí?

—No vamos a poder ir a ninguna otra parte, eso te lo garantizo. No estoy dispuesto a cambiar un maldito neumático mientras alguien dispara contra mí.

—¿Quieres que entremos?

—Ésa es la idea.

Pete se le acercó, despacio, caminando como un pato.

—No sé qué decirte.

—¿Qué es lo que no sabes?

—¿Y si nos está esperando?

—Si tanto canguelis tienes, entraré primero.

—No tengo miedo, pero...

Otra vez de rodillas, Pete se deslizó por delante de Larry para asomar la cabeza por el hueco de la puerta.

—Creo que se ha largado.

Pete se fue incorporando despacio, hasta quedar completamente de pie en medio del umbral. Larry se dio media vuelta y se puso a su lado. En la estancia había más claridad de la que supusieron. La luz no entraba sólo por la puerta y los espacios abiertos del escaparate, sino también por una ventana más pequeña del fondo de la habitación.

—Me juego algo a que se marchó por esa ventana.

—¿Qué habrá ahí?

Se refería al mostrador en forma de L con unos cuantos agujeros de bala cerca de la parte superior y a la cerrada puerta de la trastienda del establecimiento, situada al otro lado de aquel mostrador.

—Si estás ahí dentro —conminó Pete en voz alta—, entrégate ahora mismo.

No ocurrió nada.

Hizo fuego tres veces. Las detonaciones sacudieron ensordecedoramente los oídos de Larry, mientras los proyectiles atravesaban el mostrador a la altura de las rodillas.

—¡Cristo! ¿Tenías que hacer eso?

—Sí.

Aún no se había despegado el monosílabo de los labios de Pete, cuando el hombre corría ya hacia el mostrador. Lo franqueó de un salto. Se precipitó dentro de la trastienda, pero no tardó en salir. Movi6 la cabeza negativamente.

—Repito, apuesto algo a que se largó por la ventana.

Larry se reunió con Pete y se acercaron a la ventana.

—¡MIERDA! —gritó Larry.

Dio un empujón a Pete. La fuerza que empleó hizo tambalear a ambos y lo separó mientras la flecha siseaba al pasar entre ellos.

Al tiempo que se apoyaba en una rodilla, Larry congeló en el cerebro la imagen del hombre que acababa de ver. Un individuo, de pie en el desierto, a unos noventa metros de la fachada trasera del edificio, soltaba una flecha. Un salvaje de desgredada pelambrera gris, barba enmarañada y parche negro cubriéndole un ojo. Llevaba un collar de dientes de ajo alrededor del cuello, un crucifijo que le colgaba sobre el pecho y un chaleco abierto, confeccionado con piel gris de algún animal y que dejaba al descubierto el cuchillo que llevaba al cinto.

—¿Viste eso? —preguntó Pete.

Al tiempo que se levantaba, Larry apuntó:

—¿Uriah?

—¡El jodido salvaje de Borneo!

Miraron asomándose por los bordes de la ventana.

El hombre huía a la carrera, con las melenas ondeando al viento, el arco subiendo y bajando al ritmo de su mano derecha, una aljaba de flechas y una bolsa de tela rebotando contra su espalda.

Pete se agachó. Apoyó los brazos en el alféizar de la ventana y apuntó cuidadosamente.

—¡No puedes dispararle por la espalda!

—Observa y verás.

Larry estaba a punto de asestar un manotazo al revólver, pero una imagen de Bonnie invadió su mente. La vio viva, dormida en su cama, mientras el estrambótico viejo se le acercaba subrepticamente, armado con un martillo y una estaca.

Pete disparó.

El proyectil levantó una nubecilla de polvo a cosa de un metro por detrás del desalado lunático.

La bala siguiente partió el arco por la mitad. Arrancó el arma de la mano del hombre y los extremos de la cuerda rota se agitaron en el aire, a bastante altura, azotándose y enrollándose.

—¡Albricias! —exclamó Pete—. ¡Ahora ya es nuestro!

Cuando pasaban a través de la ventana, Larry vio al hombre dar un salto y perderse de vista.

—Está en el barranco —dijo Pete.

—Sí.

El barranco. El lecho seco de la torrentera donde encontraron la radio gramola y la fogata con los restos del coyote. Se encaminaron hacia allí. Pete recargó el revólver.

—Ahora ya no tenemos por qué disparar contra él —comentó Larry.

—Correcto. Le cogeremos vivo, le haremos unas cuantas preguntas. Va a ser formidable. Se lo entregaremos a la policía. Hombre, vamos a ser los tipos listos que resolvieron el caso de las desapariciones.

—Sí —musitó Larry.

Comprendía que estaba obligado a sentirse estupendamente. Habían ido allí en busca de Uriah. No iban a tardar en descubrir si era o no aquel hombre.

Desde luego, no era el Uriah de sus pesadillas.

Aunque probablemente sí fuese Uriah.

El canalla que había asesinado a Bonnie y a las otras dos jóvenes.

Lo capturarían. Vivo. Quizá se lo contaría todo.

Pero Larry no se sentía a gusto. Tenía la impresión de que el miedo le asfixiaba.

Pete le sonrió.

—Tienes un aspecto de asco, socio. ¿No te encuentras bien?

—Sí me encuentro bien.

—No hay nada de qué asustarse, hombre. ¿Qué va a hacer ahora ese tipo?
¿Arrojamos las flechas a mano?

—No sé. Pero sí sé que esto no me gusta nada.

—¡Pues a mí sí! ¡Es fantástico!

“Quizá no logremos dar con él —pensó Larry—. Se trata de un individuo que come coyotes allá abajo. Seguramente conoce la quebrada como el dorso de su mano. Puede que tenga escondrijos especiales”.

Una vez haya llegado al fondo, puede haber huido en cualquier dirección. Para cuando nosotros estemos allí, hará mucho tiempo que se largó.

Dios, así lo espero.

“Cógelo, por Bonnie. Ella asesinó. Encárgate de que lo pague”.

A diez o doce metros del borde de la hondonada, Pete le hizo una seña con la mano.

—Ve por ahí.

—¿Cómo?

—Nos separaremos para acorralarle.

—¿Separamos? ¿Has perdido el juicio?

Pete se detuvo y le miró con el entrecejo fruncido.

—Haz lo que te digo.

—¡No! Si nos dividimos, uno de nosotros será presa fácil para él. Ocurre en todas las condenadas películas de terror catastrofista que he visto.

—Esto no es ninguna puta película.

—Seguiremos juntos y no se hable más.

Con aire disgustado, Pete meneó la cabeza.

—Está bien. Vale. Mierda.

—Además, si no actuamos conjuntamente allá abajo...

Por el rabillo del ojo, Larry observó que algo se movía.

Dirigió bruscamente la mirada hacia el barranco. Vislumbró la cabeza y un brazo del salvaje tuerto, la expresión taimada del rostro, el brazo que se adelantaba bruscamente para arrojar una piedra.

—¡Cuidado! —avisó Larry.

Echó cuerpo a tierra, a la vez que miraba a Pete.

Pete se zambulló mientras tiraba del revólver. Recibió el cantazo en el puente de la nariz, la cabeza salió despedida hacia atrás y la piedra rebotó a un lado. Perdió el sombrero. Retrocedió dando traspiés, como un jugador de campo exterior que trata de recoger una pelota bateada a gran altura. La sangre descendió por el bigote, goteó en el interior de su boca abierta y se extendió por la barbilla. El revólver se le desprendió de la mano. Pete fue a parar al suelo. La nuca chocó contra una lisa plancha de granito.

Ante la escena, Larry se encogió como si hubiese sido él quien recibió el impacto.

Después recordó a Uriah. O quienquiera que fuese. Volvió la cabeza con un brusco movimiento.

El hombre había desaparecido.

Larry salió disparado hacia el borde de la hondonada.

“¡Voy a acabar contigo, podrido hijo puta! —chilló su cerebro—. ¡Mira lo que has hecho! ¿Qué voy a decirle a Bárbara? ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Pedazo de mierda! ¡Te volaré tu asquerosa cabeza y esparciré tus sesos repugnantes por el desierto! ¿No tuviste bastante con asesinar a Bonnie, maldito lunático cabrón?”

Vaciló al borde del barranco mientras miraba hacia el fondo. La cuesta abajo era demasiado escarpada, sembrada de peñascos y maleza. Pero no había nadie en la cuesta. Nadie que corriese hacia el lecho seco del torrente.

—¿Dónde estás, basura humana? —gritó Larry.

Empezó a bajar, dando tumbos, esquivando los peñascos y matorrales que encontraba a su paso, agitando los brazos para mantener el equilibrio, hundiendo los talones en la gravilla, patinando por los espacios de piso duro. A media bajada, resbaló.

Sus posaderas chocaron contra el suelo. Se deslizó sobre el fondillo de los pantalones, con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Un peñasco interrumpió su descenso. Se levantó, se puso encima de un mogote, parpadeó hasta que se le aclaró la vista y oteó el terreno de la parte baja de la hondonada.

Ni rastro de Uriah.

Pero había allí infinidad de puntos donde esconderse: rocas, bosquecillos de matorrales y arbustos, profundos tajos en las paredes de la quebrada, producto de la erosión.

"El muy hijo de Belcebú puede estar en cualquier parte", pensó Larry.

Incluso era posible que ni siquiera estuviese allí.

En vez de dirigirse al fondo del barranco, después de tirar la piedra, podía haber subido oblicuamente por la ladera.

"Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Larry. Giró sobre sus talones.

No vio a nadie.

Pero se sintió expuesto, vulnerable.

"Puede estar acechando en cualquier sitio. He de salir de aquí".

La culata de nogal de su revólver tenía un tacto resbaladizo. Se cambió el arma a la mano izquierda, se secó la diestra frotándola contra la pernera de los vaqueros y volvió a empuñar el arma con ella. Luego, lanzando rápidas ojeadas a su alrededor, se dispuso a trepar por el terraplén.

"Puede estar en cualquier sitio".

Con gestos bruscos, volvió la cabeza en uno y otro sentido. Miró a su espalda. A la cima. Detrás. A la izquierda. A la derecha. Cada vez que miraba en una dirección, imaginaba a Uriah dando un salto hacia él en la opuesta.

"Es como salir marcha atrás en un aparcamiento con el espacio justo —pensó—. Donde no hay sitio para maniobrar y, en cambio, los coches aparecen por todas partes, saliendo de las plazas contiguas".

Exactamente igual. Uno no sabe a dónde mirar primero.

Tendré que recordar esa idea y utilizada en algún momento, se dijo.

¡Cristo, éste no es el momento de pensar en el maldito libro!

Pero expulsa a Uriah de tu cabeza. Al menos durante un rato. ¡El tiempo suficiente para llegar a lo alto de este talud! Casi tenía la cabeza ya al nivel de la superficie de la cuesta, lo que le hizo sentir un ramalazo de alivio.

"Aún no estás arriba —se dijo—. Aquí es cuando te caza..., cuando tienes la salvación al alcance de la mano".

Miró a ambos lados. Miró a su espalda. Uriah no estaba. ¡Lo logré!

Hizo un último esfuerzo para alcanzar la cima.

Uriah estaba arrodillado junto a Pete.

Apoyaba la punta de una estaca en el pecho de Pete. Se disponía a descargar sobre ella un martillazo.

Capítulo 35

Larry no afinó la puntería. No tuvo tiempo para ello. Encañonó a Uriah precipitadamente e hizo fuego.

El hombre volvió la cabeza con un respingo. Soltó la estaca, se llevó la mano a la mejilla, fulminó a Larry con la llameante mirada de su ojo frenético, se retorció sobre las rodillas y arrojó el martillo hacia él. Larry se apartó de un salto. El martillo pasó dando vueltas por su lado, a un centímetro del hombro.

—¡Quieto!

Aunque apuntaba al salvaje con el revólver amartillado, se abstuvo de disparar.

Había tenido suerte con la primera bala. No quería arriesgarse con otra. No mientras su blanco continuara arrodillado junto a Pete.

Pero Uriah no se quedó quieto.

No pareció importarle que le estuviera encañonando un arma de fuego. Como tampoco le preocupó más la herida. La sangre descendía por ambos lados de su enmarañada barba gris mientras recogía la estaca del suelo, se ponía en pie de un brinco y se lanzaba a la carga.

—¡Alto o disparo!

—¡VAMPIRO! —chilló el salvaje, y su boca proyectó una rociada de sangre. Se abalanzó sobre Larry, enarbolada la estaca en la mano derecha.

Larry apretó el gatillo.

El vientre metálico de Jesucristo se hundió y la esquina superior de la gran cruz de madera produjo un rasguño en el pecho del atacante.

“¡Le di a Jesús! ¡Cristo ha salvado a Uriah!”

El pulgar de Larry impulsó el percutor hacia atrás, pero no pudo apretar el gatillo.

Cuando Uriah se le echó encima, Larry levantó el brazo izquierdo para desviar la estaca y aplicó violentamente el cañón del revólver contra la sien del hombre. El arma se descargó. Trozos de pelo y partículas de carne ensangrentada salieron despedidos de la parte lateral de la cabeza de Uriah.

El peso muerto del salvaje despidió a Larry contra el suelo. Mientras se quedaba sin resuello, alzó las rodillas. Se hundieron en la barriga de Uriah.

El verdugo de vampiros rodó por encima de Larry.

A juzgar por los ruidos que producía su cuerpo, continuó rodando.

Larry se arrastró hasta el borde del talud y vio que Uriah se desplomaba cuesta abajo, dando vueltas, retorciéndose, rebotando contra los peñascos, en tanto las flechas volaban de su carcaj y los brazos y las piernas aleteaban a impulsos de las sacudidas, pero inertes. Cerca del fondo del barranco, resbaló sobre la espalda, con la cabeza por delante, hasta que uno de sus hombros chocó con un peñón de granito. El impacto le detuvo en seco, con un demoledor zarandeo que lanzó sus piernas hacia arriba. Dio una vuelta de campana y aterrizó de bruces en el suelo del fondo de la hondonada. Quedó allí tendido, inmóvil.

Larry le contempló.

“Remátalo”. Parecía la voz de Bonnie. “Hazlo por mí. Si me quieres, acaba con él”.
No puedo.

“Si no te importa lo que me hizo a mí, mira a tu amigo Pete. Piensa en lo que Uriah ha intentado hacerte a ti. También intentó matarte”.

Sería fácil, pensó. Tan fácil como levantar el revólver y vaciarlo en aquel cuerpo tendido.

“Hazlo”, le apremió la voz de Bonnie.

Pero Larry pensó en la forma en que el crucifijo detuvo su proyectil, disparado a quemarropa contra el pecho de Uriah.

Fue como si el propio Dios hubiera intervenido para salvar a aquel hombre.

“Dios no tuvo nada que ver con eso. La suerte estuvo con Uriah, ni más ni menos. Remátalo o lo lamentarás”.

He de volver junto a Pete.

“Mata a Uriah”.

—¡No! —profirió en voz alta.

Enfundó el revólver y se apartó del borde del barranco. Recogió el sombrero y apretó el paso de vuelta hacia Pete.

“Lo lamentarás”.

Se dejó caer de rodillas y suspiró aliviado al oír la crispada y borboteante respiración de Pete. ¡Inconsciente, pero vivo!

Debía de tener la nariz rota. Su aspecto era calamitoso. El puente de la nariz aparecía partido y abotagado. Los ojos, hinchados. Una costra de sangre recubría la piel por debajo de las ventanas de la nariz. De la comisura de la boca salía un hilillo de saliva granate.

Larry le sacudió suavemente por los hombros. La cabeza se bamboleó.

—Pete. Despierta, Pete.

Nada.

A horcajadas sobre él, Larry le agarró por la pechera de la camisa y tiró de él hasta sentarlo. Cuando la cabeza adoptó la verticalidad, de la boca salió una baba sanguinolenta. Emitió una leve tos y proyectó un poco más de aquella saliva, pero no recuperó el conocimiento.

—¿Y ahora qué?

Tendré que llevado a cuestras. No hay otro remedio.

¿Y sus cosas?

Tras emitir un suspiro, Larry tiró de Pete hasta que el tronco quedó inclinado sobre las piernas. Parecía aguantarse así bastante bien. Larry le soltó y fue a recoger el revólver y el sombrero. Puso el arma en la funda de Pete y se encasquetó el sombrero encima de su Stetson.

Se agachó ante la bolsa de lona de Uriah. Contenía seis estacas de madera, con las puntas aguzadas.

“¿Me las llevo?”

Una carga extra, nada más, decidió.

De nuevo a horcajadas sobre Pete, trató de despertarlo. Al final, se dio por vencido, lo cogió por los sobacos y lo levantó. Se agachó y bregó con el cuerpo de Pete hasta echárselo

al hombro. Agarró las piernas de su amigo por la parte posterior, se enderezó trabajosamente y echó a andar.

Avanzó con gran esfuerzo, fija la mirada en la distante hilera de edificios. No parecía existir entre las casas pasaje alguno que acortase el camino hasta la calle. Cargado con Pete, tendría que rodear el casco urbano o pasar a través de una ventana. Sus piernas ya acusaban el esfuerzo y vacilaban bajo el peso de Pete. Tendría que colarse por alguna ventana.

También podía pasar por la que utilizaron al emprender la persecución de Uriah.

Imaginó de pronto que Uriah se le acercaba por la espalda, a todo correr. Volvió la cabeza.

Allí no había nadie.

Lo más probable es que siga en el fondo de la quebrada, se dijo Larry, y continuó avanzando penosamente hacia la ventana.

Se preguntó si habría matado al hombre. El primer balazo, de eso estaba bastante seguro, había alcanzado una mejilla. Desde luego, no produjo una herida mortal. El segundo proyectil se estrelló contra el crucifijo y salió rebotado. Pero el revólver se descargó cuando golpeó a Uriah con él. La bala de aquel disparo dio al hombre en la cabeza. Ignoraba qué daño pudo haber hecho. Quizá sólo le desgarró el cuero cabelludo. O tal vez se le hundió en el cerebro. En cuyo caso, muy bien podía haber acabado con su vida.

“Por lo menos, no le rematé —se dijo Larry—. Si el tipo ese murió a causa del último disparo, fue un accidente. Y, además, en defensa propia”.

“No es que la policía vaya a enterarse de nada de todo esto —pensó Larry—. Si puedo evitarlo”.

Estaba cerca de la ventana cuando Pete gimió y se retorció ligeramente. Larry dio un paso más, y otro...

—Yiuuh. Déjame en el suelo —musitó Pete.

—Aguanta.

Larry cubrió tambaleándose el trecho que le faltaba hasta la pared del edificio. Se agachó y apretó a Pete contra ella, para sostenerlo.

—Venga, hombre. —Pete le apartó de un empujón, cayó de rodillas, se dobló sobre sí mismo y expulsó un vómito ensangrentado. Luego se agitó y escupió unos lapos de roja mucosidad. Cuando terminó, se mantuvo caído, con la cabeza colgando.

—¡Me cago en la leche!

—¿Cómo estás?

—Oh, mierda. Vacilas conmigo, ¿eh? —Se pasó una mano por la cara—. ¿Qué ha pasado?

—Uriah te arreó una pedrada.

—Me parece que tengo rota esta puta nariz.

—Sí.

—Me siento como si me hubiera partido la crisma.

Gimió otra vez. Se palpó la nuca. Larry no vio que tuviera sangre en la cabeza.

—Será mejor que vayamos a un médico.

—De eso, nada. Llévame al sepulturero. —Hizo un esfuerzo, se incorporó y se apoyó contra la pared. Con las manos apretadas contra la cabeza, una a cada lado, cerró los párpados—. ¿Qué ha sido de Uriah?

—Lo dejé tendido en el lecho del torrente.

—¿Uno de nosotros le abatió?

—Más o menos.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. Vayamos al coche. Luego te lo cuento.

—Sí, pero ¿está muerto o qué?

—Puede que esté muerto. No lo sé. ¿Crees que puedes pasar por esa ventana sin problemas?

—Claro —murmuró Pete.

Larry pasó al interior del edificio. Una vez allí, agarró a Pete por un brazo y le ayudó a franquear el alféizar de la ventana. Sin soltarle el brazo, acompañó a su amigo a través de la sombría estancia hasta la calle.

El automóvil aún descansaba sobre el gato.

El emplumado astil de una flecha sobresalía de la parte lateral del neumático deshinchado.

—Menos mal que aún no habíamos cambiado la rueda —comentó Larry.

—Es nuestro día de suerte —articuló Pete.

—Un día afortunado, sí.

—Si tuvieras la cabeza como la tengo yo, no pensarías lo mismo.

—Pudo haber sido mucho peor.

—Sí, claro. Abre el maletero, ¿quieres? Y pásame una cerveza.

—No estoy muy seguro de que debas beber alcohol. Una herida en la azotea como la que tienes tú...

—¿Quién se ha muerto y te ha nombrado neurólogo? —Pete dio una palmada a la cubierta del portaequipajes—. ¡Venga ya!

Larry abrió el maletero, levantó la tapa de la nevera y sacó dos latas de cerveza. Les quitó la cápsula y dio una a Pete. En lugar de beber, Pete vertió un poco de cerveza en un pañuelo y se limpió con él la sangre de la cara.

Larry se llegó a la parte delantera del automóvil. Sintió en la mano la humedad de la lata. Tomó un trago. La cerveza estaba fresca, le supo a gloria. En cuclillas, arrancó la flecha del neumático.

—Déjame verla —pidió Pete, al tiempo que arrojaba al asfalto el pañuelo sucio.

Larry le entregó la flecha.

—Lo que imaginaba, apache.

—Estupendo.

—Un bonito recuerdo.

—Buena cosa que no acabáramos de cambiar la rueda y poner la nueva. —Larry tomó otro sorbo de cerveza—. Estábamos jugando a vaqueros y un chalado empieza a dispararnos flechas.

—¿Por qué no te quitas mi sombrero? Tienes un aspecto estrambótico. Y, si me río, me duele.

Larry se quitó el sombrero de Pete de encima del suyo y se lo tendió.

— ¿Quieres que me lo ponga en esta cabeza que tengo?

Estás de coña. Échalo dentro del coche.

Lo arrojó por la abierta ventanilla. Fue a caer en el asiento contiguo al del conductor. Después de echarse al colete otro trago de cerveza, Larry se puso en cuclillas y empezó a accionar la palanca del gato.

— ¿Estás seguro de que no tenemos que preocuparnos de la posibilidad de que ese tipo venga a darnos otro disgusto?

— Disparé tres veces contra él.

— ¡Arrea!

Mientras cambiaba la rueda, contó a Pete que se lanzó cuesta abajo, por el talud, en persecución de Uriah, después de que éste arrojara la piedra. No logró encontrarlo y, cuando volvió arriba, vio al viejo en el momento en que se aprestaba a clavarle una estaca en el pecho. Entonces, le alcanzó con un balazo en la cara. Explicó que Uriah le gritó: “¡Vampiro!” y le atacó con la estaca por delante. Contó también que el crucifijo detuvo la bala y que un disparo accidental arrojó a Uriah rodando ladera abajo.

Al concluir, lanzó una mirada en torno. Pete se pellizcó los labios, silbó entre dientes y dijo:

— Menuda batallita me estás colocando, ¿eh?

— Nada de eso —respondió Larry—. La verdad es que, durante un buen rato, la cosa estuvo al rojo vivo.

— Y yo me lo perdí.

— Lo siento.

— ¿Ese hijo de su madre trataba de empalarme?

— Exacto.

— Te garantizo que me alegro una tonelada de que seas tan bueno con la herramienta escupecueño, viejo penco.

— Yo también.

Pete levantó su lata de cerveza y la vació en la boca.

— Me tomaré otra. ¿Y tú?

Aunque Larry tenía la suya por la mitad, accedió:

— Sí.

Mientras Pete iba en busca de las cervezas, Larry apretó las tuercas con la llave de pipa.

Pete depositó a su lado la nueva lata.

Larry empezó a bajar el automóvil.

— Me da en la nariz que ese viejo buitre muy bien puede estar vivo —dijo Pete.

— Si lo está, no creo que tenga muchas ganas de juerga. Y, como le hemos roto el arco, no puede hacernos daño.

— Aun así, me gustaría que te lo hubieses cargado.

— Pensé en ello.

Cuando retiró el gato de debajo del coche, esperaba que Pete le sugiriese que volvieran al barranco para rematar la tarea.

No fue así.

En cambio, Pete dijo:

—¿Qué vamos a hacer respecto a ese tipo?

—Dejarlo.

—La mitad de mi cerebro me aconseja que volvamos allí y le metamos un balazo en la cabeza. Pero la otra mitad me duele de un modo acojonante.

—Salgamos pitando de aquí. Nos preocuparemos de él más adelante.

—Volveremos dentro de unos días, quizás.

—Quizás —dijo Larry. No tenía la menor intención de volver, pero ¿para qué ponerse a discutir?

Tampoco tenía ganas de forcejear con el tapacubos. Así que, en vez de colocarlo, lo puso en el maletero, junto con el gato. Después llevó rodando el neumático hasta la parte trasera del automóvil y lo depositó también dentro del portaequipajes.

Pete llegó a su lado, con la linterna y la flecha.

—¿Vamos a guardar esto en secreto? —preguntó—. No pensarás contárselo a la policía, ¿eh?

—De eso, nada —le aseguró Larry.

—Ni a nuestras queridas esposas.

—¿Qué les diremos?

—Fuimos a tirar al blanco, ¿vale? Tropecé y me sacudí un golpe tremendo en la cara con una piedra.

—A mí me parece bien.

Larry cerró el maletero. Volvió hacia el frente del coche, recogió sus dos cervezas y se puso al volante. Acabó la primera lata mientras Pete apartaba el sombrero y se acomodaba cautelosamente en el asiento contiguo al del conductor.

Larry puso en marcha el automóvil.

—Aunque ha de figurar en el libro —dijo Pete.

Larry dio media vuelta y aceleró rumbo a la salida de la ciudad. Pete le sonrió.

—Va a ser un libro formidable, ¿eh, socio?

—Sí. Una pasada.

—¿Quién iba a imaginárselo? Venimos aquí en busca de ese cabrón y nos vemos metidos en una jodida batalla. Fantástico. Vamos a tener lo que se dice un *best-seller*, de eso no hay duda.

—Y también vamos a tener que dar un montón de explicaciones.

—Eh, ese fulano es un maníaco homicida. ¿Qué hay que explicar?

—Una barbaridad, podría suponer. Nuestras chicas se enterarán de todo. La policía lo descubrirá todo. Nos van a pillar en muchas contradicciones.

—Venga, no me irás a decir que otra vez se te han puesto por corbata, ¿eh?

Larry meneó la cabeza. Le dio otro tiento a la lata de cerveza mientras aceleraba por delante del garaje de Babe y salía de la ciudad.

—Después dé lo de hoy, nada del mundo me va a impedir escribir ese condenado libro.

—¡Así se habla!

Capítulo 36

Uriah se puso en pie lentamente. Tropezó con un peñasco y se sentó encima. Hizo una mueca de dolor cuando posó las nalgas en la dura superficie.

Comprendió que el descenso arrastrándose por la ladera le había arrancado bastante piel. Pero las erosiones no eran nada en comparación con las heridas de bala.

Se inclinó hacia adelante y escupió sangre y trozos de dientes rotos. Se pasó la lengua, con precaución, por el agujero de la mejilla izquierda. El dolor le hizo dar un respingo pese a que el orificio era muy pequeño, bastante más pequeño que la herida de la mejilla derecha. La bala no sólo tenía allí orificio de salida, sino que se llevó por delante una muela. Fue una suerte que aquel desgraciado hijo de Satanás empuñara un veintidós, pensó.

Aunque el dolor le estaba volviendo loco.

Al tiempo que escupía un poco más de sangre, se pasó los dedos por el surco que tenía en el cuero cabelludo, encima de la oreja izquierda.

Se recordó que había sufrido heridas más graves.

Éstas eran malas, pero pudieron haber sido mucho peores, como aquella vez en que una de las vampiras le clavó la estaca en un ojo.

¡A él le iban a decir lo que era un mundo de dolor!

Uriah se acarició el sangrante arañazo que tenía en medio del pecho.

Vio el crucifijo.

El cuerpo chapado en oro de Jesucristo estaba doblado por la mitad a la altura del estómago.

Lo contempló durante largo rato.

“Mi Salvador”, pensó.

Sabes que aún tengo trabajo pendiente.

Por eso me ayudaste a escapar del manicomio. Por eso me guiaste para que volviera a casa. Por eso me salvaste hoy de caer en poder de los perversos. Sabes que todavía me queda trabajo por cumplir.

Recluido en el sanatorio de Illinois, por demencia criminal, Uriah había creído que su misión estaba concluida. No acabó con todas las vampiras, pero sí contribuyó con su cuota correspondiente. Había reducido bastante el ejército de las mismas. Perdió un ojo. Le detuvieron. Aunque ignoraban todas sus hazañas, sabían que intentó matar a aquella vampira de Charleston, lo que bastó para que le quitasen de la circulación. Le molestaba reconocerlo, pero se había alegrado de que todo hubiese concluido.

Cuando se fugó de la clínica mental, ya no tenía la menor intención de cazar más vampiras. Lo único que deseaba era regresar a Llano de la Artemisa y vivir en su hotel, que era donde debía estar.

Pero, al fin y al cabo, Dios se encontraba detrás de aquello. Dios le condujo hasta allí, sabedor, en su infinita sabiduría, que había dificultades en el aire.

Apenas llevaba Uriah un mes en la ciudad cuando aquellas personas se presentaron y descubrieron el escondite. Él había ido al desierto, a la caza de su cena. Cuando regresó, los intrusos ya no estaban. Al ver el hoyo del rellano, rezó para que no hubiesen encontrado a la vampira. Pero su oración fue inútil. El panel que cerraba la tumba estaba suelto. La manta, tirada encima de cualquier manera.

Entonces comprendió que el diablo los había enviado para que deshiciesen la obra que él, Uriah, llevó a cabo.

¿Pero por qué no arrancaron la estaca allí mismo, en aquel mismo instante? Resultaba ilógico. ¿Es que, de una u otra manera, intervino Dios y lo impidió?

Durante los días siguientes, Uriah se mantuvo vigilante. No abandonó el hotel en ningún momento. Por la noche, en vez de retirarse a su habitación del segundo piso, dormía en el vestíbulo. Le desconcertaba el que los intrusos no volvieran para resucitar a aquella sucia criatura de debajo de la escalera. Tal vez no eran enviados del demonio, después de todo. Quizás aparecieron allí por pura casualidad y no tenían la menor intención de volver.

Pero, si eran inocentes, ¿por qué no informaron a la policía del descubrimiento del cadáver?

Día tras día, Uriah esperó y ponderó todas aquellas circunstancias. Únicamente salía del hotel para hacer sus necesidades y para ir a buscar agua al viejo pozo de la parte trasera. Se alimentaba a base de la pequeña existencia de tasajo que tenía en reserva para situaciones de emergencia. Al acabársele, ayunó dos días antes que abandonar la vigilancia para ir de caza.

Por último, corroído por el hambre y sabiendo que iba a necesitar todas sus fuerzas para combatir al Maléfico que indudablemente acabaría por presentarse, decidió dar una batida por el desierto. El Señor no le proporcionó alimento hasta después de anochecido. Había guisado el coyote. Mientras se lo comía, el coyote le habló. Le dijo que anduviera con cuidado. Que mientras él, Uriah, guardaba la vampira de debajo de la escalera, los intrusos encontraron y liberaron a las otras dos.

Uriah tuvo la absoluta certeza de que era la voz de Dios la que le avisaba. Empavorecido por la idea de que hubieran desatado de nuevo el mal, Uriah regresó rápidamente al hotel. Cogió velas y una vieja pala roñosa y echó a correr hacia el oeste de la ciudad. La puerta frontal de la licorería de King llevaba mucho tiempo destrozada. Uriah entró y se encaminó a la parte trasera del vacío establecimiento. Mantuvo una vela muy cerca del suelo, lo que le permitió localizar la trampilla.

Había sido el orgullo y la alegría de Ernie King: una entrada secreta a la bodega donde guardaba sus más preciosas botellas de vino. En los viejos tiempos, Ernie acostumbraba a vanagloriarse de que nadie conocía aquella trampilla, salvo los miembros de su familia y su mejor amigo, Uriah. Ambos habían pasado muchas veladas estupendas allí abajo, catando caldos, antes de que Ernie cerrara el negocio y abandonase la ciudad como hicieron casi todos.

Una delgada capa de arena, procedente del desierto, cubría la madera de la trampilla.

Desde luego, no daba la impresión de que alguien la hubiera abierto recientemente.

Pero quizá los invasores espolvorearon arena, después, para que pareciese que nadie había andado por la zona.

Uriah sacó su cuchillo. Introdujo la hoja en el quicio, hizo palanca, levantó la trampilla y la dejó descansando en el suelo, tras voltearla. Cogió la pala y descendió por la escalera.

A primera vista nadie había excavado allí. Eso debería ser otro indicio. Pero Uriah no estaba dispuesto a poner en tela de juicio las palabras del Señor. A la claridad de las velas, sudoroso a pesar de la fresca temperatura reinante en la bodega, excavó en busca de los cadáveres.

Los había enterrado a bastante profundidad. Con aquellas dos, dispuso de mucho tiempo. Hubiera puesto allí también a la última vampira de no haberse precipitado los acontecimientos. Tenía mucha prisa. Le vieron. De modo que la escondió debajo de la escalera del hotel y huyó de la ciudad todo lo velozmente que le fue posible.

Mientras hundía la pala en la dura tierra del piso de la bodega, deseó no haberlas sepultado a tanta profundidad.

Fueron transcurriendo las horas y la última vela había quedado ya reducida a un pequeño cabo cuando la hoja de la pala chocó con madera. Había enterrado los ataúdes uno junto al otro. No estaba seguro de cuál de los dos acababa de encontrar. Pero eso carecía de importancia.

De pie en el hoyo, con el hombro al nivel de la superficie, trabajó febrilmente para dejar al descubierto la tapa del ataúd. El cabo de vela se consumía del todo mientras Uriah apartaba puñados de tierra a un lado y a otro.

Se puso a horcadas sobre el ataúd. Introdujo el filo de la pala bajo la tapa del féretro. Chirriaron los clavos. La vela se apagó.

Un escalofrío de pavor serpenteó por el organismo de Uriah mientras se afanaba sumido en las tinieblas más absolutas.

El Señor le dijo que habían liberado a las vampiras. No que se hubieran ido.

Podía encontrarse una vampira viva en el ataúd sobre el que estaba.

“Mi crucifijo y mis ajos me protegerán”, se dijo.

Pero el terror aumentó cuando se dispuso a abrir la caja.

Arrojó la pala fuera de la fosa, se inclinó y levantó la tapa. La sostuvo entre sus piernas separadas. Luego la echó también fuera del hoyo.

Con cuidado, fue bajando el cuerpo hasta que las rodillas descansaron sobre los estrechos bordes de las paredes del ataúd. Se agarró con la mano al canto izquierdo y se agachó un poco más. Alargó la mano a través de la oscuridad.

Los dedos se deslizaron entre el reseco y suave cabello.

Sintió como si un millar de arañas corrieran por su espalda.

Tocó la agostada y áspera piel del rostro de la vampira. Cuando la yema de los dedos encontró el filo de los dientes, Uriah dejó escapar un jadeo y retiró la mano vivamente.

—El Señor es mi pastor —musitó Uriah, y se obligó a tocar de nuevo el cadáver. Tanteó el cuello. La clavícula—. Él me obliga a yacer en verdes pastos.

Tocó la lisa redondez de la estaca de madera. Curvó la mano en torno a ella.

La estaca seguía hundida en el pecho, tal como debía estar.

Uriah supo, entonces, que el coyote había mentido. Su voz no era la del Señor. Satanás habló a través del animal para engañarle a él.

Uriah salió de la fosa y se deslizó en la oscuridad. Subió la escalera de la bodega y se precipitó a la acera.

A tiempo de ver a los dos hombres que salían del hotel cargados con el ataúd.

Furioso, abrumado por la sensación de desdicha producida por el miedo y la culpabilidad, observó cómo introducían el féretro por la parte posterior de una furgoneta. Subieron a los asientos delanteros. Sin encender los faros, la furgoneta aceleró a lo largo de la calle iluminada por la luna. Durante un frenético instante, Uriah pensó en salir corriendo e intentar detenerlos.

Pero el Señor le retuvo.

“Aguarda tu momento —parecía decir el Señor—. No te fallaré”.

Así que Uriah se quitó de en medio, perdiéndose de vista dentro de la licorería hasta que la furgoneta desapareció.

Había esperado su momento.

Hoy, el Señor le llevó de nuevo aquellos dos hombres a Llano de la Artemisa. Volvían para matarle. De eso estaba seguro. Habían liberado a la vampira, para convertirse en hermanos vivos de ella. Regresaron para destruir al único hombre digno y capaz de proporcionarles el eterno descanso.

Pero habían fallado.

Uriah se tocó con la lengua la parte interior de su mejilla, en carne viva, y dio un respingo.

“Fracasaron —pensó—. Pero yo no”.

Bueno, él no logró enviarlos al reino de la paz perpetua.

Pero lo haría.

Acabaría con ellos y con la vampira que asesinó a su familia. Con todos.

Sonrió. Una sonrisa que lanzó una llamarada a través de sus mejillas y puso humedad lacrimógena en sus ojos.

Bajó la mano y tomó un trozo de papel doblado que llevaba entre el cinto y la piel del abdomen.

Antes de tocar la bocina del automóvil para impulsarlos a salir del hotel, Uriah revisó la guantera. Y encontró lo que sabía que iba a estar allí.

El permiso de circulación del vehículo.

Lo desdobló, parpadeó para secarse las lágrimas y miró el papel. El coche estaba registrado a nombre de Lawrence Dunbar, avenida de la Palma, 345, Recodo de la Cabeza de Mula, California.

El papel decía claramente Recodo de la Cabeza de Mula. Uriah conocía muy bien aquella población.

De allí habían salido las vampiras entonces..., cuando llegaron por la noche para asesinar a Elizabeth y a Martha. Y allí volvían a concentrarse, en número cada vez mayor.

A escasos kilómetros de distancia.

“Tardaré un par de días —pensó—. Será mejor que me ponga en camino cuanto antes”.

Se guardó otra vez bajo el cinto el permiso de circulación y empezó a escalar la vertiente del barranco.

Capítulo 37

A Lane le temblaba la mano mientras procedía a aplicarse la sombra de ojos. No es ninguna cita, se dijo. Sólo una función escolar. En realidad, no pasa de ser una especie de excursión a la que estoy dando más importancia de la que tiene.

Se había pasado el día repitiéndoselo, pero no pareció servirle de gran cosa.

Probablemente ni siquiera se me presentará la ocasión de estar sola con él.

Sonó el timbre de la puerta y el corazón le dio un vuelco. “Ya está aquí”.

Lane respiró hondo, mientras procuraba calmarse, y luego se pasó el pincel del rimel por las pestañas. Apartó los útiles de maquillaje. Sacó el bolso del tocador y regresó ante el espejo del armario.

“¡No puedo ir vestida así!”, pensó de pronto. Observó que se le enrojecía la cara. No, está bien. Él no quiere que vayamos con traje de noche. Dijo que no se trataba de una fiesta de fin de curso.

Además, ella se había puesto aquel conjunto varias veces para ir a misa. Si es adecuado para ir a misa, es adecuado para asistir a una representación de *Hamlet*.

“Además, estoy guapa con él —pensó—. ¡Y soy yo!” Lane alzó los brazos. Aunque tenía húmedas las axilas, en la tela azul de la blusa no se apreciaba mancha alguna. Probablemente porque era una blusa holgada. Casi todo el sudor descendía por los costados.

—¡Lane! —le dio una voz su madre, avisándola—. ¡El señor Kramer está aquí!

—¡Ahora mismo voy!

Abrió rápidamente los broches del escote, sacó unos *kleenex* del cajón superior de la cómoda, se secó las axilas y proyectó una nueva rociada de loción desodorante. Tras cerrar de nuevo los broches de la blusa, salió presurosa del cuarto.

“Voy demasiado a la pata la llana”, pensó al ver al señor Kramer en el recibidor. Él llevaba corbata, camisa blanca, chaqueta deportiva azul y pantalones grises.

—Buenas noches, Lane —saludó. Se encaró de nuevo con el padre de la muchacha y levantó el ejemplar de *El vigilante de la noche* que tenía en la mano izquierda—. Gracias por la dedicatoria, Larry.

—Gracias por comprar el libro —le replicó el padre de Lane—. Me alegro de que pudiera encontrarlo.

El rostro de Larry estaba un poco más colorado que de costumbre; su voz, un poco más espesa. Pero, al menos no arrastraba las palabras estrepitosamente. Había bebido horrores antes de la cena. La chica confió en que el señor Kramer no se diera cuenta de que Larry estaba bastante achispado.

—¿Puedo contar con usted el treinta y uno de octubre?

—Allí estaré.

—Es formidable. Tener un conferenciante como usted la víspera de Todos los Santos va a ser alucinante para los chicos.

—Les leeré algo realmente asqueroso de alguna de mis obras.

—Estoy seguro de que les encantará. —Dirigió a Lane una seña con la cabeza—. Bueno, creo que es mejor que nos pongamos en marcha. ¿Está dispuesta?

—¿Voy vestida apropiadamente? —preguntó Lane—. Si cree que debo ponerme otra cosa...

—No, no, está perfecta.

Sonriente, la madre asintió aprobadoramente.

—Tienes un aspecto precioso, tesoro.

—A desembarcar, pequeña socia —dijo el padre—. Y si por el camino te tropiezas con Hoot, no te olvides de dedicarle un “¡Hola! ¿Qué tal?” de mi parte.

—Oh, paaaapá.

El señor Kramer se echó a reír.

—Ha sido un placer conocerle, Larry —dijo, extendida la mano.

El padre la estrechó.

—También yo celebro conocerle. Nos veremos la víspera de Todos los Santos.

Al estrechar la mano de Jean, el señor Kramer dijo:

—Encantado de conocerla, Jean. Ya sé de dónde ha sacado Lane su belleza.

Jean se ruborizó.

—Vaya, muchas gracias.

Mientras el profesor abría la puerta, Lane besó a sus padres.

—Hasta luego —se despidió.

Ellos le desearon que se divirtiera. Y luego se vio en la acera, con el señor Kramer. La ranchera, aparcada junto al bordillo, daba la impresión de estar vacía.

¡Fue a buscarla a ella primero!

Lane alimentó la esperanza de que aquello fuese algo más que una cuestión de conveniencia geográfica, confió en que el señor Kramer hubiese ido a recogerla a ella antes que a los demás para poder estar a solas los dos algún tiempo.

—¿No tiene frío con esa ropa? —preguntó el profesor. ¿Se había percatado de que estaba temblando?

—No, me encuentro bien —respondió Lane. Sus estremecimientos tenían poco que ver con el frescor del aire. Añadió—: Es que estoy emocionada.

El señor Kramer le sonrió.

—Resulta magnífico ver una estudiante que se emociona de verdad por asistir a una representación teatral.

Eso no es así, en absoluto, pensó Lane, mientras abría la portezuela. Subió al vehículo. El profesor cerró la portezuela, rodeó el coche y se acomodó al volante.

—Perdón —murmuró. Se inclinó lateralmente para alargar la mano por delante de Lane y abrir la guantera—. No quiero que le ocurra nada al libro. —Durante unos segundos, mientras colocaba el ejemplar en rústica en el compartimento, su hombro se oprimió contra el brazo de la muchacha—. Bien. Sano y salvo— dijo. Enderezó el cuerpo y puso el automóvil en marcha.

—¿Lo ha leído ya? —preguntó Lane.

—Por desgracia, no. —Se apartó del bordillo—. Creo que tendré tiempo para hacerlo la semana que viene.

—Cuando lo haya leído, es posible que reconsidere su intención de que mi padre vaya a dirigir la palabra a los alumnos. —Sonrió—. Puede que ni por asomo desee que se acerque a ningún grupo de estudiantes de bachillerato.

—Tan malo es, ¿eh?

—Nauseabundo.

—Su padre me pareció un hombre muy simpático y agradable —opinó el señor Kramer.

—Ah, es que lo es. Al leer la basura que escribe, cualquiera pensaría que es un monstruo, pero es terriblemente encantador. Aunque hoy ha tenido lo que se dice un día espantoso. Se lo digo por si piensa que se comportó de un modo... extraño. Verá, fue a hacer prácticas de tiro en el desierto. Con Pete, nuestro vecino... —Me estoy yendo de la lengua como una criatura, se dijo. Al señor Kramer le tiene sin cuidado todo esto—. De cualquier modo, Pete sufrió alguna clase de accidente.

—No le alcanzaría ningún disparo, confío.

—Ah, no. Nada de eso. Pero se cayó contra unas piedras y perdió el conocimiento. La verdad es que tiene rota la nariz. Mi padre hubo de llevarle a urgencias. Así que, a causa de todo eso, no es exactamente el mismo.

—No parece que el asunto haya sido muy divertido.

—No, no lo fue. Y usted, ¿qué tal?

—No puedo quejarme. ¿Qué me dice de usted? Espero que no haya tenido más tropiezos con Benson.

—No.

—Seguramente la dejará en paz a partir de ahora. Pero, si le causa algún problema, dígamelo en seguida.

—Creo que usted le metió el miedo en el cuerpo.

El señor Kramer negó con la cabeza.

—Con chicos como ése, nunca se sabe. Tendrá que mantener los ojos bien abiertos. Procure que no la encuentre sola. Es imposible predecir qué podría hacer ese muchacho y, por mi parte, lamentaría en el alma que le sucediera algo a mi mejor alumna.

—Tendré cuidado —dijo Lane.

—A propósito, tal vez sea mejor que se ponga el cinturón de seguridad.

—¿Piensa chocar? —preguntó Lane, al tiempo que alargaba la mano hacia la banda de tela.

—No tengo la menor intención. Pero quizás haya observado que, cuando anda por mis proximidades, tiene una enorme tendencia a sufrir accidentes y hacerse daño.

—Ya. Me temo que la mala suerte se ceba en usted.

Tiró de la cinta de tela, se la pasó entre ambos senos e introdujo la lengüeta metálica en la hebilla de cierre automático, junto a la cadera izquierda.

—Ahora no tendrá que preocuparse de un posible y desagradable encuentro con el parabrisas.

—Sí. Tendría un aspecto infame en el teatro, con toda la ropa manchada de sangre.

—Me gusta ese conjunto que lleva —dijo el profesor, tras echarle un ojeada—. ¿Verdad que en el instituto no lo ha llevado nunca?

—Este, no.

—Pero creo que la he visto con otro muy parecido. Un modelo sin mangas, de mahón, con encaje blanco. Falda muy corta, según me parece recordar.

—¡Ah, ése! —Lane notó un cálido aleteo de rubor, complacida al descubrir que el señor Kramer recordaba lo que ella llevaba en el colegio, pero ligeramente avergonzada de que fuera precisamente aquel vestido con minifalda. Dijo—: Seguramente demasiado corta.

—Yo no diría eso. Cuando se tienen las piernas que tiene usted...

—Gracias —el calor se enseñoreó de su rostro.

El profesor desvió el automóvil hacia el bordillo de la acera y frenó. Lane se le quedó mirando, con el corazón laténdole a toda velocidad. “¿Para qué se había detenido?” El señor Kramer encendió la luz del techo. Sonrió a Lane. Luego se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó del bolsillo una hoja de papel.

Va a comprobar las señas, comprendió Lane.

—Muy bien —dijo el hombre—. Aaron vive en el 4980 de Cactus. Debe ser la manzana que viene.

Lane experimentó una punzada de desencanto. Estaba a punto de concluir el espacio de tiempo destinado a encontrarse a solas.

Había confiado en poder sentarse junto a él en el teatro, pero la cosa no funcionó conforme a sus deseos. Sandra, insistiéndole sobre no sé qué, siguió al señor Kramer por el pasillo y entró en la fila de butacas pisándole los talones. Lane no pudo adelantarla, como no fuera montando un numerito.

El señor Kramer ocupó la butaca contigua a la de un estudiante universitario, Sandra se acomodó junto al profesor y Lane quedó entre Sandra y George, con Aaron a continuación de George.

Lane se sintió estafada.

He venido aquí a ver *Hamlet*. No para estar con el señor Kramer.

Es un hombre que me gusta. Lo cierto es que me gusta.

Me gusta a base de bien.

Al contorsionarse en el asiento, George le rozó el brazo.

—Perdona —musitó.

—No hay de qué —repuso Lane, sin mirarle.

—Fue sin querer.

Lane miró a George y asintió con la cabeza.

—Lo sé. No pasa nada.

—Supongo que los chicos siempre estarán molestándote, ¿sabes? Debe de ser insoportable.

Lane se encogió de hombros.

—Depende del chico que sea.

—Ya. Me lo imagino. Es lógico. Bueno, no tienes por qué preocuparte, en lo que a mí concierne. Lo malo es que estas butacas están muy juntas. Ése es el problema.

—Tú tampoco deberías preocuparte.

—Es que no quiero que te lleves una mala impresión de mí.

—No me la llevaré.

—Aunque es estupendo charlar contigo. —George volvió la cabeza hacia el escenario, luego miró en otra dirección y examinó el público de la sala, por delante de él. Apretó los labios. Con la mano del otro lado, se puso bien las gafas y se apartó de la frente algún pelo que sin duda se le había posado allí.

—George.

Volvió la cabeza hacia ella con tal rapidez que Lane temió que se hubiera hecho daño en el cuello.

—Si estar sentado junto a mí te pone tan nervioso, quizá deberías cambiar de sitio con Aaron.

Durante un momento, el chico pareció dolido.

—Claro. Si quieres que lo haga.

—Yo, no.

Alzó las cejas.

—¿Tú, no?

—No, a menos que tú lo prefieras.

—¿Yo? No. Quiero decir que...

—Te sientas en la parte de atrás de la clase. No creo que tú y yo hayamos hablado alguna vez.

—No, no nos hemos hablado nunca.

—La asignatura de inglés se te da bien.

—A ti también. Eres la primera de la clase.

—¿Cuando no pierdo mi sitio?

El chico sonrió.

—Ah, eso no fue nada. Yo pierdo el mío constantemente. Me pongo a pensar en las musarañas y no se me ocurre nada que escribir.

—Apuesto a que quieres ser escritor, ¿verdad?

George levantó la cabeza. Frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tienes todo el aire.

El chico arrugó la nariz, lo que hizo que las gafas subieran ligeramente.

—El aire del plasta palizas.

—Que no te oiga mi padre decir eso. Es escritor.

—¿Un escritor de verdad?

—A él le gusta pensar que sí. Probablemente no has oído nunca su nombre: Lawrence Dunbar.

El fruncimiento de las cejas de George se hizo más profundo.

—No. Creo que no.

—Escribe noveluchas baratas. O, como a él le encanta decir, rollos de a tres noventa y cinco.

George soltó una carcajada.

—Esa es buena.

—A mí me gustó mucho el cuento que leíste en clase. El del muchacho cuyos huesos se disolvían, ¿no?

George se puso como la grana.

—¿En serio? Gracias.

—¿Tienes alguno más?

—¿Bromeas? Tengo montones de ellos. Mis padres creen que estoy haciendo los deberes, cuando en realidad me paso la vida en mi cuarto escribiendo cosas. Leche, menudos cabreos pillarían. —Se encogió—. Perdona. Se me escapó.

—No te preocupes, yo también hablo así continuamente.

Se apagaron las luces de la sala.

Lane se inclinó hacia George.

—Quiero leer alguna de tus historias, ¿vale?

—¿De veras?

—Claro. —Empezó a levantarse el telón—. Si quieres, le diré a mi padre que les eche un vistazo a varias de ellas.

—¡Jesús! No sé...

En el escenario, es de noche y dos centinelas montan guardia en el parapeto de Elsinore. Parecen estar helados.

George se arrellanó en la butaca. Cuando su hombro volvió a rozar el de Lane, el chico se apartó para eludir el contacto. El codo de Lane pasó por encima del brazo de la butaca y le golpeó. George volvió la cabeza otra vez.

—No muerdo —susurró Lane.

Se esforzó en prestar atención a la obra. Pero la imaginación se le descarriaba constantemente.

Se alegraba de haber charlado con George. Parecía un chaval estupendo. Un poco al estilo de Henry. Aunque no tan excéntrico. De todas formas, ambos deberían congeniar.

George era terriblemente tímido, pero lo superaría cuando se conociesen mutuamente mejor. “Y nos conoceremos mejor”, decidió Lane.

El que se hubiera sentado junto a ella tal vez lo había decretado el Destino. Y también sería cosa del Destino que ella hubiese roto con Jim la noche anterior.

“George nunca se comportaría como Jim. Lo más probable es que George jamás hubiera tenido narices suficientes para dirigirme la palabra —pensó Lane—, y mucho menos para pedirme que saliera con él. Probablemente, ni siquiera ahora se atrevería a pedírmelo. Aunque puedo hacerlo yo. ¿Por qué no?”

De todas formas, nunca iba a llegar a ninguna parte con el señor Kramer.

Al pensar en ello, le asaltó una especie de dolor hueco.

Es un profesor, se dijo. No puede enredarse con una alumna, ni siquiera aunque lo desee.

Pero su pensamiento se mantuvo centrado en él, demorándose en su aspecto físico, en las cosas, que le había dicho, en el modo en que trató a Benson, en cómo la sostuvo cuando se cayó del taburete, en el tacto de sus manos cuando le tocaron las costillas y las piernas, y cuando accidentalmente le rozó los pechos el día anterior, al cogerle los libros.

El señor Kramer se acordaba de su falda de mahón, a pesar de que habían transcurrido casi dos semanas desde que se la puso por última vez. Reconoció su Mustang en el aparcamiento el día anterior. Todos esos detalles, ¿no demostraban que aquel hombre se interesaba por ella?

Tal vez le guste yo tanto como él me gusta a mí. Se preguntó qué sentiría al besarle.

Se encendieron las luces al llegar al primer entreacto y Lane se dio cuenta de que apenas había prestado atención a la obra. No era que eso tuviera gran importancia. La había leído unas cuantas veces y también había visto las versiones cinematográficas interpretadas por Olivier y Burton.

El señor Kramer continuó en la butaca, de cháchara con Sandra. Aaron salió, seguramente a los servicios, ya que no podía ir en busca de refrescos: aquel teatro carecía de bar. Lane se volvió hacia George. La vista del chico recorría el auditorio, pero no se enfocaba sobre Lane. La muchacha sospechó que se abstenía intencionadamente de mirarla.

—¿Cómo vas al instituto? —preguntó Lane.

—¿Quién, yo?

Ahora la miraba. Directamente a los ojos.

—Sí, tú.

—Ah, me lleva mi madre en el coche.

—Vives a unas pocas manzanas de Henry Piedmont, ¿no? Normalmente, yo los llevo al instituto por la mañana a él y a Betty Thompson.

—Ah, sí, ya lo sé.

Lane sonrió.

—¿Me espías?

—¡No! Ejem.

—Bromeaba.

George siguió mirándola a los ojos. Guardó silencio unos segundos. Luego sonrió.

—Yo también. Quiero decir que no es que te espiera, exactamente. Pero sí que te observo mucho. Continuamente. Siempre que andas por las cercanías, al menos.

—¿En serio?

—Si quieres que te diga la verdad... —Hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No importa.

—¿Qué es lo que no importa?

—Me tomarías por un majadero.

—No, de eso nada. Vamos. —Le dio un leve codazo—. Suéltalo.

—Es una estupidez. No tiene importancia.

—Está bien. De todas formas, lo que yo iba a decir es que, si te apetece, puedes venir con nosotros. Podría recogerte el lunes por la mañana de paso que iba a casa de Henry. En el coche queda espacio para un pasajero más. Le ahorraría el viaje a tu madre y a nosotros nos encantaría llevarte.

George pareció confundido.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué ibas a querer llevarme?

—¿Y por qué no?

—Ni siquiera nos conocemos.

—Bueno, ahora, sí. Y quiero conocerte mejor.

La cara de George adoptó el tono del más rojo de los tomates.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Jesús!

—¿Qué me dices?

—Claro. Estupendo. Tendré que consultarlo con mis padres, pero...

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me das tu número de teléfono?

—Sí. Desde luego. Muy bien.

Lane abrió su bolso. Sacó el bolígrafo y un librito de notas. George le dio el número de teléfono de su casa. Lane lo apuntó, después garabateó el suyo en la hoja siguiente, la arrancó del cuaderno y se la entregó a George. El chico contempló el papel.

—Entérate de si a tus padres les parece bien y mañana te llamo.

—Sí. Conforme.

—No tienes que venir con nosotros, si no quieres.

—No, creo..., supongo que no habrá inconveniente. Henry es un chico fenómeno y...

—Es la primera vez que oigo llamarle así.

George sonrió.

—Bueno, sí, pues lo es. De todas formas, eso es lo que creo.

—También yo.

—Betty es más bien repugnante y odiosa.

Lane se echó a reír.

—Ah, la conoces...

—Conocerla es temerla. Pero tú no eres tan mala.

—Vaya, muchas gracias. Tampoco tú eres tan malo.

Capítulo 38

—¿Le importa si paro un momento en el puerto deportivo? —preguntó el señor Kramer, una vez dejaron a los otros alumnos. Se encontraban de regreso en el paseo de la Ribera, todavía a kilómetro y medio de la bocacalle que conducía a casa de Lane—. Me ahorraré el paseo hasta aquí mañana por la mañana.

—Ningún inconveniente, por lo que a mí respecta.

—Magnífico. No tardaré nada. Sólo necesito coger un par de cosas que dejé en la barca.

—¿Tiene una barca?

—No es gran cosa, pero es mía.

—Vaya, eso es guay.

“Guay —pensó Lane—. Mema. Deja ya de expresarte como una cría”.

El señor Kramer condujo la ranchera por una zona de aparcamiento hasta la fachada de la ferretería, allí dio media vuelta y regresó por el camino que acababan de recorrer. Antes, a la ida, cuando pasaron por delante del colegio de la comunidad, Lane se dio cuenta de que habían dejado atrás el puerto deportivo. Ahora pensó que o el señor Kramer no deseaba que los otros alumnos supiesen que tenía una barca o se había acordado repentinamente de que debía recoger aquellas cosas. De cualquier modo, Lane se alegraba. Le permitiría estar con el profesor un poco más de tiempo. Y le hacía sentirse especial el que el señor Kramer la llevara consigo, le permitiera echar un vistazo a su auténtico mundo.

“Para él soy más que una simple alumna —pensó—. Quiere que compruebe que él no es sólo un profesor”.

—Vaya —comentó el señor Kramer—, me parece que esta noche ha hecho un nuevo amigo.

—¿George? Sí. Es un chico muy agradable.

—Y un buen estudiante. Parece todo un joven caballero. ¿Le ha pedido que salga con él?

—No, difícilmente lo haría.

—Bueno, en tal caso, la velada le ha salido mal: dejó escapar una gran ocasión. Y no pretendo hacer un juego de palabras.

—George es más bien apocado. Pero es posible que le lleve al instituto en el coche. Él va a consultado con sus padres.

—No deja de ser una buena idea. Hablando de padres, casi es medianoche. No quiero que se vea en dificultades.

—Bueno, mis padres saben que la obra es muy larga. No creo que les importe que vuelva a casa un poco tarde. Sobre todo, sabiendo como saben que estoy con usted. Como es mi profesor y todo eso...

—Bueno. Está bien. No me llevará mucho tiempo. —No tardó en desviar el automóvil hacia el aparcamiento del puerto deportivo. Había allí unos cuantos coches y

camionetas más, pero Lane no vio a ninguna persona. El señor Kramer dijo—: Apéese y venga conmigo. Le enseñaré el orgullo de mi flota.

—¡Formidable!

Lane se bajó de la ranchera. Se reunió con el señor Kramer delante del vehículo. Caminaron uno al lado del otro hacia el embarcadero. Un viento bastante gélido, que soplaba desde el río, le lanzó el pelo hacia atrás y ciñó contra su cuerpo la blusa y la falda. Se encogió sobre sí misma. Cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Frío?

—Un poco.

—Tenga.

El señor Kramer empezó a quitarse la chaqueta.

—No, no. De ninguna manera puedo aceptarlo. Estoy bien. De verdad.

—Insisto.

Se volvió hacia Lane, y mientras la blanca camisa deportiva se abombaba y la corbata se agitaba despedida hacia atrás por el viento, puso la chaqueta sobre los hombros de Lane. La chica agarró la solapa para evitar que el aire se llevase la prenda.

—Se va a quedar helado —advirtió Lane, temblorosa la voz.

—No. Pertenezco a una raza de vigorosos marinos.

—Si usted lo dice...

Descorrió el cerrojo de un portillo de tela metálica y lo mantuvo abierto para que Lane entrase en el muelle. Cuando avanzaba hacia la chica, el profesor llevaba los hombros encogidos.

—Se está congelando.

—¿Yo?

El señor Kramer arqueó la espalda, sacó pecho y se lo golpeó con los puños.

Lane soltó una carcajada. Una risa extraña, al tener los pulmones tensos y estremecidos. Se quedó sin aliento.

—Puede servirme de escudo —dijo el señor Kramer. Le dio media vuelta. Sosteniéndola por los hombros, se apretó contra su espalda y la condujo hacia adelante. Lane retorció el cuello para mirarle. Sus caras casi chocaron—. ¡Cuidado! —avisó el hombre—. ¡No querrá que tengamos otro accidente!

El embarcadero vibró bajo sus pies. Las barcas atracadas a ambos lados se bamboleaban e inclinaban sobre la inquieta superficie del río. La mayoría de las embarcaciones estaban a oscuras, pero en las cabinas de algunas brillaban luces. Lane se preguntó si habría gente en aquellas barcas iluminadas. No veía a nadie. Y confió en que nadie la viera a ella.

¿Y si mis padres se enteraran de que ando por aquí, tonteando de esta manera con el señor Kramer?

—Todo a babor —le dijo el hombre al oído. La hizo torcer a la izquierda, y la empujó a lo largo de un muelle. Pasaron por delante de un oscuro y balanceante velero y de un catamarán. El señor Kramer detuvo a Lane frente a la proa de una barca de motor que tendría por lo menos seis metros de eslora. Los rayos lunares relucían sobre la cubierta de proa y el parabrisas de la cabina.

El profesor se adelantó a Lane, con paso rápido, y la muchacha le siguió por una estrecha franja de muelle que corría a lo largo del costado de la embarcación. Cerca de la popa, el hombre apoyó el pie en la regala y saltó a la barca.

—Tenga cuidado al pasar —dijo.

Le tendió la mano. Lane la tomó, se sujetó la chaqueta con la que le quedaba libre y puso el pie en la baranda. Al tiempo que se impulsaba, el profesor dio un tirón. La muchacha se dejó ir, cayó en la oscilante cubierta y se tambaleó contra él.

El señor Kramer la acogió en sus brazos. La apretó contra sí.

—Brrrrr —hizo el hombre.

Su rostro estaba helado contra la mejilla de Lane. El pecho, firme contra los senos de la muchacha. Las manos subieron y bajaron al frotarle la espalda a Lane. Ella percibió los escalofríos del profesor.

—¿Por qué no bajamos un momento? —jadeó el señor Kramer—. Para entrar un poco en calor.

Lane asintió con la cabeza.

El profesor dio media vuelta, hizo girar la llave de la puerta de la cabina y la abrió.

—Usted primero. Y mire dónde pisa.

Lane se aventuró por la oscuridad. El viento se quedó fuera. Al pie de la escalerilla, se encontró en un cuarto estrecho y acogedor. La claridad de la luna entraba por los ojos de buey y proyectaba un resplandor grisáceo sobre los cojines que había frente a ella, a ambos lados.

Oyó cerrarse la puerta corredera. El flujo del ruido que producía el viento se interrumpió casi del todo.

—Pueden dormir tres personas —dijo Kramer—. Si son liliputienses.

—Estupendo —susurró Lane.

Se volvió, con cuidado para no perder el equilibrio, y observó que la borrosa figura del profesor se le acercaba.

—Un refugio en el que protegerse de la tempestad —dijo el hombre.

—Seguro. Tenga, se la devuelvo.

Lane se quitó la chaqueta de encima de los hombros.

—Échela por ahí, en cualquier sitio.

La muchacha dobló la chaqueta. Cuando se inclinaba para dejarla sobre un cojín, una mano le acarició la nuca y Lane dio un respingo.

—Lo siento. ¿La asusté?

—Un poco.

Lane se puso derecha. La mano descendió hasta su hombro. Luego, fueron las dos manos del señor Kramer las que estuvieron en sus hombros, frotándolos por encima del grueso tejido de mahón. Lane tenía la boca seca. El corazón empezó a latirle desacompadamente.

—¿No te alivia? —preguntó el hombre.

—Sí. Pero... No puedo quedarme, de verdad.

—Lo sé. Nos iremos en cuestión de un minuto. Pero a ti te gusta, ¿verdad? Me consta que el otro día, después de clase, te gustaba. Realmente calma la tensión.

Continuó dándole masaje, presionándola en los hombros, moviendo los lados del cuello.

“No deberíamos estar haciendo esto —pensó la chica—. Aquí, no”. La cabeza le pesaba horrores. Apenas podía mantenerla erguida.

Las manos del señor Kramer se deslizaron cuello abajo. Se introdujeron dentro del escote. El broche superior de la blusa se abrió con un chasquido. Y las manos siguieron debajo de la tela, aplicando masaje a los hombros.

—Señor Kramer —musitó Lane.

—Hal. Llámame Hal.

—Hal. Es mejor que me vaya. De verdad.

—No pasa nada —dijo él—. No estamos haciendo nada inconfesable.

La sensación era mala. Pero también era una sensación buena. Increíblemente buena.

Aquellas manos grandes y cálidas se curvaron sobre los hombros y descendieron por los brazos. Lane se dio cuenta de que se llevaron con ellas los tirantes del sostén. En la parte inferior de su vientre, algo helado pareció saltar.

—Ahora estás tranquila... —susurró Kramer, sin dejar su masaje en los hombros.

—No deberíamos... Esto no es...

La boca de Kramer se posó suavemente sobre la de la muchacha y las palabras se perdieron.

—Oh, Lane.

Su aliento acarició los labios de la chica. Sus manos rozaron las mejillas de la joven con la misma delicadeza de la brisa. Se apartaron. Kramer la volvió a besar, abierta, cálida y tierna la boca.

Lane había soñado con aquello. Y, al convertirse en realidad, aquello era casi igual a como lo había soñado. Pero más excitante. Y más aterrador. Y, en cierto modo, más vergonzoso. No había esperado sentir miedo ni culpabilidad.

Esto ha ido ya demasiado lejos.

Pero se sintió impotente, apresada por la atracción de aquellos labios húmedos y cálidos.

Al tiempo que la besaba, Kramer soltó el siguiente broche de la blusa. Y luego otro...

“¡Jesús!”, pensó Lane.

Cuando saltó el último broche, Hal introdujo la lengua en la boca de Lane y abrió del todo la blusa.

La chica apartó la cara. La lengua del hombre salió de la boca y trazó una línea húmeda por la mejilla de Lane.

—He de volver a casa —jadeó ella—. Ahora mismo.

—Esto es lo que has estado esperando —dijo Hal, y le quitó la blusa de encima de los hombros. Ella intentó levantar los brazos, pero Hal tiró hacia abajo con más fuerza y logró sacar las mangas—. Es lo que ambos hemos estado esperando. Lo sabes muy bien.

—No.

La abrazó, inmovilizándole los brazos, la besó en la humedecida mejilla y le soltó los corchetes del sostén.

—¡No! ¡He dicho que no!

Lane se retorció, pero Kramer la oprimió contra sí.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó.

La muchacha no percibió enojo alguno en su voz. El hombre parecía desconcertado, incluso dolido.

—No está bien. Usted es un profesor.

—Hiciste todo lo que pudiste para seducirme. Bueno, soy humano. Has ganado. Ya me tienes.

Lane forcejeó para librarse del abrazo, pero el hombre la sujetó con firmeza.

—No hay motivo para que te asustes. Tranquilízate. Lane dejó de bregar.

—Eso está mejor. Mucho mejor. —Kramer aflojó la presión del abrazo. Sus manos vagaron por la espalda desnuda de Lane—. ¿No te alivia?

—Creo que sí.

—Eres una jovencita afortunada —dijo Kramer—. Todas me deseáis. Lo sabes, ¿verdad? —Las manos descendieron. Le acariciaron las nalgas—. Todas las hembras del instituto están locas por mí. Pero sólo unas cuantas me consiguen.

—Quiero irme a casa —articuló Lane, esforzándose en evitar que le temblase la voz—. Por favor.

—Te llevaré a tu casa.

Encontró el botón de la cadera de la falda. Lo desabrochó. Abrió el corte y bajó la cremallera.

—¡No!

—Te llevaré a casa en cuanto hayamos terminado.

La falda cayó en torno a los pies de Lane. Kramer deslizó la mano debajo de la tela de las bragas, por detrás. Los dedos apretaron los glúteos de Lane.

—Señor Kramer, no...

—Soy Hal. ¿Recuerdas?

Deslizó las bragas muslos abajo.

—¡Maldita sea!

Lane le propinó un empujón. Kramer dio un traspié hacia atrás y cayó encima de un cojín. Allí tendido, dijo:

—Eres una verdadera desilusión para mí, Lane.

La muchacha se dobló sobre sí misma. Las copas del sujetador habían abandonado los pechos y los tirantes se deslizaban por sus brazos. Tiró hacia arriba de las bragas. Se inclinó un poco más y el sostén descendió hasta las muñecas mientras la chica intentaba coger la falda. Antes de que pudiera levantarla, Hal estiró una pierna y sujetó la falda contra el suelo.

—¡Levante el pie de ahí!

Hal retiró la pierna con brusco movimiento. La falda, enganchada en el talón de Kramer, dio un violento tirón a las botas de Lane. Resbalaron los pies de la muchacha. Dejó escapar un grito entrecortado, dio un tumbo y movió los brazos para recobrar el equilibrio. El sujetador se agitó en las tinieblas. En el preciso instante en que recuperaba la verticalidad, Kramer se lanzó hacia adelante, agarró la falda con las dos manos y tiró de ella.

Lane perdió pie.

—¡No! —gritó mientras caía.

Las nalgas cayeron sobre el borde de un almohadón. La espalda chocó contra una superficie fría. Lane apoyó las manos y se impulsó hacia arriba.

Kramer se colocó entre las rodillas de la chica. Cogió a Lane por la garganta y la aplastó sobre el cojín. Con la otra mano, la punzó inmediatamente debajo del esternón.

El dolor estalló por todo el cuerpo de Lane. Se quedó sin aliento. Resolló, en un intento de aspirar algo de aire, pero los pulmones parecían habersele quedado inútiles. Tuvo la sensación de que en su organismo nada funcionaba. Como si su cuerpo hubiese estallado en el núcleo central.

Kramer le soltó la garganta.

Lane trató de levantar la cabeza, pero no pudo.

—Estarás bien dentro de un minuto —dijo Kramer; su voz parecía débil al atravesar el estruendo que rugía en los oídos de la joven—. Te apliqué un golpecito en el plexo solar.

Es un ganglio nervioso, por si no estás fuerte en fisiología. Salvando un poco las distancias, viene a ser algo así como si a un hombre le agarraran por los testículos. Lamento haber tenido que hacértelo.

Lane comprobó que los dolores cedían y que ya le era posible respirar, mediante breves y lamentables bocanadas de aire.

—Pero te haré cosas peores —amenazó Kramer—, si te empeñas en ponerme las cosas difíciles.

Lane se dio cuenta de que le descalzaba una bota. Después, la otra. Las manos de Kramer fueron ascendiendo despacio por las piernas de la muchacha.

—No obstante, vamos a disfrutar de unas largas y maravillosas relaciones. A pesar de este principio más bien poco prometedor. Ya lo verás.

Notó que la boca del hombre se aplicaba a la entrepierna, por encima de las bragas. Sintió el contacto de los labios, de los dientes, de la lengua culebreante. Luego, la boca de Kramer se apartó de allí. El hombre rasgó las bragas por ambos lados y tiró de los restos de la tela para sacarlas de debajo de las nalgas de Lane.

—Esto es lo que tú querías —musitó. La joven captó cierto temblor en su voz—. Esto es lo que queremos los dos.

—Ya estás en casa —dijo el profesor—. Sana y salva. Y ni siquiera es tan terriblemente tarde como todo eso.

Las palabras parecían llegar desde muy lejos.

—Mírame.

Lane volvió la cabeza. De un modo confuso, comprendió que Kramer sonreía.

—Has pasado una velada de fábula, ¿verdad? Me consta que sí. Lo repetiremos, ¿no te parece? Tal vez el lunes o el miércoles. Ya determinaremos más adelante dónde y cuándo. y tú estarás allí. ¿De acuerdo?

Lane se las arregló para asentir.

—No te he oído.

—Sí —bisbiseó la chica—. Estaré allí.

—Y no le contarás nunca a alma viviente alguna lo de nuestra pequeña fiesta, ¿conforme?

—No se lo contaré a nadie.

—¿Qué ocurrirá si lo haces?

—La navaja barbera.

—Exacto. —Kramer se palmeó el bolsillo de los pantalones—. ¿Y de quién se encargará la navaja barbera?

—De mis padres. Y de mí.

—Muy bien. Eres una alumna excelente. Ahora, entra en tu casa. Seguramente, tus padres te estarán esperando, de modo que es mejor que procures mostrarte alegre y vivaz. Tienes que ofrecer una interpretación convincente. Si por asomo sospecho que me has traicionado, ya sabes lo que pasará.

—Lo sé.

—Y no pienses que la policía puede salvarte. Ni hablar. Incluso aunque me detuvieran, saldré en seguida. Sabes lo que es libertad bajo fianza, ¿no?

—Lo sé.

—Y sabes lo que sucederá en cuanto esté en la calle.

—Lo sé.

—Muy bien. Ahora, buenas noches, cariño.

Lane se concentró en su mano y le vio accionar el mecanismo de la portezuela. Ésta se abrió, apartándose de su hombro. Notó la frescura del aire nocturno.

—Dulces sueños —dijo Kramer.

Luego, Lane se quedó junto al bordillo, con la mirada en el automóvil, que se alejó y desapareció al doblar la esquina. La muchacha se volvió, despacio, de cara a la casa. La luz del porche estaba encendida.

“¿Cómo voy a fingir...?”

Se acercó a la casa extremando el cuidado al andar. Tenía la sensación de que Kramer había empotrado hasta lo más profundo de su cuerpo una gruesa rama, una rama en ascuas cuyo rescoldo cobraba vida a cada movimiento brusco que ella hacía.

“Se darán cuenta en seguida que algo va mal”, pensó.

—Diré que tengo la regla.

Se detuvo ante la puerta y, a la luz del porche, bajó la mirada sobre sí misma. La falda estaba arrugada. La alisó. Supuso que tenía todo el aspecto de que nada había sucedido. Mientras no pudiesen mirar debajo de la falda.

Kramer se había quedado con las bragas.

Un recuerdo de su primera cita amorosa, había dicho. “¿Qué voy a hacer?”

Trató de concentrarse.

“Lo único que ahora importa —se dijo—, es pasar por delante de papá y mamá sin que noten nada. No puedo permitir que sospechen lo más mínimo”.

Sacó el llavero, abrió la puerta y franqueó despacio el umbral.

El televisor estaba encendido.

Su padre yacía en el sofá. Roncaba.

Su madre no estaba en el salón.

“Gracias a Dios”.

Lane cerró silenciosamente la puerta de la calle. Pasó con todo sigilo junto al sofá, acabó de cruzar el salón y avanzó por el pasillo.

—¿Eres tú, tesoro? —preguntó su madre. La voz tenía un tono aturdido, como si la mujer hubiese estado durmiendo hasta un segundo antes.

—Sí.

Lane decoró su rostro con una sonrisa y se detuvo en el hueco de la puerta de la alcoba matrimonial. Recostada sobre los almohadones, su madre tenía un libro abierto en el regazo.

—¿Qué tal la obra?

—Bastante bien.

—¿Fuisteis luego a algún sitio?

—Sí. El señor Kramer nos llevó a tomar una *pizza*.

—Ah, eso sí que fue amabilidad por su parte. —La madre bostezó, se dio unas palmaditas en la boca y miró a Lane, entornados los párpados—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo un maldito dolor de cabeza. Y retortijones.

—Oh, lo siento. Espero que se te pase pronto.

Lane se encogió de hombros.

—En cuanto me duche y tome una aspirina, como nueva.

—¿Qué hace tu padre?

—Duerme en el sofá.

—Está mal acostumbrado.

—Sí. También estaba muy afectado por el accidente de Pete.

—Las dos cosas. Creo que es mejor dejarle donde está.

—Vale. Buenas noche, mamá.

—Que duermas bien.

Lane fue a su dormitorio. Cuando salió, con la bata encima, la habitación de sus padres no proyectaba luz alguna sobre el pasillo.

En el cuarto de baño, la chica encendió la luz y cerró la puerta. Se desnudó. Sentada en el inodoro, se quitó el tampón.

No quiero estropear tu bonita falda, había dicho Kramer antes de colocárselo.

La verdad es que tenía una buena reserva en la barca.

El tubo del tampón estaba empapado de sangre y semen.

Lane comprendió que no debía tirarlo por la taza del retrete, pero tampoco podía dejar una prueba como aquélla en el cubo de los desperdicios. Nunca había usado tampones. Si su madre lo viese...

Lo echó al inodoro y tiró de la cadena.

Se inclinó hacia atrás para contemplarse. En el punto donde Kramer la había pinchado, la piel estaba enrojecida. También estaban rojas las zonas donde las manos del profesor apretaron. Y donde los labios succionaron. Lane pensó que hasta podía oler la saliva del hombre. Una emanación dulzona y empalagosa. Pero no tan nauseabunda como el sabor que dejó en la boca de Lane.

Emitió un gruñido al echarse hacia adelante para observar su entrepierna. Los rizos rubios eran una mata enmarañada, lisa, seca, pegada a la piel. Debajo de aquel escaso vello, la piel tenía un tono rojizo, parecido al de los pechos. No vio sangre. Peor aún. Kramer la había lamido hasta limpiar la zona.

La vulva semejava una herida en carne viva, brillantes y carmesí sus labios.

Hizo una mueca de dolor al juntar las piernas. Se puso en pie, fue cojeando hasta el lavabo y empezó a cepillarse los dientes. La pasta dentífrica tenía un sabor a menta que se superpuso al gusto de la saliva de Kramer.

Mientras se limpiaba los dientes contempló su imagen en el espejo del botiquín. Tenía el pelo como revuelto por el viento. Los ojos tenían color rojo donde debían tenerlo blanco y su aspecto era extraño, alucinado. A duras penas parecían sus ojos.

“Ya no soy yo —pensó—. Esa de ahí es alguna otra persona”.

Alguien a quien han jodido.

Jodido de verdad.

“Estoy destrozada —pensó—. Hundida, jodida”.

Y, si lo digo, seré carne muerta. Carne de tumba si no le dejo que me haga de nuevo lo que ya me ha hecho.

Una mierda voy a permitirle que me lo vuelva a hacer.

Un espeso glóbulo de espuma de pasta dentífrica rebasó el labio inferior de Lane. En el espejo, la muchacha lo vio derramarse sobre la barbilla. Se atragantó, de pronto. Con la mirada borrosa, dio media vuelta y se apartó del lavabo. Cayó de rodillas frente al inodoro, agarró los bordes con ambas manos y vomitó dentro de la taza.

Cuando hubo terminado de devolver, se arrastró hasta la bañera.

Capítulo 39

Lane se pasó la toalla con toda la precaución posible, para secarse sin despertar la furia de las heridas. Luego dejó la toalla en su barra y se puso la bata. La suave tela se le pegó a la piel en las zonas a las que no llegó la toalla y aún estaban húmedas.

El cepillo de dientes seguía en la pileta del lavabo, con las cerdas y el mango cubiertos de pasta blanca. Lo enjuagó. Al comprender que no sería capaz de utilizarlo nunca más, lo tiró al cubo de los desperdicios.

“Diré que se me cayó al suelo y se ensució, o algo así”, se dijo.

En un armario situado debajo de la ventana encontró su neceser de viaje. Sacó un cepillo de repuesto que llevaba en él. Se limpió los dientes otra vez. Cuando la pasta dentífrica se le espesó en la boca, volvió a atragantarse y los ojos se le llenaron de lágrimas. En esa ocasión, sin embargo, no devolvió. Escupió la pasta, se enjuagó la boca y dejó el cepillo en su sitio.

Luego se tomó tres cápsulas de aspirina, tragándolas con agua fría.

Tras revisar el inodoro y cerciorarse de que no había allí rastros de vómito, recogió sus ropas y abandonó el cuarto de baño.

Notó frío el pasillo. Aún había luz en el otro extremo. Se preguntó si su padre continuaría roncando en el sofá.

Su madre siempre se daba a todos los diablos cuando él bebía demasiado.

Tampoco es un crimen tan grave, pensó Lane.

Mamá debía sentirse contenta de estar casada con un hombre como él, y no armar tales tremolinas por una cuestión tan insignificante como aquella.

Lane entró en su dormitorio. Encendió la luz accionando el interruptor con el codo. Trasladó sus botas al armario y las puso dentro.

Se quedó mirándolas.

Su regalo, su premio por haber procurado el anuario a su padre.

“Dios mío —pensó—. Si Kramer no me hubiera ayudado a conseguir ese anuario, yo no habría empezado a quedarme después de clase. Y nada de esto hubiese ocurrido”.

“Me han violado por ti, papá”.

Mierda. Fue culpa mía.

“Ella pecó lastimosamente, y lastimosamente lo expió”.

¿De quién es eso? ¿De Shakespeare?

Kramer fue el que echó al aire la moneda para ver a quién le tocaba asistir a la representación de *Hamlet*, recordó Lane súbitamente. Lo tenía todo planeado.

Se acercó a la cama, con las prendas en la mano. Echó la falda y la blusa encima del lecho y alzó el sostén para observarlo a la luz. No parecía estar sucio.

Pero sí estaba lo bastante sucio, pensó. El hijo de mala madre lo había tocado.

Mientras examinaba la blusa y la falda, su mente volvió al lanzamiento de la moneda. ¿Cuándo fue? Antes de que mamá y yo fuéramos a ver a la abuela, la semana pasada. El viernes. Él lo hizo el viernes y hasta el lunes pasado no me consiguió el anuario.

Si él lanzó la moneda, entonces aquel viernes debía de tenerlo todo planeado para acostarse conmigo esta noche. *Antes* de lo del anuario. *Antes* de que yo empezara a quedarme hasta tarde, me cayera del taburete, me comportase como una idiota, me dejara el sostén en casa y todo eso. No ha tenido nada que ver con lo demás.

El mal nacido me eligió como víctima.

Lane proyectó de nuevo su atención sobre su tarea del momento. La blusa y la falda estaban bien. No podría ponérselas de nuevo, pero las manchas no las habían estropeado.

Las echó en el cesto. Contempló la cama. No deseaba acostarse, le resultaría imposible dormir. Permanecería echada allí, pensando. Y los peores pensamientos siempre le afluían cuando trataba de conciliar el sueño, y no quería afrontar los que le esperaban aquella noche.

¿Me habrá dejado embarazada? ¿Me habrá contagiado el sida? ¿Entrará subrepticamente en casa alguna noche, con su navaja barbera, y nos asesinará a todos?

Mierda.

¿Quién necesita meterse en la cama para pensar en toda esa porquería?

Es muy poco probable que me haya dejado embarazada, teniendo tan cerca la menstruación. Pero, ¿y el sida? Claro que, aunque él lo tenga, las posibilidades de...

Ya estamos, dale que te pego.

Y será peor cuando esté tendida ahí, con la luz apagada. Lo bonito es pasarse la noche sentada, mirando la televisión.

El televisor encendido, recordó. Y el pobre papá como un proscrito tendido en el sofá.

Lane salió del cuarto, sin saber a ciencia cierta qué iba a hacer. Quizá sentarse y contemplar la caja tonta. O acaso apagada y zarandear a su padre para despertarlo y que pudiera descansar a gusto durmiendo en su cama, que era donde debía estar.

De cualquier modo, ni el televisor ni la lámpara de la sala de estar tenían por qué permanecer encendidos toda la noche.

Lane se encaminó al salón, despacio. Aunque todo el cuerpo continuaba resentido, los dolores parecían haberse aplacado bastante. Tal vez las aspirinas contribuyeron a ello. Desde luego, la ducha sí. Y el largo baño caliente que tomó después de lavarse a fondo bajo el rocío de la ducha.

“El virus pudo haber entrado cuando él rompió el viejo himen. ¿No sería irónico? Morí porque era virgen. Nunca debí ser tan puñeteramente casta”.

“No me pasará nada — se dijo —. Me recobraré”.

El televisor continuaba funcionando, pero en la pantalla sólo se veía nieve. La lámpara del extremo del sofá también estaba encendida. Pero el padre de Lane se había ido.

Lane oyó el suave rumor y el golpe de una puerta corredera que se cerraba.

— ¿Qué hace? ¿Ha vuelto a salir?

La muchacha pasó a la cocina y ahuecó las manos con los cantos apoyados en el cristal de la ventana para echar un vistazo. Su padre estaba allí fuera, sí. Caminaba de un modo extraño, como si no se hubiera espabilado del todo, como si le durase la intoxicación etílica. Anduvo hacia el garaje, dando bandazos, vacilando, bamboleándose un poco.

Lane abrió la puerta de la cocina. Estuvo a punto de llamarle, pero comprendió que un grito despertaría a su madre. Fuera lo que fuese lo que su padre se llevara entre manos, seguro que su madre se entrometería y le amargaría un poco la vida a causa de ello.

En el momento en que el padre abría la puerta del garaje, Lane salía de la casa y cerraba silenciosamente la de la cocina.

— ¿Papá? — llamó, sin levantar mucho la voz.

El hombre no pareció oírla. Se desvaneció en la oscuridad interior.

Lane frunció el entrecejo. “Quizá deba volver a entrar en casa”, pensó. Pero ¿y si le ocurre algo? De todas formas, ¿qué está haciendo en el garaje?

El viento agitó el vuelo de la bata, separando la falda a ambos lados de las piernas y dejando éstas al descubierto. Le gustó el modo en que el aire la acariciaba y dio por sentado que su frescura no la iba a molestar porque aún conservaba el calor del baño.

¿Y si papá me ve?

De mala gana, se recogió la bata en torno a las piernas. Hundió el agradable tejido entre los muslos.

Un resplandor blanco brilló de pronto en las tinieblas interiores del garaje. La luz parecía moverse. Lane pensó que debía de tratarse de la linterna de pilas que le regaló ella el Día del Padre. Tenía un tubo fluorescente, en vez de la bombilla que llevaban las linternas corrientes.

¿Buscará algo?, se preguntó Lane.

Al ir descalza, la muchacha se mantuvo fuera del césped.

Caminó por la terraza de cemento. Llegaba a la puerta del garaje cuando le vio.

Empuñaba la linterna con una mano. Se encontraba de pie encima de la plataforma colocada debajo de la trampilla del desván. Miraba hacia arriba, de espaldas a Lane. Movía la mano por encima de la cabeza, tratando de coger la cuerda suspendida de lo alto.

El aire lanzó un mechón de pelo sobre los ojos de Lane.

Dejó al descubierto todo el lado derecho de la joven y le acarició suavemente la piel. Mientras se detenía para cubrirse de nuevo con la bata, Lane observó que su padre atrapaba la sogá y tiraba de la trampilla hacia abajo. El hombre posó la linterna a sus pies, encima de la plataforma. Desplegó la escala.

— ¿Papá?

Como si no la hubiese oído, Larry recogió la linterna y empezó a subir por la escala.

¿Está sordo?

Lane corrió hacia él, temerosa que pudiera caerse.

No hacerle caso era impropio de su padre. Decididamente, le pasaba algo. O estaba borracho perdido o... sonámbulo.

Se detuvo al pie de la escala. Su padre casi había llegado arriba.

“Tal vez sea mejor que avise a mamá — pensó Lane—. Si anda en sueños, la cosa es seria. ¿Y si acaba lo que está haciendo, no sabe que está en el desván y se cae por el hueco de la trampilla?”

“Eso también puede ocurrirle mientras voy a avisar a mamá”, comprendió Lane.

El padre subió los últimos peldaños de la escala y se perdió de vista al arrastrarse por el suelo del desván.

Lane, decidida a no dejar a su padre, subió tras él. “¿Qué vaya hacer?”

Había oído en alguna parte que, a menudo, los sonámbulos se quedan muertos en el sitio si uno los despierta. Probablemente sea un estúpido cuento chino. Pero ¿y si es verdad?

Será mejor que no le quite ojo y procure evitar que se haga daño.

Por la abertura de encima de su cabeza, Lane vio la parte interior del tejado del garaje, con las vigas proyectando líneas de sombra sobre las planchas del techo. La linterna tenía que estar cerca, pero la muchacha no podía localizar a su padre.

Subió un poco más. Los travesaños se le clavaban en las plantas de los pies. Se percató de que le temblaban las piernas.

Cuando hizo un alto en el peldaño siguiente, la cabeza asomó ya por el piso del desván. Se detuvo. A menos de un metro, frente a su cara, había una caja de madera.

¿Un ataúd?

Ni hablar. Eso es ridículo.

Pero los escalofríos le treparon por la espalda. El corazón empezó a acelerar sus latidos y a remitir punzadas de dolor a través de su cuerpo. Tuvo la sensación de que sus músculos, doloridos y temblorosos ya, se fundían convirtiéndose en una especie de pastosas gachas calientes. Se aferró al escalón superior, por si acaso le fallaban las piernas y miró a su padre.

Se encontraba de pie en uno de los extremos de la caja. ¡No podía ser un ataúd!

Estaba allí, con la vista clavada en el interior de la caja. La linterna, que sostenía a la altura del pecho, dejaba en su rostro manchas de negrura.

—Lo sé —dijo el hombre.

Las palabras parecieron cortar el resuello a Lane. Comprendía que no le hablaba a ella.

—También yo te he echado de menos —dijo el hombre—. ¡Tanto!

Asintió como si oyese una voz dentro de su cabeza. Después abrió las piernas, encima de la caja, y se sentó en su extremo. Apoyó la linterna en la rodilla izquierda.

—¿Toda la eternidad? —preguntó. Al cabo de unos segundos, dijo—: Eso sería maravilloso, Bonnie.

Le costó un buen esfuerzo, pero Lane subió más. Larry no pareció darse cuenta de su presencia.

Lane se puso de rodillas en el piso del desván.

Su vista pasó por encima del borde de la caja.

Se quedó petrificada.

Era un ataúd, no estaba vacío y en su interior yacía algo muy semejante a una momia egipcia que alguien hubiera desenvuelto: la momia de una muchacha con una mueca horrible en la cara y un astil de madera sobresaliendo de su pecho entre unos pechos que parecían dos pequeñas láminas oblongas de cuero. Estaba completamente desnuda y papá estaba sentado a sus pies, desde donde podía verla entera, y no sólo la miraba, sino que también ¡le hablaba!

“No es posible que esto esté ocurriendo —pensó Lane—. Debo de haberme dormido y...

Él es el único que duerme.

—Lo sé —dijo el hombre, aunque no se dirigía a Lane—. Pero tengo miedo.

Asintió con la cabeza.

Se lanzó hacia adelante; sobre los bordes del ataúd. Se detuvo a la altura de la pelvis de la momia. De alargar Lane la mano, podría haberle tocado la pierna izquierda.

—También yo te quiero —dijo su padre. La angustia matizaba la voz—. Pero amo a mi mujer y a mi hija. No las abandonaré, ni siquiera por ti.

Aquellas palabras parecieron disipar la niebla que envolvía el cerebro de Lane.

—¿Lo prometes? —preguntó Larry.

“¡Está hablando con un cadáver! ¡De mí y de mamá!”

—Si les causas algún daño...

Volvió a asentir con la cabeza.

—Está bien. Lo haré.

Se inclinó hacia adelante y alargó la diestra hasta el pecho de la momia. Sus dedos se cerraron en seguida alrededor de la estaca.

—¡PAPÁ!

Lane descargó un puñetazo en la parte lateral de la rodilla de su padre. El impacto despidió la pierna de Larry hacia dentro. Se le cayó la linterna. La pierna del hombre chocó contra el ataúd. La linterna se estrelló contra el piso del altillo. Se apagó.

Las tinieblas se abatieron sobre los ojos de Lane. La muchacha se desplazó al frente.

—¿Eh? —Era la voz de su padre. Desconcertada. Luego rugió—: ¡Yiiiiiiiieeeeé!

Lane encontró la pierna de Larry. El hombre se quedó rígido y su grito se tornó aullido. Los brazos de la muchacha se cerraron en torno a su cintura.

—Papá —jadeó Lane, mientras él intentaba soltarse—. Papá, soy yo, Lane. Estás bien.

Larry dejó de chillar, suspendió los esfuerzos para liberarse. Emitió una serie de sonidos ahogados, quejumbrosos.

—Todo va bien —susurró Lane—. Todo va bien.

Notó que una mano se posaba en su espalda. Otra le tocó un lado de la cabeza, para trasladarse luego al rostro y rozárselo, con los dedos aleteando contra la mejilla. Mientras la acariciaba, entre sollozos, el hombre fue tranquilizándose.

Empezó a musitar: “¡Oh, Dios mío!”, una y otra vez.

—Todo va bien —continuó susurrando Lane.

Al cabo de un rato, su padre dijo:

—No sé qué estoy haciendo aquí.

—Creo que viniste sonámbulo.

—Ella me indujo. Ella me ha traído aquí. ¡Oh, Dios mío!

¿Le arranqué la estaca?

—No lo sé.

—¡Oh, Dios santo!

La mano se apartó del rostro de Lane. La muchacha notó que su padre se inclinaba hacia adelante.

—¿Qué haces?

Percibió el estremecimiento que sacudió todo el cuerpo de Larry.

—¿Papá?

—Aún está ahí. Gracias a Dios.

—Ea, vámonos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí arriba? —cayó Larry en la cuenta de pronto.

—No te preocupes, papá. Bajemos de aquí procurando no rompernos el cuello.

Le soltó y se dio media vuelta. El padre mantuvo la mano sobre la espalda de Lane.

—Ten cuidado, cariño.

—Tú también.

El hueco de la trampilla era un rectángulo gris. Larry apartó la mano. Mientras ella se sentaba en el suelo y dirigía las piernas hacia la brecha, Lane le oyó moverse y salir de encima del ataúd.

—¿Por qué no aguardas quieto aquí mientras bajo y enciendo la luz del garaje?

—Bromeas, ¿no? —dijo Larry.

Ya volvía a hablar casi como su padre.

Lane adelantó el cuerpo. Bajó los pies hasta que tropezaron con el travesaño de un escalón.

—¿Estás bien? —le preguntó Larry.

—Sí.

Lane se agarró a los montantes de la escalera de mano y abandonó el piso del sotabanco. Empezó a bajar despacio, de espaldas a la escala, con los peldaños frotándole las nalgas y los faldones de la bata totalmente abiertos, de forma que, hasta el cinturón anudado al talle, nada le cubría el cuerpo por delante.

Confiaba en que su padre no la viera así.

Durante unos segundos se imaginó a sí misma tendida completamente desnuda en el ataúd del desván y su padre sentado sobre ella, contemplándola al resplandor de aquella linterna.

¿Quién es la momia?

Los pies de Lane llegaron a la plataforma de madera. Se bajó de la escala, se irguió y se ciñó la bata alrededor del cuerpo, cubriéndolo antes de darse media vuelta.

Su padre bajaba de cara a la escalera de mano. Cuando llegó a la plataforma, plegó la escala, cogió la cuerda y tiró para levantar la trampilla. Se cerró con un suave golpe.

Larry se apeó de la plataforma. Lane fue a él y le pasó un brazo por la espalda. El hombre la apretó fuerte contra su costado.

Caminaron juntos de regreso a la casa.

Capítulo 40

—Supongo que tú y yo tenemos que charlar un poco —dijo Larry.

—¿Qué es eso que tienes en el garaje?

—Es una larga historia. ¿Por qué no preparas un poco de café? Iré a llamar a tu madre.

—¿Vas a decírselo a mamá?

—Sí. Creo que sería mejor contárselo.

—Si temes que me chive...

—No, no es eso. Tengo que explicarle lo que pasa.

Salió de la cocina. Larry tiró el filtro usado, puso uno nuevo en el depósito de plástico de la cafetera, añadió café molido y encajó el depósito en su sitio. Vertió agua por la boca del recipiente. Apretó el interruptor de ENCENDIDO. Brilló la lucecita roja. La muchacha se quedó mirándola.

“Todo se desquicia en estos tiempos”.

Un eufemismo para describir este jodido año, pensó Lane.

Se sentó en el borde de la cama y sacudió a Jean suavemente por el hombro. La mujer exhaló un gruñido al tiempo que daba media vuelta. Miró a Larry, entornados los párpados.

—¿Eh? ¿Qué pa...?

—Tienes que levantarte —dijo Larry.

De súbito, la mujer pareció alarmada y completamente despierta.

—¿Ocurre algo malo?

—No hay fuego ni nada de eso. Nadie está enfermo ni herido. Sólo ocurre que es preciso que hablemos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué? ¡Vamos, dime!

—Lane espera en la cocina.

—¿Está bien?

—Estupendamente. Se trata de mí. Te lo explicaré todo en cuestión de minutos.

Jean se incorporó. Sus ojos tenían una mirada extraña. Una expresión de miedo y dolor. Se oprimió entre los dientes el labio inferior.

—Tampoco tienes que inquietarte de ese modo.

—¿Nos abandonas?

—No, no. Santo Dios, no.

Se había caído un tirante del camisón y el hombro y el seno derecho de Jean estaban a la vista. Larry ahuecó la mano sobre aquel pecho y besó a su mujer en los labios.

Cuando retiraba la cabeza, Jean le miró a los ojos.

—¿Tienes un lío?

—No, te quiero, Jean. —Levantó el tirante hasta dejar de nuevo en el hombro y volvió a besar a su esposa. Le rodearon los brazos de Jean. Le apretó contra ella frenéticamente—. Vamos, ya. Lane nos está esperando —insistió Larry.

Jean le soltó.

Larry se puso en pie. Aguardó mientras Jean saltaba de la cama y se ponía la bata. Luego la cogió de la mano y la condujo fuera de la alcoba. Al entrar en la cocina, los envolvió el aroma agradable del café.

—Estará listo dentro de un par de minutos —dijo Lane.

Intercambió con Jean una sonrisa en la que se apreciaba cierta angustia.

—¿Sabes a qué viene todo esto? —le preguntó Jean.

—La verdad es que no.

Ambas miraron a Larry.

—Venga, sentaos —dijo él.

Se sentaron a la mesa. Larry permaneció de pie, detrás de su silla, cuyo respaldo cogía con las manos.

—¿Te acuerdas del cadáver que encontramos? —preguntó a Jean.

—¿Qué hay de eso?

Larry volvió la cara hacia Lane.

—Cuando tu madre y yo explorábamos en el desierto, con Pete y Bárbara, encontramos un cadáver en un hotel abandonado de Llano de la Artemisa. Es una ciudad fantasma de cosa de cincuenta...

—¿Allí es donde la encontraste?

—Sí.

Jean enarcó las cejas.

—Creí que habíamos convenido no decírselo a Lane...

—No se lo he dicho. —Notó que una mueca le contraía el rostro. Ahora viene el jaleo, pensó. Respiró hondo—. Lane ha visto el cadáver. Esta noche. Está en el desván del garaje.

Jean se le quedó mirando boquiabierto. El color desapareció de su semblante. Silabeó, en voz baja:

—Me tomas el pelo.

—Pete y yo volvimos allí y nos lo trajimos. Mientras vosotras dos estabais en Los Ángeles.

—Estás de guasa —insistió la mujer.

—No está de guasa —intervino Lane.

Larry se apartó de la mesa. El café había dejado de humear en la cafetera automática. Larry abrió el aparador.

—Estamos escribiendo un libro sobre eso. Estoy escribiendo el libro.

—Un libro —musitó Jean.

—Un libro de vampiros —añadió Larry, al tiempo que cogía tres tazas—. No es una obra de imaginación.

Procedió a llenar las tazas. Le temblaba la mano y derramó café en el mostrador.

—¿Me estás diciendo... que Pete y tú sacasteis esa cosa horrible de debajo de la escalera, que os la habéis traído a casa y que está en nuestro garaje?

—Eso mismo. Y estoy escribiendo un libro sobre ello.

—Un libro de vampiros —murmuró Lane. Parecía hablar consigo misma.

Larry les sirvió las tazas. Lane tenía los ojos clavados en el centro de la mesa. Jean alzó la cabeza y le observó mientras colocaba la taza delante de ella.

—Has perdido la razón —dictaminó.

—Lo sé. —Larry se sentó—. Ya imaginaba que te ibas a sulfurar...

—¿Sulfurarme? ¿Yo? ¿Por qué iba a sulfurarme? Mi marido se trae a casa un maldito fiambre y lo esconde en nuestro garaje...

—Hombre, papá...

—Lo siento. Ya sé que fue una estupidez. Pero Pete y yo nos figuramos que...

—Pete —se entrecerraron los ojos de Jean—. Me apuesto algo a que fue idea suya.

—Bueno, sí. Pero yo la secundé. Estamos hablando de un libro importante. Puede enriquecernos.

—Asaltar un banco también —dijo Jean. Apoyó las manos en la mesa. Echó la silla hacia atrás. Se puso en pie y fue hacia el teléfono—. ¿Lo sabe Bárbara?

—No. ¿Qué haces? —preguntó Larry.

Jean no contestó. Marcó unos números en el teclado del teléfono.

—Oh, chico —bisbiseó Lane.

Larry gruñó. Se arrepentía de haber mencionado a Pete.

Pero había sido idea de Pete.

Ahora tendremos a dos esposas subiéndose por las paredes.

“Sería estupendo —pensó—, que Pete estuviera aquí para prestarme un poco de apoyo moral”.

—Soy Jean. —Su voz sonaba tranquila—. Quisiera hablar con Bárbara... No, no es ninguna broma... Sí, de verdad, ajá... Hola, Bárbara, aquí, Jean... Sí, yo diría que no. Algo anda mal. Me gustaría que tú y Pete os dejarais caer por aquí ahora mismo... Digamos que nuestros queridos esposos han hecho una de campeonato. Tráete algo bien afilado. Puede que no podamos resistir las ganas de asesinarlos.

“Al menos, no ha perdido el sentido del humor”, pensó Larry.

Jean colgó.

—Estarán aquí en seguida —informó.

—Maravilloso.

Jean se sentó, tomó un sorbo de café, dejó la taza, miró con el ceño fruncido a Larry y dijo:

—¿Qué estabas haciendo esta noche en el garaje con el fiambre?

La pregunta le sobresaltó. Notó que se le subían los colores a la cara.

—Nada.

—¿Qué significa “nada”? Tú estabas allí con eso, ¿no?

—Miró a Lane—. ¿Estaba allí o no?

—Andaba dormido —respondió Lane—. No sabía lo que estaba haciendo.

—¿Y qué estaba haciendo?

Lane miró a su padre. Apretó los labios.

—Anda, díselo —animó Larry—. Así lo sabremos todos.

—Papá hablaba con... el cadáver. Supongo que estaba soñando o algo así y ambos mantenían una conversación. —Volvió los ojos hacia el hombre—. Creo que ella trataba de convencerte para que le arrancases la estaca.

—¡Oh, por el amor de Dios! —jadeó Jean. Lane giró bruscamente la cabeza hacia su madre.

—Él no hizo nada —se le atropellaron las palabras—. Quiero decir que no se daba cuenta de que aquella criatura fuese un supuesto vampiro, pero... le desperté antes de que pudiera arrancarle la estaca.

—¿Y qué estabas haciendo tú allí, jovencita?

—Me preocupaba de papá. No creí que tuviera que pasarse toda la noche en el sofá sólo porque se hubiese tomado un par de copas de más. —Dedicó a Jean un fruncimiento de ceño—. De modo que, después de tomar mi baño, fui a despertarle para que se metiera en la cama. Pero no estaba en el salón. Entonces vi que se dirigía al garaje. Le seguí. Tenía miedo de que se hiciera daño. Una adivina cuando algo no va bien. Papá andaba en sueños. No sabía qué diablos estaba haciendo.

—Seguiste a tu padre al desván y le viste de charla con un cadáver. —Jean miró a Larry—. Supongo que te sientes muy orgulloso de ti mismo.

—No pude evitarlo, Jean. Estaba dormido.

—Estaba verdaderamente dormido, mamá. Deberías haber escuchado el grito ululante que soltó cuando le desperté.

Sonó el timbre de la puerta. Sin pronunciar palabra, Jean se levantó de la mesa. Se acercó a Lane. Le sacudió la cabeza y luego pasó la mano con suavidad por la cabellera de la chica. Después salió apresuradamente de la cocina.

—No sabes cómo lo lamento —dijo Larry.

—Vale. Mamá está realmente mosqueada, ¿verdad?

—Me temo que sí. Ha sido una buena conmoción. Para las dos.

—Me alegro de que no arrancases la estaca.

—También yo. Iba a hacerlo, ¿eh?

—Sí. Ya la tenías en la mano cuando te desperté.

—¡Jesús!

—No creerás realmente que... —Lane meneó la cabeza.

—¿Que resucitaría? No lo sé. Probablemente no. Pero con todo, me alegro de que me lo impidieras. —Logró esbozar una sonrisa—. Y también te agradezco que me hayas defendido.

—Está bien.

—Eres una buena chica, digan lo que puedan decir los demás.

Lane soltó una carcajada e hizo una mueca. Desorbitó los ojos como si la hubiese sorprendido un dolor repentino. El color desapareció de su rostro.

—¿Qué te pasa?

La muchacha dirigió a su padre una mirada extraña. Durante un momento, Larry pensó que estaba a punto de confesarle algo terrible. Pero la chica dijo:

—Nada. Sólo que no estoy en plena forma. Retortijones. Ya sabes.

—¿Seguro que no es más que eso?

—¿No te parece suficiente?

—Puedes irte a la cama. No estás obligada a seguir aquí mientras estallan los fuegos artificiales.

—Por nada del mundo me los perdería.

Pete fue el primero en entrar en la cocina. Llevaba un batín azul sobre el pijama blanco e iba calzado con unos mocasines. La nariz, vendada. A juzgar por su rostro, muy

bien podía ser un alumno de cuarto grado al que hubieran sorprendido *in fraganti* en el momento de poner una tachuela en el asiento de la silla del profesor. Al tropezar con la mirada de Larry, sus labios se movieron como si pronunciaran un “¿Qué ha pasado?”, pero de su boca no salió sonido alguno. Larry notó que se le curvaban los labios. Sacudió la cabeza.

—No sé qué es lo que habéis hecho, muchachos —dijo Bárbara mientras seguía a su marido a través de la puerta—, pero tengo la impresión de que os habéis cubierto de mierda.

Se recostó en el mostrador. Tenía el cabello revuelto y enlacado en los puntos más extraños. Aunque saltaba a la vista que no se lo había cepillado, sí era evidente que se tomó tiempo para vestirse. Llevaba zapatillas deportivas blancas y chándal de pantalones ajustados, de color rojo, y sudadera con la inscripción “Club de Natación de Alcatraz”.

“En otras circunstancias —pensó Larry—, me estaría preguntando si llevaba algo debajo de esas prendas”.

Comprendió que precisamente se lo estaba preguntando.

“Supongo que no estoy totalmente fuera de la cuestión”, pensó.

En tanto Pete tomaba asiento, Jean fue al comedor en busca de otra silla. La colocó cerca de la esquina de la mesa donde solían desayunar.

—Será mejor que te sientes para escuchar esto —aconsejó a Bárbara.

—¿Tan mala es la cosa?

Bárbara se apartó del mostrador y anduvo hacia la silla.

Larry observó la turgencia de los senos topando con la pechera del chándal. Evidentemente, no lleva sostén, decidió.

Se imaginó a Bonnie en su uniforme de animadora, con el jersey agitándose a impulsos de los movimientos. Vio cómo subía, dejando a la vista el vientre, cuando la muchacha saltaba. Cuando la chica descendía, la falda plisada se abombaba al elevarse.

—Larry —era la voz de Jean—. ¿Estás con nosotros?

—¿Eh? Claro.

Le asaltó un ramalazo de culpabilidad.

Jean ya estaba sentándose. Se dirigió a Bárbara:

—Parece que, aquí, nuestros dos genios han decidido escribir un libro sobre el cadáver que encontramos en Llano de la Artemisa. De modo que volvieron allí y se lo trajeron a casa. Está en nuestro garaje.

—¡Arrea! —exclamó Bárbara.

Pete esbozó una sonrisa torcida que alzó un extremo de su bigote.

Bárbara le dio un mamporro en el brazo y Larry observó las sacudidas que experimentó el logo tipo del equipo de Alcatraz.

—¡Eh! No hace falta que recurras a la violencia física. Es una idea brillante, amor mío. Tengo una participación del veinte por ciento de los beneficios.

Bárbara le arreó otro manotazo.

—Cierra el pico, ¿vale? Tienes rota la nariz, por el amor de Cristo.

—Debería partirte la cara. ¡Mierda! ¿Es que se te ha agujereado la calabaza?

—Sabíamos que esto os iba a disgustar —dijo Larry—. Por eso intentamos mantenerlo en secreto hasta que el libro estuviese acabado y pudiéramos desembarazarnos del cadáver.

—Lane le ha sorprendido esta madrugada con él en el garaje.

Ahora fue Pete el que miró a Larry rabiosamente.

—¡Jesús, hombre!

—Pero no fue culpa suya —intervino Lane—. Andaba en sueños.

—¡Ah, claro! ¡Por Dios, hombre!

—¿Eres sonámbulo? —preguntó Bárbara—. ¡Esa sí que es buena!

Presintiendo que en ella tenía una aliada, Larry dijo:

—Sí, era algo así como paranormal y eso. Desde que trajimos ese cuerpo, no he parado de tener toda clase de sueños extraño. —Decidió no aludir al otro incidente de sonambulismo—. Es casi como si Bonnie tratara de comunicarse conmigo. Como telepatía o cosa por el estilo.

—Chorradas —dijo Pete—. Lo que ocurre es que estás obsesionado, ni más ni menos.

—¿Bonnie? —inquirió Jean.

—Así se llama —explicó Larry—. Bonnie Saxon.

—¿Sabes quién es? —Bárbara parecía excitada.

—Llevaba un anillo escolar. Estudió en el instituto Buford. Se graduó en 1968.

—El anuario —murmuró Lane.

—Sí. Encontré fotografías suyas. Fue animadora y “Reina del Ánimo” en las fiestas de Vuelta a Casa.

—¡Toma ya! —exclamó Bárbara—. ¿Ese asqueroso fiambre...?

—Y la asesinaron el verano siguiente a su graduación —continuó Larry—. Alguien pensó que era una vampira.

—Uriah Radley —añadió Pete—. El tipo que me rompió la nariz.

—¿Cómo? —estalló Bárbara.

Pete le sonrió, se arrellanó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Os mentimos en lo de ir a hacer prácticas de tiro.

Bárbara no le pegó. Se quedó mirándole fijamente. Parecía asombrada.

—Fuimos allí pensando que podríamos capturarlo y traerlo para que respondiese de los asesinatos —explicó Pete—. Se cargó también a otras dos chicas del instituto. ¿Verdad, Lar?

—Eso parece. —Larry se volvió hacia Jean—. ¿Te acuerdas de que me pasaba horas y horas en la biblioteca? Investigaba lo relacionado con la chica.

—Dios, has estado mintiendo acerca de todo.

Larry hizo una mueca.

—Acerca de todo, no. Sólo en lo referente al caso de esta vampira.

—¿Fuisteis armados a detener a ese individuo? —inquirió Lane. Parecía tan intrigada como Bárbara.

Larry asintió.

—Sí. Estuvimos en un tris de cogerle —contestó Pete—. Deberías haber visto a ese hijo de Belcebú disparándonos flechas. Nos tomó por vampiros.

—¿Disparó contra vosotros? —preguntó Bárbara.

—Esto es demencial—musitó Jean.

—Y le faltó muy poco para que le clavara a Pete un estaca en el pecho, pero, por suerte, pude impedírselo.

—Me salvó el cuello. O, al menos, el corazón.

Se movieron los labios de Bárbara, pero ninguna palabra salió de ellos. Pete le dirigió una mirada de mártir. La mujer estiró el brazo hacia él y le acarició el hombro.

—¡Oh, cariño!

—¡Es increíble! —calificó Lane.

Larry le sonrió.

—Va a ser un buen libro, ¿eh?

—Sí.

—Se venderán millones de ejemplares —se animó Pete—. Lo mismo que *El horror de Amytyville*. Seremos ricos y famosos.

—Infames —corrigió Jean—. La gente que lea algo como eso opinará que sois una pareja de mentecatos. Como ese fulano al que “catequizaron” unos monstruos del espacio. —Fulminó a Larry con la mirada—. ¿Quieres ser el hazmerreír de todo el mundo? —Con simulada voz de cateto pueblerino se burló—: “Mira, ahí va Larry Dunbar. Es el muchacho que cree en vampiros, sí, señor”.

—No será así —repuso Larry—. Se trata sólo del relato de lo que ha pasado. Tengo ya escrito una barbaridad y...

—¡Santo Dios, tengo que leerlo! —se entusiasmó Bárbara y su mano se inmovilizó sobre el hombro de Pete.

—Cuando esté terminado —dijo Larry—. Faltan sólo unos quince días más. Pero la cuestión es que, en el libro, dejo bien claro que yo no creo en vampiros. Cuento exactamente lo que sucedió... ya que Pete y yo pensamos que sería una idea estupenda para un libro. Ninguno de nosotros cree de verdad que el cadáver sea una vampira.

—Yo no —dijo Pete.

—Pero tampoco es ahora realmente una historia de vampiros. Se ha convertido en mucho más que eso. Ahora es un misterio criminal. Esas tres muchachas desaparecieron en 1968, y nadie sabe qué fue de ellas. Nadie, salvo nosotros.

—Y Uriah —adujo Pete.

—Sabemos quién las asesinó y por qué, e incluso tenemos uno de los cadáveres.

—En nuestro garaje —murmuró Jean.

—Y casi lograsteis que os mataran —dijo Bárbara.

—Pero tenemos la historia —declaró Larry—. La hemos conseguido. No creo que tuviésemos nada al empezar. Es como tú dices, Jean. No teníamos nada salvo un par de chalados que se llevan a casa un cadáver por si da la casualidad de que se trata de una muchacha vampiro y, para averiguarlo, no tienen que hacer más que arrancarle la estaca, a ver si resucita. Y entonces lo hacen y la muchacha muerta sigue tendida allí. y sanseacabó. Menudo éxito. Todo se viene abajo. Pero la cuestión es que no importa el que sea o no una vampira. La chica representa un homicidio, y podemos citar el nombre del asesino.

—Que la mató porque creía que era una muchacha vampiro —subrayó Pete.

—La esposa y la hija de Uriah murieron asesinadas —dijo Larry—. Y a Uriah, vaya uno a saber por qué, se le metió en la cabeza la idea de que fueron víctimas de un

vampiro. Incineró los cadáveres para que no pudiesen revivir. Luego salió de caza. Se cargó a Bonnie y a las otras dos chicas.

Jean le miró con el ceño fruncido y dijo:

—¿No os habréis montado toda esta historia a base de pura imaginación?

Larry comprendió que su mujer había estado escuchando con atención. Aunque no parecía tan fascinada como Lane y Bárbara, su enfado se había disuelto. Estaba interesada.

—En parte, son hipótesis —reconoció.

—En gran parte, debo suponer.

—No tanto —dijo Pete—. Lar ha reunido una gran cantidad de material periodístico: noticias, artículos, reportajes...

—Eso es grande —dijo Bárbara en voz baja.

—¿Grande? —añadió Pete—. Inmenso. Ahora bien, si arrancamos la estaca y resulta que es una vampira...

—Nos chupará la sangre y no habrá libro —remató Lane. Todos se la quedaron mirando.

—Sólo era una broma —musitó la chica, encendido el rubor en su rostro.

—Los vampiros no existen —le aseguró Jean.

—Ya lo sé. Eso ya lo sé.

—Eso lo sabemos todos, ¿no? —perseveró Jean. Su mirada vagó por los integrantes del grupo. Todos asintieron inclinando la cabeza. La mirada de la mujer se demoró sobre Larry—. ¿Trajiste ese ser aquí sólo para poder arrancarle la estaca?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Eso es cuanto necesitas? Una vez le hayas retirado la estaca y compruebes que no es ninguna vampira, ¿asunto concluido? ¿Te darás por satisfecho? ¿Podremos desembarazarnos del cadáver?

—Sí.

Pete arrugó el entrecejo. Al parecer recordaba sus proyectos de llevar aquel cuerpo de gira por los programas televisivos de entrevistas y variedades.

—Tendremos que entregárselo a la policía —le dijo Larry. Luego miró a Jean—. Las autoridades pueden continuar las investigaciones a partir de ahí y proceder a la busca y captura de Uriah.

Jean asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos al garaje y arrancas la estaca. Larry la miró fijamente.

Jean enarcó las cejas.

—Hablo en serio. Quiero ver esa estaca fuera del cadáver, la sacaremos ahora mismo. Quiero ver a esa criatura fuera de mi propiedad. Esta misma noche.

—Podría ser conveniente aguardar a que salga el sol —propuso Pete.

Jean le obsequió con una sonrisa burlona.

—Tienes que ser realista.

—Sólo por si acaso —sugirió Larry.

La sonrisa burlona se volvió sobre él.

—Por si acaso ¿qué?

—¡Sí! —contribuyó Bárbara, en voz alta y animada. Sonreía de oreja a oreja—. ¿Qué sois vosotros, un par de gallinas? Vamos a tirar de esa dichosa estaca, a ver si la nena se sienta y nos dice “Hola”.

—¡Qué diablos...!

—Está bien —accedió Larry.

—¡Oh, chico! —exclamó Lane. Parecía asustada.

Capítulo 41

Pete fue a su casa en busca de la cámara de vídeo. Jean y Lane abandonaron la cocina para ir a vestirse. Bárbara, aún sentada en la silla que Jean llevó del comedor, tenía los brazos cruzados por debajo de los pechos y no cesaba de menear la cabeza.

Tembloroso y temiéndose que de un momento a otro empezaran a castañetearle los dientes, Larry tomó un sorbo de café. Estaba tibio. Se dio cuenta entonces de que se había olvidado de ofrecer una taza a sus invitados.

—¿Quieres un poco de café? —subsano el lapsus.

—Gracias, pero me parece que no. Probablemente acabaría derramándomelo encima. Dios, es emocionante.

—Sí —murmuró Larry.

—Es como algo salido de un libro. De uno de tus libros.

—Confío en que no acabe como uno de ellos.

—Tú y yo, muchacho. —Emitió una risita nerviosa—. Saldré en el libro, ¿verdad?

—Desde luego. Ya figuras en él. —Se las arregló para sonreír—. Tú eres la que encontró el cadáver.

—Lo encontró Pete. Pero yo fui quien rompió el suelo del rellano de la escalera, ¿no?

—Sí.

—Espero que no me describas como una patosa gorda, ¿eh?

—De eso, nada. Te encantará tu personaje.

Bárbara asintió, movió la cabeza despacio varias veces en sentido vertical; luego cambió de dirección y la meneó a Un lado y a otro.

—No puedo creer que vosotros dos hayáis hecho de verdad todo esto.

—A mí también me cuesta trabajo creerlo.

—Pero Jean sí puede.

Larry gimió:

—No me lo recuerdes.

—Se le pasará —dijo Bárbara—. Cuando se haya acabado todo y se dé cuenta de lo que representa. Ya sabes, el hecho de que sea verdad. Será estupendo.

—Eso espero.

—Me juego algo a que hasta harán una película. De Niro sería perfecto para personificar a Pete. Necesitarán alguien grande para mí. Aunque no hace falta que sea una estrella famosa. Grande, grande.

—¿Qué te parece Susan Anton?

La satisfacción la inundó.

—Eh, eso sería imponente. Ahora, ¿qué me dices de Jean y de ti? Alguien menudita y mona para Jean. ¿Te parece bien esa moza de la voz ronca que hizo *Oficial y caballero*?

—Debra Winger.

—Sería perfecta para Jean. En cuanto a ti, tenemos un par donde elegir.

—¿En serio?

—Nick Nolte o Gary Busey.

Larry rió entre dientes al tiempo que sentía el rubor subiéndosele a la cara.

—Un montón de gracias.

—De nada, sería estupendo. Cualquiera de los dos.

—Al menos no has propuesto a George Kennedy.

Larry oyó aproximarse unos pasos lentos. Lane entró en la cocina, con zapatillas deportivas, vaqueros y gruesa camisa de cuadros escoceses. Una camisa de faldones muy largos. La llevaba embutida debajo de los pantalones.

Empuñaba un crucifijo en la mano derecha. El de la pared de su habitación.

Parecía idéntico al que Larry había visto colgando alrededor del cuello de Uriah. El que detuvo la bala.

—Que tu madre no vea eso —le advirtió Larry. —Probablemente tienes razón.

La muchacha lo introdujo por debajo de la pechera de la camisa y el extremo inferior de la cruz quedaba sujeto por la cintura de los vaqueros. Cuando Lane acabó la operación, la holgada camisa no permitía observar el menor rastro del crucifijo.

—No tendrás, por casualidad, uno de sobra —le pidió Bárbara.

Lane se desabrochó el cuello de la camisa y sacó una pequeña cruz dorada. La cruz, con su cadena, procedía de los padres de Larry. Se la regalaron a la chica el día de su primera comunión. Larry no sabía que la hubiese llevado encima tanto tiempo.

—Acerca un vampiro —dijo— y la gente empezará a descubrir la religión.

—Desde luego, ibas preparada —dijo Bárbara a Lane.

—Anda, toma.

Lane empezó a bregar con el cierre de la cadena, con las manos detrás del cuello.

—No, no. Eh, no me preocupan los vampiros.

—Tómala, de todas maneras. —y le tendió la cruz y la cadena.

—Bueno... —Bárbara miró a Larry.

—¿Por qué no?

—Bien. ¿Por qué no? —Bárbara se pasó la cadena alrededor del cuello y cerró el broche. Luego dispuso la cruz de forma que quedase en mitad de la pechera del chándal —. Gracias, cielo. Si algo empieza a indicar que la niña esa se apresta a darme un mordisco, la sacudiré con esto y la enviaré a hacer puñetas.

—Ésa es la idea —dijo Lane—. Mamá siempre lleva la suya, de modo que siempre está protegida.

“Todos están protegidos”, pensó Larry. Se dijo que él no creía en vampiros. Se dijo que las cruces no le impedirían cagarse de miedo patas abajo. Pero, a pesar de todo, se alegraba de que los demás las llevaran.

Bárbara acarició el pelo a Lane. Curvó el labio superior.

—¿No deberías darle una mano de cepillo a la pelambarrera? Puesto que Pete va a grabar esto para la posteridad...

—Claro. —Lane se mostró de acuerdo—. Iré por el cepillo.

Bárbara se puso en pie al tiempo que decía:

—Necesito un espejo.

Salió de la cocina, en pos de Lane.

Larry se quedó solo a la mesa.

“Oh, cielos —pensó—. Ya estamos metidos en harina”. Por lo menos, acabaremos de una vez. Dejaré de estar sobre ascuas. Dios, Bonnie. ¿Qué va a ocurrir?

“Seré tuya”, pareció decirle la muchacha.

Desde luego. Bueno. Seguirás tendida ahí, muerta. “No cuentes con ello”.

¿Y si los mata a todos, menos a mí?

Se imaginó a sí mismo tirando de la estaca. Y a Bonnie transformándose repentinamente. Muy repentinamente. En un segundo determinado, es una bruja reseca cuya sonrisa parece una mueca y al segundo siguiente se ha convertido en una preciosa jovencita que, un segundo después, salta fuera del ataúd y, con un aullido escalofriante, se lanza al ataque. Se precipita sobre los cuerpos de las personas, rompe cuellos, desgarrar gargantas con los dientes y Larry permanece de pie allí, impotente, sin poder hacer otra cosa que presenciar la carnicería, demasiado aturdido para sentir dolor por la pérdida de Jean y Lane, de Pete y Bárbara.

Cuando todos están muertos sobre el piso del garaje, Bonnie se le acerca, cubierto su cuerpo desnudo por una capa de sangre. Levanta hacia él las manos, de las que gotea el líquido rojo. “Ahora estaremos juntos toda la eternidad”.

Vamos, déjalo, se conminó Larry. Mi maldita imaginación. No va a suceder así. Ni por lo más remoto.

Pero había empezado a fantasear de nuevo, a verse en la escena, de modo que se levantó y se alejó de la mesa. Se dirigió con paso rápido a la sala de estar. Bárbara estaba de pie ante la chimenea; se contemplaba en el espejo de encima de la repisa, mientras se cepillaba el pelo. A su lado, Lane parecía contemplar el vacío. Larry puso un brazo en torno a la chica.

Ésta dio un respingo, le miró y se apretó contra él.

En el momento en que se oía el distante rumor del agua, al tirar alguien de la cadena, la puerta de la calle se abría y entraba Pete. Calzaba botas y vestía vaqueros y jersey de cuello de cisne. Una correa de cuero le cruzaba el pecho al estilo bandolera de Sam Browne. Llevaba sobre el hombro la cámara de vídeo. La mano derecha empuñaba un arco.

—¿Todos a punto y ávidos de emprender la marcha? —preguntó.

—Estamos esperando a Jean—dijo Larry, con la vista clavada en el arco.

—Hombre, casi no puedo creer que por fin vayamos a hacerlo.

—Yo tampoco —confesó Larry.

—Y de noche, nada menos.

Bárbara se apartó del espejo y miró a su esposo.

—¿Qué haces con eso?

—¿Con esto? —Pete levantó el arco—. Uriah me dio la idea. —Se dirigió a Larry—. Con esta criaturita, yo solía cazar Ciervos.

—Oh, por favor, ya está bien —dijo Jean, que entraba desde el pasillo—. No eres una persona seria.

—Flechas de madera, querida. Tan buenas como una estaca cuando es cuestión de despachar vampiros. Mejor, incluso. Uno no tiene que acercarse tanto, hasta la intimidad personal, como si dijéramos.

—Creí que todos estábamos de acuerdo en que no creíamos en vampiros.

—Las precauciones tampoco hacen daño —le dijo Larry.

—Dios, sois de lo que no hay.

—Si esto te molesta —dijo Pete—, considéralo un accesorio teatral. Habrá un vídeo de la acción, ya sabes.

Evidentemente, Jean lo sabía muy bien. No sólo se había cepillado el pelo, sino que también se había pintado los labios. Iba vestida con un mono de velludillo azul y botas blancas. Incluso se había puesto al cuello su pañuelo Anne Klein.

Larry comprendió que tanto una como otro —Jean con su pañuelo y Pete con su jersey de cuello de cisne— eligieron aquellas prendas para cubrir la región corporal preferida tradicionalmente por los vampiros sedientos. No le extrañaba que lo hubiesen hecho a propósito.

Pete se llevó el visor al ojo y la videocámara empezó a emitir su zumbido. Giró despacio para tomarlos a todos. Después mantuvo el objetivo enfocado sobre Jean mientras la mujer cruzaba la estancia para reunirse con Larry y Lane. Jean le dirigió una sonrisa afectada y meneó la cabeza. Se detuvo junto a Larry y le rodeó con un brazo. Bárbara entró en campo, aproximándose a Lane.

—Aquí estamos —dijo Pete, al tiempo que filmaba al grupo—. El animoso e intrépido equipo se prepara para emprender la peligrosa misión de arrancar la estaca del pecho del cadáver.

—¿Ese cacharro graba el sonido? —preguntó Jean.

—Faltaría más —respondió Pete—. ¿Alguna última frase lapidaria antes de embarcamos en nuestra aventura?

Larry denegó con la cabeza.

—Di algo —le instó Bárbara.

—Bien... Lo cierto es que ninguno de nosotros cree en vampiros. Quiero que eso quede claro. Pero el cuerpo que encontramos... es el de una muchacha llamada Bonnie Saxon, a la que asesinó un hombre que sí creía de verdad en los vampiros. Creía que ella era una vampira, y la mató clavándole una estaca en el corazón. Vamos a arrancar esa estaca dentro de unos momentos. A ver qué sucede.

—Impresionante —dijo Pete—. ¿Alguien más?

Nadie se brindó.

—De acuerdo —dijo Pete—. Vamos a cumplir la tarea.

Salieron por la puerta de atrás de la cocina. Jean fue la primera en llegar al garaje y encendió la luz de arriba antes de que los demás llegasen.

Cuando todos se encontraban dentro, Pete sugirió:

—¿Por qué no cerramos la puerta?

—Mejor no —se opuso Larry.

—Sí —dijo Bárbara—. Nunca se sabe, igual tenemos que salir zumbando para salvar la piel.

—Ya está bien —murmuró Jean.

Larry dejó abierta la puerta del garaje. Subió a la plataforma y alzó la mano para coger la cuerda suspendida del techo.

—Un momento —pidió Pete—. Cógela, Barb.

Tendió la cámara a su mujer.

—¿Qué se supone que he de hacer con ella?

—Nos filmas mientras bajamos el ataúd. —Le indicó cómo funcionaba la cámara—. Tienes que mirar por aquí. Lo que ves es lo que graba el aparato. No tienes más que apretar este botón y eso es todo. ¿Vale?

—Creo que sí.

Pete dejó la aljaba y el arco en el suelo de cemento. Se reunió con Larry encima de la plataforma y volvió la cabeza para mirar a Bárbara.

—Muy bien, empieza a rodar y sigue hasta que te diga que pares.

—Sí, amo.

Larry cogió el extremo de la soga. Bajó la trampilla y Pete le ayudó a desplegar la escala.

—Como si estuvieras en tu casa —le dijo Larry.

Pete empezó a subir. A mitad de la escalera de mano, miró por encima del hombro y agitó el brazo.

—El famoso último saludo —dijo.

—Déjate ya de pamplinas —le conminó Bárbara.

Larry sonrió a la mujer. Jean y Lane estaban junto a ella. Jean tenía las manos hundidas en los bolsillos del mono. Encorvados los hombros, daba la impresión de estar rechinando los dientes. Lane, por su parte, enseñaba la dentadura. Se rodeaba el pecho con los brazos. Sus ojos tropezaron con los de Larry.

—Ten cuidado, papá —recomendó—. No vayas a caerte o algo así.

Larry murmuró un “Gracias” y se volvió hacia la escalera en el instante en que las botas de Pete desaparecían por el hueco de la trampilla.

—¡No! —exclamó Pete—. ¡EN EL NOMBRE DE DIOS, NO! A Larry se le puso el corazón en la boca.

Oyó el jadeo de las mujeres.

—¡Cuidado! —era la voz de Jean.

Desde las alturas les llegó la risa de Pete.

Detrás de Larry, algo restalló. Oyó ruido de cristales rotos.

El sonriente rostro de Pete apareció en lo alto de la escala.

—Sólo era una broma —dijo.

—¡Cabrón! —gritó Larry.

Dio media vuelta y vio a Bárbara caída en el suelo, boca arriba. En la entrepierna de sus pantalones rojos aparecía una mancha oscura que iba ensanchándose. La orina se filtraba y goteaba sobre el cemento, entre las piernas de la mujer. La cámara se encontraba también en el suelo, a cosa de un metro por detrás de la cabeza de Bárbara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pete.

Larry le fulminó con los ojos.

—¡Idiota! Le has dado a Bárbara tal susto, que se ha caído de espaldas. Creo que tu cámara se cascó.

—¡No!

Esa vez, el grito fue auténtico.

—Sí —confirmó Larry.

Mientras Pete bajaba apresuradamente por la escalera de mano, Jean y Lane ayudaron a su esposa a levantarse. Bárbara se puso en pie, sin dejar de hacer muecas ni de frotarse los glúteos, y con los ojos bajados sobre su propia persona. Su voz sonó aguda, discordante y temblorosa.

—No puedo creerlo.

Estalló en sollozos.

Pete se puso delante de ella.

—No me pegues —dijo.

La mujer se le quedó mirando y rompió a llorar. Después salió corriendo del garaje, sembró un reguero de gotas sobre el hormigón del piso y se alejó cojeando paseo abajo, con las piernas separadas.

—Esta vez sí que la he cagado —murmuró Pete.

—Puedes asegurarlo —manifestó Jean.

—Vaya, hombre. —Durante unos segundos pareció estar a punto de ir en pos de Bárbara. Luego negó con la cabeza. Miró el charquito del suelo del garaje, volvió a menear la cabeza, dio unos pasos hacia la videocámara y se agachó junto ella. La recogió. Hizo lo propio con los trozos de plástico y cristal rotos—. Vaya, hombre —repitió.

—Te está bien empleado —dijo Jean.

—Lo siento. Hombre, lo siento mucho.

—Ahórrate tus excusas para Bárbara —le aconsejó Jean.

—Sí. He metido la pata hasta el fondo, ¿eh?

—¿Y ahora, qué? —preguntó Lane.

Pete miró a Larry con el entrecejo fruncido.

—¿No podemos aplazarlo? Quiero decir, tenemos que grabarlo todo en vídeo. Compré esta cámara especialmente para... Dios, ¿por qué tenía que andar haciendo el payaso?

—¿Crees que puedes repararla? —preguntó Larry.

—No lo sé. Tendré que mirar a ver. Pero, aunque pudiera arreglarla, hasta mañana no me será factible comprar las piezas rotas.

—¿Hoy, quieres decir? —preguntó Lane.

—Sí, claro. Es domingo. ¿No podemos dejarlo hasta el lunes? Para entonces, habré arreglado ésta o comprado una nueva. ¿Vale?

—Jean tiene la palabra —dijo Larry—. ¿Puedes esperar hasta el lunes?

Jean suspiró.

—No quiero ser yo quien estropee... Sí, supongo que está bien. Esperaremos hasta entonces. —Sacudió la cabeza con disgusto—. Con una condición. Cerraremos el garaje con llave hasta el lunes. Pondremos un cerrojo. —Miró a Larry—. No quiero que vuelvas a venir aquí, ni sonámbulo ni de ninguna otra manera.

—Tampoco yo quiero —dijo Larry.

—Eso es formidable —dijo Pete—. Gracias.

—Vale más que vuelvas a tu casa —aconsejó Jean— y cuides a Bárbara.

—Si es que me deja entrar. Santo Dios, seguramente estará telefoneando a algún abogado para que tramite el divorcio. O quizás está entretenida cargando mi revólver.

Complacido en cierto modo por las tribulaciones de Pete, Larry le palmeó en el hombro.

—Si oímos disparos, llamaremos a una ambulancia.

—Una tonelada de gracias, socio.

Capítulo 42

Cuando Lane se despertó, el sol inundaba su dormitorio. Durante un rato, se sintió estupendamente. Luego, el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior con Kramer se abatió demoledoramente sobre ella. Enferma de vergüenza y terror, tiró hacia atrás la ropa de la cama, se incorporó y se apretó el vientre.

No lograba poner en orden sus ideas. Su cerebro era un torrente de horribles imágenes que mantenían desbocado su corazón, ardiente la piel y contraído el estómago.

Trató de expulsar aquellas imágenes. Era como pretender empujar al fondo de una caja docenas de serpientes que no cesaran de retorcerse. Las cabezas emergían una y otra vez, la atacaban, le clavaban los colmillos. Pero, por fin, consiguió meterlas a todas allí y cerrar la tapa. Aunque ya no las veía, continuaba oyéndolas silbar y golpear, deseosas de salir de la caja y lastimarla.

Lane se sentó en la cama, jadeante, con el sudor deslizándosele por la cara y el camisón pegado a la piel.

“Mataré a ese mal nacido”, pensó.

Ah, claro que lo mataré.

¿Qué voy a hacer?

Con lo de la noche anterior, Kramer no había tenido suficiente. Lo dejó bien claro y si Lane le procuraba algún problema a causa de ello, la liquidaría con la navaja y también a sus padres. Los mataría a todos.

Lo mismo que había asesinado a Jessica y a su familia.

Dios mío, pensó Lane. ¿De dónde ha salido esa idea? Desde luego, Kramer no dijo tal cosa.

Pero los había matado. De súbito, Lane tuvo la certeza de ello. Jessica asistía a la sexta clase de Kramer. Sin duda estuvo saliendo con él, hasta que empezó a ponerle en dificultades. Kramer fue quien le propinó aquella paliza, quien le rompió el brazo. No había sido Benson, después de todo. Kramer le dio una lección para que cooperase, pero eso no bastó. Quizá la chica no quería tener más tratos con él. Acaso Kramer temió que Jessica pudiera irse de la lengua. Entró subrepticamente en su casa, mató a toda la familia y luego prendió fuego al edificio.

“Nos hará lo mismo a nosotros”.

Cuando Lane entró en la sala de estar, su padre le dirigió una sonrisa turbada. El hombre estaba en su sillón, con un libro en rústica en la mano y una taza de café en la mesa de la lámpara, a su lado.

—Buenas tardes —saludó Larry.

Lane le dio un beso en la mejilla. Le rascó la barba.

—¿Dónde está mamá?

—Fue a misa de doce.

—Me alegro de que no me despertara para que fuera yo también.

- Supuso que necesitabas dormir. ¿Descansaste bien?
- Muy bien, supongo.
- Espero que no hayas tenido pesadillas con vampiros.
- No creo —dijo Lane. De tener pesadillas, pensó, no las protagonizarían vampiros—.
- ¿Y tú?
- Tu madre y yo estuvimos levantados hasta después de la salida del sol.
- Lane consiguió sonreír.
- ¿Manteniendo una pequeña discusión?
- La cosa acabó bien. Mejor de lo que merezco, creo. Cuando la veas, no se te ocurra sacar a colación el tema de la invitada que tenemos en el garaje.
- Me pregunto qué suerte habrá corrido Pete.
- No oímos detonaciones.
- Buena señal.
- No creo que tu madre se hubiera manifestado tan clemente en el caso de ser ella quien se mojara los pantalones.
- Paaaapá.
- Larry emitió una risita en tono bajo y sacudió la cabeza.
- De todas formas, hay bollos en la cocina.
- ¡Puafff! Quizá tome un bocado por ahí. Vaya comprar unas cuantas cosas a la galería comercial. Y es posible que luego me dé un garbeo por el centro. ¿Necesitas algo?
- Mis existencias de limpiapipas están un poco bajas.
- Muy bien. —Lane se dirigió a la puerta—. Hasta luego.
- Que te diviertas.

En la calle, la muchacha sacó las llaves de la bolsa de tela de mahón que llevaba al hombro. Cerró la puerta frontal y se llegó con paso rápido al Mustang. Se puso al volante y echó la pesada bolsa en el asiento contiguo.

Cuando se alejaba de la casa, el estómago empezó a alborotársele. Hacía calor dentro del coche, pero mantuvo subidos los cristales de las ventanillas y no puso en marcha el aire acondicionado. Aunque el calor no ponía coto a sus escalofríos, le pareció reconfortante.

A una manzana de su casa, Lane detuvo el Mustang. Metió la mano en un bolsillo de la blusa. Sacó una hoja de papel doblada y la desplegó. Mientras estudiaba la primera de las direcciones que había copiado del listín telefónico, introdujo la mano entre los botones de la blusa y se frotó suavemente el pecho izquierdo. Tenía resentidos los dos senos, pero el izquierdo le dolía más que el derecho. Antes de vestirse le había echado un vistazo y comprobó que las magulladuras lo sembraban de manchas purpúreas.

Se aprendió de memoria la dirección, sacó la mano de debajo de la blusa, volvió a doblar el papel y se lo guardó con cuidado en el bolsillo.

Condujo rumbo a aquellas señas.

Aparcó junto al bordillo y, por la ventanilla del asiento contiguo, miró la casa móvil. Se encontraba sobre unos cimientos, a cierta distancia de la calle; junto a una de sus esquinas había una camioneta bastante desvencijada y, delante de ésta, una motocicleta. No tenía calzada de acceso, ni césped. Sólo la casa y los vehículos estacionados en una parcela de desierto.

Parecía la clase de sitio donde uno esperaría encontrar inadaptados.

Parecía exactamente la clase de lugar donde Lane esperaría encontrar a Riley Benson.
“Debo de estar loca”.

Cogió la bandolera del bolso y tiró de éste al apearse del coche. Se lo echó al hombro. Con piernas vacilantes, rodeó el Mustang por delante, subió a la acera, hizo rechinar la gravilla y subió los contados escalones que llevaban a la puerta frontal.

Pulsó el timbre, pero no sonó dentro tintineo alguno. Así que llamó con los nudillos.

—¿Sí? —era una voz de mujer—. ¿Quién es?

—Una amiga de Riley —contestó Lane.

Se abrió la puerta. La mujer que apareció al otro lado del umbral parecía demasiado joven para ser la madre de Riley. Tendría veintiocho o veintinueve años. Sus ojos azules daban la impresión de ser excesivamente claros para la bronceada morenez del rostro. La rubia cabellera, cuidadosamente peinada, le caía sobre los hombros, mientras el flequillo le llegaba hasta las cejas. Su polo, teñido de rosa pálido, tenía un corte en el escote que dejaba el diafragma al descubierto. Lane distinguió los pezones a través del tejido. La mujer llevaba vaqueros ajustados, bastante caídos sobre las caderas. Iba descalza.

“No parece la madre de nadie —pensó Lane—. Quizá sea hermana de Benson. O tal vez el muchacho ha encontrado ya una sustituta para Jessica”.

—No te quedes ahí como una papanatas —dijo la mujer—. Entra.

—¿Vive aquí Riley? —preguntó Lane, al tiempo que acababa de subir los peldaños.

—¿No dijiste que eres amiga suya? Seguro que no lo pareces.

—Bueno, conocía a Jessica.

—Poco es.

Dentro, la casa móvil olía bien: aroma de café mezclado con efluvios de perfume y posiblemente de cera para pisos.

—Siéntate, querida. Le diré que estás aquí.

Lane se sentó a la mesa situada en la zona de la cocina y miró a la mujer, que se alejó por un pasillo estrecho. Los vaqueros estaban deshilachados por los cortes de las perneras y harapietas hebras de mahón colgaban sobre la parte posterior de los muslos. El derecho estaba señalado por una contusión que le recordó a Lane las que aquella misma mañana había visto en su propio cuerpo.

Casi en el otro extremo del pasillo, la mujer llamó suavemente a una puerta. Luego la abrió, plegándola a un lado, entró en el cuarto, y Lane dejó de verla.

—Tienes visita, cariño.

Aunque habló en voz baja, Lane lo oyó perfectamente.

—¿Eh?

—Bueno, quítate esos benditos auriculares.

—¿Qué?

—Que tienes visita.

—¿Los polizones?

—No, no son los polizones. Es una guapa jovencita que dice que es amiga de Jessica.

—Oh, por Jesucristo.

—Cuida tu lenguaje.

—No quiero ver a nadie, mamá.

“¿Es su madre?”

—Anda, ponte la camisa, sal y habla con ella. Y procura meterte en la cabeza que has de expresarte civilizadamente.

Cuando la madre de Riley salía del cuarto, Lane miró hacia otro lado. El salero de encima de la mesa era un perro de plástico, el pimentero, una boca de incendios de color rojo.

—Ahora mismo viene —anunció la mujer—. Sin embargo, debo advertirte de que últimamente está de muy mal humor. Primero fue el asesinato de Jessica, después la policía le estuvo molestando y luego tuvo ciertas discordias con una alumna del instituto y le han expulsado. Ha sido una semana fatal para él, pobre chico.

—Lo siento de verdad —dijo Lane—. Tengo parte de culpa, creo. Yo soy quien le ha echado del instituto.

La madre de Riley enarcó las cejas.

—Espero que no te lastimara. Me he enterado de lo que hizo y...

—¡Tú!

La madre de Riley volvió la cabeza.

—Sé amable, cariño.

Riley pasó por su lado.

—¿Qué estás haciendo aquí, Dunbar?

—Sólo quiero hablar un momento contigo.

—Sea lo que fuere lo que quieras decir, me niego a escucharlo.

La madre le miró, fruncido el ceño, y apoyó los puños en las caderas.

—¿No oíste lo que dije acerca de ser amable?

—¡Mamá, por el amor de Dios!

—Sólo quiero hablar contigo un momento —repitió Lane—. Es realmente importante.

—Tal vez sea mejor que salgáis ahí delante. En esta casa no hay mucha intimidad —propuso la mujer. Clavó los ojos en Riley—. Pórtate como un caballero o lo lamentarás.

Riley arrugó la nariz. Lanzó una mirada furibunda a Lane.

—Vale. Salgamos. Pero acaba en seguida.

Lane se puso en pie.

—Encantada de conocerla, señora Benson.

—Para mí ha sido un placer, bonita. —Tendió la mano—. Mi nombre es Melanie. Puedes llamarme Mel.

Lane estrechó la mano de la mujer.

—Yo me llamo Lane Durban.

—Espero verte por aquí a menudo.

—No contengas la respiración —le dijo Riley.

Salió primero. Lane le siguió a la calle. Riley se sentó en la capota del Mustang.

—Está bien, ¿cuál es la jodida idea?

—Tienes una madre muy simpática.

—Sí, seguro, es en todo un encanto. Agradece el que probablemente nos esté observando, porque, de no ser así, te haría papilla, putón de mierda.

—He venido a decirte quién mató a Jessica.

Riley puso en sus labios una sonrisa burlona.

—Sí, claro.

—Fue Kramer.

La sonrisa burlona se volatilizó. Riley contempló a Lane con fijeza. No pronunció palabra.

—Kramer me cogió anoche por su cuenta. Me dio una paliza y me violó.

Se entornaron los párpados de Riley.

—No parece que te hayan pegado mucho —su voz sonó más tranquila, como insegura.

—No me hizo nada en la cara.

—¿Cómo me consta que te hizo algo?

Lane examinó el terreno por delante de sí. Al otro lado de la calle todo era campo vacío, la yerma ladera de una colina. De espaldas a la casa de Riley, se desabrochó tres botones de la pechera. Se abrió el escote de la blusa lo suficiente para que Riley pudiera verle los senos.

—Esto sólo es parte de lo que me hizo —murmuró Lane, y se abrochó de nuevo la blusa.

—¿Kramer te hizo eso?

—Y mucho más. Y lleva encima una navaja barbera. Dijo que la utilizaría conmigo si lo contaba. Dijo que nos mataría a mí y a mi familia. Creo que eso es lo que les ocurrió a Jessica y a sus padres.

Riley se encorvó hacia adelante y se agarró las rodillas. Agachó la cabeza. Permaneció así un rato, sentado en la capota del automóvil, hundida la mirada en el suelo. Por último, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Lane.

—Jessica también estaba así. Después de que le dieran aquella paliza. Explicó que una panda de gamberros la sacudió detrás del minicentro comercial.

—Fue Kramer.

—Le mataré —decidió Riley.

—Y yo te ayudaré.

Lane volteó hacia adelante el bolso de mahón. Sosteniéndoselo contra el vientre, introdujo la mano y sacó un revólver.

—Es de mi padre —dijo—. Sólo es un veintidós, pero...

—Servirá estupendamente —aseguró Riley.

Lane aguardó en el coche mientras Riley volvía a entrar en su casa. Transcurrieron varios minutos. Luego, el muchacho salió de nuevo y fue a ocupar el otro asiento delantero, junto a Lane.

—Le he dicho a la vieja que vamos al cine, a la primera sesión.

Lane sacó el papel del bolsillo de la blusa. Miró la segunda dirección.

—¿Qué es eso?

—Aquí es donde vive Kramer.

—Muy bien.

Lane guardó el papel y emprendió la marcha.

Riley tiró de la vuelta de sus vaqueros azules, bajó la mano y la subió armada con un cuchillo. Lane le echó un vistazo. Parecía un arma realmente dañina. La hoja debía de tener veinte centímetros de longitud.

—El plan es el siguiente —dijo Riley—. Tú te encargarás de mantener encañonado al hijo de puta. Yo lo liquidaré. No dispaes a menos que intente lanzarse sobre ti.

—Cada uno será la coartada del otro —manifestó Lane, con voz temblorosa.

—A la mierda las coartadas. No me importa que se me carguen por esto.

—A mí sí que me importa. Ya tu madre seguro que también. Si nos cogen, puede que no nos acusen de nada o que todo acabe en sentencia suspendida. Quiero decir que no creo que un jurado nos vaya a quitar de la circulación por esto. Pero, de todas formas, procuremos hacer el trabajo de manera que la policía no venga luego a husmear.

—¿Ah, sí? ¿Cómo supones tú que podemos llevar a cabo la operación?

—¿Por qué no lo hacemos de modo y manera que parezca un suicidio? ¡Una mierda! Voy a cortarle la polla. Voy a cortarle la cabeza.

—Podríamos obligarle a redactar una nota de suicida. Obligarle a confesar lo que le hizo a Jessica. Por escrito. Después le colgamos. Allí mismo, en su casa.

—Lees demasiados jodidos libros.

—Merece la pena intentarlo.

En la calle donde residía Kramer, a dos manzanas de donde debería de estar su domicilio, Lane acercó el coche a la acera. Se volvió de cara a Riley. El muchacho tenía el cuchillo en la mano derecha y pasaba la hoja a lo largo de la pernera de sus descoloridos vaqueros.

—¿Por qué no nos acercamos a pie desde aquí? —propuso Lane—. Así, no será probable que alguien relacione el Mustang con lo que le suceda a Kramer. —Hizo una pausa y trató de recuperar el aliento. No había hecho nada, pero se sentía como si acabara de subir corriendo un tramo de escalera—. Yo iré delante. Dame un par de minutos de ventaja.

—Estarás allí sola con él.

—No sé —murmuró Lane.

Se puso el bolso en la falda y echó dentro las llaves. Tras lanzar una rápida mirada en torno, para cerciorarse de que no había nadie a la vista, sacó el revólver. Dejó el bolso en el suelo del coche. Se echó hacia atrás en el asiento, tiró de los faldones de la blusa, alzó la parte delantera y deslizó el cañón del revólver por debajo del cinturón de la falda. La boca del arma sólo descendió dos centímetros y medio antes de tocar el monte de Venus. Se bajó el vuelo de la blusa y mantuvo el revólver contra el vientre. Abrió la portezuela y se apeó.

—Buena suerte —le deseó Riley.

—Gracias.

Cerró la portezuela. De cara al vehículo, empujó el revólver hacia abajo hasta que quedó bien sujeto entre la falda y el cuerpo. Bajó la vista sobre sí. Los faldones sueltos de la blusa disimulaban los bultos.

La espalda de la blusa se le pegaba a la piel. La separó, pero en cuanto apartó la mano de allí, la tela volvió a ceñirse a la piel.

En aquella vecindad no había aceras, de modo que Lane caminó por la calzada. El cañón del arma se le clavaba en la ingle. El punto de mira a veces le rasgaba la cara interior del muslo izquierdo, por lo que, al cabo de un momento, empujó lateralmente la culata. Entonces, la boca del revólver le golpeaba el muslo derecho a cada paso. Pero la superficie del cañón era lisa y no le arañaba la piel como el punto de mira.

Le recordó la noche anterior, cuando introdujo la base del crucifijo por debajo de la cintura de los vaqueros. Anoche, una cruz. Hoy, un revólver.

“Éste es un mundo condenadamente extraño”, pensó. Continuó andando.

“Un pecado mortal —pensó—. Al asesinar a Kramer, me arriesgo a ir al infierno. Incluso aunque sea Riley el que haga el trabajo sucio. A los ojos de Dios, seré tan culpable como él”

¿Qué se supone que debo hacer, dejar que Kramer me siga violando? ¿Dejarle que mate a papá ya mamá?

Esto es defensa propia. Lane no sabía gran cosa acerca de la política eclesiástica, pero, al parecer, las tolerancias e indulgencias estaban hechas para las personas que mataban en defensa propia, la guerra y esa clase de cosas. Desde luego, así lo esperaba.

Al llegar a la siguiente esquina, sacó el papel del bolsillo. Lo desdobló. Entornó los párpados ante el reflejo de la luz del sol sobre la blancura del papel y leyó de nuevo la dirección.

Ochocientos treinta y ocho.

Volvió la cabeza. Riley se había apeado del coche.

Lane guardó el papel. Se secó el sudor de la cara pasándose la manga. Siguió adelante. El sol se abatía sobre su espalda como un manto de calor. Hubiera querido llevarse la mano a la espalda y separarse de la piel el fondillo de las bragas, pero Riley la vería hacerlo.

La casa que tenía a la derecha era la número ochocientos treinta y seis.

La siguiente era la de Kramer. Una casita de adobe, con ventanal. El camino de acceso estaba vacío.

Jadeando, con el corazón latiendo desacompadadamente y los músculos de las piernas como jalea, Lane avanzó por el camino de entrada.

No había garaje. Sólo un cobertizo para automóviles. La ranchera no estaba en el cobertizo.

No se veía por ninguna parte.

¡Kramer no está en su casa!

“Después de todo esto —pensó Lane—, tiene que estar”. Subió al pórtico de entrada. Pulsó el timbre y oyó suaves campanilleos dentro de la casa.

Esperó.

Deseó recobrar el aliento y poder respirar normalmente.

Deslizó la mano por dentro de la blusa y curvó los sudorosos dedos alrededor de la culata del revólver de su padre. El cañón se movió, golpeándole la entrepierna. Pensó en la boca de Kramer aplicada allí abajo.

—Vamos, hijo de puta —murmuró.

Encontraron la ranchera un cuarto de hora después, estacionada en el rebosante aparcamiento del puerto deportivo.

El portillo de tela metálica, cerrado la noche anterior, aparecía ahora abierto del todo. Lane no lo cruzó. De pie ante la entrada, sola, miró el vacío embarcadero de Kramer.

Luego regresó al coche. Abrió la portezuela, subió el revólver para que el cañón no se le clavara en la carne y se deslizó en el asiento del conductor.

—Ha zarpado en su barca —informó.

—¡Mierda!

—Dios, no sé. Quizá no sea tan malo.

Lane sacó el revólver de debajo de la blusa y lo guardó en el bolso de mahón.

—Sí, un cuerno.

—Hubiera resultado bastante difícil salir bien librados aquí. Hay un montón de gente.

—Sí, pero podríamos haberlo dejado hundido en el río a varios metros de profundidad.

—Ya lo sé.

—¡Mierda! —repitió Riley.

—No podemos hacer nada. Tendremos que idear alguna otra cosa.

—¿Como qué?

Lane meneó la cabeza y puso la marcha atrás. Condujo hacia la salida del aparcamiento.

—Querrá violarme otra vez. Dijo que el lunes o el miércoles. Seguramente me indicará algún sitio donde encontrarnos. Un lugar donde estemos más o menos a solas. Tal vez pueda decirte por anticipado qué sitio es ése. Puedes estar esperándonos allí.

—Suená bien.

Lane desembocó en el paseo de la Ribera.

—¿Quieres que te lleve al centro?

—Por mí, vale. —Le dirigió una extraña mirada—. ¿A ti te va bien?

—Sí, creo que sí. Dispondré de tiempo para tranquilizarme.

—¿Olvidas con quién estás?

Lane le miró.

—Con Riley Benson. Un tipo duro. Lo único que tienes que hacer es no ejercer de tipo duro conmigo, ¿conforme?

—Contigo, no, Lane.

Capítulo 43

Durante el día, Uriah permaneció en el lecho seco de un regato, a cierta distancia de la carretera.

Por la mañana había intentado comer un poco de tasajo, pero comprobó que no podía masticarlo sin que espantosos ramalazos de dolor surcaran sus mandíbulas y sus mejillas. Pudo beber agua, eso sí, aunque parte de ella goteaba por los agujeros del rostro. Y logró dormir.

Sonó que las vampiras le apresaban. Las reconoció a todas. Todas eran demonios a los que había matado, pero que ya no estaban muertos. Llegaron a través de los rayos de sol del desierto y, entre alaridos escalofriantes, se abalanzaron sobre él. Le derribaron contra el suelo. Le arrancaron las pieles de animales que lo cubrían. Se apoderaron del martillo y de las estacas que llevaba en su macuto. Le inmovilizaron, le hundieron estacas de madera a través de las manos y de los pies. Le clavaron en el suelo. Crucificado. Mientras se revolvía a causa del tormento, una le arrancó el parche del ojo. Miró desde las profundidades de la cuenca vacía y pensó: ¡Qué extraño! Veía con los dos ojos. Las vampiras le rodeaban, arrodilladas, con las pupilas destilando apetito y deleite anticipado, mientras la baba caía por sus barbillas. Las manos se deslizaban por el cuerpo de Uriah, como si pretendiesen despertar su lujuria. Horrorizado, comprendió que lo estaban consiguiendo. “Debo resistir” —pensó—. Soy el guerrero de Dios”. Los rostros descendieron sobre él. Sintió sus bocas por todas partes. En vez de dolor, éxtasis. ¡Esto no puede ser!

Unos labios se oprimieron contra su boca. Penetró una lengua. Otras se colaron por los agujeros de sus mejillas. Otra más se le introdujo por el ano. Mientras se preguntaba cómo era posible todo aquello, una lengua se le metió por el orificio del pene, serpenteó y profundizó. Uriah se retorció. Se dio cuenta entonces de que no estaba clavado al suelo por las estacas. Los astiles de madera se habían convertido en lenguas que culebreaban dentro de los agujeros de sus manos y pies. Después, las lenguas se le deslizaron por el cuerpo, por donde no había aberturas, para fundirse con la carne, para llenarle...

Uriah se contorsionó y se agitó en espasmódicas sacudidas, impelido por la agonía de un placer exquisito, y entonces se despertó a causa del dolor que llameaba en su mejilla derecha. Encontró la punta de su propio dedo índice hundida dentro del orificio de la bala. Hizo una mueca y lo sacó. Se sentó y, suavemente, se cogió ambos lados de la cara.

Había caído la noche.

En el frenesí de la pesadilla se había quitado de encima la manta. La atrajo hacia sí y se la echó en torno a los hombros, cogida con firmeza. Pero no dejaba de tiritar.

Satanás le había visitado mediante aquel mal sueño. Trataba de tentarle. Trataba de debilitar su resolución.

“Yo soy el guerrero de Dios —se dijo—. No fallaré”.

Se puso en pie, cogió el macuto que contenía sus armas y las inútiles provisiones de boca, se envolvió en la manta y empezó a subir por el piso de gravilla de la ladera del torrente.

No tardó en llegar a la carretera. Miró en ambos sentidos.

No se veía ningún faro de automóvil.

En el transcurso de toda la noche, mientras caminaba rumbo a Recodo de la Cabeza de Mula, Uriah no avistó la luz de un solo faro. Ni una sola vez tuvo que abandonar la carretera y esconderse. Su ritmo de marcha fue bueno.

Cuando en el horizonte asomó la línea pálida que anunciaba el amanecer, Uriah subió a lo alto de una escarpadura. Divisó desde allí el río Colorado, a lo lejos: una ancha cinta serpenteante de color pizarra, flanqueada por luces como centenares de estrellas que hubiesen caído sobre el desierto que bordeaba sus orillas.

Farolas urbanas. Faros de automóviles que se desplazaban despacio. Luces encendidas en porches. Tal vez incluso lámparas cuya claridad salía por las ventanas de casas cuyos ocupantes habían iniciado ya la jornada o se habían pasado la noche en blanco.

Uriah se preguntó qué luces de aquéllas se proyectarían desde el interior de guaridas de vampiros.

Quizá ninguna.

Al día siguiente, por la noche, se encontraría entre aquellas luces. Se colaría furtivamente en su cubil y enviaría al descanso eterno a los hijos de Satanás.

Capítulo 44

Una mano despertó a Lane, zarandeándola suavemente.

—Es hora de levantarse y asearse, tesoro —dijo su madre. Lunes por la mañana.

Se le comprimió el estómago.

—Vale—musitó.

Cuando se quedó sola, se puso de costado, se apretó el vientre y levantó las rodillas.

“No puedo ir al instituto —pensó—. Sencillamente, no puedo”.

Tengo que ir.

El día anterior le había dicho a Riley que hablaría con Kramer después de clase y concertaría la cita con él.

Pero eso fue el día anterior. Resulta fácil fraguar planes audaces cuando una está a salvo con otra persona y se habla del día siguiente. Ahora estaba sola y acababa de empezar el día en que iba a poner en práctica el plan. No era del todo lo mismo. No era lo mismo, en absoluto.

Mientras se ovillaba debajo de la ropa de la cama, Lane se imaginó a sí misma en la clase sexta. Sentada en su sitio. Con el vacío pupitre de Jessica a su derecha. Frente a la mesa en cuyo borde Kramer solía sentarse cuando hablaba a los alumnos. El profesor estaría allí, apuesto y pagado de sí mismo, comportándose como si nada hubiera ocurrido. Pero lanzándole miradas subrepticias. Haciéndole de vez en cuando alguna pregunta sobre la asignatura. Y, durante toda la clase, se regodearía pensando en el aspecto que ella presentaba desnuda, rememorando las cerdadas que le había hecho, soñando en lo que le haría la próxima vez que la pillase sola.

“No puedo ir —pensó Lane—. No puedo estar allí sentada, delante de él. No durante una hora, ni durante un segundo. Me volvería loca”.

Así que no.

Automáticamente, se sintió mejor.

Se desenroscó, se dio media vuelta y se puso boca abajo.

El colchón se oprimió contra su cuerpo maltrecho, pero no le causaba mucho daño.

La presión sobre los pechos le recordó a Lane la escena cuando, el día anterior, se abrió la blusa ante Riley. Notó que el calor del sonrojo se le extendía por la piel. Cuando lo hizo no experimentó ninguna vergüenza, pero ahora le costaba trabajo creer que hubiese sido capaz de aquella exhibición. En mitad de la calle y a plena luz del día. Le pareció que había sido otra persona quien hizo aquello. Una Lane distinta.

La misma Lane distinta que se llegó hasta la puerta de Kramer con un revólver bajo la cintura de la falda.

Debía de estar loca.

¿Y si Kramer se hubiese encontrado en casa? ¿Y si le hubiera asesinado de verdad?

“No sucedió”, se dijo.

Los pechos empezaban ahora a dolerle, de modo que se puso de costado, apartó la ropa y se sentó en el borde de la cama. En vez de camisón se había puesto una camisa de

dormir, por si acaso su padre o su madre la vieran sin bata. Los camisones eran escotados o transparentes, o las dos cosas, y no podían ocultar bien las magulladuras. La camisa, de cuello cerrado, lo ocultaba todo. Aunque no en aquel preciso momento. Las nalgas estaban al aire, ya que, al arrastrarse por encima del colchón, los faldones de la camisa de dormir habían quedado arrugados sobre el regazo de Lane.

Miró a la cerrada puerta y luego se contempló a sí misma. Tenía los muslos contusionados, pero algunas zonas anteriormente escoriadas y rojas ahora parecían normales. Apretó la tela contra el vientre y se inclinó hacia adelante. Los bordes de la vulva ya no estaban en carne viva. Se levantó la camisa por encima de los pechos. También parecían haber mejorado bastante. Las magulladuras no tenían un tono tan oscuro como antes. Habían cambiado del púrpura profundo a un color amarillo verdoso.

“Unos días más —pensó Lane—, y ya estaré completamente nueva”.

Por fuera.

La próxima vez, quizá no me lastime.

¡No habrá próxima vez!

Dejó caer la camisa de dormir hasta la cintura, se levantó de la cama un momento para llevar los faldones hasta las nalgas y luego volvió a sentarse y extendió la tela ajustada contra los muslos.

Tiene que haber un modo de salir de esto, se dijo a sí misma.

Sí, matarle.

Ayer pudo haberlo hecho. O contribuir a ello, al menos.

Ahora, sin embargo, la idea de asesinar a Kramer parecía una tarea muy superior. Enorme. Tuvo la sensación de que aquel asunto pondría sobre su cabeza un inmenso nubarrón negro que nunca se le quitaría de encima.

No puedo matarlo. No puedo contar lo que ha hecho. No puedo dejarle que me viole otra vez.

“Podría suicidarme”.

La idea sobresaltó a Lane y precipitó una angustiosa riada de calor por todo su cuerpo.

Si me mato, no tendrá motivo alguno para meterse con papá y mamá. Pero los destrozaré y seguro que me quemaría eternamente en el infierno. Y todo...

¡Al diablo!

Se puso en pie rápidamente, se acercó al armario y se puso la bata.

Tiene que haber una salida.

Sí, quedarse en casa y no aparecer por el instituto. Ésa es la salida. Preocuparse mañana de mañana.

Quizá Riley se encargue del asunto sin mí. Si me quedo al margen el tiempo suficiente. Si entretanto no viene Kramer a por mí.

Lane se puso las zapatillas. Salió del dormitorio, hizo una rápida visita al lavabo para aliviarse y luego se encaminó a la cocina. Su madre, que en aquel momento sacaba los cacharros del lavavajillas, volvió la cabeza.

—Aún no te has vestido.

—Hoy me encuentro fatal —dijo Lane, aplicando a su voz un tono bajo y quejumbroso.

— ¿Qué te pasa?

— Pregunta mejor qué no me pasa. Retortijones, jaqueca, diarrea. Tengo de todo.

— Oh, lo siento, cielo.

Lane se encogió de hombros y frunció el entrecejo.

— Sobreviviré, supongo. Pero no creo estar en condiciones de ir hoy a clase.

— ¿Qué pasará con Henry y Betty?

Lane hizo una mueca. Se había olvidado de ellos. Y también de George. Había telefoneado a George el día anterior, después de volver del centro comercial, y el chico parecía encantado y deseoso de ir con ellos.

— Creo que podría adelantarme, llevarlos y luego regresar a casa.

— No, si no te encuentras lo bastante bien como para ir al instituto... Supongo que puedo llevarlos yo. Sólo por esta vez. Dado que te esperan.

— Sería formidable.

— Contarán con algún otro medio para volver luego a su casa, ¿no?

— Ah, sí. Siempre pueden buscarse la vida. También hay un chico llamado George.

Nos conocimos la otra noche en la función. Iba a llevarle hoy.

La madre asintió.

— Está bien. En fin, dame sus señas y me encargaré de llevarlos.

— Maravilloso. Un montón de gracias, mamá.

— ¿Quieres que te prepare algo antes de marcharme?

— No tengo mucho apetito. Vendré aquí cuando el hambre me acucie, ¿vale?

— Bueno, como quieras. Aunque te sentirás mejor en cuanto te metas algo de alimento en el cuerpo.

Lane se sirvió una taza de café y luego fue a la sala de estar. Su padre estaba en el sillón de costumbre, con el chándal que solía ponerse al saltar de la cama, una taza en una mano y un libro en rústica en la otra.

— Buenos días, cariño —saludó—. ¿Cómo te encuentras?

— No muy católica. Estoy un poco indispuesta y me quedaré en casa. Mamá ha dado el visto bueno.

— ¿Un amago de gripe?

— Algo así, supongo. De todas formas, me siento hecha polvo. En seguida me volveré a meter en la cama. —Tomó un sorbo de café—. ¿Estás excitado por lo de esta noche?

Larry arrugó la nariz.

— No sé si estoy excitado o simplemente asustado.

— Si no las tienes todas contigo, ¿por qué no te lo saltas?

— No es tan sencillo —dijo el hombre—. ¿Cómo me las arreglaría para acabar el libro?

— Puedes acabarlo así. Planteas una disyuntiva ética, o algo por el estilo, para no inmiscuirte en la cuestión. Dejas la cosa en el aire, que los perros sigan durmiendo. Ése podría ser el tema o la moraleja del libro.

Larry asintió, a la vez que emitía una suave risita.

— No es mala idea. ¿Opinas que no deberíamos arrancar la estaca?

— Diablos, para empezar, ni por lo más remoto habría traído yo un cadáver a casa.

—Bien sabe Dios lo arrepentido que estoy. —Larry se encogió de hombros—. Pero ya que la tenemos aquí...

—No sé, papá. Siempre me has aconsejado que no haga caso, que no me complique la vida con tablas de signos y buenaventuras...

—Sí.

—¿Te acuerdas de cuando compré aquel muñeco de vudú en Nueva Orleans?

—Aún anda por ahí —dijo Larry.

—"No debes tontear con lo sobrenatural", eso fue lo que me dijiste. ¿Y ahora eres tú el que piensa arrancar la estaca de una persona muerta para poder comprobar si es una vampira?

—Nada bueno puede salir de eso —silabeó Larry, con el tono de voz más o menos cauteloso de un científico loco de película.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Larry le sonrió.

—¿Porque está ahí?

—Prueba otra vez, papá.

—No me parece que estés tan malita.

—Quizá deberías olvidarlo. Lo digo en serio. Toma la decisión de no arrancar la estaca y te sorprenderás de lo mucho mejor que te sientes de pronto.

—¿Tú te sentirías mejor?

—Puede. La verdad es que me tiene sin cuidado. Siempre puedo quedarme en mi cuarto mientras tú lo haces, y serás tú el que esté allá fuera. ¿Sabes? Esto no es asunto mío, sino tuyo: yo tengo mis propios problemas.

—¿Qué clase de...?

—Sólo te digo —continuó Lane precipitadamente— que no debes permitir que Pete o cualquier otra persona te impulse a hacer algo en contra de tu voluntad. Tú eres el único que tendrá que afrontar las consecuencias.

—¿Crees que arrancar la estaca sería un error desde el punto de vista moral?

—Si es una chica vampiro.

—Naturalmente, sabemos que no lo es.

—"Hay algo más en el Cielo y en la Tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía!"

—¡Vaya, precioso!

Lane sonrió.

—Me voy a la cama.

—"Buenas noches, dulce princesa. Y que el aleteo de los ángeles sea la música que amenice tu descanso".

—Ah, gracias. Pero no me estoy muriendo. Sólo voy a echar una cabezadita. Espero.

Abandonó el salón, anotó las direcciones de sus amigos, entregó el papel a su madre en la cocina, le repitió las gracias por hacerle aquel favor y regresó a su dormitorio.

Recostada en las almohadas, trató de leer. Pero, aunque sus ojos recorrían las frases, el cerebro seguía a la deriva, atormentándola con el recuerdo de Kramer. Al cabo de un rato, apartó el libro. Se acurrucó entre las sábanas.

Deseó tener los problemas que tenía su padre. No sabe lo afortunado que es, pensó. Sería estupendo que la mayor preocupación de mi vida consistiese en si debo o no debo sacar el trozo de madera que tiene clavado en el pecho un cadáver.

Papá dijo que la chica —¿Bonnie?— había sido reina de las fiestas de Vuelta a Casa. Debió de ser una belleza. Tal vez justo el tipo que le encanta a Kramer.

Mientras vagaba rumbo al sueño, Lane se imaginó que reunía a todos sus amigos: Betty y Henry, George y Riley. “Necesito vuestra ayuda”, les dijo. Explicó su plan y todos se mostraron deseosos de colaborar. De modo que se colaron en el garaje y se llevaron a escondidas el cadáver. Ataron el ataúd al techo del Mustang. Cruzaron la ciudad, en plena noche, hasta el domicilio de Kramer. La ranchera no estaba allí. El profesor debía de seguir aún en su barca. Mientras sus amigos permanecían ante la fachada del edificio, Lane rompía una ventana de la parte de atrás y entraba en la casa. Abrió la puerta frontal y entraron el féretro. Lo llevaron al dormitorio de Kramer. Tendieron el cadáver en la cama y ocultaron el ataúd en un armario.

Lane se ofreció voluntaria para arrancar la estaca. “No estoy asustada”, dijo. Y no lo estaba. Al menos, de Bonnie. Bonnie no era enemiga suya. Bonnie era su aliada, su arma. Retiró la estaca del pecho de la muchacha. El agujero se fundió, se cerró solo. El cadáver empezó a dilatarse como una muñeca hinchable a la que introducen aire. Su piel reseca y apergaminada se puso tersa y adquirió un saludable lustre de vida. Salvo en las zonas magulladas.

Lane se sobresaltó el comprender que Bonnie parecía su hermana gemela. No, pensó, no es mi hermana gemela. Soy yo. Esto es aún mejor de lo que había esperado. Kramer creará que acudo a él.

La Lane acostada en la cama de Kramer abrió los ojos.

“No te preocupes” —dijo—. Me encargaré de él”

Lane se despertó con la sensación de que le habían quitado de encima una carga terrible. Ignoraba el motivo, pero se sentía estupendamente. Luego recordó el fabuloso plan de su ensueño. Sólo fue pura fantasía. Nada había cambiado. Su moral decayó y la aprensión volvió a albergarse en su nido de la boca del estómago.

Consultó el reloj situado junto a la cama. Casi la una. Había dormido bastante tiempo y estaba contenta. Si pudiera seguir durmiendo...

Pero tenía hambre. Así que saltó de la cama, se puso las zapatillas y la bata y salió de la alcoba.

La casa parecía desierta.

Pero la puerta del estudio de su padre estaba cerrada llamó con los nudillos. Al abrirla, vislumbró fugazmente una página ilustrada con fotografías en blanco y negro que su padre guardaba en una carpeta. Larry le sonrió, pero su expresión era de susto y su cara se había sonrojado.

Lane se preguntó qué estaría mirando. Fuera lo que fuese, parecía avergonzado de ello. La muchacha decidió no hacer preguntas.

—Siento haberte molestado —se excusó.

—No tienes por qué. ¿Te encuentras mejor?

—Un poco. Pero tengo hambre. ¿Has comido ya?

—Sí. Almorzamos hace una hora. ¿Quieres que te prepare algo?

—No, está bien. Puedo arreglármelas sola. ¿Dónde está mamá?

—Fue a la tienda. Decidimos pedir a Pete y Bárbara que vengan a cenar con nosotros, por lo que ha tenido que salir a comprar algunas cosas.

—¿Bárbara se ha recuperado ya?

—Aparentemente. Tu madre fue a verla. Daba la impresión de sentirse un poco violenta por el accidente, pero está deseando continuar con la aventura. Pete se ha agenciado ya una nueva cámara de vídeo.

—Esperemos que Bárbara no se la rompa también.

—Lo más probable es que no le ponga las manos encima.

—Si Pete es lo bastante listo. ¿A qué hora vendrán?

—Hacia las seis.

—Si no ando por aquí, no dejes de avisarme para que me levante. No me perdería eso por nada del mundo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Hasta luego.

Cerró la puerta y pasó a la cocina.

Mientras se tostaba en la parrilla eléctrica un emparedado de queso, pensó en la carpeta que su padre había cerrado con tanta rapidez. Trató de recordar la hoja de papel que había metido allí. Glaseada, con dos o tres fotografías.

Como una página de la *Memoria de Buford*.

—Oh, chico —murmuró. Debió de arrancarla del anuario de 1968. Y parecía haber más en la carpeta.

Fotografías de Bonnie. Había estado examinando fotografías de Bonnie.

Santo Dios, si la vieja dama Swanson se enterase algún día... Me iba a ver hundida en mierda hasta el cuello... ¿Cómo ha podido hacerme una cosa así?

Pete le había llamado “obseso”, allí, en la cocina, cuando hablaban de sus extraños sueños.

Obseso, exacto.

Lane trasladó el emparedado a un plato de papel. Lo llevó a la mesa y se sentó.

Papá sólo quería las fotos para su libro, se dijo Lane, al tiempo que empezaba a comerse el emparedado. No tiene nada de raro. Si su expresión parecía tan culpable, es sólo porque las escamoteó del anuario y no deseaba que yo lo supiese. Eso es todo.

Pero tal vez eso no sea todo. Ha estado soñando con ella.

Ha caminado sonámbulo. Fue a hacerle una visita.

Lane rememoró la forma en que contemplaba el cadáver desnudo, cuando le encontró en el desván. ¿Y si está obsesionado con ella? Quizá desee que Bonnie sea una vampira, acaso quiera verla convertirse de nuevo en una preciosa muchacha, tal vez anhele...

Vamos. Es papá, no Kramer. Papá no hubiera...

Las cosas que le decía a Bonnie... Pero estaba dormido.

Hablaba en sueños. Despierto no habría...

Despierto, hacía diez minutos, estaba contemplando las fotografías de Bonnie. ¿En qué pensaba? ¿Se preguntaba cómo podrían ser las cosas si Bonnie resucitara aquella noche?

Sólo es un hombre.

No, no es sólo un hombre. Es papá. Hace todo esto por el libro, no porque le haya calentado las pajaritas una estudiante de bachillerato.

Lane no pudo acabarse el emparedado. Tiró los restos, tomó un trago de agua y regresó apresuradamente al dormitorio. Cerró la puerta. Arrojó la bata encima de la silla. Se descalzó. Se echó en la cama y se cubrió con la ropa hasta el cuello, se acurrucó de costado y se abrazó el vientre.

Papá no es así, se dijo. No es un perverso. Nos quiere a mí y a mamá.

Incluso le dijo a Bonnie que nos quiere.

Como cualquiera podría decírselo a su amante. Asegura que nos quiere, pero fue allí y se disponía ya a arrancar la estaca.

¡Estaba dormido, por el amor de Dios!

Pero ¿y si yo no hubiera subido al desván?

La chica está muerta, se dijo Lane. Está muerta. No es ninguna vampira. No hubiese vuelto a la vida. Eso son chorradas y papá lo sabe y punto.

Pero quizá...

Lane empezó a rezar un padrenuestro, musitando las palabras. Eso interrumpió sus pensamientos. La tranquilizó. Rezó otro, esa vez sin pronunciar las palabras, mentalmente. Y luego, otro.

La despertaron unos suaves golpecitos dados a la puerta.

Se dio la vuelta, para colocarse boca arriba, en tanto se abría la puerta. Su padre asomó la cabeza.

—¿Han llegado ya Pete y Bárbara? —preguntó Lane.

—Todavía no, pero tienes visita.

—¿Estaba dormida? —llegó una voz desde el pasillo, detrás de su padre.

Lane se quedó sin aliento.

—Ahora está despierta —dijo Larry.

—Desde luego —dijo Kramer—, no era preciso molestarla.

—Todo está bien —dijo el padre, por encima del hombro, al tiempo que entraba en la estancia—. De todas formas, ya era hora de que se levantase. No tardarán en llegar unos invitados.

Indicó a Kramer que entrase.

—¡Paaaapá!

—¿Qué pasa?

—Estoy en la cama.

“Esto es un sueño”.

—Si ella prefiere...

—No ocurre nada. Simplemente es su acostumbrada actitud pudorosa.

Kramer entró en la habitación.

“Está aquí. El hijo de perra está en mi dormitorio”. Lane se esforzó en sonreír.

La sonrisa de Kramer, por otra parte, parecía irresoluta e inquieta.

—Me he dejado caer por aquí para ver qué te había ocurrido. Confío en que no te haya atacado ningún virus o algo así el sábado por la noche, cuando asistimos a la representación teatral.

“No fue precisamente un virus lo que me atacó”, pensó Lane.

Kramer pasó junto a Larry y se acercó a la cama. Llevaba en la mano una carpeta como la que utilizaba Larry para guardar las fotos de Bonnie.

—Por si acaso tardaras un poco en ir a clase —manifestó—, pensé que podía traerte estos deberes de la semana.

—Gracias —murmuró Lane.

—Muy amable de tu parte, Hal— dijo Larry.

Kramer le dirigió una sonrisa.

—No voy a permitir que mi alumna estrella se quede rezagada. —Dejó la carpeta sobre la mesita de noche. Preguntó—: ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien.

—Lo siento. ¿Crees que podrás levantarte y...?

A lo lejos, sonó el timbre del teléfono.

—Iré a descolgarlo —dijo Larry—. Jean está tomando un baño.

Salió del cuarto.

“No puedo creerlo —pensó Lane—. Esto es una pesadilla”.

Kramer se sentó en el borde de la cama y le sonrió.

—Evidentemente, has ocultado nuestro pequeño secreto. La chica asintió. No se creía capaz de pronunciar una sola palabra.

—Eso está muy bien, querida. Pero no me ha gustado el que te quedases hoy en casa. Te eché de menos. —Introdujo una mano por debajo de la ropa. La miró a los ojos mientras le daba un suave achuchón al seno derecho—. Tú también me echaste de menos, ¿verdad?

Lane abrió la boca para poder respirar. Se estremeció. Kramer dejó escapar una suave risita. Lanzó una ojeada al hueco de la puerta, clavó luego los ojos en el rostro de la muchacha y fue bajando la mano por la pechera de la camisa de dormir.

Lane se atragantó.

—No.

—Chisst. Llevo en el bolsillo un amigo de corte muy afilado.

La mano llegó a la piel, por debajo la arrugada tela de la camisa. Lane apretó las piernas. Pero la mano de Kramer, hábil, se metió a la fuerza entre los muslos. Lane empezó a lloriquear.

—Podría degollarte fácilmente en un segundo. Y luego hacerle lo mismo a tu padre. Y a tu madre. Está tomando un baño. Resultaría divertido.

Kramer apartó la mano.

—Hasta luego —dijo. Salió al pasillo y cerró la puerta.

Capítulo 45

Tras colgar el teléfono de la cocina, Larry fue al salón y encontró a Hal delante de la biblioteca, dedicado a examinar el conjunto de sus obras.

—Tienes toda una bibliografía.

—Diecisiete novelas, hasta el momento.

—Es fantástico.

—Bueno, las cosas me han ido bien. No tengo tanto éxito como quisiera, pero ¿quién lo tiene?

—¿En qué trabajas ahora? ¿O es un secreto?

—No es ningún gran secreto, supongo. ¿Te apetece una copa?

—Oh, no quisiera molestar. Sólo vine a interesarme por Lane y...

—No hay motivo para tanta prisa. Me iba a preparar una tónica con vodka. ¿Qué puedo ofrecerte?

—Pues otra para mí —aceptó Hal, y le siguió a la cocina.

—El que me llamó era un amigo —explicó Larry, mientras mezclaba las bebidas—. Otro escritor. Una verdadera coincidencia. Está preparando una antología de relatos de vampiros y me ha pedido una colaboración.

—Vaya, enhorabuena.

—Gracias. Resulta estupendo haber llegado a un punto en que te solicitan relatos. Yo ni siquiera escribo historias cortas, a menos que me las pidan. Esto sí que es un buen salto respecto a la vieja época en que solía enviarlas a la revistas y me hartaba de coleccionar cartas de rechazo.

—Sí, tiene que ser muy gratificante. ¿Mencionaste algo respecto a una coincidencia?

—Ah, sí. Bastante singular. Quiere una historia de vampiros y da la casualidad de que llevo varias semanas metido hasta el cuello en ese tema.

—¿Estás trabajando, pues, en una novela de vampiros?

—No exactamente.

Tendió el combinado a Hal, cogió el suyo y encabezó la marcha de regreso a la sala de estar. Se acomodó en su sillón.

Hal tomó asiento en el extremo del sofá, frente a él.

—Salud —brindó Larry.

Bebieron. Hal sonrió y dijo:

—Al grano.

—Estoy preparando un libro de vampiros, pero no es una novela. No es literatura de imaginación.

—¿Una especie de estudio?

—A decir verdad, trata de experiencias personales.

Hal meneó la cabeza y sonrió como si creyera que Larry pretendía tomarle el pelo.

—¿Tuviste experiencias personales con vampiros?

—Sí.

“Vale más que deje de hablar del tema”, pensó. Y en seguida cambió de opinión.

¿Por qué? El hombre no está en situación de birlarme la historia. Y es posible que merezca la pena observar la reacción de alguien ajeno a todo esto.

Y, de todas formas, todo el mundo lo sabrá a partir de esta noche y, por otra parte, vamos a entregar a Bonnie a la policía.

—¿Quieres escucharlas?

—¡Claro!

Hal tomó un sorbo de su bebida y se inclinó hacia adelante como si ardiera en deseos de oír una historia tétrica.

—Bueno, todo empezó hace unas semanas, cuando Jean y yo fuimos al desierto a explorar una ciudad fantasma, en compañía de unos amigos. Pete y Bárbara. Vendrán a cenar dentro de un rato, así que tendrás ocasión de conocerlos.

—Estupendo.

—Verdaderamente —dijo Larry—, ¿por qué no te quedas a cenar con nosotros?

Confió en que Jean no pusiera ningún inconveniente. Lo más probable era que no. Tenía un asado en el horno. Seguro que había de sobra para alimentar a un invitado extra.

Le diremos que se quede para presenciar el gran acontecimiento, si quiere. Dispondremos de un observador objetivo.

—No me gusta imponer mi presencia.

—Nos encantará contar contigo. Es una ocasión tirando a especial. Comprenderás por qué en cuanto conozcas toda la historia.

—Bueno, quedarme será un placer. Siempre y cuando Jean no...

—Le alegrará que te quedes.

Hal se encogió de hombros.

—Si ella no se opone...

—Formidable. Muy bien. —Larry tomó otro trago—. Como iba diciendo, los cuatro fuimos a esa ciudad fantasma, que está a una hora de aquí, en coche. Se llama Llano de la Artemisa.

Mientras relataba los hechos, Hal miraba y bebía. A veces, el profesor meneaba la cabeza como si no pudiese dar crédito a sus oídos. En varias ocasiones dejó escapar murmullos de asombro. Al rematar la parte relativa al traslado del cadáver a la casa, Larry salió brevemente de la estancia para ir en busca de nuevas bebidas. Después se sentó de nuevo y reanudó la historia. Tuvo buen cuidado en eludir todos los detalles de su coladura por Bonnie. Se concentró en los hechos. Disfrutó de las reacciones de Hal. El hombre estaba evidentemente fascinado.

—De modo —concluyó Larry— que ésta es la noche en que, por fin, arrancaremos la estaca. Inmediatamente después de cenar.

—¡Alucinante! —murmuró Hal.

—Nos alegraremos de tenerte con nosotros. Puedes desempeñar el papel de espectador desinteresado.

—¿Y provocar mi muerte? —rió el profesor. Una risa algo nerviosa.

—No imagino que pueda ocurrir semejante cosa.

—No, yo tampoco. Puede que sea supersticioso, pero no creo llegar al extremo de creer en la existencia de vampiras.

Larry asintió, sonriente.

—Si Bonnie resucita, me parece que todos nos llevaremos un susto de muerte.

—Sí, pero, desde luego, lamentaría perdérmelo.

—No hay razón para ello.

Tras excusarse, Larry recorrió el pasillo y entró en su dormitorio. Encontró a Jean maquillándose. Llevaba su mono, botas y pañuelo al cuello.

—¿Ya están aquí?

—Todavía no. Pero Hal Kramer sí. Vino a ver a Lane y a traerle unos deberes.

—Eso ciertamente rebasa lo que yo llamaría sus obligaciones.

—Me parece que se siente un poco culpable. Temía que la ausencia de Lane tuviese algo que ver con la velada del sábado por la noche.

—La entretuvo por ahí fuera hasta bastante tarde.

—Tal vez pensó que le hizo daño la *pizza*. De todas formas, ha sido muy amable. Le he invitado a cenar.

Frente al espejo, Jane frunció el ceño.

—¿No has pensado que eso puede aguarnos la fiesta?

—Se lo conté todo.

—¿Le hablaste de la vampira?

—Claro. ¿Por qué no? Tampoco es ningún gran secreto. O dejará de serlo en cuanto avisemos a la policía.

—A pesar de todo, no debiste... Siempre estás hablando más de la cuenta, Larry. ¡Dios!

—¿Por qué le das tanta importancia?

—No se la doy, sólo que me gustaría que fueras más cuidadoso acerca de lo que le cuentas a la gente. Nadie tiene por qué estar enterado de nuestras cosas.

—Sólo quería observar sus reacciones.

—Seguramente creerá que todos nosotros estamos locos de atar.

—Difícilmente. Estaba entusiasmado.

Jean suspiró. Consultó su reloj de pulsera.

—Bueno, a lo hecho, pecho. Sólo desearía que tú...

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Bien, ya lo sabes, sí. De cualquier modo, Pete y Bárbara llegarán de un momento a otro. ¿Quieres asegurarte de que Lane se está arreglando ya?

—No debemos dejar abandonado a nuestro huésped... —Será cuestión de unos segundos.

Con el deseo de que Jean no fuese tan negativa respecto a todo, salió de la alcoba y se acercó a la puerta del cuarto de Lane. Llamó.

—¿Sí? —dijo la chica.

—¿Estás visible?

—Sí.

Abrió la puerta. Lane seguía en la cama tapada, salvo la parte posterior de la cabeza. No le miró.

—Pensé que ya estarías vestida.

—Recaí.

— ¿Te sientes lo bastante recuperada como para cenar con nosotros?

— No lo sé.

Preocupado, Larry se acercó a la cama. Se sentó en el borde y acarició el pelo a Lane. Ella le miró con ojos solemnes.

Tenía el semblante adormilado y pálido.

— ¿Te encuentras bien?

— Si me encontrase bien, ¿crees que estaría acostada?

— Quiero decir que si crees que puede tratarse de algo grave. Quizá sería conveniente llamar a un médico.

— No necesito ningún médico. Estoy bien.

— Realmente me inquieta mucho verte así, cariño.

— Lo siento.

— Mira, si no te ves capaz de levantarte y cenar con nosotros, te traeremos la cena aquí.

— ¿Ya han llegado Pete y Bárbara?

— Aún no. Pero Hal sí está. Le hemos pedido que nos acompañe. A cenar y a asistir al gran acontecimiento.

Lane cerró los ojos y murmuró:

— Maravilloso.

— ¿Qué ocurre?

— Nada, que me siento fatal, nada más.

Larry le acarició amorosamente la mejilla y luego se levantó.

— Sería estupendo que te sentases con nosotros. Aunque eres tú quien debe decidirlo.

No me haría ninguna gracia que vomitases en la mesa.

Lane no se molestó en sonreír.

“Está enferma”, pensó Larry.

— Como he dicho, te traeremos algo.

— Gracias.

Larry salió al pasillo y cerró la puerta. Se sentía deprimido. Probablemente no es nada serio, se dijo. Pero pensó: ¿Y si se trata de meningitis espinal? ¿O cáncer de huesos? ¿O...? ¡Bueno, vale ya!

Jean no se encontraba en la alcoba de matrimonio.

La encontró en el salón, sentada en el sofá, junto a Hal.

— Ya sé que todo esto suena a locura — decía —, pero...

Alzó la cabeza para mirar a Larry.

— Lane se encuentra peor. Puede que no se levante para cenar con nosotros.

Jean frunció el entrecejo.

— Iré a verla. Larry, ¿por qué no le sirves a Hal otra copa?

Su madre cerró la puerta al salir. Al cabo de unos minutos, Lane oyó el timbre de la puerta. Serían Pete y Bárbara, que llegaban.

Llegó a sus oídos el apagado rumor de voces alegres. Y de algunas risas.

Todo parecía demasiado inconcebible para ser real: el grupo allí, comiendo, bebiendo y pasándoselo en grande mientras se disponían a concluir su lance con la “vampira”, sin

sospechar que entre ellos había un monstruo auténtico. “El Diablo tiene el poder de asumir formas agradables”. Kramer tenía forma agradable, desde luego.

Dios, si supieran cómo era realmente aquel hombre.

Lane se imaginó a sí misma levantándose de la cama y apareciendo en la sala de estar. “Eh, a ver si adivináis lo que Kramer me hizo”. El profesor sacaría entonces su “afilado amigo” y acabaría con todos. Tal vez papá y mamá pudieran detenerlo, pero seguro que pincharía a alguien.

Vio mentalmente la navaja seccionando con rápido tajo la garganta de su padre.

“No voy a poner en peligro a mamá y papá —pensó Lane—. Vale más que se ensañe conmigo que...”.

Lane se dio cuenta repentinamente de lo vulnerable que era, tendida allí en la cama, sin nada más que la camisa de dormir, y con Kramer en la casa.

Probablemente todos están bebiendo. Kramer va y dice: “¿Puedo utilizar el lavabo?”. Alguien le informa de que está al final del pasillo. Naturalmente, nadie le acompaña. Se excusa ante el grupo y se viene derecho a mi cuarto para disfrutar de otra ronda de amenazas y sobos.

Lane saltó de la cama. Encendió la luz. Ante la cómoda, sacó de uno de los cajones un par de bragas y se las puso. Aunque fina, la tela le pareció una especie de escudo. Se quitó la camisa de dormir y la metió en un cajón. Tiritó mientras se ponía el sostén. Cuando se abrochaba los corchetes, recordó las ocasiones en que se fue al instituto sin ponerse sujetador, con la esperanza de atraer la atención de Kramer.

La atrajiste, desde luego.

No tuvo nada que ver con eso, se recordó. Kramer ya me había elegido antes de que yo iniciase nada.

Como protección adicional, Lane se puso una camiseta de manga corta. Sacó de una percha del armario un par de gruesos pantalones de pana. Se estiró la camiseta hasta los muslos, pasó el pantalón por encima de los faldones, abrochó el botón de la cintura y subió la cremallera. Ahora, para llegar a la piel, Kramer tendría que tirar de la camiseta y sacarla de debajo de los pantalones. Pasó una correa por las trabillas y se abrochó la hebilla. Después se puso su holgada camisa de cuadros. Abotonó la parte delantera, pero no se metió los faldones bajo el pantalón.

Se miró en el espejo.

No era precisamente una armadura, pero sí mucho mejor que la simple camisa de dormir. Si Kramer le hacía otra visita, iba a tenerlo bastante crudo para llegar a cualquier punto de la piel situado debajo del cuello.

Lane se acostó. Tiró de la sábana y de la manta y se tapó hasta la barbilla. Se sentía extraña completamente vestida bajo la ropa de la cama.

No sólo extraña, sino también poco menos que achicharrada.

Mejor un poco de incomodidad, pensó, que permitir que aquel asqueroso bastardo vuelva a ponerme las manos encima.

Escuchó, a la espera de oír sus pasos. Sabía que iba a ir allí.

Supongamos que viene y yo tengo bajo la ropa el revólver de papá y le dejo seco. Le encontrarían la navaja barbera encima.

El corazón de Lane empezó a martillearle en el pecho mientras meditaba en ello.

“Iré a buscarlo”.

Saltó de la cama. Cuando abrió cautelosamente la puerta, risas y voces irrumpieron en el cuarto. Se lo están pasando a base de bien, pensó Lane.

El pasillo estaba despejado.

Corrió a la habitación de sus padres. Sin encender la luz, se encaminó al armario donde papá guardaba el revólver.

Al tenue resplandor que llegaba del pasillo vio el teléfono sobre la mesilla de noche y una riada de alivio la anegó.

Encendió la lamparita de al lado de la cama, llamó a Información y obtuvo el número de Melanie Benson. Lo marcó.

Mientras escuchaba la señal del tintineo en el otro extremo de la línea, sus ojos no se apartaban de la puerta.

—Venga, venga... —murmuró.

Al cuarto timbrazo, alguien descolgó.

—¿Sí? —era Riley, con tono de voz que indicaba fastidio por la interrupción.

—Soy yo, Lane.

—¡Muy bien! ¿Qué pasa?

—Kramer está aquí. En mi casa.

—¡No jodas!

—Cena con nosotros, por Dios.

—¿Qué diablos...?

—No importa. Mira, seguramente permanecerá aquí un par de horas más. Yo no puedo salir, pero..., no sé, se me ocurrió que debía decírtelo. Lo más probable es que luego se vaya directamente a su casa, ¿sabes? Tal vez quieras estar allí esperándole.

—¡De puta madre!

—¿Qué opinas?

—Ese cabrón se va a llevar la sorpresa de su vida. La última sorpresa de su vida.

—Ten cuidado, ¿vale? Lleva consigo la navaja.

—Cuando le hagan la autopsia a ese hijo de puta, se la encontrarán metida en el culo.

—Buena suerte, Riley.

—Sí, claro. Ya nos veremos, Lane.

Colgó.

Lane también dejó el auricular en la horquilla. Se frotó las sudorosas manos en la pernera de los pantalones de pana, apagó la lámpara y se trasladó rápidamente al cuarto de baño. Cerró por dentro.

Sentada en la taza del retrete, se apretó el vientre, encorvó el cuerpo e intentó dejar de temblar.

Capítulo 46

—¡A zampar! —convocó Jean desde el comedor.

—Salvada por la campana, reina mía —comentó Pete. Hal se echó a reír.

—¡Vaya, aquí la tenemos! —anunció Pete, y alzó su combinado como si brindara por Lane, en el momento en que la muchacha entraba en el salón.

—Buena chica, no quiere quedarse al margen —dijo Hal. Larry experimentó un ramalazo de alivio, pero mezclado con cierta aprensión.

—¿Te encuentras mejor, tesoro? —preguntó.

—Mucho mejor.

—¡Fantástico!

—La partida al completo —observó Bárbara.

“Ya puedo relajarme”, se dijo Larry. Mientras todos los demás bebían, masticaban tapas de aperitivo y daban la impresión de pasárselo la mar de bien, él no había dejado de beber y preocuparse por Lane.

Pero la muchacha debía de haberse recuperado. Gracias a Dios.

Aunque, en cierto modo, a Larry le había reconfortado la idea de que su hija estaría en su cuarto, apartada de la escena donde iba a desarrollarse la acción cuando llegase el momento de arrancar la estaca.

Tal como iba ahora vestida, era evidente que albergaba la intención de salir con ellos. Llevaba incluso la misma camisa de la otra noche: la que aprovechó para ocultar el enorme crucifijo de su habitación.

Bárbara también pareció reparar en ello. Sonrió a Lane, le dio unas palmaditas en el estómago y preguntó:

—¿Lo llevas?

Durante unos segundos, Lane se quedó perpleja.

—Ya sabes.

Bárbara volvió a palmearla.

—¡Ah, eso!

Lane miró en derredor.

—Jean está en la cocina —le informó Bárbara.

—Cuelga de la pared de mi cuarto. Lo cogeré cuando llegue el momento.

—¿De qué se trata? —le preguntó Hal.

Lane le lanzó un vistazo, desvió la mirada y enrojeció como si le avergonzara reconocer una cosa como aquélla ante su profesor.

Bárbara se inclinó de lado y apoyó una mano en la rodilla de Hal.

—Hablábamos sobre nuestras medidas de protección. —Con la otra mano, se sacó de debajo del jersey la cadena de oro y mostró a Kramer la cruz de Lane—. Me la prestó para el gran acontecimiento. Tiene para sí una de tamaño gigante. Ha de esconderla debajo de la camisa para que su madre no se entere. Jean es supersticiosa en lo que se refiere a ser supersticiosa.

—Será mejor que no bebas más, Bar —aconsejó Pete.

—Estoy muy bien —protestó la mujer.

—Debe de estarlo —intervino Larry—. Cualquiera capaz de pronunciar dos veces en una misma frase la palabra “supersticiosa”, sin que se le trabe la lengua...

—Tú eres el que tiene que andarse con ojo, chaval —le dijo Bárbara a Pete—. Otra bromita como la que me gastaste la última vez y verás lo que se te viene encima...

—“Y la cerdita volvió a casita pis, pis, pis, pis todo el camino”.

El rostro de Bárbara adoptó un color grana subido.

—Cierra el pico.

—¿Ella es la reina?

—Sí, la reina del baile.

Bárbara enseñó los dientes a Pete.

—Una reina que no bailará hasta que se congele el infierno.

—Ooooooh, la dama se ha ofendido. No había mala intención, señora.

—Vamos —dijo Larry, y se puso en pie rápidamente—.

Pongámonos el morral.

—Tú, el bozal, Pete.

Cuando todos estuvieron sentados a la mesa del comedor, Pete levantó su copa de vino y brindó:

—Por Bonnie. ¿Será o no será?

—Sólo su peluquero lo sabe a ciencia cierta —comentó Bárbara.

Larry tomó un sorbo de vino. Se sentía un poco más que mareado. Pensó que todos se estaban pasando con la bebida y con las bromas. ¿Es que ninguno se daba cuenta de que...?

Iban a salir a jugar con una persona muerta.

—Permitidme unas palabras —dijo. Todos le miraron, excepto Lane. La muchacha estaba sentada junto a Hal, mirando con el ceño fruncido el plato vacío—. Bonnie Saxon fue una joven dulce y preciosa que murió asesinada. Era un poco mayor que Lane y tenía por delante toda una vida potencialmente feliz que, de no ser porque un maldito demente... —A Larry empezó a temblarle la voz y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Fue algo que nunca debió ocurrir. Una crueldad que... —Sollozó. Sacudió la cabeza—. Lo siento —murmuró.

—Sería mejor que lo dejases —advirtió Jean.

—No sigas empinando el codo —dijo Bárbara.

—Creo que papá tiene razón. —La voz de Lane sonó alterada. La chica parecía un tanto enfurecida—. Esto no es ninguna película, ¿sabéis? El cadáver que está en el garaje no es obra de ningún departamento de efectos especiales. Era una muchacha de carne y hueso. Algún maldito hijo de zorra...

—¡Lane!

—Lo siento, mamá, pero es así. Todos estáis aquí tomando el asunto a broma, haciendo chistes malos y divirtiándoos a costa de ella. ¿Se levantará y dirá “¡Buuuuu!”? Bueno, pues es *real* y está *realmente* muerta. Sólo porque tiene una estaca clavada en el pecho no es motivo para que organicéis una fiesta de víspera de Todos los Santos. ¿Qué creéis que pensarían sus padres si oyesen toda esta mierda?

—Cuida tu lenguaje, jovencita.

—¿Y si fuera yo quien estuviese allí? ¿Organizaríais todo este jolgorio y saldríais con una cámara de vídeo...?

—¡Ya está bien! —saltó Jean.

Lane bajó la cabeza.

—Yo sólo creo que debéis dejar en paz a esa pobre chica. No está bien lo que hacéis.

—Nada bueno puede resultar de esto —musitó Larry.

—Bien, estoy de acuerdo —dijo Jean—. Lo único que quiero es que desaparezca de aquí ese cadáver.

—Bueno, bueno, un momento —dijo Pete—. No somos espíritus necrófilos. A Larry y a mí nos consta que éste es un asunto muy serio. Bien sabe Dios que el sábado nos enfrentamos al asesino de esa chica y faltó muy poco para que nos transfirieran al otro barrio. Así que quizás estemos un tanto nerviosos por esta cuestión y quizá también nos hayamos pasado un poco. Pero eso no es motivo para abandonar. Alguien tiene que arrancar esa estaca. Si no lo hacemos nosotros, lo hará algún miembro de la policía, el juez de primera instancia o cualquier otro. Pero, desde luego, nosotros podemos hacerlo. Nuestro libro depende de ello, ¿verdad, Lar?

—Sí —musitó Larry.

—Hemos llegado hasta aquí. Y hemos de terminar la tarea. —Pete miró a Lane y añadió—: No es como si profanásemos su cuerpo. A la chica ya la profanó el lunático de Uriah. Al arrancarle la estaca, lo que haremos es desprofanarla. Le haremos un favor.

—Especialmente si es una vampira —dijo Bárbara. Jean dejó escapar un gruñido y elevó los ojos al cielo.

—¿Qué opinas, Hal? —preguntó Bárbara.

El profesor sacudió solemnemente la cabeza.

—Estoy aquí como observador imparcial. Pero debo decir que Larry y Pete no tendrán un verdadero libro si no siguen adelante y arrancan la estaca.

—Ésa es buena —dijo Pete.

—Vale más que empecemos a comer, antes de que se enfríe el asado —manifestó Jean.

Nadie habló mucho durante la cena. Larry estaba hambriento. Mientras se llenaba la boca de carne y puré de patatas, observó que todos imitaban su ejemplo con entusiasmo de verdaderos famélicos. Todos, excepto Lane. Los otros habían acabado ya y el plato de la muchacha parecía seguir poco menos que intacto.

—¿Preparado, socio? —preguntó Pete.

—Tan preparado como el que más —dijo Larry, y el corazón empezó a latirle con tal violencia, que se sintió mareado.

—Un momento, iré en busca de la cámara.

—Una servidora rendirá visita al señor Mingitorio —dijo Bárbara.

Ambos salieron del comedor.

—Una cena deliciosa, Jean —encomió Hal.

—Muchas gracias. Hice de postre un pastel Bosque Negro, pero creo que será mejor dejarlo para luego. Permitamos que los chicos acaben primero con esa tontería que se llevan entre manos.

Pete volvió con la video cámara, que había dejado en el salón.

—Esperemos que sobreviva a esta noche —dijo.

—Con que te abstengas de estupideces como las de la última vez, habrá muchas posibilidades de ello —le dijo Jean.

—No cometeré ninguna tontería.

—Todo a punto —dijo Bárbara, al entrar de nuevo en el comedor.

Se dirigieron a la puerta de la cocina. Cuando Larry la abrió, Lane dijo:

—Me parece que yo también haré cierta visita. Id delante. En seguida estaré con vosotros.

—Muy bien —dijo Pete—. Extrememos las precauciones para que no se produzcan más accidentes.

Los demás siguieron a Larry, que salió afuera y empezó a estremecerse mientras avanzaba hacia el garaje. Se dobló sobre sí mismo y se apretó el estómago. Rechinó los dientes.

“Oh, Bonnie —pensó—. Allá vamos, preparados o no”.

Se detuvo ante la puerta del garaje y hundió una mano en el bolsillo de los pantalones. Sacó las llaves. El candado le pareció de hielo puro mientras intentaba sostenerlo con firmeza. La llave osciló, pero, al final, logró introducirla en la bocallave. Al girar, la cerradura se abrió. Retiró el candado, empujó la hoja de madera y la puerta se abrió unos palmos. Se guardó el candado en el bolsillo, donde se oprimió, frío y pesado, contra el muslo.

Jean entró por delante de ellos. Al cabo de unos segundos, se encendió la bombilla colgada del techo y los demás entraron en el garaje.

Larry se sorprendió al ver bajada la escalera de mano.

¿Había estado alguien allí?

Después se acordó de que no la habían subido la última vez.

Contempló la oscura abertura de la trampilla del desván.

—¿Qué es eso?

Hal empujó el arco de Pete, que estaba en el suelo de cemento, junto a la aljaba de flechas.

—Nuestra póliza de seguro —afirmó Pete—. Por si acaso cobra vida una vez le arranquemos la estaca. Eh, quizá querías apuntada con el arco y una flecha. Yo estaré bastante ocupado filmando. ¿Eres buen arquero?

—Hubo un tiempo en que se me daba bastante bien —repuso Hal, y cogió el arco—. No soy Guillermo Tell, pero...

—Será a quemarropa.

—No va a hacer falta —dijo Jean a Hal—. Dejémonos ya de memeces.

—Bueno, me encantará colaborar.

Hal dejó el carcaj en el suelo, pero cogió una flecha y la puso en el arco.

—Buen chico —dijo Pete—. Apunta al corazón si la moza resulta ser hija de Drácula.

Hal rió en tono bajo y asintió con la cabeza.

Pete dio un paso hacia su esposa y le tendió la cámara.

—De eso, nada, monada.

—¡Eh, venga!

—¿Quieres que también te la destroce?

—No seas tan cobardica.

—Que te zurzan.

—¡Vamos Bárbara! No es momento para...

—Yo lo haré —se ofreció Jean—. Explícame cómo funciona.

—Formidable. Cógenos mientras bajemos con el ataúd. Luego me encargaré de ella y tomaré la escena de Larry cuando arranque la estaca del pecho de la nena. —Pasó la cámara a Jean, le indicó el modo de sostenerla y le señaló el visor. Dijo—: Todo está a punto. Enfoque automático y toda la pesca. No tienes más que apretar este botón de aquí y ya estás rodando.

Se apartó de Jean. Sonrió a Larry y ambos unieron las manos y se las frotaron.

—¿Unas palabras para nuestros espectadores domésticos?

—Vamos con la tarea —dijo Larry. Su voz era temblona.

Pete le dio una palmada en el brazo, pasó por su lado y se dirigió a la escala. Con el pie en el primer peldaño, volvió la cabeza para mirar a Jean.

—¿Has cogido esto?

—Sí.

Larry aguardó a que Pete se escurriera por el piso del desván. Luego empezó a subir. Aunque no sentía ningún frío especial, tiritaba sin poder evitarlo. Le dolían los intestinos. Notaba tan débiles las piernas, que temía que le fallaran.

En cuestión de unos minutos, se dijo, todo habrá ya concluido.

“Seré tuya para siempre”, parecía susurrarle Bonnie en el cerebro.

¿Y si fuese verdad?, pensó.

No puede ser. Está muerta. Su “voz” no es más que mi maldita imaginación que trata de confundirme jugándome malas pasadas.

¿Y si vuelve a la vida?

Mientras Larry alzaba la cabeza hacia la penumbra del sotabanco, se vio a sí mismo en la cama, con Bonnie a horcajadas sobre él, desnuda y más hermosa que cualquier otra mujer que hubiese visto en toda su vida.

¿Y si fuera así?

Hizo un alto, con el cerebro lleno de Bonnie. Sentía el tacto de las manos de la muchacha deslizándose sobre su piel, la suave humedad de los labios de la chica, el roce de los senos contra su pecho y, luego, la tersa estrechez por la que se colaba el miembro cuando Bonnie se empalaba por sí misma.

—¿A qué esperas? —le apremió Pete—. ¿Estás perdiendo tus proverbiales agallas?

—Estoy bien —murmuró Larry.

Una vez en el desván, comprendió que sí estaba bien. El calor de sus fantasías había fundido sus temores.

No puede acabar así, se dijo. Pero ¿no sería estupendo?

¡No! No tendría nada de estupendo. ¿Qué diablos me ocurre?

A la tenue claridad que llegaba de abajo, vio a Pete arrodillado a la cabecera del ataúd. Larry se trasladó hacia el otro extremo. Su mano cayó sobre la linterna fluorescente que había llevado allí la noche en que Lane le sorprendió.

Lane.

Al desear a Bonnie, traicionaba a Lane. Peor aún, también traicionaba a Jean.

Apartó la apagada linterna, se deslizó sobre las tablas hasta los pies del ataúd y apoyó las manos en la caja.

Una densa negrura llenaba el interior del ataúd.

Le era imposible de todo punto ver a Bonnie allí dentro. Pete dijo, en un susurro:

—¿No sería alucinante que la moza resucitara?

—Sí —musitó Larry.

—Fue una nena de fábula, ¿verdad?

—Estás casado con una nena de fábula.

—Sí, pero Bonnie... Me he hecho una imagen mental de la chavala, ¿sabes?

—Ningún parecido con su estado actual —dijo Larry, y se alegró de no poder ver el cadáver en el tenebroso fondo del ataúd.

—En las películas, los vampiros siempre reviven como nuevos.

—Esto no es ninguna película, Pete.

—Qué pena, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba? —preguntó Bárbara desde la planta del garaje.

—Ya bajamos —respondió Pete. Preguntó a Larry, bisbiseando—: ¿Listo?

—Sí.

Larry agarró las esquinas de madera y empezó a arrastrarse lateralmente, mientras miraba por encima del hombro y llevaba los pies del ataúd hacia el hueco iluminado del suelo. Puso pie en la escala. Después, agarrado al peldaño superior, dirigió el extremo del féretro hacia su derecha.

—Esperemos que esta vez la chica no se nos caiga —dijo Pete.

El panel se inclinó contra la mano de Larry y el ataúd resbaló hacia adelante.

—¿Lo tienes? —preguntó Pete.

—Sí.

Larry descendió despacio, aunque mantenía alto el extremo de la caja. No parecía pesar gran cosa.

Empezaba a preguntarse si no estaría vacío, cuando Pete dijo:

—¡Vaya engendro!

Estaba allí, desde luego. Si le parecía que el ataúd pesaba poco, sin duda era porque Pete aguantaba casi todo el peso.

Cuando empezó a inclinarse, Larry se soltó de la escala y soportó el féretro con las dos manos.

—Ten cuidado —recomendó Bárbara.

—Creo que...

—Te agunto —dijo Bárbara, y le agarró las piernas por los lados, encima de las rodillas. Le sostuvo con firmeza y las manos fueron ascendiendo por los muslos a medida que Larry bajaba. Luego se posaron en las caderas. Después, en la espalda.

—Vale, uno que ha llegado abajo —manifestó Bárbara. Puso pie en la plataforma y las manos de Bárbara abandonaron su cuerpo. Larry se apartó de la escala, retrocediendo de espaldas.

—Cuidado —advirtió Bárbara, al acercarse Larry al borde de la plataforma.

—Gracias.

Larry descendió al piso de cemento y bajó lentamente el ataúd, al mismo tiempo que Pete, que bajó los últimos peldaños de la escalera de mano.

El borde quedó a la altura de la parte inferior de su barbilla.

Larry echó una ojeada a las piernas resacas y pardas del cadáver, y apartó la vista rápidamente. La caja le golpeó en el pecho. Fue retrocediendo hasta que Pete acabó de bajar la escalera, se apartó y se apeó de la plataforma.

Depositaron el ataúd en el suelo del garaje.

Hal se adelantó con presteza.

—¿Santo Dios! —exclamó—. No bromeabais.

Con el arco y la flecha al costado, se inclinó para echar un vistazo de cerca.

Bárbara se colocó junto a él.

—¡Puafff! —dijo—. Se me había olvidado lo desagradable que...

—Es como si estuviera momificada —observó Hal.

—Cecina —dijo Bárbara.

—Bueno, que todo el mundo deje de admirarla —apremió Jean— y acabemos de una vez.

Hal alargó la mano. Las yemas de sus dedos tantearon los muslos de Bonnie.

—Consistente —murmuró. Luego frotó la pierna con la mano abierta.

—Déjalo ya —dijo Larry.

—Lo siento.

—Vamos, todo el mundo a sus puestos —conminó Jean.

—Sí —dijo Pete—. Que empiece el espectáculo. Larry, ponte al otro lado del ataúd.

Larry pasó al lado contrario. Pete tomó de Jean la cámara de vídeo, se la apoyó en el hombro y aplicó el ojo al visor.

—Que todo el mundo se aparte —ordenó—. Hal, listo con el arco y la flecha.

Larry se puso en cuclillas junto al ataúd. Los demás permanecieron de pie, todos juntos, a unos metros de distancia, pendientes de Larry. Hal levantó el arco y montó la flecha.

—Muy bien —dijo Pete.

—Un momento —dijo Bárbara—. ¿No deberíamos esperar a Lane?

Hazlo ahora, mientras ella no esté aquí, pensó Larry.

Bajó la vista sobre el cadáver del ataúd. Miró la cabellera de color pajizo, los deprimidos párpados, las hundidas mejillas y la horrible mueca. Luego contempló el astil de madera que sobresalía del agujero del pecho.

“Arráncala y seré tuya”.

Curvó la mano derecha alrededor de la estaca.

Al cerrar los ojos, vio a Bonnie viva. La vio acercarse a la cama, con la cabellera enmarcándole el rostro, inocentes y tiernos los ojos y la punta de la lengua asomando húmeda por una comisura de su boca. Relucía su inmaculada y tersa piel. Los pechos se agitaban ligeramente. Los pezones, erectos. Los rizos del vello púbico rutilaban como filamentos de oro iluminados por el sol. La muchacha se ponía de rodillas encima del colchón y pasaba una pierna por encima de Larry. A gatas, sobre las manos y las rodillas, se cernía sobre él.

“Tira de la estaca —le susurraba—. Seremos dos amantes eternos”.

La mano de Larry agarró con fuerza la madera de la estaca.

Abrió los ojos y miró a Jean. La mujer tenía los puños apoyados en las caderas. Le observaba, fruncido el ceño.

—Venga, adelante —apremió.

Larry dirigió la vista a Pete y luego la fijó en el objetivo de la cámara.

—Olvidalo —dijo—. No voy a hacerlo. No vamos a hacerlo. Ninguno de nosotros. Ya está. Se acabó.

Lane avanzó desde la oscuridad reinante al otro lado de la puerta del garaje. Se detuvo. Miró a Larry. Después a Hal.

—¡No! —gritó, y se precipitó sobre el profesor.

Capítulo 47

Cuando todos hubieron salido de la casa, Lane aguardó en la puerta de la cocina y estuvo observándolos hasta que entraron en el garaje. Sólo entonces tuvo el convencimiento de que Kramer no se separaría del grupo para hacerle a ella una visita.

Entró en su dormitorio. Allí, cogió la cruz que colgaba de la pequeña escarpia de la pared.

En el momento en que introducía el extremo de la cruz por debajo de la cintura, pensó en el revólver.

Podía llevar el arma en vez de la cruz.

¿Y qué iba a hacer con ella? ¿Disparar contra Kramer?

Primero, le obligaría a confesar. Todo quedaría grabado en la cinta de vídeo. Pero...

No puedo.

"No tengo que hacerlo", comprendió de pronto. Había telefoneado a Riley. En aquel preciso instante, estaría esperándole en la casa, deseando cargarse a aquel bastardo por el asesinato de Jessica.

Me veré libre de todo. Él habrá muerto y nadie se enterará nunca de lo que me hizo.

Si Riley no mete la pata.

No la meterá.

Lane salió del dormitorio y decidió ir al retrete. Se encaminó al extremo del pasillo, encendió la luz del cuarto de baño y cerró la puerta por dentro, no fuera caso que a Kramer le diese por volver, después de todo. Sacó el crucifijo, lo dejó junto al lavabo, se bajó los pantalones y las bragas y se sentó en el inodoro.

"Tal vez debería quedarme aquí", pensó.

Terminó, se secó y continuó allí.

Quédate aquí y no volverás a ver a Kramer jamás. Te enterarás de todo mañana por los periódicos. Profesor del instituto Buford brutalmente asesinado en su domicilio.

Nadie sabrá jamás lo que me hizo.

A menos de que detengan a Riley por el homicidio. Entonces tendré que declarar a su favor.

Quizá no suceda eso. A lo mejor se convierte en un caso más de los que quedan por resolver y mamá y papá nunca sabrán nada.

Lane se preguntó si no la estarían esperando. Podía ser que decidieran no arrancar la estaca hasta que ella estuviese allí. Acaso enviaran a alguien a buscarla. Tal vez Kramer se ofreciera voluntario.

Con la puerta cerrada por dentro, no puede llegar a mí.

Rayos, cualquiera puede abrir esta maldita puerta. Lo único que se necesita es algo que encaje en la cerradura. Uno casi podría hacerlo con una uña.

Además, debo estar allí por papá.

Con el crucifijo metido bajo la cintura de los pantalones y oculto por la camisa, Lane salió del cuarto de baño. Recorrió el pasillo despacio. No tenía por qué apresurarse. Cuanto más tardase, menos tiempo tendría que estar en presencia de Kramer.

No era que aquella noche hubiera resultado excesivamente penoso tenerlo cerca. Con todos los demás en la misma estancia, no parecía muy amenazador. O tal vez no parecía tan amenazador porque ella sabía lo que le esperaba.

Es hombre muerto. Sólo que lo ignora.

En la cocina, Lane abrió la puerta corredera. Salió de la casa y volvió a cerrar. El viento le alborotó el pelo por detrás. Aunque le agitó también la parte delantera de la camisa, como llevaba debajo la camiseta de manga corta, apenas sintió frío. Anduvo hacia el camino de acceso.

La puerta del garaje no estaba cerrada del todo. Por los centímetros del resquicio que quedaban abiertos, la luz se derramaba sobre el pavimento, pero Lane no pudo ver nada de lo que ocurría dentro hasta que franqueó la entrada.

Su padre estaba en cuclillas al otro lado del ataúd, con la mano dentro de la caja: agarraba la estaca. Los demás le miraban. Pete le tenía enfocado con la cámara.

Hal tenía una flecha apuntada sobre él. Sobre papá.

—¡No! —chilló Lane.

Su padre pareció quedarse confundido. Todo el mundo giró en redondo, mientras Lane corría hacia Kramer y le gritaba:

—¡Mal nacido!

En el mismo segundo en que la palabra salía de su boca,

Lane comprendió su error. Kramer no apuntaba a papá; la flecha estaba destinada a la vampira. “La pringaste”, pensó.

Vio susto en los ojos de Kramer. Tensó el arco. Bárbara le dio un codazo en el preciso instante en que soltaba la cuerda. La flecha zumbó en el aire y no se clavó en el brazo derecho de Lane por menos de dos centímetros.

Casi ya encima de él, Lane encogió el cuerpo. Su cabeza golpeó en el arco, que despidió hacia un lado, y fue a topar con el pecho de Kramer. El hombre retrocedió, vacilante. Lane le rodeó con sus brazos. Oyó gritos de alarma. Una rodilla se le clavó en el vientre, chocando contra el crucifijo y oprimiéndolo contra la piel, al tiempo que levantaba a Lane en peso. Los brazos de Kramer pasaron por debajo de su cuerpo. Giraron bruscamente y la soltaron de pronto.

La muchacha cayó contra el piso, rodó sobre el cemento, que le lastimó los huesos. El impacto arrancó el crucifijo de debajo de la camisa. Cuando dejó de rodar por el piso, quedó boca arriba. Sin aliento, trató de incorporarse. La rodilla de Kramer había acabado con todas sus energías. Pudo levantar la cabeza, pero nada más.

Su padre, con expresión de absoluto sobresalto, seguía en cuclillas junto al ataúd, como si estuviese paralizado. Bárbara se encontraba también tendida de espaldas. Mamá, detrás de Kramer, tenía el brazo alrededor de la garganta del profesor, a caballo sobre él. Kramer daba entonces media vuelta y lanzaba un tajo a Pete con la navaja barbera. Pete se defendió agitando la cámara como escudo y arma, lo que le permitió detener la cuchillada.

Lane se impulsó desde el suelo. Esa vez consiguió sentarse. Se puso en pie.

—¡QUÉDATE DONDE ESTÁS! —estalló la voz de su padre. Lane dirigió la vista hacia él.

Se cruzaron sus miradas. Lane carecía de aliento para decirle lo que Kramer le había hecho. Pero su padre pareció adivinarlo.

Bajó los ojos.

Y Lane le vio enderezarse desde su postura en cuclillas, distorsionado el rostro por la furia, curvados hacia arriba los labios para dejar los dientes al descubierto, con la mano izquierda apoyada en el pecho de Bonnie, mientras la derecha ascendía y arrancaba la estaca. Salió de allí, un largo palo de madera, con una mancha oscura que empezaba justo por debajo de la mano que lo empuñaba, un astil terminado en afilada punta. Como un demente armado de un cuchillo de carnicero, Larry saltó por encima del ataúd y, bramando, se lanzó contra Kramer.

La madre había soltado ya la presa del cuello. Estaba caída de rodillas, detrás de Kramer, aferrada a sus muslos. Bárbara se arrastraba hacia el carcaj que contenía las flechas. Pete recibió un navajazo en el pecho, al mismo tiempo que bajaba violentamente la cámara, cogida con ambas manos, y la estrellaba contra la cara de Kramer.

El golpe despidió hacia atrás la cabeza del profesor. Agitó los brazos, para mantener el equilibrio, a punto de derrumbarse sobre mamá.

Papá le clavó la estaca en la garganta.

A Kramer se le doblaron las rodillas. Sus nalgas tropezaron con la espalda de Jean, lanzándola al suelo. Todavía empuñando la estaca hundida en la garganta de Kramer, papá cayó de rodillas. Al tiempo que emitía un gruñido, recurrió también a la otra mano. Y utilizó ambas para apretar más, para hundir más aún, profundamente, la estaca en el cuello de Kramer.

El profesor pataleó, se retorció y agitó los brazos. La sangre borboteó en torno a la estaca. Los ojos se tornaron saltones hasta el punto de dar la impresión de que iban a estallar y salir disparados de la cabeza. Por la abierta y jadeante boca asomó una lengua que empezó a agitarse en convulsas sacudidas y a emitir ruidos opacos.

Luego se produjo un violento espasmo que pareció exprimir la última gota de vida que quedaba en el cuerpo de Kramer. Se desplomó. Lane oyó el suave estampido de una ventosidad. Un hedor de excremento saturó el aire y le cubrió boca y nariz.

Utilizando la estaca a guisa de mango, Larry arrastró el cuerpo de Kramer y lo quitó de encima de Jean.

Dejó el palo atravesando la garganta del hombre y se enderezó, jadeando para recobrar el aliento. Se contempló las goteantes manos. Luego miró a Pete.

—¿Te encuentras bien?

Pete tenía las manos sobre el pecho ensangrentado, se miraba a sí mismo y sacudía la cabeza.

Bárbara sostenía una flecha en cada mano. Las soltó y rebotaron contra el suelo. Puso un brazo en la espalda de Pete.

—Santo Dios, cariño.

—¿Estás bien? —le preguntó Pete.

—Aparte de que me he quedado sin resuello, sí.

—¿Jean? —preguntó Larry.

La madre estaba caída de rodillas, con la mirada fija en el cadáver. En vez de contestar, se puso en pie. Levantó los brazos hacia Lane. Tenía los ojos arrasados en lágrimas y le goteaba la nariz, pero no parecía estar herida. Lane se acercó a ella y se fundieron en un abrazo.

—¿Qué te hizo? —preguntó la madre.

—Mucho daño —respondió Lane. Tuvo buen cuidado en que su voz fuera lo bastante alta como para que todos la oyeran—. Me violó. Después de la función del sábado por la noche. Él fue quien asesinó a Jessica Patterson y a sus padres. Me amenazó con matarnos también a todos nosotros si contaba lo que me hizo.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Bárbara—. ¡Pobre chiquilla!

—Cabrón, hijo de puta —profirió Pete.

Lane oyó un ruido sordo. ¿Alguien había dado una patada a Kramer?

Percibió el rumor de unos pasos. Papá se apretó entonces contra su espalda. Los brazos del hombre rodearon a mamá y Lane quedó enclaustrada entre sus cuerpos. Notó que el aliento de su padre le agitaba levemente el pelo y soplaba cálido sobre su cuero cabelludo.

—Nuestra amiga Bonnie no ha salido del ataúd —comentó Pete.

Lane volvió la cabeza y observó que el oscuro cadáver seguía estirado inmóvil en su féretro, con un agujero en el sitio donde estuvo hundida la estaca.

—Me parece que, después de todo, no era una vampiro —dijo Pete.

—A Dios gracias —murmuró, Larry.

Capítulo 48

—De ninguna manera voy a permitir que cargues con el muerto —dijo Pete desde el asiento trasero del automóvil, donde estaba tendido, con una toalla apretada contra el pecho.

—No te preocupes —repuso Larry, a través de la ventanilla del asiento del conductor.

—Volvemos en seguida —aseguró Bárbara—. Esto no debe llevarnos más de una hora o así...

—Si no tienen que enviar en busca de más trapitos —dijo Pete.

—La policía seguramente estará aún aquí.

—No me extrañaría ni tanto así. —Bárbara levantó una mano del volante, palmeó suavemente a Larry en la mejilla y dijo—: No te preocupes, nadie va a meterte en la cárcel por matar a ese gusano.

—Si lo hacen —añadió Pete—, puedes escribir un libro sobre eso.

—Un millón de gracias, socio.

—Vamos, nena. Pongámonos en marcha. Aquí detrás me estoy convirtiendo en postre de vampiro.

—Ve con cuidado —recomendó Larry.

Se retiró un paso del automóvil. Jean le cogió de la mano y ambos permanecieron uno al lado del otro, mientras Bárbara conducía el coche paseo abajo.

Sentada en la cama de sus padres, con el listín telefónico en el regazo, Lane cogió el microteléfono y marcó el número de Kramer. Oyó la primera llamada y se imaginó el súbito timbrazo que retumbaría en la casa a oscuras, probablemente sobresaltando a Riley, a quien le daría un vuelco el corazón.

Dos timbrazos más y luego la línea quedó abierta. La voz de Kramer manifestó: “En este momento me encuentro ausente y no puedo atender su llamada. Por favor, cuando suene la última señal, deje su nombre, número y recado. Me pondré en contacto con usted lo antes posible”.

—Y un cuerno vas a ponerte en contacto conmigo —murmuró Lane, por encima de la palabra “Gracias” con que concluía el contestador automático.

Oyó una especie de siseo vacío, como el del viento soplando por la noche en el desierto.

“¿Y si Riley no está allí y los agentes encuentran esto?” Llegó por fin el *hipo*

—Eh, cógelo. Aquí, joven inocente. ¿Te enteras? Joven inocente con el salivazo en la cara. Descuelga el auricular. Es urgente.

Oyó un click.

—¿Lane?

Era la voz de Riley.

—Sí, la misma. Retira la cinta del contestador automático y guárdatela en el bolsillo.

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Hazlo ahora mismo, ¿vale?

Al cabo de unos segundos, Riley dijo:

—Muy bien. Ya la tengo. ¿Qué ocurre? ¿Sale ya de tu casa?

—Ha muerto.

—¿Cómo?

—Mi padre le mató hace cosa de diez minutos. Ahora no tengo tiempo de contártelo.

La cuestión es que ya puedes irte a casa.

—¡Maldita sea!

—Deberías alegrarte.

—Yo quería...

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Quizá prenda fuego a la casa de ese cabrón.

—No, no lo hagas. Puede ser que haya alguna clase de pruebas.

—Ah, claro que sí, cantidad de pruebas, desde luego.

—¿En serio?

—¡Vaya!, el hijo de puta tiene todo un museo en un armario... fotos en las paredes y todo. Tú, Jessica, media docena de...

—¿Yo? —preguntó Lane, con la sensación de haberse quedado sin oxígeno en los pulmones.

—No te quepa duda. Debe de haber treinta o cuarenta. Tiene cuarto oscuro, toda clase de cámaras, teleobjetivos, lo que pidas.

—Dios mío.

—Y una barbaridad de cosas, recuerdos y eso. Bragas, sostenes, camisones. Es un pervertido de cojones. Parece que se ponía esas prendas y...

—Déjalo todo tal como está. Por el amor de Dios, no incendies la casa. La policía ha de encontrar todo eso. Evitará a mi padre un montón de disgustos y problemas.

Durante unos segundos, silencio. Después, Riley dijo:

—No sé. Algunas de las fotos que tiene de Jessica... No me gusta la idea de que un puñado de polizones la vea así.

—Tienen que enterarse de lo que hacía Kramer.

—¿Sí? Apuesto a que no dirías lo mismo si vieses las instantáneas que te tiró a ti.

—No pudo...

—Te seguía a todas partes, Lane. Y también se pasaba bastante tiempo delante de tu casa, según parece. Vale más que aprendas a cerrar mejor las persianas y cortinas.

—Jesús —murmuró Lane.

—¿Aún quieres que lo deje todo tal como está?

Con los párpados apretados, Lane dejó escapar un gruñido.

Fotos mías en las paredes. ¿Tomadas a través de las ventanas? Notó un calor hormigueante en la piel.

—Sí, déjalo todo —decidió—. Por favor. Tienes que hacerlo.

Más silencio. Por último, Riley dijo:

—Dejaré algunas. Las suficientes como para que los polizones se hagan una idea. ¿Conforme? Me llevaré las peores de ti y de Jessica y las quemaremos.

—Muy bien. Gracias. —Lane oyó cerrarse la puerta de la calle—. Mira, tengo que colgar. Acaban de entrar mis padres. Me pondré en contacto contigo. Márchate de ahí en seguida.

Colgó el teléfono y salió presurosa al pasillo.

Desde su escondite detrás de un grupo de cactus, al otro lado de la calle, Uriah espió la guarida de los vampiros, mientras se preguntaba qué estaría ocurriendo allí.

Todo el vecindario debía de estar también preguntándose. Contó más de veinte curiosos que rondaban por la calzada y las aceras, todos ellos extraños a la centelleante luz de los coches de la policía y la furgoneta del juez de primera instancia.

Después de bastante tiempo, un par de camillas descendieron por el camino del garaje. Cuando las cargaban en la furgoneta de la autoridad judicial, Uriah vio en ellas sendas voluminosas bolsas de color oscuro.

Una vez se alejó de allí aquel vehículo, la calle quedó casi totalmente despejada de mirones.

Uno tras otro, los automóviles de la policía fueron desfilando. El último se demoró bastante. Sólo remoloneaban por los alrededores unos pocos vecindones cuando un par de agentes aparecieron en la puerta delantera de la casa, anduvieron hasta el coche patrulla que quedaba allí y emprendieron la marcha.

Uriah se sentó en la gravilla, detrás de los cactus, se envolvió en la manta para hacer frente al fresco de la temperatura y aguardó.

Ocurriera lo que hubiese ocurrido al otro lado de la calle, él aún tenía una misión que cumplir. La policía no cogió a ninguno de los vampiros, de eso estaba seguro. Los agentes podían ser eficientes en algunas cosas, pero no tenían ni idea en lo referente a hijos de Satanás sedientos de sangre.

“Ahí es donde yo tomo cartas en el asunto”, pensó.

—Supongo que eso es —dijo Pete, y bostezó. Estaba arrellanado en su butaca y se había puesto una de las camisas de Larry sobre el vendaje que le aplicaron en urgencias—. Un tanto por los buenos chicos.

—Sólo que hubiese preferido que nos lo dijese —manifestó Jean, y miró a Lane con ojos cansados y tristes.

—Déjalo, cielo.

—Estaba asustadísima —musitó Lane.

—Vale, vale —la animó Larry, mientras le acariciaba el pelo—. Ahora ya acabó todo. La chica asintió, con la mejilla sobre el hombro de su padre.

—¿Puedo irme ya a la cama?

—Desde luego, hala.

Lane se levantó del sofá. Dio las buenas noches a Pete y Bárbara, besó a Jean, regresó junto a Larry y murmuró:

—Buenas noches, papá.

Le dio un beso. A continuación, abandonó la sala de estar, con lentitud, inclinada la cabeza.

Cuando se hubo retirado, Bárbara comentó:

—Pobre niña. Menudo infierno debe de haber sufrido...

—Acabaste con el bastardo, Lar.

—Gracias a la ayuda de mis amigos.

—Hombre, lo cierto es que le ensartaste bien.

—No hablemos más de ello —propuso Jean. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y pareció quedarse hechizada por la alfombra.

—Vamos, Pete —sugirió Bárbara, al tiempo que se ponía en pie—. Marchémonos antes de que te desmayes. —Se dirigió a Larry—: En urgencias le administraron una buena ración de calmantes.

—Me encuentro bien.

Bárbara le cogió del brazo y le ayudó a levantarse.

—Estoy bien, estoy bien.

Pete se liberó y se apartó de Bárbara, anduvo tambaleante hasta el sofá y tendió la mano a Larry.

Larry alargó el brazo para estrechársela.

Pete le dio un apretón.

—Tengo la impresión de que nos portamos de maravilla, ¿eh, socio?

Larry se encogió de hombros. No consideraba que hubiese actuado bien. Se sentía aturdido, mareado, cansado y triste.

—Mala suerte que Bonnie no respondiese a nuestras esperanzas —se lamentó Pete.

—Da igual —repuso Larry.

—Pero aún tenemos un buen libro, ¿no?

—No hay libro —dijo Larry—. Sobre este asunto, no.

—Pero, hombre...

—De todas formas, nos falló la vampira. Nunca la hubo. Pero, incluso aunque hubiera resultado que sí, no me sería posible contar la verdad. No podría escribir sobre Kramer. Ni explicar lo que vivió Lane. De ninguna manera.

Pete le contempló, con los ojos aún a la funerala como consecuencia de su encuentro con la piedra de Uriah. Le siguió mirando durante largos segundos. Luego, suspiró. Apretó con más fuerza la mano de Larry.

—Eres un buen hombre —dijo.

—Tú también. Escribiremos juntos otra clase de libro. Se alzó una comisura de la boca de Pete.

—Muy bien. Estoy lleno de ideas. Prepararemos...

—De lo que estás lleno es de estupefacientes —terció Bárbara, y le rodeó con un brazo—. Vamonos ya. Volvamos a casa y pásate un buen rato con los ojos cerrados.

Cuando se marcharon, Larry apagó las luces y se retiró con Jean hacia su habitación. Vio en el extremo del pasillo una tira de claridad que asomaba por debajo de la puerta del cuarto de baño. Oyó el ruido del agua corriente.

Lane colgó la toalla en su barra y se puso la camisa de dormir. La suave tela se quedó pegada a la piel en la parte baja de la espalda, donde la toalla no había secado el agua.

Dejó las prendas colgadas en el cuarto de baño y salió al pasillo.

La casa estaba a oscuras, salvo por la claridad que se escapaba por el hueco de la puerta del dormitorio de sus padres, que estaba de par en par.

Lane fue a su cuarto, encendió la luz y contempló la cama. Con todo el cansancio que llevaba encima, sabía que el sueño no iba a acudir ni fácil ni rápidamente.

Permanecería tendida allí, desvelada, completamente despierta, recordando...

“No, no estoy dispuesta a eso”, pensó.

Permaneció en su dormitorio el tiempo suficiente para recoger la almohada y la manta. Sosteniéndolas contra el pecho, apagó la luz y, en silencio, salió de nuevo al pasillo.

Lanzó una ojeada al interior de la alcoba de sus padres.

No se encontraban allí, pero oyó el rumoroso sonido del agua que corría en el cuarto de baño.

A través de la oscuridad, Lane se encaminó al sofá del salón. Dejó encima de él la almohada y la manta, se acercó al televisor y lo encendió.

Una película de Christopher Lee. Cambió de canal, reconoció a Jimmy Stewart en una especie de historia de las Fuerzas Aéreas y regresó al sofá.

Se tendió allí y allí continuó, cubierta con la manta. Ovillada de costado, miró la película. Cuando Kramer intentaba colarse en su mente, Lane recurría al recuerdo de la imagen en que los funcionarios cerraban la cremallera de la bolsa de caucho en cuyo interior le habían metido y lo trasladaban a la furgoneta, junto con Bonnie.

Ambos han desaparecido ya. Kramer no volverá a tocarme jamás. Y ni siquiera tengo que preocuparme de Bonnie. Tanto uno como otro han salido de mi vida. Estoy a salvo. Papá y mamá están a salvo. Todo está bien.

Se preguntó si iría a clase al día siguiente.

Habrán nombrado un sustituto para la asignatura de inglés.

Sería estupendo ver de nuevo a Henry, Betty y George. Pero mañana, no. Es muy tarde. Sería un caso especial.

Terminó la película de Jimmy Stewart. Lane se preguntó qué pasaría a continuación. Pero no llegó a enterarse, una cálida neblina pareció envolver su mente y cerró los ojos.

—También yo he de tomar una ducha —murmuró.

—No tardes mucho —dijo Jean—. No quiero estar sola.

—Me daré prisa—dijo Larry.

Entraron en el dormitorio. Larry pasó al baño contiguo a la alcoba, encendió la luz y dejó abierta la puerta.

Se desnudó. Al levantar la tapa del cesto de la ropa sucia, vio la arrugada camisa, llena de manchas de sangre, que llevaba cuando mató a Kramer. El chándal la cubrió. Cerró la tapa de la cesta, se llegó a la bañera y abrió el grifo del agua.

Bajo el caliente rocío de la ducha, pensó en Lane, que estaba en la otra habitación. Lo mismo que él, trataba de quitarse de encima la suciedad del contacto con Kramer.

Estaba llorando cuando se descorrió la cortina de la ducha. Jean se metió en la bañera. Volvió a correr la cortina y le abrazó. La cara de Jean se apoyó en el cuello de Larry.

No pronunciaron palabra. Se mantuvieron apretados con fuerza uno contra el otro.

Capítulo 49

Con las primeras claridades del alba, Uriah abandonó su escondite. El silencio reinaba en el barrio. Cruzó la desierta calle y, al pasar junto a él, lanzó una mirada al Mustang rojo de los vampiros.

Echarle mano al permiso de circulación de aquel vehículo le había facilitado enormemente las cosas. La primera vez que fue a por Bonnie, no contó con aquella ventaja. El único detalle que conocía entonces era la clase de automóvil que conducía la vampira.

Uno de aquellos “escarabajos” Volkswagen se había cruzado con él en la carretera, cuando volvía a pie rumbo a Llano de la Artemisa, después de que se le averiase la camioneta. A la luz de la luna, el color de la carrocería era claro y vislumbró al conductor el espacio de tiempo suficiente para ver que se trataba de una chica.

No era gran cosa. Ni siquiera podía tener la certeza de que el escarabajo fuese de regreso a Recodo de la Cabeza de Mula, aunque ésta era la primera ciudad por el este, la dirección que llevaba el automóvil. De modo que allí fue a investigar, a Recodo de la Cabeza de Mula.

Le llevó bastante tiempo, pero acabó por dar con la muchacha vampiro dueña del Volkswagen amarillo. La envió a descansar. Pero luego apareció otra, y después, otra más. Todas eran chicas, tenían aproximadamente la misma edad y poseían su correspondiente Volkswagen de color claro. Y, también, todas eran vampiras.

Durante su indagación descubrió que no se comportaban como debían comportarse los vampiros. No dormían en ataúdes. Los rayos del sol no las abrasaban. Podían moverse a la luz diurna, como muchachas corrientes. Todo lo que hacía el sol era debilitarlas.

El sol permitiría acabar con ellas con más facilidad, pero él estaba por aquel entonces tan obcecado, que continuó acosándolas de noche. Con posterioridad, al pensar en ello, se figuró que debía de ser una especie de obsesión fatal por su parte. Deseaba vengarse, desde luego, pero tampoco se preocupaba mucho de si debía o no conservar la vida.

Fue una manera estúpida de actuar. Pero el Señor estaba con él y le protegió de todo mal.

El Señor había asignado a Uriah una misión. Decidió enviar a su guerrero por todo el país, para que persiguiera a la legión de vampiros que realizaban la tarea de Satanás en todos los rincones de la tierra. De modo que Él permitió que Uriah se encargase de aquella labor, incluso a pesar del modo tan chapucero en que acabó con las tres primeras vampiras.

Uriah confiaba en que el Señor le permitiría retirarse después de la jornada de hoy. Si sobrevivía.

No iba a resultar sencillo liquidar a aquellos cinco hijos de Belcebú. Supuso que contaba con pocas posibilidades de triunfo, en especial porque no disponía de su arco y sus flechas.

Pero si el Señor continuaba respaldándole, hundiría una estaca en el pecho de cada uno de ellos y los transportaría a Llano de la Artemisa en la furgoneta propiedad del vampiro al que casi envió a descansar el sábado anterior. El vehículo estaba aparcado en el camino de acceso de la casa de la derecha; iría a aquel edificio en cuanto acabara aquí.

Uriah probó la puerta delantera. Al comprobar que estaba cerrada con llave, se dispuso a dar la vuelta a la casa. Atravesó un portillo. Allí delante estaba el garaje. Tenía la puerta cruzada por una cinta de plástico amarillo... una de esa clase de cintas que coloca la policía en los lugares donde se ha cometido un crimen.

Allí era donde los vampiros habían matado la noche anterior a aquellas dos personas. ¿Qué historia habrían contado a las autoridades, para salir tan bien librados de su doble homicidio?

Fuera cual fuese, la policía no los retuvo mucho tiempo. Sólo hay una forma de tratar a esas criaturas: la que yo practico con ellas.

En la parte posterior de la casa, Uriah encontró una ventana con una hendidura en el fondo. Dejó su macuto encima del suelo de hormigón, sacó el cuchillo e hizo una abertura en la persiana. Intentó sostener el cuchillo entre los dientes, pero apretar las mandíbulas le producía un dolor tan intenso, que en seguida envainó el cuchillo y lo puso a un lado. Luego amplió la abertura de la persiana y levantó el cristal de la ventana.

Se pasó por el hombro una correa del macuto y saltó al interior de la casa.

Un cuarto de baño. Un agradable olor a flores.

La puerta estaba abierta. Al otro lado del umbral, un pasillo apenas iluminado por la claridad de la mañana.

Antes de abandonar el cuarto de baño, Uriah se bajó la bolsa que llevaba colgando del hombro. Sacó el martillo y una estaca, después se cargó de nuevo el macuto y salió al pasillo.

Se detuvo ante una puerta que estaba de par en par. Un dormitorio. Pero no había nadie en él.

Reanudó la marcha y llegó a otra alcoba. Encontró allí al vampiro que le había disparado. Uriah introdujo la lengua en el orificio de su mejilla derecha. Le provocó una mueca de dolor y los ojos se le llenaron de lágrimas.

El pecho de éste se encontraba expuesto. El vampiro estaba tendido de espaldas, desnudo hasta la cintura, donde se arremolinaba la ropa de la cama.

Una mujer vampiro dormía a su lado. Tapada hasta los hombros, yacía de costado, con la cara vuelta hacia el otro. No era Bonnie.

Con todo lo que anhelaba Uriah matar al que le producía tanto dolor físico, había decidido previamente encargarse primero de Bonnie. Había sido Bonnie la que convirtió en vampiros a aquellas dos personas, después de que la trasladaran allí. De modo que eran nuevos. No resultarían tan peligrosos como Bonnie.

Además, Bonnie era el demonio que asesinó a Elizabeth y a Martha.

Las dos muchachas a las que clavó estacas antes de acabar con Bonnie también eran vampiras, pero Bonnie fue la que mató a su familia. A Uriah se lo había dicho el Señor. Así que era preciso que Bonnie fuese la primera en recibir la estaca.

Silenciosamente, dejó atrás el dormitorio. Cuando avanzaba pasillo adelante, oyó un sosegado rumor de voces. El corazón casi le dejó de latir. Pero en seguida oyó también música y comprendió que aquellos sonidos procedían de una radio o de un televisor.

Hizo un breve alto para recobrar el aliento. Luego continuó.

Encontró el televisor en el cuarto de delante. Transmitían un informativo y el volumen del aparato estaba bastante bajo.

En el sofá, encontró a Bonnie.

Era tal como Uriah la recordaba. Una sabandija de Satanás, disfrazada de preciosa jovencita. Estaba echada boca arriba, con su áurea cabellera desplegada sobre el almohadón y una manta alrededor del cuello.

Uriah la contempló. La muchacha presentaba un aspecto tan apacible, tan inocente, tan encantador y adorable...

Dejó el macuto en el suelo y se colocó entre la mesita de café y el sofá. Se puso la estaca bajo el brazo derecho. Sosteniéndola contra el costado, se inclinó y, muy despacio, fue retirando la manta. Bonnie no se agitó lo más mínimo. Aunque al verla se quedó tembloroso y sin aliento, Uriah no se precipitó. Fue hacia un lado, llevándose la manta consigo. Finalmente, la muchacha quedó completamente destapada. Uriah dejó la manta en un extremo del sofá.

Satanás conservaba para sí aquellas bellezas.

La pierna próxima a Uriah se estiraba, recta. La otra aparecía ligeramente doblada, con el talón apoyado en el cojín y la rodilla descansando contra el respaldo del sofá. Piernas esbeltas, bien torneadas, de tono suavemente bronceado, pero con magulladuras en los muslos.

En su sueño de inmortal, la roja camisa de dormir se le había subido hasta las caderas. Uriah se quedó mirando la zona donde se unían los muslos. Se pasó la lengua por los reseos labios. El corazón le latía con tal fuerza, que temió que el ruido de su palpar pudiera despertarla. Notó la dureza de una erección contra la piel de coyote de su faldón.

Es una vampira, se recordó. Una vil hija de Lucifer, un demonio sediento de sangre.

“¡Cumple tu misión!”, se dijo.

Se desvió hacia un lado, pero no pudo evitar volver la cabeza. Desde allí podía ver los preciosos rizos dorados, pero no la tentación que era la zona inferior de la muchacha.

Se pasó el dorso de la mano por los labios. Luego cogió la estaca que se había puesto debajo del brazo.

Miró el pecho de Bonnie.

“Tengo que mirar —se dijo—. Tengo que ver dónde planto la estaca”.

Contempló los senos de la chica, lisas protuberancias bajo la camisa de dormir, pezones que se oprimían contra la tela.

La prenda era tan fina, que Uriah comprendió que la estaca la atravesaría con suma facilidad..., casi como si no estuviese allí. Sin embargo, sería mejor apartarla.

La muchacha se despertaría, seguro.

Pero a Uriah no le quedaba más remedio que hacerlo.

Dejó el martillo y la estaca en el suelo, a sus pies. Sacó el cuchillo. Despacio, muy despacio, a partir del cuello, procedió a cortar la camisa de dormir. Bonnie se removió una o dos veces, pero sin llegar a despertarse.

Por fin, Uriah pudo envainar el cuchillo. Con exquisito cuidado, fue separando los dos cortes de tela.

El cuerpo de la chica presentaba bastantes contusiones.

Alguien se había ensañado con ella. A Uriah le sorprendió, ver aquellas lesiones. Siempre tuvo la idea de que, salvo la estaca, nada podía lastimar a aquellos diablos.

Tenues sombras parecían manchar los pechos. Lo mismo ocurría con gran parte de la piel que los circundaba. Vio una magulladura del tamaño de un puño en la parte inferior de la caja torácica y una forma, semejante a una cruz, en el vientre. Una cruz, no cabía duda. Aquella señal era muy parecida a la que quedó en el pecho de Uriah después de que la cruz le salvara del balazo. Los brazos de la cruz habían dejado allí un cardenal, y los bordes se hundieron en la piel. Las zonas desgarradas relucían, rojas y enconadas.

La herida de una cruz en el vientre de la vampira. Uriah se preguntó qué podría significar.

¿La había atacado alguien? ¿Alguien armado con un crucifijo?

Aquellos cadáveres que la policía se llevó de allí anoche...

¿Es que hay otros, además de mí? ¿Habría enviado el Señor un par de guerreros más, temiéndose que yo pudiera fracasar?

Bueno, ellos eran los que habían fracasado.

Uriah recogió el martillo y la estaca.

Bonnie no tenía ninguna magulladura en el punto donde él plantó la estaca la última vez. Allí, la piel presentaba una tersura perfecta, sedosa crema bajo la escasa claridad del amanecer.

Dejó que su mirada vagase de nuevo por aquel cuerpo estilizado. Luego adelantó la estaca. Rozó con la punta el pezón izquierdo y deseó poder aplicar allí los labios, besar, chupar..., pero eso la despertaría con toda certeza y entonces le mataría a él. Además, su boca no estaba para chupar nada.

Llevó la estaca hacia el punto donde había apoyado la otra. Se agitó levemente y la punta tembló a cosa de un centímetro por encima de la piel.

Luego alzó el martillo.

Capítulo 50

Aquella mañana no sonó el despertador. Al despertarse, Larry encontró a Jean dormida junto a él. Se incorporó y su mirada pasó por encima de la mujer, hacia el reloj. Las ocho y cuarto.

“Lane llegará tarde al instituto”, pensó.

Después comprendió que lo más probable era que, aquel día, la chica no fuera a clase. Después de todo lo que había ocurrido, no.

Todo lo que había ocurrido. Kramer la violó. ¡Oh, Jesús!

¡Oh, Dios! ¡Mi niña!

Maté al podrido hijo de puta.

Bueno. Bueno, bueno, bueno, bueno.

Larry rompió a llorar y saltó rápidamente de la cama, antes de que sus sollozos despertasen a Jean. Ante el armario, descolgó la bata. La utilizó para secarse las lágrimas, pero afluyeron más. Se puso la bata y fue al dormitorio de Lane.

Estaba vacío.

Una oleada de pánico le oprimió el corazón. “Lane está bien. Kramer ha muerto”.

¿Y si la chica ha cometido alguna estupidez?

Se precipitó a través de la casa, mientras intentaba sofocar sus sollozos, convencerse de que Lane era una muchacha fuerte, una chica valerosa, a la que le había sucedido algo terrible, algo tan espantoso que las palabras no podían describirlo, pero, a pesar de todo, ella lo superó y había sobrevivido.

La encontró en la habitación de delante.

En el sofá.

Dormida, con su manta cubriéndola hasta el cuello.

—Gracias a Dios —susurró.

Se inclinó sobre el sofá y le acarició la mejilla. Estaba cálida, como siempre que dormía.

Se encaminó a la cocina para preparar café.

Y se quedó sin aliento, como si le hubieran asestado un puntapié. Cayó de rodillas.

Pensó: Es estupendo no poder respirar. Como no puedo respirar, no puedo chillar. No quiero despertar a Lane. No quiero que vea esto.

Uriah Radley yacía boca abajo en el suelo de la cocina, con el macuto de lona junto a su cuerpo. Llevaba su chaleco y su falda de piel de coyote, pero el mango del martillo que sobresalía de entre sus nalgas elevaba en punta la falda.

El hombre tenía la cabeza retorcida de modo que la cara quedaba sobre la espalda.

Le habían arrancado a mordiscos buena parte del cuello.

El extremo romo de una estaca le llenaba toda la boca y tenía también una estaca clavada en cada ojo. No le habían quitado previamente el parche que cubría el ojo tuerto. La propia estaca debió de empujarlo hacia abajo. Una parte lateral de la cinta negra estaba caída sobre la frente del hombre, pero el lado contrario aparecía en el rabillo de la cuenca

ocular como un gusano de sangre que pretendiera salir arrastrándose entre la estaca y el hueso.

Larry volvió dando tumbos a la sala de estar.

¿Fue ella quien...?

No, eso resultaba imposible.

Alguien había retorcido la cabeza de Uriah, poniéndola del revés.

Al acercarse a Lane, la punta del pie de Larry tropezó con una pata de la mesita de café. Se le escapó un quejido ante el súbito dolor, y Lane abrió los párpados.

La chica enarcó las cejas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, ronca la voz.

—Tropecé con la mesa —dijo su padre.

—Tienes un aspecto horrible.

—Lane, alguien... Déjame la manta.

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro.

Al incorporarse Lane, la manta le cayó sobre el regazo. La muchacha bajó los brazos y jadeó. Larry pudo ver sus pechos y su vientre desnudos. Lane volvió a levantar rápidamente la manta. Miró a su padre, desorbitados los ojos, muy abierta la boca.

—¡Paaaapá!

—Oh, Dios mío —murmuró Larry.

—¿Qué está pasando?

—Uriah entró anoche en casa, cielo.

—¿Uriah?

—Sí, todo va bien. Está muerto. En la cocina.

—¿El individuo que mató a Bonnie?

—Alguien se lo cargó. Alguien le... Está realmente hecho una lástima. Ve a tu cuarto, cariño. Quédate con tu madre y no salgáis de allí ninguna de las dos hasta que yo os avise.

Con la manta bien sostenida alrededor del cuerpo, Lane se levantó del sofá. Miró a Larry. Estaba macilenta, parecía aterrorizada.

—¿Quién lo mató, papá?

—No lo sé. No tengo idea. Pero creo que ninguno de nosotros corre peligro.

La chica se le quedó mirando, con el labio inferior prendido entre los dientes. Luego dio media vuelta y se dirigió al dormitorio.

Larry volvió a la cocina. Se agachó junto al cadáver, con toda la cautela del mundo para no mirarlo, y sacó una estaca del macuto de Uriah. Dejó el martillo donde estaba.

En el exterior, la mañana era soleada y tranquila. Larry rompió el sello de la policía, abrió el garaje y avanzó entre las sombras interiores. Sus pies descalzos notaron la frialdad del suelo de cemento. Lanzó una ojeada a la escalera de mano que daba acceso al desván y notó que hasta en la espalda se le ponía la carne de gallina. Se apresuró. Encontró su martillo en el banco de trabajo.

—Eres tú, ¿verdad?

Larry se quedó de una pieza. El martillo se le escapó de la mano y fue a chocar contra la superficie del banco. Lo empuñó de nuevo. Giró en redondo.

Frente a él se encontraba Bonnie.

Larry comprendió que estaba contemplando a un monstruo. Sólo un monstruo podía haber hecho a Uriah tales barbaridades. Sólo un monstruo podía estar allí ahora de pie ante él, con una figura hermosa y radiante, aunque llevaba muerta veinte años, aunque la noche anterior no fuese más que una bruja espantosa, reseca, consumida.

Pero se trataba de Bonnie, la muchacha de las fotografías del anuario, corista y “Reina del Ánimo”. Bonnie, la chica que se le aparecía y le cautivaba en sueños.

La mirada de Bonnie fue de la mano derecha a la mano izquierda de Larry, del martillo a la estaca. Una sonrisa mariposeó por la comisura de sus labios.

—Eso no lo necesitarás, ¿verdad?

A Larry le costaba trabajo respirar.

—Eh, tranquilo. Vas a sufrir una trombosis coronaria.

Una de las manos de Bonnie se tendió hacia él. No había sangre en aquella mano. Que Larry viera, no había sangre en ninguna parte de la vampira.

La mano de Bonnie le acarició la mejilla. Era una mano cálida y tersa.

—Esto no es posible. No puede ser.

—Eh, venga. —Le dio un tirón en la oreja. Tal como lo hizo, parecía una zalema afectuosa y juguetona—. ¿Estás bien?

—No. —y musitó “¡Jesús!”.

—Mira. Lo lamento. —Bonnie frunció el entrecejo y puso ambas manos en los costados de Larry. Le frotaron suavemente por encima de la ropa—. Pensé que te alegrarías de verme. No he pretendido asustarte, ni desconcertarte ni nada.

—¿Fuiste..., fuiste tú quien le hizo eso a Uriah?

La muchacha vampiro bajó los ojos.

—Sí —murmuró—. Bastante desagradable, ¿verdad? Sin duda crees que soy una criatura horrible.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa así?

Bonnie le miró a la cara..

—Vamos, soy una vampira, ¿recuerdas? Además, se lo había buscado.

—Pero lo que le hiciste...

—Ya lo sé, ya lo sé. Mira, no es que pretenda echártelo en cara. Pero tenía todo un numerito preparado para la chica.

—¿A qué te refieres?

—Iba a matar a la muchacha. A la chica que dormía en el sofá.

—Dios —murmuró Larry—. ¿Salvaste a Lane?

—¿Es tu hija?

—Sí.

—Pues, en ese caso, todavía me alegro más de haberla salvado.

Con un gemido, Larry se acercó a Bonnie y se apretó contra ella. Le rodearon los brazos de la vampira. Larry dejó caer al suelo el martillo y la estaca y abrazó también a Bonnie.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Larry. Larry Dunbar.

—Yo soy Bonnie.

—Sí, lo sé.

La cara de Bonnie se le apoyó en el cuello.

Por la mente de Larry pasó la idea de que podía clavarle los dientes. Pero no estaba asustado. Ni excitado.

No era como en los sueños, en absoluto. Acarició la piel de la espalda de Bonnie. Sintió los senos de Bonnie contra su pecho. Sabía que sólo la tela de la bata, que llevaba suelta, se interponía entre sus cuerpos. Pero no notó calor alguno en la entrepierna, sólo una suave tibieza en el pecho y en el vientre.

— Salvaste a mi hija —susurró.

Bonnie le apretó contra sí. Luego le besó en un lado del cuello.

— Es lo menos que podía hacer por ti. Me alegro de haber podido llegar a tiempo.

— ¿Cómo...?

— No te preocupes. — Echó la cabeza hacia atrás y le miró—. Sólo he venido a darte las gracias. Supuse... Rayos, eres el hombre que me arrancó la estaca. Y también quería que supieses la verdad. Creo que, de todas formas, la habrías averiguado. Quiero decir que no tardarías en enterarte de la desaparición de mi cuerpo del depósito de cadáveres. Pero deseaba darte las gracias personalmente. Significas mucho para mí, Larry. Una barbaridad. De cualquier modo, llegué casualmente a tiempo de darle su merecido a ese bastardo. Es el mismo fulano que me asesinó. Un verdadero lunático.

— Sabía que eras una vampira.

— Bah, no sabía una mierda.

— Pero lo eres.

— Sí, pero no tuve contacto ninguno con su esposa ni con su hija. Ésa fue Linda Latham, no yo. Rayos, una no va por ahí desgarrando gente. No, si quieres perdurar. Una, lo único que hace es dar un besito a alguien, mientras duerme. Una pequeña libación. Ni siquiera medio litro, quizás. Al día siguiente, esa persona se despierta y en la mitad de las ocasiones no se entera de lo que pasó. Una no va por ahí malbaratando, despilfarrando personas. Si Linda lo hizo fue porque su novio la dejó por Martha Ridley.

— ¿Una vampira celosa?

Con el ceño indignadamente fruncido, Bonnie le clavó los dedos en los costados.

Larry se retorció.

— ¡Eh! ¡No!

— ¿Qué crees? ¿Que no tenemos sentimientos?

— No sé qué pensar. Ni siquiera puedo creer que estés aquí ahora.

Bonnie volvió a abrazarle.

— Pues aquí estoy, Larry. Y todo marcha bien. Todo va estupendamente. Ese sucio mal nacido ha muerto y Lane está viva.

— Gracias a ti —murmuró Larry.

— Tú me devolviste la vida. Si no, me hubiera sido imposible salvar a Lane. Arrancaste la maldita estaca de mí. Me siento tan... —Le tembló la voz. Alzó la cara y Larry vio en sus ojos el brillo de las lágrimas—. ¡Me alegro tanto de haber vuelto! Te querré siempre, Larry, por lo que hiciste. Soy tan feliz, que podría... cometer cualquier buena acción por ti.

Larry bajó la cabeza y besó los ojos de Bonnie, primero uno y luego el otro. Estaban húmedos. Las lágrimas tenían un sabor salado.

Bonnie se sorbió.

—Mira, vale más que me vaya.

—No puedes irte —dijo Larry—. Es de día.

Bonnie frotó el rostro contra la parte delantera de la bata, volvió a sorberse y suspiró.

—Me gustaría quedarme, pero... han pasado aquí demasiadas cosas. Iré a cualquier otro sitio, a empezar de nuevo.

Bonnie se apartó de él, pero Larry la cogió por los hombros.

—Te abrasarás —dijo.

—Has visto demasiadas, películas, Larry. Adoro el sol. —Extendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Sus rayos son como manos cálidas. Manos cálidas que me acarician. —Suspiró otra vez—. Creo que me iré al océano y me convertiré en vagabunda de las playas.

—No quiero que me dejes.

Los ojos de Bonnie se hundieron en los de Larry. Le sonrió con cierta tristeza.

—¿Quieres conservarme en tu garaje?

—No podíamos imaginar que...

Ella le tocó los labios con la yema de un dedo, imponiéndole silencio.

—No puedo quedarme. Lo sabes. Pero te querré siempre. Curvó las manos sobre los hombros de Larry, le atrajo hacia sí y le besó suavemente en la boca. Después en la mejilla. Y, por fin, en la parte lateral del cuello.

Allí, los labios se entreabrieron y los dientes de Bonnie penetraron en la carne.

La cuchillada de pánico desapareció casi automáticamente. Larry notó la succión de la boca, los tenues sonidos de los labios que absorbían. Una agradable y cálida languidez se extendió por su organismo. Cerró los ojos y vio a Bonnie de pie, erguida, desnuda en una playa, extendidos los brazos, levantado el rostro hacia el sol, con la dorada cabellera aleteando a impulsos de una suave brisa.

Bonnie dejó de libar. Sus dientes abandonaron la carne de Larry y él experimentó el áspero dolor de la pérdida. La lengua de Bonnie lamió aquel punto del cuello. Los labios le besaron las heridas.

La vampira echó la cabeza hacia atrás y contempló a Larry con tal ternura y amor, que el hombre pensó que podía destrozársele el corazón. En la boca de Bonnie rutiló la sangre.

—Ahora estarás siempre conmigo —dijo, ronca la voz.

—¿Quieres decir... que me has convertido en vampiro?

Una sonrisa onduló en los rojos labios de Bonnie.

—Noooo. —Se retiró un paso y se colocó la mano, abierta, entre los pechos—. A partir de ahora, te llevaré siempre aquí. —Levantó la mano. Se tamborileó la cabeza con los dedos—. Y aquí. Si alguna vez me necesitas, lo sabré.

—Te necesito ahora.

—No, ahora no. Pero quizás algún día... Y si eso llega a ocurrir, volveré.

—Pero...

Ya se había ido. No dio media vuelta y se alejó. No se desvaneció en el aire como una nubecilla de humo. No se disolvió. De pronto, dejó sencillamente de estar allí. Larry se

quedó con la vista clavada en la resplandeciente claridad del día que entraba por la puerta del garaje.

—Oh, Bonnie... —susurró.

Cuando las lágrimas llenaron sus ojos, bajó la cabeza.

Allí, en el suelo del garaje, entre el martillo y la estaca, una gaviota de immaculado color blanco le estaba mirando.

Larry se agachó.

Con rauda batir de alas, la gaviota se le subió a la rodilla.

Ladeó la cabeza.

—Tienes que estar bromeando —murmuró él.

El ave le picoteó en la rodilla. No muy fuerte. Después se levantó en el aire. Trazó un círculo por encima de la cabeza de Larry, acariciándole con la tenue brisa de su aleteo, y, a continuación, franqueó la puerta del garaje y remontó el vuelo para adentrarse en la luminosidad del Sol.